STAR WARS

“La Trilogía de Callista”

LOS HIJOS DE LOS JEDI

Barbara Hambly

Título original: Children of the Jedi
Traducción: Albert Solé

Para

Anne

CAPÍTULO 1

Una lluvia envenenada caía como un diluvio de lanzas desde la bóveda ácida del cielo. El cazador se encogió sobre sí mismo y avanzó tambaleándose una docena de metros antes de volver a buscar refugio. Pensó —eso esperaba, al menos— que era un edificio, aunque durante un segundo de terror paralizante la forma curva se levantó y se retorció para revelar una fauce de horrores recubierta de colmillos de la que surgió un fluir de oscuridad tan insidioso como la pestilencia de huesos putrefactos recién vomitados. Serpientes, o tentáculos, o brazos convulsos descendieron hacia él para tratar de aferrarle con lo que hubiese podido jurar eran manos diminutas color azul cobalto, pero la lluvia abrasadora ya estaba abriendo agujeros en su carne, y el cazador cerró los ojos y se arrojó sobre ellas. Un repentino y fugaz momento de claridad permitió que su mente comprendiese que sólo eran lianas cubiertas de florecillas azules.

La pestilencia de su carne quemada seguía invadiendo sus fosas nasales y el fuego le calcinaba las manos, pero cuando bajó la mirada hacia ellas vio que estaban intactas. Las realidades se sucedieron unas a otras dentro de su mente, moviéndose tan deprisa como las cartas en un mazo barajado a toda velocidad. Se preguntó si las manos tendrían que haber quedado reducidas a huesos ennegrecidos, o si deberían lucir media docena de anillos de piedra andurita y una delgada media luna de grasa en cada uña.

¿En qué realidad eran más esbeltos y ágiles aquellos dedos, y de dónde llegó —sólo un momento después— la extraña convicción de que se hallaban tan retorcidos como raíces consumidas por la enfermedad y estaban adornados por uñas tan ganchudas y temibles como las garras de un rancor?

No lo sabía. Los períodos de cordura iban haciéndose cada vez más escasos, y ya le resultaba muy difícil recordar las cosas de uno a otro.

Presa. Objetivo. Había alguien a quien tenía que encontrar.

Había pasado todos aquellos años siendo un cazador perdido en la oscuridad repleta de alaridos y susurros. Había matado y desgarrado, y había comido la carne que chorreaba sangre. Y tenía que encontrar... Sí, tenía que encontrar...

¿Por qué creía que el objeto de su frenética búsqueda estaba en aquel..., en aquel lugar que cambiaba continuamente pasando de las bocas de roca que aullaban a los gráciles muros, los edificios llenos de curvas y las torres recubiertas de enredaderas, y que después volvía a caer en el abismo de las pesadillas, como les ocurría siempre a todas las cosas?

Buscó torpemente en el bolsillo de su mono y encontró la sucia lámina de plastipapel en la que alguien — ¿él mismo?— había escrito:

HAN SOLO

ITHOR

EL MOMENTO DE LA REUNIÓN

— ¿Lo habías visto antes?

Han Solo, que estaba inmóvil con un hombro apoyado en el óvalo de la ventana, meneó la cabeza.

—Hace mucho tiempo fui a una Reunión en el espacio profundo, entre los Pozos de Plooma y el Borde Galáctico —dijo—. Lo único que me preocupaba en aquellos momentos era escapar a las pantallas de detección ithorianas, entregar unos cien kilos de roca marfil a Grambo el Worrt y largarme lo más deprisa posible antes de que los imperiales me encontraran, y aun así fue lo más... En fin, no sé cómo expresarlo. —Movió una mano en un gesto casi imperceptible de incomodidad, como si Leia le hubiera sorprendido sucumbiendo al sentimentalismo y comportándose de manera altruista—. «Impresionante» no es la palabra adecuada, créeme.

—No, por supuesto. Leia Organa Solo se levantó de la terminal de comunicaciones y fue hacia su esposo. La seda blanca de su tabardo onduló detrás de ella, formando una línea de impecable fluidez. Aun así, el contrabandista que era Han Solo en aquellos tiempos lo había encontrado impresionante aunque sólo fuera en el aspecto navegacional. Leia había presenciado un encuentro de los rebaños estelares ithorianos, y había visto cómo las inmensas naves-ciudad maniobraban por entre el laberinto de sus campos deflectores con la agilidad inimitablemente viva de un banco de peces resplandecientes, mezclándose y uniéndose en una fusión tan libre de vacilaciones como la de los dedos de la mano derecha entrelazándose con los de la izquierda.

Pero lo que estaban viendo hoy era algo más que eso.

Poder presenciar la Reunión en aquel lugar, muy por encima de las verdes junglas de Ithor, hizo que su mente sólo consiguiera encontrar una manera de describir lo que estaba viendo, y Leia pensó que el espectáculo estaba lleno de Fuerza, porque vivía y se movía impulsado por el aliento de la Fuerza y se hallaba impregnado de ella.

Y su hermosura estaba más allá de las palabras.

Las gigantescas y espesas masas de nubes de tormenta estaban empezando a disiparse. Los torrentes de luz que atravesaban los claros parecían jugar sobre el dosel de la jungla que se desplegaba a escasos metros por debajo de las ciudades que flotaban a menos altura, centelleando sobre la piedra, el mármol y el estuco, las docenas de matices distintos del rosa, el amarillo y el ocre de los edificios, los relucientes reflejos dispuestos en un sinfín de ángulos de los generadores antigravitatorios y los jardines de hoja azul, tremmin y helechotoro que colgaban de las ciudades como borlas multicolores. Los puentes se estiraban de una ciudad a otra, docenas de plataformas unidas mediante la antigravedad sobre las que se podía ver delgadas corrientes de ithorianos en continuo movimiento, siluetas envueltas en ropajes abigarrados que les daban la apariencia de flores. Los estandartes azules y carmesíes ondulaban como velas, y cada balcón recargado de tallas y adornos, cada mástil, escalinata y estabilizador, e incluso las cestas de mimbre de la recolección que colgaban como raíces por debajo de las inmensas islas aéreas, estaban repletas de ithorianos.

— ¿Y tú? —preguntó Han.

Leia alzó rápidamente la mirada hacia el hombre que permanecía inmóvil junto a ella. El aire cálido que se respiraba sobre las junglas interminables de los árboles bafforr era deliciosamente limpio, y estaba lleno de brisas e impregnado por los maravillosos aromas del verdor y las flores. Las residencias ithorianas estaban tan abiertas a la caricia de la atmósfera como los gráciles esqueletos del coral, y ella y Han se encontraban rodeados por un infinito de flores y luz.

—Cuando era pequeña, mi padre vino aquí para representar al Senado Imperial en el Momento de la Reunión —le explicó—. Yo tendría cinco años, puede que seis, y pensó que era algo que debía ver.

Guardó silencio durante un momento y se acordó de aquella niña regordeta cuyas gruesas trenzas estaban adornadas por hileras de perlas, y de Bail Organa, el último Príncipe de la Casa de Alderaan, aquel hombre sonriente en el que nunca podría pensar empleando otra palabra que no fuese «padre», que había sido bondadoso incluso cuando la bondad era recompensada con el castigo y que se había comportado con prudente cordura incluso en aquellos días en que ni la más grande de las sabidurías bastaba para evitar la catástrofe.

Han le rodeó los hombros con el brazo.

—Y aquí estás ahora.

Leia sonrió melancólicamente y rozó las perlas que adornaban su larga cabellera con la yema de un dedo.

—Sí, aquí estoy...

La terminal de comunicaciones emitió un silbido para indicar que acababa de recibir la serie de informes que llegaban cada día desde Coruscant. Leia echó un vistazo al reloj de agua, aquel tembloroso prodigio de esferas de cristal y pequeñas fuentes en continuo movimiento, y pensó que todavía tenía tiempo de ponerse al corriente de lo que estaba ocurriendo en la capital de la Nueva República. Ser la Jefe del Estado hacía que nunca pudiera apartar por completo su dedo del pulso de la Nueva República, y debía seguir estando mínimamente informada de todo incluso cuando estaba llevando a cabo una gira diplomática que en realidad tenía tres cuartas partes de vacaciones. Amargas experiencias anteriores le habían hecho aprender la dura lección de que las pequeñas anomalías podían preceder a los mayores desastres.

«Aunque también es posible que sólo sean eso, unas pequeñas anomalías», pensó mientras examinaba las cápsulas que contenían resúmenes de informes, datos de interés o acontecimientos menores.

—Bueno, ¿qué tal les fue a los Destructores en el partido de anoche?

Han fue al guardarropa para ponerse su chaqueta de lana color verde oscuro, que era una de sus favoritas. Aquella prenda sobria y elegante le sentaba estupendamente, y los delgados adornos tubulares blancos y escarlatas resaltaban la anchura de sus hombros y la musculosa esbeltez de su cuerpo, sugiriendo fuerza y agilidad sin darle una apariencia excesivamente marcial. Leia, que estaba observándole por el rabillo del ojo, vio cómo Han daba un par de pasos delante del espejo y se examinaba de un lado y de otro, y se apresuró a reprimir una sonrisa.

—Vamos, Han... ¿Realmente crees que el Departamento de Inteligencia puede considerar que los resultados de los partidos de tensibol han de tener preferencia sobre las crisis interplanetarias y las últimas actividades de los señores de la guerra imperiales?

Leia ya estaba llegando al final de los informes, que era el lugar donde los recopiladores de datos solían incluir los tanteos de los partidos.

—Por supuesto —replicó Han con jovialidad—. Los chicos de Inteligencia se juegan el dinero en los partidos, y no en las crisis interplanetarias.

—Los Salvajes Enfurecidos ganaron por nueve a dos.

— ¡Los Salvajes...! ¡Oh, pero si los Salvajes Enfurecidos no son más que una pandilla de paralíticos incompetentes!

— ¿Habías hecho alguna apuesta con Lando a favor de los Destructores? —Leia le sonrió, y un instante después frunció el ceño cuando sus ojos se posaron en el pequeño recuadro colocado encima de los tanteos—. Stinna Draesinge Sha ha sido asesinada.

— ¿Quién?

—Daba clases en el Instituto Magrody... Había sido alumna de Nasdra Magrody, y fue profesora de Cray Mingla.

— ¿Cray? ¿Te refieres a la estudiante de Luke? —Han fue hacia ella—. Cray es la rubia de las piernas interminables, ¿no?

Leia le hundió el codo en las costillas con la fuerza suficiente para que Han torciera el gesto.

—Da la casualidad de que esa «rubia de las piernas interminables» es la innovadora más brillante que ha surgido durante la última década en el terreno de la inteligencia artificial.

Han se inclinó sobre su hombro y pulsó una tecla para solicitar las informaciones secundarias disponibles.

—Bueno, Cray sigue siendo rubia y sigue teniendo unas piernas interminables... Eh, qué extraño.

— ¿El qué? ¿Que alguien asesine a una experta en programación de androides que llevaba mucho tiempo retirada?

—Que alguien haya contratado a Phlygas Grynne para que asesinara a una experta en programación de androides retirada. —Han hizo bajar la barra de subrayado luminoso hasta la línea de *Sospechoso*—. Phlygas Grynne es uno de los asesinos más solicitados de los Mundos del Núcleo, y cobra cien mil créditos por cada trabajo. ¿Quién puede haber odiado tanto a una programadora?

Leia echó su silla hacia atrás y se levantó. Las palabras que acababa de pronunciar Han la habían afectado considerablemente.

—Depende de qué estuviera programando —murmuró.

Han se irguió, pero ya había percibido el cambio en la expresión de los ojos de Leia y no dijo nada.

—Su nombre no figuraba en ninguna lista —comentó por fin mientras Leia iba hacia el espejo del guardarropa para ponerse los pendientes y se examinaba en él con aparente despreocupación.

—Había sido alumna de Magrody.

—Al igual que ciento cincuenta personas más —observó Han con afabilidad. Podía sentir la tensión que irradiaba de Leia como rayos gamma de un agujero negro—. Nasdra Magrody daba clases justo cuando el Emperador estaba construyendo la Estrella de la Muerte, ¿no? Él y sus alumnos eran los mejores talentos disponibles en ese momento. ¿A quién podía echar el guante Palpatine aparte de a ellos?

—Bueno, ya sabes que siguen diciendo que yo tuve mucho que ver con la desaparición de Magrody. —Leia se dio la vuelta hasta quedar de cara a Han, y sus labios se fruncieron para formar una mueca llena de amarga ironía—. No me lo dicen a la cara, naturalmente —añadió, riendo el «¿Quién dice eso?» que se precipitaba hacia los labios de su esposo y que las llamas de la ira empezaban a arder en sus ojos—. Venga, Han... ¿Acaso creías que puedo permitirme el lujo de no estar al corriente de las murmuraciones de la gente? Eso ocurrió antes de que yo tuviera ninguna clase de poder dentro de la Alianza, así que dicen que me las arreglé para que «mis amigos contrabandistas» mataran a Magrody y a su familia y escondieran los cadáveres en un sitio donde nunca pudieran ser encontrados.

—La gente siempre está diciendo ese tipo de cosas sobre los gobernantes. —Ver el dolor que palpitaba detrás de la armadura de calma de Leia hizo que la voz de Han sonara repentinamente áspera y seca—. En el caso de Palpatine, era verdad.

Leia no dijo nada. Sus ojos volvieron durante un momento al espejo, y se concentró en alisar los pliegues de su tabardo y dar los últimos toques a su complejo peinado. Después fue hacia el umbral, pero Han la cogió por los brazos y la detuvo, haciéndola girar hasta dejarla de cara a él para poder contemplarla: esbelta, no muy alta y muy hermosa y a punto de cumplir treinta años, la Princesa Rebelde que se había convertido en líder de la Nueva República.

No sabía qué deseaba decirle, o qué podía decirle para librarla de una parte del peso que veía detrás de sus ojos. Han acabó limitándose a estrecharla contra su pecho y la besó, y el beso fue mucho más delicado y suave de lo que había pretendido en un principio.

—Lo horrible es que no pasa ni un solo día en el que no piense en hacerlo —murmuró Leia.

Giró sobre sí misma como si quisiera darle la espalda, y sus labios se tensaron en aquella expresión helada que Han sabía ocultaba un dolor tan intenso que no quería revelárselo ni siquiera a él. Todos esos años durante los que había estado obligada a confiar únicamente en sí misma y a no dar muestras de debilidad delante de nadie habían dejado su marca en Leia.

—Tengo las listas. Sé quién trabajó en la construcción de la Estrella de la Muerte, quién formó parte de los «tanques de cerebros» de Palpatine, quién daba clases en el centro de adiestramiento orbital de Omwat..., y sé que todas

esas personas están fuera de la jurisdicción de la República. Pero también sé lo poco que me costaría hacer algunos malabarismos con los créditos y los fondos del Tesoro y contratar a tipos como Phlygas Grynne o Dannik Jericó o cualquiera de esos «amigos contrabandistas» de los que hablan para que encontraran a esas personas e hicieran que..., que desapareciesen. Sin juicios, sin que nadie hiciera preguntas, sin una sola posibilidad de que acabaran quedando en libertad gracias a algún tecnicismo estúpido. Podría hacerlo, ¿entiendes? Porque yo sé que son culpables y porque quiero que se haga así, y no necesitaría ninguna otra razón...

Leia suspiró, y un poco del dolor desapareció de su rostro cuando su mirada volvió a encontrarse con la de Han.

—Luke siempre está hablando del poder que se puede encontrar en el lado oscuro —siguió diciendo—. La Fuerza no es lo único que tiene un lado oscuro. Y lo más terrible del lado oscuro es lo fácil que resulta de utilizar.... y que siempre te proporciona lo que crees desear.

Leia se apoyó en el pecho de Han y volvió a besarle, dándole las gracias. El incesante movimiento del viento llenaba el cielo de luz y del tintinear de las campanillas.

Leia sonrió.

—Bien, creo que nos están esperando.

Los rebaños siguieron reuniéndose. Cada uno, que era una ciudad en sí mismo, se unió a los demás y fue estableciendo conexiones para formar una gigantesca y resplandeciente ciudad de piedras luminosas, maderas oscuras y cristales destellantes, envuelta en la exuberancia del verdor. Puentes segmentados se estiraron como manos que estuvieran dando la bienvenida para unir entre sí las plataformas de los clanes y las casas flotantes. Globos, planeadores y cometas se deslizaron por los aires, patinando ágilmente entre las plataformas. Criaturas arbóreas, vagabundos de los árboles y toda la abigarrada fauna de la parte superior del dosel selvático trepó despreocupadamente hasta las cestas recolectoras desde los árboles que se alzaban por debajo de ellas, para parlotear y silbar en los árboles y las balconadas mientras los ithorianos se dirigían hacia la plaza central del *Nube-Madre.*

El *Nube-Madre* —un rebaño famoso por sus hospitales y sus centros de manufactura del cristal— había sido escogido en una gran votación como el lugar donde se celebraría la recepción de los representantes de la República, básicamente porque contaba con las mejores instalaciones de acogida de visitantes y el puerto de lanzaderas más grande, aunque también era verdad que aparte de todo eso era uno de los más hermosos. Cuando emergió a la límpida y potente claridad solar que bañaba la plataforma superior de los niveles del Centro de la Reunión, Leia tuvo la impresión de que la inmensa plaza que se extendía delante de ella era un gigantesco jardín repleto de sedas multicolores y guirnaldas de flores del que emergía un bosque de robustos cuellos coriáceos y ojos afables y llenos de benevolencia.

Un ulular de aplausos y bienvenidas brotó de la multitud y onduló por el aire como el cántico de un millón de pájaros que saludaran el amanecer. Los ithorianos agitaron pañuelos y flores, no rápidamente sino en largas y lánguidas curvas. Para los ojos humanos resultaban torpes y desgarbados, y en algunos momentos incluso daban un poco de miedo, pero estar en su hogar hacía que poseyeran una extraña y grácil belleza. Leia alzó las manos en un gesto de saludo y vio cómo Han levantaba el brazo para saludar junto a ella. Jacen y Jaina, los gemelos de tres años de edad, soltaron las manos de Winter, su aya, para imitar con lenta solemnidad a sus padres detrás de ellos. El pequeño Anakin se limitó a quedarse muy quieto, sosteniéndose de pie sin soltar la mano de Jaina, y contempló cuanto le rodeaba con ojos como platos mientras los líderes de los rebaños salían de la multitud. Eran doce, y sus estaturas variaban desde los dos metros hasta los tres en tanto que su colorido abarcaba desde el verde más oscuro de la jungla hasta el amarillo cegadoramente luminoso del pájaro pellata. Sus cabezas en forma de T y con los ojos muy separados tan típicos de los ithorianos oscilaban lentamente sobre sus gruesos cuellos, y estaban envueltas en una inexplicable aureola de amable sabiduría.

—Excelencia... —L'mwaw Moolis, enlace de Ithor con el Senado de la República, inclinó el cuello y extendió sus largos brazos en un grácil gesto de sumisión y respeto—. Os doy la bienvenida al Momento de la Reunión en nombre de todos los rebaños de Ithor. General Solo... Maestro Skywalker...

Leia casi había olvidado que Luke también estaría presente en la ceremonia. Debía de haber salido a la plataforma justo detrás de ella y allí estaba, inclinando la cabeza en respuesta al saludo de la enlace ithoriana. Durante los últimos tiempos su hermano siempre parecía estar envuelto en una oscura capa de silencio interior, y la expresión entre sombría y distante de su rostro mostraba todo el peso que implicaba ser un Jedi y la carga de los caminos que eso le había obligado a recorrer. Sólo sus raras sonrisas permitían que Leia pudiese volver a ver al joven granjero de rostro moreno y cabellos color arena que se había abierto paso luchando hasta la celda de detención de la Estrella de la Muerte, y que había entrado en ella oculto bajo una armadura blanca que había tomado prestada para anunciarse con un tímido «Oh... Eh... Soy Luke Skywalker».

Las sombras que se acumulaban entre las columnas del porche de la Sala de la Reunión hacían que Leia apenas pudiera entrever las siluetas de sus otros acompañantes en aquella recepción diplomática, pero sabía que estaban allí. Chewbacca el wookie, copiloto de Han, mecánico y el amigo más íntimo y querido de sus tiempos de contrabandista, alzaba sus más de dos metros cubiertos de pelaje rojizo minuciosamente cepillado para la ocasión junto al reluciente cuerpo dorado del androide de protocolo Cetrespeó y la achaparrada forma cilindrica de Erredós, su contrafigura astromecánica.

«Ah, todas esas batallas...», pensó Leia mientras se volvía hacia la delegación ithoriana, y su mente pareció recorrer de nuevo todas aquellas estrellas y planetas cuyos nombres a veces apenas era capaz de recordar aunque volviera a sentir el frío helado, el calor y el pánico cada vez que tenía una pesadilla... Y sin embargo, la República estaba viva después de todos los peligros y todo el miedo que habían soportado por ella, y seguía creciendo a pesar de los señores de la guerra del Imperio fragmentado, de los sátrapas del antiguo régimen, y de los planetas que habían saboreado la libertad y querían

obtener la independencia total de cualquier federación. La límpida gloria de aquel día espléndidamente soleado y la calma perfecta de aquel mundo alienígena hacían que resultara imposible pensar que el triunfo final pudiera escaparse de sus manos.

Vio cómo Luke se movía, girando bruscamente sobre sí mismo como si acabara de oír algún sonido extraño. Los ojos de su hermano recorrieron los dos niveles de arcadas que flanqueaban la Sala de la Reunión, y Leia experimentó aquella terrible sensación de peligro en el mismo instante que él.

— ¡Solo!

La voz era un grito ronco y desgarrador.

— ¡Solo!

El hombre surgió de la balconada superior de la arcada moviéndose con la velocidad instintiva e incontenible de un animal que no necesita pensar para actuar, aterrizó a mitad del tramo de escalones y fue hacia ellos como una exhalación con los brazos extendidos. Los ithorianos se tambalearon, pillados por sorpresa, cuando se abrió paso a empujones entre sus filas, y un instante después se apresuraron a retroceder con el rostro lleno de miedo y perplejidad. Leia tuvo un fugaz vislumbre de ojos enloquecidos girando frenéticamente de un lado a otro y de gotitas de saliva que salían despedidas de una barba sucia y enmarañada mientras pensaba que aquel hombre no iba armado, y comprendía apenas un segundo después que se encontraba ante una criatura para la que eso no significaba absolutamente nada.

Los líderes de los rebaños ithorianos convergieron sobre el hombre, pero sus reflejos eran los de mil generaciones de herbívoros. El atacante ya estaba a menos de medio metro de Han cuando Luke se interpuso en su camino, sin que ello pareciese exigirle ningún esfuerzo o apresuramiento, para aferrar la mano de dedos tensos como garras y hacerla girar, volteando al hombre en un círculo impecable que acabó depositándole sobre el pavimento sin ninguna violencia. Han, que había retrocedido un paso para que Luke tuviera espacio y pudiese actuar, fue hacia él y le ayudó a sujetar a su atacante.

Era como tratar de mantener inmovilizado a un rancor furioso. Había algo horrendamente animal en la forma de sacudirse y debatirse de aquel hombre, y su resistencia era tan desesperada que casi consiguió imponerse a la fuerza combinada de Han y Luke. Chewbacca y los ithorianos echaron a correr hacia ellos, y el hombre acogió su llegada con gritos de bestia enloquecida.

— ¡Todos moriréis! ¡Todos moriréis! —Las manos retorcidas y cubiertas de suciedad del nombre bailaron en el aire, intentando agarrar a Han mientras el wookie y los ithorianos lo levantaban del suelo—. ¡Os matarán a todos! ¡Solo! ¡Solo!

Su voz trepó por la escala tonal hasta acabar convirtiéndose en un espantoso alarido cuando un médico de uno de los rebaños, que había llegado a la carrera envuelto en un revolotear de tela púrpura desde la Sala de la Reunión, dejó caer un infusor sobre su cuello. El hombre jadeó y su boca se contorsionó en un desesperado intento de tragar aire mientras un dolor ciego e irracional invadía sus ojos, y después su cuerpo se relajó bruscamente y perdió

el conocimiento para desplomarse entre la docena de brazos que habían estado intentando sujetarle.

La primera reacción de Leia fue reunirse con Han, pero los dos metros de plataforma que se interponían entre ellos se convirtieron en un muro infranqueable de gigantescos ithorianos gesticulantes que parloteaban a toda velocidad, como una orquesta de sonoridad imposiblemente hermosa cuyos músicos hubieran sido drogados con rompementes o roca cerebral. Umwaw Moolis surgió de la nada y apareció delante de ella.

— Oh, Excelencia, en toda la historia de este rebaño y de este mundo jamás habíamos padecido un ataque semejante...

Leia tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad y sus instintos de diplomática para no apartar a la enlace de un empujón.

Luke, y eso atrajo la atención de Leia al instante, se había dirigido sin vacilar hacia la arcada de la que había surgido aquel hombre, y estaba saltando de la plataforma a la balconada para examinar la columnata y la plaza que se extendía más allá de ella.

¡Los niños!

Leia se abrió paso por entre la multitud hasta llegar al umbral.

Winter se había esfumado. Cetrespeó surgió de las sombras con su contoneante y torpe caminar mecánico y la cogió del brazo.

—Winter se ha llevado a Jacen, Jaina y Anakin a su guardería, Excelencia —le informó—. Sólo se quedó aquí el tiempo suficiente para que pudieran ver que el general Solo estaba ileso. Tal vez sería aconsejable que usted y el general Solo fueran allí en cuanto tengan oportunidad de hacerlo y acabaran de tranquilizar a los niños.

— ¿Están protegidos?

Han podía cuidar de sí mismo, y durante un fugaz pero espantoso momento de horror Leia volvió a ver el rostro barbudo y convulso del loco que alargaba sus manos retorcidas hacia los niños.

— Chewbacca ha ido con ellos.

— Gracias, Cetrespeó.

— No he detectado ningún otro peligro. —Luke apareció junto a ella con un revoloteo de su capa negra. Sus cabellos castaño claro estaban despeinados allí donde había apartado el capuchón de un manotazo y su rostro, marcado por la cicatriz que le había infligido una criatura de los hielos de Hoth, estaba tan indescifrable como siempre, pero sus ojos azules parecían verlo todo—. ¿Y los niños? ¿Se encuentran bien?

—Están en la guardería, y Chewbacca ha ido con ellos.

Leia miró a su alrededor. Han seguía inmóvil donde le había visto por última vez, rodeado por una multitud de ithorianos que gritaban y gesticulaban, y tenía los ojos clavados en el umbral lleno de sombras por el que se habían llevado a su atacante. Estaba asintiendo e incluso daba alguna clase de contestación a las frenéticas preguntas de los líderes de los rebaños, que intentaban

asegurarle que esas cosas no ocurrían jamás, pero Leia se dio cuenta de que en realidad no estaba oyendo ni una palabra de lo que le decían.

Se volvió hacia su hermano, y ella y Luke se fueron abriendo paso hasta Han.

— ¿Estás bien?

Han asintió, pero apenas si les miró. Leia le había visto menos afectado después de haber caído en una emboscada con fuego pesado apoyada por cazas estelares del Imperio.

— Eso no puede haber sido un intento planeado. —Luke siguió la dirección de la mirada de Han hasta clavar los ojos en la puerta—. Cuando se le empiecen a pasar los efectos del tranquilizante, iré a verle e intentaré entrar en su mente. Tal vez consiga averiguar quién es...

— Ya sé quién es —dijo Han.

Los dos hermanos le contemplaron con el rostro lleno de perplejidad.

— Si no era un fantasma, y es muy posible que lo fuese... —murmuró Han —. Bien, yo diría que esa ruina humana era mi viejo amigo Drub McKumb reducido a un cincuenta por ciento del Drub que conocí.

CAPÍTULO 2

—Niños...

El hombre atado a la cama de diagnóstico balbuceó la palabra como si sus labios, su lengua y su paladar estuvieran hinchados y entumecidos. Sus ojos azules eran dos esferas vacías de toda expresión incrustadas en el paisaje lunar erosionado de su rostro marchito y lleno de arrugas. Las diminutas pantallas de los monitores iban trazando dibujos de colores tan luminosos como gemas sobre la superficie acolchada de la cama de diagnóstico. Leia conocía sus lecturas lo suficientemente bien para saber que el del centro indicaba que el contrabandista no estaba sufriendo ningún dolor físico —de hecho, con tanto gilocal dentro no podía sentir ningún dolor—, pero el monitor de la derecha mostraba una espantosa confusión de tonos rojos y amarillos, como si todas las pesadillas de la galaxia estuvieran celebrando una ruidosa fiesta en su lóbulo frontal.

—Niños... —volvió a murmurar el hombre—. Esconden los niños en el pozo.

Leia se volvió hacia su esposo. Clavó la mirada en sus ojos, y el reflejo que vio en sus pupilas color avellana no era el de la criatura demacrada que yacía ante ellos envuelta en los restos del mono de plastireno verde de un transportista de larga distancia, sino el del arrogante y jovial capitán siempre dispuesto a saltar de un planeta a otro que Han había conocido hacía años.

La Casa de Curación del *Nube-Madre* era un reino de penumbra que olía a plantas, como todo el rebaño, y estaba bañado por una suave claridad verde azulada. Tomla El, el médico jefe del rebaño, era pequeño para ser un ithoriano, y su piel tenía el mismo tono verde azulado que las luces del recinto, por lo que su túnica púrpura hacía que pareciese ser únicamente una sombra dotada de voz mientras examinaba los monitores y hablaba con Luke, que permanecía inmóvil junto a él.

—No estoy muy seguro de que entrar en su mente vaya a servirle de algo, Maestro Skywalker. —Los párpados del ithoriano subieron y bajaron sobre los redondos ojos dorados que no se apartaban ni un instante de los frenéticos colores que mostraba la pantalla de la derecha—. No nos atrevemos a aumentar las dosis de gilocal e hipnócano que ya le hemos inyectado. El cerebro ha sufrido severos daños, y todo su sistema está saturado de roca mental que le ha sido administrada repetidamente y en grandes dosis.

— ¿Roca mental? —preguntó Luke, visiblemente perplejo.

—Bueno, eso explica su estado —comentó Han—. Hace siete u ocho años que no veo a Drub, pero cuando le conocí ni siquiera se permitía probar algo tan inofensivo como los vapores del quitapenas, así que ya no hablemos de alucinógenos de semejante calibre.

—Lo más sorprendente es que no creo que su estado actual sea atribuible a ninguna droga —dijo Tomla El—. A juzgar por sus respuestas autónomas, me parece que la roca mental está actuando como depresor de la actividad mental y que permite breves períodos de lucidez. Por cierto, hemos encontrado esto en sus bolsillos...

El ithoriano les mostró media docena de hojitas de plastipapel llenas de manchas y arrugas. Han y Leia se acercaron un poco más para poder leerlas por encima de los hombros de Luke cuando éste las desdobló.

HAN SOLO

ITHOR

EL MOMENTO DE LA REUNIÓN

SENO DE BELIA — SULLUST — HANGAR 58

SANTO AROMÁTICO — YETOOM NA UUN —

HANGAR 12

FARGEDNIM P'TAAN

—P'taan es un traficante de drogas entre mediano y grande de Yetoom. —Han se frotó la cicatriz de su mentón sin darse cuenta de lo que hacía, como si el contacto con ella le recordara las locuras de sus días de contrabandista—. Si Drub empezó a consumir roca mental, podría haberla obtenido de él..., siempre que haya encontrado alguna forma de volverse millonario durante los últimos siete años, desde luego. Ah, y además sólo un millonario puede llegar a tomar una dosis de roca mental lo bastante grande para que te produzca esa clase de lesiones cerebrales.

Han meneó la cabeza y volvió a clavar la mirada en aquel cuerpo enflaquecido por el hambre que yacía sobre la cama de diagnóstico. Sus ojos se posaron en las uñas llenas de suciedad que parecían garras, y se estremeció.

—Supongo que el *Santo Aromático* y el *Seno de Belia* son naves, ¿no?

Los ojos de Leia seguían sin apartarse de las lecturas de pesadilla que se iban sucediendo sobre la cama de diagnóstico.

—El *Santo* se dedica al tráfico de agroandroides, copias baratas sin licencia que salen de las fábricas clandestinas de los sistemas de Kymm, y de vez en cuando transporta esclavos del Sector de Senex. Sí, tiene sentido... Yetoom está en los límites de Senex.

Han volvió a menear la cabeza, y bajó la mirada hacia lo que quedaba del hombre que había conocido.

—Era más grande y fuerte que nosotros tres juntos... Yo solía tomarle el pelo diciéndole que era el hermano pequeño de Jabba el Hutt, y que se había quedado con toda la belleza de la familia.

—Niños —volvió a susurrar McKumb, y las lágrimas brotaron de sus ojos inmóviles que no veían nada—. Escondieron a los niños en el Pozo de Plett. —Su cabeza osciló de un lado a otro en un violento espasmo, y su rostro se retorció en una mueca de dolor—. Han... Todos moriréis. Os matarán a todos. He de decírselo a Han. Están allí...

—«He de decírselo a Han» —repitió Luke en voz baja—. Eso no suena como una amenaza.

—En el... Pozo de Plett...

Leia se preguntó por qué aquel nombre despertaba vagos ecos en su memoria, y qué le recordaba.

¿Qué voz lo había pronunciado antes, y quién había reducido al silencio esa voz apenas oyó aquellas palabras?

—Está claro que lleva mucho tiempo sin alimentarse adecuadamente —dijo Tomla El mientras examinaba la hilera de números de la pantalla inferior—. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que vio a este hombre por última vez, general Solo?

—Ocho años, tal vez nueve —respondió Han—. Fue antes de los combates de Hoth. Me encontré con él en Ord Mantell, y me informó de que Jabba el Hutt había ofrecido una considerable suma de dinero a quien le trajese mi cabeza. Nunca he oído hablar de un sitio llamado Pozo de Plett.

—Pozodeplett. —Drub McKumb habló en un tono casi natural y volvió la cabeza hacia Leia, que era quien estaba más cerca de la cama de diagnóstico aunque sus ojos, momentáneamente tranquilos y lúcidos, parecieron ver algo o alguien que no era ella—. Busca a Solo, cariño. Cuéntaselo... Yo no puedo hacerlo. Todos los niños estaban en el pozo. Se están reuniendo...

Se encogió sobre sí mismo, y la pantalla de la derecha se convirtió en un manchón rojo sangre. El cuerpo de Drub McKumb se tensó, desgarrado por un espasmo repentino que lo arqueó sobre la superficie acolchada.

— ¡Matadles! —aulló—. ¡Detenedles!

Tomla El reaccionó al instante, y su mano fue hacia la cama de diagnóstico para añadir otro parche de gilocal a la hilera que ya empezaba a cubrir el cuello del hombre. El estallido de color rojo del monitor empezó a debilitarse y se fue volviendo más oscuro, y McKumb cerró los ojos. —Los niños... —volvió a murmurar—. Los hijos de los Jedi...

Las pautas de ondas cerebrales del monitor de la izquierda se fueron normalizando a medida que McKumb se iba hundiendo en el sueño, pero las que aparecían en la pantalla de la derecha siguieron oscilando y ardiendo mientras la mente que las generaba se perdía en sueños de los que no podía ser despertada.

—Pozodeplett...

La doctora Cray Mingla pronunció la palabra como si la estuviera saboreando, y pareció darle vueltas en la boca igual que si fuese un circuito impreso de diseño desconocido que deseara examinar por todos los lados. Al mismo tiempo, sus manos de dedos largos y exquisitamente manicurados se fueron moviendo por entre el montoncito de objetos que habían sido encontrados en los bolsillos de Drub McKumb. Había unos cuantos créditos, varias ampollitas rotas y unos minúsculos paquetes de plastireno negro impregnados por una delgada película de residuos de roca mental que olían a moho, y media docena de joyas que parecían bastante antiguas: un colgante con tres ópalos, un brazalete, y cuatro pendientes que no hacían juego y cuyos

intrincados dibujos de alambre de bronce y perlas danzantes estaban recubiertos por una gruesa capa de sales minerales de un rosa dorado. Las dos líneas rectas de sus cejas, un poco más oscuras que la seda color sol invernal de su cabellera meticulosamente recogida y peinada hacia arriba, se fruncieron sobre el puente de su nariz y Leia, que estaba sentada al otro lado de la mesa en la Casa de Invitados, volvió a oír cómo el nombre resonaba dentro de su mente.

El Pozo de Plett... Alguien — ¿su padre, tal vez?— había pronunciado esas palabras. ¿Cuándo lo había hecho?

—Mi madre —dijo Cray pasados unos momentos—. Sí, creo que se lo oí decir a mi madre... —Lanzó una mirada titubeante a Luke, que llevaba un buen rato inmóvil y en silencio al lado de la puerta—. Ella y mi tía abuela estaban discutiendo, o eso me parece recordar. Yo era muy pequeña, pero recuerdo que mi tía abuela acabó abofeteándola y le dijo que no debía volver a hablar de eso nunca más. De una cosa sí estoy segura, y es que tenía algunas joyas muy parecidas.

Mientras hablaba de su infancia, la incertidumbre y las dudas lograron abrirse paso a través de la meticulosa perfección de su belleza, y Luke se acordó de que Cray sólo tenía veintiséis años, unos cuantos menos que él. Cray deslizó una uña cubierta de laca rosada sobre los depósitos minerales de un pendiente. Tomla El los había analizado, y les había dicho que el metal era una combinación de sulfuro oxidizado y antimonio mezclado con restos de minerales y barro.

—Mis tías también tenían algunas joyas casi iguales —dijo Leia con voz pensativa—. Rouge, Celly y Tia... Ah, sí, las tres hermanas de mi padre. —Acordarse de aquellas tres temibles solteronas hizo que sus labios se fruncieran en una sonrisa entre sarcástica y melancólica—. Nunca dejaron de intentar convertirme en lo que ellas llamaban una Auténtica Princesa, y recuerdo que siempre estaban tratando de casarme con algún fantoche sin cerebro de cualquiera de las otras antiguas casas gobernantes...

— ¿Alguien como Isolder, por ejemplo?

Han no había podido resistir la tentación de pronunciar el nombre del príncipe hereditario del Consorcio de Hapes —y antiguo pretendiente de Leia—, y Leia volvió la mirada hacia el umbral de la puerta del comedor, en el que Han estaba inmóvil junto a Luke, y le sacó la lengua.

—Pero estoy segura de que tenían joyas como estas —siguió diciendo Leia pasados unos momentos—. Es bronce de la Antigua República, ¿sabes? La manera de trabajar los pendientes, esa curiosa pátina iridiscente que tienen... Sí, es inconfundible.

—Bien, pues si ha estado comprando roca mental durante todo el trayecto, Drub tuvo que iniciarlo con los bolsillos repletos de joyas parecidas —observó Han.

Leia deslizó la mano sobre la mesa y tocó sus pendientes, que se había apresurado a quitarse apenas le fue posible dejar de representar su papel de gran personalidad pública. Las yemas de sus dedos se deslizaron sobre la

austera modernidad de los dos relucientes discos de plata pulida, en los que no había ni el más pequeño adorno.

—Tal vez tengan cuarenta o cincuenta años de antigüedad —murmuró—. Ahora ya no hacen joyas parecidas.

Cray, que siempre estaba al corriente de todas las facetas de la moda, asintió. Era joven, alta y esbelta, y siempre ofrecía una apariencia impecablemente elegante incluso cuando estaba en los laboratorios y las salas de conferencias del Instituto Magrody. «La rubia de las piernas interminables», pensó Leia acordándose de la descripción de Han, y durante un momento le envidió aquella soberbia estatura que le permitía llevar prendas que ella, casi veinte centímetros más baja, estaba obligada a descartar de entrada. Leia sólo la había visto sin maquillar y sin joyas cuando Cray estaba soportando los rigores del adiestramiento de la Academia Jedi en Yavin, y Leia volvió a sentir una punzada de envidia al acordarse de que incluso entonces se las había arreglado para tener un aspecto soberbio.

— ¿Y qué dijo tu madre? —preguntó Luke en su tono suave y tranquilo de costumbre—. ¿Por qué no quería tu tía que hablara de eso?

Cray meneó la cabeza, y Luke se volvió hacia el androide dorado de protocolo que se había reunido con ellos en el comedor y que permanecía inmóvil con el rechoncho androide astromecánico junto a él.

—Bueno, Cetrespeó, ¿qué opinas de todo esto? ¿Has oído algo que haya hecho sonar algún timbre de alarma dentro de tu cerebro?

—Lamento tener que informarle de que no, señor —replicó el androide.

—Era una fortaleza.

Todos se volvieron hacia el hombre —o hacia la cosa que en tiempos había sido un hombre— inmóvil junto al asiento de Cray.

Las recepciones de la embajada habían terminado. Los recorridos ceremoniales de los distintos rebaños, los almuerzos, tés, giras de contemplación de flores y el descenso para dar un paseo por el suelo de la jungla ya habían sido llevados a cabo, aunque en grupos más numerosos y más fuertemente armados de lo que se había planeado en un principio. Cray y Nichos Marr, su prometido —dos de los nuevos estudiantes recién incorporados a la Academia Jedi que Luke había creado en Yavin, y que le habían acompañado hasta Ithor para poder hablar con Tomla El— habían accedido a la petición de que sirvieran como guardaespaldas, y habían desplegado sus sentidos agudizados por el entrenamiento Jedi a través de las afables multitudes envueltas en exóticos ropajes multicolores. Después de que la noche hubiera caído para ocultar las megalópolis flotantes bajo su discreto manto, los dos habían vuelto a la intimidad de las Casas de Invitados con el grupo presidencial, con lo que Leia había tenido su primera ocasión de hablar en privado con Cray Mingla sobre el asesinato de Stinna Draesinge Sha, esa teórica y programadora que nunca había destacado demasiado en su especialidad y que estudió con las personas que habían ayudado a diseñar la Estrella de la Muerte.

Cray había reaccionado a la noticia del asesinato con perplejidad y consternación, pero tenía muy poco que decirle sobre su antigua profesora.

Draesinge, al igual que Nasdra Magrody, había sido casi completamente apolítica y siempre se había limitado a buscar el conocimiento por el conocimiento. Cuando Leia oyó aquellas palabras, pensó con amargura que debió de ser muy parecida a Qwi Xux, la brillante especialista en física teórica a la que Magrody había enseñado los principios de la inteligencia artificial en el centro orbital de aprendizaje acelerado que Moff Tarkin había creado en los cielos de Omwat, su planeta rehén.

Después le había preguntado si conocía a Drub McKumb.

La cálida noche de Ithor vibraba con retazos de música y temblaba con un sinfín de luces de colores más allá de los delicados encajes traslúcidos de los arcos y ventanales de la suite, acogiendo las fiestas y alegres celebraciones de la flotilla de los rebaños, clanes y familias que habían vuelto a reunirse. Cestas llenas de globos solares suspendidas de las complejas tallas y adornos del techo flotaban por encima de sus cabezas y derramaban su cálida luz sobre el pequeño grupo formado por Leia, que seguía llevando su traje ceremonial tejido con lianas de seda y adornado por delicados bordados verdes y dorados y su tabardo blanco, Han, con sus austeros pantalones militares —aunque lo primero que había hecho después de volver a la Casa de Invitados fue librarse de la chaqueta— y Luke, una sombra en su negra capa Jedi.

—Erredós ha llevado a cabo una búsqueda completa de las palabras «Pozo de Plett» y «Pozodeplett» en el banco de ordenadores primario de la nave *Árbol de Tarintha,* que acoge al rebaño más grande del planeta —les informó Cetrespeó, hablando con su educada pomposidad de costumbre—, y no ha encontrado ninguna referencia.

—Cuando era pequeño...

Nichos se interrumpió para poner algo de orden en sus pensamientos, una pequeña manía suya que en aquel momento llamó la atención de Luke, precisamente porque su estudiante ya casi parecía haberse librado de ella. Se dio cuenta de la mirada que Cray lanzó al hombre —o a lo que había sido un hombre— con el que seguía estando oficialmente prometida, y se fijó en cómo le observaba. Luke sabía que estaba tratando de percibir esos otros pequeños detalles que habían contribuido a formar la personalidad de Nichos, como la manera en que solía llevarse la mano a la frente cuando estaba pensando, y que buscaba infructuosamente los gestos humanos de fruncir el ceño o cerrar los ojos.

El rostro seguía siendo el del joven que se había presentado en Yavin hacía más de un año y que había pedido ser sometido a la prueba para averiguar si tenía alguna destreza en el manejo de la Fuerza. Los técnicos del instituto biomédico de Coruscant habían logrado salvar su rostro, y también habían duplicado sus manos. La mirada de Luke se posó en la pequeña cicatriz del dedo meñique de la mano derecha, el recuerdo casi imperceptible de la herida que Nichos se había hecho durante su primer intento de manejar un arma blanca mediante la Fuerza. El rostro y las manos encajaban a la perfección en el cuerpo androide que Cray había diseñado cuando a Nichos se le diagnosticaron los primeros indicios del Síndrome de Quannot, como si Nichos —el Nichos que Luke había conocido y al que había querido tanto— llevase una armadura de reluciente acero gris plateado tan exquisitamente articulada que se adaptaba al más pequeño rasgo de su cuerpo, y en la que cada

articulación y cada punto de tensión hubieran sido rellenados con una masa de filamentos plastoides tan finos como las lianas de seda blanca, con el resultado final de que no había ni un solo remache, hilo o alambre visible para recordar a los ojos que estaban contemplando a un androide.

Pero el rostro no mostraba ninguna expresión, y estaba tan rígido e impasible como si fuese una máscara. Toda la musculatura había sido imitada con una precisión nunca alcanzada anteriormente por la ciencia protésica. Aunque intentaba recordarlo, sabiendo que su inexpresividad ponía bastante nerviosa a Cray, Nichos solía olvidarse de utilizarla. En aquel momento sus facciones estaban inmóviles y totalmente inexpresivas mientras su mente se sumergía en cada fragmento de memoria digitalizada a la búsqueda de una hebra olvidada.

—Yo he estado allí —dijo por fin—. Recuerdo haber corrido a lo largo de muchos pasillos, caminos y salas talladas en las rocas. Alguien había.... había levantado una barrera mental, una ilusión de miedo, para mantenernos fuera de allí. Había utilizado la Fuerza para hacerlo. Alguien dijo que los kretchs se nos comerían. Sí, los kretchs se nos comerían... Pero nos desafiamos los unos a los otros para ver si éramos capaces de ir. Los mayores, Lagan, Ismaren y Hoddas... ¿O se llamaba Hoddag? Sí, y también estaba Umgil... Creo que ésos eran sus nombres, sí. Bien, los mayores dijeron que estábamos buscando el Pozo de Plett.

— ¿Qué eran los kretchs? —preguntó Cray, rompiendo el silencio que siguió a las palabras de Nichos.

—No lo sé —respondió Nichos, que cuando era un hombre podría haber acompañado su réplica con un encogimiento de hombros—. Supongo que eran unas cosas que se comían a los niños.

— ¿Y alguien erigió una barrera mental mediante la Fuerza para manteneros alejados de túneles en los que se suponía que no debíais entrar?

Leia se había inclinado hacia adelante, y sus dedos seguían sujetando el pendiente.

—Sí, eso creo —respondió Nichos sin apresurarse—. O utilizó la Fuerza para..., para crear una aversión en nosotros. Por aquel entonces no me pareció que hubiese nada de raro en ello, pero cuando pienso en lo que ocurrió... Ahora creo que era el poder de la Fuerza.

—Tendrías que tratar de emplear ese truco con Jacen y Jaina —observó Han, y Chewbacca, que había permanecido en silencio junto a él hasta entonces, emitió un gruñido de asentimiento.

— ¿Cuántos años tenías? —preguntó Luke—. ¿Recuerdas algún otro nombre?

Erredós zumbaba suavemente junto a él mientras iba registrando datos.

Los ojos azules de Nichos —artificiales, pero una copia exacta de los originales— se clavaron en el vacío durante unos momentos y lo contemplaron como si no vieran nada en él. Un hombre de carne y hueso probablemente los habría cerrado. Cray desvió la mirada.

—Brigantes —dijo Nichos después de unos momentos más de silencio—. Ustu. Era una Ho'Din. Medía casi dos metros de altura y tenía la piel del verde pálido más hermoso que he visto jamás... Una mujer llamada Margolis... Bueno, en realidad era una muchacha, y cuidaba de nosotros. Yo era extremadamente joven.

—Mi madre se llamaba Margolis —dijo Cray con un hilo de voz.

Hubo otro silencio.

—Los hijos de los Jedi —murmuró Luke.

— ¿Una...? ¿Una colonia de Jedi? ¿Todo un grupo de ellos?

Leia se estremeció, y se preguntó por qué todo aquello le sonaba tan familiar.

—Mi madre... —Cray titubeó y se apartó un zarcillo de cabellos color marfil de la frente con una mano de largos dedos—. Mi tía abuela siempre estaba vigilando a mi madre, y no paraba de criticarla. Después me enteré de que la madre de mi madre había sido una Jedi, y comprendí que tía Sophra temía que mi madre o yo también mostráramos señales de sensibilidad a la Fuerza. En el caso de mi madre, nunca hubo ningún indicio. Ya te hablé de todo eso cuando Nichos me llevó a Yavin, Luke.

Luke asintió. Recordaba aquel primer encuentro y la deslumbrante sonrisa de Nichos. «La programadora de inteligencias artificiales más brillante de todo el Instituto Magrody..., y además tiene una gran capacidad para emplear la Fuerza.»

—Igual que el tío Owen... —dijo en voz baja y suave—. La peor reprimenda que me llevé en toda mi vida me la dio cuando... Bien, supongo que utilicé la Fuerza para encontrar algo que se había perdido. Sí, recuerdo que la tía Beru había perdido el pequeño destornillador que utilizaba para arreglar su tejedora. Yo cerré los ojos y dije que estaba debajo del diván. No tengo ni idea de cómo lo supe, claro... El tío Owen afirmó que me castigaba porque la única forma de que supiera dónde estaba era que yo lo hubiese metido allí debajo, pero ahora creo que mi tío supo que había usado la Fuerza y que por eso se enfadó tanto.

Luke se encogió de hombros.

—Debía de tener seis años de edad —siguió diciendo—. Estoy seguro de que nunca volví a hacerlo. Ni siquiera me acordé de ello hasta que conocí a Yoda en Dagobah.

—Sí —dijo Cray—. Tía Sophra se comportaba de la misma manera con mi madre. Y yo debí reaccionar a su miedo casi sin darme cuenta de ello, porque hasta que Nichos y yo hablamos de ello... Bueno, hasta ese momento ni siquiera se me había ocurrido pensar que yo pudiera tener alguna sensibilidad a la Fuerza.

Nichos se acordó de sonreír y le puso la mano en el hombro. Luke sabía que incluso habían conseguido duplicar la temperatura corporal, por lo menos en las manos y en el rostro.

—«Escondieron a los niños en el pozo» —murmuró Leia—. Puede que... Bueno, cuando Vader y el Emperador empezaron a perseguir y matar a los Jedi, puede que algunos Caballeros Jedi... No sé, puede que consiguieran

llevar a sus esposas y sus hijos hasta algún lugar oculto donde estarían a salvo. ¿Llegaste a hablar de los Jedi o de la Fuerza con Drub, Han?

—No recuerdo gran cosa de la conversación —admitió Han—, especialmente de lo que dijimos después de que empezáramos a beber. Pero sí recuerdo que le hablé de Luke y del viejo Ben. Drub no permitía que sus sentimientos interfiriesen en los negocios, pero siempre quiso ver ganar a los rebeldes. —Han se encogió de hombros, como si se sintiera un poco avergonzado y les estuviera pidiendo disculpas por sentir esa emoción—. Era una especie de romántico, ¿sabéis?

Leia ocultó una sonrisa y lo que pensaba de los contrabandistas que permitían que la Rebelión interfiriese en sus negocios, y volvió la mirada hacia Luke.

—Podemos tener la seguridad de que acabaron viéndose obligados a dispersarse, desde luego —dijo—. Pero si un grupo de familias de los Caballeros Jedi llegó a esconderse en el Pozo de Plett, o en Pozodeplett... Bien, tal vez dejaran registros o datos sobre adonde fueron después y quiénes eran.

Volvió a coger el pendiente y lo hizo girar debajo de la luz.

—Has dicho que Yetoom se encuentra en los límites del Sector de Senex. Sullust está entre Yetoom y aquí. Casi todos los documentos de crédito son sullustanos... ¿Qué radio de alcance puede tener el *Santo Aromático?*

—Es un carguero ligero, como el *Halcón* —dijo Han con voz pensativa mientras lanzaba una rápida mirada al wookie pidiéndole que confirmara sus palabras. Chewbacca asintió—. Puede viajar por el espacio profundo, desde luego, pero la inmensa mayoría de contrabandistas que trafican a pequeña escala nunca recorren más de veinte parsecs por salto. En esta zona no hay gran cosa ni por encima ni por debajo de la eclíptica, lo cual situaría su punto de origen en algún lugar del Sector de Senex o del de Juvex, o en el Noveno Cuadrante, digamos que en... Sí, entre los Noopiths y el Cúmulo Greeb-Streebling.

—Eso es un territorio muy grande —murmuró Leia en un tono de voz tan pensativo como el que había empleado Han—. Y además es una zona muy fragmentada y problemática, desde luego: hay montones de puestos imperiales y pequeñas confederaciones formadas por un par de planetas... El almirante Thrawn nunca tuvo mucho éxito en sus enfrentamientos con las Antiguas Casas que gobiernan en el Sector de Senex, pero nosotros tampoco hemos logrado hacer demasiados progresos. Sé que la Casa Vandron explota granjas de esclavos en Karfeddion, y que la Casa Garonnin obtiene la mayor parte de sus ingresos de operaciones mineras en asteroides llevadas a cabo en condiciones bastante horripilantes... Incluso en los viejos tiempos del Senado, siempre se estaban presentando mociones y preguntas para averiguar si los Derechos de la Consciencia eran realmente respetados y aplicados en esas áreas.

—No suena como un sitio en el que vaya a resultar fácil encontrar algún rastro de esos Jedi —dijo Cray.

—Eso no resultaría fácil en ningún sitio —observó Leia—. Podemos saltar desde un punto del hiperespacio a otro, y eso hace que olvidemos las enormes distancias que se interponen entre un sistema habitado y el más próximo. Nunca nos acordamos de los miles de años luz que recorremos por el hiperespacio... Las personas pueden esconderse en cualquier lugar, o ser escondidas en cualquier lugar. Lo único que se necesita para conseguirlo es que una línea que consiste en una sucesión de puntitos fosforescentes sea eliminada de un ordenador en algún sitio.... y esas personas han desaparecido por completo y para siempre. ¿Cómo vas a encontrarlas? No, por mucho que busques te aseguro que es imposible volver a dar con ellas.

—Pero seguramente habrá copias de seguridad o archivos duplicados en algún sitio, ¿no?

La idea de que existieran tantas posibilidades de crear incógnitas y cabos sueltos parecía inquietar considerablemente a Cray. Leia supuso que las enseñanzas de Luke habían hecho que Cray ya no estuviera tan segura como antes de la inconmovible solidez del principio de que todas las cosas eran controlables en última instancia por la inteligencia, pero estaba claro que aún le quedaba mucho camino por recorrer.

— ¿Has intentado entrar en la mente de McKumb? —preguntó volviéndose hacia Luke.

Luke asintió, y el recordarlo bastó para que torciese el gesto. No sabía si era debido a la roca mental o a las lesiones cerebrales o si había alguna otra causa que desconocía, pero no se había encontrado con ninguna de las habituales barreras humanas contra la invasión telepática, y sin embargo en la mente del viejo contrabandista tampoco había nada que ofreciese alguna clase de conexión a sus pensamientos durante la búsqueda. No había nada que ver y no había nada que sugiriese ni una sola pregunta, únicamente un caos insoportable de dolor y confusión del que surgían formas horribles que se lanzaban sobre él: monstruosidades dispuestas a desgarrarlo todo, ríos de ácido, ruido que palpitaba en sus oídos con un martilleo ensordecedor, fuego que le impedía respirar... Luke había emergido de él para descubrir que todo su cuerpo estaba temblando y que Tomla El le sostenía para que no perdiese el equilibrio mientras le contemplaba con profunda preocupación, y después se había enterado de que sólo habían transcurrido meras fracciones de segundo desde su fallido intento de entrar en la mente de McKumb.

— ¿Podrías entrar en la mía? —preguntó Nichos—. Sólo recuerdo lo que es normal que viera un niño, pero al menos así podrías estrechar el campo de investigaciones. Por aquel entonces era humano —añadió, y volvió a acordarse de sonreír— y podía establecer contacto con la Fuerza.

Sólo Cray y Leia acompañaron a Luke y Nichos en su descenso por los angostos tramos de peldaños de la escalera de caracol y a través del pequeño jardín posterior hasta la suite que compartían Cray y Nichos. A esas alturas Han y Luke ya estaban prácticamente seguros de que Drub McKumb pretendía advertir y no cometer un asesinato, pero Han no estaba dispuesto a suponer que sabían todo lo que había estado intentando decirles. Él y Chewbacca decidieron permanecer en la Casa de Invitados Presidencial para estar más

cerca de los niños, con Erredós conectado a una impresora de la que brotaba un torrente de cartas estelares y cálculos concernientes al Sector de Senex, mientras que Cetrespeó se mostraba encantado ante la posibilidad de poder quedarse en la balconada para comparar la realidad de los complejos ceremoniales de los rebaños ithorianos que se estaban desarrollando en la plaza con sus registros internos de como se suponía que eran.

—Sabíamos que perdería su capacidad de usar la Fuerza cuando fuese... transferido, por lo menos de manera temporal.

Cray habló muy deprisa y con la voz un poco temblorosa y a punto de quebrarse, como si el admitir que una contingencia era esperada pudiera proporcionarle algún poder sobre ella. Sus ojos se posaron en Nichos y Luke, que la precedían caminando el uno al lado del otro. La silueta plateada del antiguo estudiante era tan alta que la esbelta forma de Luke, envuelta en la negrura de su capa, parecía quedar extrañamente empequeñecida. La terraza que se abría delante de los Aposentos de los Invitados se extendía en dirección opuesta a las danzas de la plaza, y los ecos de sus pasos resonaban estrepitosamente sobre el complicado mapa estelar dibujado con las losetas azul y oro del pavimento.

—Ya sé que Luke y Kyp Durron y algunos de los que han estudiado el Holocrón piensan que la Fuerza es una función única y exclusiva de la vida orgánica, pero no comprendo por qué ha de ser así. Nichos está tan vivo como tú o como yo. No estamos hablando de un artefacto, como en el caso de Cetrespeó o Erredós...

Cray mantenía la cabeza alta y su voz sonaba firme y segura de sí misma, pero la luz de los globos solares medio escondidos entre las ramas de sus árboles padres permitió que Leia percibiera el delator brillo plateado de las lágrimas reprimidas a duras penas en los ojos de la joven.

—En estos momentos estoy trabajando en la decodificación y cubicación de micros hiper-pequeños para duplicar todo lo que sea posible reconstruir a partir de las radiografías cerebrales de los otros estudiantes de la Academia. La gran ventaja de lo que hemos hecho con Nichos es que la información puede ser transferida a procesadores mucho más eficientes a medida que voy mejorando y retocando el diseño.

Cray volvió a pasarse una mano por los cabellos para disimular con ese gesto el rápido deslizar de un dedo por las comisuras de sus párpados maquillados con una delicada aplicación de colores. Su perfección era del tipo que no podía admitir la duda o la pena.

—Sólo lleva en ese cuerpo... ¿Cuánto tiempo ha transcurrido, unos seis meses? —Leia se odió a sí misma por estar ofreciendo un consuelo que en lo más profundo de su corazón sospechaba era falso—. Es un milagro que siga vivo —añadió, y esta vez sus palabras no podían ser más sinceras.

Cray inclinó la cabeza en un asentimiento tan veloz que apenas resultó perceptible, negándose a aceptar el mérito de que Nichos siguiera con vida mientras atravesaban un vestíbulo de paredes de aire tan delicadas como encajes y estalactitas que hacía pensar en una caverna submarina festoneada de flores.

—Y no lo estaría si no fuese por algunas de las investigaciones sobre restos de naves y equipos ssi-ruuk que llevó a cabo Stinna Draesinge Sha. Me refiero a la transferencia de la.... de la verdadera personalidad, no de una mera copia de datos a.... a un artefacto. Había concebido grandes esperanzas acerca de sus trabajos con Nichos, y fue de una gran ayuda. Solía decir que el proceso de tecnificación de los ssi-ruuk habría fascinado a Magrody, que había sido su maestro, y que estaba casi segura de que él habría sabido encontrar mejores respuestas que ella a los enigmas que plantea la relación entre las inteligencias orgánicas y las artificiales, pero Magrody ya no... Bien, ya no se podía contar con él. Sha...

Cray meneó la cabeza.

—Oh, no puedo concebir que alguien quisiera hacerle daño —murmuró después.

Cray volvió a quedarse callada en cuanto entraron en la agradable cámara central de su suite, que parecía una gran gruta. Nichos se sentó a la mesa y Luke se sentó delante de él bajo la tenue claridad rosada de los globos solares incrustados en la tracería translúcida del techo, que era un poco más bajo en aquella estancia. Un sinuoso diván cuya forma se adaptaba a los contornos humanos ocupaba una pequeña alcoba. Leia y Cray se instalaron en él, y Leia alzó la mano para apartar la cubierta de otro globo solar, con lo que derramó su delicada luz rosada alrededor de ellas.

Cray siguió hablando, pero lo hizo en un tono lo bastante bajo para que sus palabras no pudieran ser oídas desde la mesa.

—Cuando Nichos... Bueno, cuando le diagnosticaron... —Su expresión indicó lo dolorosos que le resultaban aquellos recuerdos, y trató de evitar cualquier mención a ellos—. Me alegré mucho de poder mantenerle con vida, y de que estuviera lo suficientemente adiestrado en el uso de la Fuerza para poder..., poder separarse de su..., su cuerpo orgánico. Además, llevar a cabo el tipo de análisis e investigaciones que nos permitirán transmitir las capacidades de la Fuerza a una consciencia inorgánica es una mera cuestión de tiempo. Algunas de las investigaciones de Magrody ya apuntaban en esa dirección antes de que...

Cray volvió a callarse de repente cuando estaba a punto de terminar la frase con la palabra «desapareciese», y Leia comprendió que la joven también había oído las historias, los susurros y los rumores de que ella, Leia Organa Solo, había utilizado a sus «amigos contrabandistas» para vengarse del hombre que había enseñado cuanto sabían a Qwi Xux, Ohran Keldor, Bevel Lemelisk y el resto de diseñadores de la Estrella de la Muerte.

Entrar en la mente de Nichos fue una de las experiencias más extrañas de toda la existencia de Luke. Cuando utilizaba la Fuerza para sondear los pensamientos o los sueños de alguien, lo habitual era que acudieran a él bajo la forma de imágenes, como si estuviera recordando o convirtiendo en un sueño algo que él mismo había visto hacía mucho tiempo. A veces las imágenes cobraban la forma de sonidos —voces—, y muy de vez en cuando percibía una sensación de calor o de frío. Luke cerró los ojos y se sumió en el trance superficial de la escucha y la búsqueda. Era consciente de la presencia de la mente de Nichos, abierta y receptiva a la suya tal como enseñaban las

meditaciones de los Jedi; y también era consciente de la personalidad del muchacho que había acudido a él, aquel joven llamado Nichos que poseía tanta capacidad para usar la Fuerza y estaba sincera y enérgicamente decidido a emplearla de manera responsable y correcta.

Luke había tenido estudiantes mucho más poderosos, pero rara vez se había encontrado con uno que tuviera más facilidades para aprender a pesar de que Nichos era bastante mayor que él.

Podía sentir el calor de las manos de Nichos bajo sus dedos. Al igual que la prótesis de Luke, las manos de Nichos eran calentadas por diminutos circuitos subcutáneos que duplicaban con increíble exactitud la temperatura corporal, evitando que quienes las tocaran pudieran sentirse desconcertados ante la ausencia de calor. Luke también era consciente de que Leia y Cray se habían callado, así como de su propia respiración y del débil y maravilloso susurro formado por todas las canciones que flotaban en el aire nocturno y que surgían del millar de fiestas y bailes que se estaban celebrando en la ciudad.

Se hundió un poco más en el trance de sondeo, y fue consciente durante un fugaz momento de que Nichos no respiraba.

Mientras cruzaban la plaza, Luke se había preguntado si sería capaz de hacerlo y, de hecho, incluso había llegado a preguntarse si Nichos era el hombre que había conocido, el hombre que había ido a Yavin para presentarse ante él y decirle que creía poseer los poderes que Luke buscaba con tanto empeño.

Pese a toda su relativa juventud, Cray Mingla ya era uno de los mayores talentos de la programación de inteligencias artificiales de la galaxia. Además, también estaba aprendiendo a ser una Jedi y era consciente de la interacción existente entre la Fuerza, el cuerpo, la mente y toda la vida del entorno. Había seguido las enseñanzas de Nasdra Magrody, y había intentado eliminar el abismo que seguía existiendo entre la inteligencia construida de manera artificial y el funcionamiento del cerebro orgánico. Incluso había estudiado todo lo que se podía llegar a saber sobre la tecnología prohibida de los ssi-ruuk, y había tratado de averiguar en qué consistía la verdadera esencia de la personalidad y la energía humanas.

Pero Luke seguía sin saber si la criatura que tenía delante era realmente Nichos Marr o sólo un androide cuya mente artificial había sido programada con todos los conocimientos de aquel hombre.

El recuerdo estaba allí. Era un recuerdo infantil, tal como le había explicado Nichos: túneles oscuros que serpenteaban a través de las rocas, y un asfixiante calor húmedo que era sustituido repentinamente en algunos lugares por un frío terrible. Había tempestades de nieve que aullaban a través de eriales de hielo y roca negra, y cavernas de hielo bajo las que se ocultaban calderas de barro que burbujeaban en un incesante y hosco humear. Luke vio acantilados cristalinos que resplandecían con destellos azules bajo el oscuro crepúsculo de un sol que apenas daba calor, junglas casi impenetrables, macizos de helechos que le llegaban hasta los hombros esparcidos alrededor de arroyos y lagunas que lanzaban hililllos de vapor en el silencio y la inmovilidad de aquella atmósfera extrañamente acre.

Y de repente oyó cantar a una mujer.

Niños que juegan en el campo lleno de flores, La reina va de camino a las tres torres del rey...

Luke se acordaba de aquella canción, y el recuerdo era tan viejo y profundo que ni siquiera podía acordarse de a qué voz se la había oído cantar.

Pero su percepción de aquellos recuerdos era vagamente tenue y lejana, como si fueran lecturas en vez de realidades. «Tempestades de nieve que aullaban a través de eriales de hielo» era una serie de palabras que flotaban en su mente y que no guardaban ninguna relación con la mordedura del viento helado que recordaba de su estancia en Hoth, y Luke sabía que los arroyos habían humeado en los alrededores de los glaciares sin ver ni el agua ni el hielo.

Todas las palabras de la vieja canción estaban allí —al igual que la melodía, presente en lo que Luke supuso era la transcripción de las notas musicales—, pero el recuerdo de la voz que la había cantado estaba tan ausente de la memoria de Nichos como lo había estado siempre de la de Luke.

Sólo había negrura, extraña y desoladoramente vacía.

La reina tenía un halcón y la reina tenía una alondra, la reina tenía un ruiseñor que cantaba en la oscuridad. Y el rey le dijo: Del gran árbol negro te colgaré, si tus pájaros no me traen tres deseos...

Todo ocurrió de repente y sin ningún aviso previo. Una sensación de horror helado y de aguijonazos que casi llegaban a ser sonidos atravesó su cerebro, desgarrándolo con el veloz y aterrador impacto de una astilla de acero congelado. Durante un momento fugaz vio cómo los gigantescos acantilados de hielo relucían igual que cristales volcánicos en un crepúsculo de hierro, y vio la superficie facetada de una cúpula antigravitatoria ocupando todo el valle que se extendía debajo de ellos. Había tenues luces apenas visibles por entre las neblinas, árboles cargados de flores y frutos, jardines como navíos encantados suspendidos en el aire...

Una torre en ruinas, un dedo oscuro que se recortaba sobre el acantilado de negrura.

Y algo más: una imagen, una conmoción inexplicable, una oleada de oscuridad que se desplegaba velozmente, buscando e investigando, enviando su llamada en todas direcciones. La ola cayó sobre él y envolvió su cuerpo en un abrazo helado, y después se replegó sobre sí misma antes de que pudiera identificarla, como una flor negra que invierte su crecimiento para volver a ser una semilla mortífera, y se desvaneció enseguida.

Y Luke descubrió que estaba jadeando y que volvía a ser plenamente consciente de sí mismo, y sintió cómo las manos de Nichos temblaban bajo las suyas.

— ¿Qué ocurre? —preguntó de inmediato en el mismo instante en que Cray se levantaba de un salto y cruzaba la estancia.

—Nic...

El hombre plateado le interrogó con la mirada. Había sentido cómo las manos de Nichos se sacudían intentando apartarse de las suyas, y Nichos las contempló con una leve sorpresa.

—Has tenido una convulsión.

Cray ya se había arrodillado junto al sillón y estaba examinando las hileras de indicadores del pecho de Nichos.

¿Qué ha ocurrido?—preguntó Luke—. ¿Qué sentiste?

—Nada. —Nichos meneó la cabeza una fracción de segundo demasiado tarde para que la negativa resultase natural—. Quiero decir que... No recuerdo ninguna sensación extraña. Sentí las manos de Luke sobre las mías, y de repente había salido del trance y mis manos se habían apartado de las suyas.

— ¿Viste algo?

Leia estaba inmóvil al otro lado del sillón. Cray seguía inspeccionando indicadores, aunque se sabía de memoria todas sus gamas de lectura.

—Creo que tiene que ser Belsavis. —Luke se frotó las sienes. El dolor que sentía en ellas era distinto al palpitar que padecía en algunas ocasiones cuando utilizaba la Fuerza para llevar a cabo un sondeo profundo venciendo alguna resistencia, o para oír algo que se encontraba mucho más allá del alcance de los oídos humanos—. Vi alguna clase de cúpula de amplificación lumínica sostenida mediante antigravedad que se alzaba sobre un valle volcánico, y que yo sepa Belsavis es el único sitio donde tienen una estructura semejante.

—Pero esa cúpula fue construida hace una docena de años —protestó Cray —. Si Nichos estuvo allí de pequeño...

Luke titubeó y se preguntó de dónde había surgido aquella imagen. ¿Por qué se sentía tan aturdido y confuso, y por qué tenía la sensación de que ya había olvidado una parte de la visión?

—No, también encaja con otras cosas —dijo—. Los túneles que recuerda podrían haber sido fisuras geotérmicas, y creo que esos valles volcánicos estaban cubiertos de selvas antes de que las grandes conserveras de fruta empezaran a operar allí.

Lanzó una rápida mirada de soslayo a Cray, y vio la forma en que sus manos reposaban sobre los hombros de Nichos y que no apartaba los ojos de su rostro.

No había recuerdos visuales, olfatorios ni auditivos de ninguna clase, solamente aquel conocimiento totalmente neutro de lo que había ocurrido.

La sensación de que había olvidado algo seguía flotando por su mente, pero se evaporó como la luz sobre el agua en cuanto Luke intentó capturarla e identificarla.

—Belsavis también está en los límites del Sector de Senex —siguió diciendo pasados unos momentos—, y eso significa que se encuentra lo suficientemente cerca de Yetoom. ¿Cuál es el nombre del valle en el que construyeron la cúpula? ¿Lo sabes, Cray?

—Hay dos o tres valles volcánicos cubiertos con cúpulas en los glaciares —replicó Cray, viendo el fruncimiento de ceño interrogativo de Leia—. Las cúpulas son estructuras de amplificación lumínica del tipo estándar, con sistemas antigravitatorios instalados en la cima para que soporten las tensiones. La Corporación Brathflen construyó la primera hace unos doce o catorce años sobre Plawal...

Hizo una breve pausa, como si acabara de oír la palabra por primera vez.

—Plawal —murmuró.

—Pozodeplett —dijo Leia—. El Pozo de Plett.[1]

— ¿Cuánto tiempo hace que existen esas colonias? Leia meneó la cabeza.

—Se lo preguntaremos a Erredós, pero hace veinticinco o treinta años como mínimo —dijo—. El Noveno Cuadrante está bastante aislado, y los sistemas de esa zona se encuentran muy alejados unos de otros. Creo que sería el sitio ideal para que los Caballeros Jedi hubieran escondido a sus familias en cuanto supieron que el Emperador había decidido destruirles.

Leia se irguió, y el movimiento hizo que los pliegues de su tabardo cayeran a su alrededor y crearan una escultura iridiscente.

—Escondieron a los niños en el pozo —murmuró—. Y después se dispersaron, y ni siquiera se acordaron de quiénes eran.

Leia frunció el ceño. Volvía a ser la diplomática llena de experiencia y recursos.

—Belsavis es un aliado independiente de la República —les explicó—. Se toman muy en serio todo lo referente a la seguridad debido a las explotaciones de lianas de seda y de café, pero supongo que me permitirán echar un vistazo a sus registros. Han y yo podemos ir a Coruscant para coger el *Halcón* y volver antes de la fecha en que deberíamos regresar del Momento de la Reunión. Se supone que es un lugar precioso —añadió con expresión pensativa—. Me pregunto si los chicos...

— ¡No! —Luke la agarró por la manga, como si quisiera impedirle de una forma lo más física posible que se llevara a sus hijos con ella. Tanto Leia como Cray le contemplaron con visible sorpresa—. ¡No deben acercarse a ese sitio!

Un instante después Luke se preguntó por qué había dicho aquello, y qué era lo que le inspiraba tanto temor.

Pero lo único que logró encontrar fue la sensación de que algo andaba terriblemente mal y de que había algo maligno que se ocultaba, una visión de vaga negrura que se replegaba sobre sí misma para desaparecer y seguir al acecho.

Luke acabó meneando la cabeza.

[1] «Plett's Well» (Pozo de Plett) y «Plawal» suenan de manera relativamente similar. (N. del T.)

—De todas formas, si hay tipos como Drub McKumb por allí, Belsavis no es el tipo de sitio al que querrías llevar a los niños —dijo después.

—No, claro —dijo Leia en voz baja y suave, volviendo a ver con la misma claridad con la que estaba viéndola Luke a la silueta que gemía y se debatía entre las correas de la cama de diagnóstico, y los colores rojos y amarillos de la agonía mental que destellaban en las pantallas de los monitores—. Tendremos mucho cuidado —añadió—, pero los encontraremos, Luke. O por lo menos averiguaremos adonde fueron...

La suave claridad de los globos solares arrancó destellos a los pliegues de su tabardo y su traje ceremonial cuando Leia pasó por debajo de las pilastras y emergió a la luminosa inmensidad de terciopelo que era la noche ithoriana.

CAPÍTULO 3

Tatooine.

El frío de la noche del desierto y los olores que brotaban de la oscuridad cuando el viento dejaba de soplar ya habían llegado. Luke estaba contemplando cómo el arco de adobe del techo de su habitación parecía flotar muy cerca de su cabeza, apenas visible bajo la débil claridad de los diales del condensador de humedad que alzaba su negra masa en el patio al otro lado de su ventana.

La maquinaria de la casa emitía sus pequeños chasquidos y crujidos, y cada sonido era reconfortante y familiar: la yogurtera de la tía Beru, la planta hidropónica que el tío Owen había montado el año pasado, el zumbido de la valla de seguridad...

¿Por qué estaba tan silenciosa la noche?

¿Por qué sentía su pecho dolorosamente oprimido por una banda de terror invisible, y por qué tenía la vaga e inexplicable sensación de que una criatura enorme y malévola avanzaba lentamente a través de la oscuridad?

Se levantó de la cama, cogió la manta y la sábana y se envolvió con ellas. Los escalones todavía eran demasiado altos para sus cortas piernas, y notó la mordedura del frío aire nocturno en los dedos. El olor del desierto invadió sus fosas nasales y las llenó de un leve escozor, y se deslizó sobre su rostro y sus labios esparciendo el cosquilleo de un millar de diminutos alfilerazos.

Luke era muy pequeño.

Al final de la escalera, por encima de la hondonada que formaba el patio de la granja, el desierto se perdía en el infinito, sumido en la más absoluta inmovilidad. Estrellas inmensas observaban el mundo desde la negrura absoluta del cielo, contemplándolo con la mirada hierática de las criaturas que han sucumbido a la locura, profunda y personalmente conscientes del niño que caminó lentamente sobre la arena hasta detenerse justo allí donde empezaba el campo de energía de la valla, porque a pesar de su escasa edad Luke ya conocía hasta el último centímetro de la granja.

Había peligro allí fuera, y era un peligro vasto y terrible que avanzaba sigilosamente hacia la casa perdida en el desierto.

Luke se despertó.

Sus ojos contemplaron los gráciles arces de resina y los colgantes adornados con dibujos de parras cristalinas. Las ventanas quedaban medio escondidas por celosías de flores, y los globos solares esparcidos entre los árboles del patio creaban encajes de sombras sobre los muros. La noche estaba muy avanzada, pero la música de los festejos, de los centenares de bodas y alegres danzas de reunión y conmemoración seguía flotando en el aire impregnado por los verdes olores de la jungla que se extendía debajo de él, con los aromas a vainilla, especias y miel de una docena de variedades de plantas que florecían durante la noche, presentes para hacer todavía más irresistible la mezcla de perfumes.

Tatooine.

¿Por qué había soñado con el hogar de su infancia? ¿Por qué había soñado con esa noche, la noche en que había despertado para encontrarse con un silencio que estaba mucho más dentro de su corazón que en la noche, sabiendo que algo se aproximaba?

En ese caso lo que se aproximaba era el Pueblo de las Arenas, los incursores tusken. Luke se había acercado demasiado a la valla y había activado una de las pequeñas alarmas. El tío Owen acababa de salir de la casa en su búsqueda cuando se oyó el primer y todavía lejano gruñido de un bantha. Si Luke no hubiera despertado cuando lo hizo, la primera señal de que corrían peligro habría llegado cuando el Pueblo de las Arenas atacara la valla.

¿Por qué estaba volviendo a sentir aquel inmenso silencio y la lenta aproximación del mal... precisamente aquella noche?

¿Qué había percibido en la fracción de segundo en que su mente estaba abierta y buscaba entre los recuerdos almacenados en el cerebro electrónico de Nichos?

Luke se levantó de la cama, se envolvió en la sábana como había hecho en esa infancia que acababa de experimentar, y fue hasta la ventana.

«La reina tenía un ruiseñor que cantaba en la oscuridad...»

Han y Leia se habían ido. Habían utilizado el ataque de Drub McKumb como excusa, arguyendo que estaban preocupados por la seguridad de sus hijos, y los líderes de los roanos ithorianos lo habían comprendido. Su visita debía acortarse, naturalmente, y la perspectiva de posibles ataques impredecibles hacía que no tuvieran más remedio que volver a Coruscant. Drub McKumb seguía en la cama de diagnóstico, bajo los cuidados de Tomla El y profundamente sumido en sus sueños llenos de murmullos.

Erredós se había ido con ellos. Luke sabía que su enorme capacidad de computación resultaría más necesaria en el sitio al que iban. En cuanto a Cetrespeó, su presencia seguía siendo necesaria en Ithor por muy quisquilloso y maniático que pudiera ser a veces, pues la extraña y difícil misión que había llevado a Luke hasta aquel planeta sólo podía llevarse a cabo si se contaba con un androide comunicador y traductor que colaborase con Cray Mingla y los médicos ithorianos en el delicado intento de integración de Nichos Marr, su única posibilidad de que volviera a ser el hombre que había sido en el pasado.

Pero en aquel momento Luke necesitaba a Erredós.

Otro pensamiento surgió en su mente.

Se subió la sábana hasta los hombros y fue hacia el umbral. Cetrespeó, que estaba sentado en el silencio y la inmovilidad del comedor de la Casa de Invitados, se activó apenas Luke cruzó el umbral. El débil brillo de sus ojos aumentó de intensidad hasta que Luke pudo ver dos redondas lunas amarillas que relucían en la oscuridad. Luke movió una mano y meneó la cabeza.

—No pasa nada, Cetrespeó.

— ¿Puedo hacer algo por usted, amo Luke?

—De momento no. Gracias.

El androide de protocolo volvió a recostarse en el sillón, pero mientras descendía por el corto tramo de peldaños que llevaba hasta la puerta exterior y atravesaba la terraza bajo la oscuridad violeta, Luke se dio cuenta de que Cetrespeó no se había desactivado. Cetrespeó era un androide, desde luego, pero había momentos en los que podía llegar a ser tan curioso y entrometido como cualquier humano.

Al igual que Cetrespeó, Nichos Marr estaba sentado en la antesala de la suite donde habían alojado a Cray, y también se hallaba inmerso en el estado de reducción de energía que era el equivalente androide al descanso. Al igual que había ocurrido con Cetrespeó, el casi imperceptible sonido de los pasos de Luke bastó para hacer que Nichos fuera consciente de su presencia y volviera la cabeza hacia él.

— ¿Luke?

Cray le había equipado con los moduladores vocales más sensibles que pudo encontrar, y la palabra había sido meticulosamente calibrada para que fuese un susurro tan suave como el roce de los macizos de hoja azul movidos por la brisa que se alzaban al otro lado de las ventanas. Nichos se puso en pie y fue hasta Luke. El metal plateado de sus brazos y sus hombros emitió destellos fantasmales al capturar los débiles rayos de luz que llegaban del exterior.

— ¿Qué pasa?

—No lo sé.

Fueron al pequeño comedor en el que Luke había intentado sondear su mente, y Luke se puso de puntillas para apartar una esquina del capuchón de la lámpara y dejar que un pequeño triángulo de luz dorada como la mantequilla cayese sobre el tablero púrpura de la mesa de madera vul.

—He tenido un sueño... Tal vez fuese una premonición.

Los labios de Luke ya habían empezado a moverse para preguntarle si soñaba, pero un instante después se acordó de la horrenda oscuridad vacía de imágenes que era la mente de Nichos, y no dijo nada. No estaba seguro de si su pupilo era consciente de la diferencia existente en sus percepciones y conocimientos humanos, y si sabía qué había perdido cuando su consciencia y su yo fueron transferidos al cuerpo androide.

— ¿Hasta qué punto eres consciente de la faceta computerizada de tu ser? —preguntó Luke.

Un hombre habría fruncido el ceño, se habría llevado el pulgar a los labios o se habría rascado la oreja. Un hombre habría tenido una de entre un millar de pequeñas reacciones físicas posibles, pero Nichos se limitó a contestar con la impasible rapidez propia de un androide.

—Soy consciente de que existe —dijo—. Si me preguntaras cuál es la raíz cuadrada de pi o la relación entre la frecuencia y la longitud de las ondas lumínicas, sería capaz de responderte sin ninguna vacilación.

— ¿Puedes generar números aleatorios?

—Por supuesto.

Por supuesto...

—Cuando sondeé tu mente y leí tus recuerdos infantiles de aquel planeta, capté una..., una perturbación. Era como si hubiese algo que se desplegara, como si estuviera buscando no sé qué... Era algo maligno, algo que... —Decirlo en voz alta hizo que Luke por fin comprendiera qué había sentido en aquellos momentos—. Era algo consciente. ¿Podrías colocarte en un trance receptivo, como si estuvieras meditando sobre la Fuerza, para abrir tu mente a esa cosa y... generar números aleatorios? ¿Podrías generar coordenadas aleatorias, Nichos? Te proporcionaré un cuaderno electrónico. Hay uno conectado a esta terminal. Has recibido el adiestramiento Jedi —siguió diciendo Luke, apoyándose en la mesa y alzando la mirada hacia aquellos ojos artificiales color azul cobalto—. Conoces la..., la sensación, el sabor, el peso y el tacto de la Fuerza a pesar de que ahora no puedas utilizarla. Necesito averiguar en qué consiste esa..., esa perturbación, esa oleada de oscuridad que percibí. ¿Puedes hacer lo que te pido?

Nichos sonrió de repente, y la sonrisa era la del hombre al que Luke había conocido en el pasado.

—No tengo ni idea —respondió—, pero por lo menos podemos intentarlo.

A la mañana siguiente Luke se inventó una excusa para no tomar parte en la expedición a las Cascadas de Dessiar, uno de los parajes de Ithor más afamados por su belleza y su paz, que Tomla El había organizado para Nichos y Cray. Esperó hasta que se hubieron marchado y fue en busca de Umwaw Moolis, y la líder del rebaño escuchó con solemne atención su francamente ilógica petición y prometió que haría todo lo necesario para que fuese atendida. Después Luke bajó a la Casa de Curación, donde Drub McKumb yacía sobre la cama de diagnóstico, sedado mucho más allá del dolor pero con todas las percepciones de la agonía y la pesadilla aullando en el interior de su mente.

— ¡Morirás! —McKumb tiró frenéticamente de las correas, y sus ojos azules desorbitados por la furia se clavaron en Luke mientras se debatía y agitaba sus manos tensas como garras intentando llegar hasta él—. ¡Veneno, todo es veneno! ¡Te veo! ¡Veo la luz oscura que brilla a tu alrededor! ¡Eres él! ¡Eres él!

Su espalda se curvó como un arco, y los alaridos que brotaban de sus labios eran como un chirrido arrancado al interior de su cuerpo por alguna trituradora infernal.

Luke había estado en los lugares más oscuros del universo y de su propia mente, y durante su viaje por el camino al que le había arrastrado la Fuerza había experimentado y obrado el mal con una intensidad que quizá ningún hombre hubiera conocido..., y aun así tuvo que recurrir a todo su dominio de sí mismo para no salir corriendo de allí.

—Anoche llegamos al extremo de probar con la roca mental —explicó el médico de guardia, una ithoriana más esbelta de lo habitual con el cuerpo adornado por soberbias franjas verdes y amarillas bajo su sencillo tabardo de lino púrpura—. Pero al parecer las dosis anteriores, que creemos le habían proporcionado la lucidez suficiente para llegar hasta aquí desde su punto de origen, han hecho que su organismo entre en un estado de hipersensibilización. Volveremos a intentarlo dentro de cuatro o cinco días.

Luke bajó la mirada hacia aquel rostro convulsionado por la furia que se retorcía en una incontrolable sucesión de muecas.

—Como puede ver —siguió diciendo la ithoriana—, la percepción interna del dolor y el miedo va disminuyendo lentamente. Ha bajado a un noventa y tres por ciento de las lecturas que registramos cuando le trajimos aquí. Ya sé que no es gran cosa, pero por lo menos es un comienzo.

— ¡Él! ¡Él! ¡ÉL!

Un pequeño diluvio de espuma se esparció sobre la enmarañada barba gris del antiguo contrabandista.

¿De quién estaba hablando?

—Creo que debo desaconsejarle cualquier intento de establecer una conexión mental hasta que la lectura haya bajado al cincuenta por cien como mínimo, Maestro Skywalker.

—Sí, lo comprendo —dijo Luke en voz baja.

«Todos moriréis —había dicho McKumb-—. Se están reuniendo...»

— ¿Tienen registrado todo lo que ha dicho hasta el momento?

—Oh, sí. —Los enormes ojos color cobre se abrieron y se cerraron en un guiño de asentimiento—. La transcripción puede ser consultada en el cubículo de monitores del pasillo. No hemos conseguido entender nada, pero tal vez signifique algo para usted.

No fue así. Luke escuchó todas las grabaciones, los gemidos y gritos incoherentes, los fragmentos mascullados y roídos de palabras que sólo podían ser reconstruidas mediante un gran esfuerzo de imaginación y, de vez en cuando, la inesperada claridad de un grito. «¡Solo! ¡Solo! ¿Puedes oírme? Niños... Mal... Reuniéndose aquí... ¡Todos moriréis!»

«Ah, sí, no cabe duda de que la puntuación lo es todo —pensó Luke con amargura mientras se quitaba la conexión de la oreja—. ¿Es un solo pensamiento o cuatro, o se trata únicamente de los residuos inconexos que van rezumando de sus sueños?»

Metió la mano en un bolsillo de su cinturón y sacó de él la tira que el cuaderno electrónico había escupido aquella mañana bajo la veloz generación de números aleatorios llevada a cabo por Nichos. Luke la examinó, y contempló la copia impresa que había obtenido del ordenador central del rebaño hacía unas horas y que había unido a la tira. No tenía ni idea de cuál podía ser su significado, pero el hecho obvio e innegable de que tenía un significado resultaba considerablemente inquietante.

Unos pies avanzaron por el pasillo, y Luke oyó el seco chasquido de los elegantísimos pero nada prácticos zapatos de Cray y sonrió. Cray era el tipo de mujer del que se podía estar seguro que iría vestida con la máxima elegancia incluso durante una expedición a la jungla. Un instante después oyó su voz, con su rápida sequedad habitual acentuada hasta producir aquella nerviosa y quebradiza fragilidad que Luke había estado captando cada vez con más frecuencia en ella durante los últimos seis meses.

—En realidad sólo es cuestión de encontrar una forma de cuadruplicar la sensibilidad de los chips para obtener un generador de pautas en vez de una mera generación lineal.

Luke sabía que Cray era la experta, y era muy consciente de que en cuanto a él sus conocimientos sobre la programación de androides y de sus mentes empezaban y terminaban con la capacidad de convencer a Cetrespeó de que olvidara sus ideas más locas sobre la mejor manera de educar a los hijos de Han y Leia. Pero sus sentidos de Maestro Jedi y su percepción de los ligeros cambios de tono y matiz audibles en la voz humana captaron la desesperación de una persona que intenta convencerse a sí misma por todos los medios, y percibieron una acción de retaguardia contra la duda y una certidumbre no deseada, así como una creciente falta de sueño.

—Hace algún tiempo Hayvlin Vesell publicó un artículo en la Fundación de Investigación Tecnómica hablando de la posibilidad de volver a los viejos chips de xileno, basándose en que ofrecen una divisibilidad de la información más elevada. Cuando vuelva al Instituto...

—Eso es precisamente lo que estoy intentando hacerle comprender, doctora Mingla.... Cray. —La voz de Tomla El era un concierto de instrumentos de viento que murmuraban y susurraban—. Tal vez sea imposible conseguirlo, sin importar el refinamiento que pueda aportar a la división de la información. La respuesta quizá sea que no hay respuesta. Es posible que Nichos sea sencillamente incapaz de sentir afectos humanos.

—Oh, creo que se equivoca. —Cray había recuperado el impecable control de su voz, y mientras la escuchaba Luke pensó que bien podría haber estado hablando de lenguajes programáticos con un colega—. No cabe duda de que todavía queda muchísimo por hacer antes de que podamos descartar esa posibilidad. También se me ha informado de que en los experimentos con el aprendizaje acelerado es posible llegar a obtener progresos realmente tremendos cuando se emplea un cierto número de múltiplos de la capacidad de aprendizaje humana. Me he matriculado en otro curso de aceleración, en concreto sobre la dinámica de pautas de la información...

Su voz se fue desvaneciendo pasillo abajo a medida que se alejaba. «Todavía queda muchísimo por hacer», pensó Luke, y se sintió lleno de dolor por ella y se llevó la mano a la frente. Era la respuesta que Cray daba a todo. Cualquier problema podía ser solucionado siempre que se invirtiera el esfuerzo suficiente y se le dedicara un número lo bastante elevado de maniobras e intentos, y el precio que ella pudiera tener que pagar a cambio carecía de importancia.

Y Luke sabía que Cray ya había pagado un precio devastador.

Se acordó de las semanas que siguieron al día en que los médicos diagnosticaron que Nichos padecía aquella inexplicable degeneración progresiva del sistema nervioso, y se acordó de cómo Cray se había presentado cada mañana al adiestramiento después de haber dedicado toda la noche a la terapia aceleradora del aprendizaje que se había hecho enviar a Yavin; exhausta, a punto de derrumbarse y perder el control de sí misma, sin decirle ni a Luke ni a nadie que estaba empleando la hipnosis y la terapia con drogas para absorber las más lejanas fronteras del campo de estudio que

había elegido porque ésa era la única forma de llegar a saber y aprender lo suficiente para salvar al hombre que amaba antes de que fuese demasiado tarde. Después de que Nichos fuese hospitalizado, llegaron las noches terribles de las visitas al centro médico de Coruscant mientras Cray acosaba implacablemente a sus suministradores día tras día y dejaba de dormir para pasar horas y más horas sudando sobre sus planos y diseños, librando una carrera desesperada con la enfermedad mientras el cuerpo de Nichos se iba debilitando y se derretía rápidamente delante de sus ojos.

Cray había obrado un milagro. Había salvado la vida del hombre al que amaba.

En cierta manera...

El milagro había dado como resultado un hombre que era capaz de recordar el texto completo de aquella vieja canción de su infancia, pero que no podía percibir lo que había significado para él y que era incapaz de experimentar alegría, pena o nostalgia cuando recordaba aquella canción.

— ¿Luke?

Luke ya había oído los pasos rápidos y suaves que se aproximaban por el pasillo, y también había captado el casi imperceptible zumbido mecánico de los servomotores de Cetrespeó que los acompañaba. Los dos androides —la silueta dorada de Cetrespeó y la gris plateada que tenía un pálido rostro humano— acababan de aparecer en el umbral.

— ¿Has averiguado si esos números aleatorios que generé tienen algún significado?

El metal plateado del hombro y el brazo izquierdo mostraban las aureolas iridiscentes dejadas por gotitas de agua que ya se habían secado, como si Nichos hubiera estado muy cerca de las Cascadas. Luke se preguntó cómo habrían percibido sus bancos de memoria la experiencia de toda aquella belleza y el haberla compartido con la mujer a la que amaba.

—Son coordenadas. —Luke alargó la mano hacia la copia impresa que había dejado sobre el pequeño escritorio del cubículo y la rozó con las yemas de los dedos—. De hecho, son las coordenadas de la Nebulosa Flor de Luna, que se encuentra en el Borde Exterior más allá del Sistema K Siete Cuarenta y nueve. Allí fuera no hay nada y nunca lo ha habido, pero... He hablado con Umwaw Moolis y se ocupará de conseguirme una nave. Creo que debo ir a echar un vistazo.

Una de las lecciones concernientes al uso de la Fuerza que más le había costado asimilar a Luke había sido la de abandonar las realidades mecánicas y demostrables para confiar en sus corazonadas. Eso ya había quedado muy atrás, y últimamente casi nadie hacía preguntas al hombre que había destruido el Triturador de Soles.

— ¿Iré con usted, amo Luke?

—Por supuesto que le acompañarás, Cetrespeó. —Nichos retrocedió medio paso para contemplar al androide de protocolo—. Al igual que yo, y espero que Cray también vendrá.

Nichos volvió la cabeza, y un instante antes de verla aparecer bajo las luces del umbral del cubículo Luke oyó el rápido taconeo de los pasos de Cray aproximándose por el pasillo.

— ¿Qué es lo que esperas?

Cray rodeó la cintura de Nichos con el brazo y alzó la mirada hacia él para sonreírle con una sonrisa casi idéntica a la del pasado, aunque a Luke no le pasó desapercibida la pausa casi infinitesimal antes de que Nichos respondiera a su gesto y su sonrisa pasándole el brazo por encima de los hombros. Tal como había imaginado Luke, Cray iba impecablemente ataviada con un elegante traje blanco y negro, se había maquillado minuciosamente y llevaba un pañuelo multicolor anudado alrededor de sus rubios cabellos.

—Que vendrás a la Nebulosa Flor de Luna con Luke y Cetrespeó para investigar esa... Bien, lo que sea la corazonada que ha tenido Luke.

—Oh, pero yo...

Cray se contuvo con un visible esfuerzo de voluntad. Luke pensó que probablemente había estado a punto de protestar y explicar que debía continuar trabajando en las terapias de rehabilitación y rehumanización de Nichos con Tomla El. Vio el fruncimiento de ceño que arrugó su frente, y cómo volvía a alzar la mirada hacia Nichos para contemplarle sin tratar de ocultar su preocupación.

— ¿De qué se trata, Luke? Nichos me contó lo del campo de números aleatorios esta mañana.

—Tal vez no sea nada. —Luke se levantó de la mesita, desconectó el monitor y volvió a guardarse el listado en el bolsillo de su cinturón—. Los dos habéis venido aquí para trabajar..., para ayudarte, Nichos. No es...

—Tú también tenías muchas cosas que hacer en Yavin. —Cray le sostuvo la mirada con impasible solemnidad, sus ojos castaños casi a la misma altura que los de Luke—. Pero viniste aquí con nosotros.

—No sabes qué puede haber ahí fuera, Luke. —Nichos puso la mano sobre su brazo—. Entre los señores de la guerra y los aspirantes a Gran Almirante de los restos de la Flota Imperial, y cualquier Príncipe de una Antigua Casa del Sector de Senex convencido de que puede hacerse con un poco de poder... Bien, siempre se les están ocurriendo nuevas ideas, ¿verdad? Pide a Umwaw Moolis que te consiga una nave más grande.

El Borde Exterior... Muchos años antes, Luke había descrito Tatooine, su planeta natal —uno de los mundos de aquella región de la galaxia escasamente poblada y a duras penas habitable— como el punto que se encontraba más lejos del centro resplandeciente del universo, y la descripción era notablemente exacta. Desde aquel entonces había visitado lugares que, en comparación, hacían que Tatooine pareciese Coruscant durante la Semana del Carnaval, pero su definición original seguía siendo válida.... y lo mismo podía decirse de la mayor parte del Borde Exterior.

El Borde Exterior se reducía a hinchados soles carmesíes orbitados por bolas de metano y amoníaco congelados, incandescentes estrellas azules cuya

luz y calor calcinaban sus planetas hasta convertirlos en montones de cenizas, pulsars cuyos mundos alternaban el congelarse con el derretirse, y cúmulos que estaban lo suficientemente llenos de radiación ambiental para que ese recalentamiento incesante eliminara cualquier posibilidad de que pudiera haber vida sobre los escasos cuerpos celestes que no eran hechos pedazos por los campos gravitacionales que se enfrentaban unos con otros.

Había montones de planetas vacíos esparcidos por toda la galaxia, bolas de roca y metales cuya explotación resultaba demasiado cara debido al calor, la gravedad o la radiación, o por su excesiva proximidad a peligros tan extraños como calderos de gases o anomalías fluctuantes. Como le había dicho Leia a Cray, las distancias espaciales eran muy vastas y resultaba facilísimo perder u olvidar sistemas y sectores enteros si no había ninguna razón para ir hasta allí. En el Borde Exterior, el Imperio nunca había perdido el tiempo pensando en las leyes locales.

El crucero-explorador blindado *Ave de Presa* que los ithorianos habían prestado a Luke surgió del hiperespacio a una distancia prudencial de la zona luminosa de polvo y gases ionizados que aparecía en las cartas estelares bajo el nombre de Nebulosa Flor de Luna.

— ¿Estás seguro de que las coordenadas aleatorias corresponden a ese lugar? —preguntó Cray con voz dubitativa mientras estudiaba las lecturas de toda la información sobre la zona en las tres pantallas instaladas debajo del visor principal del puente—. Ni siquiera figura en el Registro... ¿No crees que las coordenadas podrían referirse al Sistema K Siete Cuarenta y nueve, por ejemplo? Sólo se encuentra a unos cuantos parsecs de distancia, y por lo menos allí hay un planeta... Ahí está: Pzob... —Cray leyó los datos de una pantalla—. Habitable por los seres humanos y con clima templado... El Imperio podría haber tenido una base allí, aunque los archivos no contienen ningún dato al respecto.

—Es habitable —admitió Luke, introduciendo instrucciones en el teclado con una mano y manteniendo un ojo clavado en las imágenes que se iban sucediendo sobre la pantalla central mientras hablaba—. Pero fue colonizado hace mucho tiempo por gamorreanos, aunque nadie sabe cómo o por qué. Cualquiera que hubiese querido establecer una base permanente allí habría tenido que gastarse una auténtica fortuna en sistemas de seguridad.

—Cierto, los gamorreanos son un pueblo de lo más desagradable —opinó Cetrespeó con su tiesa dignidad habitual desde el banco que compartía con Nichos en la zona de pasaje del puente—. Ya resultaban bastante difíciles de tratar cuando formaban parte del séquito de Jabba el Hutt... Los programas de reglas y procedimientos básicos para quienes quieran visitar Gamorr consisten en una sola línea: no vaya a Gamorr. ¡Sí, de veras!

—Bueno, Cetrespeó, si tú lo dices... —murmuró Luke.

Estudió la imagen del visor que se desplegaba delante de ellos. Los velos reflectantes de polvo captaban la luz de las estrellas de los alrededores y estaban iluminados por un resplandor interno, lo cual indicaba que en algún lugar de aquella inmensidad había ocultas dos o tres estrellas cuyos rayos eran apagados y difuminados por las omnipresentes masas gaseosas, con el resultado final de que apenas había nada que ver.

—Las lecturas muestran que ahí dentro hay un montón de rocas

—comentó.

Movió un interruptor e hizo aparecer un esquema en una de las pantallas secundarias. La zona que mostraba se hallaba saturada por un espeso rociado de lo que parecían granitos de arena y guijarros atrapados en una inestable suspensión aleatoria.

—Un campo de asteroides —dijo Luke—. Parece que los hay de todos los tamaños... La composición habitual, hierro y níquel. Podría ser un cinturón que rodeara a una de las estrellas que hay ahí dentro... Me pregunto si el Imperio llegó a emprender alguna clase de actividad minera en esta zona.

—Eso costaría una fortuna, ¿no? —preguntó Nichos, levantándose para acercarse a los monitores y bajar la mirada por encima de los hombros de Cray y Luke.

Luke fue pasando de una pantalla a otra y estudió lecturas de masa, análisis espectrográficos y campos gravitacionales locales mientras el muro de luz que cambiaba continuamente se iba acercando más y más, hasta que llegó un momento en el que la claridad fue tan deslumbrante que sus delicados colores escaparon del visor para desparramarse sobre los rostros agrupados alrededor de la consola.

—Bueno, si supiera exactamente qué estoy buscando supongo que eso sería una gran ayuda... Eh, parece que ahí tenemos algo.

Luke incrementó levemente la velocidad y dirigió el *Ave de Presa* hacia las primeras hilachas que brotaban de los velos de luz. Los colores ondulaban y flotaban de un lado a otro, y peñascos tan grandes como todo un bloque de oficinas de Coruscant emergían repentinamente de los bancos de arena y las barras de luminosidad, haciendo que Luke tuviese que maniobrar muy lentamente por entre ellos. —Allá vamos...

Luke movió otro interruptor y pudieron distinguir un mundo frío y gris de pequeñas dimensiones que parecía estar incrustado en un amasijo de velos blancos y verdes. La superficie estaba repleta de agujeros en los que se podían ver pistas de descenso y viejas estructuras metálicas. —Parece alguna clase de base —dijo Luke—. Probablemente fue una explotación minera, y a juzgar por su aspecto supongo que los chatarreros se llevaron todo lo que aún podía ser útil hace bastante tiempo. —Me sorprende que alguien se tomara la molestia de venir hasta aquí. —Cray estiró el cuello para poder ver por encima del brazo de Luke—. ¿Podemos obtener alguna lectura de las rocas que hay alrededor? Teniendo en cuenta la cantidad de interferencias que producen los campos magnético e iónico de esa capa de polvo, este lugar sería un magnífico escondite.

—No capto nada, pero eso no quiere decir que no haya nada.

Luke movió el dial del visor para centrarlo en dos de las rocas de mayores dimensiones, un par de peñascos de unos nueve kilómetros de diámetro, pero la ionización creada por los campos eléctricos de la nebulosa reducía considerablemente el alcance visual. —Bien, vayamos a echar un vistazo... —sugirió. Cray siguió examinando las lecturas y transmisiones mientras Luke guiaba el *Ave de Presa* a través de los laberintos resplandecientes de velos, luz

y rocas. Muy pocos pilotos se atrevían a aventurarse en los campos de asteroides, donde la apariencia de flotar lánguidamente a la deriva era una peligrosa ilusión en la que no se podía confiar, e incluso Luke les tenía un gran respeto. La gran mayoría de los asteroides eran tan grandes como su nave o más, y eso quería decir que eran demasiado grandes para poder ser repelidos por los deflectores. El mero movimiento de la nave bastaba para provocar ondulaciones gravitacionales y torbellinos que alteraban el ya frágil equilibrio del campo. El campo en sí era enorme, y los sensores torturados por las interferencias no paraban de mostrar más y más rocas. «Podemos estar casi seguros de que es un cinturón planetario», pensó Luke, y comprendió que incluso el examen más superficial de la zona exigiría varios días.

Y sin embargo...

Todos los instintos que poseía le estaban gritando que había algo allí o cerca de allí, y bastaba con echar una mirada a las lecturas para ver que en los alrededores no había absolutamente nada. Pasaron cerca de una gigantesca bola de roca que tenía casi sesenta kilómetros de diámetro, y Luke pudo ver más agujeros y los restos de una cúpula autoerigible bajo las sombras que proyectaba su flanco. Otra instalación, y parecía bastante grande. Resultaba obvio que estaba abandonada, pero...

¿Por qué había dos minas?

¿O acaso no eran minas?

— ¿Hay alguna lectura de actividad minera en esta zona?

Nichos, que se había sentado delante del banco de ordenadores sin hacer ningún ruido, dejó que sus dedos bailaran sobre el teclado durante un momento.

—No hay ningún puesto de observación en todo este sector —dijo después —. Qué raro... —añadió—. No existe ningún registro de que hayan existido explotaciones mineras en ningún lugar cercano.

— ¿Puedes captar algún rastro de antimateria? —preguntó Luke mientras hacía que el *Ave de Presa* describiese una curva alrededor de una densa masa de asteroides de gran tamaño que habían ido flotando a la deriva hasta entrar en la zona de proximidad gravitacional, y que habían acabado formando un pequeño cúmulo donde chocaban y se frotaban unos a otros con la silenciosa y estúpida torpeza de un grupo de matrimonios divorciados en una fiesta—. ¿Hiperpolvo? ¿Cualquier señal de que haya movimiento de naves por esta zona?

—Las estelas se disiparían en cuestión de semanas —le recordó Cray, pero aun así hizo la comprobación que había solicitado Luke—. Nada. ¡Condenadas interferencias! Creo que...

— ¡Escudos! —gritó Luke.

Dejó caer la mano sobre los deflectores mientras se preguntaba —en la misma fracción de segundo en que algo chocaba contra el explorador con la fuerza del puño colosal de un demonio iracundo— si se había vuelto loco.

Un chorro de luz blanca y púrpura entró por el visor con una fuerza casi física, dejando tras de sí ceguera y la sacudida y las náuseas de la brusca

desaparición del campo gravitatorio. Un instante después todo volvió a quedar engullido por una oleada de cegadora claridad cuando un segundo haz de plasma chocó con la nave en el mismo instante en que Luke viraba a toda velocidad. Oyó el olor a quemado de los aislantes chamuscados y oyó un chisporroteo seguido por las maldiciones de Cray. Para ser una joven tan elegante y dueña de sí misma, Cray parecía tener un repertorio de tacos y palabras gruesas sorprendentemente amplio. Los ojos de Luke se fueron recuperando del terrible impacto lumínico, y pudo ver que la mayor parte del tablero se había ennegrecido delante de él.

— ¿De dónde vienen?

Las lecturas que aún funcionaban no se lo estaban indicando. —Sector dos, detrás de...

— ¡Ahí!

Luke ya había iniciado un nuevo y frenético viraje, esperando que su impresión de que aquella parte del espacio no estaba ocupada por ningún asteroide correspondiese a la realidad, y pudo ver por el rabillo del ojo cómo una espada de luz blanca brotaba de un enorme asteroide que había estado detrás de ellos hasta hacía unos segundos.

— ¡Centrad la mira en esa roca!

— ¡Cuidado!

— ¡Oh, cielos!

La exclamación había surgido de Cetrespeó un instante después de que la Consola de Sistemas Internos estallara junto a él y proyectara un geiser de chispas. Luke apenas se dio cuenta, pues el siguiente haz de plasma hizo añicos un meteorito y roció la nave con una andanada de varios millares de balas de cañón superrecalentadas.

— ¡La superficie está vacía! —gritó Cray para hacerse oír por encima del crujir de los cables que se cortocircuitaban—. No hay cúpulas, no hay emplazamientos... Ni siquiera veo troneras... —A Luke le asombró que Cray fuera capaz de ver algo en la extraña luz sin sombras de la nebulosa—. Esa roca está repleta de agujeros...

— ¡Cuidado!

Luke hizo virar la nave y la situó detrás de una montaña de roca y hielo, rezando para que el movimiento no les hubiera colocado justo en el punto de mira de las baterías del atacante. Salvo por el tamaño, todos los asteroides del campo eran prácticamente idénticos los unos a los otros y a menos que les estuvieran disparando, resultaba casi imposible saber en cuál de la media docena de rocas de entre uno y dos kilómetros de diámetro inmediatamente visibles en el universo de polvo resplandeciente estaban instalados los cañones. El asteroide detrás del que se había refugiado el *Ave de Presa* recibió un impacto terrible, y sólo sus considerables dimensiones impidieron que se hiciera añicos como le había ocurrido a la roca más pequeña. Los atacantes quedaron ocultos por la curvatura de los peñascos.

—Tengo una lectura direccional...

—Y dentro de un par de segundos ya no servirá de nada. —Luke llevó a cabo una veloz comprobación de sistemas. Era vagamente consciente de la presión que las tiras del arnés de seguridad ejercían sobre sus hombros y sus caderas. Si la gravedad interna había dejado de funcionar, los sistemas que les proporcionaban aire y calor probablemente no tardarían mucho tiempo en seguir el mismo camino—. Vamos a salir de aquí.

—Sensores delanteros de estribor inutilizados —informó Nichos, que estaba agarrado al asa de seguridad de la consola de datos averiada con los pies flotando en el aire—. Deflectores a un tercio de potencia...

Luke maniobró cautelosamente a lo largo del asteroide que les estaba sirviendo como escudo, guiándose por los visores y luchando continuamente contra la tendencia a desviar la popa hacia las rocas que estaba mostrando la nave, lo que le indicó que el estabilizador había dejado de funcionar. No necesitaba teclear la petición de lecturas para saber que no podían entrar en el hiperespacio.

— ¿A qué distancia está Pzob?

—Tres o cuatro horas al máximo de velocidad sublumínica —le informó Cray. Su voz sonaba sombría y preocupada, pero no estaba asustada aunque nunca había tenido que soportar que disparasen contra ella. Luke pensó que Cray no lo estaba haciendo nada mal para ser una joven que había ido directamente del aula a la sala de conferencias sin ninguna parada intermedia —. Se trata de una conjetura, claro... Tengo una orientación general del casco, pero no puedo obtener la distancia exacta.

—Nuestros motores sublumínicos parecen estar intactos —dijo Luke—. Tendremos que usar el oxígeno de emergencia, y para cuando consigamos llegar hasta allí esto parecerá una nevera. Espero que sepas hablar el gamorreano, Cetrespeó.

—Oh, cielos... —murmuró Cetrespeó.

—El curso parece estar despejado en todas direcciones.

Cray volvió a repasar todas las lecturas de los sensores, aunque la pantalla del ordenador de navegación se desenfocaba a cada momento y mostraba continuos estallidos de estática. Luke pensó que si perdían aquellos datos estarían en un auténtico aprieto.

La base del asteroide no había vuelto a disparar, pero Luke seguía sintiendo aquel peculiar cosquilleo en el cuero cabelludo que le avisaba de que corrían peligro. Fijó el curso intentando mantener durante el mayor tiempo posible la masa del asteroide interpuesta entre ellos y donde creía que estaba la base.

—Bueno, y ahora vamos a largarnos tan deprisa como podamos —murmuró cuando hubo acabado.

El *Ave de Presa* apenas había empezado a moverse cuando un chorro de plasma ionizado chocó contra el asteroide que les servía de escudo con un impacto tan terrible como el martillo de la Muerte. Oleadas de rocas, energía y calor cayeron sobre el navío de exploración como otras tantas salvas de metralla monstruosamente enorme. Luke sintió que el arnés de seguridad que

le había estado sujetando al asiento se rompía bajo la tremenda violencia de la conmoción. Cray gritó, y Luke se hundió en las garras de la oscuridad.

CAPÍTULO 4

Luke recobró el conocimiento el tiempo suficiente para vomitar, una experiencia que no resultaba nada agradable bajo condiciones de gravedad cero. Dos Cetrespeós le liberaron del enredo de tiras del arnés de seguridad dentro del que estaba flotando y le guiaron —con una sorprendente falta de agilidad para un androide que siempre parecía tan meticulosamente equilibrado — hasta que pudo salir del pequeño cubículo y entrar en lo que pensó era la sala posterior de la tripulación un instante antes de que volviera a sumirse en la inconsciencia.

« La Fuerza... Has de usar la Fuerza. »

« ¿Por qué? »

« Porque tus pulmones han dejado de funcionar.»

Volver a inhalar aire exigió una asombrosa cantidad de concentración, y le resultó mucho más doloroso de lo que Luke se había imaginado. Un rato después se preguntó si podría utilizar la Fuerza para hacer algo acerca del bantha enloquecido que parecía hallarse atrapado dentro de su cráneo y trataba de abrir un agujero con su dura cabeza para poder escapar.

Cuando volvió a recobrar el conocimiento —esta vez fue el frío lo que le despertó—, se le ocurrió pensar que probablemente tuviera una conmoción cerebral.

—Luke —dijo Cray, que por fin parecía estar muy asustada—. ¡Tienes que despertar, Luke!

Luke se dijo que seguramente tenía razón.

«La Fuerza....», volvió a pensar. Cilghal, su estudiante calamariana, le había enseñado lo suficiente sobre el mecanismo fisiológico de la conmoción cerebral para que Luke supiera con toda exactitud dónde tenía que desplegar la Fuerza, aunque el hacerlo en aquellas condiciones se parecía bastante a quitarse un guante con una sola mano. En cuanto a sus pulmones, era como si se hubiese tragado un taladro neumático y se hubiera olvidado de desconectarlo. Luke pensó que de ser así no tenía nada de extraño que el respirar hubiese resultado tan poco divertido.

Aumentar el flujo de sangre a los capilares para ir eliminando las impurezas. Acelerar la curación de las células de ese escuadrón de gamorreanos borrachos que en tiempos lejanos había sido su cerebro.

Luke abrió los ojos, e hizo cuanto pudo para conseguir que las dos Cray que tenía delante se fundieran en el único individuo que estaba casi seguro debían formar.

— ¿Dónde estamos?

—Nos aproximamos al Sistema K Siete Cuarenta y nueve, y hemos captado una señal.

Cray tenía un enorme morado en un lado de la cara, y el maquillaje de sus ojos se había convertido en una masa de chorretones negros mezclados con los residuos de las lágrimas de dolor. Luke vio que llevaba un traje térmico sobre la ropa. Cray se había echado el capuchón por encima de los hombros, y

su rubia cabellera flotaba como un halo alrededor de su rostro. Luke respiró hondo —pagando el precio de unas cuantas náuseas por ello— y concentró todas sus energías en canalizar la Fuerza hacia el centro de las sensaciones de dolor y mareo más intensas que estaba experimentando dentro de su cabeza. No conseguía acordarse de si Nichos era un buen piloto, pero sabía que Cray no tenía ni la más mínima experiencia en lo concerniente al pilotaje espacial. Si quería que llegaran a Pzob con vida, sería mejor que estuviera en condiciones de controlar la nave durante el descenso. —Creía que aquí fuera no había nada —murmuró—. ¿Viene de Pzob?

—Sí, del K Siete Cuarenta y nueve.

Luke había dejado de maldecir los pequeños infortunios de la vida después de haber perdido la mano derecha. En cuanto hubo comprendido que había interrumpido y puesto en peligro su adiestramiento como Jedi, traicionado a su Maestro y corrido un riesgo terrible de sucumbir al lado oscuro sin que hubiera ni el más mínimo propósito para todo ello, empezó a ver las molestias y desgracias cotidianas de una manera muy distinta. Esas experiencias del pasado hicieron que se limitara a descargar su preocupación con un suspiro. —¿Es una señal imperial? —preguntó.

Si la base del campo de asteroides era una instalación imperial, parecía lógico suponer que se trataría de una señal imperial.

—La sección de datos del ordenador no funciona —le informó Cray—. He conseguido que el ordenador de navegación vuelva a dar lecturas gracias a los sistemas de apoyo, pero tuve que emplear todos los acoplamientos que no se quemaron cuando recibimos esa última descarga de energía. ¿Puedes reconocer señales imperiales mediante el código interno? —Algunas.

Luke se inclinó —cautelosamente— para abrir las tiras que sujetaban una manta térmica plateada alrededor de su cuerpo mientras Cray se encargaba de los otros correajes que le mantenían inmovilizado. Vio que estaba en la sala posterior de la tripulación, tal como había supuesto. La luz procedía de un único panel luminoso de emergencia del techo, pero bastaba para permitirle ver las nubéculas de su aliento.

—Aquí tiene, amo Luke. —Cetrespeó flotó hacia él desde los armarios de la pared de enfrente, sosteniendo un traje térmico y una máscara con filtro de oxígeno—. Me alegra muchísimo verle consciente y en tan buen estado.

—Eso es cuestión de opiniones, Cetrespeó.

Los pequeños movimientos necesarios para ponerse el traje térmico bastaron para que volviera a marearse, y seguía sintiendo un espantoso palpitar en la cabeza a pesar de toda la canalización curativa que empleara para remediarlo. Luke cogió la máscara y lanzó una mirada interrogativa a Cray.

—Los conductos del refrigerante se han roto. Te pusimos una máscara tan pronto como pudimos, pero aun así hubo unos minutos durante los que... Bien, pensamos que te habíamos perdido.

Luke se llevó una mano a la nuca y lo lamentó al instante. No sabía con qué había chocado —o qué resto flotante había chocado con su cabeza—, pero

fuera lo que fuese había creado un chichón que parecía tener las dimensiones de la más pequeña de las lunas de Coruscant.

—Salvé todas las lecturas de la batalla que pude. —Cray se puso su máscara y siguió a Luke hasta la puerta—. Tenemos unas cuantas fotos, unos cuantos metros de cinta que no he conseguido visionar y media docena de extrapolaciones hechas por el ordenador de lo que creo es el lugar del que partió el ataque, pero el sistema está tan dañado que no puedo obtener ninguna imagen lo bastante clara para que me indique cuál es el asteroide del que surgieron los disparos. Cuando hayamos descendido podré recuperar la mayor parte de los datos, y entonces podré darte una información más precisa.

Entraron en el corto tramo de pasillo y Cray apartó un cuaderno electrónico y un par de filtros de repuesto que flotaban en el aire. Las naves espaciales procuraban observar lo más escrupulosamente posible la regla de reducir al mínimo los objetos que no estaban magnetizados o asegurados mediante correas, pero siempre quedaban unos cuantos que podían ir desde conexiones de comunicación y punzones de escritura hasta tazas de café, bulbos de bebida vacíos y losetas de datos.

El puente estaba todavía más frío que la sala de la tripulación, y las nubéculas rosadas de gas refrigerante que derivaban lentamente de un lado a otro hacían que la atmósfera brillase de una manera fantasmagórica. Nichos se había atado a los pernos de seguridad de la consola principal, y el asiento que había ocupado Luke había tenido que ser sujetado mediante cables a un asa de la pared de enfrente después de que el impacto que arrancó a Luke de su arnés de seguridad lo hubiese desprendido de sus anclajes. Todas las luces del puente se habían apagado, y la única fuente de claridad disponible era la luz estelar de un blanco pizarroso que entraba por el visor principal. Los amenazadores ojillos rojizos y los parpadeos ambarinos de los paneles destellaban como joyas extrañas al reflejarse en los brazos y la espalda del androide plateado.

—La señal procedente de Pzob que estamos captando no es lo bastante potente para llegar hasta el interior de la Nebulosa Flor de Luna —le informó Nichos mientras Luke se acercaba a un resto de tira del arnés de seguridad que flotaba junto a él—. ¿Te resulta familiar?

Luke inspeccionó la lectura en la única pantalla que seguía funcionando.

—No se parece a ninguna de las señales imperiales que he visto hasta ahora —dijo—. Eso no significa que quien la envía no pueda estar aliado con algún señor de la guerra, naturalmente...

Ver a Nichos sin máscara ni traje térmico dentro de lo que se estaba convirtiendo rápidamente en un ataúd helado y expuesto al vacío resultaba extraño, y un poco desconcertante.

— ¿Los colonos gamorreanos? —sugirió Cray—. O tal vez sean contrabandistas...

—Los gamorreanos nunca han dejado de luchar entre ellos el tiempo suficiente para crear algún tipo de instalación tecnológica en ninguno de los planetas donde se han establecido —replicó Luke con voz pensativa—. Podrían ser contrabandistas..., y eso tampoco excluye el que estén aliados con

Harrsk, Teradoc o cualquier otro aspirante a convertirse en pez gordo imperial, o con alguna de las grandes bandas de contrabandistas. Pero dadas las circunstancias actuales —añadió mientras devolvía la lectura al ordenador de navegación y se asombraba al ver que Cray había conseguido que volviera a funcionar aunque sólo fuese de esa manera tan limitada—, me temo que no tenemos otra elección.

Las gigantescas, primitivas y belicosas criaturas de aspecto porcino conocidas como gamorreanos son capaces de sobrevivir y prosperar allí donde haya un suelo lo bastante fértil para ser cultivado, presas suficientes que cazar y rocas que arrojarse a la cabeza, pero si se les permite escoger siempre se decantarán por un terreno boscoso y, a ser posible, por aquellas zonas de él en las que crezcan hongos. Los bosques que se alzaban alrededor de los cuatro o cinco acres de cicatriz calcinada sobre la que Luke posó el *Ave de Presa* eran monumentales, frondosos, oscuros y muy viejos, y los troncos eran tan inmensamente altos como los de las selvas de Ithor pero todavía más gruesos. El silencio sombrío y meditabundo que se acumulaba bajo aquellas hojas de aspecto coriáceo enseguida hizo que Luke empezara a sentirse bastante inquieto.

—La base tendría que estar en esa dirección —dijo.

Después se sentó con cierto apresuramiento sobre un peldaño de la salida de emergencia del navío de exploración —la rampa de descenso no funcionaba —, y extendió un dedo hacia el sol anaranjado que acababa de elevarse por encima del horizonte. Estaba extrayendo toda la energía posible de la Fuerza, pero aún se sentía bastante débil y mareado, y todavía se quedaba sin aliento enseguida a pesar de que sus pulmones se estaban recuperando rápidamente.

—No queda muy lejos —siguió diciendo en cuanto hubo logrado normalizar su respiración—. Las lecturas de energía no parecen lo bastante altas para que pueda haber vallas energéticas o armamento pesado.

—Pero si hubiera gamorreanos en la zona... Bueno, supongo que como mínimo entonces necesitarían vallas energéticas, ¿no?

Al igual que Luke, Cray se había quitado el traje térmico y sus ágiles dedos estaban trenzando rápidamente su cabellera mientras hablaba. «Lo cual es toda una hazaña sin un espejo», pensó Luke mientras reprimía una sonrisa de diversión. Pero si había alguien capaz de conseguirlo, no cabía duda de que era Cray.

—Bueno, puede que los gamorreanos no hayan colonizado este continente —observó.

El viento agitaba los largos tallos de hierba, que tenían el mismo color entre azul y verde oscuro de toda la vegetación de aquel mundo bañado por una claridad ambarina, pero el casi imperceptible matiz dorado de la luz no sólo no resultaba inquietante sino que hacía que todo transmitiera una profunda sensación de paz crepuscular. Una manada de bípedos diminutos —eran de color rojo y amarillo, y Luke pensó que apenas debían de llegarle a la rodilla— surgió de detrás de un tronco caído, sucumbió al pánico en cuanto vio a los enormes intrusos y huyó a la carrera hacia las profundidades del bosque dejando tras de sí una estela de trinos y silbidos.

—De hecho, puede que encontremos alguna colonia de otra raza. Los últimos informes sobre este mundo tienen cincuenta años de antigüedad.

—Hemos abierto las escotillas de los motores, amo Luke. —Cetrespeó y Nichos aparecieron en el comienzo de la escalera, con sus cuerpos metálicos de color oro y plata cubiertos de abolladuras y manchas de aceite. Ellos también habían salido bastante malparados de la batalla con el asteroide—. La mayor parte del gas refrigerante se ha disipado en la atmósfera.

El impacto del último haz de plasma y la andanada de fragmentos rocosos en que se había convertido el asteroide destrozado habían atascado las escotillas del compartimento de motores. Luke seguía teniendo accesos de mareo de vez en cuando, y había pensado que sería más prudente permitir que los androides, que no necesitaban respiradores, utilizaran su considerable fortaleza mecánica para forzar las escotillas mientras los humanos llevaban a cabo un rápido reconocimiento del exterior.

Los motores se hallaban en un estado realmente lamentable.

—Necesitaremos unos treinta metros de cableado del número ocho y media docena de acopladores de datos —dijo Luke media hora después mientras emergía cautelosamente de una escotilla de acceso de la sala de motores sumida en la oscuridad. Incluso los paneles luminosos habían dejado de funcionar, y la claustrofóbica estancia estaba iluminada por una ristra de luces de emergencia conectada a una pila de escala 10 sacada del compartimento de emergencia—. En cuanto al resto, creo que podré remendarlo.

«Y más vale que sea capaz de hacerlo», pensó después con preocupación. Las palabras de Leia sobre lo fácil que resultaba perderse entre los mundos habitados reverberaron en su cerebro, llenándolo de inquietud.

Cray sacó la cabeza de las entrañas del ordenador de navegación. —Necesitaré acopladores y un poco de cable plano de doce mils... ¿Te encuentras bien, Luke?

Era una pregunta de lo más lógica, porque Luke acababa de tratar de incorporarse y sólo había conseguido perder el equilibrio y acabar con la espalda apoyada en el mamparo manchado de hollín, el rostro grisáceo y cubierto de sudor.

Luke concentró la Fuerza en su cuerpo, en su química cerebral y en los capilares medio cerrados de sus pulmones, relajando y acelerando la curación y el crecimiento de nuevos tejidos. Se sentía muy cansado. —Sí, no es nada.

«Por favor —pensó mientras hacía esfuerzos desesperados para obtener las energías que tanto necesitaba—, que no haya contrabandistas hostiles en esa base. Que no sea alguna clase de base secreta de un señor de la guerra imperial, o una mina escondida explotada mediante esclavos, o la estación de investigación clandestina de algún poder nefando del que nunca hemos oído hablar hasta ahora...»

Si había algún problema... Bueno, Luke no creía estar en condiciones de enfrentarse a él ni aun suponiendo que se tratara de un pequeño combate sin importancia.

Cray nunca había tenido que vérselas con aquel tipo de problemas, y nunca había tomado parte en una acción bélica. Cetrespeó no estaba diseñado para ese tipo de situaciones, y Nichos...

Ocurriera lo que ocurriese, Luke tenía que volver para avisar de que había algo oculto en la Nebulosa Flor de Luna..., y de que ese algo era bastante peligroso.

— ¿Luke?

Se dio cuenta de que había faltado muy poco para que volviese a perder el conocimiento. Cray se había arrodillado delante de él y Luke vio a dos Cray, ambas con los ojos llenos de preocupación. El calor de los motores acumulado en el compartimento todavía no se había disipado, pero ni eso bastaba para explicar aquella sensación de asfixia, calor y falta de aire que estaba sintiendo a pesar de que sus manos y sus pies estaban helados.

Capilares. Recuperación. Curación.

— ¿Por qué no dejas que Nichos y yo vayamos a investigar esa señal?

Luke tragó una honda bocanada de aire, y enseguida deseó no haberlo hecho.

—Creo que podríais necesitar ayuda.

Naturalmente, también había muchas personas inofensivas —gente encantadora y dispuesta a ayudar— que vivían en bases desconocidas de planetas remotos. «Oh, por favor, que sea una de esas bases...»

Aquella terrible sensación que había captado y la convicción de que la oscuridad estaba avanzando seguían agitándose dentro de él.

—Bien, cuanto más pronto podamos enviar un mensaje, mejor para nosotros —observó Cray—. Sea lo que sea lo que se esconde en esta nebulosa, no podemos permitirnos correr el riesgo de que los señores de la guerra imperiales lo encuentren, y el riesgo se incrementa a cada hora que pasa. Puedo echar un vistazo a ese campamento o lo que sea, pedir los repuestos que necesitamos y enviar una petición de auxilio mientras tú descansas un poco, y luego podrás empezar a ocuparte de las reparaciones en cuanto te sientas con ánimos para ello. ¿Te parece bien, Luke?

La cabeza estaba dándole vueltas de nuevo. Luke la apoyó en el mamparo que tenía detrás e intentó recuperar el aliento. «No, la verdad es que no me parece nada bien —pensó—. No si hay alguna clase de peligro en ese campamento o en los bosques de los alrededores...»

Las unidades ennegrecidas por los chispazos, los conductos rotos que colgaban como miembros muertos y las escotillas abiertas del compresor de aceleración y los sistemas girogravitatorios parecían oscilar lentamente de un lado a otro, como si la nave estuviera flotando en un océano muy profundo, y los mineros que buscaban roca mental dentro de su cráneo habían decidido volver a emplear las cargas térmicas para encontrar una nueva veta de mineral. La mera idea de ponerse en pie y caminar los dos o tres kilómetros que debería recorrer para llegar hasta el origen de la señal hizo que se le formara un doloroso vacío en el estómago. «Puedo hacerlo —pensó con desesperación—. Con la ayuda de la Fuerza...»

—Creo que puedo haceros falta cuando estéis allí.

Extendió la mano y tensó las mandíbulas para resistir el nuevo acceso de náuseas mientras Cray le ayudaba a incorporarse. Cray le ayudó a salir de la compuerta, y después le sostuvo mientras Luke bajaba tambaleándose por la empinada escalerilla.

— ¿Qué te hace estar tan seguro de que habrá problemas?

—No lo sé —murmuró Luke—. Pero percibo problemas de alguna clase. Hay algo que...

Entraron en el puente, se dieron la vuelta y se encontraron contemplando el cañón de un rifle desintegrador empuñado por un soldado de las tropas de asalto imperial que llevaba la armadura de combate.

La mano de Luke se cerró alrededor de la muñeca de Cray cuando ya se disponía a desenfundar su desintegrador.

— ¡Cray, no!

El soldado se tensó, y Luke alzó las manos para mostrarle que estaban vacías. Cray le imitó pasados unos momentos. Luke pensó que si intentaba coger su espada de luz, el soldado seguiría teniendo toda la ventaja de su parte y que seguramente podría acabar con los dos de un solo disparo, y además no había forma alguna de saber cuántos soldados más había en el resto de la nave.

— ¿Quiénes son y qué han venido a hacer aquí? —preguntó el soldado, y el casco blanco que ocultaba su rostro convirtió su voz en un zumbido mecánico.

Cray y Luke retrocedieron un paso y acabaron con la espalda pegada a la pared. Luke sufrió un nuevo acceso de mareos. Intentó controlarlo y recurrir a la Fuerza en busca de la energía suficiente para poder arrancar el rifle de las manos del soldado si necesitaba llegar a hacerlo, pero tenía la horrible sospecha de que no estaba en condiciones de conseguirlo.

—Somos comerciantes —dijo—. Nos hemos perdido, y nuestra nave ha sufrido muchas averías...

Una oleada de negrura se extendió velozmente por su campo visual, y Luke sintió que se le doblaban las rodillas. Cray intentó sostenerle en pie..., y el soldado imperial saltó hacia adelante, dejando caer su rifle y cogiendo a Luke de un brazo.

—Estás herido —dijo.

Le ayudó a sentarse y se arrodilló junto a él. Nichos y Cetrespeó salieron del almacén con las manos llenas de materiales y repuestos, se quedaron paralizados por la sorpresa y vieron cómo el soldado de las tropas de asalto se quitaba el casco para revelar un rostro de piel muy morena, expresión bondadosa y muchísimas arrugas rodeado por un aparatoso halo de cabellos canosos y barba grisácea.

—Oh, pobres chicos... Parece que lo habéis pasado realmente mal, ¿eh? —preguntó el hombre—. Podéis venir a mi campamento. Os daré algo de comer y os prepararé una taza de té.

En cuanto se hubo despojado de su resplandeciente armadura, Triv Pothman resultó ser un hombre de cincuenta y pocos años, esbelto y de constitución muy robusta.

—Aunque he de admitir que la humedad se me está empezando a meter en los huesos, y que ya no soy tan rápido como antes...

Movió una mano señalando la hilera de armaduras que se curvaba a lo largo de la pared interior de su refugio, una cúpula blanca autoerigible de escasa altura cuyo exterior estaba remendado por todas partes con parches de liquen negro y rosa salmón y que mostraba las señales dejadas por la lluvia y la acumulación de polvo y suciedad fruto de los años. Árboles de crecimiento secundario, plantas chupadoras y lianas rodeaban lo que había sido un claro de las dimensiones reglamentarias militares imperiales, aunque la mayor parte de los refugios y cobertizos y los postes de la valla de seguridad, inactivos hacía ya mucho tiempo, yacían enterrados bajo un amasijo de cables vegetales.

—Éramos cuarenta y cinco. —Había algo muy parecido al orgullo en su voz—. Sí, éramos cuarenta y cinco y ahora sólo quedo yo. Los gamorreanos acabaron con casi todos los demás, salvo por los que perecieron en esa terrible pelea entre el comandante, Killium Neb y sus amigos... Bueno, ya hace mucho tiempo de eso, y le costó la vida a varios hombres buenos.

Meneó la cabeza con expresión melancólica y echó agua del recipiente que colgaba sobre el fuego en una tetera de barro pintado. El olor de las hierbas curativas no tardó en impregnar la atmósfera de la cúpula llena de lianas y zarcillos.

—Y allí están todos —añadió, señalando los cascos con la mano—. No es que les haya servido de mucho, pero ahí están...

El viejo botiquín del puesto era mucho más completo de lo que nunca lo había sido el que llevaban a bordo del *Ave de Presa* incluso antes de que el impacto hubiera hecho añicos la mitad de los recipientes y frascos almacenados en la enfermería del navío de exploración. Pothman administró a Luke dos ampollas de suero anticonmociones más —que unieron sus efectos a la medicación que Cray le había dado después del último impacto—, y le mantuvo conectado durante media hora a un respirador terapéutico que seguía funcionando gracias a algún milagro inexplicable. Luke le contempló por encima de la máscara respiratoria que cubría la mitad inferior de su rostro y sintió una profunda gratitud. Sus días como piloto en la Flota rebelde le habían enseñado que en cuanto sufrías algún daño físico, seguirías padeciendo lesiones una y otra vez a medida que te ibas volviendo progresivamente incapaz de protegerte a ti mismo, y que el recibir ayuda médica era la única forma de evitar que eso llegase a ocurrir.

«Aun así—se dijo con sarcástica diversión—, nunca habría imaginado que me alegraría tanto de que el Imperio hiciera cuanto estaba en sus manos para equipar a sus soldados de las tropas de asalto con el mejor equipo disponible.»

Un lagarto emplumado que tenía el cuerpo del mismo azul turquesa que las flores de palomella apareció por debajo de las cortinas medio recogidas que protegían la entrada de la cúpula, dejó escapar un trino musical y desplegó su melena, y Pothman arrancó un trocito de corteza de uno de los panecillos

marrones que había sacado de su horno en honor de sus invitados y se lo arrojó. El lagarto avanzó contoneándose sobre sus delicadas patitas, cogió el trozo de corteza y empezó a mordisquearlo sin apartar ni un solo instante sus ojos que parecían dos gemas negras del canoso ermitaño.

—Ah, no sabéis cómo me alegra volver a ver seres humanos.

Pothman ofreció la bandeja de panecillos y miel a Cray, que estaba sentada sobre el borde del catre de Pothman al lado de Luke, y le guiñó un ojo—. Especialmente cuando uno de ellos es una dama tan joven y tan atractiva...

Cray se irguió en el catre y abrió la boca para replicar que no era una dama joven y atractiva sino toda una profesora del Instituto Magrody, pero Luke movió la mano justo lo suficiente para rozarle el brazo con las yemas de los dedos y evitar que hablara.

El soldado ya había girado la cabeza para contemplar los cascos que se alineaban a lo largo de la pared. Eran de un modelo más antiguo que el que Luke había visto en acción, con la zona de la cara más alargada para adaptarse a la configuración de los respiradores de aquella época y una banda oscura de sensores encima de los ojos.

—Querían seguir luchando con los gamorreanos. —Pothman suspiró—. Eso era como enviarles invitaciones para que tomaran el té, naturalmente... Esos animales son capaces de quedarse sin cenar para disfrutar de una buena pelea. —La sonrisa brilló con una blancura deslumbrante entre su barba—. Claro que por aquel entonces yo también ardía en deseos de pelear...

— ¿Mantuvieron a raya a los gamorreanos sin ayuda durante todo ese tiempo?

Luke se quitó cautelosamente la mascarilla del respirador de la cara, respiró hondo y saboreó el delicioso frescor del aire. Seguía mareándose un poco al respirar, pero el dolor había disminuido considerablemente. Luke pensó que el tratamiento debería mantenerle en pie hasta que volvieran a la civilización, y se aferró a esa esperanza. Volvió la cabeza para examinar el espacioso recinto circular, los sencillos platos de barro del estante, las trampas fabricadas con tendones de reptiles y correas de motores y los sedales de monofilamento que resultaba obvio habían iniciado su vida formando parte de algún equipo imperial. Un telar construido con varias clases de cañerías de motores se alzaba al lado de la puerta, y había unos cuantos metros de tela de confección casera colgando de él.

—Oh, cielos, no...

Pothman le ofreció una taza de té de hierbas. Estaba caliente y había sido sazonado con especias, y los sentidos especiales de Luke le informaron de que también tenía virtudes curativas. No había visto ningún horno de alfarería, y se preguntó de dónde habría sacado Pothman los platos y la tela. Debajo de su armadura blanca Pothman llevaba prendas teñidas de suaves tonos verdes y marrones, y la pechera, las mangas y el extremo de su camisa estaban adornados con minuciosos bordados que representaban flores y reptiles del planeta.

—Me capturaron cuando llevábamos muy poco tiempo aquí—explicó Pothman—. Se llevaron todos los rifles y los desintegradores, ¿entiendes? Y.

naturalmente, necesitaban a alguien para que los mantuviera en buen estado; pero las células de energía no tardaron en agotarse, y enseguida dejaron de vigilarme. Supongo que el Emperador se olvidó de la misión hace mucho tiempo, ¿no? ¿Habéis llegado a enteraros de qué fue de ella?

— ¿Qué misión?

Luke se irguió un poco y tomó un sorbo de té mientras se esforzaba para que su rostro adoptara una expresión lo más inocente posible, algo que siempre se le había dado muy bien.

—El *Ojo de Palpatine.* —Pothman abrió un armario de equipo, sacó una mochila y empezó a llenarla de cable, alambres, acopladores, losetas de datos vírgenes y herramientas—. Es el nombre que le pusieron a la misión. Scuttlebutt dijo que había un par de compañías de las tropas de asalto implicadas, pero que serían dispersadas para que nadie supiera de qué iba la cosa y nadie pudiera adivinarlo. Bien, nos repartieron por los planetas más remotos que lograron encontrar para que esperáramos allí hasta ser recogidos por el navío más gigantesco, temible y secreto que ha existido jamás: un super-navío, un acorazado invencible, una luna de combate... Era el tipo de nave que el enemigo nunca vería llegar hasta que ya fuese demasiado tarde para poder hacer algo al respecto.

— ¿Qué enemigo? —preguntó Luke en voz baja y suave.

El silencio volvió a adueñarse de la cúpula, roto únicamente por el suave susurrar de los árboles y el leve tintineo de la maquinaria mil veces remendada de Pothman, un sonido que hizo que Luke se acordara de su infancia en Tatooine.

Pothman guardó silencio durante unos momentos más, de espaldas a ellos y con la mirada clavada en la mochila que había depositado sobre el arcón que tenía delante.

—No lo sabíamos —respondió por fin—. No se nos dijo. Por aquel entonces pensé que se trataba de... Bien, sabía que era mi deber. Ahora...

Se volvió hacia ellos, y Luke pudo ver que su expresión se había ensombrecido.

—Supongo que algo salió mal —siguió diciendo—. Alguien se enteró después de todo a pesar de que todo el mundo afirmaba que era imposible, dado que el Emperador era el único que lo sabía. Ya llevábamos casi un año aquí cuando empecé a preguntarme si el Emperador no se habría olvidado de nosotros. Cuando vi llegar vuestra nave... En fin, sentí nuevas esperanzas. Pensé que por fin se habría acordado, que había enviado exploradores para que averiguaran si aún había tropas por aquí.

Sus robustas manos juguetearon distraídamente con las correas de la mochila.

—Pero si no os ha enviado el Emperador, entonces... Bueno, no soy estúpido y sé que da igual quien metiera la pata e hiciera fracasar la misión, porque ahora nadie querrá que se le recuerde que existió. Lo cual significa que mi presencia podría resultar francamente molesta, ¿comprendes?

Se echó la mochila a la espalda y fue hasta el catre en el que Luke yacía acostado sobre las colchas adornadas con plumas y las mantas de supervivencia plateadas.

—Mi señal no tiene la potencia suficiente para que alguien pueda llegar a captarla fuera del sistema —dijo—. Pero si conseguimos reparar vuestros motores, entonces... Bien, ¿crees que podríais dejarme en algún sitio lo bastante remoto para que no puedan encontrarme? Me alegra mucho volver a ver caras humanas. Yo era el armero de la compañía y ya sé que todo habrá cambiado mucho durante estos años, pero sigo siendo muy hábil con las manos y además me he convertido en un excelente cocinero. Puedo encontrar trabajo. Ha pasado mucho tiempo...

«No está intentando obligarnos a hacer un trato con él —pensó Luke, cada vez más asombrado—. Nada de "O me sacáis de esta roca o no conseguiréis que os preste ni un solo destornillador". Nos da todo lo que tiene sin poner condiciones, y no espera nada a cambio.»

—Sí, ha pasado mucho tiempo —dijo con dulzura—. El Emperador ha muerto, Triv, y el Imperio se ha desmoronado. Te llevaremos a tu hogar o adonde quieras, a la Nueva República o hasta un puerto desde el que puedas subir a una nave que vaya a los Sistemas del Núcleo, o a cualquier otro sitio al que desees ir.

—Estamos perdidos.

Cetrespeó dio la espalda a los diales de los tanques de oxígeno que se iban llenando lentamente y se volvió hacia Nichos, que estaba esparciendo meticulosamente el contenido de un tubo sellador sobre los parches de reparaciones con la oscura hierba de la pradera ondulando alrededor de sus rodillas. El espacio entre el casco interno y el externo se había llenado automáticamente con espuma de emergencia y Nichos había hecho unos cuantos remiendos rápidos en el casco interno durante el largo vuelo hasta Pzob, pero si querían tener alguna posibilidad de saltar al hiperespacio tenían que asegurarse de que el casco externo recuperaba un máximo de estanqueidad.

— ¡Oh, estoy casi seguro de que el amo Luke y la doctora Mingla han caído en una trampa! —El androide dorado movió frenéticamente la mano que no sostenía el pesado cilindro del que brotaban los parches—. La presencia de ese soldado de las tropas de asalto sólo puede obedecer a una razón: forma parte del apoyo de superficie a la base oculta en el campo de asteroides. ¡Y en un lugar tan aislado como éste! ¿Qué pueden hacer contra quinientos cuarenta soldados de élite, con el amo Luke en tan mal estado? ¡Por no hablar de los androides de rastreo, los interrogadores, el equipo de vigilancia y las trampas automatizadas!

—Las lecturas de energía no eran lo bastante elevadas, así que no puede haber nada de todo eso que acabas de mencionar —observó Nichos mientras cerraba la válvula de absorción del tanque.

— ¡Una base escondida alteraría sus lecturas energéticas, naturalmente! —exclamó Cetrespeó con creciente desesperación—. ¡Nos desmontarán para

utilizar nuestras piezas y sistemas, nos enviarán a las minas de arena de Neelgaimon o a las factorías orbitales de Ryloon! Si andan escasos de repuestos, nos...

—Nada de «nos», Cetrespeó. —Nichos cogió el cilindro de parcheo de la mano del androide dorado y empezó a recorrer el maltrecho flanco del *Ave de Presa,* examinando las abolladuras y buscando grietas—. Destruirte sería un comportamiento totalmente ilógico por su parte. Yo, en cambio...

Cuando estaba con Luke o Cray o con sus amigos de la Academia de Yavin, Nichos trataba de utilizar las expresiones faciales programadas en el complejo laberinto de su memoria, pero Cetrespeó ya se había dado cuenta de que ni siquiera se molestaba en intentarlo cuando estaba con otros androides. Lo que acababa de decir era terrible, pero no había ninguna tristeza perceptible ni en sus ojos azules ni en su voz.

—Tú y Erredós habéis sido programados y diseñados para unos propósitos muy específicos, él para reparar maquinaria y entenderla, y tú para entender e interpretar lenguajes y culturas —siguió diciendo Nichos—. Yo, en cambio, he sido programado única y exclusivamente para ser yo mismo y para reproducir con la máxima exactitud todos los conocimientos, instintos y recuerdos de un cerebro humano determinado y las experiencias de una vida humana. Si piensas en ello aunque sólo sea durante unos momentos, enseguida comprendes que eso no tiene ninguna utilidad para nadie.

Cetrespeó guardó silencio. Ya había entendido que Nichos no esperaba recibir ninguna contestación, pues entre los androides la conversación tiende a ser mayoritariamente informativa y a estar casi totalmente desprovista de factores sociales o de cortesía. Aun así, y al igual que le ocurría cuando hablaba con un humano, se sintió obligado como mínimo a discrepar, aunque también sabía que Nichos tenía toda la razón.

—Así pues —siguió diciendo el cuasi-hombre—, si Luke y Cray han caído en una trampa tal como dices y si tú y yo también estamos destinados a ser capturados, probablemente yo sea el único que está perdido de los dos. Creo que el metal de esta zona parece haber quedado bastante debilitado por la abolladura

Nichos devolvió el cilindro de parcheo a la mano intrincadamente mecanizada del androide de protocolo.

Erredós —o cualquier otro androide de los muchos que conocía Cetrespeó— no habría sido capaz de emitir semejante afirmación sin referirse previamente a un micrómetro interecoico. Pero Cetrespeó ya había observado que los humanos no sólo estaban dispuestos a tomar tales mediciones «a ojo», sino que era bastante frecuente que alcanzaran una considerable precisión, algo que lógicamente no deberían haber sido capaces de hacer.

Cetrespeó seguía intentando obtener una alineación de probabilidades acerca de en qué convertía eso a Nichos cuando una voz le llamó a gritos desde el otro lado de la pradera, y Cetrespeó giró sobre sí mismo para sentir un inmenso alivio al ver a la doctora Mingla. el amo Luke —y, por fortuna, sosteniéndose de nuevo sobre sus pies y no flotando sobre el maltrecho trineo antigravitatorio encima del que le habían sacado de la nave— y aquel extraño soldado de las tropas de asalto que parecía actuar en solitario y que se había

introducido en la nave cuando Cetrespeó y Nichos estaban en el almacén. El soldado había prescindido de su armadura y su desintegrador, y los había sustituido por un arco y flechas y un atuendo tejido con toscas fibras vegetales que resultaba muy típico de las culturas primitivas.

Lo cual significaba que había tribus locales, probablemente gamorreanos, todas ellas hostiles y dispuestas a disfrutar enormemente despedazando a los dos androides y desmontando la nave para poder utilizar el metal.

Estaban perdidos.

Los gamorreanos aparecieron mucho antes de que las reparaciones les hubieran permitido recuperar ni la mitad de potencia motriz que necesitarían para despegar. Luke fue tenuemente consciente de su presencia a través del doloroso palpitar fruto del agotamiento que retumbaba dentro de su cabeza, básicamente bajo la forma de una curiosa sensación de que se les acababa el tiempo y de que alguien intentaba decirle algo. Pero el canalizar la Fuerza para acelerar su curación y el mareo que seguía experimentando cada vez que se movía demasiado deprisa se combinaron para hacer que el mensaje le resultara excesivamente difícil de entender. Estaba acostado sobre la espalda debajo de una de las consolas del puente, comprobando el cableado con un medidor para averiguar qué filamentos seguían siendo capaces de aguantar el flujo de energía. Dejó el medidor en el suelo, cerró los ojos y se relajó, permitiendo que las imágenes de siluetas desgarbadas y extrañamente cautelosas que avanzaban a través de las oscuras sombras proyectadas por aquellos árboles monstruosos fueran acudiendo a su mente.

—Tenemos visita.

Salió —cautelosamente— de debajo de la consola y fue lo más deprisa posible a reunirse con Nichos y Cray, que estaban reparando los sistemas del estabilizador a través de la escotilla de emergencia de estribor.

Una mirada al rostro de Cray le informó de que ella también había notado que ocurría algo extraño.

—Cerrad la escotilla y meteos en la nave —dijo.

Una flecha chocó con el casco y se partió a unos centímetros de su rostro. Luke giró sobre sí mismo —con lo que el mundo entero pareció tambalearse debajo de él—, lanzó un chorro de fuego desintegrador hacia el bosque para que los gamorreanos tuvieran que agachar la cabeza, y se apresuró a meterse por la escotilla mientras el primer grupo de siluetas salía de sus refugios.

Si se los contempla teniendo como telón de fondo los mundos civilizados, los gamorreanos aparecen como criaturas torpes y de reacciones más bien lentas. Eso es, por lo menos en parte, un resultado de su estupidez: los gamorreanos sólo entienden una parte muy pequeña de lo que ocurre a su alrededor, y siempre tienden a tirar las cosas a menos que estén calculando utilizarlas como armas si se da la feliz casualidad de que se produzca algún tipo de altercado. En los bosques de un mundo primitivo con el que estaban ampliamente familiarizados, los cuerpos gigantescos y repletos de músculos se movían con una aterradora velocidad, y los rostros porcinos de cuyas bocas caían torrentes de saliva no mostraban ni inteligencia ni la necesidad de poseerla.

Los gamorreanos vieron lo que deseaban, y atacaron.

Hachas y piedras se hicieron añicos sobre la escotilla una fracción de segundo después de que se cerrara con un seco chasquido metálico. Luke se bamboleó, cada vez más mareado, y Cray y Nichos le agarraron de los brazos para llevarle, medio a rastras y medio en volandas, a lo largo de la pasarela de emergencia y hasta el puente, donde Triv Pothman estaba inclinado sobre la consola principal para observar a través del visor de cristalina a los atacantes que hacían llover un diluvio de golpes sobre los flancos de la nave.

—Es la tribu de los gakfedds —informó el experto en asuntos locales sin inmutarse—. ¿Veis a ese chicarrón de ahí? Es Ugbuz, el macho alfa del grupo.

Un gamorreano gigantesco estaba golpeando la escotilla con un hacha fabricada con una plancha de blindaje ennegrecido que había sido sujetada a una rama de ferrimadera tan grande como la pierna de Luke. El casco del gamorreano estaba cubierto de plumas y trocitos de cuero seco, y Luke necesitó un momento para comprender que los «trocitos de cuero» eran orejas de gamorreanos.

—El del collar de microchips es Krok, el segundo esposo de Mandonak, la mujer de Ugbuz. Conociendo a Mandonak, seguro que lo está observando todo desde el bosque...

— ¿Les conoces? —preguntó Cray, visiblemente sorprendida.

Pothman sonrió.

—Por supuesto, mi hermosa dama. —Seguía sosteniendo en sus manos el soldador y el indicador de tensiones que había estado utilizando cuando Luke bajó a advertir a los demás—. Fui esclavo en su aldea durante casi dos años. Dentro de un minuto veremos... Aja, aquí están.

Un segundo grupo de gamorreanos acababa de salir de entre los árboles que se alzaban al otro extremo del gran claro. Las criaturas recién llegadas no tenían nada que envidiar al primer grupo en lo tocante a suciedad, pelaje y capacidad para babear, y llevaban armaduras que combinaban las pieles multicolores de reptil con restos metálicos que estaba claro habían sido robados o recuperados de la base imperial que ya llevaba unos treinta años pudriéndose en las profundidades del bosque.

—Los klaggs —anunció Pothman—. Mirad allí, entre los árboles... Ésa es Mugshub, su matriarca. Al igual que Mandonak, está asegurándose de que no se dejen llevar por el entusiasmo hasta el extremo de destruir nada que tenga algún valor. Y además... —Pothman tensó los puños y fingió flexionar los brazos en una pantomima de virilidad y exhibición muscular—. ¿Quién quiere pelear cuando no hay chicas presentes para presenciar el espectáculo? Nadie, puedo asegurároslo.

El segundo grupo de gamorreanos se lanzó sobre los que estaban muy ocupados aporreando el flanco de la nave. Ugbuz y los otros machos de la tribu de los gakfedds se volvieron contra los recién llegados, y no tardó en producirse un auténtico enfrentamiento a gran escala.

—Los klaggs me tuvieron prisionero durante un año después de que lograra escapar de los gakfedds —dijo Pothman con una afable sonrisa—. Tanto los unos como los otros son un pueblo realmente horrible.

Los cinco ocupantes de la nave —Luke, Pothman, Cray, Nichos y Cetrespeó — se habían alineado a lo largo de la consola, y todos habían inclinado la cabeza para poder contemplar la batalla campal a través del visor.

—Bien, creo que ya podemos seguir reparando los motores —dijo Pothman pasados unos momentos—. No pueden entrar en la nave, pero seguirán luchando unos con otros hasta que esté demasiado oscuro para ver, y en ese momento podremos encender las luces y terminar los trabajos externos.

— ¿No ven bien en la oscuridad? —preguntó Cray.

Ugbuz agarró a un macho más pequeño por el pescuezo y lo lanzó contra los demás sin prestar ninguna atención a las salvas de dardos y rocas que caían a su alrededor como un temible diluvio.

Pothman puso cara de sorpresa.

—Bueno, es que entonces será hora de cenar.

Una sombra cayó sobre la pradera.

«Una nube», pensó Luke. Un instante después comprendió que no se trataba de una nube.

Era una nave.

La inmensa y reluciente masa metálica, gris como la muerte hipotérmica, descendió como una flor de acero bajo sus cinco reflectores antigravitatorios desplegados. No cabía duda de que era un navio de construcción imperial: Luke nunca había visto nada parecido con anterioridad, pero estaba claro que era demasiado enorme y de líneas excesivamente esbeltas y mortíferas para ser una nave de los contrabandistas. Unas cortas patas hidráulicas brotaron de la parte inferior de la nave, y la hierba de la pradera se arremolinó alrededor de las toscas botas de cuero de los gamorreanos cuando se quedaron inmóviles, bajaron las armas y se dedicaron a contemplar la nave.

—El Emperador... —El rostro de Pothman estaba lleno de respeto y de una especie de confusión aterrorizada, como si no estuviera muy seguro de qué emociones debía sentir—. No se le había olvidado...

La nave se posó sobre el suelo del claro y el aire desplazado y las corrientes gravitacionales hicieron temblar el *Ave de Presa* a cincuenta metros de distancia. La gigantesca columna central de la nave, que era más grande que un depósito de forraje para un rebaño entero de banthas, vibró un poco mientras acababa de asentarse con un movimiento que recordaba al de un inmenso insecto que se prepara para el reposo. Varios arcos de luz blanca situados debajo de la protección de los reflectores antigravitatorios se encendieron, y las cámaras de vídeo automatizadas giraron en silencio para llevar a cabo una rápida triangulación sobre la silenciosa horda de gamorreanos que seguían contemplando la nave. Después la columna redonda de la base inició una lenta rotación que terminó cuando unas puertas enormes se abrieron con un suave siseo. Una rampa surgió del hueco y se extendió hacia el suelo.

Todos los gamorreanos de la pradera se apresuraron a subir por la rampa con un aullido de deleite que resultó audible incluso en el puente del aparato de

exploración, e irrumpieron en la nave con las armas en ristre como una sucia ola de marea impregnada de violencia.

—Acabemos las reparaciones —murmuró Luke—. Esto no me gusta nada, y tengo un mal presentimiento.

Las puertas siguieron abiertas. Las cámaras de vídeo volvieron a girar y recalibraron sus objetivos para centrarlos en el *Ave de Presa.* Hubo un momento de silencio, y después el intercomunicador del aparato de exploración cobró vida con un chisporroteo.

—Salgan de su nave —ordenó una gélida voz masculina—. Tratar de huir no les servirá de nada, y consideraremos que los supervivientes simpatizan con las fuerzas rebeldes.

—Es una grabación —dijo Luke, que seguía con los ojos clavados en las puertas—. ¿Hay...?

—Salgan de su nave. El ciclo de vaporización se iniciará dentro de sesenta segundos. Tratar de escapar no les servirá de nada. Salgan...

Cray. Luke y Pothman intercambiaron una rápida mirada y corrieron hacia la escotilla.

—Yo me iré por el centro —jadeó Luke, apretando los dientes mientras la cubierta parecía oscilar bajo sus pies—. Tú irás por la izquierda. Cray, y Triv irá por la derecha. —Luke se preguntó cómo se las iba a arreglar para escapar de lo que no tardaría en salir de aquella enorme nave, fuera lo que fuese, por no hablar de proporcionar algún tipo de ayuda a sus compañeros—. Nichos, Cetrespeó: alejaos de la nave y dirigíos al bosque. Nos encontraremos en la base de Pothman, que está a dos kilómetros al oeste de aquí.

Luke vio que los cañones automáticos de la nave empezaban a girar, medio escondidos por los pétalos protectores de los sistemas antigravitatorios, en el mismo instante en que él y sus compañeros estaban a mitad de la escalerilla de emergencia.

— ¡Saltad! —gritó.

Se soltó y cayó los tres metros que le separaban de los largos tallos de hierba mientras los haces blancos de varios rayos aturdidores rebotaban en los flancos del *Ave de Presa* sin producir ningún sonido. El impacto con el suelo le dejó casi tan malparado como habría quedado si alguno de los rayos aturdidores hubiese llegado a acertarle. Durante un instante Luke no pudo respirar y no pudo ver nada, pero incluso en ese momento ya estaba rodando sobre sí mismo en una maniobra evasiva, intentando obtener la claridad mental suficiente para concentrar cualquier fracción de la Fuerza que pudiera acumular en la tarea de calmar la incontrolable rotación de su cabeza y poner algo de orden en sus confusos pensamientos.

—No intenten escapar. —La odiosa voz metálica se abrió paso a través del torbellino de su mente como un sueño automatizado que avanzaba entre chasquidos y crujidos—. Los amotinados y los que se nieguen a cumplir con su deber serán considerados culpables de haber violado el Acta de Poderes Capitales. No intenten escapar...

Luke notó que se le despejaba la vista y pudo ver a Pothman, corriendo desesperadamente y haciendo zigzags por entre los tallos de hierba. Un disparo de cañón automático levantó un surtidor de polvo y arrancó pequeños fragmentos negros a los tacones de sus botas, y un segundo disparo le acertó de lleno entre los omóplatos. Luke volvió a tirarse al suelo y rodó sobre sí mismo para evitar un destino similar, y vio por el rabillo del ojo cómo Cray hacía lo mismo.

«La Fuerza. He de utilizar la Fuerza...»

Una hilera de androides rastreadores surgió de las puertas de la nave en un silencioso y amenazador despliegue de gotas plateadas.

Los androides se detuvieron durante un momento al comienzo de la rampa, esferas resplandecientes iluminadas por los diminutos haces de búsqueda en continuo movimiento que se agrupaban en su vértice superior, lanzando rayos actínicos que cambiaban y se desplazaban incesantemente, acuchillando el aire a su alrededor y entrecruzándose bajo la suave y dorada claridad solar mientras establecían sus puntos de guía y se orientaban. Los sensores giraron como obscenas antenas. Luke pudo ver cómo las lentes redondas de sus iris ecuatoriales se abrían y se cerraban, ojos repugnantes a los que no se les escapaba nada.

Pinzas y aferradores de acero se desplegaron por debajo de los androides como patas de insecto, tentáculos de medusa que colgaban nacidamente mientras flotaban de un lado a otro. Un instante después empezaron a bajar por la rampa, moviéndose con inexorable parsimonia.

«Concentrar la Fuerza en la temperatura corporal —pensó Luke—. Bajarla, frenar los latidos del corazón, cualquier cosa que pueda enturbiar las señales por las que se guían...»

Nichos estaba corriendo hacia el bosque, moviéndose con una agilidad mucho mayor de la habitual en los androides de forma humana. Cetrespeó, que no había sido diseñado para aquel tipo de huidas desesperadas, se apresuraba con paso decidido detrás de él. Los rastreadores ignoraron a los dos androides.

—No intenten escapar. Los amotinados y los que se nieguen a cumplir con su deber...

Cray se puso de rodillas detrás de un tronco caído a cuarenta metros de Luke y disparó con una puntería impecable. El haz de energía calcinó el nido de sensores del rastreador que se estaba dirigiendo hacia su escondite. Luke reprimió el «¡No!» que intentaba salir de sus labios, sabiendo que ya no importaba que Cray delatara su posición. Los rastreadores sabían dónde se encontraba.

La máquina dañada osciló y se tambaleó, y los haces luminosos de sus sensores hendieron el aire y giraron locamente de un lado a otro en un frenético intento de reorientarse. Un segundo rastreador hizo una ágil pirueta y su rayo aturdidor cayó sobre Cray, derribándola y haciendo que cayera pesadamente sobre la hierba, donde se quedó tan inmóvil como si estuviera muerta.

Luke se pegó al suelo e hizo un desesperado esfuerzo para no ver doble mientras la imagen de dos de los androides que flotaban sobre el claro se

dividía para mostrarle cuatro burbujas suspendidas sobre el cuerpo caído de Cray que alargaban sus relucientes miembros articulados hacia ella. Nichos se detuvo cuando ya había recorrido la mitad del claro.

— ¡Cray!

Su grito lleno de desesperación sólo podía haber surgido de la boca de un hombre.

Una sombra cayó sobre Luke. Supo qué la proyectaba incluso antes de darse la vuelta para enfrentarse con ella, e hizo acopio de toda la Fuerza que podía concentrar y de toda su voluntad y determinación para hacer un solo disparo.

Una cegadora luz blanca se derramó sobre sus ojos y oyó el suave zumbido aceitado de miembros de acero que se desplegaban hacia él mientras apretaba el gatillo.

Eso fue lo último que quedó grabado en su memoria.

CAPÍTULO 5

—Los hijos de los Jedi...

Jevax, Jefe de las Personas de Plawal, se detuvo sobre los empinados escalones de la escalera tallada en la roca roja y negra, y sus ojos verdes profundamente hundidos en las cuencas adoptaron una expresión distante y absorta cuando contempló las capas de neblina irisada que flotaban en una perfecta inmovilidad rodeándoles por todas partes. Los escalones habían sido tallados en la áspera roca débilmente fluorescente de los acantilados del pequeño valle, pero quien había hecho ese trabajo o contaba con medios muy limitados o había concebido una aguda paranoia acerca de los habitantes originales del valle. Leia podía tocar la roca a su derecha y la barandilla de madera de shalamán que corría a su izquierda sin tener que extender los brazos más de una docena de centímetros a cada lado y, a juzgar por el aspecto de la madera, la barandilla era prácticamente nueva. Más allá de ella se extendían masas de niebla oscurecida por manchones borrosos que Leia sabía eran copas de árboles.

—Sí —dijo Jevax en voz baja y suave—. Sí, estuvieron aquí.

Volvió a concentrar su atención en la escalada y se abrió paso a través de unas ramas cargadas de lianas de moradulce que mantuvo cortesmente apartadas para que Leia, Han y, finalmente, Chewbacca pudieran seguirle. La atmósfera digna de una cámara de vapor de los Riscos de Plawal hacía que los árboles pudieran crecer en las hondonadas e irregularidades más diminutas de la sucesión de «terrazas», aquellas plataformas o cornisas de roca naturales que iban subiendo hasta conducir a las escarpadas paredes de los riscos propiamente dichos. Hojas oscuras se mezclaban con las cortinas de musgo grisáceo que colgaban sobre las rocas, brillando de vez en cuando con el destello ocasional de los frutos rojo sangre y los zarcillos tachonados que parecían adornarlas como joyas incrustadas en ellas.

Leia alzó los hombros bajo el lino blanco de su holgada camisa. El calor era todavía más pegajoso y opresivo que en Ithor y la humedad era realmente espantosa, aunque estar en el extremo más elevado del valle hacía que el desagradable hedor a azufre que conseguía escapar de las plantas procesadoras instaladas más abajo quedara casi totalmente escondido debajo del pesado olor dulzón de verdor omnipresente que brotaba de las hojas. Cuando Leia miraba hacia arriba, le resultaba imposible creer que a sólo ciento cincuenta metros por encima de su cabeza hubiera vendavales helados que azotaban glaciares más grandes que las torres de muchas ciudades.

De hecho, cuando se miraba hacia arriba sólo se podía ver verde y más verde: había galaxias de flor de estrellas, aparatosos ejércitos de orquídeas y frutos de todos los colores, formas, composiciones y grados de madurez imaginables, y todos quedaban suavizados, camuflados y escondidos por la densidad omnipresente de la neblina.

— ¿Se acuerda de ellos?

Leia había aprovechado el viaje hasta Belsavis para examinar los registros buscando datos sobre la población original. Los mlukis eran adolescentes a los siete años, y ancianos a los treinta. Su larga cabellera blanca, complejamente

recogida en niveles sucesivos de trenzas que bajaban por su espalda y sus brazos, indicaba que Jevax habría sido un niño cuando se fueron los Jedi.

—No muy claramente.

Jevax, más bien bajo para su raza, seguía siendo más alto que Han y habría sido todavía más alto si su postura natural hubiera sido la de ir erguido en vez de inclinarse ligeramente hacia adelante, con lo que sus largos brazos casi rozaban sus rodillas medio dobladas. Llevaba encima muchas joyas, plata y los delicados trabajos hechos con las conchas azules iridiscentes importadas de Eriadu, básicamente en forma de pendientes. Sus pantalones tipo sarong estaban adornados con motivos negros y púrpura oscuro. Como casi todos los habitantes de Plawal, Jevax llevaba zapatos de goma negra inyectada del tipo manufacturado en Sullust, que se vendía en grandes cantidades por todos los rincones de la galaxia y resultaba bastante incongruente en los pies de aquella silueta encorvada, peluda y primitiva. Los zapatos se cerraban mediante varias hebillas de un color naranja altamente llamativo.

—Pasaron años antes de que ninguno de nosotros recordara que los Jedi habían estado aquí, ¿comprende?

—Ya, claro... Este sitio debe de ser muy tranquilo, ¿eh?

Leia se volvió para asestar un codazo a Han.

—Enturbiaron sus mentes, ¿verdad?

—Sí, supongo que debieron hacerlo.

Jevax dobló otra esquina y les precedió a lo largo de un nuevo tramo de peldaños que suponían una dura prueba para las rodillas. Los árboles y los promontorios de roca parecían flotar sobre el camino, y Leia pudo ver cómo Chewbacca contemplaba todo el paisaje y acababa aprobando las posibilidades de tender una emboscada defensiva que ofrecía con una inclinación de cabeza. Las nieblas se fueron deshilachando a su alrededor, y la pálida claridad del día casi resultó cegadora después de la fantasmagórica penumbra del suelo del valle. Siluetas grisáceas de arbustos y troncos que parecían otros tantos recortables indicaban la situación del risco que se alzaba por encima de sus cabezas, el último y más alto de aquellas terrazas naturales que iban subiendo en una lenta gradación hasta llegar al extremo más angosto de lo que originalmente había sido una pequeña fisura volcánica.

—No puedo recordar que lo hicieran, naturalmente —siguió diciendo Jevax, y se frotó la cabeza mientras torcía el gesto en una mueca de melancólica diversión—. Mi madre tampoco se acordaba de eso. Yo sólo tenía tres años... —El recuerdo le hizo sonreír—. Ahora que pienso en ello me parece realmente sorprendente, desde luego... Durante diez o doce años nadie se acordó de ellos en ningún momento, aunque basta con examinar las ruinas de la Casa de Plett para ver que vivió aquí durante unos setenta años antes de que los otros Jedi trajeran a sus esposas y sus hijos. Últimamente algunos han empezado a recordar: pequeñas cosas, recuerdos que no parecen encajar con lo que todos creíamos saber. Pero es como si...

Jevax meneó la cabeza, intentando encontrar alguna forma de explicarlo.

—Es como si todos hubiéramos pasado muchos años sin pensar en nuestro pasado —concluyó por fin.

—Conozco a unas cuantas personas que viven de esa manera —observó Han.

No añadió —aunque Leia pensó que podría haberlo hecho— que había sido una de ellas durante una parte muy considerable de su vida.

—Bueno, eso no quiere decir que no tuviéramos mucho presente y futuro en qué pensar —siguió diciendo el Jefe de las Personas—. Los Jedi se aseguraron de ello, benditos sean sus espíritus...

La última curva de la escalera acababa de llevarles por encima del nivel de la niebla. La atmósfera se volvió más clara y perceptiblemente más caliente de una forma tan repentina como si hubieran salido por una trampilla. Brisas extrañas e impredecibles acariciaron los cabellos de Leia y llenaron de susurros los árboles grisáceos que crecían como una silenciosa cortina al acecho a lo largo del borde del risco. A su izquierda y a su derecha se extendía un mar de tonos verdes y grises, con árboles que surgían como islas entre masas de vapores, pájaros de alas multicolores y muchos insectos revoloteando de unos a otros bajo la suave y temblorosa claridad.

Leia alzó la mirada y dejó escapar un jadeo ahogado.

—Creemos que lo hicieron los Jedi —anunció Jevax con tímido orgullo.

Una serie de vigas brotaban de la roca negra que formaba las ondulaciones de los riscos volcánicos para sostener el peso del duracero mediante columnas tan gruesas como la estatura de un hombre adulto. Las vigas, gráciles como pájaros, se elevaban sobre la nada de neblina y flores, y cada faceta cristalina del complejo techo que soportaban estaba tallada en ángulos y biseles cuidadosamente calculados para que atraparan y multiplicaran hasta el más pequeño destello de la débil luz solar.

Hilachas de niebla flotaban como cintas y banderolas entre los jardines colgantes suspendidos del delicado encaje de bóvedas y cúpulas de transpariacero, ofreciendo un impresionante despliegue de góndolas tan grandes como casas. Algunas flotaban a gran altura entre los ríos de neblina, tan arriba que se confundían con el tejado, y otras pendían de cables tan largos que casi rozaban la protuberancia medio en ruinas de la achaparrada torre de piedra que se alzaba sobre el banco de lava al que Jevax y su grupo acababan de llegar. Eso era cuanto había perdurado de la ciudadela de los Jedi.

—Todo un trabajo de ingeniería para una pandilla de tipos que siempre estaban corriendo de un rincón de la galaxia a otra con la espada en la mano.

Han, como de costumbre, estaba decidido a no dejarse impresionar fácilmente.

—Bueno —dijo Jevax, sonriendo y dando suaves tirones del extremo de una trenza blanca—, supongo que mientras corrían de un rincón de la galaxia a otro con la espada en la mano se encontraron con mucha gente y trabaron amistad con ella, y entre esas personas no sólo había ingenieros que conocían muy bien su oficio, sino también corporaciones interesadas en los frutos exóticos y las fibras vegetales que producen nuestras peculiares condiciones climáticas, y

que además eran lo suficientemente honradas para no explotar despiadadamente a los nativos de este y otros valles volcánicos del planeta. Los primeros representantes de la Corporación Brathflen se presentaron en Belsavis un año después de que los Jedi se hubieran marchado, si es que mis cálculos no andan desencaminados. Exquisiteces de la Galaxia empezó a crear huertos de shalamán y podón muy poco después. Unieron sus recursos a los de Exportaciones Imperiales para cubrir el valle con una gran cúpula, básicamente debido a un plan que creo fue concebido por el Maestro Plett en persona, y empezaron a cultivar lianas de café y de seda en las plataformas ajustables que instalaron debajo de la cúpula.

Señaló hacia arriba. Una gran góndola de la que colgaban cintas de follaje verde claro se deslizó en silencio a lo largo de una entre la miríada de pistas que iban resiguiendo el complejo trazado de las vigas, se detuvo debajo del centro de la cúpula y descendió grácilmente unos diez metros. Al hacerlo quedó al mismo nivel que otro lecho flotante, desde el que unas siluetas diminutas sacaron un puente portátil formado por un tramo de escalerilla metálica, con un segundo cable como asidero, y por el que empezaron a pasar moviéndose tan ágil y despreocupadamente como si estuvieran en el suelo.

—Las dos plantas dependen de un corto ciclo de cambios de temperatura de treinta grados o más —explicó Jevax—. Hay muy pocos entornos en los que puedan crecer, y de esos hay muy pocos que sean lo bastante habitables para que la inversión merezca la pena. Esas plantaciones aéreas constituyen más del treinta por ciento de la economía de nuestro planeta.

Leia se abstuvo de decir que la cantidad de lianas de seda necesaria para confeccionar un vestido costaría lo suficiente para constituir el treinta por ciento de la economía total de cualquier planeta. Ésa era la razón por la que Han la había dejado sin habla cuando le regaló un traje y un tabardo confeccionados con lianas de seda no hacía mucho. Winter se había encargado de escogerlos. Han seguía sintiendo una cierta debilidad por el tipo de prendas que resultaban totalmente inadecuadas para una Jefatura de Estado, y había aprendido a no confiar en su juicio acerca de la vestimenta apropiada para llevar en público.

Chewie, que estaba mirando hacia arriba, dejó escapar un suave grito de apreciación. Leia se acordó de las más bien inquietantes aventuras que había vivido en Kashyyyk, el planeta natal del wookie, y se estremeció.

—Entonces lo que cree es que los Jedi iniciaron el proceso de desarrollo comercial del planeta como una especie de..., de regalo de despedida, ¿no?

—Bueno... —Jevax les llevó hacia los restos de muros y edificios medio en ruinas, que formaban una línea llena de huecos allí donde el banco rocoso se unía al acantilado que subía por detrás de él—. Brathflen, Exquisiteces de la Galaxia y la Imperial/República son las únicas tres corporaciones con un historial completamente limpio en lo referente a la forma de tratar a las poblaciones locales. Teniendo en cuenta el número de empresas que operan en los Mundos del Núcleo, el que precisamente esas tres fueron las que obtuvieron las coordenadas de este planeta no puede ser una coincidencia.

La terraza —el último y gigantesco peldaño de roca del final del valle— tenía menos de treinta metros de anchura, y avanzaba hacia la escarpada superficie del risco formando un triángulo muy desigual. Una ladera cubierta de junglas

medio cubría la punta interior del triángulo, delante de la que se alzaba la torre. El muro delantero se había desmoronado para revelar dos suelos de piedra y los restos de otros dos, reducidos a minúsculas cornisas alrededor del muro interior de la torre. Lo que parecía haber sido una pared de división interna se había derrumbado a unos quince metros de allí, más o menos a medio camino entre la punta del triángulo y el extremo del banco rocoso. El muro había quedado hecho añicos en una docena de lugares, como si una criatura inmensa se hubiera dedicado a dar mordiscos a las piedras. Otro muro de división, reducido a una cadena de cascotes oscuros, bordeaba el final del banco. Estaba puntuado de árboles y entre ellos se extendía una pequeña pradera llena de viejos cráteres en los que crecían setos de lipana que desplegaban su frondosidad alrededor de charquitos plateados de agua de lluvia.

— ¿Cuántos se quedaron aquí? —preguntó Leia, haciendo rápidos cálculos mentales y sintiendo que su mente se tambaleaba bajo el impacto de la sorpresa y la desilusión.

—Bueno, está claro que no pudieron ser muchos. —Han recorrió con la mirada el angosto patio interior, y lo contempló en silencio con las manos apoyadas en las caderas y un leve fruncimiento de ceño—. A menos que fueran muy amigos y se llevaran estupendamente, desde luego...

—Puede que emplearan viviendas que no han resistido el paso del tiempo, como casas arbóreas o chozas de maleza en la terraza inferior, allí donde se ha erigido el Centro Municipal, o en el suelo del valle —explicó Jevax—. Claro que antes de que se construyera la cúpula el valle padecía oleadas periódicas de frío... Aun así, era mucho menos intenso que el frío de la superficie. Ah, y sospecho que si se hubieran quedado en las casas de los aldeanos habría más gente que se acordara de ellos.

Movió un largo brazo en un gesto que abarcó los edificios sin techo y la torre, donde cada puerta y hueco de ventana, al igual que el acantilado que se alzaba detrás de ella, lucía un estandarte de helecho, planta araña, barba de wookie o moradulce.

—Que yo sepa, nunca hubo nada aparte de lo que están viendo —murmuró.

—Esto no puede haber sido más que el laboratorio original de Plett —protestó Leia—. No hay forma humana de alojar a diez familias en este sitio.

—Está claro que nunca has vivido en un apartamento de Kiskin, ¿eh? —masculló Han. Cruzó el umbral, entró en el patio y se metió por un hueco en el muro del único edificio cuadrado que aún se sostenía en pie, un cubo sin techo pegado al risco que se alzaba al pie de la torre—. Así que Plett fue el primero en llegar, ¿no?

—Era un botánico y un gran sabio —dijo Jevax—. Hemos oído afirmar que era un Maestro Jedi muy anciano, y creemos que era un Ho'Din del planeta Moltok. Basándonos en el desarrollo de las distintas especies de liquen que crecen en las bases de los muros, hemos deducido que construyó todo esto hace un centenar de años. Muchas plantas del valle han sido sometidas a manipulaciones genéticas para adaptarlas a nuestro clima, el calor geotérmico y la escasez de luz, e incluso a los microclimas de alta acidez que se encuentran en el extremo inferior y más activo del valle, por lo que suponemos

que Plett conocía muy a fondo la ecología y que poseía considerables habilidades científicas. Las leyendas cuentan que también podía hablar con las aves y los animales, y que alejaba a las tormentas que hacían estragos periódicamente por toda esta zona, y que a veces llegaban incluso al valle. Una parte de esto lo hemos sabido gracias a los habitantes originales de los otros riscos, como Wutz y Bot-Un, donde parece ser que nadie vio afectada su memoria.

—Lo cual quiere decir que los Jedi no se quedaron a vivir allí. Leia contempló el cuadrado formado por los sólidos muros construidos con bloques de lava que tenían más de un metro de grueso y el color de la sangre seca. A pesar de su apariencia general de fortaleza, la Casa de Plett estaba impregnada por la sensación de paz más profunda que Leia había encontrado en toda su vida.

«Las personas que vivieron aquí eran buena gente —pensó, sin saber por qué aquella percepción era tan potente que podía invadir hasta el último rincón de su ser e impregnarlo como el aroma de flores olvidadas hacía ya mucho tiempo—. Poder, y un amor tan límpido e intenso como la luz del sol...»

Cerró los ojos, repentinamente abrumada por la inexplicable convicción de que le bastaría con aguzar el oído para escuchar los gritos y las risas de los niños mientras jugaban.

—Exactamente —oyó que decía Jevax, y su voz se fue debilitando a medida que Leia y Han caminaban a lo largo del muro interior del recinto—. Creemos que Plett escogió este sitio no sólo debido a las singulares características climáticas de los valles volcánicos, sino porque los vientos glaciales y las durísimas condiciones de la superficie hacen que a las naves espaciales les resulte extremadamente difícil posarse, y además hacen prácticamente imposible utilizar señales o sensores de cualquier tipo.

—Oh, sí. No hace falta que me hable de ello... Han había pasado unos cuantos minutos horribles mientras hacía descender el *Halcón Milenario* a lo largo del haz de guía más angosto con el que se había encontrado en muchos años hasta meterlo en un silo vertical de aterrizaje de cien metros de profundidad que había sido tallado en la roca..., y todo ello casi a ciegas.

— ¿Y qué hay de los túneles? —preguntó Leia abriendo los ojos. Jevax se volvió hacia ella y enarcó la masa blanca de sus cejas. Han, que había estado inspeccionando uno de los agujeros en forma de cerradura de la hilera abierta en el muro —debían de ser puertas o ventanas, aunque si se trataba de puertas eran tan angostas que sólo una persona tan ágil y esbelta como Luke o Leia hubiese podido meterse por ellas—, pareció sorprenderse un poco ante la pregunta.

—Bien. Excelencia, el caso es que no hay túneles —respondió Jevax—. A pesar de todo lo que puedan decir los rumores, no hay «criptas secretas»... Cada tres o cuatro meses alguien se inventa una nueva teoría y explora todo el lugar, pero puede creerme cuando le digo que nadie ha encontrado nada.

Un pequeño y esbelto mamífero de piel verde que Leia no reconoció corrió como un rayo a lo largo de la parte superior del muro y desapareció. Un manolio amarillo se posó en el arco de una ventana v desplegó su plumaje, clavando sus brillantes ojos color rubí en los intrusos que se habían atrevido a

entrar en sus dominios. Nada más verlo. Leia pensó que el manolio debía de haber llegado allí con los ithorianos de la Corporación Brathflen. Ya había visto centenares de ellos, y eso a pesar de que ella y Han acababan de llegar aquella mañana.

—Escondieron a los niños en el pozo... —murmuró en voz baja—. Nichos habló de túneles, y yo di por sentado que McKumb estaba hablando de criptas de alguna clase ocultas bajo la Ciudadela de Plett. Bien, supongo que eso de ahí debe de ser el «pozo», ¿no?

Leia señaló el grueso disco de duracero incrustado en las piedras del suelo.

—Es uno de ellos, sí—dijo Jevax—. Hubo un tiempo en el que todos estos valles volcánicos eran conocidos con el nombre de pozos... Por los manantiales calientes, ¿comprende? —Alzó una mano hacia la cúpula festoneada de cintas verdosas que despuntaba por encima de los muros sin techo, el pueblo escondido por las masas de niebla, los distintos microclimas de las fuentes termales y los manantiales calientes y los recipientes de barro que había esparcidos a lo largo de la fisura, y después trazó un arco que abarcó los gigantescos acantilados de rocas oscuras, con sus volutas de helechos y orquídeas suspendidas en el aire y las banderolas de neblina que ondulaban de un lado a otro—. Todo esto que ve es el Pozo de Plett.

Jevax les precedió por la puerta que había quedado reducida a un marco vacío —tenía la misma forma de cerradura que las ventanas, una característica de las viejas casas construidas con bloques de lava que se pegaban las unas a las otras en lo que había sido el primer pueblo edificado al pie de la terraza rocosa, en la parte más alta del valle— y volvió a salir al patio. Magníficos insectos con alas tan delgadas que parecían de gasa surgieron de la hierba alrededor de ellos en una repentina floración, como si la misma tierra acabara de lanzar puñados de confetti en una inesperada celebración.

—Pero sigue habiendo rumores —dijo Leia.

El rostro simiesco oscurecido por las gruesas cejas volvió a sonreírle.

—Excelencia, toda su belleza no impide que Plawal sea un lugar muy aburrido —dijo—. La biblioteca central, los archivos municipales y todos los servicios de la ciudad alquilan espacio al sistema de ordenadores que Brathflen Imperial/República y Kuat instalaron hace doce años en una operación conjunta donde las tres empresas combinaron sus recursos, y el resultado es que no queda mucha capacidad disponible para nuevas distracciones. Los que no tienen familias que puedan mantenerles distraídos sólo cuentan con el trabajo en las conserveras o en las plantas de empaquetamiento de la seda, y con los bares del Callejón del Espaciopuerto. Es muy natural que les guste pensar que hay criptas secretas escondidas debajo de las únicas ruinas existentes en el pueblo que no están siendo utilizadas como cimientos de las viviendas prefabricadas Sorosub, que no pueden ser más normales y prosaicas. Todos necesitamos hacer algo para entretenernos, ¿verdad?

Volvió a señalar lo que le rodeaba, y las brisas cargadas de una humedad que las volvía casi pegajosas agitaron el sedoso pelaje blanco de sus largos brazos.

—Pueden quedarse y buscar por todas partes, si así lo desean —siguió diciendo—. Les advierto que este lugar ha sido recorrido por mucha gente que empleó sensores de todas las clases imaginables. Los departamentos de investigación de los archivos no estarán disponibles hasta las dieciocho horas, que es cuando las plantas conserveras desconectan sus sistemas por la noche, pero después pueden ir al Centro Municipal y les proporcionaré toda la ayuda que deseen para rebuscar en los archivos.

Metió la mano en un bolsillo de su grueso cinturón y extrajo de él tres losetas laminadas que ofreció a Han, Leia y Chewbacca.

—Abrirán cualquier puerta del Centro Municipal, el espaciopuerto, los garajes de la ciudad o los ascensores que suben desde los pozos del espaciopuerto y llegan a la superficie de los glaciares —les explicó—, aunque debo insistir en aconsejarles que se hagan acompañar por mí o por alguien de aquí si quieren salir a los hielos por la razón que sea. ¿Desean volver al Centro Municipal conmigo, o prefieren quedarse aquí un rato? Por cierto, la única cafetería decente de la ciudad es El Barro Burbujeante, al lado de Brandifert.

—Creo que nos quedaremos algún tiempo, gracias —dijo Han, no muy convencido.

—Una cosa más. —Leia levantó un dedo, y el Jefe de las Personas de Plawal se volvió cortésmente hacia ella—. ¿Ha visto a este hombre alguna vez?

El holocubo de McKumb, que había sido grabado mientras dormía, mostraba un rostro flácido, de ojos cerrados y esqueléticamente delgado que se parecía muy poco a la cara roja como un estofado del hombre que Han había conocido, pero era lo único con lo que contaban. Drub McKumb, al igual que el mismo Han, se había ganado la vida con una clase de negocios en los que siempre resultaba preferible no permitir que te sacaran demasiados retratos.

Jevax inclinó la cabeza, y su fruncimiento de ceño hizo que la barra blanca de sus cejas se curvara por el centro.

—No lo creo —dijo—. Pueden probar suerte en los Archivos Portuarios, aunque si este hombre se dedicaba al contrabando no habrá ningún dato sobre él. Durante la última década del Imperio el Gobernador Imperial redujo al mínimo los efectivos de la policía aduanera, y eso hizo que tuviéramos bastantes problemas con los contrabandistas. Últimamente, incluso esa vigilancia ya muy reducida se ha relajado bastante.

—Echaré un vistazo a los Archivos Portuarios. —Leia volvió a guardarse el cubo en el bolsillo—. Gracias. Jevax. Le agradezco toda la ayuda que nos ha prestado.

—Gracias a usted. Excelencia, y a usted, general Solo. —El feo rostro del mluki volvió a quedar iluminado por otra sonrisa—. Me han evitado pasar toda una tarde en el Tablero de Redistribución del Tiempo de Ordenador, y eso tiene mucho más valor que una bolsa de brillestim.

Jevax se alejó por entre los tallos de hierba color verde oscuro, envuelto en una guirnalda de insectos multicolores y con todos sus pendientes destellando bajo la pálida luz del sol de Plawal.

Chewie dejó escapar un suave gruñido.

—Tienes razón —murmuró Han—. Creo que estaba mintiendo.

—O alguien le ha mentido.

Han señaló con la cabeza las curvas abiertas en el muro interior.

—Si los imperiales se hubieran tomado esto realmente en serio, no quedaría ni una pared en pie —dijo—. Esto tiene el aspecto de haber sido hecho por dos o tres transportes de tropas y un puñado de cazas TIE, como mucho. ¿Venir tan lejos y recorrer tanta distancia sin un ala de asalto? ¿Sin destructores? Si hubieran sabido que los Jedi estaban aquí, sólo quedaría un agujero en el suelo. De acuerdo, de acuerdo —añadió al escuchar el gruñido gutural que lanzó Chewbacca—, este sitio es un agujero en el suelo. Ya sabes lo que quería decir, ¿no? Si iban en serio, ¿por qué atacar?

Leia meneó la cabeza y siguió contemplando los muros semiderruidos, la pequeña cocina y las habitaciones que podían haber sido talleres. Seguía sintiéndose acosada por aquella sensación de felicidad desvanecida, aquella profunda y silenciosa aura de paz y descanso.

—Nunca he tenido que vérmelas con una creencia implantada —dijo por fin —, pero Luke sí. Dice que pueden estar enraizadas a gran profundidad. Por lo que sabemos, los Jedi implantaron en sus propios hijos creencias después de que se fueran para impedir que alguien pudiera seguirles la pista. Nichos, la madre de Cray... Fueron sometidos a esa manipulación mental, y eso parece indudable. En cuanto a los daños, parecen lo bastante serios como para que estas gentes hubieran necesitado alguna clase de ayuda exterior después de que todo hubiese terminado. Poner el planeta en manos de una corporación ithoriana por lo menos evitó que acabara siendo explotado por algún pariente del Emperador en cuanto todo el mundo se enteró de su existencia. Pero aunque hicieran eso, aun suponiendo que implantaran la creencia de que nunca hubo ninguna cripta en la mente de todos los habitantes de la aldea... Bien, los Jedi ya se habían ido en cuanto llegaron las corporaciones. Puede que los ithorianos que controlan la Brathflen traten de una manera decente a los habitantes de sus mundos comerciales, pero no consigo imaginármelos transmitiendo rumores sobre criptas secretas. ¡Y en cuanto a los twi'leks que controlan Exquisiteces de la Galaxia, es todavía más inimaginable! Supongo que os habréis dado cuenta de que Jevax apenas habló de la «persistencia» de los rumores.

«Cada tres o cuatro meses» no parece el tipo de rumor que puede ser desmentido mediante un examen con sensores. Tiene que haber algo más.

Mientras hablaban volvieron por el triángulo de las ruinas, donde la torre se alzaba apuntando hacia la cúpula bajo la elegante y gigantesca estructura de las vigas y las protuberancias y pequeños riscos del acantilado se inclinaban hacia dentro, enguirnaldados por tapices colgantes de flores. Grandes arriates de lianas de café se cernían sobre los restos de la Casa de Plett, como obesos pájaros flotadores de abigarrado plumaje, y los extremos de las parras quedaban a sólo diez metros de distancia del ápice de la torre. Más allá de ellos Leia pudo distinguir la cúpula a través de los fragmentos de neblina, y se sorprendió al ver lo oscuro que estaba el cielo por encima de ella.

En una habitación interior, una entre la hilera tallada en el mismo acantilado, había una cañería que se sumergía en un manantial de aguas calientes oculto en las profundidades de la roca. En aquel extremo del valle el agua emergía de la tierra estando a una temperatura no muy superior a la de un auténtico baño caliente, y estaba libre del hedor a azufre de las aguas hirvientes de los manantiales de más abajo. La abertura estaba recubierta por una costra de depósitos minerales color rosa y amarillo. Leia arrancó un trocito y le dio vueltas entre los dedos. — ¿Te resulta familiar?

—Así que no hay ninguna cripta, ¿eh? —replicó Han con una sonrisa sarcástica.

—Bueno, esto no quiere decir que las joyas de los bolsillos de Drub salieran de una cripta cerca de este manantial en particular. Incluso una fuente con la misma combinación de azufre y antimonio podría tener varias salidas.

— ¿Qué se necesita para convencerte? Leia le sonrió.

—Me paso el día entero tratando con políticos. —Sí, claro... —Han volvió la mirada hacia la puerta medio desmoronada por la que se había marchado Jevax—. Bien, pues creo que tendrás que tratar con otro.

En una de las habitaciones talladas en el acantilado Chewbacca encontró una escalera de mano que arrastraron detrás de ellos, suelo sobre suelo, para subir por lo que quedaba de la torre. Leia se abrió paso cautelosamente a través de los restos de los umbrales medio desmoronados, los gruesos marcos de lo que habían sido ventanas y la curva de la escalinata a medio derruir. Desde la habitación más alta se podía contemplar un panorama del valle tan impresionante que cortaba la respiración. La neblina llenaba el terreno como agua que girase y se arremolinara en un recipiente oscuro, y los tejados de plástico blanco o verde de las plantas conserveras y empaquetadoras se alzaban al otro extremo como un banco de icebergs extrañamente ordenados y regulares, allí donde el calor más intenso agitaba las masas de niebla que se amontonaban junto a la base del oscuro acantilado.

Las góndolas de las lianas de café avanzaban a lo largo de sus caminos por encima de sus cabezas, botes que se dirigían hacia el pequeño avispero de madera de la Estación de Suministros, una estructura adherida al acantilado que se hallaba tan envuelta en zarcillos y parras como todo lo demás. Leia fue hasta donde terminaban los restos del suelo de la torre y bajó la mirada hacia el ecosistema en miniatura de la fisura, una jungla humeante acurrucada en el centro de algunos de los campos de hielo más terribles de toda la galaxia que era alimentada por el calor del núcleo del planeta.

Leia se preguntó qué aspecto habría tenido aquel lugar cuando aquellos niños cuyas vocecitas agudas casi podía oír habían estado allí, y qué habrían visto aquellas familias cuyo amor y sabiduría parecían haber impregnado hasta las mismísimas piedras de las paredes.

Sin la cúpula, el clima habría tenido períodos de frío mucho más intenso que en la actualidad. Leia pensó que eso habría obligado a construir las casas de roca del viejo pueblo sobre los manantiales de aguas calientes. Junglas más frondosas en los alrededores de las fumarolas y las fisuras por donde se escapaba el calor, tal vez tundra desnuda lejos de ellas...

Y, en primer lugar, ¿qué razón había impulsado al Maestro Plett a ir hasta allí, y a buscar deliberadamente un mundo al que resultaría muy difícil seguirle? ¿Quién le había convencido de que ofreciera ese refugio, y cómo?

Dos robustos brazos le rodearon la cintura por detrás. Han no dijo nada y se limitó a clavar la mirada en la lejanía por delante de ella, y Leia se apoyó en su fortaleza, cerrando los ojos y permitiendo que su mente flotara a la deriva y fuera donde quisiese.

A Ithor, verde, hermoso y lleno de actividad.

A la extraña muerte desprovista de significado de una mujer en el Sector de Senex, donde había sido asesinada por un hombre cuya tarifa habitual era demasiado elevada para un trabajo semejante.

Al hecho, que le había sido comunicado aquella mañana, de que el jefe de la Casa Vandron, en cuyo territorio había tenido lugar el crimen, estuviera obstruyendo cualquier investigación de la muerte de Draesinge.

A Drub McKumb.

«Escondieron a los niños en el pozo...»

Las voces de los niños surgieron de la nada y subieron hacia ella, flotando lentamente en el aire. Estaban jugando en una gran estancia cuadrada, y Leia vio cómo corrían de un lado a otro por entre las pesadas mesas de madera de shalamán que se alineaban a lo largo de la pared. Había muchos niños y la gran mayoría eran humanos, pero el grupo incluía un ithoriano, wookies, un twi'lek, biths... Una mujer que estaba reparando un esterilizador a medio diseccionar en una de las mesas lanzó un afectuoso aviso a un pequeño que se había acercado demasiado a la rejilla de bronce en forma de flor que cubría el pozo del centro de suelo, aunque las aberturas de la rejilla eran demasiado pequeñas para dejar pasar nada salvo el más diminuto de los juguetes con los que se estaban distrayendo. Hilillos de vapor subían por las aberturas, calentando la habitación al igual que la calentaba la tenue claridad solar aumentada por la lámina de cristalplex tallada en ángulos y facetas que cubría cada agujero de ventana en forma de cerradura. Un hombre de cabellos oscuros estaba tocando una mandolina lacada de rojo. Pitinos de todos los abigarrados colores que pueden llegar a tener los pitinos dormitaban sobre los alféizares, o se dedicaban a perseguir al myrmin solitario que aparecía de vez en cuando en el suelo.

La puerta de la pared del fondo se abrió y un Ho’Din bastante anciano apareció por ella. Medía dos metros y medio de altura, una silueta esbelta y grácil envuelta en la negra capa correspondiente a su grado de Maestro Jedi, y los tallos cefálicos en forma de flor ya se habían ido volviendo blanquecinos debido a su avanzada edad. La calma parecía fluir de él, así como una profunda sensación —muy parecida a la que percibía en algunas ocasiones irradiando de Luke— de vasta fortaleza adquirida a un precio terrible.

Leia abrió los ojos.

La estancia carente de techo que se extendía debajo de ella y que ocupaba toda la base de la torre estaba desierta, y se iba llenando de sombras a medida que la débil claridad diurna empezaba a desvanecerse.

Y en la pared del fondo no había ninguna puerta.

—La sellaron de alguna forma. —Han deslizó las palmas de las manos sobre la lisa piedra oscura de la parte en la que el muro trasero de la Casa de Plett había sido tallado en las rocas del acantilado—. Incluso los mejores trabajos de obstrucción dejan una juntura, pero éste fue hecho tan bien que ni el agua puede pasar.

—Pero estaba aquí.

Leia entrecerró los ojos para volver a capturar la escena en su mente. El recuerdo trajo consigo un curioso dolor, una sensación de haber perdido algo valiosísimo hacía ya mucho tiempo o tal vez de haber olvidado dónde se guardaba.

¿La felicidad que había sentido emanar de aquella habitación, tal vez? ¿La paz de ser amado sin ninguna clase de condiciones, que se había disuelto en la desgarradora violencia del láser cuando alguien había movido un último interruptor a bordo de la Estrella de la Muerte?

Leia contempló al hombre inmóvil junto a ella, y se preguntó si hubo algún momento de su infancia en el que Han hubiese conocido aquella clase de paz y esa sensación de pertenecer a un lugar.

Chewbacca lanzó un gruñido interrogativo, y Han se lo pensó durante unos momentos antes de responder.

—Sí, creo que todavía tenemos el localizador de ecos.... si Lando no lo cogió prestado la última vez que pilotó el *Halcón* para utilizarlo en una de esas locas cacerías de tesoros suyas.

—No estoy muy segura de que ni siquiera un localizador de ecos pueda encontrar el túnel del que salió ese Maestro Jedi —dijo Leia. Se volvió para echar una última mirada a la estancia vacía—. Los Jedi... —Titubeó, y pensó en las cosas que Luke le había enseñado y en lo que había dicho el anciano Jedi Vima-Da-Boda—. Si los Jedi podían ocultar sus huellas hasta el extremo de hacer que todos los habitantes del valle sencillamente olvidaran que habían estado aquí a pesar de todas estas evidencias de graves daños causados mediante un bombardeo, no creo que un localizador de ecos vaya a servirnos de mucho.

—Sí, creo que tienes razón. —Han volvió a acariciar la piedra, como si medio creyese que el túnel había sido ocultado mediante la ilusión en vez de mediante la tecnología, y Leia pensó que tal vez hubiera sido así—. Pero ahora al menos sabemos dos cosas.

— ¿Dos cosas?

—Que aquí había una entrada —dijo Han con expresión sombría—, y que no era la entrada que Drub utilizó.

CAPÍTULO 6

Los Caballeros Jedi habían asesinado a su familia.

Un grupo de Caballeros Jedi había caído sobre el pueblo en el que creció, llamando a la niebla mediante el poder de la Fuerza en el silencio de la noche para avanzar a través de ella envueltos en el frío y en las sombras, espectros de poder y silencio con ojos que ardían en la oscuridad despidiendo el mismo resplandor verdoso que los fuegos fatuos de los pantanos. Él había huido, jadeando y sintiendo la gélida presión de sus mentes sobre la suya mientras intentaban arrebatarle las energías para inmovilizarle y hacer que regresara. Había yacido entre los árboles que se alzaban en los alrededores del pueblo...

(¿Árboles?)

... y había visto cómo reunían a las mujeres y hacían que formaran una fila, riéndose de sus gritos mientras arrancaban a los bebés de sus brazos y los despedazaban con sus espadas de luz. Había visto muñones cauterizados caídos en el suelo, y había oído los alaridos que llenaron de ecos el frío aire nocturno. Los Jedi le habían buscado, persiguiéndole en sus veloces vehículos de superficie, burlándose de él y acosándole con sus gritos despectivos mientras corría a través de las rocas y el barro y los arroyos...

(¿Barro y arroyos? Crecí en el desierto.)

... y después habían vuelto para matar a los niños. Había visto cómo su hermano pequeño y su hermana...

(¿Qué hermano?)

... eran degollados mientras suplicaban que se les perdonara la vida...

¿Quién había inventado todo aquello?

Era verdad. Cada palabra era verdad.

O, por lo menos, algo muy parecido a eso era verdad.

Luke cerró su mente y se obligó a respirar hondo a través del dolor que seguía torturando su pecho y sus pulmones. Llamó a la Fuerza para que acudiera a él, y permitió que el conocimiento se escurriese de su ser como agua resbalando sobre una armadura recubierta de aceite. Un instante después comprendió que aquellos recuerdos eran idénticos a los que había encontrado en la mente de Nichos: eran palabras, y en algunos casos eran palabras muy poderosas, pero estaban totalmente vacíos de imágenes. Eran palabras que decían ser la verdad, y que parecían ser verdad...

Le dolía la cabeza. Le dolía todo el cuerpo. Su concentración vaciló y se oscureció repentinamente, y la sensación de haber sido traicionado y el terrible dolor de su corazón volvieron una vez más. Los Jedi le habían traicionado.

Luke se precipitó en una espiral interminable a través de la oscuridad.

Yacía sobre la litera de Han en el *Halcón Milenario,* con el muñón vendado de su brazo derecho ardiendo como una llamarada de agonía por debajo de la acción de los calmantes que le había administrado Lando, y el saber que Ben le había mentido era mucho más doloroso e insoportable que esa agonía. Ben le había mentido, y era Darth Vader quien le había dicho la verdad.

«Venganza, sí —susurraron muchas voces al unísono—. Véngate de eso...»

Durante un momento Luke volvió a tener veintiún años, y volvió a sentir cómo su alma se convertía en una pulpa ensangrentada de traición.

«¿Por qué me mentiste, Ben?»

Le bastó con pensar en el pasado para comprender con toda claridad por qué le había mentido. A los dieciocho años, el saber que su padre seguía vivo y que seguía existiendo en alguna forma, sin importar lo mucho que hubiera cambiado, podría haberle atraído hacia el lado oscuro. ¿Podría? No, le habría atraído hacia el lado oscuro sin ningún lugar a dudas. A los dieciocho años Luke no poseía la experiencia y la fortaleza técnica que hubiese necesitado para poder resistir. Ben lo había sabido.

La Fuerza destelló en su interior, una llamita solitaria ardiendo en una noche ventosa.

— ¿Luke?

«Véngate de los Jedi, de sus rameras y de sus mocosos. Quema y mata como ellos quemaron y mataron a tus padres...»

La imagen que llenó su mente le mostró esqueletos calcinados yaciendo sobre la arena alrededor de las ruinas del único hogar que había conocido y trajo consigo el hedor del plástico quemado, y el calor del desierto que golpeaba su cabeza con un martilleo menos terrible que el calor aceitoso de las llamas. El vacío en su corazón era un pozo seco que no terminaba nunca, un túnel carente de luz que llegaba hasta el centro del mundo.

Aquella granja del desierto no había sido gran cosa como hogar y sitio al que pertenecer, pero era todo cuanto tuvo.

Cuando volvió a Tatooine para rescatar a Han de Jabba el Hutt. Luke fue a ver los restos de aquella granja que se había alzado junto al Mar de Dunas. Nadie había ocupado el terreno. Los jawas habían saqueado lo que quedaba de la casa, probablemente tan pronto como se enfriaron las cenizas. Las habitaciones que se alzaban alrededor de la hondonada del patio se habían derrumbado. Todo el lugar había quedado reducido a un hoyo salpicado de restos que ya estaba medio lleno de arena.

Las lápidas que Luke había puesto sobre las tumbas de las personas que habían sido como unos padres para él también habían sido robadas.

El tío Owen había dedicado toda su vida a aquella granja. Era como si su tío nunca hubiera existido.

— ¿Luke?

Parpadeó, y descubrió que no era buena idea.

— ¿Estás bien, Luke?

—Oh, amo Luke, por favor... ¡Intente recordar quién es! ¡La situación es francamente desesperada!

Luke abrió los ojos. Toda la habitación ejecutó una lenta y majestuosa voltereta y Luke tuvo que agarrarse a los lados de la litera sobre la que yacía para evitar caerse de ella, pero al menos Nichos y Cetrespeó, que estaban

inclinados sobre él, no intentaron clonar duplicados de sí mismos, y el dolor de su pecho era mucho menos fuerte que antes. Se sentía profunda y enormemente cansado.

Más allá de Nichos y Cetrespeó pudo ver la puerta cerrada de la pequeña celda en la que estaba acostado: el recinto era cómodo y estaba brillantemente iluminado, y contenía tres literas más y un par de armarios e hileras de cajones que formaban una especie de cómodas. Todo estaba limpio y era austeramente frío y producía la impresión de que allí casi nunca había nadie, salvo por su mono de vuelo negro colgado dentro de un armario, su espada de luz encima de una hilera de cajones, y la negra capa Jedi desplegada como una manta encima de una de las otras literas.

Luke alzó el brazo y vio que llevaba el uniforme de descanso color verde oliva de un soldado de las tropas de asalto imperiales.

«Los Jedi mataron...»

«Los Jedi mataron...»

Respiró hondo y apartó toda la Fuerza de la tarea de curación de su cuerpo —Nichos y Cetrespeó volvieron a dividirse en dos inmediatamente—; la dirigió hacia el interior de su ser e hizo que cayera sobre aquellos recuerdos como una luz purificadora.

Las voces que resonaban dentro de su mente siguieron parloteando durante unos momentos, y acabaron siendo expulsadas.

Luke volvió a despertar, sintiéndose muy débil y trastornado. No podía haber estado inconsciente más de unos segundos, porque Cetrespeó aún seguía con sus explicaciones.

—...dijo que no le ocurría nada, y que si iba a la enfermería lo único que haría sería fingir que se encontraba mal. No sabíamos qué hacer... —Vamos a bombardear Plawal —dijo Luke.

Sus dos compañeros le contemplaron con visible alarma.

— ¡Eso ya lo sabemos, amo Luke!

Luke se irguió en la litera, y un instante después tuvo que agarrarse al brazo de Cetrespeó cuando una nueva oleada de náuseas recorrió todo su cuerpo.

—Hemos estado haciendo hipersaltos a una docena de planetas del Borde Exterior en los que el Imperio escondió a sus tropas de élite para esta misión hace treinta años —dijo Nichos—. El transporte ha descendido en Tatooine, en Bradden y en no sé cuántos sitios más. Todo está automatizado: los vehículos de descenso, la recogida, el adoctrinamiento...

— ¿El adoctrinamiento? —preguntó Luke.

Otra imagen surgió de la nada, distante y borrosa a través del dolor que palpitaba en su cabeza: una cámara semicircular llena de gamorreanos inconscientes, con las armas todavía en las manos, y los diminutos y grisáceos morrts parasitarios que se aferraban a ellos incluso durante la batalla empezando a recuperarse de los efectos de los rayos aturdidores para corretear nerviosamente sobre los cuerpos porcinos. Dos enormes androides plateados del viejo modelo G-40 de una sola función iban y venían por entre los

cuerpos, incorporando a los gamorreanos —algo que los G-40 podían hacer con una aterradora facilidad— y administrando una inyección a cada uno, después de lo cual los iban metiendo en los ataúdes monoplazas de metal blanco de las cabinas de adoctrinamiento que se alineaban a lo largo de la curvatura de la pared del fondo de la sala.

Luke se rozó la frente con las yemas de los dedos. Seguía habiendo un pequeño círculo de piel ligeramente más áspera que el resto allí donde se había conectado el alimentador cerebral, y comprendió que debían de haberle hecho lo mismo que a los gamorreanos.

— ¿Dónde estamos?

Se levantó —con mucha cautela— y se colgó la espada de luz del cinturón. Cruzaron el umbral y salieron a un corredor que olía a metal, sustancias químicas y solución limpiadora. Las paredes grises se alzaban bajo una claridad uniforme y suave, y la cubierta vibraba bajo sus pies con el débil zumbido de las velocidades de crucero subespaciales. Un androide MS-15 que parecía una caja metálica pasó por delante de ellos, absorto en su labor de limpieza del suelo.

—A bordo de la nave —dijo Cetrespeó—. Del... acorazado. Estamos dentro de la luna de combate de la que nos habló el soldado Potnman, el navio gigante camuflado de asteroide que disparó contra nosotros.... el *Ojo de Palpatine.*

El *Ojo de Palpatine.* El nombre creó ecos familiares en la mente de Luke. Las voces le habían contado todo lo que necesitaba saber sobre él durante aquel largo y nebuloso intervalo de recuerdos que no le pertenecían. De alguna manera inexplicable, Luke conocía las dimensiones de la nave y sabía que era enorme, más vasta que incluso el más grande de los Super Destructores Estelares, más grande que una esfera-torpedo, y que tenía la potencia de fuego suficiente para acabar con un planeta entero.

«Por supuesto», pensó. El *Ojo de Palpatine* había sido construido antes que la Estrella de la Muerte, cuando la Flota Imperial todavía estaba convencida de que lo más grande siempre era lo mejor.

—No había ninguna base en ese asteroide, amo Luke —explicó Cetrespeó —. El asteroide era la nave, y disparó contra nosotros utilizando un ordenador artillero automatizado. — ¿Estás seguro?

Luke hubiese podido jurar que los cañones habían sido manejados por las manos de un ser vivo. Ningún ordenador podía calcular tan bien los momentos en que debía disparar.

—Totalmente —dijo Nichos—. Nadie puede acceder a las cubiertas de artillería. Y a bordo no hay nadie que sepa manejar armamento pesado..., por lo menos no esta clase de armamento pesado.

—Nadie... —dijo Luke—. Están recogiendo tropas... —añadió un momento después, y se calló al acordarse de la base abandonada en el bosque y de los cuarenta y cinco cascos que lo contemplaban todo desde la pared con sus miradas vacías—. No me digas que aún había tropas esperando ser recogidas.

Entraron en la sala de reunión de la cubierta de las tropas. Diez o doce enormes bípedos blancos y muy peludos formaban un nervioso grupo alrededor de las ranuras de los alimentadores, sacando platos y aspirando rápidamente cualquier fragmento lo bastante pequeño para no tener que ser masticado a través de cortas probóscides musculosas que surgían debajo de sus cuatro ojos negros que no paraban de parpadear. Unos cuantos iban armados —con lo que parecían patas arrancadas a mesas y sillas—, por lo que Luke supuso que como mínimo debían de ser semi-inteligentes.

De repente hubo un ruido en las puertas del otro extremo de la larga sala. Los bípedos armados giraron sobre sí mismos y alzaron sus armas. Siete criaturas tripodales entraron en la sala, con sus masas corporales parecidas a bolsas oscilando extrañamente debajo de la estructura ósea central sostenida por las largas patas y los tentáculos que brotaban entre las articulaciones de las caderas colgando flacidamente. Los zarcillos oculares que se alzaban por encima de la masa corporal ondularon de un lado a otro en un movimiento inconfundible cuyo significado incluso Luke pudo identificar como clara desorientación.

Dos bípedos peludos metieron las manos en las ranuras de los alimentadores, cogieron tantos platos y cuencos como podían transportar y después fueron cautelosamente hacia los recién llegados, protegidos por un congénere armado con una pata de silla. La más grande de las criaturas peludas alzó una manaza recubierta de vello, emitió un suave e ininteligible canturreo y, al ver que los tripodales no le daban ninguna clase de respuesta, les ofreció los platos.

Los tripodales hicieron surgir tubos alimentarios de entre los zarcillos oculares y comieron. Algunos de ellos intentaron alzar los tentáculos para coger los platos. Las criaturas peludas que se habían quedado junto a las ranuras de los alimentadores soltaron una serie de chillidos sibilantes y se dieron codazos. El más alto de los dos portadores de comida alargó un brazo con curiosa delicadeza y rozó —en realidad, le dio una palmadita— al tripodal más cercano en un gesto que Luke comprendió inmediatamente pretendía tranquilizarle.

— ¡Basta ya, soldado!

El tercer par de puertas deslizantes de la sala se abrió con un *hursh* ahogado, y un grupo de unos quince gamorreanos entró en ella. Algunos habían logrado embutirse en los uniformes de soldado de las tropas de asalto más grandes que habían conseguido encontrar, para lo que habían tenido que cortar las mangas, o se habían sujetado segmentos de reluciente armadura blanca a los brazos y los pechos con la cinta adhesiva plateada que se usaba en las reparaciones de los motores. Otros llevaban cascos de los destacamentos navales, y algunos llevaban los cascos blancos con la zona facial más corta del modelo antiguo de las tropas de asalto colocados en la parte superior de la cabeza como si fuesen sombreros. Ugbuz, que iba delante, se había puesto un casco negro de artillero que parecía un cubo, y su rostro verrugoso con el gran hocico porcino tenía un aspecto sorprendentemente siniestro debajo de él. Todos iban armados hasta los colmillos con desintegradores, lanzas de energía, hachas y arcos.

— ¡Ese hombre sólo finge estar enfermo! Todo el mundo fue sometido a un examen físico antes de enrolarse. ¡Son las reglas de la Flota, y no hay ninguna excusa para esta clase de comportamiento! ¡En esta nave hay demasiados holgazanes que intentan rehuir sus obligaciones!

Ugbuz chasqueó los dedos. Otro gamorreano —Luke pensó que era Krok— fue hacia las ranuras de los alimentadores y las máquinas de café con el paso pesado y bamboleante típico de su raza mientras Ugbuz y los demás se sentaban alrededor de una mesa. Luke vio que Cray y Triv Pothman estaban entre ellos.

Un tropel de confusos recuerdos de los últimos días volvió a su mente. Luke se acordó de haber comido y dormido —y de que a veces había intentado convencer a su superior de que le permitiera ir a la enfermería cuando el dolor y los mareos se volvían insoportables, y de que ocasionalmente había hecho prácticas de tiro en la galería artillera de la nave a pesar de que la cabeza le dolía demasiado para que pudiera dar en el blanco— con otros soldados de las tropas de asalto.

Y en sus recuerdos todos eran humanos.

Las criaturas que parecían enormes peluches blancos se apartaron un poco para permitir que el soldado gamorreano cogiera tazas de café para él y sus compañeros, y se rascaron la cabeza y emitieron nuevos canturreos ahogados mientras contemplaban al grupo sentado alrededor de la mesa con perpleja intranquilidad. El pelaje de sus frentes también mostraba las señales de una alimentación cerebral bajo la forma de círculos levemente chamuscados que no tardarían en desaparecer, y Luke dedujo que el adoctrinamiento había tenido efectos más profundos en unas especies que en otras. Un ser tripodal inició un vacilante avance hacia la mesa de los soldados. Se acercó demasiado, y Triv Pothman golpeó a la criatura con un salvaje revés de la mano que la hizo retroceder tambaleándose por entre las sillas. El anciano sabio del bosque se había afeitado, y su rostro mostraba la expresión dura e implacable de despreocupada arrogancia que Luke había visto en tantos soldados del Imperio, y que surgía de saber con total seguridad cuál era su posición y que cualesquiera que fuesen sus acciones siempre contarían con la aprobación de quienes estaban por encima de ellos. En el rostro de Cray había la misma expresión. Luke lo comprendía. Él mismo se había sentido así durante los últimos días.

Suspiró y empezó a avanzar por entre las mesas, preguntándose mientras iba hacia ellos si podría llevar a cabo una canalización de la Fuerza lo suficientemente intensa para sacar a Cray de su adoctrinamiento. Le dolía la cabeza y cada miembro parecía pesarle como si fuera de plomo, pero las náuseas acompañadas por aquel terrible palpitar de las primeras fases de la conmoción ya se habían esfumado. Luke pensó que si se esforzaba al máximo podría reunir la concentración y el poder de la Fuerza suficientes para establecer contacto con la Fuerza que había dentro de Cray.

En cuanto a los gamorreanos —por lo menos en el caso de la tribu de los gakfedds—, resultaba obvio que habían nacido para ser soldados de las tropas de asalto. Parecían haberse adaptado perfectamente a su nuevo entorno y sentirse como en casa. El suelo de la gran sala estaba lleno de platos, cuencos y tazas de café de plástico, y el amontonamiento alcanzaba casi un metro de

altura en los alrededores de las ranuras de la comida. Androides MSE iban y venían por encima de la basura y alrededor de ella como alimañas que buscaran alimento, pero eran mecánicamente incapaces de recoger los platos y devolverlos a las ranuras de eliminación que los habrían llevado hasta las cocinas automatizadas. Un estólido androide PU-80 estaba lavando metódicamente un rosario de manchas de comida en la pared al lado de uno de los varios pares de puertas deslizantes. —Capitán...

Luke saludó a Ugbuz, que le devolvió el saludo con veloz precisión militar, y después se sentó al lado de Cray. —Hola, Luke. El saludo de Cray fue seco y distraído, el de un compañero de armas a otro. Se había cortado el cabello, o tal vez Ugbuz, en su nueva personalidad de oficial de las tropas de asalto, le había ordenado que se lo cortara. La fina capa de pelos de un centímetro de grosor apenas sobresalía de su cráneo. Sin maquillaje, y con el uniforme verde oliva que sólo resultaba ligeramente grande para su esbelta altura, Cray parecía un adolescente desgarbado.

—Adelante, amigo: coge una silla y da un poco de reposo a tus huesos. ¿Crees que el salto de esta mañana habrá sido la última recogida? Eh, vosotros —añadió, casi sin mirar a los dos androides hacia los que iban dirigidas sus palabras—, traednos café. ¿Quieres tomar un café, Triv?

—Sí, quiero tomar un café. —El viejo soldado sonrió—. Pero supongo que tendré que conformarme con el sudor de gondar que sale de esas condenadas máquinas.

Cray dejó escapar una carcajada seca y áspera, pero llena de alegre naturalidad. Era la primera vez que Luke la veía reír en meses, y lo más extraño de todo era que nunca la había visto tan relajada y a gusto.

— ¿Estás en el turno de rotación para las holocintas, Luke? —preguntó—. No sé quién se encargó dé llenar la biblioteca de este trasto. No hay nada posterior a...

—Necesito hablar contigo, Cray. —Luke inclinó la cabeza señalando la puerta abierta por la que había entrado—. En privado.

Cray frunció el ceño con un poco de preocupación en sus ojos oscuros, aunque para Luke estaba muy claro que le consideraba como un compañero más. Probablemente no hubiese olvidado del todo que ya hacía algún tiempo que eran amigos, de la misma manera que se acordaba de que se llamaba Cray Mingla, pero probablemente no pensaba mucho en ello. Luke sabía que durante el apogeo del poder del Emperador los soldados imperiales habían sido tropas fanáticamente leales y altamente motivadas, pero hasta aquel momento nunca se había encontrado con un adoctrinamiento de tal profundidad. ¿Sería un experimento que no había tenido continuación, algo que sólo había sido utilizado en aquella misión debido al estricto secreto que la rodeaba en todos los aspectos?

Respiró hondo, y se preguntó qué parte de su mareo y desorientación actuales se debían a efectos residuales de la conmoción y hasta qué punto eran un efecto colateral de un shock de adoctrinamiento excesivo. Luke necesitaría toda la Fuerza que pudiera acumular para sacar a Cray de su estado.

Cray se levantó y siguió a Luke hacia el umbral, apartando con distraídas patadas platos y a un androide MSE mientras avanzaba. Incluso su caminar era un caminar de hombre adoptado inconscientemente, de la misma manera que los gamorreanos parecían haber adquirido la capacidad de hablar en básico. Nichos y Cetrespeó les siguieron lo más discretamente posible, y Luke permitió que su mano fuera bajando para abrir el cierre de la funda de su desintegrador y colocar el dial en la intensidad mínima.

Nunca llegó a tener la oportunidad de utilizarlo.

Él y Cray se detuvieron para permitir que las criaturas peludas, que seguían aferrando sus armas improvisadas, salieran por la puerta delante de ellos.

—No sé qué le está ocurriendo al ejército —masculló Cray mientras meneaba la cabeza—. Fíjate en eso... Están sacando reclutas de todas partes. Antes de que nos demos cuenta empezarán a enrolar condenados alienígenas.

Las criaturas tripodales seguían vagando por la sala, chocando ocasionalmente con el mobiliario o cayéndose al tropezar con un MSE. Estaba claro que el adoctrinamiento que había funcionado tan bien con los gamorreanos había dejado totalmente confundidos a aquellos seres, fueran lo que fuesen. «Y, de todas formas, ¿dónde les pones los cables craneales?», se preguntó Luke.

Y entonces las puertas del otro lado de la sala se abrieron de golpe y una voz gritó «¡A por ellos, muchachos!»

Era la tribu gamorreana rival, los klaggs.

Ugbuz y sus gakfedds volcaron las mesas a las que estaban sentados y se dejaron caer detrás de ellas mientras los haces desintegradores empezaban a chispear y a sisear frenéticamente por toda la sala. Los klaggs también llevaban partes de equipo de las tropas de asalto sujetadas mediante cinta adhesiva a sus atuendos de tela y cuero, y se pusieron a gritar órdenes y juramentos en básico. Cray lanzó una maldición y tiró de una mesa para formar una barrera improvisada, después de lo cual empezó a devolver el fuego sin prestar ninguna atención a los letales rebotes que saltaban locamente en todas direcciones. Su primer disparo acertó a un klagg en su armadura pectoral, haciendo que saliera despedido hacia atrás y chocara con sus compañeros mientras los otros miembros de su tribu se agachaban, echaban a correr y se esparcían por la sala en una serie de veloces zigzags, disparando mientras se movían. Algunos estaban armados con carabinas y rifles desintegradores semiautomáticos, y otros llevaban lanzagranadas, lanzas de energía y hachas. Su puntería era horrible en todos los casos.

Las dos tribus de gamorreanos chocaron en un aparatoso enfrentarse de oleadas de metal, carne y basura, y empezaron a hacerse pedazos la una a la otra como si estuvieran reanudando la batalla que se había producido alrededor del *Ave de Presa* en el mismo punto en que la habían interrumpido.

— ¡Asquerosa pandilla de amotinados! ¡Capitán! —gritó Cray, y se sumó a la contienda antes de que Luke pudiera detenerla. — ¡Cray!

Luke dio dos pasos detrás de ella, con la cubierta pareciendo oscilar debajo de sus pies, y chocó con dos enloquecidas criaturas tripodales que no parecían capaces de localizar la puerta que se encontraba a sólo tres metros por delante

de ellos. Un klagg se lanzó sobre él con un rugido ensordecedor blandiendo un hacha. Luke se agachó y estuvo a punto de caer. Empujó a las criaturas tripodales hacia la puerta, cogió una silla y desvió el hacha. El klagg le apartó de un manotazo y cayó sobre los indefensos tripodales. Agarró a uno por una pata, y el infortunado ser gritó y agitó desesperadamente sus tentáculos. Luke necesitó toda la Fuerza que pudo reunir para levantarse —estaba tan débil que era incapaz de emplear la levitación para nada—, volver a coger la silla y hacerla girar en el aire hasta incrustarla con todas sus energías en la espalda del gamorreano. Después empuñó su espada de luz y se plantó en el umbral mientras los tripodales huían por el pasillo entre gimoteos.

El gamorreano le lanzó una mesa que Luke bisectó con un mandoble, y después le atacó con su hacha en el mismo instante en que un haz desintegrador rebotado se deslizaba sobre el hombro de Luke. O el desintegrador había sido ajustado a una intensidad muy reducida o su célula de energía estaba casi agotada, pero aun así el impacto bastó para hacerle caer al suelo, jadeante y confundido. Luke rodó sobre sí mismo y sintió cómo se le nublaba la vista y todo empezaba a volverse negro. La negrura se esfumó con un fundido sobre el gamorreano, que acababa de ser reforzado por un amigo que también empuñaba un hacha. Luke, muy aturdido, se preguntó si estaría viendo doble, pero cercenó el brazo de un atacante y trató de ponerse en pie y huir por la puerta. Descubrió que no podía hacerlo —la cabeza le estaba dando vueltas a tal velocidad que no consiguió comprender por qué—, y lo único que pudo hacer fue mover la espada de luz para lanzar un golpe hacia arriba dirigido contra su segundo atacante, partiendo por la mitad la mesa que caía sobre él antes de que pudiera aplastarle los huesos.

Las náuseas heladas y la debilidad del shock, y la sensación de que algo andaba mal en la gravedad...

Y un instante después la tribu de los klaggs había desaparecido, dejando tras de sí un caos de mobiliario destrozado y sangre. Luke logró permanecer consciente el tiempo justo para apagar su espada de luz.

El dolor le hizo volver en sí tan bruscamente como si alguien le hubiera rociado la pierna izquierda con ácido. Gritó y se aferró al montón de mantas grasientas sobre el que yacía, y alguien le golpeó con la fuerza suficiente para hacerle caer de espaldas, sin aliento, mareado y al borde del vómito de puro dolor.

— ¿No deberías ir a buscar algo a la enfermería para eso?

Era la voz de Ugbuz.

Y, como réplica, hubo un salvaje gruñido porcino y un chorrear de babas calientes que se esparcieron sobre el rostro de Luke y su pecho desnudo. Después hubo más dolor, como si alguien estuviera tensando un vendaje alrededor de su pierna izquierda.

«No es un vendaje», pensó Luke al identificar otro sonido, el veloz siseo estridente de la cinta adhesiva para motores al ser sacada de un rollo. El sonido le resultaba muy familiar. Si no hubiera sido por la cinta adhesiva, la Rebelión se habría derrumbado en su primer año de existencia.

Aire frío sobre su muslo, su rodilla, su pie; y manos de piel áspera y dura con uñas como garras que estaban sujetando el entablillado de su pierna con cinta adhesiva.

El tirón hizo que volviera a gritar.

—No armes tanto jaleo, soldado —dijo Ugbuz.

Luke se preguntó cuál sería el porcentaje de oficiales imperiales que caían con la espalda agujereada por el haz de un desintegrador reglamentario del Imperio. Abrió los ojos.

Estaba en una cabaña, ¿una cabaña? El techo, que se encontraba a un par de metros escasos de su cabeza, estaba hecho de cañerías de plástico que sostenían un mosaico de trozos de armadura de las tropas de asalto y bandejas del comedor unidas mediante cables y cinta adhesiva de motores. Varillas luminosas colgaban de las cañerías-vigas, con sus cables serpenteando para unirse a una célula de energía escala-20 del tamaño de una mochila colocada en un rincón, y proporcionaban la única iluminación. Más allá del umbral, protegido con una manta plateada sobre la cual eran claramente visibles las palabras propiedad de la armada imperial, se podían distinguir las paredes de acero grisáceo de un espacio más grande, un gimnasio o una bodega de carga. Ugbuz estaba inmóvil delante del umbral con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada para contemplar la cama formada por el montón de mantas sucias sobre las que yacía Luke; y por encima de él —sujetando el entablillado a su pierna— estaba arrodillada la enorme gamorreana de temible aspecto que Pothman les había señalado e identificado como Matonak, cerda-líder de la tribu de los gakfedds.

—No voy a consentir que nadie se finja enfermo en mi unidad, amigo —gruñó Ugbuz en cuanto Matonak hubo acabado con el entablillado—. Hemos tenido algunas pérdidas y tenemos unos cuantos heridos, pero esos amotinados no van a interferir con nuestra misión. —Ugbuz le alargó una petaca metálica de la que brotaban vapores que habrían bastado para derribar a un bantha. Luke meneó la cabeza—. ¡Bebe! No me fío de los hombres que no beben.

Luke se llevó la petaca a los labios, pero no permitió que el alcohol fuera más allá de ellos. Incluso ese movimiento bastó para que sintiera un espantoso palpitar en su pierna. Necesitó todas las disciplinas que había aprendido y todo su control de la Fuerza dentro de su cuerpo para hacer retroceder al dolor.

«El hacha», pensó. Los dos klaggs que le atacaron estaban armados con hachas. ¿Habría sido golpeado por alguna de ellas en la confusión final? No lo recordaba, pero sí se acordaba de que no había podido levantarse.

La cabeza también le dolía. Luke comprendió por primera vez con toda claridad lo desesperadamente importante que era el obtener atención inmediata cuando estabas herido. Su estado haría que fuese todavía menos capaz de protegerse a sí mismo que antes, y resultaba muy obvio que tendría mucha más necesidad de hacerlo que hasta entonces.

¿Por qué el enorme espacio que les rodeaba estaba tan oscuro?

— ¿Qué ha sido del soldado Mingla, señor? Ya sabe... Un chico flaco y rubio.

Los diminutos ojos de Ugbuz se entrecerraron para escrutar el rostro de Luke en la penumbra de la cabaña.

— ¿Sois amigos?

Luke asintió.

—Ha desaparecido. Malditos amotinados... Dos hombres muertos, y tres desaparecidos. Hijos de cerda... Acabaremos con ellos.

Matonak le lanzó un grito lleno de irritación, y sus largas trenzas de un gris verdoso oscilaron pesadamente sobre la gélida carne llena de señales de mordiscos de sus seis enormes pechos. Los morrts eran parásitos de la sangre, grises, del tamaño de un dedo y muy peludos. Luke pudo ver uno de ellos adherido al cuello de Ugbuz, y a otro que estaba escalando una trenza de Matonak. Sus ojos, relucientes como cabezas de alfiler y tan pequeños como ellas, recorrieron velozmente toda la cabana y se clavaron en los rincones y las vigas. Las mantas apestaban a morrts.

Matonak le dirigió un gruñido ininteligible y le metió un palo entre los dedos. Estaba claro que había iniciado su existencia como mango de un arma traída de Pzob, y consistía en dos metros de madera nudosa alisada a mano. La pernera izquierda de los pantalones de Luke había sido rajada desde la mitad del muslo para que Matonak pudiera ocuparse de su herida. Aunque Luke hubiera sido capaz de soportar la idea de apoyar su peso en esa pierna, sabía que no le sostendría. Matonak le había envuelto el pie izquierdo en unos trapos después de haberle quitado la bota empapada en sangre cortándola con un cuchillo. Luke se sorprendió al ver que la espada de luz seguía colgando de su cinturón.

La enorme cerda le empujó hacia la puerta con tal violencia que faltó muy poco para que Luke volviera a encontrarse en el suelo.

—Dice que te vayas a tomar un café —dijo Ugbuz con el tono más alegre de todo su repertorio de oficial—. Te pondrás bien enseguida.

— ¡Amo Luke!

Luke miró a su alrededor. Había dos docenas de cabañas alineadas a lo largo de las paredes de lo que parecía una bodega de carga. Para erigirlas se habían utilizado puertas, trozos de paneles metálicos y las planchas laterales de cajas de plástico y aluminio corrugado, así como mantas, segmentos de armadura, bandejas del comedor, alambres, cable, cañerías y la ubicua cinta adhesiva para motores. Había más bandejas y tazas de café esparcidas sobre la cubierta metálica, y todo el lugar se hallaba impregnado por un débil olor a basura a pesar de los continuos esfuerzos de los MSE que zumbaban por el cuadrado despejado en el centro. Había muy pocos gamorreanos visibles.

Cetrespeó estaba esperando en el cuadrado oscuro del umbral de la enorme cámara. Si le hubieran programado para hacerlo, se habría estado estrujando las manos.

Luke recorrió los quince metros que les separaban avanzando muy despacio, y cada paso fue una descarga acida de agonía reprimida. Cetrespeó se inclinó hacia adelante como si se dispusiera a cruzar el umbral para ayudarle, pero enseguida pareció pensar que no era buena idea.

—Lo lamento terriblemente, amo Luke —se disculpó el androide—, pero los gamorreanos no dejan entrar a los androides en su aldea. Los PU Ochenta han intentado repetidamente desmantelar las cabañas y colocar las piezas en sus lugares adecuados y... Bueno...

Luke se apoyó en la pared y no pudo contener la risa.

—Gracias, Cetrespeó —dijo—. Te agradezco que te hayas atrevido a seguirme hasta aquí.

— ¡Por supuesto, amo Luke! —El androide de protocolo parecía perplejo y un poco escandalizado, como si la más pequeña duda acerca de su reacción fuese totalmente inconcebible—. Después de ese horrible altercado en el comedor...

— ¿Viste qué le ocurrió a Cray? Ugbuz dice que ha desaparecido...

—Los klaggs se la llevaron. Parecen considerar a los gakfedds como amotinados, y viceversa. Nichos se fue detrás de ellos. Cray luchó muy bien, pero me temo que no era enemiga para esos gamorreanos, señor.

Cetrespeó se puso en movimiento con un leve tintineo metálico al lado de Luke cuando éste empezó a caminar de nuevo, avanzando por el pasillo con paso cojeante mientras cerraba tozudamente su mente al dolor de la pierna. Mantener la agonía a raya estaba consumiendo enormes cantidades de su concentración, y le exigía un esfuerzo mucho más grande que cuando canalizaba la Fuerza contra los efectos de su conmoción. Tenía que encontrar la enfermería, y deprisa. Con una herida tan obvia, por lo menos Ugbuz no podría afirmar que fingía estar enfermo para no cumplir con sus deberes de soldado.

— ¿Tienes alguna idea de dónde están sus cuarteles generales?

—Me temo que no. señor. El capitán Ugbuz ha enviado exploradores para localizar su fortaleza, por lo que resulta obvio que él tampoco tiene idea de dónde se halla.

—No tendrían que ser demasiado difíciles de encontrar.

Luke iba inspeccionando todas las puertas por las que pasaban. En aquella parte de la nave la mayor parte correspondían a compartimentos de carga. La configuración como asteroide empleada por el *Ojo* hacía que la nave poseyera largos tramos de pasillo donde las paredes no eran interrumpidas por ninguna puerta. Las luces de aquella sección estaban encendidas y arrancaban gélidos destellos a los muros de metal grisáceo. Aquí y allí se veía una bandeja de plástico o una taza de café del comedor que destacaba en el entorno monocromo, y en un momento dado pasaron junto a una criatura tripodal que vagaba por el pasillo contemplando cuanto le rodeaba con sus tres ojos verdes de gruesas pestañas llenos de perplejidad.

—No estoy tan seguro de eso, señor. Los androides de limpieza PU Ochenta fueron muy diligentes a la hora de limpiar todos los rastros de su presencia de las paredes y los suelos.

Luke se detuvo y volvió a apoyar la espalda en la pared. La cabeza le estaba dando vueltas. «¿Hubo otros Maestros Jedi que tuvieran que pasar por esto?»

— ¿Qué ha ocurrido aquí?

Volvió a abrir los ojos. El tramo de pasillo que se extendía delante de ellos estaba a oscuras, como lo habían estado la bodega-aldea de los gakfedds y sus alrededores. Los paneles luminosos del techo habían dejado de funcionar en una longitud de cien metros como mínimo por delante de ellos. Una escotilla había sido arrancada de su marco y colgaba entre el techo y el suelo, y los cables y alambres pendían en el centro del pasillo como las entrañas de una bestia destripada. Luke fue cojeando hacia ella y captó un olor familiar que ya se había vuelto débil y lejano, pero que seguía siendo muy peculiar.

— ¿Jawas?

Si Cetrespeó hubiera poseído pulmones, habría dejado escapar un suspiro de cansancio.

—Me temo que sí, señor. Parece ser que cuando los transportes automatizados descendieron en los planetas donde el Imperio apostó tropas hace treinta años para que fuesen recogidas con vistas a esta misión subieron a bordo a cualquier clase de seres inteligentes que pudieron encontrar, fuera cual fuese.

—Oh, estupendo —suspiró Luke.

Se inclinó cautelosamente para examinar la escotilla arrancada. El metal estaba cubierto de huellas dejadas por unas manos diminutas. Luke se preguntó cuántos carroñeros de un metro de altura envueltos en túnicas marrones habría recogido el transporte automatizado después de posarse en Tatooine.

—Las criaturas que vimos en el comedor eran talz procedentes de Alzoc Tres. No me he movido demasiado, amo Luke, pero sé que también hay affitecanos de Dom-Bradden a bordo, ¡y sólo el Fabricante sabe qué otras especies habrá además!

—Estupendo —repitió Luke, y reanudó su cojeante avance—. Así que si quiero destruir la nave antes de que llegue a Plawal, antes tendré que encontrar los transportes de tropas y arreglármelas de alguna manera para que todo el mundo suba a ellos. Supongo que en el caso de los gamorreanos siempre podría decirles que es una orden, pero...

Luke titubeó, y se acordó de la terrible destreza del artillero de la nave, ese artillero que Cetrespeó insistía en que no existía.

Fueran cuales fuesen los otros sistemas automatizados del *Ojo de Palpatine,* era muy posible que un miembro de la misión original siguiera a bordo.

—Aquí —dijo—. Esto tiene aspecto de ser lo que andábamos buscando.

Habían atravesado la sección del pasillo sumida en la oscuridad y acababan de llegar a la zona iluminada que se extendía más allá. El pequeño despacho de la derecha había pertenecido sin lugar a dudas a un contramaestre o supervisor de cargamentos. El escritorio negro incrustado en la pared contenía un gran teclado curvo, y la impasible oscuridad color ónice de una pantalla de monitor les contempló solemnemente por encima de él. Luke se dejó caer sobre el acolchado de cuero de la silla con un suspiro de alivio —«Sí, no cabe duda de que esto era el despacho de un contramaestre», pensó mientras lo

hacía—, apoyó su bastón en el canto del escritorio y accionó el interruptor de encendido.

—Bien, veamos si podemos convencer a este trasto para que nos dé alguna idea de cuánto tiempo tenemos antes de hacer nada más.

Luke se inclinó sobre el teclado y escribió **Solicitud de situación de la misión.** Era una orden muy común que no involucraba ninguna información clasificada, pero sólo el saber cuándo se esperaba que el *Ojo* llegara a Plawal ya bastaría para indicarle con qué premura debía actuar.

• **Tiempo de la misión en consonancia con los objetivos de la Voluntad**

-¿Eh?

Luke escribió **Menú** en el teclado.

• **La Voluntad solicita el objetivo de esta información Orientación,** tecleó Luke.

• **Situación actual alineada con el diagrama temporal de la Voluntad. No es necesaria más información**

—No querían correr el riesgo de que nadie del exterior averiguase en qué consistía su misión, eh? —murmuró Luke.

La pantalla se volvió gris y osciló delante de sus ojos, y Luke atrajo la Fuerza hacia él para limpiar y reforzar los tejidos de su cerebro que se iban curando lentamente.

«La enfermería —pensó, sintiéndose cada vez más cansado—. En cuanto haya acabado con esto, iré a la enfermería sin perder ni un momento...»

— ¿Cuándo volvió el último transporte, Cetrespeó?

—Creo que ayer. Es el que trajo a los talz.

Luke pensó durante unos momentos.

—Si están intentando evitar las sospechas, entonces lo más lógico sería esperar un día o dos, o tal vez incluso más tiempo, antes de dar otro salto hiperespacial. Puede que mucho más tiempo, dependiendo de quién crean que estaba vigilándoles hace treinta años.

Ben Kenobi, casi con toda seguridad. Bail Organa. Mon Mothma. Eran los que habían contemplado la ascensión de Palpatine al poder supremo y el nacimiento del Nuevo Orden, primero con suspicacia y después con creciente alarma.

—Podemos estar seguros de que la nave es lo bastante grande para que dos compañías estén cómodas durante un tiempo.

Diagrama.

Un plano de la cubierta apareció en la pantalla. Luke identificó la gran bodega de carga sin ningún problema, así como el despacho de contramaestre en el que estaba sentado. Una pequeña ventana de la esquina de la imagen le indicó que se trataba de la Cubierta 12. Luke tecleó la orden para ver la cubierta superior, y la que estaba por encima de ella, y se fijó en sus formas

irregulares. La enfermería estaba dos cubiertas más abajo. Las cubiertas eran enormes, pero se podía suponer que pasados dos o tres días Ugbuz no enviaría exploradores en busca de tribus rivales dentro de su propia cubierta.

El ordenador se negó a mostrarle el diagrama de la Cubierta 9.

Luke siguió usando el teclado, y sólo consiguió obtener los diagramas de las Cubiertas 10 a la 13.

Diagrama total.

- **La Voluntad solicita el objetivo de esta información Localización de formas de vida alienígenas.**

- **Todo se encuentra dentro de los parámetros definidos por la Voluntad. No hay formas de vida no autorizadas a bordo**

—Oh, con que no las hay, ¿verdad? Luke volvió a teclear **Diagrama total.**

- **La Voluntad solicita el objetivo de esta información.**

Control de daños.

- **La Voluntad lo controla todo. La Voluntad no percibe daños en ninguna zona**

Todas las luces se debilitaron de repente, y las letras azul claro del monitor se encogieron para formar un puntito minúsculo que se extinguió después de un fugaz parpadeo. El parloteo estridente de los jawas y los ruidos de pies que se movían a toda velocidad llegaron hasta ellos desde la negrura del pasillo.

Luke suspiró.

—Tengo un mal presentimiento.

CAPÍTULO 7

La enfermería estaba silenciosa, oscura y muy fría.

—Oh, señor... ¡Condenados jawas! —exclamó Cetrespeó.

Luke Skywalker había salido triunfante de un combate a muerte con un clon de sí mismo, y había superado el ser esclavizado por el Emperador y el lado oscuro, las masacres a gran escala y la destrucción de mundos enteros.

Una gran parte del vocabulario de Han Solo acudió a su mente.

—Vamos —suspiró—. A ver si encontramos algo que todavía esté entero.

—Eran unos Dos-Uno-Be antiguos bastante buenos, señor —observó Cetrespeó, alzando una de las pocas varillas luminosas de emergencia que quedaban dentro del compartimento de emergencia mural saqueado—. Pero la razón de que en las naves modernas sean unidades independientes en vez de estar fijas resulta dolorosamente obvia aquí.

Luke se apoyó en el plasteno auto-amoldable de la cama de diagnóstico y pensó que «dolorosamente» era la palabra más adecuada para la situación actual.

Todos los gabinetes se habían desconectado cuando los jawas arrancaron la escotilla principal en busca de cables y piezas. Los sistemas de diagnóstico habían dejado de funcionar, pero la manera en que se movía su pie izquierdo y la insoportable lanzada de dolor que subía por la parte de atrás de su muslo izquierdo cada vez que hacía que esa pierna soportara el peso más ínfimo bastaban para que Luke estuviese casi seguro de que había uno o más tendones cortados, lo cual significaba que, incluso dejando aparte la casi inevitable infección, se encontraría seriamente lisiado hasta que pudiera llegar a un auténtico centro médico. Sólo el mantener a raya el shock traumático ya estaba absorbiendo todo el poder curativo de la Fuerza que podía acumular, y Luke sabía que ni siquiera sería capaz de seguir haciendo eso durante mucho tiempo.

Además de arrancar las placas de cobertura y las escotillas para tener acceso a la maquinaria que ocultaban, los jawas se habían llevado partes de los autodoctores, habían sacado los núcleos de energía de las máquinas de rayos X y los sensores electrónicos y habían intentado extraer el regulador de temperatura del tanque bacta, con el resultado de que el tanque había derramado la mitad de su contenido sobre el suelo para formar un gigantesco charco pegajoso.

Adiós a la posibilidad de emplear una terapia regeneradora estándar.

Luke atrapó a un miembro de la horda de androides MSE que se estaba enfrentando valerosamente a la hercúlea tarea de limpiar todo aquel estropicio, extrajo su núcleo de energía y utilizó su cableado para cortocircuitar las cerraduras de los armarios. Él dispensario estaba provisto de enormes cantidades de gilocal, un estimulante/bloqueador del dolor espantosamente potente capaz de permitir que un guerrero siguiera luchando mucho tiempo después de que hubiera debido sucumbir al shock.

—Parece que esperaban que hubiese jaleo, ¿verdad? —observó mientras daba vueltas a la caja de ampollas negras entre sus dedos.

Volvió a guardarlas en el armario. El gilocal se descomponía al cabo de diez años en almacenamiento, y una vez transcurrido ese tiempo se disgregaba en sus altamente tóxicos componentes originales. Aun suponiendo que la droga no estuviera caducada, Luke no estaba muy seguro de qué efectos habría producido sobre su capacidad de emplear la Fuerza.

Había medidas menos heroicas disponibles bajo la forma del nyex, que hacía que muchas personas —y Luke sabía por experiencias pasadas que se contaba entre ellas— padecieran somnolencia, y perígeno, un calmante no narcótico. Se puso un parche de perígeno en el muslo justo encima de la rodilla, y enseguida sintió cómo el dolor se volvía menos intenso. El parche no curaría las lesiones y seguiría sin poder usar la pierna, y además el perígeno carecía del pequeño efecto estimulante incluido en el gilocal, pero al menos serviría para disminuir la tensión debilitante del combate contra la agonía. A falta de una terapia con tanque bacta para acelerar la curación de su conmoción —y Luke sabía que ya había superado sus peores efectos—, un reorientador sencillo como el comarén bastaría para ocuparse del último de los síntomas.

Por lo menos había comarén en abundancia.

Bastante más preocupante era el hecho de que la inmensa mayoría de los antibióticos y toda la carne sintética almacenada en la nave habían quedado totalmente descompuestos por el paso del tiempo.

En un armario de uno de los laboratorios contiguos encontró un mono gris de las tropas de asalto lo bastante holgado para que pudiera contener el entablillado sujeto con cinta adhesiva a su pierna. Luke se lo puso y llenó los bolsillos con todo el comarén y el perígeno que consiguió encontrar, y después sujetó media docena de varillas luminosas al extremo de su bastón.

—De acuerdo. Cetrespeó —dijo mientras volvía a colgarse la espada de luz del cinturón y utilizaba su bastón con mucho cuidado para incorporarse del sillón autoamoldable en el que se había sentado para cambiarse de ropa—. Vamos a ver si conseguimos encontrar a Cray.

En los pasillos a oscuras de los alrededores de la enfermería, varias criaturas que Cetrespeó identificó como talz y que parecían gigantescas polveras blancas huyeron de ellos nada más verles. Pequeños cuadrángulos de ojos brillaban en las fauces llenas de negrura absoluta de las salas y recintos, contemplando a Luke bajo el reflejo oscilante de las varillas luminosas. Luke se detuvo dos o tres veces, e hizo que Cetrespeó se encargara de traducir sus palabras.

—Soy vuestro amigo —dijo—. No os haré daño, y no guiaré a nadie hasta aquí para que os haga daño.

Pero ninguno de los enormes alienígenas que parecían blandas masas de pelo le devolvió ni un solo sonido.

—El Imperio los utilizaba para trabajar en las minas de Alzoc Tres —dijo Luke mientras él y Cetrespeó iban hacia las zonas iluminadas visibles en la lejanía del pasillo—. Alzoc ni siquiera figuraba en el registro galáctico. El

Senado encontró una mención a ese mundo hace un par de años en unos archivos secretos de una corporación. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo allí. Les mintieron, les traicionaron... No me extraña que hayan aprendido a desconfiar de cualquier criatura que tenga un mínimo aspecto humanoide. Me pregunto qué habrá sido de los soldados de las tropas de asalto que esperaban ser recogidos en su planeta...

Detrás del ascensor sorprendió a un grupo de talz absortos en el proceso de alimentar a una banda de diez o doce tripodales. Los talz estaban dejando en el suelo grandes cuencos sacados del comedor: uno contenía agua, y otro una espantosa mezcla de gachas, leche y estofado de pescado. Los tripodales enseguida se arrodillaron sobre él para devorarla ávidamente. Los talz salieron huyendo apenas vieron a Luke y Cetrespeó. Unos minutos después aparecieron dos PU-80 y una docena de MSE, decididos a limpiar lo que estaba claro consideraban suciedad. Los tripodales retrocedieron, confusos y asustados, y contemplaron sin poder hacer nada cómo los MSE engullían lo que quedaba del agua y de la comida —deslizándose por detrás de Luke cuando éste intentó ahuyentarles—, mientras los PU-80 llevaban a cabo valientes pero fútiles intentos de inclinarse lo suficiente para recoger los recipientes.

—Siento el máximo respeto hacia toda la serie de Propósito Único, amo Luke —dijo Cetrespeó, inclinándose para entregar el cuenco que había recogido al androide PU-80, que era mucho más viejo y pesado que él—. No cabe duda de que son el auténtico núcleo de todas las operaciones llevadas a cabo mediante androides, pero... ¡Oh, son tan limitados!

Cetrespeó no pudo proporcionarle ninguna identificación o información lingüística sobre las criaturas tripodales. y ni siquiera su función traductora analógica consiguió alcanzar una comprensión completa de su lenguaje. Luke sólo pudo entender que eran Personas y que venían del Mundo, y que estaban buscando una manera de volver allí.

—Igual que yo, amigo —suspiró mientras las angulosas y desgarbadas siluetas se alejaban por el pasillo para continuar con su búsqueda de la puerta que, una vez cruzada, les devolvería a su hogar.

Por lo menos el ascensor todavía funcionaba, aunque con los jawas sueltos por allí no había forma de saber durante cuánto tiempo continuaría haciéndolo. Los pequeños y repugnantes seres del desierto eran unos timadores y ladrones natos, especialmente de metal, cables y tecnología. Al lado de la puerta del ascensor sólo se veían cuatro botones encendidos: 10, 11, 12 y 13. En la Cubierta 12 las luces volvían a estar encendidas, y el aire estaba limpio y circulaba de un lado a otro. Había alguna que otra bandeja y taza de café en el suelo de los pasillos, y la presencia de restos de armaduras de las tropas de asalto indicaba con toda claridad una presencia gamorreana, pero como había dicho Cetrespeó, los limpiadores PU-80 y los diminutos MSE en forma de caja habían eliminado minuciosamente cualquier evidencia de todo rastro que pudieran haber dejado los klaggs durante su invasión.

Doblaron una esquina y Luke se detuvo, muy sorprendido, al descubrir que el pasillo que se extendía delante de ellos estaba lleno de lo que, a primera vista, parecían hongos de color masilla y apariencia blanda. Tenían entre un metro y un metro y medio de altura, estaban llenos de bultos y protuberancias y

desprendían un fuerte olor a vainilla. Una segunda mirada le mostró que tenían brazos y piernas, aunque no pudo ver ninguna clase de órganos sensoriales.

— ¡Cielos! —exclamó Cetrespeó—. ¡Son kitonaks! Ayer no estaban aquí.

Cetrespeó empezó a avanzar entre ellos.

Luke le siguió. Había por lo menos treinta en aquel tramo de pasillo, y Luke vio más en la sala de reposo de la derecha. Tocó uno y descubrió que estaba a la temperatura ambiente, aunque había una vaga sospecha de un calor más intenso en las profundidades de su cuerpo blando y rechoncho. Muchos de ellos mostraban agujeros redondos debajo de enormes pliegues de grasa en lo que probablemente eran sus cabezas, y cuando echó un vistazo dentro de uno de ellos Luke pudo identificar dos lenguas y tres hileras de pequeños dientes en forma de cono.

— ¿Qué están haciendo?

Algunos tenían abrasiones, y lo que parecían heridas de cuchillo que habían sangrado hasta quedar cubiertas de costras y ya se estaban curando sin que las criaturas parecieran haberse dado cuenta de su existencia.

—Esperan que las orugas chooba se metan en sus bocas —replicó el androide—. Es su manera de alimentarse.

—Un empleo realmente magnífico, si puedes conseguirlo. —Luke pensó que se imponía hacer una nueva visita al comedor, aunque eso exigiría una cierta cautela—. Bueno, parece que de momento no corren ningún peligro.

—Oh, desde luego que no, amo Luke. —Cetrespeó siguió avanzando rápidamente con su habitual estrépito metálico por entre el extraño bosque de formas inmóviles—. Son una de las especies más resistentes de toda la galaxia. Se sabe de casos en que un kitonak ha aguantado semanas sin comida, y a veces durante meses, sin que se haya resentido en lo más mínimo por ello.

—Bueno, pues eso es justo lo que tendrán que hacer a menos que esos transportes recogieran orugas chooba creyendo que eran soldados de las tropas de asalto —comentó Luke, volviendo la cabeza para lanzarles una última mirada por encima del hombro.

Allí donde las luces no funcionaban y los pasillos se convertían en cavernas llenas de penumbra, iluminadas únicamente por los reflejos de los paneles de las zonas que seguían teniendo iluminación y por el ocasional brillo amarillento de una lámpara de trabajo, encontraron el cuerpo de un affitecano, los sorprendentes habitantes vegetales de Dom-Bradden. Un enjambre de MSE se deslizaba sobre él como insectos codiciosos, intentando en vano eliminar un caso de suciedad que se encontraba más allá de sus pequeñas capacidades. El icor se había congelado sobre el suelo extendiéndose por metros en todas direcciones, y el olor de los azúcares que se iban pudriendo flotaba en el aire impregnándolo con su espesa pestilencia. Luke no dijo nada, y volvió a ser consciente de los peligros que acechaban dentro de aquella nave que no estaba del todo vacía.

Un grito creó ecos por el pasillo sumido en la oscuridad. Venía de la aldea que los gakfedds habían erigido en la bodega de carga. Luke giró sobre sí

mismo y aguzó el oído, y después empezó a correr hacia aquel sonido en una torpe carrera cojeante. El extraño y casi metálico timbre de la voz le había indicado que el grito había sido lanzado por un jawa aterrorizado que sufría una espantosa agonía. Mucho antes de llegar a la bodega ya estaba seguro de lo que iba a encontrar, y la furia le erizó el vello a pesar de todo lo que sabía sobre los jawas.

Los soldados gamorreanos habían sacado un triturador de algún sitio y estaban sosteniendo a un jawa encima de él, agarrándole por las muñecas y bajándole lentamente hacia las hojas giratorias con los pies por delante. Había cuatro o cinco gamorreanos, Ugbuz entre ellos, y todos aullaban de risa mientras hacían subir y bajar a su pequeño e infortunado cautivo encima del triturador.

Luke desplegó la Fuerza desde la entrada de la gigantesca cámara y golpeó al triturador con tal violencia que el artefacto salió despedido a diez metros de distancia, chocando con la pared y haciéndose añicos. Krok —que estaba sosteniendo al jawa— arrojó a un lado la pequeña y aterrorizada masa de harapos y suciedad y giró sobre sí mismo mientras lanzaba una maldición, y Ugbuz se llevó su carabina desintegradora al hombro. Luke fue cojeando hacia ellos por entre las chozas y arrancó impacientemente la carabina de las manos del gamorreano con un golpe de la Fuerza cuando todavía se encontraba a diez metros de distancia de él, haciendo que saliera despedida dando vueltas por el aire y repitiendo la acción un momento después con el hacha de otro gamorreano. La tortura, fuera de la clase que fuese, siempre encendía una abrasadora hoguera de rabia al rojo blanco en su interior. Krok se lanzó sobre él con sus manazas tensas y Luke levitó al gamorreano como si fuese ciento setenta y cinco kilos de rocas metidas en un saco, y después lo mantuvo inmóvil durante un momento a dos metros por encima del suelo, contemplándole con la mirada repentinamente gélida de sus ojos azul claro.

Después arrojó al gamorreano a un lado tan despreocupadamente como si se hubiera olvidado de él y se volvió para enfrentarse con Ugbuz.

— ¿Qué significa todo esto, soldado? —preguntó el enorme jabalí gamorreano, muy enfurecido—. ¡Ese tipo era un saboteador rebelde que pretendía hacer fracasar nuestra misión! Le sorprendimos con eso...

Señaló furiosamente el montón de cables y chips de ordenador con los extremos y conexiones sueltas colgando que había en el suelo, cerca de donde había estado el triturador.

Los ojos de Luke se encontraron con los del gamorreano, y su gélida y amenazadora mirada hizo que la criatura porcina bajara la suya pasados unos momentos.

— ¿Quién infiernos te piensas que eres? —preguntó Ugbuz en un tono casi melancólico.

—No se trata de quién piense que soy —respondió Luke con suavidad y acercándose un poco más—, sino de quién soy. —Bajó la voz para excluir a los demás de la conversación, y dirigió sus palabras únicamente a los oídos de Ugbuz—. Mayor Calrissian, servicios especiales. 229811-B. —Acababa de darle el número de serie del bloque motriz del *Halcón Milenario*—. Inteligencia.

Si los ojillos de Ugbuz hubieran podido desorbitarse lo habrían hecho, pero la estructura facial del gamorreano hizo que tuviera que conformarse con inclinar las peludas orejas hacia adelante en señal de respeto impresionado. Ugbuz lanzó una rápida mirada por encima de su hombro hacia el sitio al que había sido arrojado el jawa. Krok le había lanzado por los aires con la fuerza suficiente para que acabara con todos los huesos rotos, pero el jawa ya no estaba allí. Los jawas, al igual que las ratas, tenían la capacidad de soportar casi cualquier cantidad de castigo físico y. aun así, seguir siendo capaces de escabullirse por la primera rendija no vigilada en cuanto volvían a gozar de libertad de movimientos.

Luke puso la mano sobre el brazo del capitán de las tropas de asalto. Su furia y el esfuerzo de usar la Fuerza le habían dejado temblando, al borde de las náuseas y con el rostro cubierto de sudor helado, pero se obligó a hablar en voz baja y suave y proyectó en ella todo su poder Jedi.

—Está bien —dijo—. Hizo lo que consideraba más adecuado, y le felicito por la astucia de que han dado muestra al capturarle. Pero ese agente tenía órdenes mías de infiltrarse entre los rebeldes y las estaba cumpliendo. No ha habido que lamentar ningún daño real. Usted obró correctamente al proteger la misión, y me aseguraré de que su nombre aparezca en las recomendaciones al Ubictorado, pero después de esto... Bien, a partir de ahora deje que sea yo quien interrogue a los prisioneros.

—Sí, señor.

Una expresión de desilusión profundamente gamorreana apareció por un momento en el rostro lleno de colmillos de Ugbuz, pero se esfumó enseguida. Después volvió a ser el capitán Ugbuz del Servicio Imperial y saludó marcialmente.

—Lo ha hecho muy bien, capitán —dijo Luke, y utilizó la Fuerza para proyectar sutilmente dentro de la mente de Ugbuz el calor complacido que trae consigo la seguridad de que tus actos hayan sido aprobados.

—Gracias, señor.

El pseudo-oficial de las tropas de asalto volvió a saludar y fue a recoger su carabina desintegradora, deteniéndose un par de veces para mirar por encima del hombro a Luke, que se alejó cojeando hacia la puerta apoyándose pesadamente en su bastón cargado de luces mientras caminaba.

—Excelente, amo Luke —dijo Cetrespeó en voz baja cuando Luke, totalmente exhausto, hubo llegado a la puerta—. Aunque debo decir que si no queremos acabar pereciendo de frío y asfixia, realmente debería encontrar alguna forma de evitar que esos jawas continúen con sus depredaciones sobre la estructura de esta nave. No parecen tener ni idea de los daños que están causando a su propio entorno.

—Bueno, tampoco serían los primeros —observó Luke.

Se apoyó en la pared. Se sentía terriblemente agotado, y la cabeza volvía a dolerle a pesar del comarén. Si hubiera tenido que enfrentarse a un peligro inmediato de muerte por congelación, dudaba mucho de que pudiera haber invocado la Fuerza suficiente para encender ni aunque sólo fuese una vela.

—Si tiene la bondad de venir por aquí, señor... —dijo el androide—. Creo que he descubierto un diagrama parcial de la nave.

El diagrama de las Cubiertas 10 a la 13 estaba grabado sobre cuatro paneles de cristalplex en lo que probablemente era el despacho del encargado de la planta física, y mostraba las localizaciones de los ascensores y las pasarelas, con las conducciones de energía marcadas en rojo y las fuentes de agua —duchas, conductos refrigerantes, rociadores para el control de incendios— en azul. La asimetría de la forma de la nave hacía que resultaran difíciles de recordar. Luke se acordó de que visto desde fuera el asteroide tendía a una forma de judía más que a la redondez, por lo que las cubiertas superiores tendrían que ser más pequeñas y estar agrupadas en la popa. La situación de los conductos refrigerantes le permitió deducir que los núcleos energéticos principales que alimentaban el reactor, el núcleo del ordenador y los cañones también se encontraban a popa.

Su solicitud de un diagrama completo al ordenador del despacho provocó una demanda de un código de autorización, y el probar suerte con los distintos códigos estándar imperiales que conocía o de los que Cray le había hablado obtuvo por única respuesta un **Estado actual de todos los departamentos en consonancia con la planificación temporal y los objetivos de la Voluntad.**

«La Voluntad», pensó Luke. El programa-núcleo. El plan central, el que lo coordinaba todo. Lo que regulaba cuanto había a bordo de la nave, desde la temperatura del café del comedor hasta esa puntería casi humana de los cañones defensivos...

¿Casi humana? Luke ya no estaba tan seguro de eso.

La cosa que sabía cuándo se llevaría a cabo el salto al hiperespacio que conduciría la nave hasta Belsavis, y que sabía que el plan de batalla tenía como objetivo destruir aquel pueblo indefenso.

«Sin conocimiento humano», pensó Luke. En consecuencia, eso quería decir que no había nadie a quien se pudiera obligar, coaccionar, persuadir o hablar después de que lo hubieran capturado. Sólo estaba la Voluntad.

Luke volvió a estudiar los diagramas que la Voluntad consentía en mostrar.

—Las conexiones de los tanques de combustible y los cargadores de energía no pueden ser muy grandes —explicó mientras volvía a cojear por el pasillo unos minutos después, con Cetrespeó avanzando junto a él y produciendo su tintineo metálico de costumbre—. Eso significa que todos los hangares principales tienen que estar en una zona, o como mucho en dos: a babor y a estribor. La enfermería está en el lado de babor de la Cubierta Diez, y al lado hay una serie de cámaras de descontaminación, por lo que me jugaría lo que quieras a que esa gran cámara rectangular de la Cubierta Diez sobre la que el diagrama no da ningún dato es el hangar donde se posó el transporte.

Resultó serlo. Los motores del transporte estaban apagados, y nada de lo que Luke pudo hacer consiguió revivirlos —«Bueno, ¿por qué no? Ya han servido a su propósito», pensó— y en cualquier caso no había ninguna forma de utilizar los controles de manera manual. Los androides G-40 estaban inmóviles, silenciosos y muertos, y uno de ellos ya había sido medio

desmantelado por los jawas al ver que no podían llevárselo. Los rastreadores en forma de burbuja plateada no eran visibles por parte alguna.

Una juiciosa manipulación de los controles de un ascensor de servició —usando, una vez más, el núcleo de energía y el cableado de un MSE que reaccionó con cierta indignación al ultraje— permitió que Luke consiguiera dejar inmóvil la cabina del ascensor entre las Cubiertas 10 y 9 y pudiera entreabrir las puertas. Mientras Cetrespeó se iba poniendo cada vez más nervioso y predecía inminentes catástrofes en el hangar de la Cubierta 10, Luke ató un extremo del rollo de treinta metros de cable de emergencia que sacó de un compartimento a una pata del transporte y bajó, con considerable dificultad, a través de la cabina del ascensor hasta que consiguió llegar al hangar inmediatamente inferior, el de la Cubierta 9.

Las luces de aquel recinto estaban apagadas, y el hangar era una vasta caverna silenciosa iluminada únicamente por el débil resplandor opacado de las estrellas que brillaban más allá del campo magnético que protegía la atmósfera del hangar. A través de las inmensas puertas del hangar, ribeteadas por la roca del asteroide camuflador dentro del que había sido construido el *Ojo,* Luke podía contemplar los interminables panoramas negros del vacío. Un puñado de asteroides habían sido arrastrados por el *Ojo* cuando llevó a cabo sus saltos hiperespaciales para recoger a su dotación desvanecida hacía ya mucho tiempo —Luke pensó que probablemente habían sido traídos para que sirviesen como cobertura—, y unos cuantos flotaban a la deriva entre el *Ojo* y el infinito como otros tantos fragmentos de hueso descolorido.

A juzgar por su aspecto, el hangar sumido en las tinieblas había sido diseñado para acoger a un solo transporte de tamaño medio. Los cables de la célula de energía colgaban del techo y signos direccionales indicaban dónde quedaría colocada la nave, en el centro del hangar con el morro apuntando hacia la oscuridad estrellada que se extendía más allá del campo magnético. Pero allí no había ningún transporte.

En su lugar, había un maltrecho caza Y de casco ennegrecido en un extremo del hangar. La vastedad vacía del hangar recogió los ecos del bastón de Luke cuando atravesó el suelo metálico para ir hasta ella, y las sombras se agitaron nerviosamente cuando alzó el bastón con las varillas luminosas para echar un vistazo a la carlinga abierta sobre su cabeza.

Era un biplaza. Luke no pudo verlo muy bien desde donde estaba, pero le pareció que las conexiones de presión de los dos asientos habían sido utilizadas.

—Eso explica lo que ocurrió.

Luke se hundió con un suspiro de gratitud en una de las sillas de plástico blanco del comedor y aceptó la bandeja que le ofrecía Cetrespeó: la comida había sido reconstituida a partir del envoltorio irradiante, y sólo guardaba un parecido nominal con un auténtico bistec de espalda blanca con guarnición de puré de topatas a la crema, pero como sucedáneo alimenticio no estaba nada mal. A pesar del perígeno que había ingerido, la pierna de Luke parecía estar a punto de desprenderse de su cadera —Luke, pensándolo bien, se dijo que dado su estado actual eso no parecía tan mala idea— y estaba tan cansado

que le dolía todo el cuerpo, pero aun así tenía la sensación de que por lo menos ya había obtenido un cierto control parcial de la situación.

— ¿Qué ocurrió cuándo? —preguntó Cetrespeó.

—Qué ocurrió hace treinta años. Como nos contó Triv, el *Ojo de Palpatine* y, de hecho, toda la misión de Belsavis, fueron un asunto de alto secreto desde el principio, y el secreto se mantuvo oculto incluso a los Caballeros Jedi. Por eso lo automatizaron todo, para que no hubiera filtraciones.

»Pero hubo una filtración, Cetrespeó... Alguien lo descubrió.

Un sonido procedente del umbral hizo que volviera la cabeza en esa dirección. Cuatro o cinco tripodales entraron por la puerta del comedor, unas criaturas magníficas con sus delicados matices turquesa y rosa y el largo pelaje amarillo que brotaba alrededor de sus caderas y sus tentáculos. Luke se puso en pie, se apoyó en su bastón con una mueca de dolor, y fue cojeando hasta el suministrador de agua instalado a un lado de las ranuras alimenticias. El montón de bandejas usadas apilado junto a esa pared tenía casi un metro de altura. Luke escogió el cuenco más grande que pudo encontrar, lo llenó de agua y se lo llevó a los tripodales, pues ya había averiguado que colocarlo encima de una mesa no daba ningún resultado. Cetrespeó, siguiendo órdenes de Luke, iba detrás de él con un par de platos de gachas que las pobres y confusas criaturas aceptaron con gratitud, hundiendo sus largos hocicos en ellos para sorberlas ávidamente.

—Alguien lo descubrió —siguió diciendo Luke mientras trabajaba— y fue a la Nebulosa Flor de Luna. Su caza Y casi fue hecho pedazos por las defensas automáticas, que son lo más próximo a un ser humano que he visto jamás, pero consiguieron entrar en la nave. Desactivaron el mecanismo de activación del *Ojo,* y probablemente también desactivaron todas las estaciones de señales esclavas que pudieron encontrar, con lo que ya no podía llegar ninguna señal que iniciara la misión. Después cogieron el transporte del hangar, y huyeron.

—Ojalá también hubieran desactivado las defensas automáticas —dijo Cetrespeó.

—Tal vez no pudieron hacerlo —dijo Luke.

Los tripodales empezaron a alejarse, lanzando suaves mugidos e intercambiando murmullos entre ellos, y Luke y Cetrespeó volvieron a la mesa a la que se había sentado Luke.

—Según las lecturas de la célula de energía del hangar, ese recinto se encuentra justo encima de los compartimentos de los cazas donde están atracados los aparatos de corto alcance. Son los apoyos de superficie y las escoltas, y según los gráficos de consumo de energía tienen que ser cazas TIE. Si la misión llevaba implícito un ataque de superficie, y si iban a recoger tropas de asalto está claro que tenía que haber un ataque de superficie, entonces tiene que haber lanzaderas de asalto en algún sitio. Probablemente estén en las cubiertas superiores de esta misma zona, pero no hubiesen servido de nada en el espacio profundo. Tienen que haberse llevado el transporte.

—Comprendo —dijo el androide. Guardó silencio durante unos momentos, sosteniendo el bastón de Luke y ofreciéndole el brazo para ayudarle a sentarse

—. Pero si la señal de activación fue destruida, ¿qué ha vuelto a poner en marcha la misión después de treinta años?

Una horrible cacofonía de gritos estalló en el pasillo. Luke se puso en pie y fue cojeando hasta la puerta, dejando atrás a Cetrespeó. Podía oír un ensordecedor atronar de pies por entre los gruñidos, chillidos y alaridos.

Era un miembro de la tribu de los klaggs. Luke le reconoció al instante, pues todos los klaggs habían llevado cascos y armadura regular de la armada en vez de equipo de las tropas de asalto, y sus cascos eran en forma de cubo y sus petos de color gris en vez del blanco que tan familiar le resultaba. Fuera cual fuese el sitio en el que habían establecido sus cuarteles generales, resultaba obvio que se encontraba cerca de unos arsenales distintos a los saqueados por los gakfedds. Pero Luke apenas necesitaba aquella observación, pues el aterrorizado klagg estaba huyendo de quince gakfedds que aullaban y agitaban hachas y lanzas de energía, enarbolaban desintegradores y carabinas y, de vez en cuando, lanzaban un disparo que se perdía en un sinfín de letales rebotes a lo largo de los pasillos como una avispa al rojo vivo.

— ¡Vamos! —exclamó Luke.

— ¿Cómo ha dicho, amo Luke?

— ¡Ese klagg volverá a su territorio!

Luke cruzó el comedor hasta las puertas del otro extremo, sabiendo que el pasillo por el que los gakfedds estaban persiguiendo a su presa no llevaba a ninguna parte y que el klagg tendría que desviarse. Tal como había esperado, unos instantes después oyó el retumbar de un par de pies en el pasillo por detrás de él y el jadear mezclado con resoplidos entrecortados del jabalí klagg fugitivo. Metió a Cetrespeó en un compartimento de lavandería para permitir que el klagg pudiera pasar sin verles, y después salió de él y empezó a seguirle, aguzando el oído para que no se le escapara ningún sonido. Los gakfedds parecían haber perdido a su presa. Los ecos de sus gritos resonaban en los pasillos cercanos, pero si se concentraba en el tramo de corredor que se extendía delante de él Luke podía oír sin ninguna dificultad la respiración jadeante del klagg y el ruido de sus pies. Los gamorreanos no eran muy buenos corredores. Con las dos piernas en buen estado. Luke podría haber dejado atrás a la carnada más ágil de gamorreanos, e incluso teniendo que apoyarse en un bastón no le costó demasiado evitar que el fugitivo le sacara ventaja.

Tal como había medio sospechado y medio deducido, el klagg iba hacia la popa.

—Han encontrado alguna forma de llegar hasta los niveles que están por encima de las cubiertas de la tripulación —le murmuró a Cetrespeó mientras atravesaban un compartimento-arsenal detrás de otro, depósitos de armamento saqueados, y almacenes cuyos recipientes y cajas habían sido destrozados para derramar torrentes de uniformes, cinturones, botas y armadura sobre los suelos y por los pasillos—. Escucha... Está volviendo sobre sus pasos. Sabe que tiene que subir un nivel.

Luke se detuvo y asomó cautelosamente la cabeza por una esquina. El gamorreano estaba en una cabina de ascensor que tenía las puertas abiertas y

pulsaba furiosamente los botones. Estaba claro que deseaba encontrar un número superior al 13, y que no conseguía dar con él. Un instante después el pseudo-soldado de las tropas de asalto salió de la cabina y miró a su alrededor. Sus peludas orejas giraron de un lado a otro mientras escuchaba, y su respiración fue claramente audible en el silencio. La expresión «sudar como un gamorreano» era bastante común en la galaxia, y Luke la comprendió perfectamente en ese momento. El cuerpo de la criatura relucía, y Luke podía captar el olor desde donde estaba.

El gamorreano se puso en marcha con el caminar pesado y bamboleante típico de su especie.

— ¿Se ha perdido, amo Luke?

Cetrespeó era capaz de graduar su vocalizador hasta un débilísimo zumbido que resultaba casi inaudible.

—Eso parece... O puede que los gakfedds le hayan bloqueado el camino por el que bajó.

Hubo un nuevo estallido de gritos que empezó a acercarse. El klagg aumentó la velocidad hasta un torpe trote. Mantenerse cerca de él seguía resultando muy fácil, tanto en los pasillos que resplandecían con la claridad dura y fría de los paneles luminosos como en aquellos tramos sumidos en las tinieblas donde los jawas se habían llevado el cableado. Las orejas del gamorreano no paraban de volverse hacia atrás. Luke se preguntó hasta dónde llegaría su agudeza auditiva, y si el gamorreano sería capaz de captar los leves chasquidos y roces de su bastón y el débil crujir de las articulaciones de Cetrespeó.

Había una puerta negra, con doble sello de protección blindada y una luz carmesí instalada encima de ella. El gamorreano manipuló el interruptor sin obtener ningún resultado, y después desenfundó un desintegrador y voló todo el mecanismo. La puerta tembló en su marco.

—La entrada a los niveles superiores por esta zona no está autorizada —dijo una voz—. Se han adoptado medidas de seguridad.

El gamorreano arrancó la placa protectora de la compuerta manual usando la fuerza bruta e hizo girar la rueda interior venciendo su tozuda resistencia. Luke oyó un nuevo clamor pasillo abajo, y comprendió que los gakfedds habían oído la voz del ordenador.

—La entrada a los niveles superiores por esta zona no está autorizada. Las medidas de seguridad han entrado en vigor. Se emplearán medidas máximas.

La luz roja empezó a parpadear.

La puerta se abrió para revelar una escalerilla metálica. El cubículo que acababa de aparecer detrás de la puerta contenía peldaños de metal negro, muros grises y un ajedrezado de cuadrados de pálida luz opalescente dispuestos formando un curioso cuasi-dibujo asimétrico, que parecía impersonal y sorprendentemente siniestro al mismo tiempo.

—Se emplearán medidas máximas. Se emplearán medidas máximas. Se emplearán...

— ¡Ahí está ese apestoso cerdo amotinado!

Ugbuz y sus soldados aparecieron por un pasillo lateral a veinte metros de distancia, y el klagg se lanzó escalerilla arriba.

Mientras le contemplaba, Luke pensó —en esa parte de su mente que no estaba paralizada por el horror— que era muy propio del Imperio concebir una «medida de seguridad» que no surtiría efecto hasta que el violador de la norma estuviera demasiado lejos para poder volver atrás.

El gamorreano subió corriendo cinco o diez peldaños antes de que se iniciara el bombardeo de rayos. Dedos de una tenue y malévola claridad surgieron de las paredes y empezaron a deslizarse sobre el cuerpo de la criatura como una delicada araña esquelética que estuviera torturando a su presa. El gamorreano gritó y se desplomó. Su enorme corpachón cayó nacidamente sobre el metal negro de los escalones, donde se agitó en una serie de convulsiones espasmódicas. Los gakfedds que le perseguían frenaron en seco su carrera en la puerta, y alzaron la mirada hacia él con los ojos llenos de una sorpresa que se desvaneció casi enseguida.

Y un instante después empezaron a reír.

Ugbuz dejó escapar una estruendosa carcajada y señaló al klagg con un dedo. La carne del fugitivo estaba empezando a llenarse de ampollas y la sangre no tardó en brotar del millar de agujeros diminutos como cabezas de alfiler creados por el bombardeo de rayos. Los otros gamorreanos gritaron, se doblaron sobre sí mismos de pura hilaridad, se golpearon los muslos e intercambiaron palmadas en los hombros en una exhibición de diversión que no podía ser más sincera. Luke retrocedió por el pasillo en el que él y Cetrespeó habían permanecido ocultos, sintiéndose profundamente asqueado. El klagg, por imposible que pareciese, seguía intentando levantarse y continuaba tratando de subir por la escalera. Sus pies resbalaban sobre la sangre, y su cuerpo iba pereciendo bajo el bombardeo calcinador con cada nuevo movimiento que hacía.

Los gamorreanos eran criaturas muy resistentes, y estaba claro que el klagg consideraba que la pesadilla chisporroteante de la escalera era un destino preferible a lo que le harían los gakfedds.

Luke giró sobre sí mismo, reprimió el deseo de vomitar con un terrible esfuerzo de voluntad, e inició el regreso al comedor. Pudo oír las carcajadas de los gakfedds durante un largo tramo de pasillo.

Arsenales, armada (regular) — búsqueda

- **¿Propósito de esta información? Control de inventario.**
- **Todos los inventarios están en consonancia con los parámetros e intenciones de la Voluntad.**

— ¿Amo Luke?

Búsqueda esquemática — conductos de agua.

- **¿Propósito de esta información?**

—Amo Luke, creo que deberíamos irnos de aquí. **Mantenimiento de emergencia.**

- **Todo el mantenimiento procede de acuerdo con las intenciones y la planificación temporal de la Voluntad.**

— ¡Condenado montón de sinapsis mentirosas! Tienes la mitad de tus cubiertas de tripulación a oscuras, y mires donde mires te encuentras con un ordenador que no funciona.

—Amo Luke, cuanto mayor sea el tiempo que permanezca tan lejos de la aldea de los gakfedds, más grande será el peligro que corre de sufrir una incursión de represalia de los klaggs. No ha habido talz, y ni siquiera tripodales, en este sector desde...

Luke levantó la cabeza. Estaba sentado delante de una terminal en el despacho del contramaestre, la entrada a un pequeño complejo de almacenes y talleres. El largo pasillo que llevaba hasta la entrada de estribor del comedor era visible a través de la puerta abierta o. mejor dicho, más allá del hombro de Cetrespeó. El androide de protocolo, claramente nervioso, estaba de pie en el umbral y lanzaba miradas hacia el exterior con tanta frecuencia como si fuese un agente de bolsa de Coruscant recién salido de un almuerzo de negocios que anduviera a la caza de un aerotaxi. Luke pensó que si Cetrespeó no hubiera dispuesto de un cronómetro interno, habría estado echando un vistazo a un reloj cada diez segundos.

—Tienen a Cray —dijo.

Torturar al jawa había sido un pequeño acto de maldad tan insignificante como el de unos niños que atormentan a un animal herido. El klagg había sido un enemigo, y los klaggs considerarían que Cray era una enemiga de su tribu.

«Especialmente después de que su amigo muriese en esa escalera protegida por aquella horrible parrilla opalescente», pensó Luke.

Volvió a inclinarse sobre el teclado con una mueca de cansancio.

Sistemas del casco, tecleó.

- **¿Propósito de esta información? Situación de sistemas**
- **¿Propósito de esta información? Revisión de sistemas**
- **¿Propósito de esta...?**

—El propósito de esta información es conseguir que escupas alguna respuesta aparte de que la Voluntad está a cargo de todo y de que todo va a las mil maravillas —masculló Luke entre dientes. Volvía a dolerle la cabeza —de hecho, tenía todo el cuerpo tan dolorido como si acabara de bajar rodando por un par de tramos de escalones—, y a pesar del parche de perígeno que se había puesto en la pierna estaba notando una sospechosa sensación de inflamación en las profundidades de su herida que le hizo preguntarse durante cuánto tiempo sería capaz de recurrir a la Fuerza para que combatiera la infección en la carne desgarrada.

—Y te la arrancaré aunque para ello tenga que utilizar hasta el último código imperial y programa decodificador que Han, Cray y Ghent me han enseñado.

—Ojalá Erredós estuviera aquí, señor —dijo Cetrespeó, yendo hasta la terminal y poniéndose junto a Luke con un tímido tintineo metálico—. Siempre se le ha dado mucho mejor el hablar con estos super-ordenadores que a mí.

Vaya, pero si recuerdo que cuando estábamos con el capitán Antilles... ¡Oh! ¡Largo de aquí, bestezuela repugnante!

Luke ya sabía que se trataba de un jawa incluso antes de volverse. Cualquiera que hubiese tenido la más pequeña experiencia con los jawas sabía al instante cuándo un representante de esa raza había entrado en un espacio cerrado.

—Déjalo. Cetrespeó. No te preocupes.

Después de haber presenciado la muerte del klagg. Luke había empezado a sentir mucha más simpatía hacia los jawas. Un fruncimiento de perplejidad le arrugó la frente mientras hacía girar su silla, pues generalmente los jawas evitaban el contacto con otras razas, y especialmente a bordo de aquella nave.

— ¿Qué quieres, pequeño? —le preguntó.

Era el jawa al que había salvado aquella mañana. Luke no habría podido explicar cómo lo sabía, porque aquellas harapientas túnicas marrones que envolvían todo el cuerpo, los guantes cubiertos de suciedad y los rostros invisibles en las sombras de sus capuchones hacían que resultara casi imposible distinguir a un jawa de otro; pero aun así estaba seguro de que se trataba de aquel jawa.

—Gran señor...

La gangosa y chirriante jerga del desierto era casi ininteligible. Una manecita cubierta de mugre se alargó para rozar la espada de luz que colgaba del cinturón de Luke.

Luke puso la mano sobre su espada de luz en un gesto protector, pero no captó ningún auténtico deseo de robarla.

—Me temo que es mía, amigo.

El jawa retrocedió un paso sin decir nada, y después hurgó entre los pliegues de su túnica.

—Para ti.

Le estaba ofreciendo otra espada de luz.

CAPÍTULO 8

Había una técnica para recorrer los bares del Callejón del Espaciopuerto en busca de información. Leia la identificó casi al instante como una variación de lo que ella misma hacía durante las recepciones diplomáticas: consistía más en una actitud general que en emplear cualquier conjunto de preguntas determinadas, y combinaba una abierta afabilidad con un sincero interés por las vidas de otras personas, una tolerancia casi ilimitada ante las trivialidades carentes de significado, un finísimo filtro contra la basura mental y la aceptación —artificial, en el caso de que llegara a ser necesario— de que no tenías nada más que hacer durante aquella tarde.

Leia disfrutó mucho viendo a Han en acción. Llevaba un traje de la variedad «acontecimientos no diplomáticos» que Han había escogido para ella, y su papel consistía en estar sentada encima de un taburete consumiendo bebidas con naves espaciales de papel dentro del vaso y escuchar cómo Han intercambiaba trivialidades con toda una sucesión de camareros y encargados de las barras, contemplar retransmisiones deportivas en las cajas negras aparentemente insondables colocadas en los rincones de los locales —ocho años de compartir su vida con Han Solo le habían permitido adquirir un conocimiento práctico muy vivido de las reglas y estrategias del tensibol—, escuchar música extremadamente mala y entablar conversaciones marginales con empaquetadores, fogoneros, pequeños comerciantes, buscavidas todavía más pequeños y vagabundos. Incluso en los Mundos del Núcleo la inmensa mayoría de la gente no reconocía a Leia o Han si no les habían visto antes o sabían quiénes eran. Para el noventa por ciento de las especies de la galaxia, todos los miembros de las otras razas eran iguales, y de todas formas la gran mayoría de humanos no habrían reconocido a los senadores de sus propios planetas.

Leia pensó que los planetas que todavía eran gobernados por las Antiguas Casas tenían algunas cosas buenas. En Alderaan todo el mundo la conocía. Los tenderos y los mecánicos subespaciales habían estudiado las vidas domésticas de la Casa Organa día tras día en los videotableros, y habían visto cómo sus miembros se casaban, se divorciaban, se peleaban por las pensiones alimenticias y el reparto de las propiedades y matriculaban a sus hijos en academias privadas. También habían comentado con el ceño fruncido y un chasquido desaprobador de la lengua la lamentable vida sentimental del primo Nial, y aún se acordaban de aquel escándalo ocurrido hacía tanto tiempo que había roto el compromiso de la tía Nia con aquel chico —oh, ¿cómo se llamaba?— tan simpático de la Casa Vandron.

Isolder, su antiguo pretendiente, le había explicado que en el Consorcio de Hapes, cuya casa gobernante llevaba siglos en el poder, ocurría exactamente lo mismo.

Pero allí sólo eran un hombre delgado y larguirucho con una cicatriz en el mentón y la costumbre, típica en los contrabandistas, de vigilar las puertas continuamente, y una mujer de cabellos color cinabrio que, además, podía llevar el tipo de traje que habría hecho que su tía Rouge la encerrase en su habitación antes de permitir que la vieran en público con él.

Leia escuchó con creciente respeto cómo Han discutía de gulfito, que tenía que ser el deporte más aburrido de todo el universo, durante treinta minutos con una durosiana de aspecto marchito y lleno de arrugas antes de sacar a relucir el tema de los bajos fondos locales. No estaba muy segura de cómo se las había arreglado Han para llegar a la conclusión de que aquel era el tipo de bar en el que se podía hacer semejante pregunta.

La recompensa fue que la durosiana —que se llamaba Oso Nim— se acordaba de Drub McKumb, y que también se acordaba de su desaparición hacía seis años.

— ¿Estás segura de que no se limitó a largarse porque presentía que iba a tener problemas? —preguntó Han, y la anciana alienígena meneó la cabeza.

— ¡Llagas y verrugas, claro que no! ¿Y cómo iba a largarse sin su nave? Ese trasto debió de pasarse unos diez meses confiscado, con todos los patronos independientes y saltaplanetas que aparecían por aquí intentando sobornar al supervisor del muelle para que les dejara llevarse las piezas. El supervisor acabó vendiéndoselo todo a una pandilla de rodianos para cubrir las tasas del atraque. —Oso Nim soltó una risita, y al hacerlo mostró varias hileras de diminutos y afilados dientes marrones—. Novatos sin experiencia, eso es lo que eran... Se largaron con un cargamento de seda que habían conseguido a buen precio y luego intentaron saltarse las barreras tarifarias de los Mundos del Núcleo, y al final sólo consiguieron que el primer tipo listo con el que se encontraron les abrasara los pellejos hasta borrarlos del mapa. Una buena nave desperdiciada, por no hablar de toda esa seda...

Meneó melancólicamente la cabeza, como si lo lamentara mucho. Las Toberas Humeantes, como el resto de bares del Callejón, consistía en tres unidades-habitación prefabricadas de plasteno blanco unidas y abiertas de tal manera que formaban un solo y espacioso recinto, y habían sido montadas sobre los cimientos medio rotos de una estructura de roca más antigua que había obligado a inclinarlas precariamente para que encajaran entre sí. Las factorías de Sullust producían unidades-habitación interconectables por millones, y no había ni una sola colonia comercial desde Elrood hasta el Borde Exterior que no tuviera por lo menos unos cuantos edificios —y algunas incluso pueblos o ciudades enteras— consistentes única y exclusivamente en cubos blancos de tres-por-tres.

En aquella parte de la ciudad, cerca del segmento del acantilado en el que las Oficinas Portuarias formaban una especie de entrada a los túneles que conducían hasta los silos de atraque propiamente dichos, la mayor parte de las unidades habían sido adheridas —con distintos grados de precisión— a los gruesos muros y arcos en forma de agujero de cerradura de las estructuras más antiguas, donde el vapor de los manantiales calientes de los cimientos aún seguía brotando por entre los restos de los pilares y las columnatas. Leia ya se había dado cuenta de que la gran mayoría de moradas construidas de aquella forma —incluida aquella en la que se estaban alojando ella y Han— habían sido decoradas y embellecidas con colgaduras nativas de hierba tejida, telas multicolores y celosías hechas con parras trenzadas, a fin de disminuir al máximo su innegable parecido con las cajas de mercancías.

En el caso del Toberas Humeantes, nadie se había tomado esas molestias.

— ¿Y nadie ha intentado averiguar qué fue de Drub?

Leia hizo una seña al encargado del bar para que volviera a llenar el vaso de Oso Nim.

—Bzzz. —La durosiana emitió un sonido despectivo, y movió la mano en un gesto que recordaba el asustar moscas—. A un hombre que se mete en ese tipo de negocios siempre pueden ocurrirle un millón de cosas, encanto. Incluso en un agujero tan perdido como este... Con nave o sin ella, a veces pasan seis meses antes de que sus amigos comprendan que no ha desaparecido por voluntad propia.

— ¿Y pasaron seis meses antes de que sus amigos empezaran a buscarle? —preguntó Han.

Oso Nim soltó una risita estridente, y sus ojos de un naranja iridiscente le lanzaron una rápida mirada de soslayo.

— ¿Acaso sabes dónde van a estar tus amigos dentro de seis meses? El primer oficial de Drub y su tripulación dijeron que había estado hablando de criptas escondidas debajo de esas viejas ruinas que hay en lo alto de la ciudad y fueron a echar un vistazo por allí, pero... ¡Llagas y verrugas, no hay ninguna cripta! La gente lleva años buscando esas criptas, y hasta el momento lo único que han encontrado ha sido roca sólida. ¿Túneles de contrabandistas? Oh, claro, hay túneles de contrabandistas esparcidos por toda esta condenada ciudad, pero criptas... No, el primer oficial de Drub y su tripulación sólo encontraron roca sólida, igual que los demás que estuvieron buscando antes.

— ¿Y qué impulsó a esas otras personas a buscar por allí antes? —preguntó Han, cogiendo la botella que le alargaba el encargado del bar y reparando las depredaciones de que la vieja durosiana estaba haciendo objeto a su vaso.

Han habló en un tono de voz lo bastante bajo para que sus palabras no pudieran ser oídas por encima del canturreo metálico de la holocaja instalada encima del bar, que estaba mostrando el último partido del gran campeonato entre Lafra y Gathus. La durosiana rió estrepitosamente.

—Oh, encanto... ¿Así que eres un amigo suyo, después de tantos años? ¿Eres su hermano largamente perdido?

Los durosianos no suelen reír, y tener que enfrentarse a todo ese horror de arrugas, dientes, halitosis y ojos centelleantes exhibido por aquel espécimen hizo que Leia comprendiera sin ninguna dificultad el porqué otras razas podían esforzarse en disuadirles de que lo hicieran. — ¡Eh, Parlanchín! — le gritó Oso Nim a un humano vestido con un mono cubierto de manchas purpúreas y que tenía los dedos sucios y llenos de vendajes típicos de los empaquetadores—. ¡Tenemos aquí al hermano largamente perdido del viejo Drub McKumb, que por fin ha venido en busca de sus huesos!

— ¿Qué, tú también crees que hay criptas secretas escondidas debajo de la Casa de Plett? —Parlanchín estaba todavía más arrugado y decrépito que Oso Nim, suponiendo que eso fuese posible, aunque cuando le miró con más atención Leia se dio cuenta de que no era más viejo que Han—. ¿Túneles secretos llenos de joyas, quizá?

Han movió las manos en un gesto cuyo significado sólo podía ser yo-no-he-dicho-eso, y Parlanchín le guiñó el ojo. Uno de sus ojos era artificial, un sustituto protésico del tipo más barato manufacturado en Sullust cuya córnea de plástico enseguida empezaba a ponerse amarilla. —Si hay joyas en esas criptas, ¿por qué Bran Kemple no es mucho más rico? ¿Por qué sigue con sus trapícheos de siempre, haciendo contrabando de café y montando partidas de cartas en el Lujuria de la Jungla?

— ¿Bran Kemple es el tipo que manda en la ciudad? —Han enarcó las cejas con auténtica sorpresa—. Creía que el jefe era Nubblyk el Slita.

— ¿En qué hoyo te has estado escondiendo durante los últimos ocho años, terroncito de azúcar? —La durosiana se rió y Parlanchín cogió la botella de la mano de Han y se sirvió un vaso, ofreciéndose cortésmente a volver a llenar el de Leia después. Leia, sintiéndose muy divertida, se abstuvo de observar que quienes llevaban décadas viviendo en el fondo de una fisura volcánica tal vez deberían pensárselo dos veces antes de acusar a otros de esconderse en hoyos—. El Slita decidió cambiar de aires hace ocho o nueve años, y desde entonces todo se ha ido al cuerno. —Sí, todo se ha ido al cuerno —asintió Parlanchín, acunando la botella de Han en sus manos y contemplándola melancólicamente—. ¡Cohetes llameantes, muchacho! —gritó con furia, toda su atención repentinamente concentrada en las actividades de veinticinco patinadores en el planeta Lafra—. ¿A eso le llamáis tirar a portería, maldita sea? ¡Por un millón de créditos al año yo me uniría a vuestro condenado equipo y perdería vuestros condenados partidos por vosotros, estúpidos hijos de una pandilla de demonios del barro! ¡Llagas y verrugas, qué desastre!

— ¿Estás seguro de que el Slita decidió cambiar de aires?

Leia apoyó los codos sobre la barra e irradió inocencia y fascinación.

La durosiana sonrió y se pellizcó la mejilla con unos dedos que parecían tallos de hierba nudosa momificada.

—Tú amiguita entiende las cosas a la primera, ángel con pantalones. Verás, el Slita era todo un veterano y además era muy listo. Si hubiera decidido meter los hocicos en asuntos que no le concernían, nunca hubiese entrado aquí medio borracho como hizo Mubbin, ese wífido idiota, para empezar a hablar del gran secreto que había descubierto en la Casa de Plett, igual que hacía el viejo Drub cuando te contaba sus «cálculos». Oh, no dudo de que en esas ruinas haya algo que los peces gordos de aquí quieren mantener oculto a todo el mundo. Tal vez sea algo lo suficientemente serio para que puedan decidir que los tipos que tienen la célula cerebral descargada —como por ejemplo Mubbin, o Drub, o ese otro que ya no me acuerdo cómo se llamaba, aquel wookie que trabajaba de mecánico en Exquisiteces de la Galaxia— han de ser metidos en la bodega de carga de una nave y llevados lo más lejos posible de aquí.

Meneó la cabeza, volvió a vaciar su vaso, cogió la botella de entre los dedos de Parlanchín y la inclinó para contemplar con profunda tristeza las escasas gotas que cayeron dentro de su vaso.

—Bien, sea lo que sea no vale la pena, así que lo que yo digo es que no merece que te metas en líos. —La durosiana se encogió de hombros—. Puede que sencillamente Drub se cayera a un pozo de reparaciones en algún huerto y que los kretchs acabaran comiéndoselo.

— ¿Los kretchs? —exclamó Leia.

Las pupilas anaranjadas de la durosiana lanzaron un chispazo de sarcástica diversión.

— ¿Cuánto tiempo llevas en el pueblo, ojos bonitos? No tardarás en ver algún kretch... En cuanto al viejo Drub, ¿qué le importaba a él lo que los peces gordos estén escondiendo si no había dinero a ganar con ello? Y puedes estar seguro de que no hay dinero a ganar con ello, porque de lo contrario las grandes corporaciones ya lo estarían vendiendo.

Sonrió beatíficamente mientras Leia hacía una seña y otra botella se materializaba sobre el lexoplasto tratado con repelente de manchas de la barra.

—Vaya, cariño, muchas gracias... —La durosiana dirigió una inclinación de cabeza a Han, y después se volvió hacia Leia y se inclinó hacia adelante para hablarle en un susurro confidencial—. Eres demasiado buena para andar con un tipo de esa clase. —Lo sé —susurró Leia.

Oso Nim dejó escapar una risita llena de deleite, y después volvió a ponerse triste y vació su vaso de un solo trago.

—Bueno, todo se ha convertido en un montón de basura... Es una lástima, porque hace ocho o diez años siempre había mucho movimiento. Cada semana llegaban doce o catorce naves llenas de contrabando y los artículos enseguida desaparecían debajo del hielo, y este sitio estaba tan lleno al mediodía como por la medianoche, puede que incluso más. El Slita sabía cómo hacer las cosas, desde luego que sí... Desde que se fue, todo se ha convertido en pienso para nerfs.

«Es muy extraño», pensó Leia un rato después mientras buscaba las instalaciones sanitarias del Toberas Humeantes. Por lo que había podido entender de la cada vez más inconexa conversación de Oso Nim (Han había pedido otra botella de cristal azul y Parlanchín estaba absorto en la segunda mitad del gran partido), Nubblyk el Slita se había marchado, el «negocio» —es decir, el contrabando— había sufrido un rápido declive y Mubbin, aquel wífido amigo de Drub McKumb, se había esfumado, y todo eso había ocurrido el mismo año..., el año siguiente a la muerte de Palpatine y la desintegración del Imperio. Un año después Drub McKumb había vuelto a Belsavis, y él también se había esfumado. El ama de llaves de su tía Rouge solía decir que guardar el jabón dentro de la despensa no lo convertía en comida.

La proximidad temporal de todos esos acontecimientos podía ser pura coincidencia. Y sin embargo...

Cada centímetro de suelo arable de la fisura volcánica estaba dedicado a las cosechas que daban más dinero más deprisa, por lo que los solares disponibles en la ciudad eran pequeños y edificios como la taberna —y la casa de piedra más antigua sobre la que había sido construida— se pegaban todo lo posible a los límites de las propiedades, no dejando ningún espacio disponible para instalar sanitarios por encima del nivel del suelo. Una vieja puerta manual con bisagras colocada a un extremo del bar mostraba los símbolos universales, y detrás de ella había una escalera, cuyo aspecto no podía ser más insalubre, que descendía hacia las oscuras y cavernosas profundidades de los cimientos bajo la luz de un panel luminoso del nivel de energía más reducido que se

podía encontrar en el mercado. La inmensa mayoría de manantiales calientes sobre los que se habían construido las viejas casas ya habían sido desviados a lo largo de nuevos cursos hacía mucho tiempo, pero aun así el calor de aquellos niveles del subsuelo era bastante más insoportable que el de la superficie. El aire estaba impregnado por el persistente hedor de algún gas que olía a rancio, y la piedra de un rojo negruzco de las paredes estaba adornada por una gama de mohos y hongos tan variada que Leia se alegró de no haber pedido la ensalada del reducido menú de la taberna. Algo se movió al otro extremo del angosto pasadizo y Leia, que reaccionó con nerviosa premura activando la pequeña varilla luminosa que colgaba de su cinturón, pudo echar su primera mirada a lo que sólo podía ser un kretch.

Tenía una vez y media la longitud de su mano, posiblemente la anchura de tres dedos juntos, y el color de una cicatriz. Dos juegos de mandíbulas colocados uno encima del otro eran lo bastante grandes para que Leia pudiese ver los dientes de sierra incluso a una distancia de cinco metros, así como las pinzas recubiertas de pinchos que había en la cola. La criatura se lanzó sobre ella con un movimiento intermedio entre un salto y una veloz carrera, y Leia, que había vivido lo suficiente para saber que nunca era aconsejable disparar un desintegrador dentro de un espacio cerrado, cogió el trozo de piedra que se usaba para mantener abierta la puerta en el comienzo del tramo de peldaños y se lo arrojó a la criatura en un acto reflejo surgido del pánico y el horror.

La piedra chocó de lleno con la espalda articulada de la criatura y rodó al suelo mientras el kretch temblaba en una serie de espasmos convulsivos, después de lo cual se recuperó casi al instante y se irguió velozmente para desaparecer entre las cañerías que corrían a lo largo de la pared. Leia bajó nerviosamente el resto del tramo de peldaños para recuperar la piedra y pudo ver la mancha marrón que había dejado el impacto, y también pudo oler un desagradable hedor dulzón, como la pestilencia de la fruta podrida en las fases finales de la descomposición.

Inspeccionó muy atentamente con su varilla luminosa el repulsivo y diminuto cubículo que había al extremo del pasillo antes de entrar, y después fue corriendo por el pasadizo para volver al bar del nivel superior.

«Los kretchs se los comerían...»

Leia pensó que si los kretchs tenían ese aspecto, entonces no tenía ningún deseo de encontrarse con ellos en las criptas donde los niños Jedi se habían desafiado unos a otros a buscar el Pozo de Plett.... siempre que consiguieran encontrar las criptas.

—Que guardes el jabón en la despensa no hace que se convierta en comida —admitió Han con voz pensativa mientras atravesaban los velos iridiscentes de neblina que flotaban de un lado a otro para volver a la casa que Jevax les había proporcionado como alojamiento—. Pero guardarlo cerca de donde lavas los platos no es ningún accidente casual.

Leia asintió, aceptando su lógica, y luego sonrió.

— ¿Y qué sabes tú de lavar platos.... ángel con pantalones?

—Cuando te pasas tres cuartas partes de la vida vagabundeando por la galaxia. Su Altísima Alteza, puedes tener la seguridad de que acabas llenando un montón de lavavajillas, e incluso lavando platos a mano de vez en cuando.

Han se metió las manos debajo del cinturón, pero Leia sabía que estaba observando todo cuanto les rodeaba con sus sentidos forzados hasta el límite. Los eternos vapores de Plawal resultaban un poco inquietantes. Siempre eran más espesos en el otro extremo del valle, donde burbujeaban y hervían los manantiales realmente calientes, pero incluso allí, donde el terreno se extendía formando planicies alrededor de los manantiales calientes, la visibilidad quedaba reducida a unos cuantos metros. Incluso en las calles situadas a un nivel más alto que rodeaban los huertos, las escenas tenían una cierta tendencia a aparecer y esfumarse como cuadros aislados: había árboles frutales enjoyados con orquídeas a los que se habían unido matas de liana-arco y moradulce de tal manera que cada rama se inclinaba bajo el peso de dos o tres variedades distintas de fruta; miles de puentes diminutos que cruzaban los arroyos y riachuelos de los que brotaban hilillos de humo y cuyas orillas recubiertas de helechos estaban repletas de salamandras y ranas; pitinos amarillos, verdes o azul marino dormitando sobre las rodillas dobladas de los shalamanes y los árboles afor o cazando insectos en la hierba; vigilantes antialimañas automatizados, agazapados junto a las bases de los árboles más caros, con sus ojos como cuentas de color verde o ámbar destellando con un brillo fantasmagórico a través de los velos de neblina. Muros construidos con bloques de lava se alzaban inesperadamente de entre los vapores en continuo movimiento, coronados por el liso plástico blanco de las estructuras prefabricadas; rampas de madera o plástico ascendían hasta las puertas situadas al nivel de la calle, flanqueadas por macetas de plástico rojo importado o de la terracota local, ofreciendo toda una exuberante profusión de bayas, slochans y lipanas.

Precioso... Pero Leia era extremadamente consciente del hecho de que la visibilidad estaba reducida a dos metros o menos.

— ¿Qué es todo eso de los túneles de contrabandistas?

—Cuando me ganaba la vida con el contrabando —dijo Han—, nunca estuve por aquí. Demasiado cerca del Sector de Senex, ¿entiendes? Aun así, sabía que había por lo menos media docena de pistas de descenso en el hielo. A juzgar por el número de personas de los bares que siguen dedicándose al contrabando, me sorprendería mucho que hubiera más de una, o tal vez dos, que continuaran estando en condiciones de operar. Bien, según Lando lo que queda del Imperio no ha cambiado sus tarifas, y las tasas de exportación de este lugar no han cambiado... En todo caso, habrán subido. Eso significa que algo dejó de existir hace nueve años.

— ¿Justo un año después de la batalla de Endor?

Han asintió.

—Algo que tal vez quieras recordar cuando estés repasando los archivos del pueblo.... ahora que el viejo Jevax ya ha tenido tiempo de eliminar aquellas partes que tal vez podrían proporcionarte alguna pista.

— ¿Sabes una cosa, Han? —Leia se detuvo al comienzo de la rampa de madera, que trepaba por la masa de piedras medio desmoronadas que

formaban los cimientos de su casa y llegaba hasta la gran puerta delantera—. Lo primero que me atrajo de ti fue la inocencia infantil de tu corazón.

Han sonrió y la cogió del brazo. Leia intentó esquivarle para abrir la puerta, pero Han la inmovilizó poniéndole las manos sobre los hombros. Sus ojos sonrientes se encontraron, y Leia sintió el calor del cuerpo de Han contra el suyo.

— ¿Quieres averiguar lo inocente que puedo llegar a ser?

Leia extendió la mano para acariciar la cicatriz de su mentón.

—Ya sé lo inocente que eres.

Hablaba en serio, y sus labios se encontraron con los de Han, aislados por la capa inmóvil de la niebla.

No se separaron hasta oír sonido de pasos sobre la rampa y el suave zumbido de los servomotores. Se apartaron el uno del otro justo a tiempo de ver cómo la enorme silueta de Chewbacca se materializaba ante ellos, saliendo de la iridiscencia perlina del aire, para ser seguida un momento después por Erredós. Los colores centelleantes de la neblina se estaban oscureciendo poco a poco a medida que la claridad solar amplificada por la cúpula se iba debilitando. El crepúsculo ya estaba empezando a espesarse por entre los árboles grises de los huertos, que se extendían colina abajo en una larga fila que se iniciaba en la parte de atrás de la casa.

— ¿Has descubierto algo?

Chewbacca se encogió elocuentemente de hombros mientras cruzaban el umbral y dejó escapar un gemido quejumbroso. Había llevado a cabo su propia investigación de la vida clandestina local en lugares que habían dejado el olor de humos extraños en su pelaje, y les dijo que había averiguado muy poco. Apenas si ocurría nada. Una de las pistas de contrabando del glaciar seguía funcionando ocasionalmente, aunque cada vez había menos pilotos dispuestos a enfrentarse al difícil trayecto a través del Corredor. Un par de naves estaban comprando liana de seda al precio más barato posible, mayormente restos de segunda calidad de las factorías. Un par de traficantes suministraban roca mental, ryll y varias clases de golosinas para los lóbulos frontales del cerebro a los viejos sesos-zumbantes que vivían en los míseros barracones y chozas que se alzaban detrás del Callejón del Espaciopuerto. Estaba claro que Bran Kemple era el único que vendía drogas de manera regular. Todo el mundo decía que las cosas ya no eran como en los viejos tiempos. Podías ganar más dinero empaquetando brandifert, si no te importaba acabar con los dedos llenos de manchas púrpura.

—Si no tienes inconveniente me llevaré a Erredós conmigo al Centro Municipal.

Una vez dentro de la casa. Leia cogió una túnica violeta y verde oscuro de un aspecto ligeramente más respetable que el vestido que se había puesto para recorrer los bares del Callejón —de hecho, tenía algunas prendas de ropa interior mucho menos atrevidas que ese traje—, y un par de zapatos más cómodos.

— ¿Encontraste algo interesante en el acceso público mientras estábamos en la Casa de Plett. Erredós?

El androide astromecánico rodó obedientemente hasta el pequeño conjunto de monitor-impresora instalado en el rincón. Después hizo brotar una conexión comunicadora de sus planchas y la impresora empezó a parlotear. Han atravesó la habitación para echar un vistazo a lo que salía de ella.

—Cifras de exportaciones de las siete plantas empaquetadoras principales correspondientes a la semana pasada —informó con un solemne asentimiento de cabeza—. Mmmmm... Oh, ahora tenemos las estadísticas de bajas por enfermedad de los empleados... Consumo de carburante de todas las naves durante la semana pasada... Esto mejora por momentos. ¡Caramba, una información de alto secreto! Costos de reparaciones de averías en las recogedoras de fruta mecánicas amortizados durante los últimos diez años. Leia, no sé si mi corazón podrá aguantar todo esto...

Leia le golpeó el brazo con los nudillos.

—No te burles de Erredós. Has sido muy concienzudo, Erredós, y has hecho un buen trabajo. Siempre lo haces.

El androide emitió un zumbido. La oscuridad ya se había adueñado de todo más allá de la hilera de ventanas iluminadas al nivel del suelo del dormitorio y la angosta terraza de piedra que sobresalía de ellas, y las luces que puntuaban los huertos que se extendían debajo de la casa creaban borrosos manchones de claridad en la neblina. La casa era una de las pocas de Plawal que consistía básicamente en la piedra original —sólo la cocina y la mitad de la sala eran prefabricadas—, pero había sido remodelada hacía pocos años. Las viejas ventanas en forma de agujero de cerradura habían sido sustituidas por modernos paneles de cristalplex con postigos metálicos deslizantes para ocultar las luces de los huertos. La estructura también ofrecía un entorno más o menos controlado que, de todas maneras, era preferible al de las Toberas Humeantes. Leia pensó que se trataba de un refinamiento muy irónico para un planeta con una temperatura superficial promedio de cincuenta bajo cero.

Al igual que la gran mayoría de casas de la parte vieja del pueblo, aquella estaba construida sobre un pequeño manantial caliente, y aunque el curso del agua había sido desviado para que calentara el huerto, el suelo del sótano todavía producía algunos hilillos de vapor. Leia se preguntó si habría kretchs acechando ahí abajo, y sintió un repentino estremecimiento de repugnancia.

— ¿Estaréis bien aquí? —preguntó, deteniéndose en el camino hacia la puerta.

—Probaré a llamar a Mará Jade. Tal vez sepa dónde estaban esas pistas de descenso, y algo sobre el por qué se marchó Nubblyk el Slita. —Han llevó a cabo una aparatosa inspección de sus bolsillos—. Y estoy seguro de que cuando estábamos en el bar cogí una tarjeta de un servicio de bailarinas a domicilio...

—Acuérdate de hacerles recoger todo el confetti cuando hayan terminado.

Volvieron a besarse y Leia bajó por la rampa hasta el nivel de la calle con Erredós rodando detrás de ella. Había oscurecido. Mariposas de alas plateadas

se agitaban alrededor de las lámparas en un enloquecido revolotear, y los pitinos y mooklas cazaban ranas debajo de los puentes. El mundo olía a cosas que crecían, a hierba y fruta —fruta criada de manera especial y altamente calculada para conseguir que los habitantes de aquella fisura volcánica, de aquel mundo, llegaran a ser ricos y pudieran competir en los mercados galácticos—, y bandadas de insectos luminosos que parecían velas de un cuento de hadas flotaban en la oscuridad por entre los árboles.

«Un paraíso», pensó Leia.

Si ignorabas la existencia de los kretchs que acechaban debajo de él.

Si nunca habías oído la voz de Drub McKumb gritando «Todos moriréis... Van a mataros a todos... Se están reuniendo...» mientras se debatía en la cama de diagnóstico.

Si no sabías que de vez en cuando alguien que seguía rumores que no estaban apoyados por ninguna prueba acerca de los túneles escondidos bajo la Casa de Plett se esfumaba sin dejar rastro.

Los vendedores de los puestos y las carretillas callejeras estaban doblando sus toldos, y empezaban a recoger sus mercancías entre los últimos y no muy interesados compradores del día en una plaza de mercado rodeada por la lisa blancura de los edificios prefabricados y las manchas oscuras de las viejas paredes de piedra. El Centro Municipal se alzaba por encima del mercado en la primera de las terrazas que se elevaban sobre el pueblo, y sólo sus luces eran visibles bajo la forma de una galaxia borrosa en la oscura neblina. El sendero que iba subiendo hacia él serpenteaba por entre los huertos, y la multitud de manantiales calientes que surgían del suelo en ese extremo del valle hacía que la neblina fuera muy espesa en toda aquella zona. Las luces de arco sódico lanzaban su irreal claridad blanca para delinear unas cuantas hojas con rayos de luz y permitir que todo lo demás fuese engullido por la noche. De vez en cuando un alimentador de árboles mecánico se hacía visible durante un momento, inquietantemente parecido a una enorme araña metálica con su media docena de largos brazos articulados, sus torretas ciegas y sus rociadores con forma de probóscides, hileras y anillos de luces amarillas resiguiendo sus contornos como coronas resplandecientes y brazaletes de joyas.

Sin luces, silenciosa y no del todo sumida en la ruina, la Casa de Plett se alzaba invisible en la oscuridad detrás de ella. Leia se acordó de la visión que había tenido allí, la profunda sensación de paz callada y tranquila. Se acordó de las voces de los niños y del anciano Ho'Din, tan hermoso con su piel color verde pálido contrastando con la negra capa Jedi, y se acordó de sus ojos graves y llenos de cansancio.

También se acordó del tono apremiante de la voz de Luke cuando le había dicho que no llevara a los niños a aquel lugar paradisíaco.

Leia se preguntó qué habrían visto en el caso de que los hubiera traído consigo.

Erredós, que la había estado siguiendo a lo largo del sendero, torció bruscamente hacia la derecha y se alejó por entre la oscuridad saturada de neblina. Leia giró sobre sí misma, muy sorprendida.

— ¡Erredós!

Podía oír los ruidos de su pesado cuerpo cilíndrico abriéndose paso a través del follaje, y el enfurecido *yik-yik-yik* de los vigilantes antialimañas que montaban guardia alrededor de los árboles, y los gritos sobresaltados de las aves nocturnas.

— ¡Erredós!

Las orugas del pequeño androide dejaban profundas huellas sobre la blanda hierba. Leia las siguió, apartando las hojas y sintiendo el húmedo golpeteo de los heléchos en sus botas. Sacó su varilla luminosa de un bolsillo y la alzó delante de su cara, allí donde la oscuridad se volvía cada vez más densa a medida que se iba alejando de las luces.

— ¿Qué pasa, Erredós?

El suelo descendió repentinamente debajo de sus pies. Leia oyó el trino de sorpresa que lanzó Erredós, y el estrépito de algo que caía. Unas ramas se enredaron en sus cabellos y deslizaron su caricia empapada sobre su rostro cuando echó a correr hacia adelante.

El pequeño androide astromecánico se había detenido junto a la base de un muro. Estaba pegado a ella y seguía haciendo infructuosos intentos de continuar avanzando. Leia pudo oír el zumbido de sus servomotores y el rechinar de sus orugas deslizándose sobre la blandura del suelo. Movió rápidamente su varilla luminosa a izquierda y derecha, pero no vio nada aparte de la oscuridad del follaje que les rodeaba por todas partes, que apenas era visible a través de la espesa niebla, y el veloz subir y bajar de las luciérnagas que se movían entre los árboles envueltos en los aromas de la fruta.

— ¡Para, Erredós! —ordenó—. ¡Para de una vez!

El rechinar de los engranajes se detuvo.

—Retrocede.

Erredós se había quedado atascado.

—Espera un momento —dijo Leia. Llevó a cabo otro cuidadoso examen de los alrededores con su varilla luminosa, y después sacó de su bota el pequeño cuchillo que llevaba consigo y cortó varias ramas, asegurándose de que no tenían frutos antes de hacerlo, para colocarlas sobre las profundas huellas de orugas que había en el suelo embarrado—. Y ahora ve retrocediendo poco a poco.

El androide obedeció.

— ¿Qué pasa. Erredós? ¿Qué ha ocurrido?

Luke entendía al pequeño androide mucho mejor que ella, aunque Leia era capaz de interpretar algunos de sus extraños zumbidos y canturreos. Pero la réplica de Erredós consistió en un rápido y casi seco trino doble que no le dijo nada.

—Bueno, no nos quedemos aquí en la oscuridad.

La forma en que las ramas cargadas de lianas y sus orquídeas fantasmales parecían curvarse para estar más cerca de ella tenía un algo de inexplicablemente inquietante que la ponía nerviosa incluso en aquel paraíso tan bien patrullado y libre de peligros. Un crujido en la oscuridad hizo que Leia diera un salto, pero no era más que un alimentador de árboles que acababa de detenerse para hacer bajar su manguera en forma de probóscide sobre las raíces de un árbol shalamán y bombear una dosis cuidadosamente medida de pasta orgánica que olía a rancio, después de lo cual reanudó su lento y cauteloso itinerario por entre los troncos.

—Veamos si podemos volver al sendero.

La oscuridad y la blandura llena de desniveles del suelo hicieron que no les resultara nada fácil. La base de Erredós estaba lastrada para proporcionarle un máximo de estabilidad, pero aunque podía moverse por terrenos accidentados mejor de lo que se habría pensado dado su aspecto, el pequeño androide no era perfecto y el peso de la base haría, si no imposible, por lo menos sí muy difícil y agotador para Leia el devolverle a la posición vertical en el caso de que perdiera el equilibrio. Hizo falta media hora de búsqueda por entre el barro, de tropezar con raíces de árboles, soportar los *yik-yik-yik* de los mecanismos antialimañas ocultos en la oscuridad y avanzar por el lecho de un humeante arroyo volcánico para que pudieran encontrar una pendiente lo suficientemente suave y un claro entre los heléchos que le permitió volver a divisar el camino.

Durante un momento Leia miró hacia arriba y vio una silueta inmóvil en lo alto de la ladera bajo el manchón de luz amarilla.

«¿Qué está haciendo ella aquí?», pensó.

Y después se preguntó por qué se había hecho esa pregunta, en el mismo instante en que la mujer daba la espalda a la luz y se alejaba rápidamente camino abajo.

¿Por qué había pensado eso? No la conocía.

¿O sí?

¿Una amiga de la escuela? Parecía tener la edad adecuada, al menos por lo que Leia había podido ver desde esa distancia y a través del efecto deformante de la neblina que se interponía entre ellas. Pero aun así. Leia descubrió que era incapaz de imaginarse ese cuerpo esbelto y de aspecto casi infantil envuelto por el uniforme azul y blanco de la Academia Selecta para Jóvenes Damas de Alderaan. Estaba segura de que nunca había visto ese océano encadenado de cabellos negros como el carbón y rectos como la lluvia recogido en las trenzas de una colegiala. Eso dejaba totalmente eliminada la posibilidad de que fuese la hija de un noble de Alderaan, ya que todas habían ido a la misma escuela.

¿Alguien del Senado? Tal vez, pero Leia había sido la senadora más joven con sus dieciocho años, y no había nadie de su edad en el Senado y, desde luego, ninguna chica. ¿La hija de un senador? ¿Una esposa? ¿Alguien a quien había conocido en una de esas interminables recepciones diplomáticas de Coruscant? ¿Alguien a quien había visto en el otro extremo de la gran sala del Emperador?

¿Alguien a quien había visto aquí?

Volvió al sendero lo más deprisa que pudo, pero ayudar a Erredós a superar el obstáculo de las abultadas raíces exigió todo su esfuerzo y atención. Cuando hubo llegado a lo alto de la pendiente y bajó la mirada hacia el sendero, la mujer ya había desaparecido.

CAPÍTULO 9

A Cetrespeó no le gustó nada la idea.

— ¡No se puede confiar en los jawas, amo Luke! Tiene que haber una escalera en alguna parte...

Luke contempló la tapa de escotilla que el jawa había extraído de la pared en una de las salas de recogida de la ropa sucia, y el pozo oscuro lleno de alambres y cableado que se extendía más allá de ella. Una escalerilla de peldaños de duracero emergía del silencioso pozo de negrura que había debajo de él, y se desvanecía al subir hacia la chimenea desprovista de luz que se extendía sobre su cabeza. Pensó en el esfuerzo físico que le exigiría izarse por esos peldaños sin poder usar su pierna izquierda y subir los peldaños uno por uno, y lo comparó con el esfuerzo mental que debería llevar a cabo para levitar usando la Fuerza. La elección no tenía nada de agradable.

Y los recuerdos de la muerte del seudo soldado de las tropas de asalto klagg tampoco.

—No me pasará nada —dijo en voz baja y suave.

— ¡Pero es imposible que todas las escaleras estén protegidas con trampas! —protestó el androide—. No me gusta nada la idea de que vaya solo, amo Luke. ¿No podría esperar un poco? Tal vez consultarlo con la almohada, como dicen ustedes los humanos... Si me disculpa que lo diga, señor, a juzgar por su aspecto un rato de sueño le resultaría considerablemente beneficioso. Yo nunca lo utilizo, pero me han dicho que los humanos...

Luke sonrió, conmovido por la preocupación de Cetrespeó.

—Dormiré un rato cuando vuelva —le prometió.

Oyó cómo los ruiditos de rata que había estado produciendo la túnica del jawa cesaban en la oscuridad del pozo por encima de él, y un instante después un quejumbroso graznido de interrogación llegó hasta sus oídos.

— ¿Gran señor?

—Si no sigo esta pista ahora, tal vez no tenga otra oportunidad de hacerlo. —Luke llevó a cabo una rápida inspección de la célula de energía de las varillas luminosas que había sujetado a su bastón, y después se pasó el rollo de alambre que había adherido con cinta al extremo superior de éste por encima del hombro, sosteniéndose cautelosamente en equilibrio sobre su pierna sana con las manos apoyadas en los lados de la angosta escotilla—. No me pasará nada —repitió. Sabía que Cetrespeó no le creía, naturalmente.

Metió la cabeza por la escotilla, se estiró por encima del estrecho pozo para agarrarse a los peldaños y saltó a través del vacío. Incluso ese pequeño movimiento bastó para que su pierna fuese recorrida por un destello de dolor que le dejó sin aliento a pesar de todos los efectos curativos y toda la potencia de la Fuerza que fue capaz de invocar. «No puedo desperdiciar ni un gramo de energía», pensó mientras bajaba la mirada hacia la caída aparentemente interminable del pozo.

—Tenga mucho cuidado, amo Luke...

La voz del androide subió flotando hacia él por la oscuridad.

El jawa apenas era visible, una silueta oscura que ascendía velozmente por la escalerilla como un insecto envuelto en un manto con capucha. Ya estaba muy por encima de la cabeza de Luke, y la tenue claridad de las varillas luminosas colgadas de su espalda la revelaba y la ocultaba con cada una de sus imprevisibles oscilaciones. Haces de cables y alambres rozaron los hombros de Luke mientras iba subiendo penosamente en pos del jawa, y las cañerías que parecían relucientes esófagos negros y los conductos más delgados de fibra óptica aislados por capas protectoras de aspecto gomoso se fueron acercando cada vez más a su cuerpo, como si realmente estuviera ascendiendo por el canal alimenticio de alguna bestia monstruosa. El jawa se detenía de vez en cuando para rozar los cables con los dedos de una manera que consiguió poner extremadamente nervioso a Luke. ¿Quién podía saber qué sistemas dependían de aquel trozo de alambre en particular?

Las luces de seguridad anaranjadas brillaban con un tenue resplandor aquí y allá por encima de las escotillas cerradas. Luke observó que estaban aseguradas por dentro, y vio que también estaban equipadas con las cajas oscuras de los sellos magnéticos. Aparte de en esos lugares, su ascensión se llevaba a cabo entre la oscuridad más absoluta, iluminada únicamente por las varillas de su bastón. El tubo olía primero a lubricantes y aislamiento y no tardó en oler a jawa con una intensidad realmente abrumadora, pero le faltaba el característico olor ligeramente grasiento del aire reciclado incontables veces a través de las narices y los pulmones de una tripulación viva. Incluso con las extrañas poblaciones alienígenas que se hallaban a bordo de la nave, transcurriría mucho tiempo antes de que adquiriese ese olor.

Más tiempo del que pasarían dentro de la nave.

Más tiempo del que duraría aquella extraña misión.

¿Qué había vuelto a ponerla en marcha?

Cetrespeó había colocado su complejamente articulado dedo metálico en el centro del problema, la irritante raíz de los sueños impregnados de miedo y preocupación que acosaban a Luke.

El *Ojo de Palpatine* había sido creado en secreto para un propósito secreto, una misión que se había visto frustrada. Había yacido durmiendo en su remota pantalla de asteroides en el corazón de la Nebulosa Flor de Luna durante treinta años, mientras el Nuevo Orden había planeado aquella misión, armado los cañones de la nave, programado el tozudo control de la Voluntad, se había hecho con el poder y después se había desmoronado bajo el peso de su propia implacabilidad, monomanía y codicia.

Los soldados de las tropas de asalto apostados en media docena de mundos lejanos del Borde habían envejecido y muerto.

El mismo Palpatine había muerto a manos de su pupilo oscuro.

Así pues, ¿por qué se había despertado la Voluntad?

Luke se estremeció y se preguntó si era simplemente el temor que le inspiraba la seguridad de todos los seres inteligentes de Belsavis —Han, Leia y Chewie entre ellos— la que proyectaba una sombra sobre su corazón, o si la sombra surgía de otra cosa, de alguna entidad independiente cuyo poder había

percibido cuando se movía tan sigilosamente como un dianoga por debajo del agua, avanzando a través de las regiones más oscuras de la Fuerza.

El tubo terminaba en una gruesa reja metálica pintada con los chillones colores de advertencia, el negro y el amarillo. Al lado —por si alguien no captaba el aviso— había un letrero atornillado a la pared:

PARRILLA DE ENCLISIÓN. NO SIGA SUBIENDO. PELIGRO.

Más allá de los barrotes Luke pudo entrever un conducto de reparaciones lateral a través del que los cables del pozo de subida seguían avanzando como zarcillos emisarios de alguna fea parra de tallos gruesos y carnosos. Los muros del conducto brillaban con el dibujo asimétrico de cuadrados opalinos, y cada cuadrado era una letal abertura láser que aguardaba en la oscuridad.

Y justo debajo de los barrotes metálicos, un anillo de sucias huellas dactilares esparcidas alrededor de una compuerta abierta indicaba con toda claridad el curso que había seguido el jawa.

Luke se metió por el hueco para encontrarse con una claridad sólo una fracción más intensa de la que proyectaban las luces de seguridad del pozo.

Era la sala de control de los sistemas de artillería. Una hilera de consolas tras otra capturó la luciérnaga en continuo movimiento de sus varillas luminosas desde las sombras de los muros metálicos de color hollín. Pantalla tras pantalla, grandes y pequeñas, le contemplaron con sus muertos ojos de obsidiana.

En el centro del recinto había un panel del techo quitado, y una rejilla como la que había impedido seguir subiendo por el conducto de reparaciones estaba apoyada en un rincón. Luke empuñó su bastón con el extremo iluminado hacia arriba y pudo ver que el pozo seguía subiendo hasta un punto en que los amasijos de cañerías y conductos, conducciones de energía del grosor de un dedo y las anchas cintas-cable de los acopladores de ordenador fluían en un río inmóvil desde media docena de conductos laterales hasta algún nexo central situado más arriba. Bandas de color amarillo y negro recorrían el medio metro inferior del pozo, pero no había ningún letrero o aviso escrito: sólo la débil y vagamente amenazadora claridad rojiza de los indicadores y, por encima de ellos, la iridiscencia opalina de la parilla de enclisión que se alejaba en una fantasmagórica espiral hasta perderse en las tinieblas.

Un repentino tirón en su cinturón atrajo su atención. Luke bajó la mano en un gesto protector al ver que el jawa estaba tocando una de las dos espadas de luz que colgaban de su cinturón, y un instante después se dio cuenta de que era la segunda espada de luz, la que le había dado. Luke se la entregó después de un momento de vacilación, y el jawa fue corriendo hasta un punto situado justo debajo de la abertura del pozo. Colocó el arma en el suelo, pareció meditar durante unos momentos y después la desplazó unos cuantos centímetros y cambió el ángulo, en lo que estaba claro era una recreación de la posición exacta en que la había encontrado.

Luke fue cojeando hasta allí y alzó la mirada. El pozo se abría por encima de él, una angosta chimenea que respiraba muerte.

Aquel conducto llevaba hasta el corazón de la nave. Había demasiadas conducciones de energía, demasiados manojos de cables de fibra óptica y

demasiadas cañerías refrigerantes de gran capacidad para que condujese a cualquier otro sitio que no fuera el núcleo del ordenador.

Luke se inclinó, manteniendo cautelosamente el equilibrio con su bastón, y cogió la espada de luz. Después se irguió y volvió a alzar la mirada hacia aquella acumulación de oscuridad.

Lo había comprendido.

Alguien había subido por aquel conducto treinta años antes.

El maltrecho caza Y que había encontrado permitió que dos personas entraran en la nave. Una había cogido el transporte y se había marchado, probablemente argumentando que debían buscar refuerzos.

La otra había sabido, o supuesto, que tal vez no dispusieran de tiempo porque la nave podía saltar al hiperespacio para empezar su misión, que el riesgo era demasiado grande y que había demasiadas cosas en juego para poder permitirse el lujo de salir de allí con vida. Y esa otra persona se había quedado, y había intentado desactivar la Voluntad.

La mortífera parrilla de enclisión parecía sonreírle, una hilera de pálidos dientes que le aguardaban.

—Lo siento —le dijo Luke en voz muy baja a esa columna de sombras que le esperaba—. Ojalá hubiera estado aquí para ayudarte.

La mujer habría necesitado ayuda, desde luego.

Hizo girar el arma entre sus dedos, sabiendo instintivamente que había sido construida y empuñada por una mujer. A juzgar por las proporciones del arma, la mujer tenía las manos grandes y los brazos muy largos. Yoda le había dicho que los antiguos Maestros Jedi podían llegar a saber una cantidad de cosas realmente asombrosa acerca de un Caballero Jedi con sólo examinar la espada de luz cuya construcción suponía la última prueba a la que debían enfrentarse los Jedi.

Alguien se había entretenido en grabar una delgada hilera de *tsaelke* de bronce, los gráciles cetáceos de cuello largo de los profundos océanos de Chad III, alrededor del asa.

—Ojalá pudiera haberte conocido —dijo Luke en voz aún más baja que antes.

Se colgó la espada de luz del cinturón y empezó a buscar la forma que aquella mujer —su colega y compañera de enseñanzas Jedi— había empleado para acceder al control de artillería.

Sólo había una entrada y consistía en el pozo de un turboascensor que se negó a responder a la presión de Luke sobre el botón de llamada, pero supuso que era el camino que había utilizado la mujer. Luke sabía que le bastaría un pequeño esfuerzo para cortocircuitar las puertas y hacer que se abrieran. Desde allí tendría acceso a las cubiertas de abajo, ya fuese mediante una cuerda —que podía ser confiscada de cualquier almacén— o mediante la levitación, si quería correr el riesgo de imponer un gasto de energía tan grande a las pequeñas reservas con que contaba. Se preguntó si se podría usar la Fuerza —como podía hacerse a veces— para mantener apartadas las hebras de relámpagos azulados que formaban la parrilla de enclisión durante el tiempo

suficiente para que pudiera recorrer el pozo y llegar hasta el núcleo del ordenador de la nave.

Pensar en intentarlo hizo que sintiera un escalofrío.

Y una vez en el núcleo, resultaría bastante sencillo provocar una sobrecarga y destruir el *Ojo de Palpatine* tal como tendría que haber sido destruido hacía treinta años...

Y como no había sido destruido.

Luke recordó los gritos que había lanzado el klagg mientras sangraba e iba quedando calcinado en una muerte horrible sobre la escalerilla.

La Jedi que había subido por aquel conducto había vivido el tiempo suficiente para dañar el gatillo de activación de la nave, y había acabado muriendo en el núcleo mientras la Voluntad quedaba con vida. ¿Por qué habían ocurrido las cosas de aquella manera? ¿Porque la Jedi no había sido lo bastante fuerte? ¿Porque no tenía la experiencia suficiente?

¿O sería tal vez que la parrilla de enclisión era algo que no podía ser vencido ni siquiera por la fortaleza de un Maestro Jedi?

Una manecita recubierta de suciedad se cerró sobre su manga.

—No bueno, no bueno... —El jawa intentó arrastrarle en dirección al pozo de reparaciones que volvía a descender, y señaló el cuadrado oscuro que se abría en el techo—. Malo. Morir mucho.

«Morir mucho...» Luke pensó en los jawas, y en las asquerosas aldeas eternamente rivales y enfrentadas de los klaggs y los gakfedds, que estaban reestableciendo las pautas de su mundo natal a bordo de la nave y en los términos de lo que habían pasado a creer que eran. Pensó en los kitonaks de la sala de reconocimiento, que aguardaban pacientemente a que sus orugas chooba vinieran arrastrándose para meterse dentro de sus bocas, y en el affitecano muerto en el suelo, y en los talz que se protegían la espalda unos a otros — ¿contra quién?— mientras llevaban agua a los tripodales.

Y comprendió que destruir la nave iba a ser la parte más sencilla.

Cetrespeó estaba sentado delante de la pantalla de comunicaciones en el despacho del contramaestre. Un extremo de un largo cable flexible desaparecía en la parte de atrás del cráneo del androide, y Cetrespeó estaba hablando con un serio tono de irritación en su voz mecánica.

—Máquina estúpida, tienes enclaves de formas de vida alienígenas por todas partes. ¿Qué quieres decir con eso de que **No hay formas de vida ajenas a las intenciones de la Voluntad?** ¿Por qué no echas un vistazo al apartado 011-733-800-022 del Registro Estándar Galáctico?

Luke tenía apoyado un hombro en la jamba de la puerta, y era consciente de que Cetrespeó tenía tan poca necesidad de dirigirse a la Voluntad en voz alta como de utilizar el lenguaje humano para comunicarse con Erredós. Pero Cetrespeó estaba programado para interactuar con formas de vida civilizadas y para pensar como una forma de vida civilizada, y la afición a charlar era uno de

los rasgos distintivos de prácticamente todas las civilizaciones con las que se había encontrado Luke.

A Cetrespeó le encantaba hablar.

— ¿Qué quieres decir con eso de que no hay formas de vida correspondientes a ese número del Registro a bordo? ¡Tienes a sesenta y seis gamorreanos residiendo aquí!

—Eso ya lo he probado yo. Cetrespeó.

Luke entró en la sala. Le dolía todo el cuerpo a causa de la compensación que le exigía caminar apoyándose en el bastón y del conjunto de movimientos inusuales y repetidos agónicamente una y otra vez que había debido llevar a cabo al subir por los peldaños de la escalerilla a fuerza de brazos.

Cetrespeó se volvió hacia él en otra peculiaridad humana innecesaria, ya que sus receptores auditivos eran capaces de captar, e identificar, los pasos y la respiración de Luke a dieciocho metros de pasillo de distancia.

—Según la Voluntad, no hay alienígenas a bordo de esta nave —dijo Luke en un tono entre cansado y sarcástico—. Según la Voluntad, tampoco existe ninguna concentración de cuerpos con una temperatura de ciento cinco grados, que es la normal en los gamorreanos. Y tampoco existen las de cuerpos con temperaturas de ciento diez, dieciséis u ochenta y tres grados, lo cual significa que no hay ni un solo jawa, kitonak o affitecano por los alrededores. Pero he encontrado una forma de llegar a los niveles superiores sin...

Un triple timbrazo resonó desde el altavoz montado en la pared a la derecha de Luke, y luces verdes destellaron en el vacío de ónice de una pantalla de comunicación interna de diez centímetros instalada encima del escritorio.

—Atención todo el personal —dijo una musical voz de contralto—. Atención todo el personal. Mañana a las trece horas se retrasmitirá una Audiencia de Seguridad Interna por todos los canales de la nave. Mañana a las trece horas se retrasmitirá una Audiencia de Seguridad Interna por todos los canales de la nave.

La pantalla cobró una vida inesperada. Dentro de ella Luke vio la imagen de Cray, con las manos atadas y la boca sellada por una tira plateada de cinta adhesiva para motores, sus ojos oscuros muy abiertos y llenos de miedo y furia, inmovilizada entre dos soldados gamorreanos —klaggs, a juzgar por sus cascos— ridiculamente uniformados que la mantenían sujeta por los codos.

—La observación de esta audiencia es obligatoria para todo el personal. La negativa a la observación o el rehuirla serán considerados como un acto de simpatía con las intenciones dañinas del sujeto.

Después del primer segundo de perplejidad Luke concentró su atención en el fondo, la textura y el color de las paredes que había detrás de Cray y sus centinelas. Vio que eran más oscuras que las de las cubiertas de la tripulación y que no tenían un acabado tan limpio, y también se fijó en la relativamente escasa altura de los techos y en que las vigas, remaches y conductos estaban a la vista. Un rincón de una cabaña improvisada se introducía en el encuadre, parte de una caja de embalaje con sorosub-divisiún de importaciones escrito

con rotulador encima y un techo hecho con lo que parecía una lona de supervivencia. «Es la aldea de los klaggs», pensó.

Nichos estaba inmóvil junto a la cabaña con un perno de sujeción adherido a su pecho y una expresión de horror impotente en los ojos

—Todo el personal que tenga evidencias que presentar contra el sujeto debe hablar con el Representante de Vigilancia de su división lo más pronto posible. Cuando sea descubierto, cualquier negligencia en esta materia será considerada como un acto de simpatía con las intenciones dañinas del sujeto.

Cray logró soltarse el brazo izquierdo de la presa del gamorreano y le propinó una potente patada en la espinilla. El klagg se dio media vuelta y la golpeó con la fuerza suficiente para que Cray hubiera caído al suelo si él y el otro guardia no hubiesen seguido cogiéndola de los brazos. El rostro de Cray y el hombro visible a través de los desgarrones de la chaqueta de su uniforme ya mostraban otros morados. Luke vio la mirada de agonía que Nichos le lanzó, pero el hombre-androide no hizo ningún movimiento o esfuerzo, ni para ayudar ni para consolar.

Luke sabía que le resultaba imposible debido al perno de sujeción.

Los guardias ya estaban sacando a la semi-inconsciente Cray del encuadre cuando la pantalla se oscureció. Nichos seguía donde estaba, con sus ojos como única parte viva de su rostro inmóvil.

—Lo siento, hijo, pero hemos recibido órdenes.

Ugbuz cruzó sus enormes brazos sobre el pecho y contempló a Luke con una mirada tan dura como el pedernal en la que no había ni la más pequeña sombra de pena. El jefe de los gakfedds asintió para sí mismo, como si estuviera saboreando las órdenes o la sensación de haberlas recibido, en un gesto tan extraña e inquietantemente humano que Luke sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca.

—Sí, ya sé que tenemos que acabar con esos klaggs hijos de cerda... —La frase surgió de los labios porcinos como si fuese una sola palabra, un fragmento preservado de la parte de Ugbuz que seguía siendo un gakfedd—. Pero tenemos órdenes de encontrar a los saboteadores rebeldes antes de que causen daños en la nave.

Sus ojos se entrecerraron, implacables, amarillos y feroces, y estudiaron a Luke como si se acordase de que era Luke quien les había impedido seguir torturando al jawa.

Luke desplegó el poder de la Fuerza y lo concentró con un gesto casi imperceptible de su mano.

—Pero es vital que localicemos la fortaleza de los klaggs inmediatamente.

Era como tratar de coger con una sola mano una piedra mojada dos veces más grande de la distancia máxima que podían llegar a abarcar sus dedos. Luke podía verlo en los ojos de Ugbuz. No estaba intentando influir sobre el jabalí gamorreano, sino sobre la potencia de la Voluntad.

—Claro, claro, es vital, condenados klaggs hijos de cerda, pero tenemos órdenes de encontrar a los saboteadores antes de que puedan causar daños en la nave.

Era un círculo sin fin programado. Luke sabía que no conseguiría abrirse paso a través de él, por lo menos no con su cuerpo temblando de agotamiento y su mente dolorida por el esfuerzo que le exigía mantener a raya el trauma y la infección. La frente del gigantesco gamorreano se arrugó en un fruncimiento lleno de suspicacia.

—Y ahora vuelve a explicarme por qué hiciste que dejáramos marchar a ese saboteador.

Un clamor de voces procedente del comienzo de la aldea llegó a sus oídos antes de que Luke pudiera responder. Ugbuz giró velozmente sobre sí mismo con la mandíbula inferior apuntando hacia adelante y chorros de saliva colgando de sus gruesos colmillos.

— ¡Hemos pillado a unos cuantos! —aulló.

Sacó su desintegrador de la funda que colgaba de su cadera y echó a correr hacia el rectángulo oscuro del umbral que daba al pasillo. Otros gakfedds salieron a la carrera de las chozas erigidas por todo el cavernoso recinto, poniéndose cascos y cogiendo hachas, carabinas láser, armas vibratorias y desintegradores. Dos de ellos habían sacado cañones iónicos de algún sitio, y uno blandía un lanzador de misiles portátil.

—Puedo comprender su razonamiento, amo Luke. —Cetrespeó avanzó detrás de él con un presuroso chirrido mientras Luke seguía a Ugbuz, avanzando mucho más despacio que el jefe gamorreano—. Ya hemos perdido la iluminación en casi toda la Cubierta Once, y cada vez resulta más difícil encontrar una terminal de ordenador que funcione. Si los jawas no son detenidos, acabarán poniendo en peligro el sistema de apoyo vital de toda la nave.

Estaban pasando por delante de la choza de mayores dimensiones cuando la matriarca Matonak salió de ella, sus inmensos brazos cruzados entre el primer y el segundo par de pechos y sus mugrientas trenzas enmarcando un rostro repleto de arrugas, mordeduras de morrts, suspicacia y disgusto. Matonak chilló irritadamente algo en gamorreano y lanzó un voluminoso escupitajo sobre el suelo. Cetrespeó inclinó su cuerpo en una pequeña media reverencia ante ella.

—Estoy totalmente de acuerdo, señora —dijo—. Sí, estoy total y absolutamente de acuerdo con usted... Los jawas no son rivales dignos de un verdadero jabalí. Está muy enfadada —añadió como explicación, volviéndose hacia Luke.

—Ya lo había adivinado.

—Te levitaré hasta la primera compuerta de la Cubierta Catorce —dijo Luke cuando hubieron llegado al conducto de recogida de la ropa sucia—. Yo me encargaré de la Cubierta Quince. Sabemos que el klagg estaba intentando subir por la escalerilla cuando la trampa acabó con él, por lo que sabemos que su aldea se encuentra por encima de nosotros. Busca cualquier señal de los klaggs: pisadas, sangre, ropas desgarradas...

A esas alturas, Luke ya sabía que había tantas probabilidades de que los gamorreanos buscaran sus peleas dentro de la tribu como fuera de ella.

—Puedo asegurarle que lo intentaré, señor —respondió humildemente el androide—. Pero con los PU Ochenta cumpliendo tan bien su deber en lo concerniente a la limpieza de los suelos y las paredes, no va a resultar nada fácil seguir pistas.

—Haz todo lo que puedas. —Luke pensó que aquello habría resultado más fácil si Cray hubiera seguido siendo dueña de sí misma en vez de haber olvidado su verdadera identidad cuando se la habían llevado—. También tienes que buscar la clase de paredes que vimos como fondo en el anuncio del vídeo. La lona y la caja de esa cabaña tienen que haber salido de los Almacenes de la Misión, así que haz una anotación en tu cerebro si ves algo que se les parezca. Ah, no olvides inspeccionar los almacenes de equipo regular de la armada, que son independientes de los de las tropas de asalto. Volveré para bajarte por el conducto a las veintidós horas.

Cuando llegó a la Cubierta 15, Luke descubrió que por desgracia Cetrespeó tenía toda la razón en lo referente a los PU-80 y la misión de mantener impoluto el *Ojo de Palpatine* que tan tenazmente llevaban a cabo. Encontró media docena de bandejas y tazas del comedor —los MSE las habían frotado hasta sacarles brillo, pero las habían dejado allí donde fueron arrojadas—, pero no descubrió ninguna evidencia más de por dónde podían haberse movido los klaggs. Comprendió que debería enfrentarse a una laboriosa búsqueda que le exigiría recorrer las cubiertas una por una, buscando signos físicos de la presencia de los klaggs mientras trataba de percibir alguna huella, algún susurro de resonancia mental reconocible procedente de Cray.

Y Cetrespeó ni siquiera sería capaz de hacer eso.

Un lisiado y un androide de protocolo. Luke se apoyó en la pared durante un momento, intentando no pensar en los morados del rostro de Cray y en cómo su cuerpo se había rebelado contra la presa brutal del guardia, e intentó borrar de su memoria la expresión que había visto en los ojos de Nichos.

Mañana, a las trece horas...

Reanudó su cojeante avance. El klagg había estado intentando subir. Las paredes de aquella cubierta —o de aquella sección de la cubierta, que parecía acoger las instalaciones de reparación de los cazas TIE— eran de un color más oscuro que las de las zonas de tripulantes de abajo y los techos eran más bajos, pero carecían de las vigas metálicas que había visto en la transmisión del vídeo.

«¿Un hangar? —se preguntó—. ¿Un almacén?» Un corredor sumido en la negrura más absoluta se alejaba hacia su derecha. Luke oyó ruido de pies en la lejanía, y vio el brillo amarillento de rata de los ojos de un jawa. Estaban royendo lentamente la nave, y acabarían devorándola. No tenía nada de extraño que la Voluntad hubiera ordenado a Ugbuz que los exterminara. Pero Luke sospechaba que fuera cual fuese el resultado final de las depredaciones de los jawas, sólo mataría a la tripulación viva. Nada que los jawas pudieran hacer—ningún daño, ninguna muerte entre quienes iban a bordo— evitaría que la luna de combate saltara al hiperespacio cuando creyera que nadie estaba mirando. No tendría ningún efecto sobre su capacidad para hacer volar por los

aires la ciudad de Plawal —y. probablemente y como medida de precaución, las otras poblaciones de Belsavis—, dejándola reducida a polvo y barro.

Había visto lo que el Imperio dejó de Coruscant, de Mon Calamari y de los Sistemas de Atravis. Había percibido el espantoso alarido que se había difundido a través de la Fuerza cuando Carida había estallado, y había sentido como si todos los órganos se le estuvieran rompiendo dentro del cuerpo.

Luke pensó que para evitar eso era capaz de ir a la parrilla de enclisión y hacer su propio intento de destruir el corazón mecánico de aquel monstruo.

Probó suerte con una puerta, y cuando se negó a abrirse avanzó cojeando por el pasillo y probó otra y otra más hasta que encontró una que respondió a su orden. En aquella parte de la nave había luz, y el aire, aunque químico, tenía el olor levemente ozonoso del oxígeno nuevo y limpio que todavía no había circulado entre un centenar de pulmones. Encontró otra taza de café del comedor en el suelo, pero no había ni rastro de los klaggs. Tampoco había ni rastro de la consciencia de Cray.

Orientarse le resultaba bastante difícil, y examinar la nave de una manera adecuadamente metódica también era muy difícil debido a las puertas blindadas de protección cerradas que obstruían algunos pasajes. Luke se vio obligado repetidamente a moverse en círculos a través de despachos, compartimentos de recogida de ropa sucia y salas, contando los giros y las puertas abiertas a medida que avanzaba. Ser un chico del desierto le había hecho aprender muy pronto a orientarse mediante las particularidades más efímeras, y su adiestramiento como Jedi había agudizado y reforzado aquella capacidad hasta un grado casi sobrenatural, pero había kilómetros de pasillos y centenares de puertas idénticas. Los PU-80 ejecutaban pacientemente sus rondas a lo largo de los paneles murales, eliminando tiznes y manchas casi invisibles, por lo que marcar físicamente su camino con tiza o aceite de motor habría carecido de objeto. Los MSE correteaban de un lado a otro para cumplir con sus tareas automatizadas, tan indistinguibles uno de otro como los bepps meticulosamente clonados que crecían en los tanques hidropónicos de Bith. Luke había oído la expresión «iguales como dos bepps» durante toda su vida sin haber conocido nunca a nadie capaz de afirmar que disfrutara comiendo aquellos cubos de seis centímetros exactos de arista, color rosa pálido, nutritivamente equilibrados y totalmente insípidos.

Al final de un pasillo sumido en la oscuridad había un cuadrado de luz pegado a una pared. Unas sombras se movieron a través de él, y los agudos oídos de Luke captaron el murmullo de unas voces. Tener que moverse apoyado en una muleta hacía que el silencio quedara totalmente descartado, pero Luke avanzó muy despacio y se mantuvo a una distancia prudencial mientras desplegaba sus sentidos para escuchar e ir captando las palabras.

Un instante después se relajó. Aunque estaban diciendo cosas del estilo de «Todas las portillas artilleras despejadas, comandante» y «Recibiendo informes sobre la situación de los exploradores, señor», la musicalidad un poco ceceante de las voces —varias octavas más altas que las de los niños humanos— le indicó que acababa de tropezar con un enclave de affitecanos.

La sala era alguna clase de modulo de operaciones de sistemas, más probablemente relacionado con los conductos de agua y reciclaje de la nave

que con su armamento. Eso no importaba en lo más mínimo a los affitecanos, desde luego. Los esplendorosos habitantes de Dom-Brad-den —aquellas criaturas cubiertas de pétalos, mechones y borlas sobre las que aleteaban centenares de zarcillos y brotes— estaban inclinados sobre los circuitos trazadores y los procesadores de inventarios, pulsando los teclados que no daban ninguna respuesta y clavando la mirada en las pantallas apagadas con la solemne concentración de guardias imperiales en una misión encomendada por Palpatine en persona.

Y tal vez creían estar llevando a cabo una misión así. Luke jamás había logrado entender muy bien a los affitecanos.

Se apoyó en el umbral y se preguntó si se daban cuenta de que las palancas no se movían, los diales no giraban y las pantallas que tenían delante se hallaban tan muertas como una pizarra mojada.

—Prepárese para lanzar los cazas TIE, teniente —canturreó el affitecano que resultaba obvio que estaba al mando, una criatura color púrpura repleta de delicadas arrugas y fruncimientos con halos de pelaje blanco que subrayaban la exuberancia amarilla de sus estámenes.

El teniente —dieciséis tonos distintos de naranjas, amarillos y rojos y tan enorme y redondeado como un barril— aferró palancas con sus garras y produjo un asombroso oratorio de efectos de sonido, ni uno solo de los cuales guardaba la más mínima relación con ningún ruido mecánico que Luke hubiera oído en su vida.

Por lo que Luke había podido ver hasta el momento, los affitecanos, a diferencia de los gamorreanos, no pretendían hacer daño a nadie. La parte consciente de su mentalidad, suponiendo que poseyeran alguna, estaba totalmente sumergida en los sueños del Servicio Espacial Imperial, y no se hallaba dividida entre el sueño y la realidad.

— ¡Están disparando contra nosotros, capitán! —gritó una hermosa criatura amarilla y azul—. ¡Torpedos de plasma aproximándose a los escudos deflectores de babor!

Tres o cuatro affitecanos emitieron lo que sin duda imaginaban que eran ruidos de explosiones —gruñidos ahogados como truenos lejanos y gritos muy agudos—, y todas las criaturas de la sala se bambolearon locamente de un lado a otro como si la nave acabara de recibir un impacto de lleno, agitando sus pétalos y aletas y desprendiendo polen blanco y dorado que se extendió por el aire como nubes de polvo luminoso.

— ¡Devuelvan el fuego! ¡Devuelvan el fuego! ¿Sí?

Los sensores del capitán, tan finos y delicados que parecían encajes, se volvieron hacia Luke como tallos de hierba en una pradera agitada por la brisa cuando éste fue cojeando hasta él y le saludó.

—Mayor Calrissian. Servicios Especiales. 22911-B. ¿Dónde tienen al saboteador rebelde que han arrestado?

— ¡En la zona de retención de la Cubierta Seis, naturalmente! —gritó el capitán, y la información brotó de un mínimo de seis bocas funcionando en

exquisita armonía—. ¡No puedo perder el tiempo respondiendo a esa clase de preguntas! ¡Están haciendo una carnicería con mis hombres!

El enorme barrido con que la criatura acompañó sus palabras abarcó el umbral que había detrás de ella. Luke rozó el sensor de apertura y quedó horrorizado y perplejo al ver los cuerpos desmembrados de cuatro o cinco affitecanos esparcidos sobre mesas, sillas y escritorios en la salita que había al otro lado del umbral. Alguien había activado el rociador de prevención de incendios del techo, ajustando las aberturas de tal forma que una fina llovizna de olor un tanto metálico caía sobre cuanto había en el recinto y repiqueteaba con un chasquear líquido sobre los charcos del suelo. Los miembros y los sistemas nerviosos arrancados de cuajo estaban desarrollando brotes entre los charcos, esbeltos péndulos amarillos que ya empezaban a doblarse bajo el hinchado peso de un arco iris de bulbos carnosos.

— ¡El hiperimpulsor no podrá aguantar mucho más, capitán! —exclamó alguien que resultaba obvio interpretaba el papel de ingeniero de la nave.

— ¡Más cazas rebeldes aproximándose, señor! —añadió un artillero—. ¡Formación en A, a las diez por estribor!

Todos los affitecanos corrieron hacia las consolas inactivas y empezaron a emitir zumbidos y trinos con un entusiasmo tan solemne como si crear esos sonidos fuera la actividad más importante del universo.

Luke salió de la sala y volvió cojeando al pasillo, pensando en lo que acababa de decirle el affitecano.

Cubierta 6. Muy por debajo de ellos..., y no cabía duda de que el klagg había estado intentando subir. Aun así...

¿Serían los klaggs los que habían causado semejantes estragos entre los affitecanos?

Luke pensó que era una posibilidad. Intentó abrir una puerta, y después se desvió a través de una zona de almacenamiento (seguía sin haber vigas visibles en el techo) y fue por una galería de observación que se alzaba sobre un hangar vacío. Los restos de los affitecanos no parecían tanto calcinados como arrancados y cortados. ¿Qué efectos produciría el fuego de un desintegrador sobre aquella carne vegetal tan suave que parecía seda?

Luke se detuvo en un cruce e intentó orientarse. Otra puerta se negó a abrirse —una que tenía la vaga sensación de que había estado abierta antes —, enviándole de regreso a un pasillo de intersección, un compartimento de recogida de la ropa sucia y a lo largo de un pasillo que terminaba en otra puerta blindada.

«Ya he estado aquí», pensó Luke. Sabía que había estado allí antes. Y aquella puerta había estado...

Se detuvo, y sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca.

Estaba captando el olor del Pueblo de las Arenas.

«Idiota —pensó mientras un escalofrío helaba todo su cuerpo—. Si los transportes recogieron jawas en Tatooine, tendrías que haber sabido que había una probabilidad de que también hubieran recogido algunos ejemplares del

Pueblo de las Arenas mientras estaban allí. Unos cuantos incursores tusken... ¿Por qué no?»

Habían estado en aquel pasillo hacía tan sólo unos minutos. Los sistemas de recirculación atmosférica todavía no habían eliminado su olor. Eso significaba que podían estar detrás de él, siluetas altas y delgadas envueltas en harapos que parecían espantapájaros brutalmente malignos momificados en la arena, o podían estar agazapados en uno de los compartimentos sumidos en la oscuridad, escuchando los ecos que Luke creaba al arrastrar los pies desde detrás de una de esas muchas puertas que los gamorreanos, o los affitecanos, o los jawas habían forzado.

La gran mayoría de rifles de los tusken eran modelos baratos montados y manipulados por fabricantes ilegales en Mos Eisley y vendidos a los incursores por intermediarios sin escrúpulos. No eran nada precisos y hacían que resultara muy difícil obtener disparos limpios, pero en aquellos pasillos incluso un disparo que fallase el blanco podía llegar a ser fatal.

Todavía podía olerles. Si hubieran acabado de pasar por allí, los recirculadores ya tendrían que haber eliminado las vaharadas que desprendían sus atuendos color tierra.

Luke volvió por donde había venido, forzando sus sentidos al máximo para que captaran incluso el rastro más insignificante. Creyó oír un débil chirriar de metal sobre metal al otro lado de la última esquina que había doblado, y en ese mismo instante un movimiento atrajo su atención hacia el pasillo de intersección que tenía delante. Un ratón-androide que venía a toda velocidad por el pasillo se detuvo de repente, como si sus sensores acabaran de identificar algo que estaba por delante de él y que la esquina ocultaba a los ojos de Luke. Un instante después el diminuto androide invirtió el sentido de su marcha y salió disparado en dirección opuesta, iniciando una veloz huida impulsada por el pánico.

Luke se lanzó hacia la sala más próxima mientras un estallido de fuego de rifle desintegrador calcinaba los paneles a su alrededor. El Pueblo de las Arenas sabía que su emboscada había sido detectada. Luke oyó sus pisadas casi totalmente silenciosas en el pasillo mientras golpeaba el control manual de las puertas, cruzaba el recinto tan deprisa como pudo —era alguna especie de sala comunal, con un visilector y un dispensador de café— y salía por la puerta del otro lado para encontrarse con un camarote y dos catres como aquel en el que había recuperado el conocimiento. Había dos catres y una puerta. Palos gaffa y arietes improvisados empezaron a golpear la puerta de la sala y Luke probó suerte con otra puerta, un conducto para dejar caer la ropa sucia como aquel al que le había llevado el jawa en el pozo de reparaciones.

El panel que conducía hasta el pozo de reparaciones se negaba a ceder. Luke oyó el estrépito indicador de que la puerta de la sala acababa de ser derribada y una frenética explosión de fuego de saturación dentro del recinto, el chasquido del visilector al estallar y el siseo de las cañerías del sistema contra incendios que reventaban. Nunca tendría una posibilidad de llegar a emplear su espada de luz. El chorro de Fuerza que dirigió contra la compuerta mural consiguió abollarla, pero los remaches de seguridad del otro lado aguantaron el impacto. Luke recordó haber visto las cajas negras de cerraduras magnéticas en otras compuertas de los pozos.

La puerta tembló y vibró. Hubo un ruido ensordecedor y otro estridente chisporroteo cuando la cerradura fue sometida al fuego de los rifles, y la puerta se abrió un par de centímetros. Los haces desintegradores entraron rugiendo por la rendija y devastaron la pequeña parte de la habitación accesible a través de ella, pero por desgracia la habitación no podía ser más pequeña. Los rebotes salieron disparados en todas direcciones y se extinguieron con un enloquecido sisear sobre las paredes, y Luke se acurrucó en un rincón e intentó acumular la Fuerza suficiente para evitar que esos disparos incontrolados acabaran friéndole. Podía mantener más o menos alejado aquel diluvio aleatorio, pero en cuanto el Pueblo de las Arenas consiguiera abrir la puerta lo suficiente para asar toda la habitación...

La Fuerza. Si pudiera utilizar la Fuerza para volar las puertas haciendo que salieran despedidas hacia el exterior y lanzarse por el hueco en un vuelo de levitación, eso tal vez le proporcionaría unos cuantos segundos de ventaja.

Luke sabía que era un plan absurdo, pero ya estaba concentrando sus reservas de energía y su fortaleza para intentarlo de todas maneras cuando un leve tintineo metálico resonó junto a su pie derecho y atrajo su atención hacia allí.

La placa del conducto de reparaciones se había desprendido limpiamente del marco y acababa de caer sobre el suelo.

Luke se metió por el hueco, volvió a colocar la placa en su sitio detrás de él —había estado asegurada con remaches, y también había un mecanismo de cierre en ella— y la sujetó de nuevo únicamente con los remaches, que incluso sin la cerradura magnética deberían bastar para mantener a raya al Pueblo de las Arenas. Las luces de seguridad aún brillaban con un débil resplandor en ese tramo, derramando de mala gana una claridad ocre que se fue desvaneciendo a su alrededor a medida que bajaba, dejando únicamente la tenue luz de las varillas luminosas colgadas de su bastón.

Luke hizo una parada en el siguiente nivel. Apoyó la frente en el panel y desplegó sus sentidos a través del metal y hacia la sala que se extendía más allá de él. No oyó ningún sonido, por lo que quitó los remaches. Después se agarró a las asas que había dentro del conducto y se impulsó hacia atrás alejándose de la compuerta mientras recurría a la Fuerza, invocándola bajo la forma de una violenta patada de energía cinética para que cayera sobre el panel por su parte exterior y lo forzara a pesar de la cerradura magnética.

El metal se dobló y se retorció en sentido contrario a los cierres exteriores, quedando lo suficientemente debilitado y fuera de su sitio para que Luke pudiera quitar el panel. Se metió por el hueco y se encontró en una zona de almacenamiento débilmente iluminada de la Cubierta 14.

Cetrespeó estaba esperándole en el compartimento de la ropa sucia.

—No he conseguido averiguar nada, amo Luke, nada... —gimió el androide —. La doctora Mingla está perdida. ¡Oh, estoy seguro de que está perdida!

Las luces del pasillo estaban apagadas. Las del compartimento de la ropa sucia habían quedado reducidas al sucio destello amarillento de las pilas de emergencia, dentro del cual los ojos de Cetrespeó brillaban como dos reflectores.

—Y al ritmo que los jawas están robando el cableado y los solenoides de esta nave —añadió Cetrespeó con puntillosa irritación—, todos estamos perdidos.

—Bueno, de momento nadie está perdido todavía.

Luke se fue dejando resbalar lentamente a lo largo de la pared y estiró su pierna entablillada, que había empezado a palpitar a pesar de toda su concentración y todas las técnicas curativas Jedi a las que podía recurrir. Tiró del faldón de su mono sujeto con cinta adhesiva que le cubría la pierna hasta separarlo y colocó otro parche de perígeno sobre su muslo. El analgésico redujo la intensidad del dolor, pero no hizo nada respecto a su terrible agotamiento. Luke se preguntó si todavía disponía de la claridad mental suficiente para llevar a cabo un examen del Bloque de Detención de la Cubierta 6, o si se le pasaría por alto algún rastro excesivamente sutil debido al puro y simple cansancio.

«Estamos hablando de gamorreanos —reflexionó después—. ¿Hasta qué punto puede ser sutil un gamorreano?»

Todos sus instintos le gritaban que buscara a Cray en las cubiertas superiores, pero Luke sabía que no podía permitirse pasar por alto ni aunque fuese la posibilidad de una pista. En el fondo, todo tenía un cierto sentido.

Respiró hondo.

— ¿Estás dispuesto a registrar la cubierta de arriba, Cetrespeó?

—preguntó—. Puedo levitarte hasta el acceso de la Cubierta... Creo que es la Diecisiete.

Metió la cabeza por el hueco del pozo y echó un vistazo. La siguiente abertura parecía encontrarse como mínimo dos niveles por encima de la compuerta de la Cubierta 15.

—Muy bien, señor. Pero le sugiero que descanse un rato, amo Luke, y que me permita que vuelva a vendar esa herida de su pierna. Según mi percepción de sus signos vitales...

—Ya descansaré un rato cuando haya vuelto de la Cubierta Seis —replicó Luke—. Lo haré, te lo aseguro —añadió, rompiendo el significativo silencio de Cetrespeó—. Es sólo que... Bueno, tengo la sensación de que no disponemos de mucho tiempo.

Los huesos ya habían empezado a dolerle sólo de pensar en el descenso de todos esos niveles. Bajar un pie con todo su peso soportado por sus brazos, después desplazar los brazos hasta el peldaño siguiente para que volvieran a soportar todo su peso...

Pero su huida del Pueblo de las Arenas le había convencido de que obraba correctamente al no gastar su concentración y, posiblemente, disipar su capacidad para concentrar la Fuerza, invirtiéndola en la auto-levitación.

No tenía ni idea de cuándo necesitaría emplear todos los recursos de que pudiera disponer, o de durante cuánto tiempo tendría que depender de las escasas reservas de fortaleza que le quedaban.

Unos momentos después Luke descubrió que hacer subir a Cetrespeó a lo largo de todos esos niveles —unos diez o doce metros— y hacer retroceder el panel de la compuerta para que el androide pudiese meterse por el hueco ya le resultaba bastante difícil.

—Tenga mucho cuidado, amo Luke —le suplicó la voz de Cetrespeó bajando por el pozo.

Luke sonrió. La tía Beru solía salir corriendo detrás de él para gritarle que se llevara el poncho cuando se marchaba al Mar de Dunas en el vehículo de superficie, y nunca había imaginado que Luke se iba a cazar ratas womp y que si algo salía mal, el pasar frío por no disponer de su poncho iba a ser la más pequeña de todas sus preocupaciones.

Su sonrisa se desvaneció cuando bajó la mirada hacia la negrura del conducto. Casi toda la iluminación había dejado de funcionar, y sólo quedaban pequeños cuadrados de un débil resplandor para mostrar los sitios en que los jawas habían extraído las compuertas al utilizar aquella ruta entre cubiertas. Luke se volvió a colgar el bastón del hombro.

Ocho niveles. Un peldaño de agonía detrás de otro, uno por uno.

Un nuevo pensamiento pasó por su mente, y le hizo quedarse inmóvil y volverse para contemplar la cámara sumida en la penumbra que tenía detrás.

Durante todos sus recorridos por la nave. Luke había sentido y había sido consciente de la presencia de la inteligencia maligna de la Voluntad que seguía su rastro y detectaba sus pisadas, los latidos de su corazón y la temperatura de su cuerpo. La Voluntad observaba sus signos vitales tal como lo hacía Cetrespeó, aunque sin el nervioso deseo de protección que impulsaba al androide de protocolo. Luke estaba casi seguro de que era la Voluntad la que había cerrado algunas de aquellas puertas de la cubierta superior para guiarle hacia la emboscada del Pueblo de las Arenas. Por primera vez, tuvo la extrañísima sensación de que había algo más que la Voluntad observándole.

Desde luego, no había sido la Voluntad quien había desactivado el cerrojo interno de aquella compuerta del conducto de reparaciones.

¿O sí? ¿Habría servido todo aquello única y exclusivamente a las intenciones de la Voluntad?

No lo sabía. Pero antes de volver a introducirse en el conducto para iniciar el largo descenso, Luke le habló en voz baja y suave a la penumbra.

—Gracias —murmuró—. Gracias por ayudarme.

«Y si sólo ha sido un truco para hacerme bajar la guardia, entonces me sentiré como el Presidente de la Sociedad Galáctica de Tontos de Pueblo.»

Separó los pies del suelo, los metió por el hueco de la compuerta y empezó a descender a través de la oscuridad.

CAPÍTULO 10

—Vamos, Chewie... ¿No le oíste decir a ese tipo esta tarde que no había nada allí arriba?

Han Solo deslizó el haz de su linterna por la silenciosa oscuridad de la Casa de Plett. El rayo de luz era mucho más potente que la claridad proyectada por la varilla de Leia, pues surgía del iluminador actínico de un contrabandista. Algo huyó velozmente en un rincón, invisible en la neblina estigia que envolvía las ruinas de la casa, y las fosas nasales de Han captaron un desagradable olor dulzón muy parecido al de la fruta podrida.

Chewbacca produjo un ronco gemido de desaprobación.

— ¿Cómo, es que vas a dejarte asustar por un bichito de nada? —El haz del luminador encontró el círculo mate de la protección metálica que cubría el pozo —. Probablemente habrá montones de ellos allí abajo...

Han se arrodilló junto a la tapa y descolgó su caja de herramientas del hombro. Las luces de los jardines colgantes flotaban en las alturas y esparcían sus centelleos lejanos a través de la niebla.

Han había hecho dos llamadas a Mará Jade a través del transductor de la Holored, pero ninguna había recibido contestación. Su intento de ponerse en contacto con Leia en los archivos municipales tampoco había dado ningún resultado. Le dijeron que todavía no había llegado, lo que le pareció muy impropio de Leia, aunque entre la niebla y la oscuridad era posible que hubiera doblado por donde no debía y estuviera perdida en algún huerto. Fuera lo que fuese lo que pudiera acechar en los supuestamente inexistentes túneles ocultos debajo de la Casa de Plett, resultaba difícil imaginar cualquier peligro que pudiese caer sobre alguien que se encontraba en la superficie de aquel apacible Jardín de las Delicias envuelto en nieblas. Han se había puesto en contacto con Winter en el subespacio, le había dicho hola a Anakin y había hablado durante unos momentos con Jacen y Jaina, que no habían interrumpido ni un solo instante sus intentos de meter las manos por el campo holográfico, con lo que dejaban muy claro que no se daban cuenta de que su padre no estaba en la habitación con ellos. Pero cuando la transmisión hubo terminado y el silencio volvió a adueñarse de la casa que les habían cedido. Han comprendió cuál era el auténtico problema al que se enfrentaba.

Quería volver a la Casa de Plett y echar un vistazo.

Creía saber cómo se podía llegar a las criptas.

Al igual que Drub McKumb, pensó con sarcástica diversión, él también tenía sus «cálculos».

Chewbacca le pasó el equipo que había sacado del compartimento del *Halcón Milenario:* un generador antigravitatorio de escala-3 y un par de células de energía del tipo mochila. Han colocó el generador sobre la tapa del pozo y activó las agarraderas magnéticas, con lo que sólo consiguió descubrir que la tapa no era de duracero tal como había pensado, sino de un metal no ferroso. Eso resultaba interesante, considerando el diferencial de precios existente entre lo ferroso y lo no ferroso. Tampoco había asas.

—Bueno, supongo que tendremos que recurrir a los medios más expeditivos.

Sacó un pequeño taladro de su caja de herramientas y lo conectó a una célula de energía, y mientras lo hacía se le ocurrió preguntarse quién había puesto aquella tapa en ese sitio y cuánto tiempo llevaba allí. A juzgar por la suciedad y tierra acumulada que había en las rendijas, la tapa estaba allí desde hacía un par de años como mínimo, pero Leia le había dicho que en su visión de años anteriores el pozo había estado obstruido mediante una reja en vez de con una losa sólida, probablemente por razones calóricas.

Han siguió trabajando bajo el haz luminoso de la linterna de Chewbacca: adhirió remaches a la tapa y sujetó el generador antigravitatorio. No tenía ninguna forma de saber cuál era la profundidad de la columna de aire del pozo, pero basándose en la altura de las terrazas que se alzaban sobre el suelo del valle había calculado que debía de tener un mínimo de cien metros de longitud. Un escala-3 bastaba para la inmensa mayoría de trabajos de aquellas dimensiones, y una vez activado el generador no tuvo ninguna dificultad para levantar la tapa. La losa metálica había sido biselada hacia el interior y era más gruesa de lo que se podía esperar, lo que permitía que encajara muy bien en el reborde interior del pozo.

Nubéculas de vapores calientes impregnados por la pestilencia del azufre suspiraron alrededor de la tapa a medida que ésta iba siendo levantada, y unas cuantas hilachas se enroscaron alrededor de los pies de los intrusos mientras guiaban la tapa hasta apartarla del hueco, pero el fondo del Pozo de Plett ocultaba un manantial meramente cálido, no uno realmente caliente. Han metió el luminador en el hueco, y su claridad permitió ver gruesas almohadas de musgo y liquen sobre la reluciente humedad de la piedra oscura. El olor a fruta podrida llegó hasta ellos, mezclado con el hedor del azufre y las vaharadas acres del cloro. Chewie gruñó.

—Vale, así que apesta —dijo Han—. La sala de motores del *Halcón* también apesta cada vez que se nos rompe una cañería.

Tal como pensaba, había huecos para meter las manos tallados en la roca. Las irregularidades del mismo pozo y los gruesos bloques y abismos de sombra que creaban lo ocultaban todo más allá de los primeros metros, y las fantasmales masas de vapor que flotaban de un lado a otro rechazaban la luz devolviéndola hacia arriba. Han deslizó un anillo de cable de seguridad alrededor de la piedra vertical que había entre dos ventanas con forma de agujero de cerradura y sujetó el otro extremo a su cinturón. Chewie se envolvió la cintura con dos pasadas de cable.

—Muy bien —murmuró Han mientras se sujetaba el luminador a la pechera de su chaqueta—. Vamos a averiguar por qué es tan popular este sitio...

«Escondieron a los niños en el pozo.»

Estuvo a punto de pasar por alto la puerta que llevaba al pasadizo. Estaba incrustada en el muro del pozo justo allí donde las sombras parecían entrecruzarse sin importar de dónde viniera la luz. El calor se iba intensificando a medida que descendían, y aquel repugnante olor dulzón se volvía más fuerte con él. Han era muy consciente de los movimientos reptantes y ruidosamente líquidos que se estaban produciendo entre las capas de liquen y los depósitos minerales acumulados sobre la roca. Pero por debajo del nivel de la entrada del pasadizo, todos los asideros estaban repletos de musgo. La diferencia era lo

suficientemente visible para enviarle nuevamente hacia arriba en una segunda inspección, y Han investigó con su luz cada sombra de los alrededores y lo que tenía detrás.

—Allí...

Movió la luz sobre las paredes del túnel mientras él y Chewbacca se metían por la boca ovalada. El wookie se sacudió en un movimiento lleno de incomodidad. Su áspero pelaje color tabaco se había vuelto negro al mojarse, y estaba erizado por la humedad. El haz del luminador se arrastró sobre las viejas señales que cubrían las paredes y los sitios en que el musgo del suelo había sido arrancado y había vuelto a crecer.

—No cabe duda de que alguien ha estado aquí, y de eso hace mucho menos de treinta años.

Han se inclinó y recogió algo del musgo.

El objeto brilló con un sucio destello amarillento bajo el haz de su luminador. Era tan grande como la uña de su pulgar, y poseía una curiosa cualidad mate y reluciente al mismo tiempo. La superficie estaba recubierta por un complejo trazado de líneas oscuras.

—Xileno —dijo Han—. Un chip de memoria... Si el viejo Plett realmente fue el genio de la botánica que todo el mundo afirma que era, este sitio tenía que estar lleno de secuenciadores, tanques y demás cachivaches. No me extraña que la gente viniera aquí para llevarse todo ese equipo. —Han separó el extremo del cable de seguridad de su cinturón y dejó que colgara delante de la boca del túnel—. ¿A qué precio se cotiza el xileno en el mercado abierto últimamente, Chewie?

El wookie negó poseer cualquier tipo de conocimiento especializado sobre esas materias, pero Han sabía que el recubrimiento de xileno de ese viejo chip de memoria habría bastado como mínimo para adquirir varios vestidos iguales al que Leia había llevado aquella tarde. Se lo guardó en el bolsillo.

—No me extraña nada que el viejo Nubblyk quisiera mantenerlo en secreto.

El haz del luminador fue revelando los contornos llenos de irregularidades de las paredes que rezumaban humedad y la baja arcada del techo lleno de musgos. Algo negro y reluciente del tamaño del pie de Han se deslizó velozmente a través del musgo para desvanecerse por la entrada del pasadizo. Han no pudo evitar dar un respingo y Chewie, que estaba encorvado para que su cabeza no rozara el techo, deslizó nerviosamente una manaza peluda sobre su melena, como si sospechara que algo se había desprendido del musgo que crecía sobre él y estaba arrastrándose por entre su pelaje.

El wookie gruñó una pregunta.

—No sé —dijo Han—. Lo único que podría haber acabado con el comercio de chips, y con cualquier otra cosa que pudieran estar sacando de toda esa vieja maquinaria, es que hubieran dejado limpio todo el lugar. A juzgar por lo que estaban diciendo en los bares, eso debió de ocurrir el año siguiente a la batalla de Endor.

Otro retumbar interrogativo.

—Sí, Drub trabajaba para él como transportista, pero el Slita siempre lo controlaba todo al máximo —replicó Han—. Mi teoría es que sólo él sabía dónde se encontraba la entrada a este lugar, y tal vez hubiera más de uno. Maldición —añadió cuando llegaron al comienzo de una empinada rampa en zigzag—. Para que luego hablen de los sitios que son más grandes por dentro que por fuera...

El túnel subía poco a poco e iba siguiendo el complejo de antiguos pasajes volcánicos y lechos de ríos subterráneos que acababan saliendo a la superficie en el gran abismo de la Fisura de Plawal. Al comienzo de la rampa había un corto túnel que atravesaba la roca, pero el otro extremo estaba bloqueado.

—Apuesto a que ahí está la puerta que Leia vio y que daba acceso a la Casa.

Volvieron sobre sus pasos y avanzaron por el túnel principal, con Chewie soltando gruñidos mientras ajustaba su arco de energía y su rifle desintegrador sobre sus hombros intentando colocarlos en una posición que le resultara más cómoda.

—Sí, aquí estamos... Esta pequeña fisura probablemente termina justo debajo del hielo.

Siguieron las señales y arañazos del suelo hasta llegar a una gran caverna, y cruzaron un angosto puente de madera que salvaba un abismo del que surgían vapores y el acre aliento de los gases subterráneos, que formaban un muro asfixiante. Las rocas del otro lado, allí donde el túnel se ensanchaba para convertirse en un vasto espacio irregular repleto de oscuridad, estaban recubiertas por complejos laberintos de duras formaciones blancas llenas de arrugas y ondulaciones compuestas por depósitos minerales. El suelo estaba salpicado por los agujeros de fumarolas extinguidas hacía ya mucho tiempo, y era acuchillado por arroyos humeantes que apenas podían abrirse paso a través de los depósitos minerales teñidos por mil extraños colores. Varios tentáculos blancos que parecían gusanos achatados surgieron de una fumarola y avanzaron hacia sus pies, pero desaparecieron casi al instante con un chasquido líquido en cuanto Han y Chewbacca retrocedieron alarmados.

Al final de la caverna alguien había tallado una especie de sala en la roca. El pequeño recinto estaba lleno de cajas de plástico y de los paquetitos que los contrabandistas usaban para guardar los artículos cuando los escondían detrás de los paneles del casco o debajo de las secciones del suelo de una nave. La gran mayoría habían sido roídos y mordisqueados hasta quedar medio destrozados. Un kretch de pequeñas dimensiones y no más largo que el pulgar de Han se apresuró a huir de la trayectoria de su luz.

—Hilo de oro...

Han hurgó entre el basurero de plástico con la puntera de su bota y después se arrodilló para extraer algo metálico que relució con un sucio destellar bajo la luz. Estaba retorcido y doblado, y resultaba obvio que había sido estirado a partir de su configuración original y que luego había sido enrollado para guardarlo allí. Las gruesas capas de depósitos minerales que se le habían ido adhiriendo relucieron con reflejos de un rosa dorado bajo el haz del luminador.

—Y es de calidad comercial.

Han deslizó el haz luminoso sobre las otras dos puertas de la sala, que llevaban a una escalera y a un túnel respectivamente. Los techos, bastante bajos, exhibían una dentadura de estalactitas y un abundante pelaje de depósitos de sodio y sílice que parecían cabellos. Las capas de liquen brillaban en hebras azules, verdes y carmesíes sobre las paredes, y serpientes de neblina se enroscaban en el suelo.

—Vamos a ver qué más hay aquí.

Brisas calientes y acres removieron la cabellera empapada por el sudor de Han y el pelaje del wookie mientras avanzaban por el sistema de grietas y fisuras. Pequeños cursos de agua goteaban a través de las formaciones de las paredes, y el azufre y el hedor a kretch hacían que la oscuridad se volviera opresiva y casi irrespirable. Llegaron a otra sala abierta en la pared del túnel y la luz de Han brilló sobre un montón de envolturas metálicas y tableros de circuitos, y arrancó destellos a los vacíos ojos de cristal de la cabeza cilíndrica de un viejo androide APD-40.

— ¿Por qué dejaron de fabricar la serie APD, Chewie?

Han se puso en cuclillas para inspeccionar las planchas metálicas. Todos los chips habían sido arrancados, y no quedaba ni una sola célula de energía.

El wookie aventuró la hipótesis de que había sido a causa de las Guerras Clónicas, pero no entró en la sala. Permaneció inmóvil en el umbral con forma de rectángulo achaparrado, aguzando el oído para captar cualquier sonido que pudiera llegar de la negrura del túnel y la cámara de ecos de la caverna anterior. Han sólo podía oír el gorgoteo distante del agua en alguna parte, pero sabía que su amigo tenía unas orejas mucho más agudas que las suyas.

—Sí, ya lo había pensado... Los sustituyeron por la serie C Tres porque los APD utilizaban hilo de oro y puntos de xileno. Este modelo es bastante antiguo. —Han deslizó el haz del luminador por encima del amasijo de tableros saqueados y cajas metálicas desfondadas—. Bueno, toda esta chatarra tiene que haber salido de seis u ocho androides como mínimo. No cabe duda de que esto era lo que andaban buscando.

Encontraron las joyas en la siguiente sala de aquel pasillo.

-¿Qué...?

El luminador de Han creó un sinfín de arcos iris sobre las tres cajas alineadas a lo largo de la pared, y los abigarrados torrentes de colores rebotaron en ellas para esparcir una rociada de fuego sobre el techo. Han se inclinó y empezó a extraer pendientes, cadenas, pectorales y colgantes, todos sucios y recubiertos de costras minerales.

Chewie gruñó una observación y le enseñó una caja de plástico medio llena de chips de xileno.

Los ojos de Han se encontraron con los del wookie, y vieron en ellos la misma perplejidad que estaba sintiendo.

—Esto no tiene ningún sentido. —Han hundió los dedos en los chips. Estaban mezclados con chatarra electrónica que aún podía ser utilizada, desde hilo de oro hasta células de energía pasando por fragmentos de selenio—. Tiene que haber como tres cuartos de millón de créditos en esta habitación. —

Desvió el haz del luminador hacia el umbral interior, y la claridad se fue moviendo sobre los ángulos precisos y cortantes de masas de maquinaria, pantallas oscurecidas y los pulidos y curvos brazos de los procesadores y las bombas—. Y todo esto sigue intacto. No puedo imaginarme a Nubblyk dándose la vuelta y saliendo de aquí sin...

Chewie alzó una manaza peluda y volvió la cabeza hacia la puerta exterior. Después movió un dedo indicándole que apagara el luminador.

Silencio, y una oscuridad impenetrable. El *hursh-hursh* lejano del agua creaba ecos en las irregularidades del techo pegado a sus cabezas.

Un horrible ruido de arañazos y el repugnante hedor dulzón de los kretchs hicieron que Han tuviera que esforzarse para expulsar de su mente la espantosa fantasía de que una docena de esas criaturas habían empezado a trepar por sus botas un segundo después de que apagara el luminador.

Han avanzó cautelosamente hasta el sitio en el que sabía que Chewie seguía inmóvil delante de la entrada. Su mano extendida acabó entrando en contacto con el pelaje del wookie. Si su compañero hubiera sido humano, Han habría susurrado su nombre para evitar encontrarse con un cuchillo entre las costillas, pero el wookie reconocería su olor. Chewie no gruñó, pero Han sintió cómo el pelaje del brazo de su amigo se erizaba entre sus dedos.

Estaba claro que había algo en el pasillo.

Una ráfaga de aire caliente que vagabundeaba por los túneles trajo consigo una pestilencia a fiera tan terrible que Han casi sufrió un acceso de náuseas. Fuera lo que fuese, una cantidad de olor tan considerable sólo podía surgir de algo muy grande.

Después hubo un grito y un repentino arañar de garras. Han gritó «¡Luz!» para advertir a Chewbacca y lanzó el haz a plena potencia directamente sobre la fuente del sonido. El resplandor ardió con una dureza diamantina sobre unos ojos amarillentos y unos dientes marrones que ya se preparaban para morder y desgarrar. El haz desintegrador de Chewbacca falló el blanco y se dispersó, rebotando locamente en el angosto espacio mientras la criatura, una masa de pelos sucios y cubiertos de moho que aullaba y rugía, se lanzaba sobre el wookie.

No se podía ni pensar en hacer un segundo disparo, y Han atacó con su cuchillo, hundiéndolo en la espalda de la criatura mientras el impacto de su carga hacía que Chewbacca cayera al suelo. El ser gritó y se debatió entre las manos de Chewie mientras lanzaba zarpazos contra Han, y el luminador que había caído al suelo reveló un movimiento en la oscuridad. Otras criaturas se aproximaban a la carrera con los ojos llameando, y el techo lleno de agujeros y protuberancias resonó repentinamente con el eco de sus gritos.

Han logró apartarse del primer atacante cuando su cuerpo se quedó nacidamente inmóvil. Cogió el luminador y el rifle que se había escurrido de entre los dedos de Chewbacca, y el wookie rodó sobre sí mismo hasta quedar en pie, saltó sobre el cadáver e inició una veloz huida en la oscuridad. Han echó a correr detrás de él. Lanzó un disparo a su espalda, y el haz desintegrador fue de una pared a otra con un estridente siseo para mostrar con la fugacidad del rayo a las repugnantes criaturas que le pisaban los talones.

— ¡Por ahí!

Chewie se limitó a soltar un rugido mientras sus largas piernas le iban dando cada vez más ventaja y le llevaban por el laberinto serpenteante del túnel rocoso. El haz del luminador saltaba locamente sobre los muros recubiertos de moho, deslizándose a través de umbrales que se abrían a la tenebrosa oscuridad de salas talladas en la piedra, transformando las estalagmitas de la gran caverna en atacantes y los viejos agujeros volcánicos y las formaciones de lava en pozos sin fondo. Han y Chewbacca siguieron corriendo, resbalando sobre la delgada capa de barro que cubría el suelo y avanzando en una loca carrera hacia la hendidura oscura de la entrada al túnel que llevaba hasta el pozo... Y entonces el haz del luminador les mostró los destellos de algo inmóvil en el túnel, un reluciente cuerpo redondeado que brillaba como una joya negra o las escamas de alguna criatura monstruosa; algo que relucía como una masa de adoquines mojados que de repente pareció extenderse por todo el túnel abarcando paredes, techo y suelo; algo que no había estado allí antes.

Kretchs.

El túnel que llevaba al pozo estaba atestado de kretchs.

Han y Chewie se quedaron inmóviles durante un momento, aturdidos y perplejos, y contemplaron aquel pesadillesco hervir de cuerpos de insectos que llenaba el pasadizo con una alfombra viva de casi treinta centímetros de grosor. Entonces, como si una mano invisible acabara de quitar un tapón, el río de kretchs empezó a fluir hacia adelante.

Han gritó algo totalmente inadecuado dadas las circunstancias y echó a correr hacia la izquierda y los bultos medio desmoronados de viejas formaciones de lava y pequeños cráteres que dejaban escapar nubéculas de vapores, con Chewie detrás de él y todas las legiones de la oscuridad aullando a sus espaldas.

—Tenemos que encontrar una forma de volver al pozo —jadeó desesperadamente mientras las frágiles capas de depósitos minerales y las retorcidas estructuras cristalinas crujían y se desmoronaban bajo sus pies y los retazos de liquen fosforescente palpitaban y se agitaban como ascuas arcoirisadas al sentir el viento a su paso. El aire de aquella zona estaba tan saturado de gases volátiles y del hedor del azufre que parecía arder. El calor asfixiante y la mordedura de aquella atmósfera que intentaba roerle los pulmones hicieron que Han tosiera y se atragantara—. Hay que volver a las bóvedas... Puede que por aquí...

Más gritos, y dos formas negras surgieron de la nada para entrar en la claridad del luminador allí donde se desparramaba sobre la ladera de un viejo cono de restos volcánicos que brotaba del suelo delante de ellos.

—Pensándolo mejor, vayamos por aquí...

Chewie le cogió del brazo, deteniéndole, y rugió un desafío a la masa de oscuridad que tenían delante.

La oscuridad respondió con un ensordecedor grito de desafío.

—Estupendo —dijo Han.

Alzó el luminador y deslizó el haz sobre las lisas terrazas redondeadas de lo que habían sido pozos de barro superrecalentado y que se habían ido enfriando hasta formar pistas de baile de extraños y abigarrados colores que aún se encontraban rodeadas por los restos de las últimas burbujas..., y allí estaban.

Había tres, tal vez cuatro: uno corría, y un par avanzaban a cuatro patas.

Hizo girar el luminador en un gran arco y la luz blanca se esparció sobre columnas de humo delgadas como dedos que brotaban de una fisura a su izquierda, revelando una confusión de calderas humeantes esparcidas por debajo de ellos allí donde el nivel del suelo iba descendiendo. La claridad cayó sobre los ojos de las criaturas que caminaban, se tambaleaban y corrían hacia ellos acercándoseles velozmente por detrás, e iluminó sus ojos y sus manos y las toscas armas que empuñaban.

Chewbacca disparó su arco de energía y la ráfaga atravesó el pecho de algo que, a juzgar por la forma achatada de su cabeza, en tiempos muy lejanos parecía haber sido un carosita. La criatura siguió avanzando a rastras, dejando un rastro de sangre en su camino. Han abrió fuego con su desintegrador contra el segundo grupo y falló, creando una enorme cicatriz que onduló en el fango de los viejos pozos, y un trueno ahogado retumbó en algún lugar cerca de ellos. El suelo tembló levemente bajo sus pies, y un pequeño diluvio de fragmentos rocosos se desprendió del techo y cayó sobre sus cabezas.

— ¡Por aquí! —gritó.

Volvió a alzar el luminador, y su resplandor les mostró lo que parecían artefactos humanos apenas visibles en la lejanía y la oscuridad: un camino elevado que avanzaba a través de la caldera apagada, unos escalones casi imperceptibles y, en lo alto de una pequeña protuberancia negra, un círculo de columnas de piedra que delineaban sus formas contra el resplandor enjoyado de los líquenes multicolores.

— ¡Podemos acabar con ellos cuando entren en el camino!

El segundo grupo de atacantes ya había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba del comienzo del camino. Han echó a correr en esa dirección, con el wookie precediéndole gracias a la mayor longitud de sus piernas y sus primeros atacantes galopando como una jauría de fieras a cuatro metros detrás de él. La primera criatura del nuevo grupo llegó al camino en el mismo momento que Chewbacca, y atacó al wookie con una barra de metal robada de algún viejo taller. Chewbacca disparó su arco de energía, y el impacto hizo que el atacante saliera despedido hacia atrás y cayera en un antiguo pozo de barro lleno de lo que al primer vistazo Han había creído era una delicada formación de depósitos minerales o piedra caliza cuyo color y extrañas circunvoluciones le daban un curioso aspecto craneal.

Cuando el atacante —que parecía haber sido un mluki antes de que la locura y el abandono le hubieran convertido en una bestia aullante— cayó en el pozo, la formación caliza cobró vida con un repentino temblor de membranas ondulantes y una frenética agitación de las capas carnosas de un moho carnívoro. El mluki, que ya estaba sangrando debido al impacto del haz de energía disparado por Chewbacca, rodó sobre sí mismo e intentó levantarse y echar a correr, pero la cosa del pozo envolvió su cuerpo con tentáculos que

parecían serpientes blancas de goma elástica y lo arrastró hacia las profundidades.

Las membranas blanquecinas se removieron como una flor temblorosa o una masa de entrañas palpitantes y fueron enrojeciendo lentamente, y el color se difundió a lo largo de ellas hasta llegar a los bordes del pozo.

Han y Chewie reanudaron su huida. El sendero se iba estrechando al pasar entre una sucesión de cráteres llenos de aquel moho carnívoro, y los habitantes de los pozos se estremecieron violentamente e intentaron agarrarles los pies con sus tentáculos serpentinos. Más gritos resonaron en la oscuridad detrás de ellos, pero Han no se atrevió a volver la cabeza para averiguar qué nuevas criaturas estaban emergiendo de las tinieblas y se añadían a la persecución.

Al final del sendero, en el centro del círculo de columnas, había un pozo.

El agujero tenía unos tres metros de diámetro y estaba rodeado por una especie de estrado. Han pudo oír el sonido del agua que corría debajo y sintió el relativo frescor del aire húmedo que brotaba del pozo sobre su rostro abrasado. La claridad blanca del luminador le permitió ver a las criaturas que se aproximaban en una tambaleante carrera por el camino, con las bocas abiertas y lanzando alaridos en sus rostros velludos, llenos de cicatrices y arañazos y contorsionados por la locura. Algunos todavía llevaban los harapos de lo que habían sido ropas, y agitaban garrotes y cuchillos improvisados. Algunos habían sido humanos.

Sus ojos eran círculos inexpresivos en los que sólo había locura. Era como volver a ver los ojos de Drub McKumb.

Se estaban aproximando muy deprisa. Lo que había sido un gotal se acercó demasiado al borde del sendero, y fue atrapado por un tentáculo surgido del pozo de moho que había al lado. Los otros ni siquiera miraron atrás cuando el gotal fue arrastrado entre aullidos hasta el interior de una montaña de membranas temblorosas. El primer disparo que hizo Chewbacca con el rifle desintegrador eliminó a un hirsuto esqueleto que había sido un wífido: el segundo falló y se perdió en un cráter menor, donde levantó un surtidor de barro a medio enfriar que se desparramó por los alrededores en una gigantesca explosión de lo que parecía puré humeante. El suelo volvió a temblar, como en una hosca advertencia. Chorros de llamas brotaron de los pozos de barro, y riachuelos irisados de líquido caliente empezaron a rezumar de las aberturas.

Ninguno de los atacantes se dio cuenta de ello.

Han sabía que aunque los dos disparasen lo más deprisa posible, nunca conseguirían acabar con todas aquellas criaturas antes de ser arrollados.

No había ningún camino que bajara del pequeño montículo.

— ¡Por el pozo!

Chewie lanzó un rugido de protesta.

— ¡Por el pozo! Hay una salida, eso es agua que corre, puedo oírla...

No había ninguna forma de averiguar si la salida incluía espacio suficiente para respirar, naturalmente.

Un horrendo devaroniano se lanzó sobre Chewbacca, con un brazo ya medio arrancado por un haz desintegrador, y empezó golpearle con un trozo de acero arrancado de alguna máquina. Chewbacca lo alzó en vilo y lo arrojó sobre el grupo de atacantes, y después volvió a disparar para cubrirles mientras Han se subía de un salto al estrado del pozo y proyectaba la claridad del luminador sobre el agua.

Cinco metros, más o menos. Tal como había pensado, más que un pozo era un conducto que llevaba hasta un arroyo subterráneo.

Han dio un paso hacia adelante y se dejó caer.

El agua estaba tan caliente que le faltaba muy poco para quemar —sólo el contraste con la atmósfera superrecalentada por las rocas había hecho que las ráfagas de aire que subían del pozo pareciesen frescas—, y la corriente era terrible. Han se aferró a las viejas y desgastadas piedras del arco lateral del pozo hasta que oyó el ruidoso chapoteo de la caída de Chewbacca y el gruñido que el wookie lanzó para indicarle que se encontraba bien. Un instante después la fuerza del agua hizo que perdiera su presa sobre las piedras, y Han se encontró girando locamente en la más absoluta negrura mientras la corriente le golpeaba implacablemente contra las rocas, castigándole como si estuviera atrapado en una carrera de pesadilla cuyo único objetivo era dejarle sin aliento y hacerle chocar con algún obstáculo invisible.

Barrotes. Había una hilera de barrotes que atravesaba el curso del arroyo subterráneo.

El agua se estrelló contra su rostro, y Han oyó/sintió el impacto húmedo de algo más chocando contra los barrotes. Buscó a tientas y encontró el tranquilizador contacto de un pelaje empapado.

Chewbacca le felicitó por su magnífica habilidad a la hora de preparar huidas lo más cómodas posible.

—No te hagas el listo conmigo, Chewie —replicó Han—. He conseguido que saliéramos de esa caverna, ¿verdad?

Mientras hablaba siguió buscando a tientas un asidero para la mano o para el pie, cualquier agarradero que pudiera encontrar en los barrotes, y se estiró para ir examinando toda la longitud de metal corroído. La hilera de barrotes terminaba en una hendidura del techo de roca a medio metro por encima de la superficie del agua, y la hendidura era tan estrecha que Han apenas si podía meter la mano por ella. Estaba intentando deslizar los dedos en aquel angosto espacio cuando rozaron algo quitinoso con muchas patas que reaccionó poniéndose en movimiento a toda velocidad, y Han se apresuró a sacar la mano con un grito de asco.

—Probemos por el otro lado.

Tragó una honda bocanada de aire, giró sobre sí mismo y empezó a bajar por los barrotes. Los cilindros metálicos no paraban de descender, la corriente aplastaba su cuerpo contra ellos, siempre más negrura, siempre más agua...

¿Qué haría si los barrotes bajaban hasta una distancia mayor de la que podía ascender con una sola bocanada de aire dentro de los pulmones?

Pensarlo hizo que se sintiera dominado por el pánico, y Han siguió descendiendo a lo largo de los barrotes.

Roca. Y un espacio de unos treinta centímetros que había sido excavado en el fondo del cauce subterráneo por la salvaje carrera del agua a lo largo de los años.

Han retorció el cuerpo para meterse por el hueco y subió desesperadamente mientras se preguntaba qué haría si su sentido de la orientación acababa engañándole. Subió en una trayectoria angular, volvió a bajar y fue arrastrado por la corriente que tiraba de él, aferrándole y precipitándole hacia la negrura.

«Puede que no salga vivo de ésta», pensó.

Su cabeza emergió del agua en el mismo instante en que estaba pensando que ya no podría seguir conteniendo el aliento ni un solo segundo más. Han estaba mareado y se sentía muy débil, pero consiguió deslizar los brazos por dos huecos de la hilera de barrotes y eso le permitió no tener que confiar en sus cada vez más agotadas manos.

—En el fondo —jadeó—. Muy abajo...

El agua le arrancó de la hilera de barrotes.

Han y Chewbacca permanecieron acostados durante un buen rato sobre la hierba al lado del manantial caliente, tragando aire con jadeos entrecortados como si fuesen dos alimañas medio ahogadas que hubieran sido eructadas por una alcantarilla de Coruscant. El tenue y lejano resplandor dorado de unas luces de baja potencia indicaba la situación de un camino. Insectos fosforescentes jugueteaban entre los árboles como traviesas bandadas de diamantes. El aroma de los frutos de la liana-arco y la hierba mojada casi lograba ocultar el débil hedor a podrido de las vaharadas de azufre que brotaban del arroyo. Los skrikers y los mirones entonaban su grave canto coral por debajo de los trinos de un ave nocturna que cantaba en el huerto.

Han rodó sobre sí mismo y vomitó una considerable cantidad de agua.

—Me estoy haciendo demasiado viejo para estas cosas —dijo después.

Chewbacca estuvo totalmente de acuerdo con él.

Han pensó que por lo menos no pillarían ningún resfriado. La corriente del río que surgía del Pozo de Plett estaba más caliente que el agua de baño, y el aire de aquella zona no se encontraba mucho más frío. Estaban rodeados por guirnaldas de vapor surgidas de los manantiales calientes que emergían a la superficie en la parte más baja del huerto, y que eran llevados hasta allí por las cañerías tendidas hasta las viejas casas. Han se preguntó si sería peligroso quedarse dormidos donde estaban y en qué clase de líos podían llegar a meterse si lo hacían.

Pero entonces el recuerdo de algo que había ocurrido en las criptas acudió a su mente, y acabó decidiendo que tal vez no fuese buena idea.

Han irguió el torso apoyándose en los codos, para lo que tuvo que hacer un considerable esfuerzo y superar el miedo de que aquel cambio de postura hiciese que se encontrara todavía peor de lo que ya estaba.

— ¿Notaste algo de particular en nuestros amigos de las criptas, Chewie?

La sardónica réplica de Chewbacca hizo que Han se preguntara por qué algunas personas afirmaban que los wookies no tenían ningún sentido del humor.

—Cuando aparecieron, los tres últimos grupos de atacantes ya sabían dónde encontrarnos —dijo Han en voz baja.

Chewie guardó silencio. En ciertas especies de monos de las cavernas —tal vez incluso en el caso de los wookies—, aquello no hubiese tenido nada de raro. El sentido del olfato y la capacidad de orientarse mediante los ecos casi siempre estaban altamente desarrollados en todas las razas y especies acostumbradas a la oscuridad.

Pero Han había podido ver que sus atacantes no eran miembros de aquellas razas y especies, a menos que se contara al gotal, que había formado parte del primer grupo. Han sospechaba que sus atacantes eran exactamente lo mismo que había sido Drub McKumb: contrabandistas, o amigos de contrabandistas, que habían oído los rumores sobre las criptas que se suponía no existían y que habían hecho sus propios «cálculos». Después habían ido en busca de los chips de xileno y los hilos de oro que habían formado la base de la breve opulencia de Nubblyk el Slita, y habían encontrado... ¿Qué era lo que habían encontrado?

—Vamos, Chewie —dijo Han cansadamente—. Volvamos a casa.

CAPÍTULO 11

Luke estudió el rostro de Cray e intentó decidir si se acordaba de quién era o de si seguía estando bajo la influencia de la programación de la Voluntad.

La imagen de la visipantalla de la sala de reunión era tan pequeña que resultaba difícil saberlo. Había morados en sus mejillas, su mentón y su hombro, visible a través de un desgarrón de su chaqueta, y la capa de mugre y sudor que cubría sus cabellos rubios les daba el aspecto rígido y opaco de un amasijo de alambres. Pero mientras dos jabalíes de la tribu de los klaggs tiraban de ella, llevándola casi a rastras a través del recinto hasta el pequeño podio negro del Puesto de Justicia, sus ojos ardían con el brillo de la desesperación y su mirada estaba endurecida por la furia y la frustración.

— ¡Los klaggs se revuelcan en el jabón! —aulló Ugbuz, que estaba de pie junto a la mesa al lado de Luke.

— ¡Cobardes! ¡Narices de flor! ¡Comerrepollos! —gritaron los otros gakfedds, que se habían congregado alrededor de la pantalla y llenaban toda la sala sumida en la penumbra.

Cray estaba exhausta y muy sucia, pero parecía ilesa aparte de sus morados. Durante su totalmente infructuoso registro del Bloque de Detención de la Cubierta 6, Luke se había sentido continuamente acosado por el temor de que la Voluntad hubiera implantado en los klaggs la idea de que, como rebelde y culpable de sabotaje, Cray tenía que ser interrogada; y esa pesadilla había hecho que siguiera recorriendo los pasillos de los alrededores del Bloque Principal durante varias horas hasta tener la absoluta seguridad de que Cray nunca había estado allí, de que los klaggs nunca habían estado allí y de que todos los androides interrogadores seguían en su sitio y que aún se hallaban conectados a los cargadores murales. Luke los había desconectado y había arrancado todos los cableados a los que consiguió acceder.

La búsqueda había acabado dejándole un poco más tranquilo, pero había distado mucho de resultar agradable y conociendo como conocía a los gamorreanos. Luke sabía que era perfectamente posible que hubieran preferido prescindir de los androides para encargarse personalmente del interrogatorio.

Pero no parecía que lo hubieran hecho.

Ugbuz incrustó en las costillas de Luke un codo enorme con tanta fuerza como si fuese un ariete, y señaló al gordo jabalí klagg de piel blanca que estaba inmóvil junto a la fría negrura de la visipantalla del Puesto de Justicia.

—Kinfarg —explicó bajando la voz—. Es el capitán de esos asquerosos klaggs hijos de cerda...

Después añadió varios comentarios sobre las costumbres personales del capitán Kinfarg que Luke sospechó eran puramente especulativos. Los gakfedds lanzaron gritos burlones e insultos mientras Kinfarg avanzaba con paso contoneante por el pasillo para ocupar su puesto junto al podio, pero en cuanto empezó a hablar todos se callaron como por arte de magia.

— ¿Por qué se volvió contra su juramento al Servicio Imperial y se unió a los rebeldes, soldado Mingla?

Cray se irguió. Luke se preguntó dónde estaba Nichos —las cámaras sólo mostraban el Puesto de Justicia— y si se encontraba en aquel recinto con ella y seguía obligado a la inactividad por el perno de sujeción que le habían puesto.

—Todavía tiene que demostrarse que he hecho todas esas cosas, comandante Kinfarg.

Los gakfedds que rodeaban a Luke emitieron un coro de abucheos y silbidos despectivos, salvo aquellos que estaban ocupados tratando de impedir que una media docena de talz y un pequeño grupo de tripodales escaparan de la zona de la sala en la que estaban sentados.

— ¡Tenéis que ver esto, idiotas cabezas huecas! —estaba gruñendo Krok—. ¡Es la Voluntad!

Los talz se rascaron las cabezas, soltaron unos cuantos trinos y probaron suerte en la otra puerta con el mismo resultado de antes. Los tripodales se limitaron a vagabundear de un lado a otro envueltos en una aureola de perplejidad general, tropezando de vez en cuando con los muebles o con las estólidas hileras formadas por los cuarenta y cinco kitonaks a los que los gamorreanos habían traído laboriosamente hasta allí y que habían colocado en formación por la mitad de atrás de la sala, alineándolos como si fuesen blandas estatuas de color harina.

Por lo menos parecía que los gakfedds se estaban tomando muy en serio las órdenes de que todos debían ver la retransmisión dadas por la Voluntad.

Luke pensó que los affitecanos seguramente estarían agrupados alrededor de una pantalla en otra sala de reunión. Había bastantes probabilidades de que se hubieran olvidado de conectar el monitor, desde luego, pero a los affitecanos les daría absolutamente igual.

—Eso se demostrará ahora —le dijo Kinfarg a Cray.

Oír un básico generalmente excelente, aunque coloquial y hablado con voz un tanto pastosa, saliendo de aquellos rostros bestiales de grandes hocicos seguía resultando indeciblemente extraño.

Hileras de letras verdes cobraron vida con una ondulación sobre la pantalla del podio negro detrás de Kinfarg.

- **Se sabe sin lugar a dudas que ha colaborado con otros espías y saboteadores rebeldes**
- **Ha ayudado a los saboteadores que operan a bordo a dañar la estructura de esta nave y, consecuentemente, ha puesto en peligro su misión**
- **Ha intentado emplear la violencia contra oficiales de esta nave que estaban cumpliendo con su deber**
- **Se la ha visto tratar de causar daños en el armamento y los vehículos de descenso necesarios para completar esta misión**

— ¡Eso es mentira! —gritó Cray—. ¡Todo son mentiras! Enséñenme una sola prueba...

- **Se sabe sin lugar a dudas que ha colaborado con otros espías y saboteadores rebeldes**

1. Su nombre fue mencionado por espías rebeldes capturados durante una incursión en Algarian

2. Las huellas retinianas y los hologramas proporcionados por el gobierno de Bespin después de una incursión rebelde son idénticos a los suyos

3. Su captura se produjo durante una incursión contra un grupo de conocidos disidentes y alborotadores efectuada a bordo de esta nave

— ¡Eso es total y absolutamente falso! —Cray estaba a punto de llorar de furia—. Ni una sola de esas alegaciones es correcta, y no están respaldadas por evidencias que...

— ¡Silencio, soldado! —Kinfarg volvió a golpearla con la misma violencia casi distraída de antes, aunque Cray vio venir el golpe y esta vez se dejó llevar por él para que le hiciera el menor daño posible—. Por supuesto que hay evidencias. Las alegaciones no estarían en el ordenador si no hubiera evidencias.

— ¡Insisto en que se presenten las evidencias!

Luke cerró los ojos. Ya sabía qué ocurriría a continuación.

Cuando volvió a abrirlos vio que la pantalla del Puesto de Justicia acababa de mostrar una reproducción infinitesimalmente diminuta de impresos, informes, diagramas de huellas dactilares y retinianas y minúsculas holopantallas con la imagen de Cray y las imágenes de varios «rebeldes» hablando con vocecitas aflautadas y casi inaudibles sobre la participación de Cray en actividades rebeldes.

— ¡Una simulación mediante ordenador no es una evidencia! —gritó Cray—. ¡Yo puedo programar una simulación como esa con los ojos cerrados! Exijo que se me proporcione asesoramiento legal...

— ¿Está bromeando, soldado? —preguntó Kinfarg. Había recortado la sección facial de un casco blanco de las tropas de asalto y llevaba el cráneo del casco en la parte de atrás de su cabeza y la sección facial sobre el pecho, una extraña máscara en forma de calavera. El efecto general, en contra de todas las probabilidades, resultaba aterrador—. Ningún abogado decente es lo bastante desleal para defender a quienes colaboran con la Rebelión. ¿Qué quiere que hagamos? —Dejó escapar una risita gutural—. ¿Que busquemos a un rebelde para que venga y se encargue de su defensa?

La pantalla del Puesto de Justicia se oscureció durante unos momentos, y después volvió a llenarse rápidamente con nuevas hileras de letras verdes.

- **«Todas las ofensivas militares serán consideradas por ley como estados de emergencia, y estarán sometidas al Acta de Poderes Militares de Emergencia del Senado.»**

Enmienda Senatorial a las Constituciones del Nuevo Orden

Decreto 77-92465-001

- **«A menos que se disponga de los poderes capitales necesarios, se considera totalmente imposible mantener la estabilidad del Nuevo Orden y la seguridad del mayor número posible de civilizaciones de la galaxia.»**

Acta de Poderes Capitales Prefacio, Sección II

— ¿Qué se supone que he de hacer? —replicó Cray, cada vez más furiosa —. ¿Caer de rodillas y confesar?

- **Una confesión en posición erguida será suficiente**

— ¡Y un cuerno, condenado montón de chatarra oxidada!

Luke quería irse, pero sabía que no podía hacerlo ni aun suponiendo que los gakfedds hubieran estado dispuestos a permitírselo. Había venido no sólo para asegurarse de que Cray seguía viva y más o menos bien, sino también para observar el fondo de las imágenes en busca de pistas y de cualquier indicio que pudiera descubrir y que sirviera para indicarle dónde se encontraban los klaggs. La aprensión le heló las entrañas cuando la pantalla del Puesto de Justicia mostró el nuevo mensaje.

- **En vista de su intransigencia, la sentencia se dictará mañana a las 12 horas. Todo el personal debe reunirse para presenciar cómo se dicta la sentencia. La ausencia de la sala de visionado será considerada como un acto de simpatía con las intenciones dañinas de la parte acusada y sentenciada**

La pantalla se oscureció.

— ¿Has encontrado algo?

Luke apoyó el hombro en la pared y contempló cómo el estólido androide PU-80 color bronce avanzaba unos cuantos metros pasillo abajo y reanudaba su tarea de limpiar las paredes con una esponja en un nuevo punto.

Si Cetrespeó hubiera poseído pulmones, habría producido un suspiro digno de un mártir.

—Lo he intentado, amo Luke... Le aseguro que lo he intentado, de veras. Y lejos de mí cualquier ánimo de criticar la programación de las unidades de la serie Propósito Único, porque lo que hacen siempre lo hacen admirablemente bien. Pero como ya le he dicho, son unos androides muy limitados.

— ¿Existe alguna forma de que podamos alterar su programación?

Luke se rascó la mejilla. Estaba empezando a salirle una barba de un rubio castaño tan claro que apenas era visible, y los pelos hacían que las cicatrices infligidas hacía tanto tiempo por la criatura de las nieves empezaran a picarle.

— ¿Crees que podríamos programarles para buscar gamorreanos, probablemente por el olor, en vez de manchas en las paredes?

—Supongo que descubrieron que dejaban de funcionar al instante en cuanto intentaban lavar a los gamorreanos —reflexionó Cetrespeó—. Y ya estamos rodeados de gamorreanos.

—No si subimos hasta la Cubierta 18 o más arriba —dijo Luke.

El registro de la Cubierta 17 llevado a cabo por Cetrespeó no había dado más resultados que las investigaciones del Bloque de Detención y sus alrededores emprendidas por Luke, aunque Cetrespeó, al igual que Luke, se había encontrado con muchas escotillas blindadas y puertas que se negaban a abrirse. Luke se preguntó si ocultaban áreas clasificadas, o si la Voluntad había estado intentando dirigir los movimientos de Cetrespeó como había hecho con los suyos.

— ¿Podrías programar a un PU para que encontrara gamorreanos en una de esas cubiertas, de tal manera que nos bastase con seguir al androide? ¿Es posible extender el radio de acción de sus sensores de largo alcance hasta tan lejos?

—Por supuesto —replicó el androide—. ¡Una idea muy brillante, amo Luke! ¡Sí, es una idea absolutamente brillante! Haría falta un mínimo de...

-¡Tú!

Luke giró sobre sí mismo. Ugbuz estaba inmóvil detrás de él con la baba chorreando de su enorme hocico, y le contemplaba con una pétrea sospecha en la mirada.

—Eres el amigo de ese saboteador rebelde, ¿verdad?

Los dedos de Luke trazaron el pequeño círculo del foco, y fueron haciendo acopio de la Fuerza para lanzarla junto a su voz.

—No —murmuró con dulzura—. Era otra persona. Yo nunca he estado cerca de un saboteador rebelde.

Ugbuz frunció el ceño como si estuviera intentando hacer encajar dos piezas de un rompecabezas dentro de su mente.

—Oh.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la puerta de la sala —los talz estaban saliendo lentamente, intercambiando trinos y resoplidos y meneando sus mullidas cabezas blancas, para dirigirse en masa hacia el comedor que se encontraba unas cuantas puertas más abajo—, y después volvió a girar sobre sus talones.

—Pero eras el chico que hizo que dejáramos de interrogar a ese otro saboteador, ¿no?

—No —dijo Luke, envolviéndose en la Fuerza y proyectándola en la limitada y bastante dividida mente de Ugbuz. Descubrió que incluso aquel ejercicio tan pequeño y simple resultaba difícil de llevar a cabo bajo los efectos del dolor y la fatiga—. Ése también era otra persona.

—Oh. —El fruncimiento de ceño de Ugbuz se volvió un poco más profundo —. La Voluntad dice que está ocurriendo algo raro a bordo de esta nave.

—Así es —admitió Luke—, pero no tiene absolutamente nada que ver conmigo.

—Oh. De acuerdo.

Ugbuz volvió a desaparecer en la sala, pero antes de hacerlo Luke vio que se daba la vuelta en el umbral y le miraba por encima del hombro, como si

estuviera formulándose nuevas preguntas sobre aquellas piezas que se negaban a encajar entre sí.

«Justo lo que necesitaba —pensó—. Otra cosa de la que preocuparme...»

—Salgamos de aquí —dijo en voz baja—. Quiero reprogramar un PU-80 de la Cubierta Dieciocho, y luego quiero probar algo que se me acaba de ocurrir en la Cubierta Quince.

— ¡Grandes galaxias, capitán, hay centenares de ellos!

El affitecano que interpretaba el papel de segundo al mando dio la espalda a la pantalla apagada —esta vez se encontraban en la sala central de la Cubierta 15, inclinados con solemne concentración sobre las consolas muertas de los sistemas de juego y los visilectores— y agitó velozmente todos sus zarcillos y ramificaciones en una aparatosa demostración de horror.

— ¡Nos estaban esperando escondidos detrás de cada asteroide del campo!

— ¡Artillería! ¿Cuál es nuestra situación actual?

Era un capitán distinto, una criatura ligulada de un delicioso color rosado que se iba oscureciendo poco a poco hasta el magenta envuelta en una auténtica extravagancia de tallos y borlas. El capitán anterior estaba a cargo de una consola de luminvol en el otro extremo de la sala.

—Hemos descendido hasta el cincuenta por ciento, capitán —informó una masa tubulada de tonos azul marino y topacio—. ¡Pero aún tenemos la potencia de fuego suficiente para hacer que se lo piensen dos veces!

— ¡Así me gusta, muchachos! No os dejéis abatir —gritó el capitán—. Antes de que hayamos acabado con ellos, todavía conseguiremos que llamen a gritos a sus mamas. ¿Puedo ayudarle en algo?

Las floraciones y delicados encajes del capitán se volvieron hacia Luke cuando Luke y Cetrespeó fueron hacia los dos sillones colocados uno encima del otro que constituían el puente de mando improvisado por los affitecanos.

—Mayor Calrissian, Servicios Especiales.

Luke saludó, y el capitán le devolvió el saludo con veloz marcialidad. Todas las pantallas y consolas estaban inactivas —incluidas, sospechaba Luke, el visor principal en el que se suponía que los affitecanos habían contemplado el juicio de Cray—, pero por lo menos las luces todavía funcionaban. Luke no podía estar seguro, pero pensó que había más affitecanos que la vez anterior.

—Se trata de una nueva misión que tiene prioridad sobre todas las órdenes anteriores, señor.

Mientras hablaba Luke fue acumulando la Fuerza y la proyectó sobre la mente —si es que había una mente— oculta dentro de esa masa de color y abigarradas protuberancias.

—Se ha producido una avería menor en la biblioteca de esquemas —siguió diciendo—. Creemos que ha sido un acto de sabotaje. No es nada de lo que debamos preocuparnos, pero necesitamos averiguar la situación y el estado de todos los vehículos de transporte que hay a bordo. Es una misión muy dura... y

peligrosa. —Luke hizo que su rostro adoptara una expresión lo más solemne y seria posible—. Tendría que pensármelo muy bien antes de encomendársela a unos hombres sin experiencia, pero ustedes... Bien, son nuestros mejores soldados. ¿Cree que podrá conseguirlo?

El capitán recorrió de un salto el más de metro y medio de distancia que separaba su asiento del suelo y le devolvió nuevamente el saludo a Luke. Fueran cuales fuesen las criaturas en que confiaban los affitecanos para que se encargaran de su polinización, estaba claro que encontraban atractivas algunas enzimas bastante extrañas: cuando se movían, los affitecanos desprendían toda una galaxia de hedores que iban desde lo acre hasta lo amoniacal pasando por un almizclado gomoso. En un recinto donde el sistema de aire acondicionado funcionaba tan mal como en aquella sala de la Cubierta 15, el efecto resultaba abrumador.

—Puede contar con nosotros, mayor. Muchachos...

Los affitecanos abandonaron la batalla a mitad de una maniobra y se alinearon en el centro de la sala, poniéndose rígidamente firmes mientras su capitán les explicaba la misión y les daba ánimos con un discurso digno de la gran general Hyndis Raithal.

—El ingenio de la especie humana nunca cesa de asombrarme, señor —dijo Cetrespeó mientras el exuberante pelotón de affitecanos salía corriendo de la sala—. Diga lo que diga la doctora Mingla, y puedo asegurarle que no pretendo criticarla ni a ella ni a sus preceptores, todavía no me he encontrado con un programa de androide capaz de ejecutar la clase de pensamiento lateral que se ve en los seres humanos.

—Esperemos que no exista —respondió Luke en voz baja—. Porque en esta nave nos estamos enfrentando precisamente a eso: un programa de androide. Nuestro enemigo es toda una inteligencia artificial.

Avanzaron en silencio durante un rato en dirección al compartimento de recogida de la ropa sucia donde el conducto de reparaciones subía para llevarles hasta la Cubierta 18. Mientras esperaban el juicio de Cray, Cetrespeó había cambiado los vendajes de la herida de hacha en la pierna de Luke, y aunque la infección parecía estar contenida, Luke tenía la impresión de que el dolor estaba volviendo a empeorar rápidamente.

—He observado, señor —dijo Cetrespeó pasados unos momentos— que desde la... transformación de Nichos —el que Cetrespeó titubeara antes de pronunciar una palabra era un acontecimiento extremadamente raro—, él y yo tenemos mucho más en común de lo que jamás tuvimos cuando era... como era antes. Siempre fue un ser humano agradable y encantador, pero ahora es mucho menos humanamente impredecible, si me disculpa que exprese una opinión puramente subjetiva basada en datos incompletos. Espero y confío en que la doctora Mingla lo considere una mejora.

«Espero y confío», pensó Luke. La programación de lenguaje de Cetrespeó incluía determinadas construcciones lingüísticas que pretendían hacer que pareciese más humano, pero Luke sabía que en realidad el siempre pesimista androide no albergaba ninguna confianza o esperanza en nada. Un instante después se preguntó si a Nichos le ocurriría lo mismo.

—Vamos —murmuró—. Encontremos a un PU y veamos si puedes convencerlo para que se convierta en un rastreador.

Luke había pasado toda su vida rodeado de androides, y había crecido con ellos en la granja de su tío. Como decía Cetrespeó, los androides eran excelentes en todo lo que habían sido diseñados para hacer de una manera excelente pero, a diferencia de los humanos, eran un cien por cien ineficientes en todo aquello en lo que no eran excelentes. Y Cray, estuviera donde estuviese, lo estaba descubriendo de la manera más cruel posible.

Luke esperaba poder llegar hasta ella a tiempo.

La parte de la Cubierta 18 que rodeaba el conducto de recogida de la ropa sucia al que les había llevado el pozo de reparaciones tenía los techos muy altos, casi al doble de distancia del suelo que los de otras cubiertas. Las paredes eran del mismo color gris oscuro que Luke había visto en el fondo de las imágenes de la aldea de los klaggs y el Puesto de Justicia. En cuanto se hubieron alejado un poco del conducto de recogida vieron que todos los pasillos carecían de iluminación. Las compuertas y los paneles murales estaban abiertos, derramando chorros de cables y alambres que hacían pensar en las entrañas de animales descuartizados. Luke no necesitaba ver las sucias huellas dactilares apiladas a su alrededor para adivinar quiénes eran los responsables de todo aquello.

Un PU-80 estaba tozudamente absorto en la tarea de eliminarlas. El androide no interrumpió su labor cuando Luke abrió la placa de su costado y conectó el cable de comunicaciones del androide en la parte posterior del cráneo de Cetrespeó. A lo largo de los años que había pasado en Tatooine, el tío Owen había tenido un mínimo de cinco modelos PU distintos que Luke pudiera recordar, y a los catorce años Luke ya era capaz de desmontar, limpiar, reparar, recargar y volver a montar un PU en cuatro horas. Una reprogramación llevada a cabo por un androide traductor que ya había tenido acceso a biocódigos e índices seriados iba a ser coser y cantar.

El PU empezó a avanzar por el pasillo casi antes de que Luke hubiera podido desconectar su cable de comunicaciones, y tuvo que apretar el paso para poder alcanzarlo y cerrar la placa lateral. El pequeño androide seguía manteniendo el brazo limpiador y la esponjilla de absorción por vacío extendidos delante de su morro, y por alguna razón inexplicable Luke se acordó de los kitonaks, que aguardaban pacientemente a que las orugas chooba llegaran arrastrándose hasta ellos a través de años luz de hiperespacio para meterse en sus bocas.

— ¿Crees que ha captado olor de klaggs en esta cubierta? —preguntó Luke en voz baja mientras cojeaba detrás del lento avance del PU con Cetrespeó zumbando junto a él—. ¿O puede captar el olor que ascienda por una escalerilla?

—Oh, el mecanismo sensorial de un PU de limpieza es perfectamente capaz de detectar moléculas de grasa en una concentración a diez mil por centímetro cuadrado, en un área de un cuarto de centímetro cuadrado, a una distancia de cien metros o más.

—La madre de Biggs también era capaz de hacer eso —observó Luke.

Cetrespeó guardó silencio durante unos momentos antes de responder.

—Con todo el respeto debido a la señora Biggs, señor, tengo entendido que incluso si un humano nace con un centro olfativo realmente excepcional en el cerebro, es necesario un implante Magrody y un considerable adiestramiento durante la infancia para desarrollar tal habilidad, aunque tales capacidades son de lo más comunes entre los chadrafans y los ortolanos.

—Bromeaba —dijo solemnemente Luke—. Me estaba haciendo el gracioso.

—Ah —dijo Cetrespeó—. Claro.

El PU se detuvo delante de una compuerta blindada cerrada que impedía seguir avanzando por el pasillo. Luke dio un paso hacia adelante y puso la palma de la mano sobre el sistema de apertura sin obtener ningún resultado.

—Realmente, amo Luke, hay algunos momentos en los que casi estoy de acuerdo con la actitud general de Ugbuz hacia los jawas —dijo Cetrespeó.

Los cuatro diminutos pozos sensores del PU se curvaron y se movieron a un lado y a otro, y torrentes de números amarillos desfilaron velozmente a través de su pequeña pantalla. Después el androide se dio la vuelta, retrocedió hasta un pasillo de intersección que se encontraba unos cuantos metros detrás de ellos y siguió avanzando por el laberinto de puertas cerradas y recintos de almacenamiento oscuros y cavernosos.

Luke no dijo nada, pero la sensación de estar siendo vigilado y observado desde la oscuridad hizo que se le erizara el vello de la nuca. ¿Jawas? Tal vez no poseyera los detectores olfatorios de un PU-80, pero si hubiese jawas cerca Luke lo sabría, al igual que sería capaz de detectar la presencia del Pueblo de las Arenas.

Aquello era algo distinto.

Otra puerta blindada. El PU llevó a cabo una recalibración y alteró su curso para cruzar un gran almacén lleno de cajas y embalajes medio destripados cuyos contenidos —cascos de la armada imperial, monos, corazas gris verdoso y mantas— estaban esparcidos por el suelo. Algunas secciones de los mismos recipientes habían desaparecido, y Luke se dio cuenta de que los que seguían enteros estaban marcados con la leyenda importaciones sorosub. Los muros revelados por la luz oscilante del bastón de Luke eran de un color oscuro y parecían inacabados, con vigas desnudas extendiéndose de un lado a otro sobre su cabeza y remaches que relucían entre las sombras. La puerta de un hangar de reparaciones estaba abierta. Luke miró por encima de su hombro y vio que la entrada del corredor, por el que habían venido hacía tan sólo unos momentos, estaba cerrada.

«Es la Voluntad —pensó—. Nos está guiando como si fuéramos ovejas... Nos empuja hacia la dirección que quiere que tomemos.»

El PU-80 avanzó por un largo pasillo en la parte de estribor de la nave, moviéndose rápidamente entre suaves tintineos y crujidos metálicos. No se veían daños causados por los jawas, pero las luces de aquella sección tampoco funcionaban; y a medida que él y Cetrespeó se iban alejando cada vez más de la zona iluminada y los reflejos de su claridad se debilitaban progresivamente, Luke percibió con una intensidad todavía más potente que

antes la presencia de una entidad desconocida que no dejaba de observarles ni un solo instante. Se mantuvo lo más cerca posible de Cetrespeó, y procuró acompasar sus vacilantes zancadas a las del androide y asegurarse de que nunca hubiera un espacio entre ellos cuando pasaban por debajo de las compuertas blindadas abiertas que se iban sucediendo en su camino.

El PU-80 dobló una esquina. Una escalera subía hacia una noche impenetrable. Luke oyó el siseo-zumbido-golpeteo producido por las cortas patas del androide cuando empezó a escalar los peldaños, y extendió el brazo para detener a Cetrespeó e impedir que siguiera a la pequeña máquina. El horrible cosquilleo interior que le advertía de la presencia de una trampa se había vuelto tan fuerte que no dejaba espacio a ninguna otra sensación.

Luke alzó el bastón y dirigió la débil claridad de las varillas luminosas hacia el cuadrado que formaba la abertura de la escalera. La luz fue rechazada por tenues tiras de un material opalescente, un enrejado de grosor y delgadez que se iba alternando para formar un extraño cuasi-dibujo que se prolongaba hacia arriba hasta acabar desvaneciéndose en la oscuridad.

Luke alzó la mirada. El techo de aquel pasaje estaba puntuado por los fríos cuadrados perlinos de la variedad más habitual de parrilla de enclisión.

El PU continuó subiendo sin sufrir ningún daño hasta que Luke ya no pudo seguir viéndole.

—Cielos. —Cetrespeó dio un paso hacia la puerta—. No cabe duda de que es alguna clase de parrilla de enclisión, señor. Pero resulta obvio que está desactivada. Posiblemente sea cosa de los jawas...

—No. —Luke se apoyó en la pared. Su pierna estaba empezando a arder con un doloroso palpitar a medida que el alivio inicial del perígeno se iba desvaneciendo—. No. la Voluntad nunca nos habría llevado hasta una escalera cuya trampa no funcionara. Está esperando hasta que hayamos llegado demasiado arriba para poder volver atrás.

El lento y ruidoso caminar mecánico del androide PU se fue esfumando poco a poco. El peso de la nave parecía oprimirles en la oscuridad mientras aguardaba a que siguieran al PU-80 por la escalera que ocultaba aquella trampa letal. Luke apretó el paso, intentando volver a la zona iluminada lo más deprisa posible.

Los affitecanos estaban esperándoles bajo la cálida y potente iluminación de la Cubierta 15, como un jardín ambulatorio de enormes flores levemente pixiladas.

—Hemos localizado los vehículos de transporte, señor —dijo el capitán. El rango parecía haber pasado a un affitecano tubulado de tallos azules y blancos —. Hay dos Telgorns de la clase Beta con una capacidad de ciento veinte plazas en los hangares de babor de la Cubierta Dieciséis. —El nuevo capitán saludó marcialmente a Luke—. El doctor Breen ha estado trabajando en la reparación del programa esquemático.

El antiguo capitán amarillo y anaranjado también saludó a Luke.

—Una simple trasposición de números, señor —dijo—, probablemente debida a un error del operador del sistema. Puede remediarse sin demasiadas dificultades.

«¿El doctor Breen?», pensó Luke.

—Por aquí, señor.

—Aun suponiendo que pueda pilotar uno de esos transportes, o los dos —protestó vacilantemente Cetrespeó—, ¿cómo evitará que las defensas del *Ojo de Palpatine* los destruyan como destruyeron nuestro navio de exploración, señor? Usted mismo dijo que su nivel de puntería era casi humano. Y, aparte de eso, ¿cómo vamos a conseguir que los klaggs y los gakfedds suban al transporte para sacarlos de la nave? Por no hablar de los kitonaks, naturalmente...

Luke se sorprendió un poco cuando se encontraron con un grupo de aquellos rechonchos alienígenas color masilla andando con una increíble lentitud por el pasillo que se extendía sobre la pasarela de comunicación con la Cubierta 16. Los kitonaks estaban conversando entre ellos con un parsimonioso y casi inaudible intercambio de silbidos, gruñidos ahogados y burbujeos. Luke se sintió incapaz de imaginar una forma de convencer a esas torpes criaturas para que subieran a la lanzadera, o de conseguir que permanecieran dentro de ella después. Y en cuanto a reunir a los tripodales, o a los jawas...

—No lo sé. —Se preguntó cómo se las había arreglado para autoelegirse salvador de aquella nave repleta de seres incomprensibles—. Pero si voy a destruir la nave antes de que ataque Belsavis, Cetrespeó, he de sacar a todos estos alienígenas de aquí de alguna manera. No puedo dejarlos a bordo. Ni siquiera a los jawas, ni siquiera a...

Doblaron una esquina y Luke se quedó inmóvil, perplejo y horrorizado. El pasillo que se extendía ante ellos, de techo bajo y paredes surcadas por los gruesos toneles de uno de los conductos principales de circulación hidráulica de la nave, estaba lleno de affitecanos desmembrados y hechos pedazos. Los icores y la savia habían manchado las paredes y el suelo con chorros pegajosos de color verde y amarillo que desprendían sus acres olores, y el polen derramado y las semillas flotantes estaban esparcidos por todas partes. Los miembros y troncos desgarrados formaban un horrible arcoiris, como si alguien hubiera volcado un cesto para la ropa lleno de sedas multicolores. Los enjambres de androides-ratón iban y venían por todas partes, y todo el pasillo hedía con la potente pestilencia entre rancia y almizclada de los cuerpos affitecanos.

El capitán azul y blanco y sus seguidores continuaron andando a través de la carnicería como si allí no hubiese nada.

—Ha sido muy inteligente por su parte querer asegurarse de la situación de los transportes, mayor —estaba diciendo el capitán. Luke vio cómo pasaba por encima de la mayor parte del torso de lo que había sido el capitán color magenta de la lavandería—. Siempre me han gustado mucho las Telgorn clase Beta. Dos o tres naves de ese modelo, más una escolta de cañoneras, deberían bastar para resolver cualquier pequeño problema que pueda surgir sin importar...

Luke giró sobre sí mismo y se agachó con el mismo movimiento, y ya tenía la espada de luz en la mano con la hoja fuera en el instante en que el extremo lastrado de un palo gaffa surcó el aire y estuvo a punto de dejarle sin cabeza. Los cuatro incursores del Pueblo de las Arenas que habían surgido de la estación de bombeo a su espalda se lanzaron sobre él aullando y gritando. Luke atravesó limpiamente el cuerpo de uno con un mandoble que lo partió en dos mitades desde la cadera hasta el hombro, y dejó sin manos a un segundo atacante mientras estaba alzando su rifle para hacer fuego. «¡Amo Luke! ¡Amo Luke!», gritó Cetrespeó con voz temblorosa al ser derribado en la contienda y quedar inmóvil junto a la pared donde había sido enviado de una patada.

— ¡Desactiva tus circuitos! —chilló Luke.

Bajó la hoja de energía una fracción de segundo antes de que un tercer tusken disparase su desintegrador contra él, y el haz rebotó en el núcleo concentrado de luz láser saliendo despedido con un gemido estridente.

Luke saltó por un umbral y dejó caer la mano sobre el sistema de cierre, que se negó a funcionar. Los supervivientes del Pueblo de las Arenas, a los que se habían unido dos nuevos incursores tusken con el griterío de otros ya claramente audible en los pasillos más cercanos, se lanzaron en su persecución. Luke levitó una mesa de trabajo y se la arrojó. Después cruzó corriendo la habitación hasta la puerta del otro lado y dejó caer el puño sobre el sistema de abertura..., que también se negó a funcionar.

Luke maldijo, esquivo un rugiente estallido de fuego desintegrador y volvió a levitar la mesa de trabajo para arrojársela por segunda vez. Otro atacante disparó un desintegrador y el haz rebotó por toda la habitación haciendo vibrar el aire con sus zumbidos y chirridos. Tratar de controlar esa clase de disparos era un truco Jedi muy difícil que no solía dar ningún resultado, pero Luke desplegó su energía mental y empujó el último rebote hacia el mecanismo de la puerta, que estalló entre un diluvio de chispas. La puerta subió medio metro y Luke rodó por debajo de ella, arrastrando su bastón detrás de él y levantándose a toda prisa para iniciar una huida tambaleante.

Al parecer se encontraba en el corazón del territorio de caza del Pueblo de las Arenas. Dos incursores saltaron sobre él desde direcciones opuestas, y su repentino ataque le empujó hacia un rincón. Luke lanzó mandobles y tajos y paró sus acometidas, pegándose a las paredes para que le sostuvieran en pie, y después reanudó su huida, cayendo y levantándose y arrastrando su maltrecho y dolorido cuerpo con un terrible esfuerzo a lo largo de un tramo de pasillo sumido en la oscuridad, mientras las puertas se cerraban con un siseo a ambos lados por delante de él y los roncos ladridos del Pueblo de las Arenas creaban un sinfín de ecos al rebotar contra las paredes.

Luke dobló una esquina y retrocedió, impulsado por sus reflejos justo a tiempo para no ser cortado en dos por una puerta blindada que bajó a toda velocidad. Volvió sobre sus pasos y creyó reconocer las luces de lo que parecía un compartimento de recogida de la ropa sucia, por lo que podía tener un conducto de reparaciones detrás..., para encontrarse con que la puerta se cerraba con un golpe seco delante de él cuando estaba a pocos metros de la entrada. Decapitó a otro tusken que se lanzó sobre él desde el cuadrado de negrura de la puerta de lo que parecía una sala de reunión, saltó por encima del cuerpo y siguió huyendo, arrojándose al suelo y rodando sobre sí mismo

justo a tiempo para evitar el que la puerta repentinamente activada le dejara encerrado dentro de aquella habitación.

El corredor en el que se encontró estaba sumido en las tinieblas. Diminutas luces de emergencia anaranjadas formaban un angosto sendero a lo largo de un lado del techo. Luke se levantó y se apoyó en su bastón, tembloroso y jadeante. La pierna le dolía tanto como si el hacha que la había herido estuviera volviendo a golpearla con cada latido de su corazón.

«La Voluntad...», pensó. El peso de la espada de luz tiraba de su mano. La hoja estaba oculta, pero bastaría un segundo para que surgiera de ella. Luke comprendió que el que la Voluntad acabara impulsándole hacia otra escalera protegida con una trampa letal, o de regreso a los brazos del Pueblo de las Arenas, era una mera cuestión de tiempo.

Los gritos guturales de los tusken volvieron a hacer temblar el aire muy cerca de él, y a juzgar por la intensidad del sonido había muchos. Luke recorrió el pasillo con la mirada. Todas las puertas estaban cerradas, y no había entradas de conductos ni nada que pudiera ofrecerle un refugio.

Y entonces una puerta se abrió hacia la mitad del pasillo.

No hubo ningún siseo, y el panel no subió con la fluida velocidad habitual. Los laboriosos crujidos y chirridos que acompañaron la apertura parecían indicar que alguien estaba manejando la rueda manual. La puerta siguió moviéndose hasta haber creado un rectángulo de sucia luz anaranjada de emergencia que tendría unos treinta centímetros de altura, y después se quedó inmóvil.

Luke contempló el muro blindado que obstruía un final del pasillo y la oscuridad que se acumulaba al otro extremo y que aullaba con los gritos de los cada vez más cercanos incursores del Pueblo de las Arenas. Y entre una cosa y otra sólo estaba él, lisiado, sin aliento, un blanco tan fácil como indefenso...

Y ese rectángulo irregular de luz anaranjada.

Y la sensación de espera que parecía caer sobre él desde la oscuridad como la atenta e implacable vigilancia de una mente que no podía ser vista.

Pero lo más extraño de todo era que no sentía ningún temor.

Dio un paso hacia la puerta. El hueco le permitió ver los ojos vacíos de las hileras de pantallas oscuras de una de las cámaras artilleras de los niveles inferiores, los semicírculos de las consolas, las sombras tenebrosas y la reluciente oscuridad metálica de las palancas.

Todo había vuelto a quedar en silencio, pero Luke podía sentir la presencia cada vez más cercana del Pueblo de las Arenas y sabía que no tardarían en llegar.

Y en ese silencio creyó oír una melodía casi susurrada, un canturreo tan débil que apenas podía ser percibido:

La reina tenía un halcón y la reina tenía una alondra, la reina tenía un ruiseñor que cantaba en la oscuridad...

Luke volvió la cabeza para contemplar la oscuridad, y después se apresuró a cruzar el umbral.

La puerta se cerró detrás de él.

Durante unos momentos el único sonido que llegó a sus oídos fue el de su propia respiración, que se fue haciendo más lenta y regular a medida que iba recobrando el aliento. Las sombras se agolpaban a su alrededor, ocultando el otro extremo de la larga habitación como si fuesen un telón negro. Un instante después oyó el chirriar de metal moviéndose sobre metal, y el veloz susurro de unos pies al otro lado de la puerta.

Luke se apoyó en la consola más cercana y alzó su espada de luz, todavía no iluminada, sosteniéndola firmemente en su mano.

Oyó el *gronch* áspero y gutural de las voces del Pueblo de las Arenas medio ahogadas por el grosor de las paredes, y el estrépito de los palos gaffa chocando con las otras puertas del pasillo. Había un mínimo de seis tusken. Si la puerta detrás de la que se encontraba volvía a abrirse Luke probablemente podría matar a dos o tres, pero a los supervivientes les bastaría con disparar por el hueco para acabar con él. Luke recorrió el recinto sumido en la oscuridad con la mirada. Incluso las sillas estaban atornilladas al suelo.

La puerta que tenía delante tembló bajo el impacto de una serie de golpes, pero aguantó.

Si la Voluntad quería que se abriera, algo estaba impidiéndole hacer cualquier cosa al respecto.

Luke pensó que la Voluntad había logrado dejarle atrapado allí. Lo único que necesitaba hacer a continuación era no volver a abrir la puerta de la cámara artillera... nunca.

El silencio volvió y se fue prolongando. El dolor que roía la pierna de Luke se fue incrementando poco a poco, acompañado por la ya inconfundible sensación de profunda quemadura interna de la infección. Levantó el parche de la pierna de su mono, manteniendo todos sus sentidos en tensión y obligando a su mente a que concentrara toda su atención en el pasillo mientras lo hacía, y adhirió una nueva dosis de perígeno a la herida aunque sus reservas de medicamento estaban empezando a bajar peligrosamente. Luke estaba decidido a hacer lo que fuese con tal de mantener a raya al dolor y dejar libre su concentración para permitirle el uso de la Fuerza. El agotamiento y la fiebre que el perígeno estaba conteniendo a duras penas hicieron que se sintiera mareado, y notó que le daba vueltas la cabeza. Se dio cuenta de que ya llevaba bastante tiempo sin comer ni dormir, y cuando se irguió para apoyarse en el bastón vio que le temblaba la mano.

La puerta se abrió pasado un rato muy largo, nuevamente con ese angosto hueco y ese lento arrastrarse hacia arriba, como si estuviera luchando contra el poder de la Voluntad.

Luke aguzó el oído, dejó escapar el aire que había estado conteniendo dentro de sus pulmones y desplegó todos sus sentidos. Todavía podía captar la lejana pestilencia de los affitecanos muertos, pero no había ni la más pequeña sombra de olor del Pueblo de las Arenas. Fue cojeando hacia la puerta con la espada de luz todavía en la mano.

Un movimiento repentino atrajo su atención. Luke se sobresaltó y giró sobre sí mismo, pero no era más que su reflejo en el espejo oscuro de la pantalla del

monitor más próximo. El reflejo le devolvió la mirada: rostro pálido surcado por una cicatriz, cabellos rubios, el mono gris lleno de manchas de un mecánico de la Flota Estelar.

Y a su lado, detrás de él y tan cerca de su hombro que casi lo rozaba, vio otro rostro. Era el rostro de una mujer joven, y estaba enmarcado por una nube de cabellos color castaño humo tan espesa como el follaje de un árbol en el verano, y sus ojos grises estaban mirándole fijamente.

Luke se dio la vuelta pero, naturalmente, no había nadie detrás de él.

CAPÍTULO 12

— ¿Qué pasa? ¿Quién...?

Leia puso la mano sobre el hombro de su esposo.

—Ya te dije que tendrías que haber esperado que te devolviera la llamada. —Se volvió hacia la imagen holográfica de la mujer que permanecía inmóvil en el centro del campo, con su cabellera llameante despeinada y sus ojos verdes parpadeando bajo la tenue claridad de las luces de su extremo de la transmisión. Llevaba una cadena de oro alrededor del cuello y una camisa que Leia reconoció como perteneciente a Lando Calrissian—. Lo siento, Mará...

—No te preocupes. —Mará Jade se frotó los ojos con un veloz ir y venir de la mano, y eso pareció acabar con cualquier residuo de somnolencia de una forma tan rápida y total como si hubiera movido un interruptor—. Debo de parecer una de las Hermanas de la Noche de Dathomir. ¿Qué hora es ahí? ¿Qué ocurre? ¿Hay algún problema?

—No lo sabemos con exactitud —dijo Han, apartando la toalla de sus cabellos todavía mojados—. Sabemos que tenemos un problema, desde luego, pero no estamos muy seguros de qué significa. ¿Qué puedes decirnos sobre Belsavis?

—Ah. —Mará se recostó en el cuero blando de su sillón, que se agitó a su alrededor como una flor. Después alzó sus largas piernas y juntó las manos alrededor de las rodillas. Sus ojos se entrecerraron, como si estuvieran contemplando las imágenes que desfilaban por alguna pantalla interna: pensamiento, recuerdo, conjeturas—. Belsavis... —dijo con voz pensativa—. ¿Habéis averiguado qué era lo que el Imperio consideraba tan importante de ese sitio?

— ¿Te refieres a los hijos de los Jedi? —preguntó Leia.

— ¿Se trataba de eso? —Sus oscuras cejas se enarcaron. Mará pensó en silencio durante unos momentos, y una comisura de sus labios descendió en una mueca entre especulativa y sarcástica—. Sí, tiene sentido. Veréis, el expediente fue cerrado por motivos de seguridad cuando empecé a trabajar para el Emperador... De hecho, no sólo quedó cerrado sino que también lo protegieron con no sé cuantos bloqueos distintos.

Mará Jade se encogió de hombros.

—Bien, ese tipo de archivos siempre han producido el mismo efecto sobre mí—siguió diciendo—. Pero en este caso no pude encontrar nada ni siquiera cuando por fin logré acceder a él, aparte de que al final de las Guerras Clónicas hubo alguna clase de misión secreta que tenía como objetivo uno de los valles volcánicos de Belsavis. Las medidas de seguridad fueron tan estrictas que ni siquiera los que trabajaban en ella sabían qué estaba ocurriendo. Si se trataba de una acción contra los Jedi, contra sus familias y sus hijos, entonces no me cuesta nada comprender por qué obraron de esa manera.

Permaneció callada durante un momento, y una diminuta arruga vertical surgió entre sus cejas mientras hacía que los viejos datos volvieran a su mente. A través de los postigos metálicos que impedían que la claridad de las luces de los huertos entrara en el dormitorio, Leia pudo oír cómo los trinos soñolientos

de los pájaros pellata y los manolios resonaban entre los árboles mientras llevaban a cabo el último recorrido de sus territorios y volvían a marcar sus límites antes de ir a pasar la noche en sus nidos. Chewie, oliendo como sólo un wookie mojado puede llegar a oler, interrumpió el concienzudo cepillado de su pelaje y dejó escapar un suave gruñido.

—Un ala de cazas fue enviada a Belsavis: el grueso del contingente estaba compuesto por interceptores, aparatos veloces pero ligeros —acabó diciendo Mará—. También montaron toda una cadena de estaciones relé del tipo gatillo-a-distancia, la mayoría en satélites o en puestos de superficie escondidos. Estaban completamente automatizadas, pero nunca logré averiguar qué se suponía que debían activar o a qué debían enviar su señal. El expediente de la misión fue destruido. Pensé que se suponía que tenía que haber una conexión con algo que nunca llegó a ocurrir, y que ese algo hubiese sido realmente grande. Pero después conseguí copias de algunas de las comunicaciones privadas del Emperador, y me enteré de que por esas fechas el Imperio pagó varios millones a un ingeniero llamado Ohran Keldor...

—Sé unas cuantas cosas sobre Ohran Keldor —dijo Leia en voz baja. Ya habían pasado muchos años, pero su cuerpo volvió a arder con la sola mención de su nombre y Leia sintió como si mil agujas estuvieran subiendo lentamente a través de su piel—. Estudió con Magrody, y fue uno de los que diseñaron la Estrella de la Muerte. Keldor era uno de los profesores de la plataforma orbital de Omwat que produjeron el resto de esos planos.

Un temblor involuntario recorrió sus manos y Leia las apretó con todas sus fuerzas, y sintió la rápida mirada de preocupación que le lanzó Han.

—Es el mismo Keldor —dijo Mará.

Contempló en silencio a Leia durante unos momentos. Sus pensamientos estaban ocultos detrás de la máscara fría e impasible de su rostro, pero si comprendía el odio de alguien cuyo mundo había sido destruido, no hizo ningún comentario. En cuanto a Leia, no dijo nada. No podía decir nada.

— ¿El mismo tipo? —preguntó Han, hablando un poquito demasiado deprisa en su intento de disipar aquel silencio cargado de tensión—. Quiero decir que... ¿Cuánto hace de eso? Veinte años antes de que construyeran la Estrella de la Muerte...

—Veinte años no es tanto tiempo —dijo Mará—. Y por aquel entonces Keldor era todo un joven genio, el mejor discípulo que había tenido Magrody... Si piensas en el tipo de cosas que diseñó después, tanto en el terreno militar como en el industrial, entonces yo diría que el Emperador le pagó para que diseñara alguna clase de super-nave. Eso ocurrió por la época en que necesitaban un navio tan grande como una ciudad para que pudiera transportar la clase de potencia de fuego que deseaban utilizar. Fuera lo que fuese lo que se cocía en Belsavis, al parecer el Emperador no quería que hubiese nada respirando cuando el polvo volviera a caer al suelo. Lógicamente, tiene que haber sido una instalación de combate, tanto debido a la clase de potencia de fuego de que estamos hablando como a toda la actividad comercial basada en los chips de xileno, el hilo de oro y los materiales recuperados que surgió posteriormente. Había demasiado material para que pudiera tratarse simplemente de los restos encontrados en un campo de batalla... Pero siempre

me he preguntado qué clase de instalación de combate podía ser tan importante para que llegaran a tomarse esa clase de molestias.

Han cruzó las piernas y tiró del sarong nativo adornado con un dibujo oscuro que llevaba puesto para que le cubriese las rodillas.

—Pero alguien se fue de la lengua.

Mará se encogió de hombros.

—Esa parte había sido eliminada del expediente, pero... Sí, parece que es justo lo que ocurrió. El super-navío, o lo que aquellos relés automáticos habían sido diseñados para llamar, fuera lo que fuese, nunca llegó. La mayor parte de las estaciones fueron destruidas o se perdieron, así que alguien debió de adivinar lo que eran. Los interceptores fueron atacados por una pequeña fuerza planetaria, y a juzgar por las apariencias sufrieron daños bastante considerables. El expediente decía que los sujetos «habían partido». Los oficiales al mando afirmaron haber destruido todo cuanto estaba a la vista y haber causado los máximos daños posibles con el armamento del que disponían, pero casi todos tuvieron serios problemas cuando volvieron a casa. Un par de diseñadores de estructuras de inteligencia artificial y sistemas de armamento automatizados de primera categoría fueron trasladados a sitios como Kessel, Neelgaimon y Dathomir.

—Auténticos paraísos para pasar unas vacaciones —murmuró Han, que había estado en los tres.

Los rojos labios de Mará se fruncieron en una pequeña sonrisa helada.

—Hay lugares peores —dijo—. Ohran Keldor desapareció durante un tiempo.

Chewbacca gruñó.

—Sí, yo también lo habría hecho —se mostró de acuerdo Han—. Pero parece como si luego alguien le hubiera devuelto su elevada posición anterior, ¿no?

—Probablemente fue Moff Tarkin —dijo Mará—. Era un hombre al que nunca se le pasó por alto nada, ni aunque fuese tan insignificante como un clip. Tarkin estaba al mando de la plataforma orbital de Omwat y allí es donde Keldor volvió a aparecer, y donde intentó recuperar el favor del Emperador mediante su trabajo.

Mará volvió a menear la cabeza, y su rostro adoptó una expresión mitad especulativa y mitad asombrada.

—Así que se trataba de los Jedi y sus familias... No me extraña que quisiera destruir todo el planeta.

Permaneció en silencio durante unos momentos, y mientras la contemplaba de repente Leia se preguntó qué había hecho que Mará se sintiese atraída por el Emperador. Tal vez fuese el hecho de que Palpatine, que había sido inmensamente poderoso en la Fuerza, era el único hombre capaz de convertirse en maestro de Mará, la única mujer como ella que Leia conocía.

Haber crecido con el conocimiento de que era ligeramente distinta, sin saber exactamente en qué consistía esa pequeña e inexplicable diferencia, hacía que

Leia pudiera comprender esa necesidad. Leia sabía muy bien lo apremiante que podía llegar a ser la necesidad de tener a alguien que te comprendiera.

— ¿Y no hay nada sobre el sitio al que fueron esos «sujetos» en los archivos? —preguntó. La amarga llama que ardía dentro de su pecho se había ido enfriando poco a poco, pero aun así mientras hablaba su voz le pareció tan extraña como si estuviera escuchando una grabación—. ¿No hay nada sobre el grupo? Qué tamaño tenía, con cuántas naves contaba, qué dirección siguió al marcharse...

La contrabandista meneó la cabeza.

—El expediente ni siquiera mencionaba quiénes y qué eran, y se limitaba a decir que se habían marchado.

—Así que fuiste a Belsavis para averiguar quiénes habían sido.

—No exactamente, pero sentía mucha curiosidad. Archivé todo el asunto en mi mente, y mantuve los ojos bien abiertos para que no se me pasara por alto ninguna mención de aquel sitio. Durante unos cuantos años hubo muchas operaciones de recuperación de materiales funcionando en esas zonas: chips de xileno, hilo de oro, cristales polarizados... Ya sabes, el tipo de materiales con que te encontrarías si alguien estuviera desmontando una vieja base poco a poco. Roca marfileña de unidades antigravitatorios, algunas joyas antiguas... Fui allí en una ocasión, más o menos cuando la batalla de Hoth, pero Nubblyk el Slita controlaba toda la actividad local de una manera muy estricta y no pude quedarme el tiempo suficiente para averiguar nada.

— ¿Te resulta familiar? —Han sacó el chip reluciente del bolsillo en el que lo había guardado—. Nubblyk el Slita se estaba ganando muy bien la vida con ellos, pero estoy seguro de que no se marchó de aquí porque el suministro se acabara de repente. ¿Sabes qué ha sido de él?

Mará se inclinó unos centímetros hacia adelante para estudiar el chip a través de la temblorosa iridiscencia del campo transductor de la Holored, y después volvió a reclinarse en su sillón. El movimiento reveló la larga blancura de sus piernas.

—Es uno de esos chips, no cabe duda. ¿Llegaste a hacer alguna vez el trayecto de Belsavis, Han? En el hemisferio sur hay un lugar que se encuentra lo bastante lejos de cualquier valle o fisura para ser atmosféricamente estable más o menos en el mismo momento cada veinticuatro horas. Lo llaman el Corredor. Las tormentas y la ionización de las capas superiores de la atmósfera impiden la detección de cualquier nave que no descienda siguiendo un haz prefijado. Lo que haces es acercarte a gran altura y bajar muy deprisa, y después te deslizas sobre el hielo hasta llegar a una de las pistas.

—He oído hablar de esas pistas perdidas en el hielo —dijo Han.

Chewie gruñó un comentario gutural.

—Sí —murmuró Han—. A mí tampoco me apetece demasiado hacerlo, desde luego. Supongo que todavía hay una o dos en funcionamiento.

—Por aquel entonces había doce o trece —dijo Mará—. La gran mayoría se encontraban a pocos kilómetros de los valles, y aproximadamente la mitad estaban cerca del Pozo de Plett... Ahora lo llaman Plawal. Nubblyk empezó a

destruir las pistas con cargas térmicas justo después de las Guerras Clónicas, cuando la Brathflen y Exquisiteces de la Galaxia iniciaron sus operaciones comerciales en el planeta. Buscaba fisuras geotérmicas debajo del hielo, cavaba túneles hasta ellas y luego volaba las pistas y todo lo que había en un radio de medio kilómetro alrededor de las entradas de los túneles usando cargas térmicas de alta potencia. Eso hacía que quienes movían la mercancía por el Corredor siguieran dependiendo de Nubblyk, porque sólo Nubblyk sabía dónde estaban las entradas de los túneles. Los Jedi... —Mará volvió a menear la cabeza—. Nunca me lo habría imaginado.

Chewbacca dejó de cepillar su largo pelaje el tiempo suficiente para ofrecer un cálculo acerca de las probabilidades de que Bran Kemple hubiera sido uno de los guías de los túneles.

—Ni lo sueñes —dijo Mará.

Leia apoyó las manos sobre la toalla húmeda que cubría los hombros de Han.

—Y Drub McKumb era uno de los tipos que operaban en el Corredor.

— ¿Drub McKumb? —Los recuerdos hicieron que la frialdad habitual del rostro de Mará se relajara lo suficiente para permitirle sonreír—. ¿Sigue en circulación? Sí, era uno de los que operaban en el Corredor. ¿Cómo...?

Vio la repentina inmovilidad que se había adueñado del rostro de Han, y sus ojos se convirtieron en dos círculos de hielo sombrío.

— ¿Qué ocurrió?

Han se lo explicó rápidamente, y después le contó las aventuras que él y Chewie habían vivido en el subsuelo el día anterior.

—Eran contrabandistas. Mará —dijo después de que se hubiera producido un largo y bastante caro silencio en ambos extremos de la transmisión de la Holored—. Wífidos, un twi'lek, un carosita, un par de rodianos... También había mlukis y humanos. A juzgar por su aspecto, parecía que llevaban años allí abajo. Como Drub.

Mará reaccionó con una sarta de maldiciones breve, abigarrada y altamente malsonante. Después volvió a permanecer en silencio durante unos momentos, con los ojos clavados en la oscuridad más allá de la memoria y del tiempo.

— ¿Te suena como algo de lo que hayas oído hablar antes? —preguntó Leia. Se dio la vuelta, y Han le hizo un hueco en su sillón—. No han encontrado rastros de ninguna droga en su organismo.

—No —dijo Mará, y su voz pareció llegar desde muy lejos—. No utilizaron drogas.

— ¿Quién no utilizó drogas?

Mará no respondió.

— ¿Vader? —preguntó Leia, en un tono de voz todavía más bajo que antes.

Sintió que su piel volvía a arder, una llama abrasadora que envolvía un núcleo de amargura helada. Su padre. El padre de Luke.

«No», pensó. Su padre había sido Bail Organa.

La contrabandista asintió con una seca inclinación de cabeza.

—Vader y Palpatine. —Las palabras surgieron de su boca en un tono seco e impasible que no iba acompañado por ningún matiz, como si supiera que no había nada que pudiera hacer menos duro aquel momento—. Habitualmente lo hacían con criaturas semi-inteligentes: ranats, Avoguizs, agas de Zelosia, cidwens... Las utilizaban para que vigilasen recintos e instalaciones en sitios donde necesitaban a las tropas de asalto para otros trabajos. Lo que hacían era drogarlas con un alucinógeno como el Agujero Negro o el rompecerebros, algo que actuaba sobre los centros cerebrales del miedo y la rabia. Después utilizaban el lado oscuro de la Fuerza para grabar esos efectos en sus mentes haciendo que se volvieran permanentes... Era como tener una pesadilla continua que no cesaba nunca, ni cuando dormías ni cuando estabas despierto. Las criaturas perseguían y mataban a todo lo que se cruzaba en su camino. Palpatine podía impulsarlas con su mente, llamarlas o hacer que se fuesen... No sé de nadie más que pudiera calmarlas.

— ¿Y la roca mental? ¿Daría resultado? —Han deslizó el brazo alrededor de la cintura de Leia, y notó que su cuerpo estaba tan rígido como si se hubiese vuelto de madera—. Para calmarlas, quiero decir... Los médicos de Ithor parecen pensar que podría funcionar, aunque no sé cómo se las pudo arreglar Drub para introducir roca mental en los túneles.

Mará meneó la cabeza.

—No lo sé.

El silencio que siguió a sus palabras fue roto por el suave zumbido que Erredós lanzó desde la puerta para hacerles saber que la cena y el café que Leia había metido en el calentador ya estaban listos. Nadie dijo nada y el pequeño androide, que estaba claro había percibido la atmósfera de la habitación, no emitió más señales.

—Gracias, Mará —dijo Han por fin—. Te debo una cena cuando volvamos a Coruscant. Si puedes transmitirme las coordenadas de esas pistas, tal vez nos sirvan de algo. Siento haberte despertado...

—Siempre es preferible a que un ataque aéreo te saque de la cama.

—Una cosa más. —Leia alzó la mirada de repente—. Nos has dicho que después mantuviste los ojos abiertos en todo lo referente a Belsavis, ¿no? ¿Hubo alguien de la Corte de Palpatine que buscara refugio allí después de la caída de Coruscant? ¿Sabes de algún caso?

La mujer que había sido la Mano del Emperador volvió a recostarse en su sillón e hizo que las memorias, los rumores y los recuerdos desfilaran velozmente por su cerebro como chorros de cinta multicolor, buscando alguna irregularidad o agujero. Pasado un rato acabó meneando la cabeza.

—No sé de nadie que lo hiciera —dijo—. Pero Belsavis no está muy lejos del Sector de Senex. Hoy en día prácticamente es un pequeño Imperio... La familia Garonnin, los Vandron y su gente siempre quisieron que llegara a serlo. ¿En quién estabas pensando?

Leia meneó la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Es una idea que se me ha ocurrido, nada más.

— ¿Te encuentras bien?

Leia giró sobre sus talones. Había subido uno de los postigos metálicos para poder salir al balcón, y la difusa claridad del huerto se desparramaba sobre la habitación por detrás de ella y formaba una barra luminosa que le reveló el contorno del músculo del brazo de Han, las protuberancias de la clavícula y el hombro y la pequeña cicatriz de su antebrazo. El dibujo oscuro del sarong que llevaba era como el moteado negro sobre negro de los flancos de un trepennity se perdía entre las sombras de la habitación.

Leia no respondió. No estaba muy segura de qué podría haber dicho, y ya había aprendido hacía mucho tiempo que era imposible mentirle a Han. La mano de su esposo, seca y fresca gracias al sistema de aire acondicionado de la casa, se posó sobre su hombro desnudo creando un delicioso contraste con el calor pegajoso de la noche.

—No te tortures pensando en Keldor. —Las manos de Han fueron de sus hombros a sus cabellos, y recogieron su negro peso junto a su rostro—. Alguien le encontrará uno de estos días. De la misma manera...

Leia percibió el veloz interrumpirse de las palabras y el pensamiento a mitad de la frase en el levísimo encogimiento de la mano de Han. «Como si creyera que no lo sé —se dijo—. Como si yo no hubiera estado pensando exactamente lo mismo.»

— ¿De la misma manera que alguien encontró a Stinna Draesinge Sha? — pregunté—. ¿Y a Nasdra Magrody..., y a su familia? ¿De la misma manera en que alguien que..., que se hacía llamar a sí mismo patriota del movimiento de Nueva Alderaan vino a verme hace cosa de un mes para darme a entender que había personas dispuestas a hacerse cargo de la factura si yo usaba mi «influencia» para conseguir que asesinaran a Qwi Xux, y a todo el resto de esa larga lista de nombres que se habían limitado a «obedecer órdenes»?

—Bueno, no sé qué decirte sobre Qwi —murmuró Han, acordándose de la genio frágil y delicada cuya mente había sido manipulada para que tomara parte en los trabajos de diseño de la Estrella de la Muerte—. Siempre me pareció más una víctima que cualquier otra cosa, incluso antes de todo lo que tuvo que soportar a continuación... Pero nunca he hablado con nadie que no creyera que tienes todo el derecho del mundo a acabar con los demás.

—No. —Leia suspiró, y tuvo la sensación de que habían pasado años desde la última vez en que había estado lo bastante relajada para poder respirar. Sentir los brazos de Han rodeándola y el contacto de su cuerpo en su espalda era un placer tan maravilloso que no podía ser expresado mediante palabras—. No. No tengo ningún derecho. No si soy Jefe del Estado. No si defiendo el que las cosas se hagan de acuerdo con la ley. No si defiendo y represento todo aquello que Palpatine nunca fue. Creo que eso es lo que resulta más doloroso. Que sea precisamente lo que quiero hacer y lo que no puedo permitirme hacer, y que todo el mundo piense que lo he hecho de todas maneras. Así pues, ¿por qué no lo hago?

—Pero no lo hiciste —le recordó Han con dulzura—. Y tú lo sabes, y yo lo sé.... y eso es lo que importa. ¿Qué es lo que siempre está diciendo Luke? «Sé aquello que quieres parecer.»

Leia tiró de los brazos de Han para que la estrecharan con más fuerza y cerró los ojos y se dejó mecer por los aromas del jabón, la carne de Han y el calor ligeramente sulfuroso de la noche. ¿Había sido aquella misma tarde cuando estuvieron en la torre, cuando había visto a los niños de los Jedi jugando alrededor de la reja que cubría el Pozo de Plett y había sentido la paz perdida y la calma de aquellos días lejanos alzándose a su alrededor como el calor de un sol olvidado hacía mucho tiempo?

—Tengo sueños. Han —dijo en voz muy baja—. Tengo sueños en los que estoy vagando por todas esas salas y habitaciones de la Estrella de la Muerte... Voy corriendo por los pasillos, abro las puertas, miro detrás de las escotillas y busco en todos los armarios y compartimentos porque sé que en algún sitio hay algo, alguna llave que desactivará los rayos destructores. Sueño que corro a lo largo de los pasillos con..., con ese lo que sea apretado entre mis dedos, y sé que si consigo llegar a la Cámara de Ignición a tiempo podré hacer lo que he de hacer. Podré salvarles. Han... Podré desactivar los rayos, y después podré volver a casa.

Los brazos de Han se tensaron a su alrededor y la apretaron contra su cuerpo. Ya sabía que tenía sueños. La había despertado de ellos, y había sostenido su cabeza sobre su pecho mientras lloraba tantas veces que ya había perdido la cuenta. Leia sintió cómo el aliento surgía de sus labios y removía los cabellos de su coronilla.

—No había nada que pudieras hacer —murmuró Han.

—Lo sé. Pero por lo menos una vez al día pienso que no podía salvarles, pero que sí puedo hacer pagar lo que hicieron a los culpables de que murieran. —Giró dentro del círculo de sus brazos y alzó la mirada hacia él para contemplarle bajo la nebulosa claridad color albaricoque—. ¿Lo harías, Han?

Han le sonrió.

—Pero yo no soy el Jefe del Estado.

— ¿Lo harías... por mí?

Han deslizó la mano a lo largo de su mejilla y se inclinó para depositar un beso sobre sus labios.

—No —susurró—. Ni siquiera suponiendo que me lo pidieras.

La llevó dentro. Mientras se volvía para cerrar los postigos detrás de ellos, Leia se detuvo junto a la mesita en la que media docena de pequeños lingotes de cera coloreada flotaban dentro de un gran cuenco lleno de agua. Movió el interruptor del largo cuello del mechero y fue rozando cada pabilo con la punta encendida. Las luces vacilantes y temblorosas pintaron círculos ondulantes de color naranja y ámbar sobre el techo y las paredes. Sus ojos se encontraron con los de Han por encima de las llamitas de las velas flotantes, y Leia dejó que el chal que se había puesto sobre los hombros resbalara de ellos y le ofreció la mano.

No permitirían que durmiese. Seguían entrando en la celda de paredes de acero para hacerle preguntas y amenazarla, para explicarle que aquella persona les había dicho esto y que aquella otra les había dicho tal cosa. Le repetían una y otra vez que había sido traicionada, que por fin se había sabido todo, que su padre siempre había trabajado en secreto para el Imperio, que aquellos en quienes confiaba la habían vendido..., que sería sometida a una lobotomía y llevada a uno de los barracones que servían como casas del placer..., torturada..., ejecutada. Había intentado concentrar su mente en los planos de la Estrella de la Muerte, en la amenaza al Senado, en el peligro que corrían centenares de planetas en vez de en su propio terror...

«No —susurró Leia, intentando salir del horror opresivo y asfixiante de su sueño—. No.»

Y entonces la puerta de la celda se había deslizado a un lado con aquel espantoso siseo, y Vader estaba inmóvil en el umbral, Vader, inmenso y negro y terrible, rodeado por soldados de las tropas de asalto. Y detrás de él, más oscura y reluciente y todavía más amenazadoramente maligna, la lisa y negra masa del Torturador flotando en el aire... — ¡No!

Intentó gritar, pero sólo consiguió emitir un jadeo ahogado. Aun así el sonido bastó para despertarla a la oscuridad y al débil y siniestro zumbido del motor de un androide, y al destello de unas luces rojizas que se movían en la oscuridad.

Había otro ruido, débil y continuo, un chirrido que resultaba un poco familiar...

¿La alarma de sobrecarga de un desintegrador? — ¿Erredós?

Leia se irguió en la cama, confusa y al borde del pánico, y se preguntó si era un sueño y si la terrible sensación de maldad al acecho que estaba experimentando era un residuo de su pesadilla. Una mezcla de chasquido y siseo resonó al otro lado de la habitación y la luz blanca del cortador eléctrico de Erredós iluminó la redonda masa achaparrada del pequeño androide, haciendo que fuese repentinamente visible más allá de los pies de la cama. Una segunda alarma empezó a sonar. La oscuridad que reinaba en la habitación era inexplicablemente tenebrosa, y Leia ni siquiera había empezado a tratar de comprender por qué cuando Han se removió y se dio la vuelta junto a ella, y oyó cómo la puerta del pequeño armario mural se cerraba con un suave chasquido.

El sonido de las alarmas de sobrecarga de un desintegrador se debilitó al instante.

Leia sintió más que vio cómo Han alargaba la mano hacia la pistolera que colgaba junto a la cama, y en ese mismo instante el destello blanco del haz cortador de Erredós iluminó con el extraño resplandor de un cuadro al androide y la esquina de la habitación al lado del armario mientras Erredós acababa de fundir limpiamente la cerradura. -¿Qué...?

Leia dejó caer la mano sobre el interruptor de las luces que había al lado de la cama. Su mente buscó a tientas entre el pánico de la confusión, intentando encontrar las velas que habían iluminado la habitación con una luz tan suave y romántica hacía sólo un rato. Luke le había enseñado cómo...

El fuego volvió a cobrar vida en los pabilos flotantes.

—Pequeño montón de chatarra... ¿Es que te has vuelto loco?

Han cruzó la habitación hasta Erredós, que estaba claro había decidido apostarse delante de la puerta del armario. El veloz palpitar de las alarmas, que había sonado estridente y lejano durante unos instantes, estaba empezando a intensificarse. Leia alargó la mano hacia el desintegrador de reserva que Han normalmente guardaba debajo de la almohada y no encontró nada. En ese mismo instante Erredós giró sobre sí mismo y dirigió su cortador hacia Han. El chorro blanco de electricidad surgió de la punta y Han tuvo que retroceder de un salto, consiguiendo esquivarlo a duras penas. Sus ojos brillaron repentinamente en la tenue claridad azafranada, tan abiertos como platos.

Han y Leia se volvieron hacia las ventanas. El mecanismo de cierre de los postigos se había convertido en una masa de metal fundido.

— ¡Erredós! —gritó Leia, confusa y repentinamente asustada.

Chewbacca rugió al otro lado de las puertas del dormitorio, y los paneles vibraron en sus guías. Erredós se lanzó sobre la puerta, moviéndose a una velocidad asombrosa y con el cortador eléctrico desplegado.

— ¡Suelta el asa, Chewie! —gritó Han una fracción de segundo antes de que el androide lanzara varios miles de voltios contra el asa metálica.

Después Erredós volvió a girar sobre sí mismo con el cortador todavía caliente y siseando envuelto en pequeños relámpagos blanco azulados. Han, que además de gritar su advertencia había iniciado un movimiento hacia el armario, se apresuró a retroceder. El androide le siguió durante un metro antes de detenerse.

— ¡Maldita sea! ¿Qué infiernos crees estar haciendo, Erredós?

«¿Una sustitución?», pensó Leia, agarrando las almohadas de la cama e iniciando un cauteloso círculo en la dirección opuesta a Han. ¿Llevada a cabo cuando Erredós se había escapado mientras iban al Centro Municipal, tal vez? No, era una locura. Sabía que era Erredós.

Erredós volvió a retroceder hacia el armario con el brazo soldador extendido y la punta reluciendo peligrosamente a la luz de las velas. El doble zumbido quejumbroso de los desintegradores seguía subiendo por la escala tonal, una advertencia que parecía surgida del cuerpo de un insecto y que les avisaba de la inminente explosión que destruiría la mayor parte de la casa.

—Ponte las botas. Leia —dijo Han mientras cogía las suyas del rincón en que las había dejado y se apresuraba a calzárselas.

Leia dejó caer su carga de almohadas y obedeció sin hacer preguntas. No podía quedarles mucho más de un minuto. Estaban atrapados en la habitación. Chewie golpeaba el panel de la puerta con algo desde el exterior, pero estaba claro que necesitaría más tiempo para derribarlo del que disponían.

Han se reunió con ella de dos zancadas —no llevaba gran cosa aparte de sus botas, por lo que tenía un aspecto un poco ridículo—, y después giró el cuerpo ocultando su mano al androide durante un momento mientras señalaba a Leia el objeto que quería que utilizara. La misma naturaleza de ese objeto bastó para que Leia comprendiera su plan. Quiso decir que no podían hacerle eso a Erredós.... pero no abrió la boca.

Había algo espantosa y asombrosamente equivocado en todo aquello, pero no tenían tiempo para averiguar el qué, el cómo o el porqué. «No podemos... Es Erredós...»

Han ya estaba avanzando hacia el pequeño androide. Sostenía una manta en una mano, como si planeara usarla para bloquear la carga eléctrica del soldador. El androide permaneció inmóvil, defendiendo el armario cerrado dentro del que los desintegradores continuaban su ululante trayectoria hacia la etapa final de la sobrecarga, pero su pequeño cuerpo metálico prácticamente vibraba con una mortífera disposición a actuar cuando fuese preciso.

«No ha emitido ni un solo sonido», pensó Leia. Han atacó. Erredós se lanzó sobre él y el relámpago salió despedido hacia adelante, y en ese momento Leia cogió de la mesa el cuenco lleno de agua dentro del que flotaban las velas y lo lanzó contra el androide impulsándolo con toda la fuerza de sus músculos. Han ya estaba saltando hacia atrás, moviéndose con los reflejos velocísimos de un hombre que ha pasado toda su existencia dependiendo de sus terminaciones nerviosas, y el pequeño diluvio de agua envolvió la descarga eléctrica de la herramienta cortadora de Erredós, rodeándola con una horrible aureola de luz azulada y chispas que salieron despedidas en todas direcciones. Chorros de humo y pequeños rayos surgieron de la compuerta abierta del androide, y diminutas hebras de electricidad azul saltaron y se retorcieron por los aires mientras Erredós lanzaba un frenético alarido lleno de desesperación. Han pasó corriendo junto a él, atravesó la delgada madera de la puerta del armario con la suela aislada de una bota y sacó los desintegradores. Todo pareció ocurrir en un segundo. «Si Erredós ha soldado las células de energía a los gatillos, le estallarán en la mano», pensó Leia.

Un instante después pensó que era una consideración ridícula, ya que la explosión resultante les mataría a los dos y también acabaría con Chewie.

Han arrancó los núcleos energéticos de los dos desintegradores y lanzó las armas descargadas a través de la habitación, arrojándolas sobre la cama donde Leia las enterró bajo las almohadas. La descarga de activación —sin la energía que habría vaporizado cuanto había dentro de la habitación— fue como un violento eructo, la repentina patada de una enorme criatura salvaje y malhumorada agazapada debajo de las almohadas.

Un instante después Chewbacca se abrió paso a través de la puerta del dormitorio con un estrépito ensordecedor.

Durante un momento todo fue silencio e inmovilidad. Han estaba de pie delante del armario, con la cabeza inclinada y los ojos clavados en los dos núcleos energéticos del desintegrador que siseaban dentro del charco de agua que le rodeaba los pies.

El hedor de las plumas quemadas y el aislamiento calcinado se fue extendiendo por la atmósfera de la habitación.

Chewie miró a Erredós, inclinado hacia adelante, ennegrecido por la descarga eléctrica, inmóvil y muerto. Después gimió y lanzó un prolongado aullido animal lleno de pena y dolor por su amigo.

CAPÍTULO 13

Además de cortar todo el suministro de energía de la casa, Erredós había fundido los comunicadores. Chewbacca tuvo que salir a la neblina humeante de la noche para informar a Jevax de lo que había ocurrido. El Jefe de las Personas de Plawal volvió a la casa con él, preocupado y muy afectado. Les dijo que todavía no se había acostado y que había estado en el Centro Municipal intentando establecer comunicación con Bot-Un, un valle cercano cuyo centro de comunicaciones había dejado de funcionar por quinta vez en seis meses.

—No lo entiendo —dijo el viejo mluki, apartando la mirada de las almohadas quemadas para posarla en el androide ennegrecido e inmóvil sobre el que Han estaba trabajando con expresión sombría para fijar un perno de sujeción—. Las estaciones de bombeo y los alimentadores mecánicos... Sí, en algunos aspectos y pese a lo que quieran decir los jefazos de las corporaciones, no cabe duda de que seguimos operando de manera bastante precaria. La mayor parte de nuestro equipo es de segunda mano, y para ser franco he de confesar que es muy antiguo. Pero su unidad erredós...

—Espere un momento —le interrumpió Leia

Ya se había quitado las botas y se había envuelto en un kimono de confección local adornado con un oscuro dibujo negro y carmesí, y su cabellera colgaba sobre su espalda en una abundante masa bruñida. Había invertido los últimos quince minutos en localizar todas las varillas luminosas y paneles con células energéticas de emergencia disponibles en la casa, y había llegado al extremo de recuperar las velas del charco del suelo

— ¿Me está diciendo que este tipo de fallos de programación son comunes?

—No. —Los ojos llenos de honesta sinceridad del mluki se encontraron con la mirada de Leia bajo el grueso promontorio de sus cejas—. Pero de vez en cuando un alimentador de árboles sufre un leve ataque de locura y se dedica a recorrer las calles rociando a los transeúntes con chorros de pasta nutridora. O un caminante de los hielos decide dar un paseo por los glaciares, con lo que obliga a sus pasajeros a salir de la cabina y volver al valle a pie. La gran mayoría de los que tienen algo que hacer en los glaciares, como por ejemplo los que han de viajar a Bot-Un o Mithipsin siempre llevan consigo trajes térmicos y comunicadores de emergencia para enviar una señal de auxilio en el caso de que llegue a ser necesario.

Jevax extendió sus manos cubiertas de pelos blancos delante de él, y el pelaje plateado de sus orejas destelló cuando inclinó la cabeza a un lado.

—Personalmente, y aunque no soy mecánico, sospecho que es el resultado de haber cubierto el valle con la cúpula —siguió diciendo—. Esta zona siempre fue bastante húmeda, pero cubrir el valle ha hecho que lo sea todavía más que antes, y las estaciones de bombeo no pueden eliminar o neutralizar todos los gases corrosivos que brotan de las fisuras que hay al final del valle. Nunca ha habido informes de problemas mecánicos de esta clase en Bot-Un.

—Pero no ha sido un problema mecánico —argumentó Leia—. Fue un defecto de programación...

—Bueno, eso es lo que dicen los mecánicos de aquí. —Jevax se rascó la cabeza—. Pero los programadores juran que es algo mecánico.

«Eso es muy propio de ellos», pensó Leia a última hora de la mañana siguiente mientras contemplaba cómo Chewbacca hurgaba en las entrañas mecánicas de Erredós entre una siseante erupción de chispazos. Todavía tenía que conocer a un programador que admitiera que unos resultados inesperados y no deseados no eran universalmente atribuibles a un fallo de los mecanismos o a un error del operador. Incluso Qwi Xux seguía estando sincera y honradamente convencida de que la Estrella de la Muerte habría sido una maravillosa herramienta minera.

Y, sí, la atmósfera de la Fisura de Plawal era extraordinariamente húmeda, y pegó la camisa de lino oscuro de Leia a sus brazos y su espalda cuando se inclinó sobre la barandilla de la terraza en la que Han y el wookie estaban trabajando para aprovechar al máximo la luz diurna. Los ingenieros que les había prometido Jevax todavía tenían que llegar para reparar el suministro energético de la casa y abrir los postigos soldados a sus guías. Leia pensó que si seguían un horario de trabajo parecido al del Centro Municipal, no los verían aparecer hasta que las plantas empaquetadoras hubieran vuelto a cerrar con la llegada de la noche.

Y, sí, la maquinaria de segunda mano que no había sido específicamente diseñada para funcionar en climas hiper-húmedos sufría averías de vez en cuando.

Pero se podía presumir que los mecánicos instalarían bloques deshumificadores en toda la maquinaria, y no cabía duda de que esos bloques estaban presentes en todos los pintorescamente anticuados electrodomésticos de la cocina. Y Erredós había pasado un tiempo considerable en los pantanos de Dagobah sin convertirse en un androide homicida, lo cual suponía una muestra de control de sí mismo que Leia no estaba muy segura de ser capaz de imitar después de haber oído contar a Luke lo que había ocurrido en aquel mundo verde infestado de serpientes.

Para usar una de las expresiones favoritas de su vieja niñera, en todo aquello había algo que no le sonaba bien.

Leia apoyó los codos sobre la barandilla de piedra del balcón y pensó que, dijeran lo que dijesen los programadores, un «fallo mecánico» podía explicar el que Erredós enloqueciese y saliera del camino para internarse por entre los árboles..., pero por mucho que forzara su imaginación no podía pensar en nada capaz de hacer que llevara a cabo una serie tan complicada de actividades específicas como cerrar puertas, sellar cerraduras y cortocircuitar cableados dentro de paneles murales y desintegradores.

En cuanto a la posibilidad de una sustitución, no cabía duda de que se trataba de Erredós: los números de serie de su bloque principal y del soporte de su motivador encajaban. Chewbacca —con sus brazos y sus hombros cubiertos por un complejo dibujo de tiras de pelaje afeitado y tiras de carne sintética adheridas debajo, pero aparte de eso muy poco afectado por lo que había ocurrido en las cavernas la noche anterior— no había encontrado ninguna clase de mecanismo de transmisión insertado en los motivadores de Erredós que pudiera haberle proporcionado instrucciones desde el exterior.

Y, en cualquier caso, ¿cuándo podría haber sido instalado? Anoche Erredós sólo había desaparecido de su vista durante unos momentos, y Leia le había oído moverse durante una parte de ese período de tiempo.

—Bueno, ¿qué piensas? —preguntó Han mientras se limpiaba los dedos en un trapo cuyo estado ya era realmente indecible.

Chewbacca se subió las gafas protectoras y dejó escapar un gruñido que podía interpretarse de mil maneras distintas. El wookie había vuelto a montar los motores del *Halcón Milenario* cuando se encontraban mucho más maltrechos que el pequeño androide, y la nave había podido volar. Leia contempló los montones de cableado y alambres que seguían esparcidos sobre las losas de piedra de la terraza y tuvo sus dudas.

Erredós osciló levemente sobre su base y consiguió emitir un débil trino tranquilizador.

— ¿Qué demonios creías estar...? —empezó a preguntar Han.

Leia se apresuró a alargar el brazo para rozarle el hombro y evitar que dijera ni una sola palabra más. Erredós ya tenía que sentirse lo suficientemente mal sin necesidad de escuchar reproches.

— ¿Puedes hablarnos de ello? —le preguntó con dulzura.

Las oscilaciones de Erredós se hicieron más pronunciadas. El pequeño androide hizo girar su cúpula superior de un lado a otro y lanzó un quejumbroso pitido de súplica.

— ¿Que si puede hablarnos de ello? —exclamó Han—. ¡Yo puedo hablarte de ello! ¡Intentó matarnos!

El androide emitió un estridente gemido de desesperación.

—Calma, calma... No pasa nada —dijo Leia. Se arrodilló junto a Erredós, y sus dedos rozaron la juntura de la base pivotante y el cuerpo sin prestar ninguna atención al comentario que masculló su esposo—. No estoy enfadada contigo, y no permitiré que te ocurra nada. —Volvió la cabeza para lanzar una rápida mirada por encima del hombro a Han y Chewie, que supuso formaban una pareja de aspecto francamente siniestro apoyados en la barandilla de piedra con los brazos llenos de taladros y pinzas—. ¿Qué ocurrió?

Todas las luces de Erredós se apagaron de golpe.

Leia se volvió hacia Chewie, que había vuelto a subirse las gafas protectoras de soldadura hasta el final de su enorme frente.

— ¿Estás seguro de que has vuelto a colocar todo su cableado tal como se supone que ha de estar?

—Eh, funciona, ¿no? —replicó Han.

Leia retrocedió mientras Chewbacca se arrodillaba delante de Erredós para reanudar sus manipulaciones. No tenía muchos conocimientos de mecánica —Luke le había enseñado a desmontar y volver a montar un caza X estándar en un par de horas, y si tenía un día bueno incluso era capaz de identificar algunas partes del sistema motriz del *Halcón*—, pero tuvo la impresión de que el wookie estaba volviendo a llevar a cabo algunas de las reparaciones que ya

había hecho hacía una hora. Pero Han y Chewie eran mecánicos, al igual que Luke, y pensaban en términos de un fallo mecánico.

Leia se encontró preguntándose si habría alguna manera de ponerse en contacto con Cray Mingla.

Algo se movió en el huerto debajo de ellos. Un manolio de un chillón color amarillo surgió de entre los helechos como una flor asustada por algo y se alejó con un veloz batir de alas a través de los árboles, y Leia —que nunca había perdido la capacidad de mantenerse en un continuo estado de alerta adquirida durante todos los años de huida interminable transcurridos entre las batallas de Yavin y Endor— volvió la cabeza automáticamente para averiguar qué lo había asustado.

No vio gran cosa, pero era suficiente. Una fantasmagórica impresión de movimiento se desvaneció inmediatamente entre la niebla, pero el traje blanco y la estela de cabellos negros como la noche resultaban inconfundibles.

—Anoche no llegué a preguntártelo. Leia —dijo la voz de Han en el balcón detrás de ella—. ¿Encontraste algo en los archivos de la ciudad?

—Sí —dijo Leia mientras se deslizaba por encima de la barandilla del balcón y salvaba con un ágil salto el metro y medio de distancia que la separaba de las espesas masas de heléchos que se alzaban bajo ella—. Vuelvo enseguida...

La neblina hacía que fuese imposible ver con claridad a más de unos cuantos metros. Los troncos de los árboles, las lianas y los parterres de arbustos y heléchos eran como borrosos recortables unidimensionales perdidos entre aquella grisura vidriosa. Leia entrecerró los ojos y desplegó sus sentidos tal como Luke le había estado enseñando a hacer, y percibió la agitación subliminal de una tela entre las hojas y el chasquido líquido del follaje empapado al ser aplastado bajo un par de pies, y una tenue sombra de perfume.

Su mano se movió en una reacción automática para buscar el desintegrador que colgaba normalmente de su costado sin interrumpir la persecución ni un instante. No había nada, naturalmente, pero Leia siguió adelante. Se esforzó para no perder el rastro de la mujer cuyo rostro había visto la noche anterior bajo la luz de aquel farol del sendero del huerto, y continuó avanzando sin correr pero sin quedarse atrás.

Ya había conseguido recordar dónde la había visto antes.

Leia tenía dieciocho años, y acababa de convertirse en el miembro más joven del Senado Imperial. Las antiguas Casas tenían la costumbre de llevar a sus hijas a Coruscant cuando salían de la escuela de perfeccionamiento a los diecisiete años, o a los dieciséis si sus padres eran lo bastante ambiciosos para adelantar el comienzo de la larga y complicada serie de maniobras que tenían como objetivo conseguir un buen partido en la Corte. Leia se acordó que sus tías se habían quedado horrorizadas cuando se negó a ir, y que luego se habían mostrado doblemente perplejas y escandalizadas cuando su padre apoyó su decisión de no ser presentada al Emperador hasta que pudiera hacerlo por derecho propio en calidad de senadora, y no sencillamente como una joven más perdida en el mercado matrimonial de la Corte del Imperio.

Se preguntó qué pensarían sus tías si pudieran verla casada con un hombre que había iniciado su vida como contrabandista y cuyos padres habían sido dos desconocidos insignificantes de los que nadie había oído hablar nunca. ¿Qué dirían si pudieran verla convertida en Jefe de Estado, después de años y más años de huir por toda la galaxia con su cabeza puesta a precio en compañía de un abigarrado grupo de guerreros llenos de ideales?

Si tenía que ser sincera, Leia debía confesar que no sabía si se habrían sentido horrorizadas o si habrían estado orgullosas de ella. Cuando tenía dieciocho años no las conocía demasiado bien, y no había podido conocerlas tal como una persona adulta conoce a otras personas adultas.

Y todos habían muerto antes de que pudiera llegar a hacerlo.

Salió de entre los árboles del huerto. El vestido blanco se encontraba al otro extremo de la calle del Viejo Huerto, y se movía con una considerable rapidez. Leia pensó que se dirigía hacia la plaza del mercado.

Durante mucho tiempo Leia había intentado no saber si era de día o si ya estaba anocheciendo cuando la Estrella de la Muerte había aparecido en el cielo de la capital de Alderaan. Alguien había acabado informándola de que la Estrella de la Muerte había llegado un cálido anochecer de finales de primavera. La tía Rouge indudablemente habría estado peinándose para la cena delante de aquel espejo de marco dorado de su tocador, la tía Celly habría estado acostada disfrutando de su ataque diario de hipocondría, y la tía Tia habría estado leyéndole en voz alta o hablando a sus pittinos como si fuesen bebés. Leia incluso se acordaba de sus nombres: *Caramelo, Ojitos, Peludo* y *VA-TT,* lo que significaba *Vehículo de Ataque Todo Terreno.* El nombre había sido escogido por Leia, y el pittino era de un rosa pálido y lo bastante pequeño para caber en el hueco de sus manos.

Todos los pittinos también habían muerto cuando alguien bajó aquella palanca a bordo de la Estrella de la Muerte.

Y todo lo demás había muerto también. Todo lo demás.

Leia apretó los dientes hasta hacerlos rechinar mientras seguía avanzando por la pendiente de la calle, manteniéndose cerca del amasijo de viejos muros y comercios y talleres prefabricados y luchando con el escozor que se acumulaba detrás de sus ojos y la espantosa opresión que le formaba un nudo en la garganta. Sus tías habían hecho que su juventud fuese una carga intermitente para Leia, pero no se habían merecido acabar así.

Finalmente fue su padre quien la presentó al Emperador, en la rotonda del Senado y como representante electa más joven de Alderaan. Leia se acordaba igual que si fuese ayer de aquellas pupilas oscuras y malignas que la habían contemplado con la fijeza inmóvil de los ojos de un lagarto desde el rostro marchito medio oculto por la sombra del capuchón negro. Pero fueron sus tías las que insistieron en llevarla a la gran sala del palacio aquella noche.

Y fue allí donde había visto a aquella mujer.... a aquella muchacha.

Leia tenía dieciocho años y llevaba el austero traje blanco de su nuevo cargo, al igual que su padre. No había muchos senadores, y la multitud que llenaba el inmenso recinto flanqueado por la gran columnata parecía un parterre de flores otoñales repleto de tonos bronce, oro, violeta y verde oscuro.

Entre el surtido habitual de cortesanos, los hijos e hijas de los gobernadores y los moffs y los descendientes de las antiguas Casas aristocráticas, la atención de Leia había sido atraída enseguida por media docena de mujeres de una belleza realmente impresionante, exquisitamente ataviadas y enjoyadas como princesas, que no parecían ser ni esposas de burócratas ni pertenecer a los grupos más elitistas de las antiguas Casas y sus vasallos. Le había preguntado a su tía Rouge quienes eran, y había obtenido un «A quien el Emperador desee invitar es asunto suyo, mi querida Leia, pero no tenemos ninguna obligación de hablar con ellas» pronunciado en un tono seco, cortante y lleno de superioridad.

Leia enseguida había comprendido que eran las concubinas del Emperador.

La mujer —la muchacha— había sido una de ellas.

Leia estaba alcanzándola. La mujer volvió la cabeza mientras avanzaba velozmente por entre los puestos de verduras, cosméticos, joyas y pañuelos de la plaza del mercado, como un pececillo que esperase despistar a un pez más grande metiéndose por entre unas rocas multicolores. De repente echó a correr y Leia echó a correr detrás de ella, esquivando vendedores y clientes y las ocasionales hileras de carros antigravitatorios que venían de los huertos. La mujer —Leia pensó que sólo debía de tener unos pocos años más que ella— se metió por un callejón, y Leia pasó corriendo por delante de su entrada y después dobló por la angosta calle que había detrás. Las casas de los alrededores de la plaza del mercado eran bastante antiguas, y habían sido construidas sobre los cimientos medio hundidos y las plantas bajas de los edificios originales del pueblo. Leia bajó por un corto tramo de peldaños en una silenciosa carrera, y después serpenteó por entre las gruesas y achaparradas columnas de lo que en tiempos había sido un salón de aguas termales y se había convertido en una especie de sótano abierto bajo la resplandeciente blancura prefabricada de la casa que se alzaba sobre ella, con remolinos de niebla que le llegaban hasta la altura de las rodillas agitándose a su alrededor y la débil pestilencia del azufre y los kretchs flotando en el aire. Llegó al otro extremo y volvió a meterse en el callejón.

La mujer se había ocultado detrás de un montón de cajas y estaba vigilando la boca del callejón para ver si Leia iba a volver por allí. Seguía siendo esbelta y no muy alta, casi infantil, como había sido hacía once años. Su exquisito rostro ovalado no mostraba ni una sola huella del paso del tiempo y sus ojos negros y levemente rasgados estaban libres de arrugas y, durante un momento y aunque no guardaba ninguna relación con aquello, Leia no pudo evitar el acordarse del vasto catálogo de productos de belleza de Cray, que tenían nombres como Crema Antiarrugas de Mora Suave o Agua Destilada del Fruto-Camba Moltokiano y que habían sido concebidos para preservar tal perfección. La cabellera negra que colgaba por su espalda en una pesada coleta rodeada por anillos de bronce —la misma que se había alzado sobre su cabeza para formar el complejo tocado parecido a una máscara en la gran sala del Emperador— aún no había sido rozada por el gris de las canas.

Leia había estado intentando recordar el nombre de la mujer desde que había salido de la casa del huerto, y por fin lo consiguió justo cuando salía de entre las columnas de lava para entrar en el callejón.

—Roganda —dijo.

La mujer giró sobre sí misma, llevándose una mano a los labios en una reacción automática de sorpresa y sobresalto. Las hilachas de neblina que eliminaban las sombras hacían que resultara difícil verle los ojos, pero pasado un momento Roganda Ismaren dio un paso hacia adelante y se dejó caer a los pies de Leia en una gran reverencia.

—Alteza...

Leia nunca había oído su voz. La tía Rouge se había asegurado de ello. Era suave y bastante aguda, con una ceceante dulzura infantil.

—Os lo suplico. Alteza... No me traicionéis.

— ¿A quién? —preguntó Leia, siempre práctica.

Movió una mano indicándole que se levantara. El viejo movimiento de la mano que los profesores de buenos modales cortesanos de sus tías habían acabado grabándole en el cerebro volvió a ella sin ninguna dificultad, un susurro del pasado muerto.

Roganda Ismaren no era la única que corría peligro de ser traicionada. Leia y Han probablemente descubrirían que les resultaba mucho más difícil proseguir sus investigaciones —suponiendo que realmente hubiera algo que investigar— si se llegaba a saber quiénes eran.

Roganda se levantó. El extremo de su traje removió las nubéculas de niebla que subían desde los cimientos de la vieja casa y el final de la calleja llena de musgo.

—A ellos.

Movió la cabeza señalando los ajetreados ruidos del mercado, medio invisibles en la niebla, y su gesto abarcó los cimientos de piedra de las casas que se alzaban a su alrededor y los cubos blancos llenos de parches con sus terrazas, sus celosías y sus escalones. Todos los movimientos de su cuerpo seguían conservando la belleza implícita de una danzarina. Al igual que a Leia, le habían enseñado cómo debía comportarse en todo momento.

—A cualquiera de esta ciudad —siguió diciendo—. El Imperio la destruyó por completo no hace mucho tiempo, y hasta los que llegaron después tienen motivos para odiar a quienes servían al Emperador incluso si lo hacían sin quererlo o en contra de su voluntad.

Leia se relajó un poco. La mujer estaba desarmada, a menos que llevara una daga o un desintegrador extremadamente pequeño oculto debajo de aquella sencilla túnica de lino blanco, y la textura casi líquida de la tela hacía que incluso esa eventualidad fuese muy improbable. Como concubina de Palpatine, Roganda se habría encontrado atrapada por el fuego cruzado entre los amigos del Emperador y sus enemigos. Leia se preguntó cómo se las habría arreglado para salir de Coruscant.

—Este sitio ya lleva siete años siendo mi refugio, y me ha permitido vivir en paz y seguridad —continuó diciendo Roganda en voz baja y suave mientras unía las manos en un gesto de súplica—. No me expulséis de aquí para que deba buscar otro hogar.

—No, claro que no —replicó Leia, sintiéndose un poco incómoda—. ¿Por qué escogiste este sitio?

Sólo pensaba en la gran sala del Emperador y en el peinado lleno de joyas que había lucido Roganda, aquella masa dorada recubierta por un deslumbrante estallido galáctico de topacios, rubíes y citrinos. Se acordó de las complejas masas y protuberancias de las faldas de seda iridiscente, que eran sostenidas por placas enjoyadas tan grandes como la palma de su mano para que formaran volutas y ondulaciones; de las cadenas de gemas, tan finas y delicadas como las hebras de un bordado, que colgaban en una hilera detrás de otra desde la esplendorosa curva dorada de su cuello de concubina. La cabellera de Roganda había sido aumentada y amplificada mediante tiras de encajes y retazos de seda de todos los tonos del oro y el carmesí, y sus blancas manecitas habían sido una gloria de anillos que brillaban y centelleaban.

Pero Roganda titubeó y pareció retroceder de una manera casi imperceptible.

— ¿Por qué me lo preguntáis? —murmuró—. Estaba muy lejos de todo... —se apresuró a añadir—. Nadie lo conocía y nadie me buscaría aquí, ni los rebeldes de los que huí cuando me fui de Coruscant ni los señores de la guerra que intentaron reconquistarlo. Sólo quería vivir en paz.

Sus labios se curvaron en una tímida sonrisa.

—Ya que habéis venido hasta tan lejos, ¿querréis ver el sitio en el que vivo? —Roganda señaló el otro extremo del callejón con la mano—. No son unas habitaciones muy elegantes, porque no se puede comprar mucha elegancia con un sueldo de empaquetadora de fruta, pero me enorgullezco de mi café. Es el único resto de las glorias pasadas que aún perdura.

El café que se sirvió en la gran sala del Emperador había sido una de las cosas que habían quedado grabadas en la mente de Leia. El Emperador tenía granjas especiales en varios planetas adecuados para que le proporcionasen los granos de café que serían utilizados única y exclusivamente por su Corte, y entre ellas había varias que producían la liana del café, una variedad notoriamente difícil de cultivar. La transición a aquella pequeña ciudad de provincias perdida entre sus huertos no podía haber sido nada fácil para Roganda.

—En otra ocasión —dijo Leia, meneando la cabeza—. Pero seguramente había otros lugares a los que podías haber ido, ¿no?

—Había pocos que estuvieran tan alejados de todo como éste.

Roganda medio sonrió, y apartó los zarcillos de cabellos oscuros que flotaban sobre su frente. Su tez tenía la blancura muy clara y pálida de quienes viven sin luz de sol, a bordo de naves estelares o en el subsuelo o en planetas como aquel, donde la tenue claridad solar que se filtraba a través de las neblinas tenía que ser amplificada por el cristal de la cúpula.

—Ahora ya ni siquiera los contrabandistas vienen mucho por aquí —siguió diciendo—. Sabía que no iba a ser bien acogida en la República. El nombre del Emperador era demasiado odiado, y aquellos que no habían sido... coaccionados de la manera en que él podía llegar a hacerlo, nunca entenderían que era totalmente imposible oponerse a su voluntad.

Leia se acordó de lo que Luke le había contado acerca de los días que pasó sirviendo al clon del Emperador, y se estremeció.

—Y en cuanto a ir a los mundos y las ciudades que todavía están bajo el control de los Gobernadores del Imperio y los nuevos señores de la guerra, o a los planetas donde las antiguas Casas no han perdido su poder...

Roganda se estremeció, como si por el callejón soplaran vientos helados en vez del denso calor de las neblinas que flotaban perezosamente de un lado a otro.

—Me prestó a demasiados de ellos..., como regalo. Lo único que quería era... olvidar.

— ¿Qué hacías delante de la casa?

—Os esperaba —se limitó a responder Roganda—. Quería tener una oportunidad de hablaros a solas. Anoche os reconocí cuando vuestro androide tuvo ese pequeño problema... Espero que consiguierais devolverlo al camino sin que le ocurriese nada. Estuve a punto de bajar para ayudaros, pero... En otros mundos donde pensé encontrar refugio ya había tenido experiencias muy malas con quienes me recordaban de los tiempos de la Corte del Emperador. Y admito que en aquel entonces me sentía lo..., lo suficientemente infeliz y desgraciada para llegar a hacer algunas tonterías.

Volvió el rostro a un lado e hizo girar nerviosamente el anillo con un pequeño topacio de su dedo, que probablemente era la única joya que conservaba de aquellos días. Leia pensó que tal vez fuera lo único que le había quedado por vender después de haber pagado su billete hasta allí. La mano de Roganda seguía siendo blanca y diminuta, y tan frágil como un pajarillo criado dentro de una jaula.

—Me faltó el valor —concluyó, sin atreverse a mirarla a los ojos—. Después empecé a temer que me hubierais reconocido, que pudierais hablar de mí a vuestro esposo y que él hablara con otros. Yo... Decidí buscar la ocasión de hablaros en privado para poder suplicaros que guardarais silencio acerca de mí.

Un torrente de música alegre y estridente brotó del mercado cuando los malabaristas iniciaron sus exhibiciones de habilidad. «Vengan por aquí, damas y caballeros —gritó un pregonero—. Tres vueltas, y luego un salto mortal...» Leia oyó el débil chasquido esquelético de un alimentador mecánico de árboles que salía de un taller de reparaciones para volver a los huertos, y la voz musical de un ithoriano canturreó «¡Tartas recién horneadas, tartas recién horneadas! De podón y brandifert, las más sabrosas de toda la ciudad», mientras las gigantescas góndolas tachonadas de flores de los lechos de lianas de café y seda se deslizaban a lo largo de sus guías muy por encima de sus cabezas, subiendo y bajando tan silenciosamente como pájaros bajo el cristal de la cúpula.

—Pero no lo hiciste.

Roganda volvió a bajar la mirada hacia sus manos e hizo girar su anillo.

—No —dijo. Sus largas pestañas negras temblaron—. No puedo... La verdad es que no sé cómo explicarlo. Llevo tanto tiempo teniendo miedo... Resulta

muy difícil de explicar a alguien que no haya pasado por lo que yo he tenido que soportar.

Alzó sus ojos implorantes hacia Leia, y la oscuridad y los viejos recuerdos brillaron en ellos como lágrimas no derramadas.

—A veces me parece que nunca dejaré de tener miedo. Algunas noches pienso que nunca dejaré de tener esas pesadillas en las que él me atormenta, y que seguirán conmigo mientras viva...

—Tranquilízate. —La voz de Leia resonó en sus oídos con una extraña y torpe aspereza, como debilitada por el recuerdo de sus propias pesadillas—. Te prometo que no te traicionaré a quienes viven aquí. —Gracias. —La voz de Roganda apenas si era un murmullo—. ¿Estáis segura de que no queréis tomar un café conmigo? —preguntó después, y sus labios lograron formar una sonrisa temblorosa—. Sé preparar un café bastante bueno. Leia meneó la cabeza.

—No, gracias —dijo, y le devolvió la sonrisa—. Han se estará preguntando adonde he ido.

Dio un par de pasos hacia la plaza del mercado, y entonces un nuevo recuerdo del pasado acudió a su mente e hizo que se diera la vuelta. Era algo que su tía Celly le había murmurado en un rincón cuando la tía Rouge estaba sermoneando al señor de la Casa Elegin acerca de cómo debían comportarse los jóvenes nobles. —Roganda... ¿No habías tenido un hijo?

Roganda desvió rápidamente la mirada, y cuando respondió su voz apenas pudo ser oída por encima del parloteo musical del mercado. —Murió.

Después giró velozmente sobre sus talones y se esfumó entre la neblina, y los remolinos blancos la absorbieron como si fuese un fantasma envuelto en una túnica blanca.

Leia se quedó inmóvil en el angosto callejón y no dijo nada, y se acordó del día en que los rebeldes conquistaron Coruscant. El palacio del Emperador —aquel soberbio e interminable laberinto de techos de cristal, jardines colgantes y pirámides de mármol azul y verde que relucían con el brillo del oro. aposentos de verano, aposentos de invierno, salas del tesoro, pabellones, cuartos de música, prisiones, pasillos, residencias de gracia-y-favor para concubinas, ministros y asesinos minuciosamente adiestrados— había sido ferozmente bombardeado y ya estaba medio saqueado, y los partisanos rebeldes habían matado a todos los miembros de la Corte del Imperio a los que pudieron capturar. Si su memoria no la engañaba, entre ellos estaban no sólo el Presidente del Departamento de Castigos y el jefe de la Escuela de Torturadores del Emperador, sino también el diseñador de trajes de la corte y un gran número de sirvientes menores y totalmente inocentes de todas las edades, especies y sexos cuyos nombres ni siquiera habían llegado a ser comunicados.

«No me extraña que Roganda se retorciera las manos de puro miedo», pensó Leia mientras cruzaba la plaza del mercado.

Y se detuvo para ser maldecida por el conductor de una ruidosa carreta mecanizada repleta de zapatos baratos fabricados en Jerijador, pero Leia apenas si se dio cuenta. Estaba viendo con una repentina y asombrosa

claridad el anillo de topacio en la mano de Roganda, esa mano todavía más pequeña que la suya y que casi parecía de niña, y en la que no había ni un solo vendaje, arañazo o mancha púrpura.

«No se puede comprar mucha elegancia con un sueldo de empaquetadora de fruta...»

Parlanchín, el viejo amigo de Oso Nim, lucía un mínimo de tres vendajes en sus dedos, al igual que la mitad de la clientela del Toberas Humeantes y la gran mayoría de las personas con las que se había cruzado en el mercado. Tenían vendajes en los dedos, y las manos de color púrpura —0 rojo, o amarillo, dependiendo de si empaquetaban lianas de arco, brandifert, lipana o liana del café—, y el podón y el slochan eran lo suficientemente resistentes para ser manipulados por androides.

Y mientras apretaba el paso para volver lo más deprisa posible a la casa de la calle del Viejo Huerto, Leia se encontró preguntándose qué le habría ocurrido si hubiera ido a tomar un café a las habitaciones de Roganda.

CAPÍTULO 14

¿Quién eres?

Las palabras relucieron en un silencio ambarino en la oscuridad casi completa del despacho del contramaestre de la Cubierta 12. Un delicado y complejo zumbido resonó en algún lugar del laberinto de corredores y habitaciones y lo llenó de ecos: eran los talz, que estaban cantando en su enclave oculto de los camarotes de los suboficiales. Antes de desactivarse, Cetrespeó había intentado establecer contacto con la Voluntad en aquella terminal y le había informado de que aunque seguía habiendo energía en algunos de sus circuitos, la eterna codicia de cables que impulsaba a los jawas había hecho que arrancaran las conexiones del ordenador en algún punto de la línea.

Luke pensó que tal vez fuera ésa la razón por la que se sentía instintivamente seguro allí.

Los gemidos lejanos cesaron y se reanudaron un instante después con un ritmo transmutado. Incluso los sistemas de circulación de aire guardaban silencio. Las salas olían a jawas y talz, y a las vaharadas de vainilla desprendidas por los kitonaks amontonados como champiñones rechonchos al final del pasillo que parloteaban interminablemente con sus vocecillas chirriantes. Luke clavó la mirada en el pozo de ónice de la pantalla y se sintió repentina y mortalmente cansado.

«¿Quién eres?»

Tenía el presentimiento de que ya lo sabía.

La palabra surgió de las profundidades de la pantalla apareciendo entera y no letra por letra, como si llevara mucho tiempo existiendo dentro de ellas.

>Callista<

Luke contuvo el aliento. En realidad, no había creído que aquello fuera a dar resultado.

>La joven se encuentra bien. No le han hecho daño. No más del que habría sufrido durante una sesión de entrenamiento un poco más dura de lo habitual

El alivio fue un torrente de sensación tan violento que casi parecía una jaqueca, y la liberación de la tensión fue tan repentina e intensa que faltó muy poco para que se convirtiera en un dolor físico.

Gracias, tecleó Luke. Le sorprendió ver lo total y espantosamente inadecuadas que resultaban las palabras cuando las vio aparecer en la pantalla. Era lo que decías cuando alguien apartaba una silla de tu camino si tenías las manos ocupadas. No tenía nada que ver con los androides interrogadores de la Zona de Detención: con los morados del rostro de Cray o con la muerta amargura de sus ojos, ni con los gamorreanos que habían sostenido encima del triturador al jawa que no paraba de gritar.

—Gracias —le murmuró a la oscuridad ya no del todo vacía de la habitación —. Muchas gracias.

>Están en la Cubierta 19, en el hangar de mantenimiento de estribor. Han desmantelado media docena de cazas TIE para construir su aldea..., o por lo menos Mugshub ha ordenado que lo hicieran. Todo el trabajo corre a cargo de las cerdas<

Hubo una pausa.

>Lo cual es una suerte, teniendo en cuenta que el promedio de inteligencia de los jabalíes es un poco inferior al de una mezcladora de cemento y que no sirven para nada aparte de para buscar pelea y fabricar pequeños gamorreanos<

¿Puedes hacerme llegar hasta ahí arriba?

>Puedo llevarte hasta el pozo de subida de carga que están utilizando como túnel de comunicaciones. Han puesto trampas, y está vigilado. ¿Puedes levitar?<

Sí, he estado...

>No es necesario que uses el teclado. Vigilancia Interna ha colocado trampas y sistemas de registro en todas las salas y pasillos de esta nave. Son unos chicos encantadores<

—He estado usando perígeno para mi pierna —dijo Luke, sin apartar los ojos de la pantalla como si fuese un muro o una ventana pintada de negro detrás de la que habitaba la mujer—. Está empezando a interferir un poco en mi concentración, pero podré hacerlo.

Aún no había acabado de hablar cuando se estremeció. Además del efecto colateral de reducir sus niveles de concentración que acabaría padeciendo más tarde o más temprano, la fatiga, el agotamiento y el lento roer del dolor constante estaban erosionando todavía más su capacidad de manipular la Fuerza. Pensar que debería autolevitarse a lo largo de un pozo que tenía centenares de metros de profundidad era una idea francamente inquietante.

— ¿Quién eres? —volvió a preguntar, aunque esta vez la pregunta tenía un significado distinto.

La mujer no replicó. Más palabras de color ámbar aparecieron en la pantalla pasado un rato muy largo.

>El androide que está con ella, el de los ojos vivos... ¿Qué es? ¿Qué es todo esto? ¿Es alguna nueva clase de criatura que Palpatine cree poder utilizar? ¿Qué está ocurriendo entre ellos?<

—Palpatine está muerto.

Destellos de luz láser mostrando los huesos del Emperador dentro de su cuerpo... El dolor en los huesos y en la carne de Luke, destruyéndole. La voz de Darth Vader...

Expulsó las imágenes de su mente.

—El Imperio se ha desintegrado en seis, tal vez diez fragmentos relativamente grandes gobernados por señores de la guerra y Gobernadores. El Senado controla Coruscant y la mayor parte del Borde Interior. Una Nueva República ha sido establecida, y se va fortaleciendo poco a poco.

La pantalla quedó a oscuras durante un momento. Después una pauta resplandeciente se extendió por ella, un dibujo que iba creciendo, una danzante geometría espiral de alegría que se desplegaba en todas direcciones. Luke comprendió que era la alegría de la mujer. Era la esencia, el corazón de lo que él mismo había sentido en aquella aldea arbórea de la verde luna de Endor cuando comprendió que el primer y terrible obstáculo había dejado de existir.

Música surgida de alguien que ya no tenía una voz.

La alegría de la danza de quien carecía de cuerpo.

Deleite triunfal, y la gratitud más absoluta imaginable.

¡Hemos vencido, hemos vencido! Yo he muerto, ¡pero hemos vencido!

Luke sabía que si la mujer hubiera estado físicamente presente allí se habría arrojado a sus brazos.

Al igual que Triv Pothman, había estado esperando durante mucho tiempo.

Lo que dijo la mujer fue **>Has hecho que todo lo que he soportado valiera la pena<**

Los dibujos giraron locamente por todas las pantallas de la habitación y después se alejaron velozmente, como un anillo de olas danzarinas que se va desplegando hacia el exterior.

—Casi —dijo Luke en voz muy baja.

Hubo otra larga pausa.

>Un 98%<

Luke sabía que había una parte de broma en esa réplica, y se rió.

>¿Eres el Maestro Luke? ¿Te llamas realmente Calrissian, o es una identidad falsa?<

—Me llamo Skywalker —dijo Luke—. Luke Skywalker.

Luke fue consciente del silencio implícito en el repentino ennegrecimiento de la pantalla.

—El hijo de Anakin —añadió en voz baja—. Fue Anakin quien mató a Palpatine.

Seguía sin haber nada en la pantalla, pero Luke percibió las mareas cambiantes del pensamiento de la mujer y su absorta contemplación de los abismos del tiempo con tanta claridad como si estuviera contemplando los ojos de otra persona.

>Cuéntamelo<

—En otra ocasión —dijo Luke—. ¿Qué le ha ocurrido a esta nave y a esta misión? ¿Qué ha vuelto a ponerla en marcha? ¿De cuánto tiempo disponemos?

>No sé de cuánto tiempo disponemos. Estoy... Podríamos decir que estoy al lado de la Voluntad, pero hay algunas cosas de la Voluntad que no quiero y no puedo tocar. Llevo treinta años existiendo de esta manera. Conseguí inutilizar los receptores, y antes de venir aquí dañé o destruí la mayor parte de los relés de autoactivación que habrían hecho entrar en

acción al núcleo del ordenador mediante una señal de control remoto. Los componentes de los relés fueron aplastados, hechos añicos, destruidos. Nadie podría haberlos encontrado para activar esta instalación mediante ese medio, pero seguía existiendo el peligro de que la instalación pudiera ser activada manualmente. Por eso me... quedé.<

—Entonces yo tenía razón. —Luke sintió un cosquilleo de temor que se fue extendiendo por todo su cuero cabelludo—. Lo sabía, lo había percibido... Esos cañones no fueron disparados por ningún mecanismo. En una nave de estas dimensiones...

>No. Yo fui quien disparó los cañones. Es donde he pasado todos estos años, en los ordenadores del sistema artillero... Estaba segura de que erais agentes del Imperio. Antes de que subierais a bordo no había nadie, y a bordo no hay nadie salvo vosotros, y los alienígenas traídos por los transportes después de que la Voluntad volviera a ser activada.<

—No lo entiendo —dijo Luke—. Si nadie subió a bordo hasta que la Voluntad fue activada...

>Fue la Fuerza. Lo sentí, pude percibirlo... Los relés de activación inutilizados fueron disparados, después de todos esos años, mediante el uso de la Fuerza<

Luke quedó tan perplejo que no supo qué decir. Las nítidas letras ambarinas eran como un martillazo asestado directamente sobre su corazón.

— ¿La Fuerza? —Se inclinó hacia adelante como si quisiera tocar el brazo o la mano de la mujer que no estaba allí—. Eso es imposible.

>Sí, ya sé que es imposible<

—La Fuerza no puede afectar a los androides ni a los sistemas mecánicos.

>No, no puede hacerlo<

Luke pensó en ello durante unos momentos, e intentó comprender lo que significaba o podía llegar a significar. Ithor volvió a su mente, y con él aquella marea de terror helado que había sentido cuando se hallaba sumido en un semitrance al lado de Nichos y había experimentado aquella repentina percepción de que algo andaba terriblemente mal. La oleada de oscuridad que se iba desplegando en todas direcciones, extendiéndose, buscando: los números aleatorios que le habían conducido hasta allí, el sueño de algún ataque terrible que se acercaba sigilosamente a través de la noche del desierto...

—Sí, pero... ¿Por qué? ¿Por qué bombardear Belsavis ahora? Allí no hay nada.

Nada salvo Han, Leia, Chewie y Erredós; nada salvo millares de personas inocentes, y el puñado habitual de personas que no eran tan inocentes. Y Han y Leia todavía no habían llegado allí cuando percibió aquella primera oleada de tinieblas. Que Luke supiera, nadie estaba enterado de su destino.

—Atención todo el personal: preséntense en la sala de reuniones de su sección. —La voz de contralto del vocalizador del ordenador irrumpió repentinamente en sus pensamientos—. Todo el personal debe presentarse en

la sala de reuniones de su sección. La abstención o la negativa declarada serán consideradas como...

>Será mejor que vayas<, le aconsejaron las letras anaranjadas desde la pantalla. **>No puedes permitir que tus acciones sean consideradas como una demostración de simpatía con las intenciones de etcétera etcétera. Vigila tu espalda<**

Durante un momento Luke casi pudo ver su sonrisa.

• **La Sección 12-C del Código Militar Imperial considera como delitos condenados con la pena capital, entre otros: la incitación al motín contra la autoridad debidamente constituida; la participación en un motín; ocultar amotinados o sospechosos de serlo a la autoridad central de la nave; ocultar evidencias de actos de motín o sabotaje planeados o ejecutados a la cadena de mando, estructura física o sistemas de autocomprobación automática a bordo de cualquier navío de la Flota.**

• **Después del examen de todas las evidencias, la acusada ha sido considerada culpable de un acto de amotinamiento contra la autoridad central de este navío, y de haber incitado mediante su participación a que se produjeran más actos de amotinamiento y sabotaje llevados a cabo por personas desconocidas.**

— ¿Cómo, es que ahora también le están echando la culpa a Cray de lo que han hecho los jawas? —le murmuró Luke a Cetrespeó.

El androide de protocolo había vuelto a activarse para acompañarle a la sala de la sección. Estaban en la entrada de babor, medio ocultos por los kitonaks que habían sido llevados hasta allí el día anterior para que presenciaran el juicio de Cray y que habían seguido inmóviles en aquel rincón desde entonces, sin parar de parlotear entre ellos ni un solo instante.

La tribu de los gakfedds, que se encontraba más cerca de la pantalla, rugía, chillaba y lanzaba abucheos.

— ¡Esa bruja tiene la culpa de todo!

— ¡Es la que está detrás de los condenados rebeldes!

• **A pesar del excelente historial de la acusada, es decisión de la Voluntad que la soldado Cray Mingla sea ejecutada mediante enclisión láser a las 16 horas del día de mañana. Todo el personal deberá presentarse en sus salas de reuniones...**

—Luke... —Cray alzó la voz para hacerse oír por encima del zumbido monocorde del vocalizador del Puesto de Justicia. Su rostro se había vuelto de un gris ceniza bajo los morados, y sus ojos oscuros estaban llenos de agotamiento y nublados por el dolor interior—. ¡Sácame de aquí, Luke! ¡Por favor, Luke, sácame de aquí! Estamos en la Cubierta Diecinueve, Sector Frontal de Estribor, Hangar de Mantenimiento Siete, subimos por el Ascensor Veintiuno, está vigilado y protegido con trampas...

Los gakfedds lanzaron aullidos burlones, y el centinela klagg más cercano se volvió hacia Cray en la Cámara de Justicia.

—Silencio, cara de yeso —ordenó secamente.

Cray —Cray, que a pesar de todos sus maquillajes y su elegancia nunca había mostrado miedo físico en toda su vida y a la que Luke nunca había visto asustada— se encogió sobre sí misma, y Luke se sintió invadido por un torrente de rabia tan intensa y abrasadora que hizo desaparecer incluso el dolor de su pierna.

Pero siguió hablando a toda velocidad mientras los centinelas la agarraban de los brazos y empezaban a tirar de ella, llevándola a rastras hacia la puerta.

— ¡Ascensor Veintiuno! Diez guardias, hacen rebotar rayos desintegradores por el conducto para que den en las puertas inferiores, hay una trampa a los diez metros de pasillo...

— ¡Sí, habíamos de todo eso, asquerosa rebelde!

— ¡Al cuerno con la enclisión láser, hervidla hasta que eche vapor!

— ¡Arrojadla al triturador!

— ¡Metedla en los tanques de enzimas!

—Eh, echadla a los gusanos de la basura...

—Mañana a las dieciséis horas —murmuró Luke mientras un miedo helado luchaba con la rabia al rojo vivo que llameaba en sus venas—. Podemos...

— ¡Eh! Tú...

Ugbuz, Krok y tres o cuatro jabalíes más acababan de aparecer ante él. Sus gruesos brazos estaban cruzados delante del pecho, y sus ojillos amarillentos relucían con destellos malévolos bajo el brillo reflejado de las luces de emergencia que habían pasado a ser la única fuente de iluminación existente en la mayor parte del sector. La nave se estaba oscureciendo rápidamente a medida que un número cada vez mayor de sistemas iba dejando de funcionar. Los jawas estaban robando las células de energía de las lámparas de emergencia y todas las varillas luminosas que conseguían encontrar, por lo que alguien había introducido pabilos encendidos en cuencos de plástico rojo llenos de aceite para cocinar y los había esparcido por toda la sala. Ya se había producido un pequeño incendio en una sala de descanso cercana, originado por la misma fuente. Los MSE y los PU-80 todavía estaban muy ocupados con el montón de restos empapados por los rociadores del techo. Cuando Luke pasó por allí para ir a la sala de reunión del sector, había visto jawas que se llevaban a varios MSE y extraían las células de energía de los androides de mayor tamaño, y había pensado que parecían un enjambre de myrmins haciendo estragos en una merienda campestre.

Toda la sección olía a humo y a gamorreanos.

—He introducido tu nombre en el Ordenador Central, Calrissian —dijo Ugbuz, y se interpuso entre Luke y la puerta.

Luke estaba tan agotado que incluso algo tan sencillo como el concentrar la Fuerza sobre la mente de Ugbuz le resultó muy difícil.

—No soy el mayor Calrissian.

—Eso es lo que dice el ordenador, amigo —gruñó Krok—. Bueno, ¿quién eres y qué estás haciendo a bordo de esta nave?

—Sabemos lo que está haciendo...

—Estáis pensando en otro.

Pero Luke sintió la fría sombra de otra entidad oculta dentro de sus mentes, y percibió la espantosa e inquebrantable convicción de la Voluntad agazapada en ellas.

Cetrespeó se volvió hacia el kitonak más próximo y soltó un interminable encadenamiento de silbidos, zumbidos y pausas glotales que fue escuchado con gran atención por todos los kitonaks mientras Ugbuz seguía hablando.

—Desde que pusiste los pies a bordo han estado ocurriendo cosas muy raras, muchacho, y creo que tú y yo tenemos que mantener una pequeña charla acerca de ellas.

Los gamorreanos estrecharon el círculo que habían formado en torno a Luke en el mismo instante en que los kitonaks se acercaban con un repentino ondular de interés acompañado por ruidosos burbujeos y, como una sola entidad, se lanzaban sobre los gamorreanos. Cada kitonak rodeó el brazo de un gamorreano con sus enormes y rechonchas manos, y después todos empezaron a hablar al unísono.

Luke echó a correr por entre ellos mientras Ugbuz chillaba «¡Cogedle!» y se debatía entre los dos enormes y majestuosos hongos que lo mantenían atrapado en una pétrea presa. El gamorreano tiró furiosamente de las manos que lo retenían, pero era como si estuviera intentando extraer los brazos de un cubo de cemento de secado rápido. Los kitonaks por fin habían encontrado un público para lo que tenían que decir, fuera lo que fuese, y no estaban dispuestos a permitir que se les escapara.

— ¡Y que alguien me quite de encima a estos yazbos malolientes! Dos seudosoldados ya estaban intentando liberar a sus compatriotas con hachas y mientras cruzaba a toda velocidad el umbral de la sala de reuniones arrastrando a Cetrespeó detrás de él. Luke todavía pudo ver cómo las hojas de las hachas rebotaban inofensivamente en las pieles de aspecto gomoso de los kitonaks. Después la puerta se cerró detrás de él con un furioso siseo.

Las palabras **>Cubierta 6, conducto de la ropa sucia<** aparecieron en la diminuta pantalla del monitor que normalmente habría tenido que mostrar la combinación serial de la puerta.

Luke agarró a Cetrespeó de un brazo y avanzó cojeando tan deprisa como podía. La puerta tembló en sus guías detrás de ellos, y subió medio metro antes de detenerse. Después hubo un estallido de maldiciones, golpes enfurecidos y silbidos de haces desintegradores que canturrearon, crujieron y rebotaron enloquecidamente por toda la sala de reuniones primero y —un momento después, cuando los gamorreanos por fin lograron salir— por todo el pasillo a continuación. Los fugitivos se metieron en un corredor lateral y atravesaron un módulo de oficinas mientras oían un melifluo coro de «¡A por ellos! ¡A por ellos!» resonando a sus espaldas.

Luke giró sobre sí mismo e hizo acopio de la cada vez más escasa energía de la Fuerza que le quedaba para barrer todas las mesas y sillas de la habitación, haciendo que salieran despedidas como bajo el impacto de un gigantesco huracán contra la abigarrada masa multicolor de affitecanos que

cruzó el umbral una fracción de segundo después. Los alienígenas tropezaron, cayeron y se enredaron en los cordones de las terminales y los cables de comunicaciones. La mente de Luke se desplegó en todas direcciones, y durante un momento transformó los cables haciendo que casi parecieran criaturas vivas que intentaban envolver a sus perseguidores como si fuesen serpientes.

Después se tambaleó con la mente dolorida por el terrible esfuerzo, y Cetrespeó tiró de él hasta sacarle de allí. —Tú primero —jadeó Luke.

No estaba muy seguro de si podría levitar a Cetrespeó a lo largo de ocho cubiertas de conducto de reparaciones. Cayó de rodillas delante del panel abierto, temblando y con todo el cuerpo empapado por el sudor del agotamiento.

—Puedo quedarme, amo Luke...

—No, no puedes. No después de ese truquito con los kitonaks —jadeó Luke —. ¿Qué les dirías?

Cetrespeó se detuvo cuando ya tenía medio cuerpo metido por el hueco del panel, lo que suponía una demostración de confianza realmente increíble considerando que no poseía la flexibilidad suficiente para utilizar los peldaños de la escalerilla.

—Les informé de que Ugbuz acababa de mostrar un gran interés por la receta del pastel de domit de sus antepasados —le explicó—. Es lo que han estado discutiendo durante todo este tiempo, ¿sabe? Están intercambiando recetas y genealogías.

Luke rió, y la carcajada hizo que sintiera como una inyección de nuevas energías. Cerró los ojos, llamó a la Fuerza para que acudiese a él y levantó al androide dorado dentro del oscuro recinto del pozo. Después fue bajando lentamente a Cetrespeó. «No hay ninguna diferencia entre esa hoja y tu nave —le había dicho Yoda en una ocasión, mientras levitaba una hoja amarillo verdosa del tamaño del pulgar de Luke y hacía que bailara en el aire húmedo y caliente de Dagobah—. No hay ninguna diferencia entre esa hoja y este mundo.»

Luke vio cómo la hoja —diminuta, casi sin peso, un pequeño destello de iridiscencia dorada— descendía por la negrura del pozo.

Oyó voces en el pasillo detrás de él. Las maldiciones y chillidos de los gamorreanos se mezclaban con el seco parloteo en tonos de soprano de los affitecanos.

Luke se metió en el pozo y se agarró por un momento a la escalerilla mientras intentaba reunir la energía suficiente para levitar hacia abajo. Se concentró desesperadamente en reunir aunque sólo fuese la fuerza física que necesitaba para seguir agarrado mientras bajaba su pierna buena un peldaño, y luego un peldaño más...

«Puedes hacerlo.» Luke sintió su presencia, y supo que ella estaba allí con él. «No te des por vencido, Luke...»

No podía levitar.

—Por allí, capitán —oyó gritar a Krok en el pasillo, y un momento después pudo oír las maldiciones que lanzaba Ugbuz.

El atronar de pies se fue alejando. Luke descendió peldaño a peldaño, un corto tramo de agonía y dolor después de otro, mientras el pozo se perdía en una caída insondable por debajo de él. Sintió el calor y la presencia de Callista junto a él durante cada metro de aquella terrible tortura.

La Cubierta 6 estaba sumida en la negrura más absoluta. La atmósfera muerta y estancada apestaba a jawas, aceite, aislantes y al sudor de Luke mientras avanzaba lentamente por sus pasillos desprovistos de luz, con su sombra y la de Cetrespeó tambaleándose como un par de borrachos bajo la débil claridad de las varillas luminosas que colgaban de su bastón, e incluso ellas estaban empezando a fallar. Tendría que obtener una célula de energía de algún sitio, y pensar en esa pequeña pero irritante tarea hizo que todo su cuerpo dolorido amenazara con rebelarse. Podía oír los crujidos y chirridos de los pies de los jawas por delante de él y en todas direcciones, y también podía ver los destellos de luciérnaga de sus ojos. «Cetrespeó —pensó—. Si pierdo el conocimiento, caerán sobre Cetrespeó en cuestión de segundos...»

De vez en cuando olía y oía a los talz, y lanzó un suspiro de gratitud porque el Pueblo de las Arenas, siendo esencialmente conservador, prefiriese defender su territorio a explorar nuevos pasillos en aquella fase de la situación.

Mirara donde mirase, Luke sólo veía paneles arrancados, huecos de los que había desaparecido el cableado y androides PU y MSE a medio desmontar que yacían junto a las paredes. Había cascos, planchas, desintegradores y morteros iónicos desmantelados esparcidos por todos los pasillos. Luke examinó las armas y descubrió que no quedaba ni una sola a la que no le hubieran extraído las células de energía. Siguió cojeando lenta y penosamente por aquella negrura repleta de ecos, y tuvo la extraña e inquietante sensación de estar atrapado en las entrañas de una bestia a medio pudrir, un zombi asesino que seguía fanáticamente decidido a sembrar la destrucción a pesar de que todo su cuerpo estaba siendo roído desde el interior.

Aquella sección de la Cubierta 6 estaba muerta para la Voluntad, y eso explicaba por qué Callista le había guiado hasta allí.

Cray... No sabía cómo, pero tenían que rescatar a Cray. Ella sabría vérselas con la Voluntad, y sabría cómo se podía dejar incapacitada a la inteligencia artificial que gobernaba aquel microcosmos de metal.

«A las dieciséis horas.» Todo el cuerpo de Luke parecía hallarse al borde del colapso. Tenía que descansar el tiempo suficiente para poder subir por el pozo del ascensor mañana. Trece niveles. Su mente se negaba a pensar en ello. «Hacen rebotar rayos desintegradores por el pozo...»

—Callista...

Pero no hubo contestación. «Estoy al lado de la Voluntad.»

Callista había muerto en el núcleo del ordenador. Luke había visto cómo el espíritu de un Jedi podía desprenderse del cuerpo físico e impregnar otros

objetos, tal como había hecho Exar Kun cuando esparció su esencia por las piedras de Yavin.

Sabía que había inutilizado el activador automático y que el Imperio podía enviar un agente para que activara el *Ojo de Palpatine* de manera manual, y había permanecido dentro de los ordenadores del sistema artillero durante treinta años, vigilando la entrada a la máquina que le había arrebatado la vida, un fantasma cada vez más impalpable que montaba guardia sobre un campo de batalla olvidado.

—Vamos, Cetrespeó —dijo, y se inclinó para coger un trozo de cable del cuerpo de un MSE destripado—. Tenemos que encontrar una terminal.

>En Chad< dijo Callista, y las palabras fueron apareciendo poco a poco bajo la forma de un solo párrafo, como si surgieran enteras y completas de las profundidades de su memoria. **>si nuestra arca se encontrase en territorio wystoh, y los wystohs cazaban en la mayor parte de los profundos océanos donde estaba nuestro rancho,** y **tuviéramos que hacer una reparación en el casco o ir con el rebaño para ayudar en un parto fuera de temporada, la noche anterior enviaríamos algo llamado un fotrinador, un flotador que emite bramidos y trinos. Los wystohs son frenéticamente territoriales, así que se lanzarían sobre el flotador, que a esas alturas ya se encontraría a unos diez kilómetros del arca,** y **eso permitiría que papá, yo o el tío Claine tuviéramos una oportunidad de hacer lo que teníamos que hacer en aguas abiertas y volver sin que nos ocurriese nada. ¿Crees que los klaggs responderían a la presencia de un fotrinador durante el tiempo suficiente para permitirte subir por el pozo? Me ha parecido que son unas criaturas altamente territoriales<**

—Bueno, si creyeran estar oyendo a Ugbuz y los gakfedds, estoy seguro de que reaccionarían enseguida.

Luke se recostó en el montón de mantas y chalecos térmicos que Cetrespeó había recogido para que pudiera estar cómodo en un rincón del taller de reparaciones, y contempló la pantalla que tenía delante. Activar incluso la más pequeña de las unidades de diagnóstico portátiles del taller le había obligado a interconectar casi todas las baterías y células de energía que había ido recuperando de los sistemas saqueados. Con los jawas controlando la mayor parte de la cubierta, resultaría muy difícil encontrar más. Pero Luke estaba dispuesto a pagar ese precio, y un instante después comprendió que no se trataba meramente de que necesitara los consejos de Callista.

Quería disfrutar de su compañía.

—Cualquier sistema de juegos un poco grande de las salas tendrá un vocalizador —dijo por fin—. Supongo que conoces los límites y particularidades de la gama vocal gamorreana, ¿verdad, Cetrespeó?

—Puedo reproducir con toda exactitud el lenguaje y las tonalidades de más de doscientas mil civilizaciones inteligentes —replicó el androide con un orgullo tal vez disculpable—. Los tonos verbales de los gamorreanos empiezan en los cincuenta hertzios y llegan hasta los trece mil; los chillidos empiezan en...

—Entonces podrías ayudarme a programar el vocalizador, ¿no?

—Con la máxima facilidad, amo Luke.

—Bien, en ese caso lo que necesitamos es una forma de llevar el vocalizador hasta la Cubierta Diecinueve y conseguir que esté allí a tiempo para que aleje a los centinelas klaggs del pozo.

Un diagrama apareció en la pantalla. No era el mapa exactísimo con cada cable y conducto indicado que hubiese mostrado el ordenador de una nave, sino un esbozo más o menos a escala de una sección del navío con cubierta 17 escrito en una esquina. Un círculo luminoso apareció alrededor de un acceso, y después la pantalla mostró una ventana.

>El conducto está protegido mediante una trampa. Se extiende desde Reciclaje, la zona de la nave a la que sólo van los androides, hasta la Cubierta 19. Si consigues que tu fotrinador sea lo bastante ligero, deberías poder impulsarlo hacia arriba lo suficientemente deprisa mientras interfieres el funcionamiento de la parrilla de enclisión el tiempo suficiente para que el fotrinador pueda pasar sin recibir un número excesivo de impactos<

Luke pensó en ello.

— ¿Es así como lo hiciste? —preguntó por fin—. ¿Hiciste que la parrilla no funcionara correctamente?

Una larga vacilación. El diagrama desapareció de la pantalla. Un débil sonido en el pasillo hizo que Cetrespeó saliera con un chirriar de servomotores para investigarlo, y el resplandor blanquecino de la pantalla ribeteó su silueta dorada con hebras de luz cuando se quedó inmóvil delante del cuadrado de negrura absoluta del umbral para escuchar.

>**Es como interferir el sistema de disparo de un desintegrador. No puedes mantener inactivos todos los rayos porque hay demasiados sistemas independientes y siempre habrá algunos que hagan fuego contra ti, y no puedes evitar que algún disparo te acierte<**

Hubo otro largo silencio. Luke pensó que si Callista tuviera un cuerpo habría desviado la mirada, como hacía Leia a veces cuando hablaba de Bail Organa, para impedir que viese la pena en sus ojos.

>Cuantos más impactos recibas, más recibirás después. Pero si colocas el vocalizador dentro de la carcasa de un androide de rastreo vacía, podrás lanzarlo hacia arriba por el pozo lo bastante deprisa para que sobreviva a unos cuantos impactos. Y un mecanismo puede aguantar muchos más impactos que la carne humana<

«Cuantos más impactos recibas, más recibirás después», pensó Luke, y sintió un escalofrío.

Callista había subido por el conducto de la sala artillera, sabiendo que recibiría algún impacto más tarde o más temprano y que el primer impacto afectaría a su concentración en la Fuerza, debilitando su capacidad para impedir que la parrilla disparase contra ella y disminuyendo sus posibilidades de evitar un segundo impacto, y que el segundo impacto haría disminuir todavía más sus posibilidades de evitar un tercero.

Se acordó de cómo la sangre del klagg había goteado a lo largo de los escalones y del olor de la carne quemada. Su corazón se contrajo dentro de él, y se fue llenando de dolor a medida que el silencio se iba prolongando.

—Ojalá no hubiese ocurrido —dijo en voz muy baja y suave. «Ah, sí, unas palabras llenas de sabiduría y de poder que calman y consuelan —aprobó su mente con amargo sarcasmo—. La sabiduría de un auténtico Maestro Jedi.»

>Olvídalo<

Guardaron silencio durante un rato, como si estuvieran separados por una noche insondable y se estirasen sobre ella extendiendo unos dedos que nunca podrían llegar a tocarse.

— ¿Naciste en Chad?

La pantalla permaneció a oscuras durante un rato todavía más largo, hasta que Luke empezó a temer que su pregunta la hubiera ofendido o que las baterías se estuvieran agotando. Entonces las palabras aparecieron en la pantalla, flores blancas en la pradera hundida del vacío.

>Teníamos un rancho en las aguas profundas. Nos desplazábamos a lo largo de la Corriente Algica junto con los rebaños, desde el ecuador hasta las proximidades del Círculo Ártico. La primera vez que usé la Fuerza fue para mover unos témpanos un invierno en que quedé atrapada por los hielos junto con un grupo de vacas. Papá nunca comprendió por qué no podía quedarme allí si era feliz<

— ¿Eras feliz?

Bajó la mirada hacia la espada de luz que Callista había montado pieza por pieza para que fuese su arma Jedi, en Dagobah, tal vez, o en el planeta al que la hubiese llevado su adiestramiento, fuera cual fuese. Había colocado una hilera de *tsaelke* alrededor de la empuñadura, en recuerdo de las mareas de su hogar.

>Creo que nunca he vuelto a ser tan feliz como entonces<

Luke no le preguntó por qué se había ido. Sabía por qué lo había hecho.

—Es curioso —murmuró—. Siempre odié Tatooine, y siempre odié la granja. Ahora... Bien, en cierta forma creo que tuve mucha suerte. Irme no me costó nada. Aun suponiendo que no hubieran matado a mi familia, creo que no me habría costado ningún esfuerzo marcharme de allí.

>La Fuerza era como el tirón de la marea, como las corrientes de las profundidades del océano que llevan a los rebaños sobre sus espaldas. Desde pequeña supe que había algo allí fuera y cuando descubrí qué era, no me quedó más remedio que buscar a los Jedi<

—Pero tampoco podías explicarlo.

De la misma manera que él no había podido explicar al tío Owen y a la tía Beru aquella marea interior que tiraba de él, y que había empezado a hacerlo casi antes de que supiera hablar.

—Están muertos, ¿sabes? —dijo con un hilo de voz—. Los Jedi están muertos.

Otra prolongada oscuridad, como un agujero en el corazón de Callista, y después más palabras en la pantalla.

>**Lo sé. Sentí... el vacío en la Fuerza. Supe lo que significaba incluso sin saber lo que había ocurrido<**

Luke hizo una profunda inspiración de aire.

—Obi-Wan Kenobi pasó varios años escondido en Tatooine. Él fue mi primer maestro. Después de que..., de que le mataran, fui a Dagobah para estudiar con Yoda. Yoda murió... hace unos siete años.

«Después de que yo le dejase.» La pena y la amargura que llevaban tanto tiempo acosándole volvieron a alzarse dentro de él como un fantasma medio esfumado. «Su último discípulo... Y le dejé allí, y cuando volví ya era demasiado tarde.»

Luke pensó en Kyp Durron, el mejor de todos los estudiantes que había tenido; en Streen, Cilghal y el resto del diminuto grupo que se había ido reuniendo en las junglas de Yavin; en Teneniel de Dathomir, Cray y Nichos, Jacen y Jaina y Anakin, y en todo lo que había tenido que soportar; en la forja infernal del lado oscuro, la fortaleza secreta del Emperador en Wayland y todo lo que había ocurrido allí; en Exar Kun y el Holocrón derretido y convertido en una masa informe, y en las cenizas de Gantoris humeando sobre las piedras de Yavin y en la destrucción de mundos enteros.

Su corazón era el corazón de diamante de un Jedi, templado, duro y poderoso, pero eso no disminuía en lo más mínimo la intensidad del dolor que sentía dentro de él.

—A veces parece que hay un camino tan largo por recorrer... —dijo casi hablando consigo mismo, revelando en un murmullo algo que no le había dicho ni siquiera a Leia, que era como la otra mitad de su alma. —Amo Luke... —Cetrespeó volvió a aparecer en el umbral—. Amo Luke, parece ser que los jawas desean hablar con usted. —A juzgar por su tono, cualquier cosa que pudieran decirle ya contaba de antemano con la desaprobación de Cetrespeó —. Preguntan qué puede ofrecerles a cambio de cables, células de energía y desintegradores.

— ¿Sabes una cosa? —murmuró Luke, alzando un espejo de diagnóstico que tenía el tamaño de la palma de su mano para poder ver las delicadas sujeciones de la caja del vocalizador mientras la conectaba a la carcasa vacía del androide de rastreo—. Si alguien me hubiese preguntado qué grupo de los compañeros de viaje con los que estoy compartiendo esta pequeña excursión tenía más probabilidades de haberse instalado justo al lado de las lanzaderas de transporte, habría apostado mis botas y mi espada de luz a que era el Pueblo de las Arenas. Tenían que ser ellos, ¿no?

>Es un aspecto de la naturaleza interior del corazón secreto del universo que ni siquiera los Maestros revelan<

Las minúsculas hileras de palabras aparecieron en la pantalla del monitor de la caja vocalizadora. Luke no se había dado cuenta de que había vuelto

automáticamente la mirada hacia ella esperando ver aparecer una contestación.

>Es el secreto más profundo y oscuro de cuantos te permite ver la Fuerza<

— ¿Y en qué consiste?

Callista creó el efecto visual de un susurro reduciendo todavía más el tamaño de las letras hasta convertirlas en puntitos apenas legibles.

>Que el universo tiene sentido del humor<

Luke se estremeció.

—Tendré que convertirme en un Jedi de un nivel mucho más elevado que el actual antes de que me resulte posible aunque sólo sea el querer pensar en ello.

Y percibió una de las raras carcajadas de Callista como una iridiscencia que danzó en el aire.

Mientras trabajaba en el rastreador que había obtenido de los jawas —era el que Cray había dejado incapacitado en Pzob, y Luke había utilizado la Fuerza al precio de un considerable esfuerzo y bastantes dolores para curar a un jawa de la jaqueca y las náuseas resultado de un impacto de haz aturdidor directo y a otro de quemaduras eléctricas en las manos—, Luke no había parado de hablar. Le había hablado de Tatooine y de Obi-Wan y de Yoda, de la caída del Imperio y las luchas de la Nueva República, de Bakura y de Gaeriel Captison, de Leia, Han, Chewie y Erredós. También le había hablado de la Academia de Yavin y de los peligros a que se exponían los adeptos —que carecían de experiencia y no se habían enfrentado a ninguna prueba, y que apenas habían podido recibir un mínimo de enseñanzas—, cuyo poder estaba creciendo sin que hubiera ningún conocimiento seguro de qué hacer con él o cómo guiarlo. Le había hablado de Exar Kun.

También le había hablado de su padre.

Y a su vez Callista había ido quedando dibujada poco a poco, con lentitud y muchas vacilaciones y con una o dos frases cada vez, sobre la diminuta pantalla del monitor o en la de mayores dimensiones de la unidad de diagnóstico —la que estuviera más cerca de Luke según el momento—, y Luke había ido sabiendo más cosas sobre lo que significaba crecer en el rancho de Chad, y sobre el padre que nunca la había comprendido y la madrastra que era demasiado desgraciada y estaba demasiado confusa para comprenderles a ninguno de los dos. Callista le había hablado de las lunas y las mareas, del hielo y el fósforo, y de los cánticos de los cy'eens que resonaban en las profundidades marinas; y de Djinn Altis, el Maestro Jedi que había llegado a Chad, y del enclave Jedi de Bespin, que flotaba entre las nubes sin que nadie conociera o sospechase su existencia.

>Era como montar un cy'een<

La pantalla de la unidad de diagnóstico le mostró un gran pez-lagarto de largo cuello, enorme e incomparablemente hermoso y envuelto en una deslumbrante aureola de salvaje poder, y durante un instante fugaz Luke, inmóvil en la oscuridad, sintió el roce del viento salado y la fortaleza contenida

y controlada, y oyó las canciones que cantaban aquellas criaturas cuando corrían libremente de un lado a otro en sus rebaños.

>Gigantescos, veloces y aterradores, brillando como el bronce bajo la luz del sol..., pero yo podía hacerlo. A duras penas, pero podía hacerlo<

—Sí —dijo Luke. Se acordó de cómo el poder de la Fuerza había entrado en él cuando libró su última batalla con Exar Kun, y aquel primer momento en que la espada de luz que había llamado a su mano en Hoth se arrancó del banco de nieve y voló hasta sus dedos—. Sí.

Le habló de Cray y de Nichos. Le contó por qué habían ido a Ithor para pedir ayuda a los médicos, y le describió el ataque de Drub McKumb y la misión que había llevado a Han y Leia a Belsavis.

—No ha pasado tanto tiempo —dijo, retrocediendo un poco para manipular el mando a distancia improvisado del fotrinador. No ocurrió nada. Luke dejó escapar un suspiro de resignación y abrió las sujeciones, volvió a colocar el espejo en el ángulo adecuado y probó la segunda de las varias conexiones posibles con la célula de energía tamaño-A. Había quitado todos los sistemas de armamento y brazos de presa así como la mayor parte de los núcleos de memoria, sabiendo que debería hacer subir la carcasa por un túnel muy largo sólo con el poder de su mente—. Todavía tienen que estar ahí. Aunque no estuvieran en Belsavis, ahora hay toda una ciudad con casi treinta mil personas en ese sitio.

>Resulta difícil de imaginar<

Las palabras aparecieron en el monitor, justo al lado de sus ojos.

>La Casa de Plett propiamente dicha era bastante pequeña, aunque las criptas llegaban hasta el acantilado y se extendían en todas direcciones por debajo del glaciar. Pero la parte exterior se reducía a una gran casa de piedra que se alzaba en el centro del jardín más hermoso que he visto jamás. Crecí sin jardines... Si vives en el mar, nunca puedes tener un jardín<

—En el desierto tampoco puedes tener jardines.

>Recuerdo que había un gran silencio y una paz inmensa, como en muy pocos lugares donde haya estado o que haya visto. Tal vez de noche en el arca, después de que todo el mundo hubiera vuelto y estuviese dentro, cuando las estrellas descienden hasta el borde del mundo y brillan con una claridad increíble... Pero resultaba todavía más dulce que esos momentos, porque nunca puedes confiar en el mar ni siquiera cuando está durmiendo<

— ¿Amo Luke?

Luke se irguió, consciente de que le dolía la espalda y le estaban temblando las manos a causa de la fatiga. Cetrespeó entró en la sala, sus ojos amarillos como dos lunas gemelas en la casi oscuridad de la débil claridad que brotaba de la única varilla luminosa que seguía funcionando. El olor del café flotaba a su alrededor como una exquisita nube crepuscular.

—Espero que lo encontrará aceptable.

El androide dorado colocó la bandeja de plástico de la cafetería en el suelo y empezó a quitar las tapas que protegían los platos. El comedor más próximo conocido por Callista estaba en la Sala de Oficiales de la Cubierta 7, y Cetrespeó se había ofrecido voluntario para ir hasta allí mientras Luke desmantelaba el rastreador que los jawas le habían entregado en su trueque.

—La selección era bastante limitada, y los artículos por los que expresó sus preferencias no estaban disponibles. He escogido platos alternativos, basándome en la proporción entre proteínas e hidratos de carbono y en que tuvieran aproximadamente la misma textura.

—No... Eh... Esto es magnífico. —En circunstancias normales Luke nunca habría tocado un plato de huevos gukkeados, pero llevaba tanto tiempo sin comer que cualquier cosa le parecía apetitosa—. Gracias, Cetrespeó. ¿Has tenido algún problema?

—Muy pocos, señor. Me encontré con un grupo de jawas, pero los talz los hicieron huir. Los talz le están enormemente agradecidos por el tiempo y las energías que ha invertido en alimentar y cuidar a los tripodales, señor.

— ¿También están aquí abajo?

Los huevos gukkeados eran absolutamente horribles, pero Luke se comió los dos y se sorprendió un poquito al darse cuenta de hasta qué punto se sentía mejor después.

—Oh, sí, señor. Hay tanto talz como tripodales. Los talz desean que le transmita sus más entusiastas expresiones de buena voluntad, y preguntan si pueden ayudarle en algo.

Durante un momento Luke se preguntó si un talz resultaría más fiable a la hora de elegir alimentos adecuados para el consumo humano que un androide, pero enseguida se dijo que no valía la pena pensar en ello. Para cuando necesitara otra comida, ya llevaría mucho tiempo fuera de allí.

>Es **una suerte que haya dos transportes<** observó Callista cuando Luke volvió al trabajo. **>Nunca podrías llevarte a los klaggs y los gakfedds a bordo de la misma nave<**

— ¿Y a qué tribu le toca viajar con el Pueblo de las Arenas?

>Puedes usar el vehículo de superficie<

—Nunca entrarán en él —replicó Luke—. No soportan los espacios pequeños y cerrados.

>Ah... Me preguntaba por qué siempre estaban haciendo agujeros en las paredes. Tendrás suerte si no acaban cortando la línea de energía principal del campo magnético<

—Otra razón para que nos demos prisa —dijo Luke con voz sombría—. Toda esta nave debe de estarles volviendo locos... No es que fueran muy buena compañía para empezar, claro.

>Oyéndote hablar se diría que los conoces a fondo<

Luke se rió.

—Bueno, podríamos decir que fueron los vecinos de al lado durante mi infancia y mi juventud... Ellos y los jawas, ¿sabes? Si vives en Tatooine, tienes que aprender lo suficiente sobre el Pueblo de las Arenas para saber cómo mantenerse alejado de ellos.

Se echó hacia atrás y conectó el mando a distancia.

—Muy bien, muchachos, desplegaos en abanico y permaneced en el más absoluto silencio —retumbó una voz áspera y gutural que creó ecos por toda la sala—. Vamos a masacrar a todos esos apestosos saboteadores rebeldes de la tribu de los klaggs.

Luke suspiró y meneó la cabeza.

— ¿Cetrespeó? Creo que habría que hacer algunos pequeños cambios en el guión...

>Vaya, ese soldado de las tropas de asalto sí que sabe hablar bien<, comentó Callista allí donde el androide de protocolo no podía verla.

Luke sonrió mientras conectaba el cable.

—Vamos a dejarlo en «Bien, chicos, desplegaos sin hacer ruido. Mataremos a todos esos asquerosos rebeldes y saboteadores klaggs.»

>Se te ha olvidado decir «señor»<

Luke inició el gesto de darle un codazo en el brazo, como hacía cuando Leia emitía alguna observación impertinente, pero se detuvo. No podía hacerlo.

Los brazos de Callista eran un montoncito de polvo y huesos esparcido sobre la cubierta de artillería.

Y sin embargo ella tenía tan claro como él que todos los cautivos del *Ojo de Palpatine* —Pueblo de las Arenas y gamorreanos, así como los talz, los jawas, los affitecanos y los kitonaks, y los confusos y terriblemente indefensos tripodales— tenían que ser llevados a un lugar seguro, y que debían dar con alguna forma de conseguirlo. Mientras colocaba el espejo para volver a sujetar la caja del vocalizador, Luke pensó que no habían hecho nada para estar allí y que nunca habían querido encontrarse a bordo de la inmensa nave. Por muy destructivos, salvajes y violentos que fuesen, eran cautivos al igual que él.

Desplazó el espejo y buscó las sujeciones, y durante un momento vio su reflejo en él y una rebanada de la habitación a su espalda: Cetrespeó, que había sucumbido a la compulsión de poner orden en la bandeja, parecía una estatua de oro cubierta de suciedad y llena de abolladuras bajo la débil claridad de las luces de emergencia.

Y muy cerca de él, claramente visible por encima de su hombro, estaba el pálido óvalo del rostro envuelto por su oscura nube de cabellos, y los ojos grises en los que la pena se había difuminado un poco para ser sustituida por el interés, el deseo de ayudar a otros y una vida renovada.

Luke sintió que el corazón le daba un vuelco dentro de las costillas y la certeza de lo que iba a ocurrir cayó sobre él, y se sintió aplastado bajo el peso de aquella certeza, del horror y de una pena que era tan inevitable como la noche.

CAPÍTULO 15

—Podría haber tenido otras razones para mentir.

— ¿Como cuáles?

Leia dobló las piernas de lado sobre la cama y tomó un sorbo del vaso de sidra de podón que había cogido mientras atravesaba la cocina. Los operarios que Jevax les prometió, se habían presentado mientras estaba fuera. Los postigos de metal, armados con una nueva cerradura de aspecto realmente formidable, quedaban casi ocultos por sus guías murales a cada lado de los grandes ventanales, y una puerta de dormitorio nueva estaba correctamente doblada en su rendija. Incluso el armario había sido reparado. Han estaba sentado al otro lado de la cama y comprobaba los dos desintegradores.

—Pues por ejemplo que esté trabajando en la Casa de las Flores de madame Lota al final del Callejón del Espaciopuerto.

Leia se preguntó por qué no se le había ocurrido esa posibilidad.

— ¿Vestida de esa manera?

Han la obsequió con su sonrisa torcida.

—Supongo que tú llevas un atuendo acorde con el trabajo que haces, ¿no?

Leia deslizó una mano sobre la sencilla tela de lino oscuro de su camisa, sus resistentes pantalones de algodón y sus botas de cordones que le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla.

—Si estuviera trabajando en los bares, entonces no me la habría encontrado al lado del sendero en los alrededores del Centro Municipal anoche.

El montón de listados que Erredós había impreso para ellos el primer día estaba esparcido sobre la cama entre los dos. Roganda Ismaren no figuraba en ningún registro de personal de ninguna corporación conservera de Plawal.

—Y si me hubiera seguido hasta allí desde el mercado, por ejemplo, no habría estado vestida así a esas horas.

Han se puso en pie mientras Leia hablaba y salió al balcón. Apuntó el desintegrador a un pequeño macizo de heléchos que se encontraba a unos metros de distancia en el huerto y disparó. Los heléchos desaparecieron con un estridente chisporroteo. Han puso el seguro y arrojó el arma a Leia.

—Funciona como si acabara de salir de la fábrica. Bien, ¿y qué descubriste en los archivos de la ciudad?

Parecía como si hubieran transcurrido mil años desde entonces. Volver a la casa la noche anterior para encontrarse con un Han exhausto y empapado que curaba los cortes sufridos por Chewie había expulsado de la mente de Leia la telaraña de especulaciones originada por los archivos, y después de la comunicación subespacial con Mará no había parado de pensar en otras cosas.

—No... encontré lo que buscaba —dijo, hablando despacio y con voz pensativa—. No hay ninguna mención a los Jedi ni a klett, aunque resulta obvio que estuvieron detrás de las distintas especies de plantas que crecen aquí y que pusieron en marcha los programas de archivo. Los Registros Municipales

comparten tiempo con el ordenador de Brathflen/Galaxia/Frutas Imperiales, pero todos los programas de archivo parecen haber sido diseñados originalmente para alguna variedad del modelo cuatro sesenta, lo cual significa que fueron creados más o menos en la fecha en que los Jedi estaban aquí. Naturalmente nadie sabe de qué modelo era el ordenador original que utilizaban, pero mi teoría es que fue vendido a Nubblyk cuando instalaron el nuevo y que lo desmontaron para aprovechar los chips y el cableado.

—Una teoría bastante sólida —murmuró Han—. No es lo que quiero oír, pero es una teoría muy sólida. ¿Encontraste alguna información acerca de Nubblyk y lo que fue de él?

Leia meneó la cabeza.

—Desapareció una noche hace unos siete años. Su club nocturno pasó a manos de Bran Kemple, su «socio», quien también asumió el control de su negocio de importación y exportación en la avenida Pandowirtin. Según los archivos, Nubblyk pagó dos veces la fianza para que Drub McKumb quedara en libertad después de ser acusado de introducir mercancías de contrabando a través del Corredor. Kemple nunca sacó a McKumb de la cárcel. Después de que Kemple asumiera el control de todos los negocios, en una ocasión McKumb quedó libre después de que ese wífido llamado Mubbin pagara su fianza... Eso ocurrió justo después de que Nubblyk el Slita desapareciese, aunque no encontré ningún registro de que McKumb hubiera posado legalmente una nave en el puerto. Lo más interesante de todo es que...

Chewbacca apareció en el umbral y lanzó un gruñido de interrogación, y después señaló la sala, en la que se estaba recibiendo una señal sub-espacial.

El código era para Leia, y la imagen estaba codificada.

Leia tecleó su secuencia decodificadora y la deslumbrante confusión de pixeles verdes, marrones y blancos se convirtió repentinamente en la imagen del almirante Ackbar.

—Puede que esto no signifique nada, princesa —dijo el calamariano con su voz suave y un poco sibilante—. Aun así, creo que debería ser informada de ello. He recibido informes de agentes que operan en el Sector de Senex y las porciones adyacentes del Sector de Juvex. Dicen que los jefes de seis o siete de las antiguas Casas se han ido «de vacaciones» casi al mismo tiempo..., sin llevarse ni a sus familias ni a sus amantes. Además, se trata de las Casas que han procurado mantenerse al margen: no se han involucrado en los combates fronterizos, y no han establecido ninguna clase de compromisos con los señores de la guerra del Imperio.

—Oh, ¿sí? —Han enarcó las cejas—. Vaya, eso sí que es serio.

El almirante juntó sus manos escamosas ofreciendo una imagen fantasmagórica en el holograma subespacial, como una estatua hecha de niebla que hubiese surgido de la nada dentro del cubículo de recepción.

—Eso ya es lo suficientemente curioso por sí solo, pero coincide casi exactamente con las «vacaciones» que han decidido tomarse los ex gobernadores de Veron y Mussubir Tres, que también han evitado establecer cualquier clase de compromisos, y con las de algunos representantes de la Corporación Seinar y un miembro muy importante de la familia Mekuun. Drost

Elegin, el jefe de la Casa Elegin, se llevó consigo a su familia, evidentemente, pero la ha dejado en Eriadu.

—Parece como si hubiera estallado una epidemia de grosería —observó Han, inmóvil detrás de Leia con los brazos cruzados delante del pecho—. ¿Algún movimiento de tropas?

—Ninguno, hasta el momento. —El calamariano rozó la delgada pila de losetas de información que había sobre el escritorio apenas visible junto a él—. Los señores de la guerra más importantes están más o menos tranquilos, pero nuestros agentes de Spuma parecen pensar que la flota del almirante Harrsk ha incrementado las operaciones de reclutamiento de soldados en los niveles básicos, y fuentes internas de la Corporación Seinar afirman que se están produciendo ciertos movimientos de fondos muy importantes. Seinar está encargando nuevos equipos para producir células de energía, y también ha aumentado la producción de sistemas térmicos. Pero no hay nada concreto. A pesar de todo, y considerando lo cerca que se encuentra Belsavis del Sector de Senex, tal vez Su Excelencia desee tomar en consideración la conveniencia de trasladarse a un área más protegida.

—Gracias, almirante —dijo Leia—. Ya casi hemos... acabado aquí.

Las palabras salieron de sus labios despacio y de mala gana. Leia sabía que su jefe de gabinete tenía toda la razón. Si Harrsk, el señor de la guerra que se había nombrado a sí mismo Lord Gran Almirante, se había puesto en movimiento o se preparaba para hacerlo, estar en Belsavis la colocaba en una situación terriblemente expuesta, y algo en el asesinato de Stinna Draesinge Sha hizo que las sirenas de alarma empezaran a sonar en las profundidades de su mente.

Pero Leia percibía alguna ondulación más oscura, un rompecabezas más profundo y letal que el motivo inicial que la había llevado hasta aquel mundo de hielo y fuego.

Los Jedi y sus niños habían estado allí.

Roganda Ismaren, que había sido una de las concubinas del Emperador, había venido a Belsavis... ¿Por qué?

¿Y por qué algo se agitaba de repente en sus pensamientos, algún rastro casi impalpable de algo que había oído?

Drub McKumb se había abierto paso desesperadamente a través de horripilantes pesadillas llenas de agonía y confusión, y había cruzado media galaxia para llegar hasta ella y Han y advertirles de algo.

Y en Belsavis alguien había creído necesario asesinarles mientras dormían.

El almirante Ackbar seguía contemplando el rostro de Leia con visible preocupación a través de la luz temblorosa de la transmisión sub-espacial.

—Ya no tardaremos mucho en volver —le dijo Leia, intentando tranquilizarle.

— ¿De veras? —preguntó Han mientras la imagen del almirante se desvanecía dentro del cubículo de recepción.

—No... No lo sé —murmuró Leia—. Si hay problemas de alguna clase incubándose entre las Casas del Sector de Senex, creo que tendremos que

hacerlo. Siempre se han mantenido muy distantes del resto del universo... Incluso durante el reinado de Palpatine, lo único que querían era que las dejaran en paz para que pudieran gobernar a los que ellas llamaban «nativos» de sus planetas como les diera la gana.

—Ya he oído todo eso antes —dijo Han, poniéndose repentinamente serio —. Las grandes corporaciones adoran ese tipo de gobiernos. Leia resopló.

—«No nos haga preguntas y no le haremos cargar con ninguna responsabilidad.» Sí.

Se cruzó de brazos, sintiéndose cada vez más nerviosa, y pasó junto a Chewie y Erredós, que estaban enfrascados en un juego de aventura heroica, para volver al dormitorio y apoyar un hombro en la jamba de la ventana. Clavó la mirada en las neblinas del huerto en el que había visto a Roganda Ismaren aquella mañana, casi invisible entre los árboles. Roganda tenía todo el derecho del mundo a buscar refugio allí, naturalmente, y a querer vivir fuera de las fronteras de la Nueva República. El hecho de que Belsavis se encontrara «cerca» del Sector de Senex no significaba gran cosa. La proximidad sólo existía en términos interestelares. Belsavis no era el tipo de sitio al que ninguno de los viejos aristócratas —esos hombres elegantemente ataviados y de ojos gélidos que descendían de los antiguos conquistadores que habían surcado el espacio— podía encontrar atractivo. Leia se acordaba de Drost Elegin y de cómo era durante sus días en la Corte del Imperio, e intentó imaginarse a aquel dandy desdeñoso en ese mundo provinciano de recolectores de fruta y contrabandistas de tercera categoría. ¡Pero si incluso Coruscant les parecía un planeta falto de clase y vulgar! «Oh, querida mía, aquí hay tantos burócratas...», le había dicho en una ocasión la tía Rouge.

Un brazo envuelto en una manga blanca surgió de detrás de ella sosteniendo el vaso de sidra que había dejado abandonado.

— ¿Y qué era esa otra cosa tan interesante?

— ¡Oh! —exclamó Leia, un poco sobresaltada.

Han se apoyó en el otro lado de la ventana y bajó la vista hacia ella con un brillo de interrogación en sus ojos color avellana.

—Ah, sí —dijo Leia, acordándose de repente—. Desde que llegamos aquí, siempre ha habido algo que me ha parecido muy inquietante en todo este asunto de los androides que se averían de repente y empiezan a hacer cosas raras.

— ¿Pretendes decirme que sólo tú lo encuentras inquietante? —Han volvió la cabeza hacia la sala, donde las geofiguras holográficas de Erredós estaban enterrando rápidamente al enfurecido Héroe de Chewbacca—. Erredós intentó...

—Sí, de acuerdo, pero... Bueno, Han, ¿por qué lo intentó? —preguntó Leia —. Sí, ya sé que las colonias suelen operar con maquinaria de un nivel de calidad bastante bajo, pero cuando inspeccioné los archivos me encontré con docenas de averías inexplicadas al año. Incluso un recuento aproximado muestra que el número se ha incrementado de manera espectacular durante los últimos años. —Se volvió hacia la cama y movió la mano en un gesto que abarcó el montón de listados dispersos impreso por Erredós—. Anoche, antes

de que Erredós nos atacara... Bueno, cuando estuve rebuscando en los archivos del Centro Municipal no lo relacioné con nada. Creo que me gustaría echar otro vistazo a las causas de todas esas averías. Si es un resultado del clima, entonces el número de averías tendría que haber permanecido constante en vez de estar incrementándose.

—No necesariamente, si sus equipos se van desgastando poco a poco.

—Tal vez —admitió Leia—. Pero figuran en los listados de Erredós como «inexplicadas». Eso quiere decir que se aseguraron de que no obedecían a las causas más obvias, como el envejecimiento y la humedad.

Unos años antes Han habría desdeñado todo aquello considerándolo una mera coincidencia, pero Han había cambiado un poco.

— ¿Y qué crees que puede ser? —se limitó a preguntar.

—No lo sé. —Leia se agachó para pasar por debajo de su brazo, fue hasta la cama y cogió su desintegrador y su pistolera—. Pero creo que me gustaría hablar con el jefe de mecánicos de la Brathflen y averiguar si esas averías fueron provocadas por un cable que se quemó, o si consistieron en una serie de actos determinados e inesperados.

—Como soldar las ventanas y provocar la sobrecarga de los desintegradores.

—Exacto —murmuró Leia. Recogió los listados y los guardó dentro del armario—. Como por ejemplo eso. ¿Te apetece venir conmigo? Han titubeó durante unos momentos antes de responder.

—Si vamos a irnos pronto, creo que haré una visita al Lujuria de la Jungla —dijo por fin, acompañando sus palabras con un meneo de caderas altamente sugerente— para tener una pequeña charla con Bran Kemple. ¿Quieres venir, Chewie?

Detrás de la pregunta había más que un interés de amigo y camarada, ya que la última vez que Erredós había derrotado a Chewbacca en el juego de la aventura heroica la consola de juegos había acabado siendo arrojada por la ventana más próxima, y Erredós parecía estar muy cerca de apuntarse otra victoria.

—Tal vez sepa algo sobre el cómo y el cuando y, sobre todo, el porqué Nubblyk se largó de aquí con tanta prisa, y si se llevó una nave consigo cuando se marchó. No te lo llevarás contigo, ¿verdad? —añadió mientras Leia, que le había seguido hasta la sala, se inclinaba para poner una mano sobre la cúpula de Erredós.

Leia vaciló. Ir acompañada por Erredós era lo más natural para ella y su mente ya lo daba por hecho, pero después de todo la anatomía escasamente vestida contra la que Erredós había estado disparando chorros de electricidad aún no hacía doce horas no había sido la suya.

—Sea cual sea el problema que tuvo anoche, todavía no sabemos si lo hemos resuelto. —Han estaba examinando su desintegrador mientras hablaba, a pesar de que lo había comprobado y vuelto a comprobar hacía menos de media hora—. Si nuestro genio dorado estuviese aquí tal vez podría sacar algo en claro, pero como no se encuentra con nosotros, mi consejo es que dejes

aquí a Erredós con ese perno de sujeción puesto hasta que podamos hacer que sea examinado por alguien más cualificado que el reparador de tostadoras local.

Chewbacca soltó un rugido y fingió lanzarle un zarpazo, y Han alzó las manos y sonrió.

—De acuerdo, de acuerdo... Has hecho un trabajo magnífico con él, Chewie. Ahora Erredós es capaz de superar la velocidad de la luz en cinco decimales, y su nueva capacidad de maniobra dejará pasmada a cualquier patrulla imperial.

Han, Leia y el wookie bajaron por la rampa juntos. Han se volvió hacia Leia al pie de la rampa y le dio un rápido beso, y Leia se despidió de ellos agitando la mano hasta que los vio desaparecer entre los arcoiris eternamente cambiantes de la neblina. Pero giró sobre sí misma apenas hubieron dejado de ser visibles, y volvió a subir por la rampa. Entró en la casa y fue hasta el pequeño androide astromecánico, que estaba inmóvil junto a la consola del juego de aventura heroica apagada.

— ¿Erredós?

El androide se inclinó hacia adelante, extendiendo su «pata» delantera y emitiendo un tímido silbido. Su cúpula giró para contemplarla con el redondo ojo rojizo de su receptor visual.

Leia solía preguntarse qué aspecto tenía vista a través de él, y cómo se presentaba la forma que era ella —y las que eran Luke, Han, Chewie y los niños— a la consciencia digitalizada del androide astromecánico.

— ¿No puedes decirme qué ocurrió?

Erredós respondió con un silbido lleno de abatimiento que suplicaba su comprensión.

— ¿Alguien te dijo que lo hicieras? —preguntó Leia—. ¿Te programó de alguna manera?

La cúpula de Erredós giró locamente de un lado a otro, y el pequeño androide se bamboleó sobre su base.

—Está bien. —Leia volvió a rozarle la cúpula con las yemas de los dedos—. Tranquilízate. Pronto saldremos de aquí, y le preguntaré al mecánico qué te ocurrió. Mira... —Titubeó. Sí, Erredós no era más que un androide, pero Leia sabía que la desconfianza de Han le había herido profundamente—. Volveré...

¡No! ¡No! ¡No!

Los silbidos y bamboleos llenos de desesperación de Erredós la detuvieron cuando ya iba hacia la puerta.

«Confía en lo que sientes», le había dicho Luke muchas veces desde que Leia se había inclinado ante su mayor sabiduría como maestro. Había algunos momentos en los que a Leia, que había sido criada y educada para que confiara en su cerebro y su intelecto —toda su educación había tenido como objetivo enseñarle a confiar en la información y los sistemas—, le resultaba un poco difícil hacerlo, sobre todo cuando sus sentidos la advertían contra algo hacia lo que la impulsaban sus emociones. Casi pudo oír la voz de su hermano y verle inmóvil junto al pequeño androide.

«Confía en lo que sientes, Leia.»

Aún no hacía doce horas que Erredós había intentado matarles.

Han se pondría hecho una furia.

Pero un instante después pensó que el amor que sentía hacia Han era el triunfo más grande que había visto jamás de «su aspecto no me gusta, pero algo me dice que ha de ser así»; y eso significaba que su esposo no tenía ningún derecho a protestar.

Fue a la habitación contigua para coger un extractor de remaches de la caja de herramientas de Chewbacca y abrió el perno de sujeción que aprisionaba a Erredós.

—Vamos. Así el mecánico no tendrá que volver hasta aquí para echarte un vistazo.

«Espero no acabar teniendo que lamentar lo que estoy haciendo», añadió para sí misma.

La idea de utilizar los caminos menos concurridos para volver a atravesar los huertos le pareció vagamente inquietante, por lo que Leia encaminó sus pasos hacia la ruta ligeramente más larga que cruzaba el mercado. Allí la neblina era menos espesa y la proximidad de los vendedores, pregoneros y clientes resultaba muy tranquilizadora. Fue subiendo por la terraza rocosa desde aquella dirección, y las estructuras extrañamente abigarradas de la parte más antigua de la ciudad fueron quedando a su espalda. Allí sólo había edificios prefabricados que se pegaban los unos a los otros para formar bloques de apartamentos destinados a los trabajadores de las plantas empaquetadoras y los exportadores, oficinistas y mecánicos, aunque el liquen, los heléchos, las lianas e incluso algunos arbolillos brotaban de todas las cornisas y proyecciones ofrecidas por alguna desigualdad en las uniones de los bloques de plasteno.

Leia se preguntó cómo habría sido aquel lugar cuando los mlukis habitaban en sus enormes casas de piedra pegadas al fondo de la hondonada, cultivando sus pequeñas cosechas y emprendiendo alguna cacería ocasional por los hielos.

Sin la cúpula habría tenido que ser menos neblinoso, desde luego, y no tan caliente, aunque la jungla de la fisura conservaba muy bien el calor. Los huertos no serían tan grandes como en la actualidad. Leia supuso que habría densos macizos de jungla alrededor de los manantiales de aguas calientes y nada en el fondo del valle, donde las calderas, planicies de barro y fumarolas humeantes del verdadero fondo de la fisura escupían una cantidad de minerales muy superior a la que podían digerir unas plantas que no hubieran sido alteradas por la ingeniería genética.

Exactamente el tipo de sitio que habría buscado un Ho'Din que amaba el calor, las plantas y la belleza.

Se acordó de su visión de Plett, alto y delgado, con aquella masa de zarcillos cefálicos tan parecidos a flores que habían perdido el color hasta volverse casi blancos. Tenía un rostro afable y bondadoso, y en sus ojos había la misma

expresión que había visto en los de Luke cuando volvió de su servidumbre al cruel clon del Emperador.

¿Qué era lo que había buscado exactamente Plett? ¿Un refugio, o un sitio para recuperarse y descansar? Y, para empezar, ¿cómo se había enterado de su existencia? La galaxia estaba llena de planetas, mundos y sistemas estelares que aún no habían sido explorados, y un sistema no existía a menos que estuviera introducido en el ordenador de alguien. Roganda podía haber oído hablar de aquel sitio en la Corte del Imperio...

Pero el pensar en ello hizo que Leia también empezara a sentirse inquieta por ese detalle.

¿Y cómo habría reaccionado Plett cuando la paz que necesitaba para sus experimentos se vio perturbada por la llegada de...?

¿De cuántos intrusos?

A juzgar por lo que dijo Nichos, había bastantes niños.

Leia ya había pasado por casi un año de experiencias en lo tocante a cuidar de dos bebés Jedi activos y llenos de energías, a los que se acababa de añadir Anakin para proporcionar su propia e inimitable variedad del caos. Después de años de tranquila meditación, ¿cómo se las había arreglado el anciano reptiloide para vérselas con un enjambre de niños de todas las edades que correteaban por los túneles de sus criptas, siguiendo a sus líderes incluso hasta allí donde sus padres les habían advertido de que no debían ir debido a los kretchs?

Leia se detuvo de repente, y la voz grave y profunda de Nichos resonó en sus oídos.

«Los mayores... Lagan Ismaren y Hoddas Umgil.»

Lagan Ismaren...

¿El hermano de... Roganda Ismaren? Bueno, la edad encajaba. Roganda tenía unos cuantos años más que Leia —era unos cuantos años más joven que Nichos— y sería lo suficientemente mayor para acordarse del planeta en el que había vivido.

Eso quería decir que Roganda Ismaren, la concubina de Palpatine y un miembro de su Corte que ocupaba una posición bastante elevada, había surgido de la sangre y la herencia de los Caballeros Jedi.

El Emperador había sido espantosamente poderoso en todo lo referente a la Fuerza, y eso no había podido pasarle desapercibido.

Una oleada de ira recorrió todo el cuerpo de Leia, llenándolo con un calor tan terrible como el de una quemadura.

Roganda mentía.

Leia ya había sospechado que le había estado mintiendo acerca de algo, pero de repente comprendió con una súbita claridad que todo había sido una mascarada, desde la primera palabra hasta la dulzura y el miedo de su voz. Todo había sido un engaño cuidadosamente calculado para manipular su compasión y sacar provecho de ella.

Si Roganda era capaz de invocar la Fuerza, entonces el Emperador podía haberla utilizado, y no cabía duda de que podía haberla coaccionado..., pero en ese caso jamás la habría hecho circular entre sus invitados para que disfrutaran de ella como otro regalo imperial más.

«Vino aquí hace siete años», pensó Leia, y giró rápidamente sobre sus talones para volver a la ciudad. No estaba muy segura de qué debía hacer —lo que sí estaba claro era que debía mantenerse lejos de Roganda, y se alegró más que nunca de haber rechazado su invitación a tomar un café en sus habitaciones—, pero por lo menos quería encontrar a Han y enviar un mensaje a Ackbar, y también quería volver a examinar los registros que Erredós había repasado para averiguar si incluían llegadas portuarias durante el año en que había muerto Palpatine.

Pero cuando atravesó la placita en la que empezaba la angosta calleja donde había hablado con Roganda, vio algo que la afectó de una manera tan directamente física como si acabaran de golpearle el estómago con un garrote.

Leia vio con toda claridad a Lord Drost Elegin, con el doctor Ohran Keldor al lado, saliendo de entre las masas oscuras de los cimientos y los edificios de plástico blanco que se alzaban al otro lado de la calle.

Desvió la mirada de inmediato, como si estuviera examinando el pequeño parterre de moradulce que alguien había plantado en el espacio vacío entre dos edificios. Pero tal como le había enseñado Luke —como había intentado enseñarle, en los cortos y más bien frenéticos intervalos entre tratar de ser una madre, tratar de ser una diplomática y tratar de impedir que la Nueva República se desintegrara y que sus hijos desmantelaran al pobre Cetrespeó—, desplegó sus sentidos e identificó pisadas, respiración y voces, percibiendo y reconociendo el sentido y la esencia de lo que eran las personas.

Ohran Keldor y Drost Elegin.

«Y están aquí...»

Las dos siluetas desaparecieron entre la niebla casi al instante. Leia atravesó la angosta calleja con Erredós rodando detrás de ella y siguió el sonido de sus pies y la sensación de su presencia, adelantando camino por un callejón y observándoles con toda su atención cuando pasaron por delante de su entrada.

No había ninguna posibilidad de error.

La cabellera de Drost Elegin había encanecido un poco desde los días en que había sido uno de los rompecorazones más conocidos de la Corte del Emperador, cuando su nombre aparecía en la Gaceta de la Corte casi cada día por los escándalos de juego, duelos y asuntos amorosos en los que se veía involucrado y solía burlarse de Leia llamándola Señora Senadora y Pequeña Señorita Derechos Inalienables. Sólo la encumbrada posición de su hermano en la Armada Imperial —eso, y el poderío de su familia— le había salvado de sufrir severas represalias después del último de sus grandes escándalos. La carne de aquel rostro de halcón había empezado a aflojarse y a perder su elasticidad juvenil, pero la silueta alta y delgada que se movía con una curiosa gracia desgarbada y los rasgos afilados resultaban inconfundibles para quien los hubiera visto alguna vez.

«Ohran Keldor...»

Leia sintió como si le hubieran cubierto la piel con alfileres al rojo vivo.

Había contemplado sus hologramas hasta que pudo ver su rostro en sus sueños. Ah, aquella cara iluminada desde abajo por el resplandor de las consolas de activación de la Estrella de la Muerte...

Ohran Keldor, Nasdra Magrody, Bevel Lemelisk, Qwi Xux, aunque Qwi Xux sólo había sido su herramienta involuntaria.

Eso significaba que tenía que haber más —mucho más— que una mujer que trataba de esconderse.

La niebla envolvió a los dos hombres mientras avanzaban por los senderos que atravesaban los huertos, donde el ruido del agua y los débiles chirridos y tintineos de los alimentadores de árboles bastaban para ocultar el continuo zumbido ahogado de Erredós. De vez en cuando uno de aquellos enormes mecanismos aracniformes surgía de entre las hilachas de neblina y cruzaba el sendero por delante de Leia, absorto en sus aburridas ocupaciones; y Leia, en un destello de malicia horrorizada, se preguntó si los androides propiedad del jefe de diseñadores de los sistemas automáticos de la Estrella de la Muerte se averiaban alguna vez.

No hubiese podido explicar por que, pero estaba segura de que nunca se averiaban.

El suelo empezó a subir formando una larga rampa. Las nieblas se espesaron y se oscurecieron ante ellos, y se fueron solidificando poco a poco hasta formar el monolito goteante y festoneado de lianas de la pared del valle. Leia retrocedió y se ocultó entre los setos de lipana que crecían en el fondo de la rampa, con Erredós siguiéndola cautelosamente sobre el terreno esponjoso. Ya no cabía ninguna duda de hacia donde se dirigían. Los dos hombres iban al ascensor que llevaba hasta los hangares, desde el que se podía ir a los hielos mediante algún vehículo de superficie. Leia oyó cómo sus voces se iban debilitando a medida que subían.

—Bueno, me parece un camino muy largo y bastante frío —oyó que decía Drost Elegin con esa voz de bronce y terciopelo en que todas las chicas y mujeres de la Corte del Imperio habían parecido creer con una fe inconmovible cuando pronunciaba las palabras «Sólo te quiero a ti»—. Si los túneles llegan hasta esa pista de contrabandistas...

—Cuantas menos personas sepan cómo se llega hasta allí, tanto mejor. Incluso en vuestro caso, mi señor... —La apresurada adición de aquella última frase encerraba todo un mundo de ofensas implícitas por parte de Reidor—. Y en estos momentos, y con Organa apareciendo tan de repente como lo ha hecho, no sabemos quién puede estar vigilando.

Whhish-kunk. Los vapores se agitaron alrededor de la puerta que se cerró en la lejanía.

Leia y Erredós volvieron al sendero, subieron por la rampa hasta llegar al pequeño bunker curvo construido con permacreto de endurecimiento rápido que había sido diseñado para que se pegara a las curvas del risco, y se detuvieron delante de la puerta de resiplasto. El resiplasto era un material del

que sólo se esperaba que mantuviese a la fauna más pequeña fuera del bunker y al aire fresco de los sistemas acondicionadores dentro. A Leia le bastó escuchar a través de él utilizando el grado de concentración mínimo hasta que oyó el ping característico de la llegada del ascensor y, muy debilitada detrás del grosor de la puerta, la voz de Elegin preguntando «¿Queda muy lejos?». Las últimas palabras ya fueron totalmente inaudibles, seguramente debido a que las puertas del ascensor se habían cerrado.

Aun así, Leia contó mentalmente hasta que hubieron transcurrido dos minutos antes de meter su tarjeta en la ranura.

Para su gran alivio —pese al sonido del ascensor, pues muchos años con la Alianza Rebelde habían convertido a Leia en una pesimista declarada acerca de la posibilidad de que las cosas fueran mal—, el pequeño vestíbulo del bunker estaba desierto. Pulsó el contacto de llamada y lanzó una rápida mirada a su alrededor.

Una puertecita metálica resultó ser un compartimento lleno de monos grises de mecánico. Leia cogió la talla humana más pequeña que pudo encontrar y hurgó en los bolsillos de los otros monos hasta que dio con una gorra de visera que se encasquetó en la cabeza, escondiendo su cabellera debajo de ella.

«¿Queda muy lejos?» Si Elegin había hecho esa pregunta, entonces Keldor conocía la respuesta..., lo cual significaba que Keldor llevaba más tiempo allí.

¿Cuánto tiempo? Y Elegin... ¿Iba a ver a alguien? ¿Sería alguien que también se había «ido de vacaciones» con la esposa y los niños, y que luego los había dejado en algún elegante paraíso turístico para subir a una nave muy veloz que le llevaría hasta otro lugar?

Las puertas del ascensor se abrieron. Leia entró en la cabina y pulsó la tecla del hangar, el único destino posible. El ascensor empezó a subir y Leia abrió la compuerta delantera de Erredós. Normalmente el androide siempre tenía un aspecto de limpieza impecable, pero las reparaciones entre toscas e improvisadas de Chewbacca habían dado como resultado grandes cantidades de grasa y hollín que Leia esparció sobre su cara. Después de pensárselo un momento, transfirió su desintegrador del cinturón al espacioso bolsillo de su mono. Esperaba ser capaz de fingir que era el típico mecánico al que nadie miraba dos veces en cuanto llegara al hangar, pero si no lo conseguía...

Elegin y Keldor, tal como había temido Leia, estaban poniéndose trajes protectores térmicos antes de subir al más pequeño de los caminantes del hielo disponibles, un vehículo de cabina baja con un diseño bastante similar al de un alimentador de árboles cuya docena de largas patas era tan capaz de trepar sobre el escarpado terreno glacial como de desplegarse para anclarlo si se enfrentaba al brutal azote de los vientos. Los dos hombres oyeron subir el ascensor y tenían la mirada vuelta hacia las puertas cuando Leia salió de él, pero aparentemente no encontraron nada inquietante en la visión de aquella silueta delgada envuelta en un holgado mono gris sin cinturón que arrastraba los pies e iba seguida por un androide astromecánico, pues los dos subieron al caminante de los hielos y cerraron la carlinga detrás de ellos.

Las puertas del hangar se abrieron un instante después. Leia fue hasta los armarios para los mecánicos que había en el otro extremo del hangar y fingió

registrarse los bolsillos en busca de unas llaves hasta que el caminante se puso en movimiento y entró en la esclusa.

Un instante después de que las puertas se hubieran cerrado detrás del vehículo, Leia ya estaba sacando un par de cables de un bolsillo interior y volvía a abrir la compuerta de Erredós para conectar los cables de la manera que le había enseñado Han en una ocasión.

—Bien, Erredós —dijo con voz sombría—. Vamos a averiguar si serías un buen ladrón.

Abrieron cuatro armarios antes de encontrar un traje térmico que le fuese bien. Los guantes del bolsillo estaban claramente concebidos para un bith. Leia reajustó los controles de oxígeno y temperatura para adaptarlos a los niveles humanos y examinó los sellos mientras se iba poniendo el traje. Había un par de aeromotos de distintos modelos de la gama Ikas-Adno en el hangar, pero Leia pasó de largo ante ellos lamentando no poder usarlos. Los vehículos antigravitatorios se movían muy deprisa, pero en un entorno de vientos tan fuertes como el de un glaciar eran todavía peor que inútiles. Acabó escogiendo un tractor Mobquet muy antiguo, básicamente por su escasa altura y la pequenez de su motor, pensando que había bastantes probabilidades de que no apareciese en un detector si Keldor había decidido mantener vigilada la ruta que iba dejando atrás. Después arrastró un par de planchas manchadas de aceite para que le sirvieran de rampa a Erredós, y las apoyó en la trasera del vehículo entre los trapezoides de las orugas.

— ¿Estás bien ahí atrás?

Leia subió por la escalerilla, bajó la carlinga y conectó los cierres. Las puertas interiores se abrieron con un crujido metálico, y el aire caliente creó remolinos entre los cristales de hielo y la nieve en polvo que aún había esparcida sobre el sucio suelo de cemento.

Erredós respondió con un trino afirmativo.

—Pues entonces vamos a enterarnos de lo que está ocurriendo en esta bola de hielo.

Las puertas exteriores se abrieron. Vientos quejumbrosos aullaron sobre el erial de roca y hielo con las ráfagas malignas, cortantes y devastadoramente frías de un invierno infernal que ya llevaba cinco mil años de duración.

Leia introdujo las coordenadas de localización, echó una rápida mirada hacia atrás para asegurarse de que Erredós se había conectado al ordenador de rumbo del tractor y empezó a avanzar a través del paisaje helado para iniciar la persecución del ya lejano caminante de los hielos.

CAPÍTULO 16

«En cierta manera, princesa, sois la responsable de nuestra elección de objetivo...»

Todavía podía verle: un hombre alto, pálido como un hueso descolorido por el paso del tiempo, un rostro de calavera sobre el uniforme verde oliva y, detrás de él, la joya verde y azul de Alderaan resplandeciendo como un sueño sobre la oscuridad aterciopelada que se extendía más allá del visor.

El hielo repiqueteaba sobre la triple capa de plex de la burbuja del tractor, y el viento hacía oscilar la silueta achaparrada del vehículo como la pata de un gigantesco pittino que estuviera jugando con un insecto mientras éste se arrastraba lentamente sobre el suelo de una cocina infernalmente vasta. Leia mantenía la atención concentrada en cada estremecimiento de la palanca de control y cada fluctuación de las agujas de los diales, y no perdía de vista el dibujo bamboleante de las luces amarillas que indicaban la posición de los desgarbados miembros aracnoides del caminante de los hielos, que se encontraba muy por delante de ella y seguía avanzando sobre la desolación helada azotada por el viento, pero en la parte más profunda de su mente apenas se daba cuenta de todo ello. Su consciencia volvía a estar a bordo de la Estrella de la Muerte, y sus ojos volvían a contemplar las pupilas incoloras del Gran Moff Tarkin.

«Sois responsable, princesa...»

«Sois la responsable de...»

¿Lo había sido?

Leia conocía muy bien a Tarkin. Sabía que despreciaba a Bail Organa, y también sabía que Tarkin estaba al corriente de que Alderaan era el centro de la oposición. Sabía que bajo su eficiencia aparentemente tan satisfecha de sí misma ocultaba unas reservas de rencor y deseos de venganza tan grandes como todo el Brazo Espiral, y que le encantaba decir a la gente que las víctimas de sus represalias más espantosas —o de las del Emperador— eran responsables de lo que iba a sucederles.

¿Qué había dicho de las masacres del Sector de Atravis? «Ellos se lo han buscado.»

También sabía que, como buen militar, Tarkin ardía en deseos de probar su nueva arma, de verla en acción y poder describir sus resultados al Emperador y escuchar después cómo aquella voz fría y átona susurraba un «Bien» tan débil e inaudible como el crujir de unas hojas secas deslizándose sobre la piedra.

En lo más profundo de su corazón, Leia sabía que Tarkin siempre tuvo la intención de escoger Alderaan como su primer objetivo.

Pero en sus sueños era la responsable de lo ocurrido, tal como había dicho Tarkin.

Las luces se movían muy por delante de ella, tambaleándose y pareciendo jugar al escondite entre ellas con cada movimiento de las patas del caminante de los hielos como si fuesen un enjambre de luciérnagas borrachas. Las corrientes de aire caliente que brotaban de la cúpula de Plawal y disipaban el

espeso hervir de las nubes ya quedaban muy lejos, y los vientos tempestuosos y las cortinas de granizo cubrían el glaciar, reduciendo considerablemente la visibilidad y oscureciendo la ya débil claridad diurna hasta convertirla en una penumbra cenicienta repleta de remolinos oscuros. Huesos y espinas de roca negra que había sido frotada por los vientos hasta dejarla totalmente desnuda sobresalían como islas muertas a través de los angostos ríos de hielo. Los bancos de nieve se había ido amontonando hasta alcanzar una gran altura en algunos lugares más protegidos, donde parecían dunas del desierto esculpidas por la ventisca, y en otros sitios la violencia de las tempestades había tallado el hielo hasta transformarlo en masas de riscos parecidos a dientes, como olas de un océano congelado en el momento culminante de la tormenta.

Dos cañadas gemelas se alzaron ante ellos, con sus fantasmagóricas profundidades color zafiro descendiendo hasta una profundidad superior a la que los ojos de Leia eran capaces de percibir en aquel crepúsculo carente de sombras. Las largas patas del caminante de los hielos la habían dejado atrás de una sola zancada, y Leia fue soltando maldiciones mientras conducía el tractor a lo largo del abismo durante centenares de metros en busca de un sitio donde las cañadas se estrecharan lo suficiente para poder dar aquel salto aterrador por encima del vacío. Mientras volvía por el otro lado del abismo para regresar al sendero lleno de obstáculos y agujeros que estaba siguiendo, rezó para que las partículas de hielo impulsadas por el viento no hubieran borrado las huellas del caminante.

Ohran Keldor iba a bordo de ese caminante de los hielos. Ohran Keldor, que había ayudado a diseñar la Estrella de la Muerte.

Ohran Keldor había estado a bordo de la Estrella de la Muerte y había contemplado la destrucción de Alderaan.

Leia había logrado perdonar a Qwi Xux, la principal diseñadora de la Estrella efe la Muerte, porque cuando por fin se conocieron había visto cómo se horrorizaba ante el espantoso espectáculo de lo que habían provocado sus capacidades. Pero Leia comprendía que la frágil nativa de Omwat había crecido y había sido educada en el interior de un laberinto de ignorancia, mentiras y coacción meticulosamente diseñado y construido.

Y cuando Qwi Xux descubrió en qué consistía la verdad de todo aquello, había tenido el valor de seguirla hasta donde acabara llevándola..., y eso no era algo que todo el mundo fuese capaz de hacer.

Pero Ohran Keldor —y Bevel Lemelisk, y otros cuyos nombres habían sido recopilados poco a poco por los supervivientes de la Alianza de Alderaan— había sabido con toda exactitud lo que estaba haciendo. Después de la destrucción de Alderaan, todos habían sido trasladados a Carida cuando la Estrella de la Muerte inició su último viaje para destruir la base de Yavin. Pero todos ellos habían querido presenciar la primera aplicación práctica de sus teorías.

Y Keldor había estado allí.

Leia pensó que Drost Elegin también había estado allí, así como muy probablemente todos los jefes de esas otras viejas Casas, esos gobernantes planetarios que eran la cabeza visible de las poblaciones humanas —o humanoides— de planetas colonizados hacía ya mucho tiempo, que no

soportaban las interferencias del Senado en sus poderes locales y que odiaban todavía más a la República. Esos gobernantes habían apoyado a Palpatine por la única razón de que podía ser sobornado hasta obtener de él un «pacto entre caballeros» que les permitiese controlar sus mundos como les viniera en gana.

«Se están reuniendo...»

¿Alrededor de Roganda Ismaren, antigua concubina del Emperador e hija de un Jedi, y quién sabía qué otras cosas más aparte de esas dos?

Otra luz ardió con un breve destello azulado en el torbellino oscuro del exterior. Se apagó casi enseguida, pero Leia vio cómo la confusión de manchas luminosas formada por las pequeñas balizas de las patas del caminante se desviaba en esa dirección.

— ¿Has captado eso, Erredós? —chilló por el comunicador, y apenas pudo oír el trino de confirmación.

Unas lecturas de orientación verdes aparecieron en su pantalla, y el viento les golpeó con fuerza cuando Leia sacó el tractor de detrás de un promontorio de hielo, una pequeña colina de formas tan retorcidas y sorprendentes que parecía un imposible monolito de mármol arrojado a la superficie por las nerviosas convulsiones de la hilera de fallas volcánicas que se extendía muy por debajo de ellos.

Le temblaban las manos, y era extrañamente consciente del calor de la sangre que circulaba por sus venas.

A Leia le sorprendía un poco que nadie hubiera hecho un trazado cartográfico de la situación de las pistas de descenso empleadas para el contrabando. Los sondeos desde grandes alturas quedaban totalmente descartados debido a las tormentas iónicas, pero siempre habría sido posible llevar a cabo una búsqueda de rastros geotérmicos a nivel del suelo. Mientras luchaba con la palanca de control y hacía que el tractor fuera subiendo lentamente por una pendiente de hielo medio podrido que se extendía por debajo de otro risco más antiguo Leia pensó que era posible, desde luego, pero que no habría resultado nada fácil, y acabó diciéndose que probablemente nadie había considerado que valiese la pena hacerlo.

El viento casi la derribó cuando salió del tractor y avanzó hacia el refugio que ofrecían las negras rocas erosionadas que protegían la pista. El traje térmico estaba garantizado hasta por debajo del punto de congelación del alcohol, pero aun así Leia sintió cómo el frío se iba infiltrando a través de él mientras luchaba para subir por la cresta afilada como un cuchillo de restos empujados por el viento y rocas para poder ver su objetivo con claridad por primera vez.

La pista había dejado de serlo.

Allí donde se había alzado una especie de bunker —construido con permacreto premodelado y diseñado para ofrecer poco más que una pequeña instalación de control al lado de un espacio despejado creado mediante explosiones térmicas en aquel glaciar duro como una roca—, Leia vio a través del aullante telón de granizo los muros negros pegados al suelo de lo que los militares llamaban un hangar permanente temporal, con la nieve alejándose en una enloquecida agitación de torbellinos de un campo magnético que estaba claro era tan nuevo como extremadamente potente. El viejo bunker de

permacreto había sido rodeado por otros, casi todos estructuras permanentes-temporales de escasa altura cuyos muros negros se confundían con la roca del risco al que estaban pegados. De no ser por el campo magnético, la ventisca los habría enterrado en cuestión de horas.

Leia masculló una palabra que había aprendido de los chicos del antiguo escuadrón de asalto y fue avanzando cautelosamente hacia los muros, resbalando en la gruesa capa de nieve con las orugas de Erredós chirriando estridentemente detrás de ella.

El caminante de los hielos había desaparecido. Eso no significaba que el hangar estuviera abandonado, pues las ondulaciones que se habían formado en la nieve derretida y se habían vuelto a congelar casi al instante le indicaron que algo se había posado sobre el hielo y había sido introducido en el hangar hacía menos de tres horas, y parecía bastante lógico suponer que habrían desembarcado algunos pasajeros o tripulantes. El ulular del viento que la golpeaba como un ariete hacía que resultara bastante difícil desplegar sus sentidos hacia el cobertizo principal, pero la puerta que daba acceso a los edificios más pequeños adyacentes quedaba protegida de la ventisca, y de todas maneras esas estructuras estaban vacías. Conseguir que Erredós forzara las cerraduras fue cuestión de momentos incluso con sus dedos enguantados y entumecidos por el cada vez más intenso frío. El silencio que les envolvió cuando la puerta se cerró detrás de ellos era tan profundo que casi resultaba inquietante.

Leía se quitó el casco y se sacudió los cabellos. El sistema de calefacción de aquel pequeño anexo era un alivio, pero todavía podía ver la nubécula de su aliento en la tenue claridad que entraba por el pasadizo que lo unía con el hangar principal.

La nave que ocupaba el hangar era una Mekuun del modelo Tikiar, un aparato oscuro de líneas ágiles y veloces curiosamente parecido al ave de presa con cuyo nombre había sido bautizado. Leia sabía que los Tikiars eran las naves favoritas de las Casas aristocráticas tanto en el Sector de Senex como en el resto de la galaxia.

Dos tripulantes. Se apoyó en el quicio de la puerta y aguzó el oído, concentrando su mente a través de la neblina de claridad de la Fuerza. Estaban disfrutando de un rato de descanso, y se entretenían —de manera ilegal— contemplando un partido de tensibol en la red subespacial.

Los Destructores estaban recibiendo otra paliza.

Leia, más tranquilizada, recorrió con la mirada el anexo que tenía detrás.

Estaba lleno de cajas. Había pilas de gran altura amontonadas alrededor de las puertas del ascensor, superficies anónimas de plasteno verde oscuro en las que no se veía escrito ningún destino, pero que contenían números de serie y el logotipo de la corporación.

Carabinas pesadas láser y fusiles de partículas fabricados por la Corporación Mekuun. Cañones iónicos de la Seinar. Células de energía escala-50, diseñadas y construidas a medida para las cañoneras y los cazas TIE más pequeños del modelo antiguo; células de energía más compactas de las

clases C, B y escala-20, docenas de ellas. Todos esos modelos tenían el tamaño adecuado para ser utilizados en los desintegradores.

La voz de Jevax pareció resonar dentro de su mente. «Hemos vuelto a perder contacto con Bot-Un», había dicho.

«Están trayendo a sus hombres por ahí. —La comprensión surgió de repente en su cerebro, completa y llena de lógica—. Los traen por el Corredor. Vienen a gran altura, bajan muy deprisa y luego se deslizan pegados al hielo...»

Las comunicaciones entre las fisuras volcánicas se interrumpían con tanta frecuencia que podía transcurrir una semana entera, o incluso más tiempo, antes de que alguien fuese hasta los glaciares en un caminante de los hielos para echar un vistazo.

— ¿Estás registrando todo eso, Erredós?

El pequeño androide astromecánico lanzó un trino de asentimiento.

Leia volvió a ponerse el casco y tensó el cuerpo para soportar la repentina embestida del frío cuando volvieron a salir a la pesadilla congelada del exterior. Tuvo que agarrarse al androide para no perder el equilibrio mientras luchaban por regresar al tractor, tambaleándose y tropezando a lo largo de la hilera de rastros que las enormes garras metálicas del caminante habían dejado a través del hielo.

Ohran Keldor, el último diseñador de la flota del Emperador...

¿Estaría diseñando algo nuevo? Leia meneó la cabeza. Las huellas ya casi se habían borrado, y tenía que hacer un gran esfuerzo para poder distinguirlas. Eso resultaría demasiado caro, tanto que superaría la capacidad incluso de una coalición de los nobles de Senex, y las corporaciones con las que trataban se lo pensarían mucho antes de ofrecerles respaldo financiero para algún proyecto de envergadura. No, lo más probable era que Keldor hubiera sido llamado para que actuara como asesor acerca de algún aparato antiguo, tal vez el mismo equipo Jedi que Nubblyk y Drub habían estado desmantelando y vendiendo a través de las redes del contrabando durante todos aquellos años.

Pero sus instintos le susurraron que no se trataba de eso. No, es algo más grande.

Es otra cosa...

Algo por lo que habían asesinado a Stinna Draesinge Sha, porque querían evitar que se enterase de algo que le resultaría familiar gracias a sus estudios y que advirtiera a la República del peligro que suponía.

Las protuberancias de roca negra del risco principal formaban una trampa para el viento al este del hangar. Mientras aferraba con expresión sombría la palanca de control del tractor, Leia pensó que nadie habría sido capaz de localizar el túnel desde el aire. La pálida claridad del sol apenas lograba atravesar las gruesas capas de nubes, y las huellas dejadas por el caminante ya habían quedado reducidas a unas señales casi imperceptibles. Sólo podía distinguir la caverna donde habían dejado el vehículo y la caja de permacreto que cubría la entrada del pozo, y las masas de pequeñas arrugas y ondulaciones que habían aparecido en el hielo se estaban esfumando rápidamente bajo los chorros de nieve que traía consigo la ventisca.

«Han erigido estructuras militares nuevas en la pista de descenso, pero no han hecho ninguna mejora en la entrada del pozo —pensó Leia mientras maniobraba el tractor para colocarlo detrás del último promontorio de roca y ocultarlo al caminante en su caverna—. Y han traído a Elegin por el camino más largo a pesar del frío. No confiamos en los nobles de Senex, ¿verdad?»

La nieve crujió bajo las botas de Leia cuando fue hacia el pequeño fortín de permacreto, y el aire caliente que se arremolinó a su alrededor cuando las puertas de la entrada del pozo se abrieron obedeciendo al programa decodificador de Erredós le hizo dar un respingo. Se apresuró a entrar con el androide pisándole los talones, y las puertas se cerraron detrás de ellos. La entrada del pozo contenía más montones de cajas sobre las que había todos los logotipos y etiquetas que había visto antes: Mekuun, Seinar, Sistemas Automotrices Kuat y Pravaat, el gigantesco consorcio del Sistema de Celanon que manufacturaba y vendía uniformes a cualquiera que estuviese dispuesto a pagar por ellos. Las pálidas hileras de paneles luminosos alimentados por pilas que circundaban la estancia le permitieron ver que el suelo estaba lleno de las señales recientes dejadas por objetos pesados que habían sido arrastrados de un lado a otro y salpicado por las manchas de aceite que había goteado de los androides de segunda mano.

«Han... He de contarle todo esto a Han.»

«Todos moriréis —había gritado Drub McKumb—. Se están reuniendo. Están allí.»

Cinco hileras de huellas se extendían sobre la fina capa de polvo de nieve que cubría todo el suelo de cemento y terminaban en las puertas del ascensor. Cuatro eran de humanos, y la quinta estaba formada por las huellas más cortas y anchas y ligeramente redondeadas de un alienígena que podía haber sido un sullustano o un rodiano. Leia se acordó de que muchos miembros de la junta ejecutiva de Seinar habían nacido en Sullusta, el hogar de aquella raza corpulenta de nariz achatada.

También se acordó de otras cosas.

—Quiero averiguar qué clase de conexión hay entre este túnel y los túneles de los contrabandistas abiertos debajo de Plawal, Erredós —dijo en voz baja—. Pero si nos metemos en algún lío, tu directiva de emergencia será volver al tractor y traer aquí a Han.

Mientras hablaba Leia había ido rompiendo los sellos de tres de las cajas, y a continuación se aprovisionó con un lanzallamas, una carabina desintegradora semiautomática y una lanza de energía que montó con rápida destreza, como le habían enseñado a hacer los muchachos de aquella trinchera de Hoth cuando parecía que no iban a poder salir de allí antes de que llegaran los imperiales.

—Proporciónale las coordenadas, la información..., todo —siguió diciendo—. No te quedes para defenderme. ¿Lo has entendido?

El androide emitió un zumbido y la siguió hasta el interior del ascensor.

Leia sabía que el túnel de los contrabandistas terminaría en algún lugar de Plawal. Pero a juzgar por la descripción de las cavernas de lava y del pozo en el centro de su círculo de monolitos que le había hecho Han, y basándose

igualmente en el hecho de que Roganda Ismaren había pasado una parte de su infancia allí, Leia suponía que también estaban conectados con las criptas ocultas debajo de la Casa de Plett. No tenía ni idea de qué estaba escondiendo Roganda allí ni de cómo se las había arreglado para falsear las lecturas de los sondeos llevados acabo mediante sensores después de que la gente empezara a desaparecer, pero por fin tenía muy claro cuál había sido el destino sufrido por Drub McKumb y Nubblyk el Slita..., ¿y quién sabía por cuantos más aparte de ellos?

«Vader... y Palpatine», había dicho Mará.

Y, evidentemente, la concubina de Palpatine, aunque a Leia no le había parecido que aquella mujer tuviese una gran capacidad para emplear la Fuerza. Lo que resultaba evidente era que no estaba envuelta por esa aura de potencia fantasmagórica y ese silencio que incluso una senadora tan joven y atrevidamente segura de sí misma como era Leia por aquel entonces había percibido emanando del Emperador.

¿De qué podía tratarse entonces?

Leia se colgó las correas de su armamento de los hombros y empezó a avanzar cautelosamente por la oscuridad.

Durante un tramo bastante largo el túnel de los contrabandistas era un simple pasadizo tallado en la piedra, un orificio abierto a través del lecho rocoso del planeta bajo el grosor de glaciar acumulado a lo largo de cinco mil años, que de vez en cuando atravesaba los cauces agrandados de lo que en tiempos lejanos habían sido arroyos subterráneos. El suelo había sido alisado para permitir el paso de los androides de carga, y también habían construido rampas, elevado los techos y tendido puentes para poder cruzar las pequeñas cañadas y desfiladeros del subsuelo. Resultaba muy fácil de seguir, y a Leia le bastaba con moverse lo más silenciosamente posible.

Después, cuando el camino se bifurcó o se encontraron con túneles de cruce abiertos en la roca, o cuando cruzaron cavernas repletas de vapores asfixiantes donde reinaba un calor abrasador debido a los cráteres de fango humeante, Leia aguzó el oído y desplegó sus sentidos al máximo, examinando la Fuerza en busca del contacto y la esencia de las cinco personas que la habían precedido. La calle de la Puerta Pintada —el angosto callejón en el que Roganda le había dicho que vivía— estaba detrás de la terraza cubierta de lianas sobre la que se alzaba la Casa de Plett. Antes de que construyeran la cúpula, toda la fisura tenía que soportar el azote periódico de las tormentas. Los mlukis habrían excavado túneles, por supuesto, y era igualmente lógico y natural que los contrabandistas hubieran descubierto por lo menos unos cuantos de esos túneles en los cimientos de aquellas viejas casas.

No todas las casas de la calle de la Puerta Pintada habían sido construidas encima de las antiguas moradas, por supuesto, pero Leia estaba dispuesta a apostar que la de Roganda se alzaba sobre una de ellas.

Roganda había vivido allí. Había conocido aquel lugar, y había vuelto a él cuando Palpatine murió en el hirviente corazón de su segundo intento de doblegar a la galaxia mediante el terror.

¿Por qué?

Leia percibió el suave crujir de garras y el olisqueo entrecortado de una respiración animal antes de que Erredós silbara su casi insonora advertencia. Estaban bastante lejos pero se aproximaban muy deprisa, y determinar la dirección por la que venían resultaba casi imposible en aquel laberinto de túneles interconectados, cavernas, salas talladas en la roca, rampas y escaleras que subían y bajaban.

—Probablemente nos estén siguiendo por el olfato —murmuró Leia—. Bien, Erredós, necesitamos un poco de luz.

El androide apenas había tenido tiempo de encender todos sus paneles luminosos cuando las criaturas ya estaban lanzándose sobre ellos.

Había rodianos, humanos y dos mlukis —o, al menos, ésas habían sido sus razas en un pasado ya lejano—, y Leia los identificó en el mismo instante en que atacaba con su lanza de energía, un arma no tan limpia o potente como una espada de luz pero que era potencialmente letal en unas manos bien adiestradas. La lanza de energía tenía la ventaja de poder mantener a raya a más de un enemigo simultáneamente sin que hubiera ningún peligro de rebotes, y Leia la empicó con una mezcla de miedo, furia e impasibilidad contra sus atacantes mientras éstos se lanzaban sobre ella soltando alaridos. Cercenó la mitad del cuello de un mluki y después hizo girar su arma sin perder ni un segundo para enfrentarse con un rodiano, cuyo garrote improvisado con un trozo de metal le desgarró una manga y la carne del brazo que había debajo de ella. El simple peso de sus atacantes casi la hizo caer al suelo. En ellos no había nada a lo que Leia pudiera dirigir una advertencia de que debían retroceder, y nada que comprendiese que corrían peligro. Cuando uno de los humanos le arrancó la lanza de energía de entre los dedos, Leia apenas tuvo tiempo de alzar el lanzallamas para abrasarlos y calcinar sus cuerpos, y aun así continuaron atacándola envueltos en llamas mientras volvía a coger la lanza de energía para terminar aquel horrible trabajo.

Apenas habían caído cuando aparecieron los kretchs, emergiendo de la oscuridad para alimentarse con los cadáveres y la sangre.

El último grito del segundo mluki fue acompañado por los ecos de un coro de aullidos que surgieron de las profundidades de los túneles y que resonaron detrás de Leia y a su alrededor viniendo de una docena de direcciones distintas.

«Todos moriréis. Todos moriréis...»

Leia huyó por un túnel con el haz del reflector de Erredós brillando delante de ella para caer sobre la arcada de una entrada artificial abierta en la roca. Se metió por ella con la cabeza inclinada y se encontró en una nueva zona excavada dentro de la piedra, con cámaras talladas en la roca y rampas de madera reseca y mordisqueada por los kretchs que cubrían peldaños y cambios de nivel. Un puente cruzaba un arroyo de corriente muy rápida cuyas aguas lanzaban delgados hilillos de vapor al aire recalentado. También había un túnel en el que captó un eco de la Fuerza que susurraba «No bajes por aquí».

Paneles luminosos apagados, pequeños catres en los rincones...

Algo gigantesco, pestilente y recubierto de pelos se lanzó sobre ella desde un umbral, y Leia golpeó sin pensar y en una reacción instintiva, y la sangre manchó su traje térmico mientras la criatura se derrumbaba a sus pies soltando chillidos. Leia saltó sobre ella y Erredós dio un rodeo alrededor del cuerpo, y el aire pareció jadear a su alrededor con un repentino estallido de repugnantes gruñidos guturales y lo que podrían haber sido palabras tartamudeadas y balbuceos surgidos de una mente destrozada.

Un refugio. Leia lo percibió, y sintió una curiosa ligereza y el súbito impulso hacia la seguridad. Era como la sensación de haber encontrado algo que llevaba mucho tiempo buscando.

Estaba a su izquierda y parecía llamarla a través de un triple arco de piedra oscura.

Se encontró en una gran sala, una vasta estancia sumida en la penumbra y oscurecida por las sombras de estalactitas tan delgadas que parecían pajas para sorber refrescos y delgados telones de depósitos minerales que se habían ido formando a través de las grietas del techo. Un arroyo la dividía en dos partes y había unas cuantas planchas tendidas a través de él, pero no se veía ni rastro de un puente. A la derecha, la izquierda y el centro había tres arcadas que creaban otras tantas salidas de la sala al otro lado de la corriente de agua, y cuando Leia cruzó las planchas sintió que la del centro la llamaba.

Erredós dirigió el haz de su reflector hacia la sala que se extendía al otro lado del arco central y, más débilmente y pareciendo llegar desde muy lejos, Leia volvió a experimentar la misma sensación que se había adueñado de ella cuando estaba en lo alto de la torre y miraba hacia abajo, como si estuviera viendo y oyendo cosas que no pertenecían a su tiempo.

Voces de niños.

La percepción, sentida en lo más profundo de sus huesos, de la presencia de la Fuerza.

Pasó por debajo del arco y Erredós volvió a aumentar la intensidad de sus luces. Trocitos y tiras de metal le enviaron mil guiños a lo largo de toda aquella gran estancia cubierta por una bóveda con forma de barril.

Un tanque de cristal de unos centímetros de grosor, vacío salvo por una delgada capa de arena amarilla.

Un cilindro de cristal de un metro de altura, herméticamente sellado y que sólo contenía el esqueleto marchito de una hoja. Al lado había una mesa, y sobre ella había una bola de negro cristal volcánico, un anillo de oro y una tosca muñeca confeccionada con trapos y ramitas.

Toda la pared del fondo estaba ocupada por una estructura exquisitamente equilibrada de esferas suspendidas, anillos, varillas y poleas que relucían en una enigmática bienvenida. Dos máquinas más compuestas por ejes, cubos y bolas de acero pulimentado parecían hacer señas, tentar y provocar la mente con la monumental y disparatada extravagancia de las reacciones en cadena potenciales que ofrecían.

Había una esfera de cristal llena de un líquido mate entre rosa y dorado que pareció agitarse, y un sinfín de colores se materializaron durante un instante ante las vibraciones de sus pasos.

«Los niños estuvieron aquí», pensó Leia.

La alegría y la fascinación que habían sentido parecían haberse infiltrado en las piedras de los muros hasta impregnarlas.

Leia pensó que tal vez no hubiera logrado averiguar sus nombres, pero al menos había encontrado sus juguetes.

Alargó una mano vacilante hasta tocar la esfera llena de líquido, y allí donde sus dedos entraron en contacto con el cristal vio aparecer moléculas rojas que se separaron de la suspensión rosada y quedaron suspendidas en la atmósfera fluida de la bola como nubes que se iban disipando lentamente. Después de muchas dudas y titubeos —porque en sus lecciones Luke nunca le había hablado de nada que tuviera la más pequeña relación con todo aquello, a pesar de que le pareció ridículamente fácil una vez que lo intentó—, Leia la sondeó con su mente y el líquido se fue separando a sí mismo, dorado en la parte de arriba y carmesí en el fondo. Algo indefinible en el color carmesí hizo que Leia lo observara con más atención e invocara a la Fuerza, y descubrió que en las moléculas de color sangre había escondido un tercer color en cantidades suficientes para poder formar una estrecha banda de azul cobalto entre las zonas ya existentes.

Leia pensó que Jacen y Jaina necesitaban juguetes como aquellos. Cuando fuese un poco mayor, Anakin también los necesitaría.

Había otros objetos, cosas sorprendente e irritantemente sencillas que no podía entender.

¿Por qué razón estaba allí ese círculo de recipientes cuadrados vacíos de distintos tamaños? ¿Qué se había echado en ellos? Leia no pudo ver nada sobre la superficie negra, salvo unas manchas grisáceas como las que hubiese podido dejar el agua, y se preguntó si la composición de la mesa formaría parte del acertijo. El material era de aspecto denso y reluciente, y parecía laca hasta que lo tocó, pero al deslizarse bajo las yemas de sus dedos le dijo con toda claridad que era madera.

¿Y qué eran todas aquellas esferas de metal extrañamente pesadas que habían sido colocadas por orden de tamaño en un estante?

Las barras, cuerdas y vigas que colgaban del techo se explicaban a sí mismas y su propósito con una sola mirada... ¿o no?

«Luke tiene que ver todo esto.»

Nada de todo aquello era mencionado en el Holocrón ni en los registros que Luke había sacado de los restos de la nave Jedi Chu'unthor. «Tal vez pensaron que no merecía ser introducido en los registros, como a nosotros no se nos ocurre mencionar el alfabeto cuando escribimos críticas literarias ni pararnos a explicar el sistema enzimático humano al comienzo de una historia de amor... O el que los seres humanos necesitan oxígeno, ya puestos a explicar.»

Tal vez fue una premonición, una oscura tensión en el aire que despertó y agudizó los sentidos de Leia. Pero entre las sombras de las palancas y poleas

de aquel gran juguete de la pared distinguió algo que le resultaba un poco familiar y, dando un paso hacia adelante, lo sacó de donde había sido metido hasta quedar casi totalmente oculto. Era un paquetito de plasteno negro cubierto por una fina capa de un sucio residuo pulverulento cuyo olor hizo volver a su mente la gruta verde azulada sumida en la penumbra de la Casa de Curación del Nube-Madre y la suave voz sibilante de Tomla El diciendo «Roca mental».

«Esto es nuevo —pensó—. No es algo que los Jedi puedan haber dejado aquí. ¿Pero entonces quién...?»

Erredós lanzó un silbido de advertencia al lado del umbral.

Leia se quedó totalmente inmóvil y contuvo el aliento mientras sondeaba la oscuridad con su mente.

Los chillidos y resoplidos de los guardianes del túnel a los que se les había arrebatado la inteligencia habían quedado repentinamente ahogados.

Y el mismo aire pareció espesarse, solidificándose y cayendo lentamente para formar masas esponjosas que se hundían sobre sí mismas.

La Fuerza. Una inmensa oscuridad que fingía ser el silencio resultado de que allí no había nada.

Y un instante después oyó un debilísimo arañar quitinoso que surgía de la oscuridad.

Una variación en la presión, un cambio en la espesa atmósfera caliente de las cavernas trajo hasta ella el olor, como una vasta exhalación de la caña de azúcar a medio pudrir o los restos descompuestos de las plantas empaquetadoras de la fruta, una suciedad química que le erizó el vello de la nuca.

—Salgamos de aquí, Erredós.

Volvió a dejar el paquetito donde lo había encontrado, fue rápidamente hasta la puerta y Erredós lanzó el haz luminoso de su reflector más allá de Leia para proyectarlo sobre la seda color ébano del agua que fluía por el centro de la sala y el trozo de suelo que se extendía más allá de ella.

El suelo se movió. Formas relucientes se amontonaron una sobre otra como un lago de joyas negras entre un ensordecedor y repugnante rascar de garras.

—Yo no os lo aconsejaría, Alteza.

Roganda Ismaren —pálida, no mucho más alta que una niña y vestida con un traje blanco que hacía resaltar su frágil delicadeza— estaba inmóvil en el angosto hueco del arco a la derecha de Leia. Junto a ella había un muchacho vestido con ropas oscuras —cabellos color ala de cuervo, como Roganda, esbelto y no muy alto, como Roganda—, que producía una indefinible impresión de gracia y flexibilidad.

Ohran Keldor, Drost Elegin y otro hombre —corpulento, de unos cincuenta años, el rostro pétreo e impasible, vestido de negro— formaban un grupo inmóvil detrás de ellos.

— ¡Vete, Erredós! —ordenó Leia—. Ahora...

Roganda se limitó a mover una mano. Elegin y el tercer hombre avanzaron para cortar el paso a Erredós antes de que pudiera llegar al puente, y Leia alzó el lanzallamas. El muchacho de negros cabellos soltó una risita despectiva y dijo «¡Oh, por favor!», y Leia, advertida por algún instinto, lanzó el arma lo más lejos posible de ella una fracción de segundo antes de que el tanque empezara a brillar y estallara en una erupción de fuego. Desenfundó su carabina y agarró la lanza de energía, sintiendo el tirón de la mente del muchacho sobre ella y oponiendo su mente a la suya como un muro resistente mientras saltaba para interponerse entre los hombres y Erredós. Elegin disparó su desintegrador contra ella, pero Leia ya estaba esquivando el haz de energía para lanzarse sobre él y obligarle a retroceder. «¡Guarda tu arma, idiota!», rugió el otro hombre mientras el disparo siseaba y rebotaba en los muros, el suelo y el techo con una ensordecedora sucesión de saltos y piruetas. Leia no pudo extender su sonda mental para arrancar el desintegrador de su mano, pero al menos sí pudo impedir que emplearan ese truco con ella.

—Elegin, Garonnin: estáis desperdiciando vuestro tiempo —dijo el muchacho que seguía inmóvil al lado de Roganda—. Tú...

Sus grandes ojos, dos cristales de cobalto, se clavaron en Erredós.

—Vuelve aquí. Ahora.

Erredós, que había cruzado el puente de planchas y estaba a pocos metros del arco que llevaba al oscuro laberinto de pasadizos, se detuvo de repente. Los kretchs se arrastraron y se retorcieron frenéticamente sobre su cuerpo metálico de una manera que hizo que Leia sintiera náuseas, pero el pequeño androide no pareció darse cuenta de ello. Era el muchacho el que le había detenido, la voz del muchacho...

—Vuelve aquí—repitió el muchacho sin inmutarse—. No vas a ir a ninguna parte.

— ¡Vete, Erredós!

Leia se movió hacia un lado con la lanza de energía levantada, observando con cautelosa atención por el rabillo del ojo a Elegin y al hombre llamado Garonnin mientras pensaba que no podía ser un miembro de la Casa Garonnin.

—Oh, Leia, vamos... —dijo el muchacho con gélida impertinencia—. Si fui capaz de conseguir que estuviera a punió de hacer volar por los aires la casa dentro de la que dormíais, ¿crees que va a desobedecerme ahora? —Volvió a soltar una risita despectiva y su rostro se contorsionó en una sonrisa muy desagradable—. Haré que se meta en el agua y que se cortocircuite a sí mismo.

Volvió aquellos ojos fríos como cristales hacia el androide.

—Bien, y ahora abre todos tus paneles de reparaciones y retrocede en esta dirección, uno coma cinco metros hacia la izquierda y moviéndote en paralelo a tu curso original.

— ¡Erredós!

Leia tenía que seguir vigilando a los hombres, y no podía volver la mirada.

El androide astromecánico osciló sobre su base y emitió un silbido lleno de desesperación.

—Vamos —ordenó el muchacho.

—Irek, haz que los kretchs se marchen y Garonnin...

— ¡No! —exclamó el muchacho con repentina furia. Las alas negras de sus cejas descendieron velozmente para unirse sobre la curva marfileña de la nariz —. Le he dicho que vuelva y no quiere hacerlo. Vuelve aquí. Uno coma cinco metros hacia la izquierda y en paralelo a...

— ¡Sal de aquí, Erredós!

Erredós retrocedió un paso y se movió un paso hacia la izquierda, con los kretchs retorciéndose sobre él como una red de suciedad y reventando en estallidos de líquido viscoso bajo sus orugas.

— ¡Vuelve aquí! —ordenó el muchacho, y toda su calma anterior se esfumó repentinamente de su voz—. Uno coma cinco metros...

Erredós describió un pequeño círculo y se lanzó hacia la puerta que llevaba a los túneles.

— ¡Haced que los kretchs se vayan de una vez, noble señor! —Garonnin dio un paso hacia el puente y Leia avanzó para interponerse en su camino con la hoja vibratoria levantada—. ¡En cuanto haya llegado a los túneles ya no podremos seguirle el rastro!

— ¡Obedéceme! —chilló Irek, ignorando por completo a Garonnin mientras sus pálidas facciones se retorcían en una mueca de furia—. ¡Vuelve aquí!

—Visualiza los diagramas en tu mente y... —empezó a decir Roganda con voz suave y tranquila, y el muchacho se encaró con ella tan salvajemente como si fuese un gato montes.

— ¡Ya sé lo que se supone que he de hacer! I la dado resultado antes...

Erredós desapareció en los túneles envuelto en una mancha marrón de kretchs aplastados. Irek mantuvo la mirada clavada en el arco por el que se había esfumado, jadeando de rabia e incredulidad, y Leia sintió la furia feroz e implacable y la concentración de la Fuerza que eran lanzadas en persecución de Erredós.

Y la imagen increíblemente nítida de Chewbacca rodeado de cables e hilos de soldar, reparando al androide y volviéndolo a montar en la terraza, invadió su mente.

—Haced marchar a los kretchs...

— ¡No me molestes! —aulló Irek, yendo hacia el puente y apartando a Garonnin de un empujón.

Leia se plantó delante de él y alzó la hoja vibratoria que empuñaba. El muchacho se detuvo y la contempló, asombrado al ver que alguien se atrevía a oponerse a su voluntad. Leia sintió el tirón de la Fuerza en los dedos que rodeaban el astil de la lanza de energía y lo apretó todavía más fuerte, recurriendo a toda su mente y su concentración para mantenerle a raya.

Los ojos azules se abrieron todavía más y se llenaron de ira, y el muchacho cogió la empuñadura negra de la espada de luz que colgaba de su costado. En ese mismo instante Leia sintió que se le cortaba la respiración, y tuvo que

luchar con todas sus energías para volver a tragar aire venciendo esa opresión invisible. Podía ver que el muchacho no empuñaba el arma láser de la manera correcta, y que utilizaba la presa y la postura del duelo de esgrima ritual, que resultaban totalmente inapropiadas para poder equilibrar un arma que debía ser sostenida con las dos manos. En un duelo de verdad, Luke le hubiese cortado a rebanadas.

La hoja avanzó hacia la lanza de energía y Leia hizo una finta hacia arriba, se echó a un lado y estuvo a punto de separarle los pies de los tobillos. Logró hacerle retroceder mientras seguía luchando para aspirar aunque sólo fuese un hilillo de aire, y el muchacho dejó escapar un chillido lleno de furia y se lanzó sobre ella...

— ¡Irek! —gritó Roganda.

Los kretchs habían empezado a cruzar el puente.

Leia sintió aflojarse la espantosa presión sobre su tráquea y vio cómo el enjambre de antrópodos se detenía en el centro de las planchas y empezaba a hacerse cada vez más alto, como si una barrera invisible les impidiese seguir avanzando y no les dejara más salida que ir subiéndose los unos encima de los otros. Una repentina conmoción estalló entre los kretchs que se encontraban más cerca de la puerta cuando empezaron a devorar los cuerpos de aquellos congéneres suyos que habían sido aplastados por Erredós.

— ¡Está haciendo algo, madre! —chilló Irek, cada vez más irritado—. No da resultado... El androide debería volver. Ese viejo chocho asqueroso dijo que...

— ¡Silencio, Irek!

La mirada que Roganda lanzó a su hijo no le pasó desapercibida a Leia, y también percibió la rápida ojeada llena de recelo que dirigió a Garonnin y Elegin.

«Les está ocultando algo que no quiere que sepan...»

—Lord Garonnin, Lord Elegin —dijo Roganda con ese tono de voz tan dulce y razonable suyo, y al oírla Leia pensó que era el mismo, con sólo una sombra de deferencia indefensa, que había utilizado para hablarle en el mercado—. Venid por aquí. Parece ser que nos enfrentamos a un problema bastante simple, ¿no? Irek, recuerda que no debes perder el control de ti mismo y que siempre hay que escoger la solución más sencilla. Alteza...

Roganda se movió un poco hacia un lado en el umbral para dejar pasar a los dos aristócratas. Irek permaneció donde estaba, fuera del alcance de la lanza de energía de Leia mientras sus ojos azules llenos de rabia y frustración iban y venían velozmente de ella a los kretchs para volver a ella.

—Muy bien —dijo Irek en voz baja y suave, y sonrió—. Soltad el arma, princesa, o permitiré que los kretchs acaben de cruzar el puente. Tal vez debería hacerlo de todas formas.

Soltó una risita y dio un paso hacia atrás. Los kretchs se lanzaron hacia adelante en un torrente de negrura para invadir el otro lado del suelo como un hervor de barro ensangrentado.

— ¡Irek! —ordenó Roganda con voz llena de furia.

Los kretchs se detuvieron y volvieron a trepar los unos sobre los otros. Leia había retrocedido unos cuantos pasos, pero sabía que dada la velocidad que eran capaces de alcanzar aquellas criaturas nunca conseguiría ponerse a salvo ni aun suponiendo que supiese en qué dirección podía hallar refugio..., especialmente, pensó un momento después, si Elegin la estaba apuntando con su desintegrador.

—Bien, ¿por qué no hacerlo ahora? —preguntó secamente Irek—. Sin ella la República se desmoronaría.

—Sin ella, la República se limitaría a elegir otro Jefe de Estado —replicó Lord Garonnin en voz baja y suave teñida por una sombra casi imperceptible de desprecio.

Pasó junto a Roganda y cruzó la sala en dirección a Leia y los kretchs. Leia, que estaba haciendo un considerable esfuerzo de voluntad para no huir corriendo de aquellas criaturas tan repugnantes, no estuvo muy segura de si hubiese sido capaz de hacer lo que le estaba viendo hacer a Garonnin. La claridad del único panel luminoso del umbral, que estaba detrás de Roganda, convirtió los cortos cabellos de Garonnin en una rígida pelusa dorada e hizo que parecieran un halo metálico.

—Soltad vuestra arma, Alteza. Es la única esperanza de salir con vida de aquí que tenéis.

«Oh, pues vaya esperanza...», pensó Leia con amargura mientras apagaba la hoja vibratoria y deslizaba la lanza de energía sobre el suelo hacia Garonnin.

CAPÍTULO 17

«Tiene que haber algo que yo pueda hacer», había dicho Cray cuando a Nichos le diagnosticaron el Síndrome de Quannot.

Luke se apoyó en la pared del quinto o sexto conducto que le había enseñado Callista. Estaba temblando y jadeaba entrecortadamente porque le faltaba el aire, y su pierna se había convertido en un cilindro de dolor al rojo vivo que iba subiendo poco a poco para devorar su cuerpo a pesar de la doble dosis de perígeno que le había administrado. Se acordó del rostro de Cray aquel día, y volvió a ver sus ojos castaños opacados por el dolor, la confusión y la negativa a renunciar a la esperanza.

«Tiene que haber algo», había dicho.

Luke cerró los ojos y sintió la frialdad del muro en su sien.

Tenía que haber algo.

Y Cray tendría que ser la que lo hiciese.

El *Ojo de Palpatine* no tardaría en saltar al hiperespacio. Incluso el más intrincado de los juegos basados en la espera acababa llegando a su fin. La nave había despertado y cumpliría su misión, y algo le decía a Luke que no se trataba sencillamente de sembrar la destrucción en un mundo que había dado cobijo a los enemigos del Emperador hacía treinta años.

Algo quería la nave. Ese algo podía utilizar la Fuerza para afectar a los androides y los sistemas mecánicos, y la había llamado e impartido sus órdenes a la Voluntad después de que llevase tanto tiempo durmiendo.

Fuera lo que fuese, Luke no podía correr el riesgo de permitir que controlara una potencia de fuego y una influencia de semejantes dimensiones.

Ni siquiera por la vida de Callista.

Pero todo su ser se negaba a aceptar esa idea, incapaz de soportar la comprensión de que nunca llegaría a poder conocerla y de que no le sería posible tenerla siempre en algún lugar de su vida.

Era peor que el dolor de su pierna lisiada, peor que cuando le cortaron la mano y peor que el dolor de haber sabido por fin quién era su padre.

Luke no sabía si sería capaz de hacerlo, y no se trataba de una exageración o una mera forma de hablar.

Apoyó su peso en la barandilla de la escalera para no perder el equilibrio mientras subía el siguiente peldaño con su pierna buena, y volvió a erguir el cuerpo. Inclinarse, peldaño, erguirse. Inclinarse, peldaño, erguirse y cada músculo de sus hombros y su espalda lanzaba gritos de protesta y dolor a causa de todos esos días de esfuerzos a los que no estaba acostumbrado. Los escasos parches de perígeno que Cetrespeó había conseguido recoger para él de los compartimentos de emergencia esparcidos por la nave ya casi habían sido utilizados, y el androide había ido desde la Cubierta 9 hasta la 14. Cuando perdió la mano, Luke había dispuesto de una prótesis mecánica en cuestión de horas, y en aquel momento habría luchado, trocado o vendido prácticamente cualquier cosa en la que podía pensar para poder contar con un laboratorio médico que funcionase y una unidad 2-1B.

El fotrinador flotaba detrás de él.

El cronómetro de su muñeca le indicó que pasaban unos momentos de las diez. Cetrespeó ya debería haber localizado el conector principal de comunicaciones y aislado la línea que controlaba los intercomunicadores de la Cubierta 19. La Voluntad había incluido esa información entre sus datos clasificados, pero no podía impedir que Callista silbara una nota de guía desde un lado de la cubierta al otro con la potencia suficiente para que fuese detectada por los sensibles receptores del androide de protocolo. La avería de la línea sería atribuida a los jawas bajo su nueva identidad de saboteadores rebeldes, o posiblemente —cuando los centinelas del Pozo de Ascensor 21 oyeran las voces de los gakfedds— a algún plan urdido por los gakfedds. Con un poco de suerte, Luke podría subir por el pozo y sacar a Cray de su celda antes de que llegaran a darse cuenta de que habían sido engañados.

El final de la escalerilla que se extendía más allá del umbral abierto identificado con el número 17 estaba lleno de una oscuridad abisal y unos tenues chasquidos fantasmagóricos. Aquel lugar era uno de los centros de reciclaje de la nave, y no mantenía ninguna clase de contacto con las cubiertas de la tripulación o cualquier reino de actividad humana. Los androides que se encargaban de la reconstitución del agua, los alimentos y el oxígeno no necesitaban luces para trabajar. La débil claridad del bastón de Luke le reveló ángulos en movimiento, PU-80 con forma de caja absortos en su monótona labor entre aparatos que no habían sido diseñados para interactuar con ningún ser humano, MMD de todos los tamaños, RI y MSE que iban y venían velozmente de un lado a otro y un Magnotaladro de dimensiones medias que tropezó con las pantorrillas de Luke tan ciegamente como una tortuga gigante. Luke había desconectado las luces de los diales del rastreador alterado para retrasar lo más posible la llegada del momento en que los klaggs comprenderían que habían sido engañados, y el androide flotaba detrás de él como un globo bastante sucio unido mediante un cable invisible a la bola de guía que Luke se había metido en el bolsillo.

«Girar a la derecha, y luego la segunda a la izquierda», se repitió Luke. Un panel mural en una de las cámaras de reciclaje, un angosto conducto que formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados... Se concentró en sí mismo y fue llenando su mente de paz y tranquilidad a pesar del dolor y del lento entumecimiento provocado por las sobredosis de perígeno, buscando el foco mental y el apacible silencio interior que eran la llave de la Fuerza. Por duodécima —o centésima— vez desde que aquel efecto colateral determinado había empezado a hacerse sentir, Luke se preguntó si hubiera podido obtener mejores resultados teniendo que soportar la fiebre provocada por la infección y la tensión constante del dolor que los que obtenía teniendo que luchar contra aquel insidioso aturdimiento.

«Tiene que funcionar», pensó Luke. Sí, tendría que funcionar.

Dobló una esquina y se quedó inmóvil.

Un jawa muerto yacía sobre el suelo del corredor.

Tenía un puñado de cables enrollados alrededor del hombro y una bolsa abierta junto a la mano. Luke cojeó lentamente hasta el cadáver, se fue inclinando hasta que pudo arrodillarse a su lado y rozó la flaca muñeca negra

con las puntas de los dedos. El haz de un desintegrador había abierto un agujero calcinado en el costado del jawa.

Alrededor de la bolsa abierta había un montón de baterías y células de energía. Luke volvió a meterlas dentro de la bolsa de cuero y deslizó la tira sobre su hombro. Un leve zumbido hizo que alzara la mirada, y se encontró contemplando a dos pequeños androides de un modelo que no había visto nunca. Se mantenían erguidos en un delicado equilibrio giroscopio) sobre una sola rueda, y le recordaron algunos de los modelos de androides interrogadores más antiguos, pero en vez de brazos terminados en pinzas de sujeción tenían largos tentáculos plateados con muchas articulaciones que les daban un sorprendente aspecto serpentino. Diminutos sensores redondos que parecían otros tantos ojillos helados triangularon la silueta de Luke moviéndose al extremo de sus zarcillos prensiles.

Los dos androides no eran mucho más altos que Erredós, pero estaban envueltos en una curiosa aureola de amenaza insectil que hizo que Luke empezara a retroceder lentamente.

Los tentáculos se extendieron con una mezcla de siseo y chasquido para rodear los maltrechos despojos del jawa y alzarlos por los aires. Los androides giraron sobre sí mismos y se fueron a toda velocidad. Luke los siguió hasta la puerta de una caverna iluminada únicamente por el débil resplandor de los diales y las lecturas. El olor predominante en aquel lugar —una mezcla de amoníaco, hedor de basura y sustancias orgánicas— era tan intenso que entrar en él era como darse de narices con un muro de barro. Hilillos de vapor rezumaban desde debajo de las tapas de tres grandes cubas redondas muy parecidas a pozos que sobresalían un metro y medio por encima del duracero desnudo de la cubierta. Los androides de ojos de serpiente fueron hacia el tanque más próximo, y la cubierta se abrió mediante un mecanismo de dilatación. La pestilencia se volvió todavía más intensa, y nubes de vapor escaparon del interior del tanque para crear una masa de niebla que llegó hasta las rodillas de Luke antes de dispersarse en veloces remolinos por los rincones de la sala.

Los androides levantaron el cadáver del jawa y lo dejaron caer dentro de la cuba con un ploop viscoso. El mecanismo de dilatación volvió a actuar y la tapa se cerró.

Un repentino y estridente tintineo metálico que sonó junto a él hizo que Luke diera un salto. Una compuerta se abrió en la pared y un amasijo de objetos entre los que había hebillas de cinturón, cierres de bota, un casco de las tropas de asalto y unos cuantos huesos a medio disolver se precipitó al interior del recipiente de recogida que había debajo de la escotilla. Todos los objetos goteaban ácido enzimático.

El cráneo de un gamorreano le sonrió desde el recipiente de recogida.

Luke se apresuró a retroceder. Sabía que el reciclaje completo a cargo de los productos de disgregación enzimática no se iniciaba hasta la segunda o tercera semana de las misiones en el espacio profundo, pero aun así el recuerdo de aquellos huevos gukkeados hizo que sintiera un conato de náuseas.

El fotrinador le estaba esperando en el pasillo. Luke lo precedió por otro umbral, dejó atrás varios tanques enzimáticos de emergencia que estaban cerrados y apagados, y siguió adelante hasta que llegó a la pared del fondo. Cuando la claridad de su bastón cayó sobre ellos, los tres PU-80 alineados en un rincón hicieron girar el cubo que formaba la parte superior de sus cuerpos y los cuadrados de sus sensores de largo alcance emitieron un tenue resplandor azulado. Un diminuto MMF surgió de la oscuridad y agitó sus tres brazos delante de Luke como un árbol mecánico que hubiera perdido todas sus hojas. El androide se detuvo junto a él cuando Luke ya se estaba inclinando para abrir los paneles del pozo, e intentó arrebatarle la tapa de la compuerta tirando de ella con esa fuerza tan sorprendente como irresistible propia de los androides. Luke alargó el brazo y presionó el botón de pausa. El MMF se quedó totalmente inmóvil con el panel todavía aferrado en sus pinzas.

El dibujo de la parrilla de enclisión le sonrió desde el interior del conducto, una gélida hilera de dientes mellados que se iba difuminando poco a poco hasta desaparecer del todo en la oscuridad de la parte de arriba del conducto.

Luke metió medio cuerpo en el conducto, moviéndose despacio y con mucha cautela. Vio que ascendía dos niveles en una pendiente bastante pronunciada que podía ser escalada a duras penas, pero no por un hombre con una pierna inútil. «Adelante —parecía susurrarle el amenazador tapiz de cuadrados que cubría las paredes—. Vamos, inténtalo...»

«Es como interferir el sistema de disparo de un desintegrador —había dicho Callista, y luego había añadido—: Cuantos más impactos recibas, más recibirás después.» Presionó la bola de guía que llevaba en el bolsillo con el pulgar, y la forma plateada del rastreador se acercó un poco más.

Ya había examinado los pestillos que mantenían sujetos los paneles desde atrás, por lo que no le costó demasiado desplegar sus pensamientos —como había hecho antes con el panel que permitía acceder al pozo— para hacer girar los pestillos de la parte de arriba. Soltar el panel fue bastante más duro, porque tuvo que abrirse paso a través de la fatiga y el dolor para poder alcanzar el grado de concentración necesario. Luke acabó sintiendo cómo el panel cedía dos niveles por encima de él, y oyó el tenue chasquido metálico que produjo al chocar con el suelo.

Una suave corriente de aire fluyó a lo largo del pozo y le envolvió la cara.

Dos niveles. Ocho metros de pendiente, aunque la oscuridad era demasiado densa para que sus ojos pudieran atravesarla.

—De acuerdo, amigo —le susurró al fotrinador—. Ahora te toca a ti trabajar.

Deslizó el pulgar sobre la bola de guía para dirigir el rastreador hasta dejarlo a unos centímetros de la parrilla de enclisión. Concentró su mente, puso orden en sus pensamientos y expulsó de ellos el dolor, el cansancio y la creciente preocupación que sentía. Cada cuadrado de la parrilla apareció en su mente, repentinamente defectuoso y fuera de sincronía. Las moléculas no llegaban a tocarse como hubiesen debido hacerlo, y las sinapsis no conseguían establecer el contacto adecuado. Diminutas variaciones en la presión atmosférica, la conductividad, el tiempo de reacción... Y, además de todo eso, la fuerza cinética acumulándose como el rayo, densa y a la espera, apuntándose a sí misma como un cañón alzado hacia la oscuridad.

Fue como gritar una palabra, pero sin que hubiera ninguna palabra. Sólo hubo la silenciosa explosión de velocidad del fotrinador, que salió disparado hacia arriba tan deprisa como un cohete, desgarrando el aire igual que si acabara de ser lanzado por una gigantesca pieza de artillería, y el siseo chisporroteante del relámpago. Los haces azulados —escasos, delgados como patas de araña y demasiado lentos— saltaron de los cuadrados opalinos y crujieron alrededor de la carcasa metálica, provocando pequeños surtidores de chispas allí donde uno, dos, hacían impacto... Un instante después Luke percibió el nuevo movimiento en el aire por encima de la zona protegida por los rayos, y la parrilla dejó de hacer ruido.

Echó un vistazo al monitor de la bola de guía.

El fotrinador seguía transmitiendo.

Apoyó la frente en la jamba del panel e intentó reprimir sus temblores mientras daba gracias a la Fuerza y a todos los Poderes del universo.

Y se dio la vuelta para ver lo que en el primer momento creyó era otro fotrinador suspendido en la oscuridad detrás de él.

Un segundo después sus reflejos entraron en acción y Luke se lanzó hacia un lado, justo a tiempo para evitar el chorro abrasador de una ráfaga desintegradora. «Un rastreador», se dijo mientras rodaba sobre sí mismo hasta quedar detrás del tanque vacío, apartando su pierna herida de un nuevo disparo que le arrancó un trocito de tacón de la bota. Se acordó del agujero ennegrecido en el costado del jawa. Estaba claro que los rastreadores plateados habían sido creados para hacer algo más que aturdir y capturar.

Agarró el bastón que había dejado caer al suelo y tuvo que retirar la mano —vacía— para ponerla a cubierto en el último instante. Otro rayo desintegrador rebotó en la cubierta con un frenético siseo, y Luke rodó sobre sí mismo para esquivar a otro rastreador que acababa de emerger de las tinieblas.

Había visto en acción a esas relucientes esferas plateadas en la pradera de Pzob, y sabía que los fugaces instantes de zumbidos y chirridos indicaban el cambio de orientación y el reenfoque de aquellos nidos de sensores tan parecidos a antenas. Luke los aprovechó para rodar sobre sí mismo, esquivar y cambiar de dirección. Las portillas de visión centrales se movieron y el segundo androide escupió fuego no contra él, sino en una hilera de veloces ráfagas dirigidas al suelo que formaron una pauta de destrucción y le impulsaron hacia el panel abierto del pozo y la parrilla de enclisión que se ocultaba dentro de él.

—Oh, muy listo —murmuró Luke.

Retrocedió a rastras y calculó cuidadosamente el momento adecuado para saltar. Guiado más por el instinto que por otra cosa, se lanzó a través de la abertura en el diluvio de rayos, rodó hasta quedar de rodillas y sacó el espejo de diagnóstico de su bolsillo mientras los rastreadores volvían a girar en su dirección. Luke captó el disparo del primero en el espejo angulado, un haz limpio, malévolamente destructor y perfectamente apuntado. El chorro de energía rebotó y cayó sobre el segundo rastreador un instante antes de que pudiera disparar. El rastreador estalló en un diluvio de metralla metálica que desgarró el rostro de Luke como un vendaval de espinos, pero eso le proporcionó el segundo que necesitaba para alterar la posición del espejo

mientras el primer rastreador hacía un nuevo intento..., y se enviaba ruidosamente a la destrucción con su propio haz reflejado por el espejo.

Luke se quedó inmóvil sobre el suelo, jadeando y sintiendo el calor de la sangre que goteaba por su rostro en un agudo contraste con el frío del sudor que se iba secando. Un rastreador destrozado yacía como una araña aplastada en el suelo a un metro de él. El segundo seguía flotando a unos cincuenta centímetros por encima del suelo, con las pinzas medio rotas girando de un lado a otro como si no supieran hacia dónde debían volverse. Luke colocó las manos debajo del cuerpo como preparación para empezar a arrastrarse hacia su bastón.

Y los tres PU-80 del rincón cobraron vida con un zumbido de servomotores.

Luke se lanzó hacia la puerta mientras los tres PU avanzaban velozmente hacia él, moviéndose más deprisa de lo que nunca hubiera creído podían llegar a hacerlo con aquellas orugas de tractor. Extendió la mano y llamó a su bastón para que acudiera a ella en el mismo instante en que el MMF volvía a cobrar vida y disparaba una pinza contra él. Luke rodó a través del umbral, preguntándose si podría llegar hasta la escalerilla a tiempo, y tuvo que detenerse en seco con un patinazo cuando dos PU más y el Tredwell más enorme que había visto jamás —tenía que ser como mínimo un modelo 500 o 600, un alimentador de hornos aparatosamente blindado— surgieron de la oscuridad del corredor y trataron de atraparle con brazos inexorables.

La espada de luz se activó con un zumbido en su mano en el mismo instante en que unos serpenteantes tentáculos plateados le agarraban la muñeca por detrás. Luke lanzó un mandoble contra un androide de ojos de serpiente, y el otro androide le atacó con una larga varilla articulada y el impacto de la sacudida eléctrica le dejó aturdido y sin respiración. Luke se pasó la espada de luz a la mano izquierda, como hacía cuando no le quedaba más remedio, y destrozó los sensores del androide-serpiente. Algo le golpeó por detrás y una fuerza increíble le agarró por los brazos y le alzó en vilo, separándole los pies del suelo. Luke lanzó otro mandoble y chorros de chispas salieron disparados en todas direcciones cuando la hoja resplandeciente cortó el servocable de un G-40 pero, a diferencia de los oponentes humanos, los androides no eran lo suficientemente inteligentes para retroceder y eran incapaces de quedar inconscientes. Las máquinas le rodearon, aferrándole con una fortaleza imposible, y cada vez que Luke acababa de abrirse paso a través de los cables sensores, las articulaciones y los servotransmisores, siempre había más enemigos a los cuales vencer.

Los brazos blindados del Tredwell eran capaces de resistir incluso la potencia de corte del láser. El Tredwell había sido diseñado y fabricado para poder trabajar en el corazón de un horno de antimateria, y aunque la espada de luz siseó y atacó una y otra vez, la desgarradora violencia de los golpes sólo consiguió reverberar a lo largo de los brazos de Luke con una potencia tan salvaje como si quisiera romperle los huesos. Los androides que todavía estaban en condiciones de moverse siguieron al alimentador de hornos con los brazos y los zarcillos oculares colgando flácidamente a los lados mientras la enorme máquina llevaba a Luke a través del umbral, y la pestilencia mefítica de las tinieblas de la cámara de enzimas no tardó en engullirlos. Luke se retorció frenéticamente, golpeando las pinzas que le sujetaban los brazos y los tobillos

e intentando cortarlas con su espada de luz, pero ni siquiera consiguió hacer vacilar su presa. La pestilencia se hizo todavía más intensa cuando la tapa de la cuba de enzimas se abrió ante él como un gigantesco iris mecánico. El vapor subía hacia el techo y hervía alrededor de Luke en delgadas capas de espuma, y el olor y el calor del líquido entre marrón y rojo oscuro que hervía debajo de su cuerpo hicieron que le diera vueltas la cabeza.

Luke se quedó inmóvil y dejó que su cuerpo colgara nacidamente de las pinzas. El resplandor letal de la espada de luz se retrajo. «Una hoja que flota en el viento —pensó—. Una hoja que flota en el viento...»

El Tredwell le dejó caer. Luke, tan relajado que casi habría podido quedarse dormido, llamó a la Fuerza mientras caía y sintió su impalpable e incontenible ligereza mientras flotaba por encima de las nubes de vapor. Después fue vagamente consciente, como si lo percibiera todo desde alguna incomprensible distancia abstracta, de que su cuerpo repentinamente desprovisto de peso giraba sobre la repugnante masa que hervía dentro de la cuba y empezaba a desplazarse hacia un lado, alejándose de los androides y levitando sin ningún esfuerzo hasta llegar al otro lado.

Cayó justo cuando acababa de dejar atrás el borde de la cuba, y el impacto del choque con el suelo fue considerable. Su pierna lisiada se dobló debajo de él cuando intentó ponerse en pie, y Luke se tambaleó y trató de saltar hacia la puerta, arrastrándose desesperadamente mientras los androides crujían y rechinaban detrás de él. No eran tan rápidos como lo habían sido los rastreadores. Luke ya había logrado sacar la placa de la apertura manual de la puerta cuando aún estaban a más de un metro de él, y pudo incrustar su espada de luz en el mecanismo para fundirlo después de que la puerta se hubiese interpuesto entre él y los androides.

Consiguió arrastrarse una distancia considerable antes de perder el conocimiento.

—Podemos hacerlo, Callista.

La voz del hombre lograba mantener una delgada capa de paciencia y confianza sobre un núcleo de hirviente irritación. Deslizó sus manazas encallecidas por debajo del cinturón a su espalda, y la contempló desde la negrura enmarcada por la débil claridad rectangular del campo magnético.

Luke reconoció el hangar, aunque visto bajo la luz fría y límpida de los paneles parecía menos cavernoso que cuando había estado allí bajo la débil claridad pizarrosa de las estrellas. Los bancos de luz de la Nebulosa Flor de Luna que flotaban a la deriva por el espacio podían ser vistos en el exterior, tachonados por las masas más oscuras de los asteroides que creaban un fantasmagórico paisaje de resplandores y sombras incrustadas en ellos como lanzazos. El caza Y estaba donde lo había visto antes, y sus cicatrices y agujeros parecían más grandes y aparatosos bajo aquella nueva claridad. Las marcas del suelo que anteriormente habían estado vacías quedaban medio ocultas debajo de una cañonera Skipray, y la otra nave parecía curiosamente empequeñecida al lado de su enorme masa.

—La estación envía su fuego defensivo siguiendo una pauta de doble elipse, eso es todo. Conseguimos atravesarlo, ¿no?

Los ojos azules del hombre brillaban en un rostro de mandíbula que parecía tallada a golpes de cincel y expresión jovial cubierto por una barba pelirroja de tres días. Llevaba un aro de oro en una oreja.

—La Fuerza estaba con nosotros, porque en otro caso nunca habríamos logrado llegar.

Era la primera vez que Luke la veía con claridad, pero era como si siempre hubiese sabido que era alta y esbelta, y aunque tenía los huesos muy largos eso no hacía que resultara desgarbada o falta de gracia. La espada de luz con su anillo de cetáceos de bronce colgaba de su cinturón. Al igual que su compañero, no estaba muy limpia y todo un universo de pesados cabellos castaños sin lavar colgaba de un nudo del tamaño de sus dos puños hecho en su nuca. Sus ojos grises parecían relucir con una pálida claridad sobre las manchas de aceite y hollín de su cara. Trochos de metralla o de cristal habían abierto un corte de cinco centímetros en su frente, y a juzgar por la costra la herida dejaría una cicatriz muy grande. Su voz hacía pensar en el humo y la plata.

Era hermosa. Luke nunca había visto a una mujer tan hermosa.

—Me gustaría pensar que tuve algo que ver con ello.

La larga boca del hombre se frunció en una mueca.

—Y así fue. —Callista parecía entre sorprendida y consternada al verle tan ofendido—. Por supuesto que tuviste algo que ver con ello, Geith. La Fuerza...

—Ya lo sé. —Geith movió una mano en un gesto de empujar el aire, como si rechazara algo oído antes para lo que no tenía tiempo—. Lo que importa es que hay otras maneras de hacer esto sin necesidad de que nos maten.

El silencio se fue prolongando entre ellos, y la postura de Callista y su tímido encogerse sobre sí misma indicaron a Luke que le preocupaba mucho el que Geith pudiera enfadarse con ella. Callista abrió la boca para decir algo, se contuvo con un visible esfuerzo y después de unos momentos decidió decir algo muy distinto a lo que había pensado en un principio.

—Geith, si hubiese alguna forma de que pudiera subir por ese pozo, ya sabes que yo...

El repentino llamear de los ojos del hombre reveló a Luke que había interpretado sus palabras como una acusación de cobardía.

—Y yo te estoy diciendo que ninguno de los dos tiene que hacerlo, Callis.

Había ira en su voz, y Luke vio que no llevaba una espada de luz colgada al lado del desintegrador que pendía de su cinturón. ¿Era esa ausencia otra de las cosas que se interponían entre ellos?

—No vamos a tardar mucho tiempo en salir de las interferencias de la nebulosa y llegar a un sitio en el que podamos pedir ayuda. Ayuda para librarnos de este montón de chatarra... —el gran arco trazado por su mano abarcó los fríos laberintos de paredes grises del *Ojo de Palpatine* sumido en el silencio—, y por lo menos así podremos informar a Plett de lo que se le viene encima. Tal como están las cosas ahora, si intentamos hacernos los héroes y fallamos, lo primero que sabrán es que una montaña de plasma humeante les ha caído en el regazo.

—Y si intentamos salir de aquí y nos cazan, entonces tampoco sabrán qué ha acabado con ellos.

Callista había hablado en voz baja y suave. Geith replicó alzando la voz.

—Es una doble elipse con un giro regulado por un generador de aleatoriedades. Lo he registrado todo y lo he introducido en los bancos de datos, Callis. Yendo en esa bañera resultará un poco más difícil que dentro del caza Y, pero puede hacerse.

Callista volvió a tragar aire y Geith le puso la mano en el hombro y un dedo sobre los labios. Era el gesto lleno de intimidad de un amante, pero aun así seguía significando que Callista debía guardar silencio.

—No hace falta que seas tan heroica, niña. Siempre hay alguna manera de hacer las cosas que no te exige morir en el proceso.

«No quiere subir por ese pozo —pensó Luke—. Se ha repetido una y otra vez a sí mismo que hay otra forma, y probablemente incluso lo cree, pero en lo más profundo de su ser la única verdad es que no quiere ser el que tenga que abrirse paso a través de la parrilla mientras ella está utilizando la Fuerza para interferir su funcionamiento.»

Y Luke también vio aquella comprensión en los ojos grises de Callista.

—Geith... —murmuró, y Luke percibió el eco de enfados anteriores del hombre en su titubeo—. A veces no hay otra manera.

Geith alzó las manos.

— ¡Ya estás empezando a hablar como el viejo Djinn!

—Eso no significa que lo que estoy diciendo no sea verdad.

— ¡Teniendo en cuenta que no ha salido de esa condenada bola de gases suya desde hace cien años, creo que ese viejo debería pensárselo un poco antes de decir a los demás cómo han de morir! He viajado mucho, Callis, y tengo mucha experiencia... Sé de qué estoy hablando.

—Y yo sé que no tenemos ni idea de cuánto tiempo nos queda antes de que esta cosa entre en el hiperespacio. —Seguía sin levantar la voz, pero había algo en la tranquila suavidad de su tono que impidió que Geith volviera a interrumpirla—. No lo sabemos. Si la destruimos, entonces se acabó. Habrá desaparecido. Si nos vamos, si salimos huyendo...

— ¡Escapar de una situación peligrosa y buscar ayuda no tiene nada de malo!

—Salvo que significará que perderemos la única posibilidad clara que tenemos.

— ¡Lo que quieres decir es que perderemos nuestra posibilidad de volar por los aires junto con este trasto!

—Sí —replicó Callista—. Eso es justo lo que quería decir. ¿Vas a ayudarme o no?

Geith apoyó las manos en las caderas y bajó la mirada hacia ella, pues era un hombre muy alto.

—Maldita domadora de peces... —dijo, y un repentino destello de afecto iluminó su sonrisa—. Eres muy tozuda, ¿eh?

Callista alzó los ojos hacia su rostro, y cuando respondió su voz se quebró de una manera casi imperceptible.

—No me dejes, Geith. No puedo hacerlo sola.

Y Luke vio un levísimo cambio en los ojos azules de Geith.

El dolor volvió a él e hizo añicos la escena del hangar. Abrió los ojos y sintió la ligera agitación del movimiento por debajo de él. Unas delgadas líneas oscuras estaban desfilando por encima de su cabeza como los cables de un sensor, yendo desde la cabeza hasta los pies: eran las junturas del techo.

Volvió la cabeza y vio que estaba acostado encima de un pequeño trineo antigravitatorio, más allá de cuyo extremo eran visibles la cabeza y los hombros metálicos llenos de abolladuras y manchas de Cetrespeó mientras el androide conducía el trineo a lo largo del pasillo. El reflejo amarillo de las tenues luces de un androide rastreador se deslizó sobre la máscara metálica del rostro de Cetrespeó, arrancando un destello casi imperceptible a la compleja y perfecta forma de su mano apoyada sobre el borde del trineo.

La luz amarilla siguió moviéndose y se alejó. Cetrespeó volvió a avanzar, y sus pisadas resonaron huecamente en el pasillo vacío. Luke volvió a hundirse en la oscuridad.

«El fotrinador», pensó. Había interferido la parrilla de enclisión y había impulsado el globo plateado haciendo que subiera diez metros a lo largo del pozo, pero aun así le habían dado... Cuatro veces, tal vez cinco. Luke había oído el gemido estridente de los rebotes en el metal. Cetrespeó había cortado el conductor de comunicaciones, Cray corría peligro, no podía quedarse acostado encima del trineo...

«Cuantos más impactos recibas, más recibirás después.»

La vio en la sala artillera.

Las luces de aquel recinto también estaban encendidas.

Estaba sola. Todos los monitores se hallaban apagados, rostros negros llenos de estúpida inexpresividad, agujeros en la malevolencia de la Voluntad, y Callista se había sentado sobre el borde de una consola. No movía ni un músculo, pero Luke sabía que estaba escuchando.

Tenía la cabeza inclinada y sus largas manos estaban cruzadas relajadamente sobre su muslo, pero pudo ver la tensión en su forma de respirar y en el ligero ángulo de movimiento. Estaba escuchando con toda su atención.

En un momento dado volvió la mirada hacia el cronómetro colocado encima de la puerta.

—No me hagas esto, Geith. —Su voz apenas podía oírse—. No me hagas esto...

Después de un silencio muy, muy largo y tan insoportablemente destructivo como años de una fría enfermedad, Luke captó el momento en que Callista por fin lo comprendió a pesar de que no hubo ningún cambio en la sala. Se puso en pie, fue hasta una consola y tecleó una orden, una joven alta y delgada cuyo

mono de vuelo gris colgaba formando bolsas sobre el cuerpo de luchadora de largos miembros y cuya espada de luz, adornada con su hilera de payasos marinos que bailaban, relucía sobre su costado. Callista hizo que una pantalla cobrase vida y por encima de su hombro Luke vio el hangar, con el caza Y que ya no podía volar y los metros vacíos de suelo de cemento donde había estado la cañonera.

Callista accionó los interruptores de una hilera de lecturas y después, como si no bastaran para convencerla, volvió a inclinarse sobre el teclado y pulsó la tecla repetición registro visual.

Los ojos de Luke eran los ojos de la cámara de vigilancia escondida entre los cráteres que cubrían el casco retorcido y lleno de irregularidades del acorazado. Nadie habría podido negar que Geith era un piloto condenadamente bueno. Las cañoneras eran vehículos de descenso, no aparatos de caza; y resultaban bastante difíciles de manejar, aunque en una situación de crisis por lo menos siempre poseían la velocidad necesaria para dejar atrás, ya que no para superar mediante maniobras, a casi cualquier perseguidor. Y Geith tenía razón. Mitad por observación y mitad por instinto, Luke vio/sintió la pauta de los disparos que iba lanzando la Voluntad, una complicada doble elipse con un par de intermitencias aleatorias introducidas en ella.

Un par, en vez de sólo una como había dicho Geith.

Geith pilotaba la cañonera como si fuese un caza TIE, esquivando, descendiendo y girando locamente por entre los telones de polvo saturado de luz y las masas medio escondidas de rocas que giraban lentamente sobre sí mismas, abriéndose paso a través de los trazos blancos de la muerte a una velocidad realmente aterradora. Ya casi estaba fuera de alcance cuando un haz de energía que no debería haber estado allí le agujereó el estabilizador.

«Cuantos más impactos recibas, más recibirás después.»

Geith debió arreglárselas de alguna manera para recobrar el control de la nave, pues la cañonera trazó una enloquecida serie de giros sobre su eje pero mantuvo su trayectoria. Un asteroide surgió del polvo y le arrancó una de las unidades de energía, arrastrando la cañonera en su estela...

Y todo terminó de repente.

Luke vio el estallido blanco de la última explosión bajo la forma de un reflejo de la pantalla proyectado sobre el rostro de Callista.

Callista cerró los ojos. Las lágrimas trazaron líneas sobre la suciedad. Tenía el aspecto de una mujer que llevaba días sin dormir ni comer, y se la veía agotada y a punto de agotar sus últimas reservas de energía. La Voluntad tal vez tuviera algunos trucos ocultos para librarse de quienes entraban en la nave por medios distintos a los transportes provistos de bodegas de adoctrinamiento. Si Geith hubiera estado alerta y consciente al cien por cien, tal vez hubiese conseguido hacer lo que había asegurado que haría y habría logrado escapar para traer ayuda.

Callista volvió la cabeza y alzó la mirada hacia el conducto sumido en las tinieblas, un pozo invertido abierto a la noche por encima del techo. La parrilla de inclisión aparentaba ser un campo de pálidas estrellas que hubieran

sucumbido a la demencia de la regularidad. Tragó aire sin que su expresión cambiara en lo más mínimo, y lo expulsó en silencio.

Luke volvió a despertar, o creyó despertar, para encontrarse con una negrura absoluta, y Callista estaba allí, yaciendo junto a su espalda. Su cuerpo se curvaba alrededor del suyo y su cadera encajaba en la suya, y su muslo le rozaba la parte de atrás de la pierna —Luke se dio cuenta de que la pierna no le dolía, y de que no sentía ningún dolor—, y su brazo estaba apoyado en su costado y su mejilla reposaba sobre su omóplato, como un animal que se ha acercado sigilosamente a un humano para acostarse junto a él en busca de calor y seguridad. Luke se asustó al percibir la enorme tensión y la amargura de la pena reprimida que había en sus músculos.

Pena por haber soñado el sueño que Luke acababa de presenciar, por haberse acordado del hombre que la traicionó y por haber tenido que hacerlo todo sola.

Luke se dio la vuelta, moviéndose con una infinita cautela porque temía verla huir en cuanto notara que estaba despierto, y la rodeó con sus brazos.

Y, como había hecho en la sala artillera, Callista tragó una bocanada de aire, agarrándose a algo durante el mayor tiempo posible, y después la dejó escapar.

Lloró durante largo rato, en silencio y sin aspavientos ni disculpas, y la cálida humedad de sus lágrimas fue empapando su mono de vuelo sucio y Heno de desgarrones, y su cuerpo tembló cada vez que tragaba aire y lo expulsaba.

—Vamos, vamos... —murmuró Luke. Su cabellera, que parecía muy espesa y de textura bastante áspera, resultó ser asombrosamente fina bajo sus dedos y Luke sintió su flexible delicadeza allí donde se acumulaba en sus manos, llenándolas hasta rebosar de ellas—. Eso ya pasó.

—Pensó que nunca me atrevería a intentarlo sola —dijo Callista pasados unos momentos—. Quería salvarme, evitar que muriese... Lo sé. Él sabía que yo lo sabría.

—Pero aun así tomó la decisión en tu lugar sin permitir que fueras tú quien decidiese.

Luke sintió la sombra de una sonrisa llena de melancolía rozando su pecho.

—Bueno, fue él quien acabó decidiendo, así que tenía que ser la decisión acertada, ¿verdad? Lo siento. Suena horrible, ¿no? Como un reproche lleno de amargura... Casi siempre acertaba. Era un adversario temible. Pero esta vez... Lo presentí. Sabía que en cuanto nos hubiéramos ido ya no podríamos volver. Estuve enfadada durante mucho tiempo.

—Yo estoy enfadado... con él.

Se acordó de cómo había percibido su presencia, de aquella sensación tan débil y tenue, más imperceptible incluso que un fantasma, en la sala artillera. Callista estaba escondida y había ido siendo erosionada poco a poco, y el agotamiento la había desgastado lentamente hasta que ya casi no quedaba nada de ella.

—Me sorprende que me ayudaras.

—No iba a hacerlo —dijo ella. Luke sintió el movimiento de su brazo y cómo se apartaba los cabellos de la cara—. No por odio, de veras, sino por... Todo me parecía tan lejano, tan irreal. Era como ver un enjambre de morrts correteando de un lado a otro por encima de los huesos de la nave.

—Pero te quedaste —dijo Luke, y aún no había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando comprendió que estaba soñando y que el calor del cuerpo de Callista, los largos huesos y la cabellera suave y delicada y la mejilla apoyada en su hombro eran los recuerdos que Callista guardaba de su cuerpo, su recuerdo enterrado hacía mucho tiempo y ya casi olvidado de lo que había sentido en momentos parecidos—. Utilizaste tus últimas energías, los últimos restos de la Fuerza, para introducirte en el ordenador del sistema de artillería, para impedir que nadie más pudiera hacerse con la nave. Por lo que sabías, para quedarte allí durante toda la eternidad.

Luke sintió su suspiro en el hombro.

—No podía... permitir que nadie subiera a bordo.

—Todos estos años...

—Al cabo de algún tiempo ya no fue tan..., tan terrible. Djinn nos había enseñado las técnicas para proyectar la mente fuera de nuestro cuerpo e introducirlo en algo que fuese receptivo y que pudiera contener tanto la inteligencia como la consciencia, pero parecía considerarlo como un recurso de cobardes a pesar de que nos había explicado todas las fases de la teoría. Equivalía a tener miedo o no estar dispuesto a dar el próximo paso, a no querer cruzar el vacío para llegar al otro lado. Cuando estuve dentro del ordenador...

Meneó la cabeza, y Luke sintió el gesto de su mano que intentaba expresar una experiencia que se encontraba más allá de lo que él podía comprender.

—Pasado un tiempo empezó a parecerme como si toda mi vida siempre hubiera sido así. Era como si lo que había ocurrido antes: Chad y el mar, y papá y las enseñanzas de Djinn, la plataforma en Bespin y..., y Geith... Era como si todo y todos se hubieran convertido en una especie de sueño. Pero los tripodales... Se parecen un poco a los árboles de mi mundo natal, dulces, inofensivos y llenos de buenas intenciones. Quería ayudarles. Me alegré tanto cuando lo hiciste... Ése fue el primer momento en el que..., en el que realmente pude verte. E incluso los jawas...

Volvió a suspirar y le estrechó con más fuerza, y el brazo que rodeaba la caja torácica de Luke envió una oleada de sensaciones y percepciones totalmente nuevas a través de todo su cuerpo; como si su forma, su fuerza y la presión de su mano tuvieran un significado y una verdad inexplicables que estaban unidos a todas las cosas que llenaban su vida. Luke comprendió por primera vez por qué su amigo Wedge podía escribir poemas sobre los cabellos casi incoloros y tan parecidos a plumas de Qwi Xux. Lo único que importaba, y lo que lo cambiaba todo, era el simple hecho de que fueran los cabellos de Qwi y no los de otra mujer.

—Luke... —murmuró Callista.

Y Luke atrajo su rostro hacia el suyo y la besó en los labios.

CAPÍTULO 18

Framjen Spathen echó la cabeza hacia atrás en la palpitante oscuridad color índigo hasta que los largos cordones eléctricos de su cabellera resplandeciente rozaron el suelo y alzó un par de brazos que brillaban con la luz de los diamantes cutáneos para que destellaran bajo aquella claridad ensangrentada, y gritó. El alarido pareció alzarle sobre los dedos de sus pies y onduló a través de su cuerpo lleno de músculos en una oleada detrás de otra de sonido, dolor y éxtasis mientras sacudía la cabeza de un lado a otro, meneaba las caderas y estiraba los dedos como si quisiera descoyuntárselos.

— ¿Y todos esos músculos eran realmente suyos? —se preguntó Bran Kemple mientras chupaba la boquilla de un narguilé que olía a colada vieja empapada en alcohol.

No apartaba los ojos del holograma, que era extremadamente antiguo. Han lo había visto en docenas de locales baratos desde aquel lugar hasta el Fin de las Estrellas, y siempre con los ojos entrecerrados.

—Desde luego que sí —dijo—. Los pagó a cuatrocientos créditos el kilo, con los gastos de instalación aparte, pero después nadie pudo discutirle nunca la propiedad.

Las siluetas que flanqueaban el holograma de Framjen eran reales. El joven twi'lek que parecía no tener huesos y la hembra gamorreana de pechos colosales bailaban y ondulaban bajo la claridad rojiza de luces en beneficio de sólo media docena de clientes. Resultaba difícil imaginarse un espectáculo menos capaz de despertar la lujuria, ya fuese de la jungla o de cualquier otra variedad. Los buscavidas de varias razas y sexos del turno de día se afanaban en el recinto, dando conversación a la clientela y engullendo vaso tras vaso de licor aguado a precios que deberían haber bastado para que les sirvieran Aliento del Cielo puro. Incluso ellos parecían estar cansados.

Han supuso que tener que escuchar un holograma grabado por Framjen Spathen a los dieciocho años de edad durante ocho horas seguidas bastaba para dejar agotado a cualquiera.

Bran Kemple dejó escapar un ruidoso suspiro.

—Nubblyk el Slita... ¡Ah, él sí que tenía auténtica clase y entendía de negocios! Todo era muy distinto en su época.

Han tomó un sorbo de su bebida. Hasta la cerveza estaba aguada.

—Había mucha animación, ¿eh?

— ¿Que si había animación? —Kemple se besó la mano y la alzó hacia el techo, presumiblemente como una señal dirigida al espíritu ya esfumado del Slita—. Decir que había mucha animación es quedarse muy corto. Media docena de vuelos a la semana que nunca llegaban a figurar en los manifiestos del puerto, gente que aparecía y desaparecía por los túneles de debajo del hielo... Bebidas decentes y chicas decentes. ¡Eh, Sadie! —chilló, agitando la mano para conseguir que la camarera de Abyssin volviera su único ojo hacia ellos—. ¡Tráele una bebida decente a mi amigo, por todos los ciclos! Pústulas y verrugas... Esta condenada muchacha ni siquiera sabe distinguir entre un primo y un profesional.

Volvió a menear la cabeza, y se secó la ancha frente color verde pálido con un cuadrado de lino bastante sucio que había extraído de las profundidades de su traje de polifibra amarilla. Su rizada cabellera castaña estaba empezando a rendirse a su destino, y su cuello había adquirido un par de papadas extra durante los años transcurridos desde que Han le había visto por última vez cuando recorría los Sistemas de Juvex a bordo de una nave tan vieja que parecía estar a punto de desintegrarse.

— ¿Y qué ocurrió?

— ¿Que qué ocurrió? —Kemple le guiñó un ojo a través de la penumbra—. Que acabó dejándolo todo limpio, listaba sacando maquinaria antigua, androides y ordenadores y material de laboratorio de debajo de las ruinas. Supongo que debían de ser unos viejos laboratorios, y Nubblyk decía que había habitaciones enteras llenas de equipo. Bueno, una cosa sí puedo asegurarte y es que Nubblyk...

La abyssina apareció con un vaso lleno de un licor lo bastante potente para dejar sin sentido a un rancor y Kemple, olvidando para quién lo había pedido, lo vació de un solo trago y después recorrió el fondo del vaso con su lengua prensil en busca de las golitas que se le pudieran haber escapado.

—Bueno, el caso es que Nubblyk siempre supo mantener controlada la situación. Se lo quedó todo para él solo e impidió que nadie más metiera las narices en el filón, era su terreno y de nadie más, y no confiaba en nadie. Eh, ¿y por qué iba a confiar en alguien? Los negocios son los negocios. Ni siquiera confiaba en mí. Nunca me contó cómo se las arreglaba para orientarse por los túneles.

— ¿Buscaste la entrada después de que se fuera?

— ¡Por supuesto que lo hice! —Las pupilas verticales de Kemple se abrieron y se cerraron en una aparatosa exhibición de indignación—. ¿Te crees que soy idiota? —Una nueva pareja de bailarines subió al estrado para flanquear un holograma de Pekkic Blu y los Muchachos Estelares todavía más antiguo y lleno de estática que el de Framjen.

Han torció el gesto—. Registramos a fondo el sótano de este local y esa casa que tenía en la calle de la Puerta Pintada, y acabamos examinando todas las ruinas con un sondeo de alta profundidad. —Kemple se encogió de hombros—. Un cero al lado de otro cero, eso fue todo lo que obtuvimos... Si había oro o xileno, tenían que ser cantidades tan diminutas que el sensor no pudo detectarlas. Ni siquiera pudimos pagar el alquiler del aparato. Supongo que lo dejó todo limpio antes de...

Kemple se calló de repente.

Han enarcó las cejas.

— ¿Lo dejó todo limpio antes de irse adonde?

—No lo sabemos. —Kemple bajó la voz y lanzó una mirada llena de nerviosismo a la camarera abyssina, que estaba sirviendo una copa a una joven negra muy alta mientras escuchaba la larga historia de las perfidias cometidas por su último cliente—. Esa mujer que alquila la casa en la calle de la Puerta Pintada dice que la casa de crédito a la que envía el dinero cada mes

cambia un par de veces al año, así que eso parece indicar que el Slita sigue en circulación y que continúa huyendo de un lado a otro. Pero antes de irse dijo que...

Se inclinó hacia adelante y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Dijo algo sobre la Mano del Emperador.

Mará Jade. Las cejas de Han volvieron a subir. Mará Jade se había olvidado de mencionarle aquello durante su conversación de anoche.

—Oh, ¿sí?

Kemple asintió. Han se acordó de que siempre había sido incapaz de mantener cerrada su enorme bocaza.

—Dijo que la Mano del Emperador estaba en el planeta y que su vida corría peligro. —Después se inclinó un poco más sobre la mesa hasta quedar lo bastante cerca de Han para que éste pudiera adivinar la composición de las tres últimas copas que se había bebido por los olores de su aliento y su sudor —. Creo que se llevó todo lo que pudo y huyó.

— ¿Y crees que podría haberse llevado tanto botín?

— ¿Quién sabe? —Kemple se irguió y alargó la mano hacia la boquilla de su narguilé—. Si pudo llevárselo todo consigo, eso parece indicar que ya no quedaba gran cosa. Créeme, Han: sondeamos las ruinas, este local y esta casa del derecho y del revés, y un sensor no puede funcionar mal tantas veces.

«Ah, ¿no?», pensó Han, acordándose de las preguntas de Leia sobre aquellas inexplicables y extrañas alteraciones en el comportamiento de los androides.

—Mubbin no opinaba lo mismo.

La nueva voz hizo que Han se volviera rápidamente en esa dirección. La voz pertenecía a uno de los animadores del local, un omwat de aspecto infantil que parecía una pequeña hada azul y cuyos ojos tenían mil años de edad.

—Mubbin, ya sabes... El wífido —explicó—. Otro de los chicos del Slita. Siempre decía que allí abajo había material suficiente para llenar una flota entera de naves...

—Mubbin no sabía de qué estaba hablando —se apresuró a decir el jefe de los bajos fondos de la ciudad con una chispa de nerviosismo y culpabilidad en los ojos—. Sí —añadió volviéndose hacia Han—, yo también le oí hablar de las cantidades de material que seguía habiendo allí abajo.

—Era amigo de Drub McKumb, ¿no?

Han dirigió la pregunta al omwat, no a Kemple, y se acordó del wífido que Chewie había matado, aquella criatura flaca y macilenta que aullaba en la oscuridad.

El muchacho asintió.

—Una de mis amigas estaba con Drub cuando bajó a ese pozo de las ruinas y lo sondeó. Estaba buscando a Mubbin, ¿comprendes? Drub estaba convencido de que había bajado hasta allí para encontrar el material y de que nunca salió. —Miró a Kemple—. Y recuerdo que hubo algunas personas de la

ciudad que se negaron a echarle una mano cuando dijo que iría a echar un vistazo.

—Las lecturas no dieron ningún resultado positivo —observó Kemple—. Ceros, sólo ceros... ¡Montones de ceros! Si eso no bastaba para convencer a Drub, entonces me pregunto...

—Un momento —le interrumpió Han—. ¿Me estáis diciendo que hicieron una lectura de signos vitales allí abajo?

—Desde la sala del pozo —dijo el omwat. Al igual que casi todos los miembros de su raza, tenía una voz un poco aflautada, dulce y estridente—. Mi amiga se ganaba la vida buscando tesoros. Tenía un Speizoc g-2000 que había sacado de una Carillion imperial, y ese trasto era capaz de detectar la presencia de un morrt de gamorreano en un kilómetro cuadrado de permacreto.

—Y allí abajo no había nada aparte de kretchs y pozos de moho. —Kemple exhaló una nubécula de vapor—. Drub llevó a cabo dos o tres sondeos, uno para el wífido y uno para averiguar si había xileno y oro. Después repitió la operación desde la casa de la calle de la Puerta Pintada y buscó la entrada de un túnel en esa zona.

— ¿Y qué le dijo a la mujer que alquilaba la casa?

— ¿A la señorita Roganda? —El muchacho sonrió—. Que habían recibido informes de una «infestación de insectos dañinos» y que estaban inspeccionando todos los viejos cimientos mlukis de la ciudad. Se mostró muy dispuesta a ayudar en todo lo necesario, y les ofreció té.

— ¿Roganda? —Han sintió que se le erizaba el vello de la nuca—. ¿Quieres decir que ella es quien alquila la vieja casa de Nubblyk?

—Claro —dijo Kemple, volviendo su atención hacia la pareja de bailarines—. Es una dama encantadora..., y también es una mujer condenadamente guapa. Podría trabajar en este sitio y tendría mucho éxito, aunque ahora en la ciudad ya no hay ningún local que tenga un mínimo de clase. Bueno, por lo menos ella cuenta con alguien que le permite seguir viviendo a lo grande y con elegancia... Surgió de la nada un par de meses después de que el Slita desapareciese y dijo que había hecho los arreglos necesarios para alquilar la casa. Parecía conocerle. —El guiño que dirigió a Han pretendía ser astutamente sofisticado, pero sólo consiguió parecer pueril—. Ah, Roganda Ismaren...

La habitación en la que metieron a Leia era una gran sala tallada en la roca y equipada —asombrosamente— con una ventana formada por tres grandes paneles a través de los que se filtraba una pálida claridad diurna incluso antes de que Lord Garonnin diera un manotazo al interruptor mural para activar los paneles luminosos del techo.

—Si eso os divierte, Alteza, podéis tratar de romperla cuando lo deseéis —dijo, observando la dirección hacia la que se orientó el interés de Leia apenas vio la ventana—. Fue instalada mucho antes de que se erigiese la cúpula, y los cerrojos han sido diseñados para resistir casi cualquier cosa.

Leia fue hasta la ventana dejando a Lord Garonnin, Irek y Roganda en el umbral. Estaba incrustada en una especie de pequeña alcoba que sobresalía de la roca del risco, ocultando cualquier señal de su existencia a quien se

encontrara debajo. Una protuberancia de mayores dimensiones colgaba desde arriba y, como todas las irregularidades del risco, estaba recubierta por gruesos telones de lianas que impedían que la luz de la ventana pudiera ser vista desde ningún punto del risco durante la noche. Leía echó un vistazo por entre las plantas trepadoras que descendían a lo largo del risco, y pudo ver la parte superior de la torre en ruinas a unos diez o doce metros debajo de ella y a su derecha.

Se acordó de que había visto aquel pequeño promontorio festoneado de lianas desde la torre, uno más entre los muchos esparcidos a lo largo de la pared del acantilado que se alzaba detrás de la Casa de Plett. Leia se preguntó cuántos promontorios como ese ocultarían las ventanas de aquel complejo de túneles y habitaciones. Si inclinaba la cabeza, podía contemplar el recinto de piedra en el que había percibido los ecos de los niños Jedi absortos en sus juegos. Más allá el risco se convertía en un lago de neblina y copas de árboles, con los jardines suspendidos flotando por encima de él como una armada de aeronaves cuyas cubiertas estuvieran adornadas con flores. Leia podía ver a los alimentadores —casi todos ellos alienígenas de las razas más ágiles, como chadra-fans o verpines, pues el uso de mecanismos quedaba totalmente descartado en aquellas circunstancias— yendo y viniendo a lo largo de las cuerdas y pasarelas que iban de un parterre a otro, o desde los parterres hasta la estación de suministros, aferrándose a la pared del risco por entre las exuberantes cascadas de tallos de moradulce.

—Sigo diciendo que deberíamos llevarla a una de las habitaciones inferiores —insistió Irek.

El muchacho sacudió la cabeza para echar hacia atrás su larga cabellera, que le llegaba hasta los hombros y era tan negra como una medianoche de invierno y más rizada que la de su madre. Su piel era ligeramente dorada, como la de Roganda, pero el suave tono dorado estaba empalidecido por la lividez de una existencia mayoritariamente subterránea. Su vestimenta era tan sencilla como la de Roganda, pero se movía con la altiva arrogancia de quien cree ser el centro alrededor del cual gira el universo.

Leia estaba familiarizada con aquel porte gracias a los días que había pasado en el mercado matrimonial de la Corte del Emperador. Muchos jóvenes, sabedores de que el universo giraba alrededor de ellos y única y exclusivamente de ellos, lo tenían.

—Eso suponiendo que decidamos tenerla aquí—añadió, lanzándole una mirada cuidadosamente concebida como un insulto que recorrió a Leia desde la cabeza hasta los pies.

—Sea cual sea su posición actual en la República, Lord Irek —replicó Lord Garonnin en voz baja y suave—, Su Alteza merece ser tratada con toda la consideración a la que tiene derecho la hija de una de las Grandes Casas.

Irek abrió la boca para soltar una seca réplica y el labio de Drost Elegin se curvó levemente en una mueca entre sarcástica y satisfecha, como si la nada elogiosa opinión que se había formado del muchacho y de su madre estuviera siendo confirmada una vez más. Roganda se apresuró a poner la mano sobre el hombro de su hijo.

—Y por el momento es nuestra invitada, hijo mío —dijo—, y esto es lo que debemos a nuestros invitados.

Las palabras y el tono podrían haber surgido de los labios de la tía Rouge. Leia se dio cuenta de que Roganda miraba fijamente a Elegin mientras hablaba, y comprendió que su pequeño discurso tenía como objetivo impresionarle con su conocimiento de Cómo Debían Hacerse Las Cosas, y que no surgía de ninguna verdadera preocupación por su bienestar.

—Pero...

Los ojos de Irek fueron del rostro de su madre al de Garonnin primero y al de Leia después, y acabó decidiendo callarse. Pero sus carnosos labios se tensaron en una hosca curva, y los ojos azules chisporrotearon con un descontento secreto.

—Ya va siendo hora de que nos ocupemos del resto de nuestros invitados.

Irek lanzó una mirada altiva a Leia.

—Supongo que siempre podemos matarla luego, ¿verdad? —dijo con deliberada malicia, y volvió la cabeza hacia Garonnin—. ¿Todavía no habéis capturado a ese androide suyo? —añadió.

—Los hombres están registrando todos los túneles entre este punto y la pista —respondió Lord Garonnin—. No conseguirá llegar muy lejos.

—Más vale.

El muchacho giró sobre sus talones y salió de la habitación, seguido por Roganda entre un susurrar de sedas.

Garonnin se volvió hacia Leia.

—No son más que un par de plebeyos arribistas —dijo, y la simple falta de disculpas que impregnaba su tono despreocupado y puramente descriptivo encerraba algo abismalmente más profundo que el desprecio hacia quienes no pertenecían a las Antiguas Casas—. Pero incluso esa clase de personas tienen su utilidad. Con el muchacho como punta de lanza, podremos negociar desde una posición de poder dentro de las jerarquías militares que luchan por controlar los restos del Nuevo Orden de Palpatine. Confío en que Su Alteza estará cómoda.

Leia podía ser la Jefe de Estado de la Nueva República y la arquitecto de la Rebelión, pero enseguida se dio cuenta de que a los ojos de Lord Garonnin seguía siendo la hija de Bail Organa..., y la última superviviente de la Casa Organa y, por lo tanto, la última princesa de Alderaan. —Gracias —dijo, reprimiendo la irritación que siempre había sentido ante la vieja aristocracia de Senex, y decidiendo hablar con él de aristócrata a aristócrata al comprender que Garonnin era un eslabón potencialmente débil en las cadenas que la envolvían—. Aprecio vuestra amabilidad, mi señor. ¿Voy a morir?

Leia hizo cuanto pudo para mantener alejado el sarcasmo de su voz y sustituirlo por esa digna combinación de martirio y noblesse oblige que, según le habían enseñado, era empleada por las damas de la aristocracia para superar cualquier adversidad imaginable, desde el genocidio hasta una mancha en el mantel de la mesita del té.

Garonnin titubeó durante unos momentos antes de responder.

—En mi opinión, Alteza, resultaríais mucho más útil como rehén que como ejemplo.

Leia inclinó la cabeza, velándose los ojos con las pestañas. Lord Garonnin procedía de una clase social que no mataba a los rehenes.

En cuanto a si podía decirse lo mismo de Roganda y su hijo, eso era un asunto totalmente distinto.

—Gracias, mi señor.

«Y muchísimas gracias a ti, querida tía Rouge», añadió en silencio mientras el corpulento aristócrata se inclinaba ante ella y cerraba la puerta a su espalda.

Leia empezó a examinar la habitación cuando los cerrojos todavía no habían acabado de tintinear.

Por desgracia había muy poco que examinar. La estancia era grande, pero apenas contenía mobiliario: sólo había una cama hecha con troncos de ampohr recuadrados y equipada con un colchón relleno que era toda una antigüedad y una almohada de espuma tan vieja que la espuma estaba empezando a amarillear; una mesa de trabajo, también de troncos de ampohr bellamente unidos y tallados pero cuyos cajones no contenían nada; una silla de plástico ultraligero de un tono lavanda verdaderamente repulsivo. Un cubículo separado del resto de la habitación por un mamparo encerraba las instalaciones sanitarias, y una varilla sin cortina con unos ganchos clavada en la pared del cubículo indicaba el lugar en el que alguien había colgado sus ropas en el pasado.

Leia observó de manera automática que todo el mobiliario había sido concebido para las proporciones humanas, y que los sanitarios también se adaptaban a las exigencias de la anatomía humana.

La cámara había sido excavada en la piedra sin tomarse excesivas molestias en lo referente al acabado final, y las paredes no habían sido alisadas de una manera muy concienzuda. La puerta era de metal, y parecía bastante nueva. Las señales dejadas por otras bisagras indicaban que había sustituido a una puerta anterior, que probablemente sería menos sólida. Se encontraban bastante por encima de los manantiales de aguas termales que calentaban las cavernas, y Leia habría tenido frío sin su traje protector.

Deslizó las yemas de los dedos por los sitios en los que habían estado las bisagras de la puerta sustituida. «Han hecho cambios en este lugar para convertirlo en una prisión —pensó mientras lo hacía—. ¿Cuándo?» Leia lamentó no tener ni idea de cuánto tiempo tardaba en ponerse amarilla la espuma de las almohadas, ya que eso habría podido darle alguna pista.

«¿Y para quién?»

Los cerrojos de la puerta emitieron un chasquido metálico.

En ese mismo instante Leia sintió un sordo zumbido dentro de su cabeza y una profunda somnolencia, y durante un momento nada tuvo la más mínima importancia salvo la idea de ir a la cama y acostarse.

La Fuerza. Un truco de la Fuerza.

Lo rechazó —con una cierta dificultad-, y retrocedió hasta estar lo más lejos posible de la puerta, sabiendo quién iba a entrar por ella.

—Sigues despierta.

Irek parecía un poco sorprendido.

Iba armado con un desintegrador y una espada de luz. Leia se mantuvo inmóvil junto a la ventana, sabiendo que echar a correr hacia la puerta no le serviría de nada.

—No eres el único que sabe usar la Fuerza por aquí.

Irek volvió a recorrerla de arriba abajo con la mirada. Sus ojos azules estaban llenos de desprecio, y Leia pensó que debía de tener catorce o quince años. Se preguntó si había construido la espada de luz que colgaba de su flanco o si la había sacado de algún sitio..., o se la había quitado a alguien.

— ¿A eso le llamas tú usar la Fuerza?

Irek giró sobre sus talones y clavó los ojos en un punto de la pared de roca ligeramente a la derecha de la cama. Leia sintió lo que hacía con su mente, con la Fuerza; y sintió, tal como lo había percibido en los túneles, el poderío bien adiestrado de su voluntad y la capa de negrura que manchaba todos los usos que hacía de ella.

Un agujero de medio metro cuadrado acababa de aparecer donde antes sólo había piedra de color rojo oscuro.

Irek dejó escapar una carcajada estridentemente infantil.

—Nunca habías visto nada parecido antes, ¿verdad?

Fue hasta el sitio en el que se había formado el agujero, pero Leia siguió sintiendo que la observaba. La mano de Irek se mantenía muy cerca de su desintegrador, y Leia se acordó de lo que había dicho en la sala del arroyo subterráneo.

«Sin ella, la República se desmoronará.»

No le había gustado que le llevaran la contraria y, lo que era todavía más importante, Irek no creía estar equivocado. Leia sospechó que el muchacho era sencillamente incapaz de pensar que pudiera llegar a equivocarse.

Le habría encantado disparar contra ella mientras intentaba escapar.

Irek sacó una bolsita de plasteno negro del agujero. Después inclinó la cabeza y la piedra volvió a aparecer, exactamente tal como estaba antes. Irek miró a Leia y sus labios se curvaron en aquella sonrisa altiva y encantadora.

—Ni siquiera mi madre sabe que existe —dijo, muy complacido consigo mismo—. Y si se enterara de que existe, no sabría cómo abrirlo.

Hizo sallar la bolsita en la palma de su mano. Leia la reconoció: era la gemela de la que había encontrado en la antigua sala de los juguetes, y de la que Tomla Id había sacado del bolsillo de Drub.

—Mi madre piensa que lo sabe lodo, pero hay muchas cosas que ignora. Por ejemplo, cree que no puedo hacer lo que acabo de hacer... Está convencida de que no puedo utilizar la Fuerza para convertirla en otra fuente de energía.

Los ojos azules chispearon.

—Pero con la Fuerza de mi lado, todo es una fuente de energía..., y no tardarán en saberlo.

Leia le observó en silencio mientras Irek iba hacia la puerta. Un instante después el muchacho se detuvo delante del umbral y se volvió bruscamente hacia ella con el rostro repentinamente ensombrecido.

— ¿Por qué tu androide no se detuvo? —preguntó—. ¿Por qué no me obedeció?

— ¿Qué te hacía pensar que lo haría? —replicó Leia, cruzándose de brazos.

—El que tengo la Fuerza. Tengo el poder.

Leia inclinó la cabeza unos centímetros hacia un lado y le estudió en silencio. No necesitaba decir en voz alta hasta qué punto resultaba obvio que eso no ocurría siempre.

Y Leia pensó que Irek no podía decirle que se equivocaba sin explicarle cómo había adquirido ese poder.

— ¡Cerda! —siseó Irek pasados unos momentos, y salió hecho una furia dando un ruidoso portazo y activando los cerrojos detrás de el.

Leia necesitó quince minutos de sudor y grandes esfuerzos para volver a abrir el agujero de la pared. Había percibido con toda claridad lo que hizo Irek, y sabía que el compartimento oculto en la pared había sido construido con un segmento de la roca que lo cubría sintonizado de tal manera que pudiera ser literalmente trasladado a otra dimensión mediante el poder de la Fuerza. Leia también había percibido que era muy antiguo, y que había sido diseñado y construido por un Jedi de vastos poderes, e incluso un desplazamiento tan pequeño requería un control y una fortaleza que casi se encontraban más allá de sus capacidades. Cuando el desplazamiento por fin tuvo lugar, Leia se sentía tan exhausta como si hubiera estado practicando durante una hora con la espada de luz o hubiera corrido varios kilómetros sin parar. Las manos que metió en el hueco estaban temblando.

Había un poquito de polvo de roca mental de un color cremoso esparcido en el fondo.

La roca mental resultaba bastante fácil de obtener en cualquier espaciopuerto, desde luego. Si Irek se parecía aunque sólo fuese un poco a los espíritus más autodestructivos de la Academia Selecta para Jóvenes Damas de Alderaan, entonces tendría paquetitos de la sustancia escondidos por todas partes. Eso explicaría cómo Drub McKumb había conseguido encontrar roca mental y, con ella, la cordura temporal que traía consigo.

Había otras cosas en el compartimento, metidas más adentro del hueco: fajos de anotaciones escritas sobre delgadas láminas de plastipapel, diminutos haces de alambre, un par de pistolas de soldar muy pequeñas, un puñado de chips de xileno...

Y un anillo de oro que, una vez colocado bajo la luz y frotado, resultó ser la insignia de una licenciatura honoraria en la Universidad de Coruscant.

También había una plaquita de oro que conmemoraba la inauguración del Instituto Magrody de Inteligencia Programable.

Y un guante de mujer tejido con trencilla dorada.

Leia desdobló las anotaciones, y la firma del final de la última página atrajo su mirada al instante. Nasdra Magrody.

En el día de hoy sigo ignorando si Palpatine lo sabía. Leia se ovilló en el asiento de la ventana y leyó las palabras, experimentando una extraña sensación de cuasipena y compasión por el hombre que las había escrito en aquella misma habitación no hacía tantos años. Las gruesas líneas negras de los esquemas de chips trazadas al otro lado se habían corrido un poco y se habían abierto paso a través del plastipapel verde pálido, produciendo el efecto de un palimpsesto, como una alegoría de la tragedia. Los fríos e impasibles hechos científicos y los horribles usos que se habían extraído de ellos. A su manera, Magrody había sido tan ingenuo como Qwi Xux, la diseñadora herméticamente protegida y confinada que había ayudado a crear la Estrella de la Muerte.

Leia se preguntó si habría escrito todo aquello en el reverso de sus anotaciones porque eran el único material de escritura de que se le permitía disponer.

«Probablemente —pensó mientras contemplaba los bordes sin márgenes y la forma en que la caligrafía nítida y precisa se apelotonaba al comienzo y al final de la página—. Probablemente...»

Tendría que haberlo sospechado, o sabido, o adivinado. ¿Qué razón podía tener una concubina imperial, con todos los placeres y privilegios disponibles para aquellas personas que no tienen nada que hacer salvo preocuparse por su propia belleza, para haber querido hacerse amiga de una mujer de mediana edad, esposa de un profesor de robótica y a la que sólo interesaban los libros, de no ser la existencia de alguna clase de intriga? Nunca presté atención a los asuntos de palacio, el forcejeo constante para obtener una posición más alta que se producía entre los ministros del Emperador y las luchas por el poder todavía más salvajes y letales libradas entre bastidores por las esposas y las amantes decididas a ser la madre del eventual heredero de Palpatine.

Siempre pensé que todos esos asuntos eran mezquindades insignificantes indignas de ser estudiadas o percibidas.

Pagué un precio muy alto por la ignorancia fruto de mi distracción.

Ahora sólo puedo rezar para que Elizie y Shenna, nuestra hija, no tengan que pagarlo también.

Leia cerró los ojos. Todos los informes que había recibido después de la destrucción de Alderaan y la demolición de la Estrella de la Muerte habían dado por sentado que Magrody había desaparecido por voluntad propia, probablemente para ocultarse en el infame «tanque de cerebros» del Emperador, para evitar que la República castigara sus actos como se merecían. Esos informes, naturalmente, nunca habían dado por sentado que Leia estuviera detrás de la repentina ausencia del distinguido científico. Muchos atribuían a Magrody haber trabajado en el Triturador de Soles. «Se llevó a su

esposa y su hija, y se escondió en algún lugar remoto donde nadie pudiera encontrarle...»

Leia se preguntó si su padre habría podido renunciar a sus ideales y trabajar a las órdenes del Emperador para salvarla.

Ése había sido el mayor de sus temores cuando estaba en el Destructor Estelar de Vader y, más tarde, a bordo de la misma Estrella de la Muerte: que Bail Organa se rindiera ante las amenazas de hacer daño a su hija.

Leia seguía sin saber cuál habría sido la reacción de su padre. Nunca le habían ofrecido esa elección.

Supongo que Mon Mothma se reiría mucho ante la facilidad con la que fui atraído hasta el sitio en el que me recogieron. Y tendría, todas las razones para hacerlo, desde luego, si las circunstancias llegan a permitirle alguna vez reírse antes cualquier cosa relacionada con los males que se me ha obligado a crear. Pensaba que sólo tenía que prestar un servicio muy sencillo y que luego dejarían en libertad a Elizie y Shenna, y que tal vez, me abandonarían en un planeta desierto donde acabaría siendo encontrado tarde o temprano...

Una molestia espantosamente irritante, pero finita.

Finita, queridos dioses de mi pueblo.

Roganda Ismaren me contó que todo se hacía en el nombre del Emperador. Estaba rodeada por un grupito de matones de inconfundible aspecto militar, aunque ninguno de ellos llevaba uniforme. Supongo que podía haberlos sobornado con dinero desviado de los fondos del Tesoro mediante algún oscuro manejo, o tal vez los hubiese engañado tal como me había engañado a mí. Sabía emplear las finanzas —y el chantaje— para obtener todo lo que quería. Parecía haber mucho más dinero que personal visible: [Leia también se había dado cuenta de ello] contaban con el equipo más nuevo, sofisticado y exquisito disponible y estaban provistos de las instalaciones y los programas más revolucionarios, pero siempre veías a los mismos diez o doce guardias.

Aunque me dijo —y también se lo dijo a los guardias— que todo aquello se hacía por orden del Emperador, nunca me encontré con la más pequeña brizna de evidencia circunstancial o empírica de que Palpatine estuviera involucrado de alguna forma en aquello.

No importaba.

Ni siquiera sé a qué planeta me llevaron, o adonde se llevaron a Elizie y a Shenna después de la única vez en que pude verlas.

Leia se estremeció, aunque el asiento de la ventana en el que estaba leyendo era el punto más cálido de la habitación, y alzó la cabeza para contemplar los fantasmagóricos arco iris de la atmósfera prisionera bajo la cúpula. Se acordó de que la noche anterior al Momento de la Reunión había estado sentada junto a una de las fuentes de los jardines que cubrían los techos de la casa de invitados ithoriana mientras Han señalaba a Jacen y Jaina qué estrella era el sol de Coruscant. En la superficie de Coruscant —el Planeta Centelleante, como lo llamaban las viejas canciones—, los velos llameantes de sus auroras nocturnas hacían totalmente imposible la práctica de la astronomía

a nivel de aficionado, pero en Ithor ni siquiera había luces de ciudades. El cielo había parecido respirar estrellas.

La gran mayoría de esas estrellas tenían mundos de alguna clase orbitando a su alrededor, aunque podían no ser más que bolas desnudas de rocas, hielo o gases congelados que sólo podrían convertirse en habitables después de un proceso de bioformación tan caro que resultaba prohibitivo. Menos del veinte por ciento habían sido incluidos en los mapas y explorados. Antes del día en que Drub McKumb les atacó, Leia ni siquiera había oído hablar de Belsavis.

Había muchísimos mundos.

Y la vida era asombrosamente corta.

Me dijeron que lo que querían era muy sencillo. Mis talentos, cuya existencia yo creía no era sospechada por nadie, me habían llevado a estudiar los registros de los antiguos Jedi y a experimentar con los efectos mentales que ellos atribuían al campo de energía designado con el nombre de la Fuerza.

«¿Tálenlos? —pensó Leia, muy sorprendida—. ¿Magrody era capaz de utilizar la Fuerza?»

Era algo que no había sabido y algo que Cray nunca había mencionado, y que probablemente también había ignorado. Teniendo en cuenta la actitud del Emperador hacia los Jedi —en la que nunca había estado solo—, no resultaba nada sorprendente que Magrody los hubiera mantenido ocultos.

Creía haber tenido éxito a la hora de ocultar mis capacidades para influir sobre aquel campo de energía mediante concentraciones de ondas mentales, unas capacidades que empleaba en mis experimentos y que creo son hereditarias y no están limitadas a la especie humana. Tal vez Roganda Ismaren, o el mismo Emperador, habían leído los artículos que publiqué en la Revista de Física Energética, y habían deducido que sabía más sobre las ondas del pensamiento dirigido de lo que hubiese debido.

En cualquier caso, y ésa fue mi perdición, yo había reflexionado sobre la tradición, o leyenda, de que los Jedi eran incapaces de afectar a la maquinaria o a los androides mediante la «Fuerza». A la luz de la naturaleza de las sinopsis subelectrónicas, especulé sobre la posibilidad de crear un conversor subelectrónico implantado, el cual sería insertado quirúrgicamente en el cerebro de una persona que poseyera esa capacidad hereditaria de concentrar las ondas del pensamiento y que, después de que hubiese recibido el adiestramiento adecuado, le permitiría influir al nivel sinóptico individual sobre inteligencias artificiales de distintas complejidades.

Eso era lo que querían que hiciera.

«Irek», pensó Leia. El muchacho tal vez fuera el hijo del Emperador, aunque dada la edad que tenía Palpatine en el momento probable de la concepción de Irek —y dados los gélidamente faltos de escrúpulos talentos de Roganda en la planificación— había bastantes probabilidades de que no lo fuese.

Y si Roganda era su madre, entonces no había ninguna necesidad de la semilla de Palpatine para garantizar que Irek tendría considerables capacidades para el manejo de la Fuerza.

Dada la atmósfera de la Corte de Palpatine, el uso del miedo y la amenaza que lo impregnaba todo y las luchas intestinas entre las distintas facciones y aspirantes al poder, Leia sólo podía hacer conjeturas acerca de cuántos intentos de acabar con la vida de Roganda se llevaron a cabo antes de que Irek naciera.

El orden cronológico de los acontecimientos dejaba muy claro que Roganda, ella misma hija de un Jedi, había empezado a actuar casi de inmediato con vistas a mejorar las cartas que le habían tocado en suerte al nacer Irek.

Irek había sido sometido a la operación implantadora a los cinco años de edad, cuando los restos de Alderaan ni siquiera habían tenido tiempo de instalarse en su órbita permanente y altamente irregular alrededor de lo que había sido el sol del planeta.

Aun suponiendo que lo hubiese planeado ella misma en sus ensueños más maliciosos, Leia jamás podría haber hecho caer una venganza más terrible sobre el hombre que había enseñado cuanto sabían a los diseñadores de la Estrella de la Muerte.

Nasdra Magrody había sido retenido, drogado con pequeñas dosis de un antidepresivo cuidadosamente calculadas para que sólo le despojaran de cualquier voluntad de marcharse, en una cómoda villa de un planeta tan poco acogedor, tan peligroso y lleno de extraños virus transmitidos por los insectos, que dar un paso fuera del perímetro del campo magnético que rodeaba los jardines habría dado como resultado su muerte en cuestión de horas.

Sólo puedo agradecer que ya me hubieran sedado con Telezan antes de hacerme una demostración de ello [había escrito el desgraciado Magrody]. Sigo ignorando cómo se llamaba el hombre al que dejaron atado fuera de los límites del campo, o su crimen, si es que había cometido alguno. El oficial al mando me aseguró que era un criminal pero, naturalmente, eso podía ser mentira. Los matones que lo llevaron hasta allí llevaban trajes térmicos, que después cortaron en tiras delante de mí. El hombre aguantó dos horas antes de que su cuerpo empezase a hincharse. Su carne descompuesta no empezó a desprenderse de los huesos hasta poco antes del crepúsculo, y murió poco antes del amanecer. De no haber sido por la droga que me administraron, creo que después no podría haber dormido un solo instante, ni aquella noche ni ninguna de las noches de los cuatro años que permanecí allí. Me proporcionaban con regularidad hologramas de mi esposa. Disponía de todas las comodidades necesarias y estudié, y perfeccioné las técnicas mediante las que se podían controlar las sinopsis subelectrónicas. Creo que, a pesar de las drogas, era consciente de que durante esos dos años los hologramas no mostraron ninguna alteración en el rostro de Elizie ni en la longitud de su cabello. En cuanto a Shenna, que durante ese tiempo habría crecido pasando de ser una muchacha a ser una mujer, nunca me trajeron ni un solo holograma suyo. Hice cuanto pude para evitar pensar en lo que eso significaba. Las drogas hicieron que no me resultase demasiado difícil.

El adiestramiento de Irek empezó cuando el niño tenía siete años. Por lo que decía Magrody, a Leia enseguida le resultó obvio que el niño ya había sido adiestrado en el uso de la Fuerza y en las veloces y cómodas simplicidades del lado oscuro. El uso de los procedimientos de aprendizaje acelerado menos punitivos que Magrody había desarrollado para la estación orbital de Omwat

permitió que a los doce años ya hubiera aprendido lo suficiente para obtener una licenciatura avanzada en física subelectrónica o un puesto como técnico motivador de androides..., a un coste que Leia, recordando las desesperadas medidas de aceleración del aprendizaje empleadas por Cray, apenas podía suponer.

«De vez en cuando un alimentador de árboles tiene un pequeño ataque de locura y se dedica a vagar por las calles de la ciudad rociando a los transeúntes...»

Cuando Jevax se lo había contado la noche anterior le había parecido francamente extraño, pero al comprender que un niño de doce o trece años de edad estaba desarrollando sus poderes para alterar el comportamiento de los androides, Leia se dio cuenta de que estaba tan claro como la luz del día.

«Visualiza los diagramas en tu mente», había dicho Roganda.

Leia pensó en las inteligencias mecánicas ocultas detrás de cada nave de la flota de la República, y volvió a estremecerse.

Chewbacca había reparado a Erredós y, obviamente, no había colócado el cableado de la misma manera..., y la consecuencia de ello fue que Irek perdió su poder sobre el androide.

«Han», pensó Leia con creciente desesperación. Tal como había hecho Drub McKumb, y aunque perdiera la vida intentándolo, tenía que avisarles del peligro al que se enfrentaban y explicarles cómo podían anular los poderes de Irek.

«Están allí... Se están reuniendo... Os matarán a todos...»

Otro recuerdo de aquella noche en la recepción del Emperador volvió a su mente. La tía Celly —regordeta, con el rostro sonrosado y su ya algo canosa cabellera rubia enroscada en la clase de estructura lacada de remolinos, perlas y ondas artificiales que tan popular había sido hacía veinticinco años— se había llevado a Leia hasta un rincón de la gran sala para hablarle en un susurro de conspiradora.

—Esto es un hervidero de intrigas, querida. Es sencillamente terrible... —Después había lanzado una rápida mirada de soslayo a las esbeltas y exquisitas concubinas—. Me han dicho que todas se odian a muerte, querida. ¿Y sabes por qué? Pues porque la que pueda proporcionarle un hijo tiene la seguridad de que ese niño será su heredero, naturalmente.

Leia guardaba un recuerdo particularmente vivido de Roganda, como una imagen esmaltada de carmesí y oro, yendo de un dignatario a otro envuelta en esa misma aureola de timidez vulnerable que había empleado con ella.

Leia se dijo que por aquel entonces Irek ya debía de tener como mínimo cuatro años de edad, y que Roganda ya estaba creando su propia base de poder y trazando sus planes. A juzgar por algunas de las cosas que contaba Magrody en sus anotaciones, ya debía de haber estado adiestrando a su hijo en los secretos del lado oscuro de la Fuerza.

Palpatine no podía haber permitido que un poder semejante existiera sin utilizarlo para sus fines, y el haber actuado anteriormente en nombre suyo

algunas veces haría que hubiese resultado muy fácil afirmar que aquellas órdenes procedían de él.

Leia se preguntó cómo y en qué circunstancias habría conocido Roganda al anciano y si era él quien había encaminado sus pasos hacia el lado oscuro, tal como había hecho con Vader y durante un tiempo con Luke, o si Roganda se volvió hacia él cuando presenció el destino de los Jedi que habían tratado de seguir siendo libres. Leia no hubiese podido explicar por qué, pero sospechaba que se había tratado de eso último.

Recordar aquella recepción y volver a verla con los ojos de la mente hizo que tuviera una sensación repentina y tremendamente intensa de estar contemplando otro palimpsesto, otro conjunto de circunstancias que iban surgiendo unas a través de otras en una compleja jungla de dobles sentidos que habían escapado por completo a la percepción de la joven que era entonces, aquella Leia que tenía dieciocho años y estaba llena de los ideales republicanos de su padre.

La respuesta que había dado a las palabras de Celly hizo que torciera el gesto ante su increíble ingenuidad cuando recordó que le había recitado con gran indignación una docena de puntos concernientes a la transferencia de poder de la Constitución del Senado, como si Palpatine no fuera a rasgar en mil pedazos aquel documento un poco más avanzado ese mismo año.

Pero de hecho, en el vacío de poder que se había producido después de la caída de Palpatine los generales, con unas cuantas notables excepciones, se habían limitado a defender su propia causa privada. Ninguno había querido una regencia, y especialmente no una regencia que gobernara en nombre de un niño.

Ahora el chico tiene trece años [había escrito Magrody en su último párrafo]. El grado de control que puede ejercer sobre los androides y sistemas mecánicos se va incrementando a cada día que pasa, y su manipulación de los distintos artefactos de los Jedi que le trae su madre se va volviendo cada vez más diestra. Puede alterar sensores y campos de sensores, percibiendo y controlando todas las pautas de cableado de los modelos estándar, y se divierte provocando averías en la maquinaria menor. Su madre le exige mucho, y como consecuencia de ello temo que el muchacho haya empezado a explorar el consumo de sustancias que Roganda desaprueba, diciéndose que incrementan sus percepciones y su capacidad para utilizar la Fuerza, pero creo que en realidad lo hace sencillamente porque sabe que su madre lo desaprobaría en el caso de que llegara a enterarse.

Soy plenamente consciente de qué he creado. En cuanto a ti, Mon Mothma, y a ti, mi querido amigo Bail, como a todos aquellos que intentaron convencerme de que les prestara mi apoyo y mi ayuda contra la ascensión del poder de Palpatine, ahora lo único que puedo hacer es suplicaros vuestra comprensión, pues sé que lo que he hecho no es algo que pueda ser perdonado.

Intentaré hacerle llegar estas anotaciones de alguna manera. En el caso de que no lo consiga, temo que todos pensarán lo peor de mí. Intenté tomar las mejores decisiones posibles, pero sus resultados... Rezo para que nunca tengáis ocasión de verlos.

Me despido de ti, sintiéndome el ser más desgraciado del universo.

Nasdra Magrody.

Leia dobló las anotaciones y guardó el delgado fajo en el bolsillo de su traje térmico.

Temo que todos pensarán lo peor de mí...

A pesar de todo su poderío, en cuanto el Emperador hubo muerto Roganda no se unió a la lucha general por el poder que estalló al instante, posiblemente porque Irek todavía era demasiado joven para utilizar sus poderes, y posiblemente porque señores de la guerra como el Gran Almirante Thrawn disponían de algo que podían utilizar contra ella y que Roganda consideraba imposible de superar: una comparación de ADN, por ejemplo, entre el Emperador y el joven Irek que habría demostrado que el muchacho no era hijo de Palpatine.

Y también cabía la posibilidad de que Thrawn sencillamente la odiara.

Era un punto de vista con el que Leia podía simpatizar.

Roganda había vuelto al hogar de su infancia, donde sabía que podría educar y adiestrar a su hijo pasando totalmente desapercibida, y donde sabía que los Jedi habían dejado unos cuantos artefactos que podrían serle útiles en ese adiestramiento. Allí podría educar y adiestrar a Irek hasta que el muchacho no pudiera ser ignorado.

Leia se preguntó si Roganda había estado preparando a su hijo para que sustituyese a Palpatine, o si tenía otra meta.

Y Leia, cada vez más inquieta, pensó que parecía mucho más probable que Roganda hubiera estado concentrando todos sus esfuerzos en la tarea de crear no otro Palpatine..., sino otro Darth Vader.

CAPÍTULO 19

— ¿Amo Luke?

Era muy importante.

— ¿Amo Luke?

Tenía que despertar. Tenía que salir de aquella negrura y volver al mundo consciente, abandonando la apacible oscuridad subsuperficial de los sueños.

—Por favor, amo Luke...

¿Por qué?

Sabía que al otro lado de ese frágil muro de vigilia acechaba el calor abrasador de un dolor que era casi insoportable. La perspectiva de seguir sumido en la inconsciencia resultaba infinitamente preferible. Estaba agotado, y su cuerpo anhelaba desesperadamente el descanso. Sin un poco de reposo, toda la Fuerza que pudiera aportar al proceso de autocuración se desperdiciaría tan irremisiblemente como si estuviera intentando llenar una jarra con agua antes de haber taponado el agujero que había en su fondo.

La pierna le dolía mucho. Una infección que se estaba extendiendo con gran rapidez, y las pequeñas lesiones producidas por las tensiones musculares estaban exacerbando los efectos de los tendones cortados y la fractura ósea originales. Cada músculo y ligamento parecían haber sido estirados y desgarrados, y cada centímetro de carne le dolía como si le hubieran golpeado con martillos. Los sueños habían sido desagradables. Callista...

¿Qué podía haber tan importante al otro lado que no pudiese esperar?

Después de que Callista se hubiera ido —o tal vez mientras todavía yacía entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro después de haber hecho el amor—, Luke se había ido sumiendo gradualmente en un sueño más profundo. La había visto a lo lejos, en la adolescencia que había quedado olvidada en Chad, cabalgando como una sirena sobre la lustrosa grupa color negro y bronce de un cy'een con su cabellera castaña pegada al cráneo allí donde las olas rompían sobre su cabeza, o sentada en una boya para contemplar cómo el sol se ahogaba en el mar. La conversación volvió a discurrir en su mente. «Oyéndote hablar se diría que los conoces a fondo...»

«Bueno, podríamos decir que fueron los vecinos de al lado durante mi infancia y mi juventud.»

Pero él y Callista ya no estaban en el despacho sumido en la oscuridad, y no había palabras anaranjadas surgiendo de la negrura de la pantalla como estrellas en el crepúsculo; sino que se encontraban sentados el uno al lado del otro en el viejo T-70 que Luke había vendido como alimento de banthas para pagar su pasaje y el de Ben a bordo del Halcón Milenario, algo que había ocurrido ya hacía muchas lejanas eternidades.

Le sorprendió un poco no haber conocido a Callista por aquel entonces, y que no fuera alguien a quien había conocido desde siempre.

Estaban en los acantilados que se alzaban por encima del Cañón del Mendigo, con los viejos macrobinoculares de Luke pasando de sus manos a las de Callista para contemplar el asombrosamente sigiloso y callado avance de una hilera de banthas por entre las rocas del borde opuesto. Las gigantescas y desgarbadas bestias se movían bastante más deprisa de lo que se podría haber imaginado por su aspecto, y el viento seco y cálido hacía ondular los velos cubiertos de arena de sus jinetes mientras los rayos de sol que caían en un ángulo muy pronunciado sobre ellos arrancaban un sinfín de cegadores destellos a los metales y el cristal.

—Hasta ahora nadie tiene ni idea de cómo se puede distinguir un grupo de caza, de una tribu que está desplazando su hogar a otro sitio —dijo Luke mientras Calista hacía un pequeño ajuste en el foco—. Nadie ha visto nunca crías ni jóvenes, y nadie sabe si algunos de esos guerreros son hembras o ni siquiera si hay dos sexos en el Pueblo de las Arenas. Cuando ves un grupo del Pueblo de las Arenas, o incluso cuando oyes los rugidos de sus banthas, lo que haces es alejarte en dirección opuesta lo más deprisa posible.

— ¿Sabes si alguien ha intentado hacerse amigo suyo?

Callista le devolvió los binoculares y apartó un mechón de cabellos de sus ojos. Seguía vistiendo el holgado mono gris que había llevado puesto en algún sueño anterior, pero su rostro estaba limpio y libre de señales y cicatrices, y parecía menos tensa y agotada que antes. Luke se alegró de ello, y se alegró de verla feliz y relajada.

—Si alguien lo ha intentado, no sobrevivió para hablar de ello. —La fuerza de la costumbre hizo que echara un rápido vistazo a su lado del cañón y a las rocas que se extendían por debajo de ellos. No vio ni rastro de tuskens, pero después de todo eso era algo que ocurría con frecuencia incluso cuando estaban allí—. Un posadero de Cabeza de Ancla tuvo la brillante idea de utilizarlos como socios comerciales, ¿sabes? Creo que quería meterse en el negocio de la piratería del desierto.... Bien, se había dado cuenta de que sólo atacaban los huertos de pika y deb-deb, que son unos frutos dulces que crecen en algunos oasis, y destiló agua azucarada en un alambique para averiguar si podía emplearla para llegar a algún tipo de acuerdo con ellos. Se supone que la destilación les provocó una embriaguez tan intensa que no podían ni moverse, y la experiencia pareció gustarles. El posadero preparó otra remesa de licor, y los tuskens volvieron y le mataron.

Luke se encogió de hombros.

—Quizá sea sencillamente que no les gusta pasarlo bien —concluyó.

Callista se volvió hacia él con los ojos grises muy abiertos, como alguien que acaba de tener una revelación.

—Pero... ¡Oh, eso lo explica todo! —exclamó—. ¡Es una pista que nos indica de dónde han salido!

— ¿Qué? —replicó Luke, muy sorprendido.

—Son parientes de mi tío Dro. Odiaba cualquier clase de diversión, ¿entiendes? Estaba convencido de que como a él no le gustaba pasarlo bien, nadie debía pasarlo bien.

Luke se echó a reír, y toda la dureza diamantina y la fortaleza Jedi de su corazón forjado y templado en las tinieblas quedaron transfiguradas y se convirtieron en luz. Puso en marcha el deslizador de superficie y lo lanzó a gran velocidad sendero abajo.

— ¡Uf! Eso significa que tu tío Dro es pariente de mi tía Coolie...

— ¡Lo cual significa que somos primos lejanísimos!

Luke llevó a cabo una exagerada pantomima de reconocimiento repentino, y los dos rieron a carcajadas como un par de adolescentes mientras descendían por el sendero.

—Vamos —dijo Luke—. Llegaremos tarde. Ya es más de mediodía, y tenemos que estar allí a las dieciséis horas.

La sombra del deslizador revoloteaba detrás de ellos como un pañuelo gris azulado arrastrado sobre las rocas.

«Las dieciséis horas —pensó Luke—. Las dieciséis horas. Ya es más de mediodía, y tenemos que estar allí a... ¡A las dieciséis!»

Recobró el conocimiento con un grito ahogado, como si acabaran de sumergirle en un baño ácido de dolor. Toda la rigidez y los dolores resultado de su lucha con los androides cayeron sobre él como un muro que se desmorona, y tuvo que reprimir el gemido que intentaba escapar de su garganta.

— ¡Alabado sea el Fabricante! —exclamó Cetrespeó—. ¡Temía que no despertaría nunca!

Luke consiguió volver la cabeza, aunque tuvo la sensación de que se estaba rompiendo el cuello al hacerlo. Yacía sobre un montón de mantas y lo que parecía material aislante encima de un banco de trabajo en el laboratorio de montaje al lado de sus antiguos cuarteles generales en el despacho del contramaestre de la Cubierta 12, un recinto sumido en la penumbra, iluminado únicamente por la vacilante claridad amarillenta de las luces de emergencia. El trineo antigravitatorio flotaba cerca del suelo junto a la pared del fondo. Cetrespeó estaba inmóvil al lado de su lecho improvisado, contemplándole con la tensa inmovilidad de un androide muy preocupado que ya llevaba cincuenta kilómetros de paseos por aquella habitación de cuatro metros, y sostenía la caja negra de un equipo médico de emergencia en las manos.

— ¿Qué hora es?

—Son las trece horas y treinta y siete minutos, señor. —Cetrespeó puso el equipo médico en el suelo al lado de Luke y lo abrió—. La señorita Callista me informó de que había tenido un pequeño tropiezo con los androides de mantenimiento de la nave, señor, y debo decir que me anonada y me escandaliza que ni siquiera la Voluntad sea capaz de inducir una conducta tan reprochable en unos sistemas mecánicos, y me proporcionó las coordenadas para encontrarle. Además de cambiar el vendaje de su pierna, y siguiendo sus instrucciones, le he administrado un antishock y un estimulante metabólico suave. Pero... Francamente, señor, incluso con un tratamiento de primeros auxilios adecuado, considero que no se encuentra en condiciones de enfrentarse a los gamorreanos, aunque al no ser un androide médico sólo

puedo hablar basándome en la observación personal. ¿Qué tal se encuentra, señor?

—Como si estuviera en el último tercio de una carrera de cien kilómetros con un estabilizador averiado. —Luke bajó el faldón de la pierna de su mono sobre los tres últimos parches de perígeno que él o Cetrespeó habían conseguido encontrar—. Creo que necesito otro parche de esos, pero tendría que ser tan grande como una manta.

Movió cautelosamente el hombro, que había estado a punto de quedar dislocado en la lucha con los androides. Los cortes de metralla de su rostro le escocían a causa del desinféctante, y la carne se había hinchado a su alrededor y había desarrollado una exquisita hipersensibilidad a cualquier clase de roce. Su mano y su brazo izquierdos, que habían sufrido quemaduras debido a los cortocircuitos, estaban torpemente vendados y habían sido tratados con alguna clase de anestésico local que no estaba dando grandes resultados. La piel de su mano derecha se había desprendido sin sangrar para mostrar el brillo del metal que había debajo.

—No creo que haya parches de ese tamaño disponibles en el mercado farmacéutico, señor.

Cetrespeó parecía bastante preocupado.

«Y tiene razones de sobra para estarlo», pensó Luke.

—Me pregunto si el fotrinador sigue ahí arriba.

—Está ahí, y sigue intacto.

La voz, clara y límpida, resonó dentro de la cabeza de Luke y las palabras tal vez hubieran sido realmente audibles, porque Cetrespeó replicó a ellas.

—Pero, señorita Callista, con maniobra de diversión o sin ella, el amo Luke difícilmente está en condiciones de enfrentarse con un grupo de gamorreanos y...

—No, lo hemos enfocado todo mal desde el principio —le interrumpió Luke —. Si la Voluntad puede programar androides para que piensen que soy basura que necesita ser reciclada, o puede programar gamorreanos para que piensen que Cray es una saboteadora, ya va siendo hora de que nosotros también probemos suerte con la programación.

Cuando Luke cruzó cojeando el espacioso umbral de la bodega de almacenamiento vio que había antorchas encendidas alrededor de toda la aldea de los gakfedds. El lugar apestaba a humo acre y a un débil hedor que parecía sugerir alguna avería en el sistema de eliminación de desperdicios o, como mínimo, un número demasiado reducido de visitas por parte de los cada vez más escasos MSE que continuaban funcionando. La claridad de la enorme hoguera encendida delante de la choza central le permitió ver que Matonak estaba construyendo una espléndida cola de malla con placas de plástico rojo y azul y cinta adhesiva para reparar motores. La enorme cerda alzó la mirada con un feroz gruñido cuando el delgado Jedi y su reluciente sirviente mecánico entraron en el anillo de luz de las llamas.

Matonak le dijo algo, y después movió una mano indicándole que avanzara hacia ella.

—La gran dama Matonak pregunta si fue su esposo quien le ha dejado en este estado —tradujo Cetrespeó. Matonak lanzó otra larga retahíla de gruñidos y bufidos guturales—. Añade su opinión de que ninguno de los dos es particularmente inteligente o sexualmente competente, aunque la verdad es que no consigo ver qué relación puede tener eso con lo que nos ha traído hasta aquí.

—Presenta mis respetos a la gran dama Matonak, y dile que he descubierto un camino que permitirá que sus esposos y los otros jabalíes de la tribu se rediman a sí mismos en un combate realmente heroico contra enemigos dignos de ellos.

La cerda se irguió. Sus ojos verdosos relucieron como joyas malévolas en sus cuencas rodeadas de verrugas grasientas.

—Dice que sus esposos y los otros jabalíes se han vuelto idiotas y vagos de tanto mirar las pantallas de los ordenadores, y que han descuidado sus deberes hacia la Iribú y hacia ella. Le quedaría muy agradecida si pudiera sacarles de su estúpida esclavización a la cosa de las pantallas de los monitores, que piensa mucho más en cazar alimañas que en la necesidad de que los jabalíes se comporten como jabalíes. Añade más detalles que no parecen tener ninguna relación con el asunto que nos importa.

Luke reprimió una sonrisa, y casi pudo oír el resoplido de risa de Callista en su mente.

—Pregúntale dónde podemos encontrar a sus esposos.

— ¡Detrás de ti, escoria rebelde!

Los jabalíes formaban un grupo en el umbral. Tenían las manos vacías, algo que Luke agradeció profundamente. Después de haber pagado a los jawas con el cadáver del G-40 para que cortaran ciertas líneas de energía, había temido que sus mugrientos empleados fueran sorprendidos con las manos en la masa.

Ugbuz apartó a Cetrespeó de un empujón, haciendo que el androide cayera al suelo con un considerable estruendo metálico. Dos jabalíes agarraron a Luke por los brazos.

—Este corte del suministro es obra tuya, ¿eh? —gruñó el gamorreano—. Tú y tus saboteadores rebeldes...

Matonak se puso en pie.

—Podéis ser bravos guerreros contra un insignificante lisiado y una máquina parlante que camina —tradujo Cetrespeó desde el suelo, teniendo bastantes dificultades para hacerse oír ya que su voz casi quedó ahogada por la tempestad de alaridos de la cerda—. Pero cuando se os da la oportunidad de enfrentaros con esos klaggs malnacidos y comejabones, todos salís huyendo igual que morrts para obedecer las órdenes de algo que se esconde detrás de una pantalla y que nunca se deja ver.

Ugbuz titubeó. El gamorreano que seguía viviendo en el interior de su mente estaba librando una clara lucha con la personalidad de soldado de las tropas de asalto creada por el adoctrinamiento.

— ¡Pero son órdenes! —acabó protestando—. Es la Voluntad.

—La Voluntad quiere que actuéis como auténticos jabalíes —intervino Luke con dulzura. A pesar de los sucios mechones de cabellos empapados de sudor que le colgaban delante de los ojos y de los morados que cubrían todo un lado de su rostro sin afeitar, su voz era la voz, de un Maestro Jedi, capaz de abrirse paso a través de lodos los obstáculos hasta entrar en las mentes que no estaban lo suficientemente desarrolladas para poder resistírsele—. Sólo siendo auténticos jabalíes podréis ser auténticos soldados de las tropas de asalto.

El gigantesco jabalí vaciló, y la expresión de su rostro indicó que le faltaba muy poco para retorcerse las manos de pura indecisión. Luke se volvió hacia Matonak.

—He oído decir que Mugshub se ríe de ti porque tienes una tribu de alfeñiques cobardes que se niegan a pelear, y que te llama Mami-Cerdita —añadió.

Matonak dejó escapar un chillido lleno de furia y, tal como había esperado Luke, le golpeó con la fuerza suficiente para que hubiese caído al suelo si los guerreros no le estuvieran sujetando. Relajó los músculos y se dejó llevar por la inercia del golpe. La cerda, muy enfurecida, envió a Cetrespeó hasta el umbral de una patada, y después empezó a abofetear a Ugbuz y a todos los jabalíes que tenía al alcance de las manos, gritando obscenidades que Cetrespeó fue traduciendo fielmente y con una asombrosa riqueza de detalles anatómicos desde el rincón al que había ido a parar.

—Pero... Pero... ¡Es la Voluntad! —insistía Ugbuz, sin saber qué otra cosa podía decir y como si aquellas palabras bastaran para explicarlo todo—. ¡Es la Voluntad!

Cetrespeó tradujo lo que Matonak opinaba que Ugbuz podía hacer con la Voluntad.

—Pero me temo que eso es físicamente imposible, señor —añadió después.

—Tal vez la Voluntad ha cambiado —sugirió Luke con su voz suave y dulcemente irresistible—. Quizá se ha encontrado una manera de que cumpláis con vuestro deber como jabalíes luchadores que está de acuerdo con las intenciones de la Voluntad.

Ugbuz y sus guerreros echaron a correr como un solo gamorreano hacia la gran choza que se alzaba al otro extremo de la bodega, con Matonak persiguiéndoles y empleando su voz al máximo de volumen mientras lo hacía. Luke se levantó de donde le habían dejado caer, ayudó a Cetrespeó a ponerse en pie, se limpió la sangre de la comisura de los labios y fue cojeando hasta la choza.

Encontró a los gamorreanos conteniendo el aliento alrededor de la pantalla del monitor. Todas las conexiones de ordenador con la bodega de almacenamiento habían sido cortadas hacía una hora, pero una hilera de letras anaranjadas surgió de las profundidades del monitor.

—En consonancia con las intenciones de la Voluntad, subiréis a la Cubierta 19 mediante el Ascensor 21 y aniquilaréis a esos apestosos hijos de una pandilla de come-repollos, y hasta al último de todos sus asquerosos morrts con ellos.

La estampida de gamorreanos que se lanzó sobre la puerta fue tan rápida que Luke estuvo a punto de acabar pisoteado.

— ¿Qué pasa? —gruñó Ugbuz. Los dos seudo-soldados de las tropas de asalto que habían estado llevando a Luke en volandas para poder avanzar más deprisa se detuvieron a su señal y le bajaron al suelo—. Esto no es el Ascensor Veintiuno.

Los amarillentos ojos porcinos del gamorreano chispearon con un destello de suspicacia bajo la débil claridad de las luces de emergencia. Toda la cubierta estaba a oscuras y el aire se había vuelto frío y asfixiante, y había adquirido una extraña cualidad opresiva. Crujidos y roces muy extraños parecían agitarse en todas direcciones a su alrededor, y Luke se dio cuenta de que llevaba bastante tiempo sin ver ni un solo PU o MSE en acción. Lo único que veía eran sus cuerpos destripados, como víctimas de un atropello esparcidas a lo largo de los muros.

Cetrespeó se había quedado inmóvil, silueteado en el rectángulo oscuro de la puerta del despacho del contramaestre y brillando suavemente bajo el débil reflejo de las luces que colgaban del bastón de Luke.

—Informe de inteligencia.

Luke fue cojeando hasta el androide y puso la mano sobre el hombro de metal dorado para llevarle a través del almacén contiguo al despacho.

El trineo antigravitatorio estaba esperándoles allí. Las células del G-40 y de los androides-serpiente que Luke había destruido habían servido para incrementar su suministro de energía, y el trineo flotaba a tres metros por encima del suelo.

— ¿Estarás a salvo?—preguntó en voz baja.

—No me ocurrirá nada, amo Luke. Mientras permanezca dentro del perímetro programado en los rastreadores, los jawas no pueden molestarme. Pero le sugiero que pague a los jawas antes de que el nivel de energía disminuya lo suficiente para que el trineo baje un poco más.

La plataforma ya había descendido más de medio metro. Incluso con los dos rastreadores que Cetrespeó había reprogramado para que aturdieran jawas, en cuanto el trineo con su carga de robots desactivados quedara a dos alturas de jawa del suelo —la distancia máxima a la que podía llegar un jawa subiéndose a los hombros de otro jawa—, los pequeños ladrones encontrarían una forma de cobrar por su cuenta. Luke ya podía ver la aglomeración de siluetas envueltas en túnicas marrones agrupadas en la puerta que hacían sus cálculos mientras intercambiaban veloces murmullos con sus estridentes vocecitas infantiles.

— ¿Hay algún problema?

El más diminuto de los jawas se apresuró a ir hacia él, se echó de bruces en el suelo y besó las botas de Luke.

—Hicimos todo posible, gran señor, todo posible nosotros hicimos. —El jawa se incorporó. Era el que Luke había rescatado de la trituradora, y al que había puesto el apodo mental de «Bajito». Un par de ojos amarillentos ardían como

luciérnagas dentro del abismo negro de su capuchón—. Fuimos a los sitios que dijiste a nosotros, cortar tratamos los cables que a nosotros nos dijiste.

El jawa extendió las manos hacia él, y Luke torció el gesto. Los dedos parecidos a garras estaban ennegrecidos por las quemaduras y cubiertos de ampollas. Otros jawas fueron hacia él y extendieron sus brazos, ofreciéndole una espantosa e impresionante evidencia de las lesiones sufridas.

—Es verdad, Luke. —La voz de Callista resonó suavemente junto a él—. Los cables que llevan energía a la Cámara de Castigo no sólo están blindados, sino que también están protegidos mediante trampas. Un jawa murió intentando entrar, y otros dos han quedado gravemente aturdidos. No podemos cortar la energía de la parrilla.

— ¿Algo más haber? —preguntó Bajito—. Nosotros cambiar a ti seiscientos metros cable de plata, células de energía A Telgorn tamaño catorce, treinta células tamaño D Loronar para carcasas impulsoras y circuitos ópticos de dos Cibots Girorueda Multifunciones Galáctica.

Luke apenas le oyó. Tenía frío, y sintió el susurro ahogado del pánico bajo los huesos de su pecho. Cray iba a ser llevada a su ejecución en menos de una hora, y la parrilla de la Cámara de Castigo seguía funcionando. Su mente trabajó a toda velocidad, intentando formar nuevos planes y adaptarlos a las nuevas circunstancias.

—Veinte tamaño A Telgorn —le apremió Bajito—. Es todo que tenemos nosotros. Sin ellos tendremos que buscar tanteando en la oscuridad como gusanos ciegos en la roca, gran señor, pero por ser tú gran señor nosotros ofrecer trato especial...

—Treinta del tamaño A —dijo Luke, recuperándose y sabiendo repentinamente lo que debía hacer. Si los jawas afirmaban tener veinte células del tamaño A, eso significaba que tenían escondidas un mínimo de cuarenta y cinco—. Y treinta del tamaño D, y treinta metros de cable reversor blindado, a cambio de los Girorueda Multis. Si queréis el resto, tendréis que hacer otro trabajo para mí.

— ¿Todo resto del todo?

Media docena de cabezas encapuchadas se volvieron y un jawa dio un paso hacia la negra sombra flotante del trineo, y los dos rastreadores giraron al unísono con un destello de lentes amenazadoras. El jawa retrocedió los ocho centímetros exactos necesarios para quedar fuera del radio de alcance de los rastreadores. Luke comprendió que tendría que cerrar el trato deprisa o sus mercancías acabarían siendo adquiridas incluso antes de que volviera con Cray y Nichos..., suponiendo que pudiera volver con Cray y Nichos.

—Todo el resto —dijo—. Trabajo fácil. Sencillo.

—A tu servicio, gran señor, oh, sí, gran señor —gimotearon los jawas a coro.

Se apelotonaron a su alrededor agitando sus manos y brazos quemados. Algunos habían sido vendados con harapos y tiras de aislamiento o uniformes y Luke se preguntó si Cetrespeó correría mucho peligro en el caso de que lo enviara a la enfermería para traer desinfectantes, pero acabó decidiendo que sería demasiado arriesgado hasta que Cray estuviera a salvo.

—Hacer cualquier cosa —prometió Bajito—. Matar todos los guardias grandes. Robar los motores. Cualquier cosa hacer.

—De acuerdo —dijo Luke—. Quiero que recorráis toda la nave, ¿entendido? Id por toda la nave, y traedme a los tripodales y metedlos en una sala. Sí, meted a lodos los tripodales en el comedor y aseguraos de que no salen de allí... No les hagáis daño y no les matéis, y nada de atarlos. Lo único que quiero es que los llevéis allí con mucha delicadeza y que les pongáis agua para beber. ¿De acuerdo?

El jawa saludó. Su túnica apestaba como un pozo de gondars.

—De acuerdo, gran señor. Todo de acuerdo, lodo bien. ¿Tú pagar ahora?

—Llevad las células de energía al Ascensor Veintiuno y os daré la mitad de lo prometido. —Luke intentó no pensar en el poco tiempo que quedaba entre el momento actual y las dieciséis horas. Cray iba a ser ejecutada, y él tenía que jugar al tratante de chatarra con los jawas—. Y daos prisa.

—Nosotros ya allí, gran señor. —Los jawas se alejaron a toda prisa por entre la oscuridad—. ¡Nosotros ayer ya allí!

Los rastreadores suspendidos sobre el suelo giraron y zumbaron, dejando colgar sus pinzas de captura con la ciega desaprobación de un autómata.

Luke se apoyó en su bastón. Estaba temblando de fatiga.

— ¿Crees que podrás quedarte aquí solo un rato más sin que te ocurra nada?

—Desde luego que sí, señor. Y si me permite decirlo, señor, ha tenido una idea realmente muy brillante.

Luke sacó los controles del trineo de su bolsillo y lo bajó hasta el suelo. Era consciente de que el olor de los jawas se fue volviendo más intenso en la sala cuando bajó la plancha trasera, sosteniéndose torpemente en equilibrio sobre el lado del trineo para sacar de él el Tredwell despanzurrado y los dos androides serpiente Girorueda.

—De acuerdo —dijo, cerrando la plancha con un golpe seco—. Será más difícil de vigilar, pero necesito el trineo. ¿Crees que los rastreadores podrán conseguirlo?

—Durante un tiempo, señor. —El androide parecía un poco preocupado mientras escrutaba aquellas sombras impenetrables, que no eran del todo impenetrables para sus receptores ópticos sensibles al calor—. Aunque debo decir que esos jawas son diabólicamente astutos.

La voz de Callista surgió de las sombras, viniendo del sitio en el que Luke había tenido la sensación de que se encontraba durante toda la conversación, lo suficientemente lejos—y sólo lo suficiente, y ni un centímetro más— para no poder ser vista.

—Bueno, pues nuestro bando tiene mucha suerte de que Luke también sea diabólicamente astuto.

Y Luke sintió lo orgullosa que estaba de él de una manera tan palpable como si acabara de rozarle con la mano.

Los jawas estaban en el Ascensor 21 con las células de energía cuando Luke y sus sudorosamente odoríferas fuerzas llegaron allí. Luke pilotaba el trineo antigravitatorio, agradeciendo enormemente no tener que sostenerse sobre sus pies porque ya empezaba a sentir el insidioso avance del agotamiento y el dolor. «Maldición... —pensó—. ¡Pero si sólo hace unas horas que me administré esa nueva dosis de perígeno!»

Echó un vistazo al cronómetro colocado sobre las puertas del ascensor. Eran las quince y veinte. Una suave voz de contralto bajó flotando grácilmente por el conducto del ascensor desde alguno de los pisos de arriba.

—Todo el personal debe acudir a las pantallas de observación en las salas de su sección. Todo el personal debe acudir a las pantallas de observación en las salas de su sección. El no hacerlo será considerado...

Ugbuz y sus guerreros giraron automáticamente sobre sus talones. Luke bajó de un salto del trineo, torciendo el gesto mientras se tambaleaba al aterrizar, y agarró al capitán por el brazo.

—Esa orden no es aplicable ni a usted ni a sus hombres, capitán Ugbuz.

El jabalí frunció laboriosamente el ceño.

—Pero el no presentarse será considerado como un acto de simpatía con las intenciones de los saboteadores.

Luke concentró la Fuerza sobre la diminuta masa de oscuridad llena de emociones en conflicto que era aquella mente perturbada y dividida.

—Se le ha encomendado una misión especial —le recordó—. Debe cumplir su destino como un jabalí de la tribu de los gakfedds, y sólo así podrá servir a las auténticas intenciones de la Voluntad.

«Qué fácil debió de resultarle a Palpatine maniobrar a los hombres usando únicamente esas palabras y esos pensamientos», pensó con amargura cuando vio cómo el alivio se extendía por los ojos del jabalí.

Y qué fácil debía de resultarle a cualquiera que emplease aquella manipulación el volverse adicto a esa sonriente oleada del poder satisfecho, añadió Luke mentalmente para sí mismo cuando el capitán de las tropas de asalto movió una mano ordenando a sus seguidores que volvieran a las puertas abiertas del pozo.

Unos cuantos minutos bastaron para unir todas las células de energía en serie y conectarlas a los haces de sustento del trineo mediante las largas serpientes verdes y amarillas de los cables reversores. Si forzaba sus percepciones al máximo, Luke podía oír las respiraciones y latidos de los corazones de los centinelas de los niveles superiores del conducto. La débil claridad de su bastón le mostró las zonas fundidas creadas por los rebotes que habían hecho impacto en las paredes del conducto, y las cicatrices negras esparcidas alrededor de las puertas del ascensor sobre el que los klaggs habían hecho prácticas de puntería. El trineo antigravitatorio subiría muy despacio, y los gakfedds serían unos blancos muy fáciles.

Ya eran las quince y veinticinco.

Luke sacó la bola de guía del fotrinador de su bolsillo. Movió el interruptor de activación y mientras lo hacía desplegó sus sentidos todavía más lejos,

concentrando su audición en el hueco del conducto y rezando para que la parrilla de enclisión no hubiera quemado los circuitos del vocalizador.

— ¡Nichos!

El grito venía de lejos y estaba envuelto en ecos que lo reducían a un gemido medio inaudible, pero aun así Luke lo oyó y percibió la espantosa tonalidad de terror, desesperación y furia que lo impregnaba. El aliento pareció quedársele dolorosamente atascado en la garganta cuando oyó —medio oyó, tal vez sólo medio percibió— el roce y el estrépito de las botas y el siseo de una puerta.

—Nichos, maldito seas... ¡Actúa como un hombre si es que aún te acuerdas!

Y, de repente y más cerca, la voz de un centinela.

— ¿Qué es eso?

Luke no oyó nada, pero otra voz gamorreana habló pasados unos momentos.

—Esa maldita escoria de las charcas está aquí arriba... ¡Los apestosos gakfedds han logrado subir!

Un ruido ensordecedor de pies que huían a la carrera.

— ¡Ahora!

Luke conectó los activadores de los motores del trineo en el mismo instante en que dos gakfedds lo empujaban hasta dejar atrás el borde y hacerlo entrar en el conducto del pozo. El trineo se balanceó y osciló como un bote de remos en un torrente. Luke fue graduando el nivel de energía en una lenta curva ascendente mientras los sucedáneos de soldados de las tropas de asalto se iban subiendo al trineo. Era horriblemente consciente de la oscura caída de ochenta metros o más que había debajo de él. El trineo se hundió un poco bajo el peso de los jabalíes, pero enseguida se estabilizó y dejó de bajar. El pozo transmitía pocos ecos, pero si cerraba los ojos y forzaba sus sentidos hasta los límites Luke podía oír a los klaggs maldiciendo mientras seguían al fotrinador a través de salas y almacenes sumidos en el silencio e iluminados únicamente por los casi invisibles circuitos luminosos de las luces de emergencia. Después, igual que un hálito dentro de su mente, casi pudo oír la reverberación de la risa silenciosa de Callista mientras maniobraba el rastreador que avanzaba por delante de ellos, impulsándolo con tanta facilidad como un niño empuja un globo.

Y la voz de Cray volvió a llegar por el conducto, maldiciendo amargamente al hombre que no podía ayudarla mientras la llevaban hacia su muerte arrastrándola por los pasillos.

«No —pensó Luke con desesperación mientras iba incrementando el lento crecer del aflujo de energía a los haces repulsores—. No, no, no...»

Los motores zumbaron durante un momento, luchando desesperadamente contra un peso dos veces superior a su límite de capacidad sobre una columna de gravedad que ya era docenas de veces más alta del máximo ascensional que se había tomado en consideración cuando fueron concebidos.

Luke cerró los ojos y recurrió al poder de la Fuerza.

Concentrar, dirigir y lanzar la energía resplandeciente del universo a través de un cuerpo que estaba a punto de sucumbir a la fatiga y una mente nublada por un creciente dolor era cada vez más terriblemente difícil. Luke tuvo que hacer un esfuerzo gigantesco para convertir en un poder tan nítido como el destello de una joya las silenciosas energías de las estrellas, el espacio y los vientos solares, e incluso las de las criaturas sudorosas, malolientes, enfurecidas y desesperadamente confusas que se apelotonaban a su alrededor, pues la Fuerza también era parte de ellas. La Fuerza era parle de los tripodales, de los jawas, del Pueblo de las Arenas, de los kitonaks... Todos ellos poseían la Fuerza, la potencia deslumbrante de la Vida.

Concentrarse era como tratar de enfocar la luz a través de un cristal sucio y lleno de deformaciones. Luke intentó despejar su mente y expulsar de ella cuanto pudiera recordarle a Cray, a Nichos, a Callista..., y a él mismo.

Y el trineo y su carga empezaron a ascender lentamente.

«El conducto del ascensor y el subir, nada más —pensó Luke—. Son las únicas cosas que existen.»

No había ni antes ni después. Como una hoja reluciente ascendiendo en la oscuridad...

Los gritos de los klaggs se hicieron más ensordecedores.

Luke clavó la mirada en el umbral iluminado por la luz anaranjada de las antorchas que iba descendiendo hacia ellos, contemplándolo como si fuera un indicador que no tenía nada que ver con el cuerpo o el alma de Anakin Skywalker, y preparó su mano sobre los controles de los haces repulsores. «Listos idiotas van a saltar sobre los hombros del que tienen delante para ser el primero en llegar a las puertas...»

Eso haría volcar el trineo y provocaría que todos se precipitaran a lo largo de casi cien metros de conducto, pero Luke no podía interrumpir su concentración el tiempo suficiente para decirlo. Lo que hizo fue frenar todavía más el fluir de su mente y acelerar sus percepciones, manipulando los cuatro haces repulsores del trineo por separado para compensar la sacudida cuando —justo en el momento en que Luke había previsto que ocurriría— los gamorreanos saltaron, se agarraron y se montaron los unos sobre los hombros de los otros para ser los primeros en cruzar el umbral, chillando, lanzando maldiciones y agitando hachas y cañones portátiles sin prestar ninguna atención a la forma en que Luke ejecutaba maniobras que habrían hecho palidecer a cualquier técnico en transportes, El trineo se agitó y osciló locamente de un lado a otro, pero nadie se cayó. Los gakfedds, aceptando lo que casi era un milagro de navegación con tanta despreocupación como si fuese algo que ocurriera todos los días, ya habían bajado del trineo y se habían esfumado cuando un auténtico comandante todavía no les habría permitido ni ponerse en pie por considerarlo altamente peligroso.

Luke —jadeando, temblando, sintiendo un frío terrible en cada extremidad y la quemadura del sudor en sus cortes y arañazos— calculó el decrecimiento del flujo de energía para que encajara exactamente con su partida, evitando así que el trineo saliera disparado a través del final del conducto, y después dirigió el transporte considerablemente aligerado hacia el vestíbulo de guardia iluminado por antorchas de la Cubierta 19. Cogió su bastón y rodó sobre el

costado, sintiéndose demasiado agotado para bajar la plancha trasera. Después se quedó inmóvil en el suelo e intentó resistir la implacable oleada de la reacción y la debilidad resultado de haber invocado una cantidad de la Fuerza muy superior a la que podía manejar en su situación actual.

El cronómetro de la pared indicaba que eran las trece horas y cincuenta minutos.

«Cray —pensó, tragando una profunda bocanada de aquella atmósfera asfixiante y saturada de humo—. Cray... Y Cray me ayudará a salvar a Callista. Luego pagaré muy caro todo esto.»

Se puso en pie.

«Ahora.»

En cierta manera, concentrar la Fuerza sobre su cuerpo y hacer acudir energías desde el exterior de su ser, canalizándolas a través de músculos que ardían con las toxinas de la fatiga y la infección y de una mente que sólo deseaba descansar, le resultó todavía más difícil que lo que acababa de hacer. Pero Luke también superó ese obstáculo y avanzó con la ágil energía de un guerrero, siendo apenas consciente del torpe peso de su pierna lisiada y la incomodidad del bastón.

Y el pasillo vibró a su alrededor con la repentina cacofonía de la batalla.

Luke se pegó a la pared una fracción de segundo antes de que una confusa masa de gamorreanos surgiera en el pasillo por delante de él, chillando, lanzando golpes y mandobles, disparando casi a quemarropa con desintegradores cuyos haces rebotaban locamente o abrían largas quemaduras en los muros, o desgarrándose unos a otros con los colmillos y las cortas y gruesas zarpas. Después llegaron los gritos, estridentes como el chirrido del metal y la lona al romperse, y las gotas de sangre que escocían como partículas de cobre caliente a la deriva en el aire. Luke se agachó, dobló la esquina y llegó al corazón de la contienda, pero no vio ni rastro del uniforme verde que Cray había estado llevando o de su cabellera dorada y sedosa como una mazorca de maíz. Una visión pesadillesca de Cray desangrándose en el suelo de algún pasillo cruzó velozmente por su cerebro. Un instante después Callista gritó su nombre desde la puerta de un pasillo de cruce, y Luke echó a correr hacia ella manteniéndose lo más pegado posible a la pared y casi sin sentir el dolor que intentaba aserrar su pierna.

— ¡Por aquí!

—Todo el personal debe presentarse en las salas de su sección —anunció la voz del sistema de comunicaciones, repentinamente nítida y potente.

«Esta parte de la nave todavía sigue viva —pensó Luke—. La Voluntad está aquí...»

—Todo el personal debe presentarse...

— ¡Luke!

Luke se detuvo con un crujido de suelas después de doblar una esquina, y se encontró delante de los dos paneles negros de una puerta cerrada sobre la que estaba escrito castigo 2 y encima de cuyo dintel brillaba una lucecita ambarina. Nichos estaba junto a la pared tan inmóvil como una estatua de plata

bruñida, con la desesperada agonía de sus ojos siendo lo único vivo que había en todo su rostro.

Delante de el había un soldado humano con armadura completa cuyas manos sostenían una carabina láser preparada para hacer fuego.

—Quédate donde estás, Luke —dijo la voz de Triv Pothman. El casco la alteraba volviéndola metálicamente inhumana, pero Luke la reconoció a pesar de ello—. Ya sé que sientes lealtad hacia ella, pero es una rebelde y una saboteadora. Si te vas, podré testificar en tu favor.

—No es una rebelde, Triv. —Luke examinó el pasillo con los ojos y la mente y no detectó ni un solo fragmento de metal suelto, ni siquiera un MSE destripado o una bandeja de comedor—. Ya no hay rebeldes. El Imperio ya no existe, Triv. El Emperador ha muerto.

Luke era literalmente incapaz de pensar que le quedaran las reservas de energía suficientes para arrancar la carabina de los dedos de Pothman empleando la Fuerza.

La lectura digital cambió a 1556 sobre la puerta y la luz ambarina empezó a parpadear en una serie de guiños rojizos. Triv titubeó, pero cuando volvió a hablar lo hizo en un tono idéntico al que había empleado antes.

—Ya sé que sientes lealtad hacia ella, pero...

—Hace mucho tiempo de eso.

Luke desplegó su mente y buscó una entrada que le permitiera introducirse en el cerebro de Triv, como si estuviera intentando atravesar físicamente el plástico del casco que convertía su rostro en una cara de perro y la vigilante oscuridad que blindaba sus pensamientos. Estaban separados por seis metros de distancia. Agotado, vacío por dentro y con la vista nublándosele para convertirse en un túnel grisáceo, trató desesperadamente de acumular la cantidad de Fuerza suficiente y no lo consiguió, y comprendió que Triv acabaría con él de un disparo antes de que hubiese podido recorrer tres metros..., y Luke ni siquiera estaba seguro de poder llegar tan lejos.

—El Imperio te abandonó —dijo en voz baja y suave—. Te quedaste solo para poder ser tú mismo. Para que hicieras lo que quisieras: cultivar un huerto, bordar flores sobre tus camisas...

Luke casi podía oír la voz estridente de la Voluntad aullando en la oscuridad que había invadido la mente de Triv. «Los Jedi mataron a tu familia. Descendieron sobre tu aldea durante la noche, mataron a los hombres en los huecos entre las casas, agruparon a las mujeres y las llevaron debajo de los árboles......Huiste en la oscuridad, tambaléandote y tropezando en el barro y los arroyos...»

— ¿Te acuerdas de cómo tu capitán y los otros se mataron entre sí? —preguntó Luke, conjurando las sombras verdes del refugio y los destellos blancos de aquellos cuarenta y cinco cascos colocados sobre un tablón, el crujido de las hojas bajo los pies y el olor a humo que producían—. ¿Te acuerdas del campamento que organizaste, y de la pradera junto al arroyo? Viviste allí durante mucho tiempo, Triv. Y el Imperio desapareció.

—Ya sé que sientes lealtad hacia ella, pero...

«Lianas. La tierra. Un reptil diminuto con plumas como joyas multicolores recogiendo una migaja de pan arrojada sobre el umbral. El olor del arroyo.»

La realidad de lo que había existido. Los años de paz.

—Es una rebelde y una saboteadora...

La voz de Triv se fue debilitando poco a poco hasta desvanecerse en el silencio.

«Lo que había existido en realidad», pensó Luke. Se lo ofreció a Triv Pothman, recuerdos luminosos de un lugar y de un tiempo; recuerdos de todas aquellas cosas que él mismo había visto y conocido, como una rebanada de claridad solar abriéndose paso a través de la cinta sin fin digitalizada que había dentro del cerebro de Pothman.

La luz colocada sobre la puerta aceleró su parpadeo. 1559.

— ¡Oh, por todos los condenados remaches del cielo!

Triv Pothman giró sobre sí mismo y tiró de los anillos de cierre de las puertas. Luke saltó hacia él y se apresuró a ayudarle. Los anillos se mantenían inmóviles, negándose a ceder tan tozudamente como si estuvieran siendo sujetados desde el otro lado de los paneles, o como si la Voluntad estuviera sujetándolos desde el interior de las paredes. Nichos los agarró y empezó a tirar de ellos, haciéndolos girar con la repentina e inexorable fuerza mecánica de un androide. Los sellos se rompieron con un siseo de aire.

— ¡Se resiste! —gritó Nichos mientras tiraba de la puerta para abrirla, y lo cierto era que la pesada hoja de acero tiraba visiblemente de sus dedos—. Está intentando cerrarse...

La espada de luz de Luke cobró vida con un zumbido en sus manos. Cray estaba esposada entre dos postes, el rostro blanco por el shock y el agotamiento bajo el pizarroso resplandor opalino de la extraña claridad de la parrilla.

— ¡Es demasiado tarde! —gritó. Luke avanzó cojeando y tambaleándose y lanzó un mandoble contra el acero que le inmovilizaba las muñecas—. ¡Es demasiado tarde, Luke!

Luke utilizó sus últimas reservas de energía para asestar un golpe mental a la parrilla: avería, conexión defectuosa, un salto crucial de energía que no llegaba a producirse...

Y un relámpago cegador le atravesó la pantorrilla de la pierna herida como una aguja al rojo blanco mientras Cray le sacaba a rastras del cubículo.

20

—Estuvo allí—dijo Cray en voz baja. Se rodeó el torso con los brazos, tirando de los pliegues de la manta térmica que Luke le había traído, e inclinó la cabeza hasta apoyar la mejilla en las rodillas dobladas—. Estuvo allí todo el tiempo. No paraba de repetirme que me amaba, y me decía una y otra vez que fuese valiente, que fuese valiente..., pero no hizo absolutamente nada para detenerles.

Con su cabellera cortada al estilo militar sucia y despeinada y su rostro macilento por el cansancio y la catástrofe emocional, Cray parecía mucho más joven que cuando Luke la había visto en Yavin o en su territorio del Instituto, o en la habitación de hospital de Nichos.

Luke comprendió que Cray siempre había usado su perfección como una armadura, y que se había protegido con ella durante toda su vida y en todos aquellos lugares.

Una luz humosa y ondulante surgía de la tosca lámpara del rincón, la única iluminación que había en el cuarto. La atmósfera de aquella especie de callejón formado por el despacho del contramaestre y las salas de trabajo que se extendían más allá de él se había vuelto tan viciada y difícil de respirar que Luke se preguntó si no debería dedicar un poco de tiempo a conectar los ventiladores de la zona con células de energía canibalizadas, suponiendo que pudiera encontrarlas... Suponiendo que hubiera tiempo.

Y en lo más profundo de su corazón, Luke tenía el presentimiento de que no lo había.

—Llevaba un perno de sujeción...

— ¡Ya sé que le habían puesto un asqueroso perno de sujeción, estúpido!

Cray aulló las palabras, escupiéndoselas a la cara en un estallido de furia y odio con un fuego lleno de amargura ardiendo en sus ojos, y cuando las palabras hubieron surgido de sus labios permaneció inmóvil contemplándole con una rabia ciega e impotente detrás de la cual Luke pudo distinguir el pozo insondable de la derrota, la pena y el final de todo lo que Cray había albergado la esperanza de conseguir.

Después Cray volvió el rostro a un lado y hubo un prolongado silencio. La nerviosa delgadez que había ido haciendo progresos por su cuerpo durante la enfermedad de Nichos se había vuelto frágil y quebradiza, como si le hubieran arrebatado algo no solamente de la carne sino incluso de la médula de los huesos. La manta colgaba sobre ella como un maltrecho sudario, ocultando el uniforme desgarrado y manchado de sangre y aceite.

Cray respiró hondo, y cuando volvió a hablar su voz no tembló en lo más mínimo.

—Fue programado para no obedecerme en ningún instante —manifestó—. Ni siquiera podía traerme comida.

Luke lo sabía. Nichos se lo había dicho. La bandeja que Cetrespeó había traído del comedor seguía intacta.

—No le odies por ser lo que es —dijo, no ocurriéndosele ninguna otra cosa que decir—, o por ser lo que no es.

Las palabras le sonaron pueriles incluso a él mismo, como si fueran la predicción de un adivino computarizado de una feria obtenida al precio de medio crédito. Luke pensó que Ben habría tenido algo que decir que fuese realmente capaz de curar todas aquellas heridas, y que Yoda habría sabido cómo reconstruir los restos destrozados de la vida y el corazón de una amiga.

«El Jedi más poderoso del universo o, por lo menos, el más poderoso que conozco —reflexionó con amargura—, el destructor del Triturador de Soles, el aniquilador del mal, que derrotó al Emperador reclonado y a Exar Kun, el Señor del Sith... Y lo único que puedo ofrecerle a una persona a la que acaban de arrancarle las entrañas es un "Vaya, pues lamento que no te encuentres demasiado bien"».

Cray se llevó las manos a la cabeza como si quisiera apretarla para eliminar un dolor insoportable agazapado dentro de su cráneo.

—Ojalá le odiara—dijo—. Le amo..., y eso es peor que el odio elevado a la décima potencia.

Luke titubeó, sabiendo de manera instintiva que aquella mujer no debía quedarse sola.

—Yo me quedaré con ella —murmuró Callista junto a él.

Nichos, Pothman y Cetrespeó estaban en el laboratorio de montaje contiguo.

—Son la raza más lenta y tozuda que existe en la galaxia —estaba explicando Cetrespeó—. Que yo sepa, todos los kitonaks siguen agrupados en la sala de la sección exactamente allí donde los colocaron los gamorreanos, y continúan comparando y analizando las recetas para preparar el domit de sus abuelas. Es francamente extraordinario. Y sin embargo durante su temporada de apareamiento, durante las lluvias, se mueven con una velocidad realmente asombrosa...

Todos se volvieron cuando Luke cruzó el umbral del despacho, y Nichos dio un torpe paso hacia adelante mientras extendía una mano. Cray había tomado el molde para ella cuando estaba en el hospital, y la precisión de la réplica era tan grande que había incluido la marca de nacimiento en la punta de la V formada por el pulgar y el índice.

La precisión del proceso había sido igualmente perfecta en los ojos azules y la movilidad del pliegue de la comisura de los labios, al igual que en los gigabits de información digitalizada sobre su familia y amistades, las cosas que le gustaban y las que odiaba, quién era y qué quería.

— ¿Está bien? —preguntó Pothman, rompiendo el silencio que siguió a la entrada de Luke.

—Vamos, Nic—dijo Luke en voz baja—. Deja que le quite ese perno de sujeción.

Los ojos de Nichos fueron más allá de él y se clavaron en la puerta cerrada.

—Comprendo.

Luke tragó aire para hablar —aunque no sabía qué iba a decir, qué podía decir—, pero Nichos alzó la mano y meneó la cabeza.

—Lo entiendo. Supongo que no querrá volver a verme nunca más.

Mientras sacaba la caja de herramientas del compartimento mural y el viejo soldado de las tropas de asalto traía una de las parpadeantes luces alimentadas por pilas para iluminar su trabajo, Luke se dijo a sí mismo que, después de haber oído las últimas palabras de Cray, no tenía ni idea de si querría volver a ver a su prometido o no. Se refugió en la labor que tenía delante de los ojos, que era más complicada que la apertura de una sujeción del tipo abrir-y-cerrar mucho menos sofisticado normalmente empleada en los androides. Aquel perno estaba provisto de diminutos cierres magnetizados, y Luke enseguida vio que habían sido programados de toda una serie de formas distintas. La Voluntad tendría que haber dado muchas instrucciones a los klaggs para que pudieran instalarlo. Llevó a cabo un rápido examen integral para asegurarse de que no había ninguna trampa escondida, y después colimó la sonda hasta el incremento más reducido posible y empezó a sacar los relés internos.

Había un cierto consuelo que extraer de las tareas puramente mecánicas. Luke se dijo que debía recordarlo para otra ocasión.

—Luke...

Alzó rápidamente la mirada para encontrarse con aquellos ojos de cristal azul. La penumbra llena de sombras hacía que el rostro que había conocido tan bien casi pareciese el de un desconocido, monstruosamente adherido a la capucha plateada del cráneo metálico.

— ¿Soy realmente Nichos?

—No lo sé —replicó Luke.

Nunca se había sentido tan impotente, porque en el centro de su corazón —en las sombras secretas donde siempre se ocultaba la verdad— sabía que le había contestado con una mentira.

Lo sabía.

—Esperaba que tú podrías decírmelo —murmuró Nichos—. Me conoces..., o le conocías. Cray me programó para..., para saber todo lo que sabía Nichos, para hacer todo lo que hacía Nichos, para ser todo lo que era Nichos y para que pensara que realmente soy Nichos. Pero... no sé si soy Nichos.

— ¿Qué quieres decir? —protestó Cetrespeó—. Por supuesto que eres Nichos. ¿Quién ibas a ser si no? Eso es como preguntar si La caída del sol fue escrita por Erwithat o por otro corelliano del mismo nombre.

— ¿Luke?

Luke se concentró en la extracción de los cables de fibra óptica llenos de meticulosa programación.

— ¿Soy «otro corelliano del mismo nombre»?

—Me gustaría poder darte una respuesta clara en un sentido o en otro —dijo Luke. El perno se desprendió del pecho de acero y Luke sintió su peso y su grosor en la mano. Una mano era real y una mano era mecánica, pero las dos

le pertenecían y ambas eran sus manos—. Pero yo... No lo sé. Eres quien eres. Eres el ser, la consciencia que eres en este momento. Eso es lo único que puedo decirle.

Y por lo menos ese hecho era cierto.

El rostro impasible no se alteró, pero los ojos azules adquirieron una expresión infinitamente triste.

—Había esperado que al ser un Jedi lo sabrías.

Y Luke tuvo la incómoda y desagradable sensación de que, al haber sido un Jedi, Nichos sabía que se estaba callando algo.

—La amo. —Nichos volvió nuevamente la mirada hacia la puerta. Su rostro era el rostro tranquilo de un androide, y sus ojos los de un hombre desesperadamente infeliz—. Digo eso y sé que es verdad, y sin embargo no puedo distinguir la diferencia, si es que la hay, entre la devoción y la lealtad que Erredós y Cetrespeó sienten hacia ti. Y no recuerdo si eso es amor u otra cosa... No puedo ponerlos uno al lado del otro para compararlos. Cuando tenían prisionera a Cray, cuando la maltrataban y la golpeaban, cuando la obligaron a pasar por esa estúpida parodia de un juicio... Yo habría hecho cualquier cosa para ayudarla. Pero había sido programado para no interferir de ninguna manera en sus actos, y eso era literalmente algo que no podía hacer. No podía hacer que mis miembros y mi cuerpo actuaran de una forma contraria a mi programación de no interferir.

Cogió el perno de sujeción de la mano de Luke, lo sostuvo entre el pulgar y el índice y lo examinó tranquila y desapasionadamente bajo la claridad amarilla de la lámpara colocada entre ellos.

—Lo terrible es que eso no hace que me sienta mal ahora.

— ¡Gran universo! ¿Y por qué deberías sentirte mal? —preguntó Cetrespeó, muy sorprendido.

—No hay ninguna razón para ello, desde luego —replicó Nichos—. Un androide no puede ir contra su programación básica o contra restricciones impuestas a su programación si no entran en conflicto con el nivel más profundo de sus limitadores motivacionales. Pero creo que Nichos lo habría hecho.

—Está dormida.

Luke fue tan consciente de que Callista había entrado en la habitación como si lo hubiera hecho por la puerta cerrada que le separaba del diminuto despacho. Estaba solo. Inmóvil entre aquellas densas sombras —las pilas de la lámpara por fin se habían agotado, y la única claridad procedía de la grasa de emergencia que ardía gracias a pabilos improvisados en dos grandes cuencos de plástico rojo traídos del comedor y colocados sobre el banco de trabajo—, casi pudo engañarse a sí mismo para convencerse de que la veía, alta y delgada, con su cabellera castaña colgando a lo largo de su espalda en una cola tan larga y gruesa como su brazo.

«No puedo permitir que sea destruida», pensó, y un espasmo de desesperación le desgarró el corazón.

— ¿Y Nichos? ¿Se encuentra bien?

Luke empezó a asentir, pero después se interrumpió a mitad del gesto y acabó meneando la cabeza.

—Nichos... es un androide —dijo.

—Lo sé.

Sintió su presencia junto a él, como si Callista se hubiera sentado a su lado sobre el borde del banco de trabajo, con las botas oscilando de un lado a otro, tal como estaba sentado él. El calor de su carne, la fuerza llena de pasión con la que se había aferrado a él y la dulzura de su boca bajo la suya volvieron repentinamente a sus pensamientos desde la lejanía del sueño.

—Luke... —murmuró Callista—. A veces no se puede hacer nada.

Luke dejó escapar el aliento en un resoplido de irritación y apretó los puños, pero aun así tardó unos momentos en hablar. Cuando lo hizo fue únicamente para susurrar «Lo sé», y un instante después comprendió que hacía dos semanas no lo había sabido. En algunos aspectos, el aprendizaje con los Señores del Sith y los clones del Emperador había resultado mucho más sencillo.

—Supongo que el truco está en llegar a saber en qué momentos no se puede hacer nada —dijo con una sonrisa torcida.

—Djinn Altis solía enseñárnoslo —dijo Callista en voz baja y suave—. «Durante diez mil años hemos sido los guardianes de la paz y la justicia en la galaxia.» Siempre empezaba sus historias y sus enseñanzas con esas palabras, como si fueran un prólogo a lo que diría después... «Pero en algunas ocasiones la mejor manera de servir a la justicia consiste en saber cuándo hay que quedarse cruzado de brazos.» Y después nos contaba alguna historia sacada de los archivos o de las tradiciones orales de los Jedi sobre algún incidente en el que lo que parecía estar ocurriendo no era lo que estaba ocurriendo en realidad, y la utilizaba como ejemplo de lo que quería decir.

Luke sintió los ecos melancólicos de su risa.

—Oh, solía sacarme de quicio, créeme, pero... ¿Sabes qué decía? «Cada estudiante está obligado a cometer mil ochenta errores realmente importantes. Cuanto más pronto los cometas, más pronto te verás libre de la obligación de tener que cometerlos.» Le pedí una lista. «Pensar que hay una lista es el error número cuatro», me respondió.

— ¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Cinco años. Apenas un comienzo, y ni mucho menos el tiempo suficiente.

—No, claro —dijo Luke, y pensó en las pocas semanas que había pasado en Dagobah y volvió a suspirar—. Pero desearía que algunos de esos mil ochenta errores no tuvieran nada que ver con el enseñar a tus estudiantes ni con el enseñar a los Jedi, transmitir el poder o la capacidad para utilizar la Fuerza. Mi ignorancia, mi propia inexperiencia... Bueno, ya han hecho que uno de mis estudiantes perdiera la vida, y arrojaron a otro en los brazos del lado oscuro y causaron unos daños tan terribles en la galaxia que no quiero ni volver a pensar en ellos. Todo ese asunto, y me refiero a la Academia y a recuperar las artes de los Jedi, es demasiado importante para..., para que podamos emplear el sistema «Aprenda Mientras Da Clases». Ése es... —Luke titubeó, no

queriendo decir aquello de su maestro pero sabiendo que tenía que decirlo—. Ése es el error que cometió Ben cuando tuvo a mi padre como discípulo.

El silencio volvió a adueñarse de la habitación, aunque Callista estaba tan cerca de él como lo había estado en el deslizador sobre el borde del cañón, cuando los binoculares iban de sus manos a las de ella mientras buscaban algún rastro del Pueblo de las Arenas.

—Si Ben no hubiera enseñado a tu padre a emplear la Fuerza —acabó murmurando Callista—, tu padre probablemente no habría sido lo bastante fuerte para matar a Palpatine..., y tampoco habría estado en situación de hacerlo. Tú no podrías haberlo hecho —añadió.

—No... Entonces no podría haberlo hecho.

Nunca se le había ocurrido considerarlo desde ese punto de vista.

—Estoy grabando todo lo que recuerdo sobre las enseñanzas de Djinn —siguió diciendo Callista en voz muy baja, como si estuviera ofreciendo un regalo sin estar muy segura de si sería bien recibido—. He estado trabajando en ello siempre que tenía algún momento libre desde que me hablaste por primera vez de lo que estabas haciendo. Técnicas, ejercicios, meditaciones, teorías..., a veces solamente las historias que contaba. Todo lo que recuerdo, Luke... Son cosas que creo no deberían perderse, cosas que te ayudarían. Ya sé que una gran parte de las técnicas, una gran parte de los poderes mentales y las formas de utilizar la Fuerza no pueden ser... descritas y sólo pueden ser mostradas por una persona a otra, pero aun así... Bien, tal vez puedan servirte de algo después de que te hayas ido de aquí.

—Callista... —empezó a decir Luke con desesperación, y Callista siguió hablando y su voz se impuso a la suya con firme decisión.

—No soy un Maestro Jedi y mi percepción de todas esas cosas no es la que tendría un Maestro... Pero es todo el adiestramiento formal que no tuviste la ocasión de recibir. Me asegurare de que tengas las losetas de datos con la mayor cantidad de grabaciones que consiga terminar antes de que te marches.

—Callista, no puedo...

Luke sintió su mirada sobre él, gris como la lluvia y tan inconmoviblemente tranquila como cuando había mirado a Geith, y fue incapaz de seguir hablando.

—No puedes permitir que esta estructura de combate caiga en las manos de quienquiera que ha aprendido a utilizar la Fuerza para influir sobre las mentes electrónicas —dijo Callista. Era tan real y había tenido que retroceder una distancia tan grande para poder estar con él que Luke habría jurado que pudo sentir el roce de su mano sobre la suya—. Di mi vida para que el *Ojo de Palpatine* no pudiera ser utilizado hace treinta años, y ahora daría la tuya y la de Cray y la de cualquier otra persona que estuviera a bordo si tuviera..., si tuviéramos que hacerlo. ¿Dónde enviaste a los demás?

Luke comprendió que Callista estaba cambiando deliberadamente de tema y que desviaba la mirada de la comprensión de que tendría que destruirla. Un instante después pensó que tal vez fuera sencillamente que sabía —como él— que el tiempo del que disponían era demasiado escaso para malgastarlo con palabras cuando los dos eran conscientes de que ella tenía razón.

Respiró hondo y trató de poner algo de orden en sus pensamientos.

—Al comedor principal —respondió—. Creo que sé cómo podemos neutralizar al Pueblo de las Arenas y llegar hasta las lanzaderas.

—Si está enfadada contigo sólo porque hiciste lo que tenías que hacer —dijo Triv Pothman, y su suave voz de bajo creó un sinfín de extraños ecos en el silencio absoluto de los pasillos oscurecidos—, entonces ni siquiera querrá verme la cara. ¡Y no la culpo!

Los sensores auditivos hiperagudos de Cetrespeó diseccionaron la tensa estridencia de la angustia que impregnaba su voz, y los sensores de su mano izquierda —que el humano estrechaba entre sus dedos, ya que el pasillo estaba sumido en las tinieblas más impenetrables— registraron tanto un frío anormal como una rigidez muscular superior a la habitual, ambas señales de tensión.

Que Pothman estuviera tenso dadas las circunstancias resultaba muy comprensible, por supuesto. Cetrespeó había descubierto hacía ya mucho tiempo que la oscuridad total creaba desorientación y síntomas de miedo incluso cuando el humano involucrado sabía que no corría el más mínimo peligro, lo cual ciertamente no era el caso en aquel espantoso navío. Pero el contexto de las palabras le hizo suponer que la oscuridad, el saber que el aire ya no circulaba por aquellas cubiertas y que los suministros de oxígeno disponibles se agotarían en ocho meses —incluso con la pequeña cantidad de fotosíntesis que estaba siendo producida por los affitecanos—, y que el Pueblo de las Arenas se había esparcido por toda la nave, no eran las fuentes principales de la preocupación del ex soldado de las tropas de asalto, aunque en opinión de Cetrespeó seguramente tendrían que haberlo sido.

—Estoy seguro de que comprende que el proceso de adoctrinamiento le volvió tan incapaz de actuar independientemente como lo era Nichos mientras se hallaba bajo la influencia del perno de sujeción.

Cetrespeó mantuvo sus circuitos vocales sintonizados en los dieciocho decibelios, muy por debajo del umbral auditivo tanto de los gamorreanos como del Pueblo de las Arenas, y ajustó la intensidad para que las ondas sónicas recorrieran exactamente los setenta y cinco centímetros que separaban su altavoz de la oreja de Pothman y ni un solo centímetro más.

—La golpeé. Yo... La insulté... Le dije cosas que... ¡Bueno, antes preferiría cortarme la lengua que decirle ese tipo de cosas a una joven dama!

—Ella también había sido sometida al adoctrinamiento, y estará familiarizada con la personalidad secundaria estándar impuesta por la programación.

—A veces eso no importa, Cetrespeó —dijo la voz suave e impasible de Nichos desde la oscuridad que tenían detrás.

Una pálida claridad fue ribeteando las tinieblas que había delante de ellos, delineando la esquina de un pasillo de cruce y la increíble confusión de objetos y restos esparcidos por el suelo: bandejas, androides PU y MSE destripados, casquillos de granadas, mangos de hacha rotos, comida y café derramados... Los mortts correteaban por entre los desperdicios y su pestilencia dulzona, tan parecida a la de la ropa sucia, incrementaba todavía más la repugnancia general que provocaba el espectáculo. El suave murmullo del equipo de

circulación del aire se volvió audible, suponiendo que se fuera capaz de separarlo del realmente impresionante clamor que procedía del comedor y que estaba formado por chillidos, alaridos y voces ebrias que cantaban «Saqueando una aldea detrás de otra»

Pothman alzó los ojos hacia el techo con una mezcla de dolor e incomodidad avergonzada.

—Bueno, veo que todo el mundo ha conseguido regresar de la batalla —observó Nichos.

—Lo peor es que sospecho que Kinfarg y sus muchachos están haciendo exactamente lo mismo en la Cubierta Diecinueve —dijo Pothman—. Mugshub estaba bastante enfadada con ellos por que no cumplían con sus deberes conyugales de jabalíes y no se peleaban con todos los que se les ponían por delante.

—Realmente, dudo mucho que llegue a comprender alguna vez los procesos del pensamiento de base orgánica —dijo Cetrespeó con puntillosa desaprobación.

—Será mejor que te quedes en el pasillo —murmuró Nichos volviéndose hacia Pothman.

El trineo antigravitatorio cabeceaba lentamente detrás de ellos como un bote atracado en un muelle bajo la débil claridad que surgía de la puerta del comedor, la única zona de la Cubierta 12 que seguía contando con algún suministro de energía. La sobrecarga que había tenido que soportar en el pozo del ascensor acabó averiando un estabilizador, pero remolcarlo seguía resultando más fácil que transportar a cuestas lo que Luke les había dicho que debían llevar hasta los laboratorios de montaje.

—Cetrespeó y yo somos percibidos como androides, lo cual significa que somos algo de lo que no deben preocuparse. —Con la delicada tela de rejilla metálica que había cubierto sus articulaciones y su cuello arrancada y colgando en parches irregulares para dejar al descubierto las conexiones y servomecanismos que había debajo, Nichos tenía más aspecto de androide que nunca—. Creo que ni siquiera se lijarán en nosotros o nos preguntarán qué estamos haciendo. En cambio, tú podrías ser reconocido como un klagg.

Pothman asintió. La armadura blanca de las tropas de asalto y el desintegrador que colgaba junto a su costado habrían hecho que pareciese un robot resplandeciente de no ser por su rostro delgado y moreno surcado de arrugas, sus ojos afables y dulces y su cabellera canosa.

—Me aseguraré de que no nos cortan la retirada —dijo, y sus labios se curvaron en una tímida media sonrisa—. Tened mucho cuidado ahí dentro, chicos.

Cetrespeó se quedó inmóvil antes de haber completado la media vuelta que había iniciado y llevó a cabo un veloz sondeo de intenciones posibles para determinar si la ligera sensación de ofensa que acababa de experimentar era adecuada, pero Nichos, en un raro y repentino destello de humanidad, respondió a las palabras de Pothman con una sonrisa.

La celebración del comedor estaba en pleno apogeo. Las estructuras de combate y los cruceros imperiales estaban equipados con limitadores automáticos de la cantidad total de alcohol que podían llegar a producir en cualquier momento, pero los diseñadores del *Ojo de Palpatine* no habían tomado en consideración las habilidades destiladoras de las hembras gamorreanas. Un cuenco rebosante de potente cerveza potwa detrás de otro estaba siendo sacado del gigantesco barril de plástico que antes había contenido aceite y que se alzaba en el centro de la sala. Las mesas estaban llenas de estofados, bistecs y fragmentos de pan empapado. Un cuenco de cerveza rebotó ruidosamente en la pared al lado de Cetrespeó apenas asomó la cabeza por el hueco de la puerta, y el androide de protocolo se apresuró a retroceder.

El comedor resonó con un nuevo estallido de gritos.

— ¡Le he dado!

— ¡No, no le has dado!

— ¡Bueno, pues la próxima vez sí que le daré!

—Vamos, Cetrespeó —dijo Nichos con resignación—. Nuestros circuitos están sellados. Acabemos con esto lo más pronto posible, ¿de acuerdo?

—Oh, realmente lo que tengo que llegar a aguantar es...

Cetrespeó hizo un visible acopio de valor y volvió a cruzar el umbral. Un diluvio de cuencos de cerveza y bandejas lanzadas como si fueran discos repiqueteó y rebotó en la pared junio a él mientras avanzaba hacia las ranuras de los alimentadores con Nichos detrás de él. Los gamorreanos tenían tan mala puntería con la vajilla como con las carabinas láser o las pistolas desintegradoras. Un cuenco rozó la espalda del androide dorado y le administró una ducha de cerveza, pero eso fue todo. Una violenta discusión sobre si debía considerarse que el lanzamiento había dado en el blanco o no surgió al instante entre los gamorreanos, y no tardó en volverse realmente encarnizada. Los gakfedds empezaron a golpearse entre sí con bandejas, hachas y sillas, chillando y gritando mientras Matonak se recostaba en su asiento y sonreía benevolentemente, contemplando la escena con la más profunda satisfacción imaginable.

Una parte de la programación del androide de protocolo consistía en comprender no sólo el lenguaje, sino también las costumbres y biologías de las distintas razas inteligentes de la galaxia. Cetrespeó comprendía que la intensa competencia sexual para atraer la atención de la hembra alfa era la explicación oculta bajo la escandalosa violencia de la sociedad gamorreana y también comprendía que, biológica y socialmente, los gamorreanos no tenían más elección que comportarse, pensar y sentir tal como lo hacían, pero aun así el androide sintió un momentáneo destello de simpatía hacia los prejuicios irracionales de la doctora Mingla contra los individuos que se comportaban exactamente tal como habían sido programados para comportarse.

Cetrespeó dejó sin efecto los limitadores de las ranuras del sistema de alimentación con unas cuantas órdenes muy sencillas —el lenguaje era absurdamente fácil de dominar—, y solicitó veinte galones de melaza escala-5. Cuando los recipientes de medio galón empezaron a aparecer detrás de los

escudos de plexi, Cetrespeó los fue sacando uno por uno y se los pasó a Nichos, quien los llevó al pasillo donde Pothman aguardaba con el trineo. Un gran número de morrts, que habían sido desprendidos de sus anfitriones durante la pelea y que se sentían evidentemente atraídos por el olor azucarado de la melaza, vinieron corriendo a investigar.

— ¡Fuera de aquí! —exclamó Cetrespeó, moviendo irritadamente las manos de un lado a otro—. Oh, qué criaturas tan repugnantes... ¡Largo!

Los morrts se irguieron sobre sus patas traseras y le contemplaron con sus negros ojillos mientras sacaban y metían rápidamente las lenguas por las lanzas con dientes de sus probóscides, pero aparte de esa reacción no prestaron más atención a sus gestos. Los gamorreanos, que estaban aplastándose alegremente las cabezas los unos a los otros con las mesas, ni siquiera le miraron.

Cuando Cetrespeó hubo sacado el último recipiente al pasillo sumido en la oscuridad, se encontró con que Nichos, Pothman y el trineo se habían pegado a la pared para dejar pasar a una columna armada de affitecanos. Cetrespeó contó 188 alienígenas, «armados» con escobas, fragmentos de androides PU diseccionados, (rozos de cañería y carabinas láser a las que se habían extraído las células de energía, todo ello materialmente echado al hombro como si fuera el armamento más temible que se pudiera concebir.

—Deeeeeerecha... ¡Media vuelta! Paso ligero... ¡Ar!

La voz seca e imperiosa del comandante de los affitecanos hizo vibrar el aire mientras la columna se desvanecía en la negrura impenetrable del pasillo.

—Realmente, que el amo Luke desee sacar a lodos los pasajeros de este navío antes de destruirlo me parece muy loable —dijo el androide de protocolo con desaprobación mientras colocaba el último recipiente de melaza sobre el trineo—, pero debo admitir que siento unas cuantas dudas acerca de si es factible.

Un cuenco de cerveza salió volando por el hueco de las puertas del comedor y se estrelló contra la pared, esparciendo su contenido en todas direcciones.

—Tiene que haber una alternativa a hacer estallar la nave.

—Ninguna que sea totalmente segura y que no presente riesgos de fallar.

—No tiene por qué ser totalmente segura —dijo Luke con creciente desesperación—. Sólo... lo suficiente. Inutilizar los motivadores. Desactivar los cañones.

—La persona que la ha llamado y que ha aprendido, a manipular la Fuerza hasta este punto vendrá en su búsqueda, Luke. Y esa persona es muy poderosa. Puedo sentirlo. Lo sé.

Luke también lo sabía.

—La estructura de combate tiene que ser destruida, Luke, y hay que destruirla lo más pronto posible. Se necesitan dos personas, y una de ellas ha de ser un Jedi... El Jedi utiliza la Fuerza para interferir el funcionamiento del mecanismo de disparo de la parrilla de enclisión colocada sobre el techo de la sala artillera durante el tiempo suficiente para que la otra persona pueda subir. Así es como íbamos a hacerlo Geith y yo. Tanto si eres tú quien sube como si

lo hace Cray, puedo explicaros qué interruptores hay que mover y qué núcleos hay que sobrecargar en cuanto se llega arriba. El que se quede abajo... Hay una cápsula expulsable para misiones de emergencia en el hangar al final del pasillo junto a la sala artillera. No conocía su existencia cuando Geith..., cuando Geith y yo... —Su voz, tembló y pareció tropezar con el nombre del amante que la había abandonado para que muriese, pero Callista logró recuperarse y siguió hablando—. Bien, lo que importa es que luego descubrí que estaba allí. Se le puede instalar una botella de oxígeno, y la persona que se quede abajo podrá llegar hasta ese tubo siempre que corra lo suficientemente deprisa.

Hubo un silencio moldeado por la presencia de Callista junto a él.

— Tiene que hacerse de esa manera, Luke. Tú lo sabes, y yo lo sé. —No inmediatamente. Más tarde, sí, cuando haya tenido tiempo de...

—No hay tiempo.

Luke cerró los ojos. Todo lo que decía Callista era verdad. Lo sabía, y también sabía que Callista era consciente de que él lo sabía.

—Te quiero, Callista —fue lo único que pudo decir por fin.

¿A quién le había dicho esas mismas palabras? A Leia, en una ocasión, antes de saber que... Y seguía queriéndola, y de una forma bastante parecida. Aquello era algo que nunca había sentido, y que nunca había sabido que fuera capaz de llegar a sentir.

—No quiero que..., que mueras.

La boca de Callista sobre la suya, sus brazos alrededor de su cuerpo... El sueño había sido real, más real que algunas experiencias vividas en carne y hueso. Tenía que haber una forma de...

— Luke, morí hace treinta años —dijo Callista con dulzura—. No soy más que... Me alegra que hayamos podido compartir estos momentos. Me alegra haberme quedado aquí para..., para conocerte.

—Tiene que haber una forma —insistió Luke—. Cray...

— ¿Qué puede hacer Cray?

Luke giró sobre sí mismo al oír la nueva voz. Cray estaba apoyada en el quicio de la puerta del despacho, como si no estuviera muy segura de poder sostenerse en pie por sí sola. La manta plateada que medio ocultaba su uniforme sucio y lleno de desgarrones relucía como si fuese una armadura, y las señales del agotamiento, la amargura y la muerte de la esperanza eran tan profundamente visibles en su rostro como si hubieran sido hechas por un cuchillo.

— ¿Convertirla en lo que es Nichos? ¿Canibalizar partes de los ordenadores, juntar la memoria suficiente mediante cableados y conexiones improvisadas para digitalizarla y permitir que tengas junto a ti esa ilusión de metal para recordarte lo que no es tuyo..., y no puede ser tuyo? Puedo hacerlo..., si es lo que quieres.

—Dijiste que Djinn Altis te mostró..., que te enseñó a transferir tu yo, tu consciencia, tu..., tu realidad a... otro objeto. Lo has hecho con esta nave, Callista. Estás realmente aquí, sé que estás aquí...

—Estoy aquí—dijo ella en voz baja y suave—. El núcleo central es lo bastante grande y tiene los suficientes circuitos y energía para ello. Pero una cosa de metal, una cosa programada y digitalizada... No es humana y no puede ser humana, Luke. No de la manera en que yo soy humana ahora.

—No de la manera en que tú y yo somos humanos. —Cray fue hacia ellos, y su cabellera rubia desprendió destellos de fuego bajo la luz grasienta—. No de la manera en que Nichos de humano. Nunca debí haberlo hecho, Luke —siguió diciendo—. Nunca tendría que haber tratado de ir en contra..., en contra de lo que tenía que ocurrir. Mi lema siempre fue «Si no funciona, entonces utiliza un martillo más grande». O un chip más pequeño. Nichos... —Cray meneó la cabeza—. No se acuerda de haber muerto, Luke. No recuerda ninguna clase de transición. Y por mucho que yo ame a... Nichos..., y por mucho que él me ame a mí... Sigo volviendo a eso. No es Nichos. No es humano. Intenta serlo y quiere serlo, pero la carne y los huesos tienen su propia lógica, Luke, y la maquinaria... Bueno, sencillamente no piensa de la misma manera.

Su boca se contorsionó en una mueca fugaz. Sus ojos oscuros estaban tan terriblemente helados como el vacío del espacio.

—Si quieres que te fabrique algo que contenga una versión digitalizada de sus recuerdos, de su consciencia... Pero no será la consciencia que está viva a bordo de esta nave. Y tú lo sabrás, y yo lo sabré. Y esa versión digitalizada también lo sabrá.

—No —dijo Callista, y Luke, aunque a través de una neblina de pena y dolor que apenas le dejaba ver, siguió dándose cuenta de que tanto él como Cray volvieron la mirada hacia el mismo sitio, como si Callista estuviera allí.

Y, en realidad, casi estaba allí.

—Gracias, Cray —siguió diciendo Callista —...... Y no pienses que no me siento tentada. Te amo, Luke, y quiero... No quiero tener que dejarte, incluso si eso significa... ser lo que soy ahora, para siempre. O ser lo que Nichos es ahora, para siempre. Pero no tenemos elección. No disponemos de tiempo. Y cualquier componente, cualquier ordenador que saques de esta nave, Cray, también llevará a la Voluntad en su interior. Y si desconectaras el armamento, si inutilizaras los motivadores, si arrancaras los núcleos, si dejaras al Ojo flotando en la oscuridad del espacio hasta que pudieras encontrar alguna forma de construir otro ordenador o androide que no estuviera conectado a la Voluntad... Creo que la Voluntad te mentiría acerca de su incapacitación. Creo que esperaría hasta que le hubieras dado la espalda, y que entonces buscaría a quienquiera que la ha llamado.

—Tiene que ser destruida, Luke. Tiene que ser destruida ahora, mientras todavía podemos hacerlo.

«No —estaba gritando Luke dentro de su mente—. No...»

Callista había dicho que le amaba.

Y Luke sabía que tenía razón.

—Yo subiré por el pozo, Luke —dijo Cray con voz cansada—. Tu dominio de la Fuerza está a muchos mundos de distancia del mío —añadió, y Luke abrió la boca para empezar a protestar—, pero no creo que pudieras levitar tan lejos, y

yo no podría sostenerte el tiempo suficiente para que consiguieras subir con una pierna inútil. Si los tres vamos a perder la vida, no podemos correr el riesgo de que te quedes sin fuerzas a la mitad del trayecto.

Luke asintió. El escaso descanso de que había podido disfrutar había hecho que se sintiera más fuerte, pero impedir que el dolor de su pierna se adueñara por completo de su mente ya consumía toda la Fuerza que podía invocar. Luke pensó que probablemente sería capaz de interferir el funcionamiento de la parrilla, pero a pesar de lo que le había enseñado Yoda, la levitación requería enormes cantidades de energía.

—Podemos programar el transporte para que despegue con el Pueblo de las Arenas dentro —continuó diciendo Cray—, siempre que sigas insistiendo en sacarles de la nave.

—Si es posible, sí —dijo Luke—. Creo que será posible, en cuanto Cetrespeó y..., y Nichos —Luke titubeó al pronunciar el nombre de su amante delante de ella, pero la única reacción de Cray fue apartar los ojos de su rostro — vuelvan con la melaza. Después podrá ser localizado y remolcado hasta Tatooine.

—Triv y Nichos pueden pilotar una lanzadera cada uno. En cuanto hayan salido del campo de interferencias de la nave, podrán enviar señales de emergencia, aunque alguien tendrá que facilitarles el trabajo desprogramando a los gamorreanos..., por no mencionar el convencer a los affitecanos de que no son soldados de las tropas de asalto. Y también se están multiplicando, ya sabes.

—Lo sé —dijo Luke, y suspiró.

— ¿Cómo vas a arreglártelas para meter a los kitonaks en las lanzaderas?

—Creo que también he encontrado una forma de conseguirlo —dijo Luke.

Estaba pensando que al igual que no podía subir su bastón por el conducto junto con su cuerpo, y de la misma manera que no podría moverse con la suficiente rapidez entre las distintas estaciones del núcleo del ordenador, probablemente tampoco sería capaz de recorrer el largo pasillo hasta la cápsula de emergencia antes de que estallaran los motores.

Pero también comprendía que eso era un mero tecnicismo.

—Callista...

No sabía qué le habría dicho. Habría intentado convencerla, una vez más, de que permitiese que Cray intentara crear alguna clase de recipiente computerizado para su mente y sus recuerdos, sus pensamientos y su corazón. Habría intentado convencerla de que debía escapar.

Pero el banco en el que estaba sentado se bamboleó de repente con una sacudida tan violenta que casi le arrojó al suelo, y las irías náuseas del flujo gravitatorio tiraron de su vientre y lo llenaron de vértigo.

Otra sacudida, y Luke agarró un cuenco-lámpara mientras Cray pillaba el otro al vuelo a medio camino del suelo. Todos sintieron la vibración zumbante que surgía de muy lejos y se iba difundiendo a través de los huesos de la nave, y percibieron el repentino tirón que indicaba un cambio en el flujo de la energía.

—Ya está —murmuró Callista—. El hiperespacio.

CAPÍTULO 21

Han ya tenía un mal presentimiento incluso antes de que él y Chewie subieran el tramo de peldaños que llevaba hasta la casa sin luces.

—Lo lamento muchísimo, general Solo. —El bith que estaba al frente del Departamento de Registros del Centro Municipal, así como de los archivos de ventas, facturas y pensiones de los trabajadores de las tres grandes corporaciones propietarias del ordenador central de Plawal, inclinó su cabeza color masilla en forma de cúpula entre el leve temblor del campo holográfico y clavó sus enormes ojos, negros y tan brillantemente lustrosos como el aceite, en el punto donde la imagen holofónica de Han aparecía delante de él—. Su Excelencia no parece estar en el edificio.

Han volvió la mirada hacia los angostos rectángulos de los ventanales y la niebla negra, atravesada únicamente por los borrosos manchones de las luces de los huertos. Chewbacca, que estaba inmóvil junto al cristal, volvió la cabeza y emitió un sonido a medio camino entre el gemido y el gruñido.

— ¿Puede decirme cuándo se fue?

Han pensó que incluso cabía la posibilidad que Leia hubiera hecho un alto en el Barro Burbujeante —que servía pasteles de carne bastante decentes— para cenar, aunque siempre prefería estar acompañada a la hora de la cena.

—Le pido disculpas —dijo cortésmente el bith—. Su Excelencia no parece haber estado en el edificio en todo el día.

— ¿Cómo?

—No existe ningún registro de entrada de su tarjeta de acceso en ninguno de los bancos de archivo, y tampoco ha...

— ¡Quiero hablar con Jevax!

El bith inclinó la cabeza.

—Haré todo lo posible, señor. ¿Permanecerá en su domicilio actual?

—Sí, y usted encuentre a Jevax y haga que... —empezó a decir Han—. En... Y gracias—añadió, acordándose de las repetidas admoniciones de Leia—. Le agradezco mucho su ayuda. Lo sabía, Chewie —murmuró mientras la imagen se desvanecía—. ¡Sabía que Leia no tendría que haber salido con Erredós! El wookie emitió un sonido interrogativo e hizo saltar en la palma de su manaza el perno de sujeción que habían encontrado encima de la mesa.

—Por supuesto que se lo quitó —dijo Han—. Leia sería incapaz de pensar mal de esa latita de tornillos aun suponiendo que... ¡Bueno, intentó asesinarla, maldita sea!

Han se levantó, dio un par de vueltas por la habitación moviéndose tan nerviosamente como si fuese un vethiraptor endorano enjaulado y fue hasta la mesa sobre la que habían encontrado el perno junto a la caja de herramientas abierta de Chewie.

El wookie volvió a gruñir.

— ¡Ya sé que Leia siempre es fiel a sus amigos! Pero...

El holófono zumbó de nuevo, y Han cogió el receptor como si fuera el interruptor de cancelación de un ciclo de autodestrucción planetaria. Pero en vez de la lucecita verde que indicaba una llamada local, vio encenderse la estrella azul del receptor subespacial. Un instante después la esbelta silueta envuelta en cuero de Mará Jade apareció en la zona de recepción.

—Tengo esas coordenadas que me pediste. —Mará Jade le mostró una loseta de datos de plasteno amarillo—. ¿Cuál es tu velocidad de recepción?

— ¿Por qué no nos dijiste que andabas detrás de Nubblyk el Slita? —preguntó secamente Han.

—Porque no miento a mis amigos —replicó Mará en un tono tan seco como el que había empleado Han—. Y si eso es todo lo que tienes que decirme...

—Lo siento. —Han desvió la mirada, irritado consigo mismo—. Pero he oído decir que...

— ¿Qué ocurre, Solo?

Mará volvió a mirarle a la cara, y todo el sarcasmo se esfumó de sus facciones tan deprisa como si fuese el maquillaje del día anterior y acabara de quitárselo con una esponjilla.

—Leia ha desaparecido. Fue al Centro Municipal esta tarde y acabo de enterarme de que nunca llegó allí. Está con Erredós... Anoche se volvió loco y trató de matarnos, y le pusimos un perno de sujeción, pero al parecer Leia se lo quitó y se lo llevó con ella...

Mará soltó un comentario extremadamente impropio de una dama y Lando Calrissian apareció detrás de su hombro, aseado, peinado y vestido con su mejor traje de satén púrpura para salir a disfrutar de una velada de diversión.

— ¿Qué sucede?

Han se lo contó.

—Estamos esperando a que Jevax se ponga en contacto con nosotros —añadió en cuanto hubo terminado—. Leia habló de hacer una visita al centro de reparaciones de la ciudad, así que tal vez se llevó a Erredós con ella para que le echaran un vistazo, pero ya hace un rato que ha oscurecido y últimamente han estado ocurriendo demasiadas cosas raras.

— ¿Por qué me preguntaste por Nubblyk? ¿Quién te dijo que andaba detrás de él? —preguntó Mará—. Sólo pasé doce horas en esa bola de hielo, y creo que no podría reconocer a Nubblyk en una hilera de sospechosos ni suponiendo que me hubiera limpiado los bolsillos.

—Le dijo a uno de sus amigos que la Mano del Emperador andaba detrás de él —explicó Han—. La Mano del Emperador estaba en el planeta, y Nubblyk tenía que largarse a toda prisa antes de que le encontrara. Nubblyk desapareció hace unos siete años..., después de que tú estuvieras aquí y te marcharas. Pensé que habías vuelto y...

El cambio que se produjo en la expresión de los ojos de Mará bastó para que Han se callara.

Mará permaneció en silencio durante unos instantes, pero su rabia resultaba tan tangible como la onda de choque de una explosión termonuclear incluso a través de la intermediación del holograma subespacial.

Cuando por fin habló, su tono era engañosamente normal y muy tranquilo.

—Ese reptil —dijo. Sus ojos se clavaron en la nada, y se llenaron de un odio asesino tan salvaje como repentino—. Ese condenado hijo de una oruga del barro...

— ¿Que? —Lando dio un rápido paso hacia atrás y casi salió del campo de recepción del holograma—. ¿Qué te...?

—Me dijo que era la única —murmuró Mará, todavía con el tono tranquilo y suave de quien está manteniendo una conversación de sociedad—. Me dijo que yo era la única Mano del Emperador. Yo era el arma que escogía cuando necesitaba un escalpelo en vez de una espada, eso es lo que me dijo... Su sirviente de confianza. —Sus sensuales labios rojos se habían tensado hasta formar una línea de piedra, revelando la rabia impotente de alguien cuya posición no sólo había sido su orgullo, sino toda su vida—. Ese maldito parásito embustero, baboso, senil, repugnante, rastrero; ese sucio y asqueroso chupador de basuras... ¡Tenía otra Mano! —La voz de Mará Jade se fue debilitando hasta convertirse en un susurro letal—. ¡Siempre tuvo otra Mano!

No se había movido de su asiento, pero la furia que irradiaba de su cuerpo era tan perceptible como la repentina caída de la presión atmosférica antes de una tormenta. Estaba dirigida contra un muerto, pero Han se alegró de encontrarse en otro sistema estelar a varios centenares de parsecs de distancia de ella.

— ¡Me mintió! ¡Me utilizó! ¡Su «sirviente de confianza»! ¡Todo lo que me dijo era mentira! ¡Todo!

—Mará... —dijo Lando, visiblemente preocupado—. Está muerto, Mará.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Se volvió hacia Lando y le lanzó una mirada tan gélida que le hizo retroceder. Ninguno de los dos hombres la había visto nunca tan enfurecida, y la mera intensidad de su ira ya resultaba aterradora.

—Significa que la guardaba en reserva para utilizarla contra mí. O que pensaba utilizarme contra ella. ¡O contra quien sabe quién más, para evitar que nunca llegáramos a ser algo más que los peones de sus mentiras!

Casi estaba temblando de rabia, aquella misma rabia que en el pasado la había impulsado a dirigir y concentrar todas sus energías en el objetivo de matar a Luke Skywalker por haberle arrebatado la posición que había sido toda su vida.

— ¿Y Leia? ¿Sigue estando en el planeta?

—No lo sé. Yo...

Por alguna razón inexplicable, Han se acordó de que Leia le había hablado de la concubina del Emperador. Sí, le había hablado de un miembro de la Corte del Emperador, una mujer que había afirmado estar trabajando en un sitio donde no trabajaba; una mujer que había aparecido de repente pocas semanas

después de la desaparición de Nubblyk, y que sabía con toda exactitud qué casa quería alquilar.

—Sí—dijo—. Creo que sí. Una mujer llamada Roganda...

Los ojos de Mará se desorbitaron en cuanto reconoció el nombre, y un instante después se entrecerraron hasta convertirse en dos relucientes rendijas verdes.

—Oh —murmuró—. Ella.

La imagen holográfica extendió una mano hacia el lugar en el que estarían los interruptores del transceptor, fuera del radio de alcance de los transmisores, y se desvaneció.

—No podemos correr ese riesgo. — Roganda Ismaren abrió el maletín de plasteno que había traído consigo, sacó de él la delgada varita plateada de un infusor de drogas y encajo una ampolla en la ranura—. Sujetadla.

Ohran Keldor fue cautelosamente hacia Leia, que se había levantado en cuanto oyó abrirse los cerrojos. Leia retrocedió hacia la pared, pero Lord Garonnin estaba inmóvil en el umbral empuñando una pistola aturdidora. Keldor titubeó. Leia no era muy alta, pero también era nervuda, fuerte y flexible, tenía treinta años menos que él y estaba visiblemente decidida a pelear.

—Si lo que os preocupa es el riesgo, mi señora —intervino Garonnin—, entonces yo diría que utilizar esa droga con ella supone un riesgo excesivamente superior a los que me gustaría correr. No sabéis qué es...

—Sé que funciona —replicó la concubina—. Sé que la mantendrá callada mientras nuestros invitados estén aquí.

—Sabemos que funciona en algunas ocasiones. Sobre algunas personas. En ciertas dosis. Lleva un mínimo de treinta años en esos laboratorios abandonados de las criptas, y puede que incluso el doble de ese tiempo. No sabemos si se ha deteriorado con el transcurso de los años, si ha sufrido algún proceso de contaminación... El contrabandista con el que la utilizamos hace cuatro o cinco años murió.

—Tenía el corazón débil —replicó Roganda con una premura un poco excesiva—. Oh, Lord Garonnin —siguió diciendo, y su voz suave y dulce adquirió un tono suplicante—, ya sabéis cuántas cosas dependen de los que estarán aquí esta noche. Sabéis cuan desesperadamente necesitamos su apoyo si queremos que vuestra causa..., ¡que nuestra causa triunfe! Conocéis la reputación de Su Alteza. No podemos correr el riesgo de que exista ni una sola posibilidad de que logre escapar e interferir con la recepción de nuestros invitados.

Los ojos fríos e impasibles del noble de Senex se posaron sobre Leia durante unos momentos. El cañón de su pistola aturdidora permaneció tan firme e inmóvil como una roca, y Garonnin acabó asintiendo.

Reidor dio un paso hacia adelante.

Estaba esperando que Leia se agachara, por lo que saltó sobre él, curvó el pie alrededor de su tobillo y bloqueó su avance con el hombro —y con todas

sus fuerzas—, haciendo que se doblara sobre sí mismo y cayera al suelo. Leia echó a correr hacia la puerta. Había pensado que el movimiento pillaría desprevenido a Garonnin aunque sólo fuese un poco, y que ese poco bastaría para que su primer disparo no diese en el blanco y le proporcionara una oportunidad de pasar junto a él. El haz aturdidor cayó sobre ella con un impacto tan terrible como el de un golpe en el plexo solar, dejándola sin aliento en el mismo instante en que todo su cuerpo sentía como si lo hubieran vuelto del revés.

El efecto era horrible incluso cuando el arma estaba ajustada a la intensidad más reducida y, de hecho, tal vez fuese peor que el de una ráfaga más potente, pues Leia ni siquiera perdió el conocimiento. Se limitó a derrumbarse sobre el suelo, con las piernas temblando por el efecto irresistible de una oleada de agujetas y pinchazos, y Keldor y Roganda se arrodillaron junto a ella.

—Estúpida —observó Keldor mientras el infusor era colocado sobre un lado del cuello de Leia.

Un chorro de frialdad. Leia sintió cómo sus pulmones dejaban de funcionar.

Pensó que estaba sumergida en un océano de cristal verde que tenía mil kilómetros de profundidad. El cristal es un líquido, por lo que llenaba sus pulmones, sus venas y sus órganos y permeaba todos los tejidos de sus células. Se estaba hundiendo muy despacio, pero el cristal estaba atravesado por rayos de luz que venían de arriba, y Leia pudo oír las voces de Garonnin, Roganda y Keldor mientras salían de la habitación.

—...antídoto tan pronto como la recepción haya terminado —estaba diciendo Roganda—. No disponemos del personal necesario para mantenerla vigilada en todo momento, pero los efectos de la droga no son tan impredecibles como teméis. Todo saldrá a la perfección.

«Vuestra causa. Nuestra causa.»

Keldor. Elegin.

Irek.

Tenía que salir de allí.

«La Fuerza», pensó. De alguna manera inexplicable, y a pesar de que su cuerpo estaba suspendido en aquel silencio espeso y lleno de luz donde no había ninguna respiración, Leia todavía podía sentir la Fuerza rodeándola por todas partes. Podía percibirla al alcance de las yemas de sus dedos, y podía oírla como una música, una melodía que ella misma podía aprender muy fácilmente.

Si lograba establecer contacto con la Fuerza —si atraía la luz de la Fuerza hasta ella y hacía que entrara en su ser—, podría ver la habitación en la que yacía sobre la cama de Nasdra Magrody, con una mano apoyada sobre el estómago y su oscura cabellera envolviendo su cabeza como una aureola despeinada sobre la almohada descolorida.

«Cray tiene razón —pensó—. Tengo que ser mucho más constante con las aplicaciones de la Crema Antiarrugas de Hayas Melíferas alrededor de los ojos.

»Me pregunto si podría levantarme...»

Hizo una inspiración de aire experimental, tirando de la Fuerza para que entrara en ella como una especie de extraña luz cosquilleante, y se levantó.

Su cuerpo siguió inmóvil sobre la cama.

El pánico se adueñó de ella, aturdiéndola y desorientándola. Leia hizo volver a su mente algunas de las disciplinas que Luke le había enseñado, y se fue tranquilizando poco a poco hasta recuperar la calma y el dominio de sí misma.

Y echó un vistazo a la habitación que la rodeaba.

Todo parecía muy distinto visto sin ojos físicos. Había otros tiempos y otras eras presentes, como si estuviera contemplando un panel de cristal de proyección detrás de otro. Un anciano con el cabello canoso estaba sentado a la mesa, escribiendo sobre el reverso de unas anotaciones de plastipapel verde, y de repente dejó de escribir para apoyar la cabeza en los brazos y se echó a llorar. Una Jedi rubia y esbelta yacía sobre la cama —que por aquel entonces había estado al otro lado de la habitación—, leyendo historias a su esposo, que estaba acostado junto a ella con su morena cabeza encima de su muslo. Leia contempló la puerta, y supo que podía caminar a través de ella.

«¡Me perderé!»

El pánico helado y la sensación de estar desnuda y totalmente desprotegida volvieron a adueñarse de ella.

«No», pensó. Fue hasta la cama y tocó el cuerpo que yacía sobre ella.

Era su cuerpo. El olor de su carne y el sonido del latir de su corazón eran inconfundibles. Si se concentraba, podría encontrar el camino de vuelta a él de la misma manera que había seguido los rastros mucho más débiles y menos familiares de Keldor y Elegin a través de los túneles.

Leia cruzó el umbral con el corazón lleno de terror.

Inmediatamente fue consciente de unas voces. Aquella sección de los pasadizos había sido el alojamiento de los Jedi después de haber formado parte de las interminables cavernas-invernadero de Plett. La adormilada consciencia de las plantas y la cansada y agridulce benevolencia del anciano Maestro Ho'Din había impregnado la roca de las paredes. Leia fue siguiendo las voces hasta llegar a una larga cámara iluminada no sólo por un techo lleno de radiantes paneles luminosos, sino también por media docena de ventanales de distintos tamaños a los que gruesos cristales protegían de las tormentas del pasado y que, como los de su habitación, quedaban ocultos entre las rocas y telones de lianas del muro del valle.

Leia pudo reconocer a más de dos terceras partes de los presentes.

Algunos de ellos habían envejecido durante los once años transcurridos desde que los había visto en la Corte del Emperador. A otros, como los representantes de la Corporación Meekum y el presidente de la junta de directores de la Seinar, los había conocido en fechas más recientes. La dama Theala Vandron, reconocida como superior entre la nobleza de Senex por estar al frente de la más vieja y noble de las Antiguas Casas, había acudido al Senado hacía muy poco para responder a unas acusaciones de inhumanidad y expolio planetario presentadas contra ella por el Gran Tribunal, y había parecido sorprenderse de que alguien considerase asunto suyo el que

permitiera que los traficantes de esclavos tuvieran granjas de crianza en Karfeddion, su mundo natal.

—Sólo son ossans y bilanakas, Alteza —había dicho, dando los nombres de aquellas dos razas, inteligentes pero de bajo nivel cultural, como si eso colocara el asunto más allá de la necesidad de cualquier otra explicación.

Theala Vandron, una cuarentona entrada en carnes y de aspecto majestuoso con una chispa de tozudez distraídamente superior brillando en sus ojos azules, estaba exponiendo de una manera más amplia sus opiniones sobre aquel asunto a un pequeño grupo de invitados que incluía a Irek, Roganda y Garonnin.

—Discutir esos temas con los miembros del Senado que se niegan a comprender las condiciones económicas locales es pura y simplemente una pérdida de tiempo.

Una pequeña unidad R-10 fue rodando hasta el grupo con una bandeja de copas.

—Su Alteza tiene que probar el vino —dijo Roganda—. Es un Celanón semiseco, una cosecha realmente exquisita.

—Ah. —Vandron paladeó una cantidad casi infinitesimal—. Excelente.

Leia creyó oír en su mente la voz de su tía Rouge. «Sólo los patanes de los espaciopuertos beben semisecos, querida. Tienes que esforzarte por cultivar unos gustos más refinados...» El leve descenso de sus párpados pintados y la casi imperceptible profundización de las arruguitas que enmarcaban la boca de la dama habían bastado para transmitir de manera comprimida pero clarísima hasta la última de esas palabras.

— ¿Un algarino, tal vez? —preguntó Garonnin.

Leia se acordó de que los vinos de Algarín habían sido los favoritos del padre de la dama Vandron.

—Por supuesto. —Roganda se volvió hacia el R-10 —. Trae un algarino de las bodegas: enfríalo hasta cincuenta grados, y calienta la copa hasta cuarenta.

El androide bodeguero se alejó velozmente.

—No es como si estuviéramos secuestrando personas y sacándolas de sus hogares —siguió diciendo la dama Vandron con visible indignación—. Esas criaturas son criadas específicamente para el trabajo agrícola. Si no fuera por nuestras granjas, ni siquiera nacerían. Y Karfeddion está pasando por una severa depresión económica.

—Algo que no les importa lo más mínimo en Coruscant.

Lord Garonnin dejó su copa encima de la cómoda de mármol y bronce, una pieza del mejor período alraviano y uno de los escasos muebles que había en la larga sala de suelo de piedra.

—Muy cierto, Alteza —dijo Roganda con su voz suave y dulce—, y ésa es la razón por la que debemos tratar con los señores de la guerra y con el Senado desde una posición de fuerza, en vez de con la sumisión del tipo sombrero-en-la-mano que todos parecen esperar. Seremos... un poder al que habrá que tomar en consideración.

Puso la mano sobre el hombro tic su hijo y sus rojos labios se curvaron en una sonrisa llena de orgullo. Irek reaccionó bajando modestamente la vista.

Un poco más cerca del buffet, que ofrecía una gama de rarezas y exquisiteces gastronómicas que resultaba obvio habían sido confeccionadas por algún androide, un ejecutivo sullustano con bioayudas se inclinó hacia Drost Elegin.

—No se parece mucho al Emperador, ¿verdad? — preguntó con el más suave de los murmullos imaginables.

El sullustano volvió la mirada hacia el otro extremo de la habitación para contemplar a Irek y su madre. Los dos iban vestidos de manera sobria y conservadora, ella de blanco y él de negro. Irek se había separado del grupo para hablar con un noble de Juvex al que Leia reconoció vagamente como líder de la rama más militante de la Casa Sreethyn. Estaba claro que el muchacho tenía un gran encanto personal.

Elegin se encogió de hombros.

— ¿Qué importa? Si puede hacer lo que ella dice que es capaz de hacer... —murmuró, e inclinó la cabeza en dirección a Roganda.

Roganda seguía haciendo cuanto podía para congraciarse con la dama Vandron y conseguir que se mostrara un poco más afable. Leia habría podido decirle que tendría tanto éxito como si intentara meterse un hutt adulto en el bolsillo. Las damas de las grandes Casas nunca se mostraban afables con mujeres que habían sido concubinas, fuera quien fuese la otra parte de la relación de concubinato y fuera lo que fuese lo que pudieran hacer sus hijos.

—Bueno —dijo el sullustano con voz dubitativa, e hizo un ajuste en el dial de potencia de las gafas protésicas que llevaba—. Si las grandes Casas le respaldan...

Elegin hizo un movimiento muy peculiar con las cejas, descartando —o casi descartando-......al muchacho de cabellos oscuros.

—Por lo menos tiene buenos modales —dijo—. No te preocupes, Naithol. Cuando llegue la nave, tendremos el núcleo de una verdadera flota que será más poderosa que cualquier contingente que esos imbéciles puedan reunir en la actualidad. Y, de hecho —añadió con una sonrisa maliciosa—, en cuanto los señores de la guerra hayan podido disfrutar de una pequeña demostración de lo que Irek es capaz de hacer, creo que se apresurarán a aliarse con nosotros y que escucharán con gran atención cuanto tengamos que decirles.

«¿Nave?», pensó Leia, y empezó a sentirse todavía más preocupada.

El sullustano empezó a volverse nuevamente hacia el buffet, y se quedó inmóvil con los receptores de intensificación visual que llevaba —probablemente para compensar los defectos corneales que muchos sullustanos desarrollaban después de los treinta años— vueltos en la dirección de Leia.

Leia no podía estar muy segura de lo que veía el sullustano —de cómo el residuo psíquico de la droga hacía que apareciera en el sistema de visualización, suponiendo que apareciese—, pero un instante después el ejecutivo completó el giro hacia la comida con un leve encogimiento de hombros. Aun así, aquello bastó para que Leia decidiera alejarse de allí y se

dedicara a vagar como un fantasma por entre los otros y más tenues fantasmas que parpadeaban en aquella sala, ecos borrosos y casi imperceptibles de niños que, sin prestar ninguna atención a su presencia, jugaban en el suelo entre los altivos y elegantes aristócratas y los burócratas, secretarios y sabuesos de las grandes corporaciones que mantenían una cauta vigilancia.

Leia se dio cuenta de que Irek estaba «trabajando» la sala con toda la destreza de un candidato al Senado, inclinándose cortésmente ante los nobles de las grandes Casas y concediendo unos momentos de imperceptible condescendencia aristocrática a los ejecutivos de las corporaciones y los secretarios de los nobles. Tal como había observado Drost Elegin, el muchacho tenía unos modales magníficos. El duelo de honor ritual era uno de los logros más valorados por los nobles entre su propia clase, por lo que Irek también podía discutir con los aristócratas más jóvenes.

—Todos hemos oído hablar de esta nave —dijo Lord Vensell Picutorion, que había sido uno de los nobles presentados durante el debut como senadora de Leia—. ¿De qué se trata exactamente? ¿De dónde ha salido? ¿Están seguros de que es lo bastante grande para proporcionarnos el poder y el armamento que necesitamos si queremos crear nuestra propia Flota Aliada?

Irek inclinó respetuosamente la cabeza, y los otros nobles de Senex se agruparon a su alrededor.

—Es, para decirlo de la forma más sencilla posible, la luna de batalla más grande y más potentemente armada del momento de máximo poderío de la Flota Imperial que existe en la actualidad —explicó con su límpida y potente voz de muchacho—. Fue el prototipo de transición entre las plataformas de torpedos y la Estrella de la Muerte original. No cuenta con el poder concentrado de los haces destructores —añadió, y Leia detectó una nota de disculpa en su voz—, pero su capacidad energética se aproxima a la de la Estrella de la Muerte...

—Creo que todos estamos de acuerdo en que la tecnología destructora de planetas supone, por decirlo suavemente, un serio desperdicio de recursos —intervino Lord Garonnin.

—Pero ha de admitir que es un magnífico medio de disuasión —replicó Irek, y una chispa de feroz alegría ardió en las profundidades de sus ojos azules durante un momento.

—Pues en realidad no lo es —dijo Su Señoría en un tono bastante seco—, como demuestra la sucesión de acontecimientos que acabó provocando la disgregación del Imperio. — Irek abrió la boca para protestar, pero Garonnin siguió hablando antes de que pudiera hacerlo—-. La luna de combate *Ojo de Palpatine* fue construida originalmente para una misión hace treinta años —continuó diciendo—. Fue construida y armada en el más absoluto secreto, con lo que cuando la misión fue abortada sin haberse iniciado casi nadie conocía la existencia de la luna de combate, y todos los registros donde figuraba su escondite, un campo de asteroides de la Nebulosa Flor de Luna, se perdieron.

—Qué descuidados—comentó una dama más joven, cuyos músculos bronceados hablaban de toda una vida pasada en los campos de caza.

Varios invitados rieron.

Garonnin pareció irritarse, pero Roganda no perdió la calma.

—Cualquiera que haya tenido que vérselas con una biblioteca realmente ancestral sabrá que un pequeño defecto en el ordenador puede dar como resultado la desaparición de, por ejemplo, todo un juego de losetas de datos o de un libro de dimensiones considerables..., y la relación de tamaños existente entre un libro y, digamos, cuatro o cinco habitaciones es mucho más pequeña que la existente incluso entre la más pequeña de las lunas de combate y veinte parsecs del Borde.

«Algo que ella sabe muy bien —pensó Leia, recordando las frases llenas de desesperación escritas por Nasdra Magrody—. ¡Una luna de combate!»

— ¿Y se dirige hacia aquí? —preguntó Lord Picutorion.

Irek sonrió con visible satisfacción.

—Viene hacia aquí —dijo—, y está a nuestro servicio.

Roganda puso la mano sobre su hombro y volvió a sonreír con aquella sonrisa llena de orgullo.

—Nuestros invitados están sedientos, hijo mío —dijo con su dulzura habitual —. ¿Te importaría ir a ver qué ha sido de ese R-10?

«Un excelente toque personal», pensó Leia mientras observaba la aprobación que apareció en los rostros de la dama Vendron y de Lord Picutorion.

—Por supuesto que no, madre —respondió Irek, logrando reprimir una sonrisa maliciosa mientras hablaba.

En la parte de atrás del grupo hubo un suave murmullo de comentarios sobre lo bien educado y dócil que era Irek mientras el esbelto muchacho salía de la estancia. Leia le siguió, no muy segura del porqué lo hacía pero sin gustarle nada la expresión que había visto en sus ojos.

Avanzando por el pasillo se aproximaba la unidad R-10, pequeña y cuadrada, de aproximadamente un metro de altura y con una barandilla de latón decorativa alrededor de su parte superior plana. El tablero en que terminaba la unidad era de mármol negro cargado electrónicamente para que sujetase copas, bebidas y cualquier otra cosa que se le pusiera encima. Leia había observado, casi sin darse cuenta de ello de una manera consciente, la ligera rotación con que todos los invitados cogían su copa de encima del tablero, y ella misma apenas se daba cuenta del gesto cuando lo hacía en su casa. Ese movimiento se había convertido en algo totalmente natural para cualquier persona que tuviese un R-10 moderno.

El androide transportaba sobre su superficie la botella solicitada —un algarín seco de doce años, adecuadamente polvoriento—, y una copa cubierta por una delgada capa de escarcha, solitario homenaje a la importancia de la dama Vandron, tal como pretendía Roganda.

Irek se cruzó de brazos y se plantó en el centro del pasillo con la misma sonrisa malévola en los labios.

—Alto —dijo.

El R-10 se detuvo con un zumbido.

—Coge la copa.

El androide hizo surgir de su cuerpo uno de sus largos brazos multi-articulados terminados en parches de terciopelo levemente adhesivos y cogió obedientemente la copa enfriada.

—Tírala al suelo.

El androide se quedó inmóvil a mitad del movimiento. Romper copas — romper cualquier clase de vajilla o utensilio — formaba parte del código «caja negra» programado mecánicamente en todos los androides de uso doméstico.

La sonrisa de Irek se hizo un poco más amplia. El muchacho clavó la mirada en el R-10. Leia sintió el estremecimiento de la Fuerza en el aire, desplegándose y abriéndose paso a través de la programación del androide, obligándolo a remodelar sus acciones sinapsis por sinapsis a pesar de las múltiples capas de restricciones que se oponían a esa alteración.

El androide reaccionó con abundantes muestras de nerviosismo. Retrocedió, se balanceó, trazó un círculo...

—Vamos —murmuró Irek--. Tírala al suelo.

Mientras tanto, tal como le había dado instrucciones de que hiciera Roganda —y como sin duda le había enseñado a hacer Magrody—, su mente daba forma a las órdenes subelectrónicas necesarias para que la acción se llevara a cabo.

El androide lanzó la copa al suelo con un tembloroso movimiento de su brazo. Inmediatamente después hizo emerger de su base un brazo terminado en un cepillo y un tubo aspirador para recoger los trocitos de cristal.

—Todavía no.

Los utensilios de limpieza se quedaron inmóviles.

—Ahora coge la botella y derrama el vino en el suelo.

El androide se tambaleó en una agonía de aturdimiento e infelicidad mientras luchaba con la orden más categórica y absoluta de su programación, que era la de no derramar nunca jamás ninguna clase de líquido. Irek estaba disfrutando visiblemente de su confusión. Sus ojos azules no se apartaron ni un instante de la unidad R-10, y siguieron tensando su concentración sobre la Fuerza, canalizándola a través del chip implantado en su mente.

Después su cabeza giró de repente, y Leia sintió cómo su concentración se apartaba del androide igual que si el muchacho se hubiera limitado a dejar caer un juguete con el que se había estado entreteniendo. El androide volvió a colocar la botella de vino encima de su tablero y huyó hacia la recepción tan deprisa como podían llevarle sus ruedas, pero Irek ni siquiera se dio cuenta.

El muchacho estaba volviendo lentamente la cabeza de un lado a otro, examinando todo el pasillo. Escuchando. Olisqueando.

—Estás aquí—dijo en voz baja y suave—. Estás aquí, en algún sitio... Puedo sentir tu presencia.

Leia sintió cómo llamaba el poder de la Fuerza para envolverse en él como con una sombra terrible. Vio a Irek, con ojos cambiados, como un espectro de neblina y ascuas al rojo vivo.

—Te encontraré...

Leia giró sobre sí misma y huyó. Fue consciente de que Irek se movía detrás de ella, dando dos rápidas zancadas que le llevaron hasta uno de los pequeños botones murales de color rojo incrustados a intervalos en la oscura piedra de los pasillos. Oyó cómo lo golpeaba con la palma de la mano y el sonido de unas botas que se acercaban, y después oyó la voz de Garonnin.

— ¿Qué ocurre, mi señor?

—Ve a buscar a mi madre y traéla aquí. Ah, y coge la bola de acero más pequeña de la sala de juguetes y llévala a la prisión de la princesa.

Leia corrió frenéticamente por los pasillos, girando y serpenteando por el laberinto. Sentía cómo la mente de Irek los invadía, buscándola y desplegándose como unas gigantescas alas de humo para llenar los pasadizos precariamente iluminados con sombras que sabía no podían ser reales, pero que la aterrorizaban de todas maneras. Percibir en qué dirección se encontraba su cuerpo y escuchar el distante palpitar del corazón que estaba siguiendo le resultaba cada vez más difícil.

Leia se detuvo, horrorizada, cuando la negra bola flotante del androide interrogador dobló la esquina con sus luces parpadeando y destellando. No era real —no, no era real—, pero el saberlo no impidió que Leia huyera de él. La gigantesca y pestilente silueta de un hutt surgió en otro pasillo y extendió su temblorosa lengua prensil hacia ella mientras sus ojos color cobre se contraían y se dilataban con un horrible anhelo.

Leia huyó en otra dirección, sollozando y tratando de encontrar algún pasadizo que le permitiera escapar del hutt, y oyó la voz de Irek susurrando dentro de su mente y su aguda carcajada de adolescente.

«Te atraparé. Te encontraré y te atraparé. Nunca podrás salir de aquí...»

«La droga», pensó Leia. La droga que le habían administrado debía de haber dejado un residuo psíquico que Irek podía detectar.

No podía permitir que la capturase. No podía permitir que la alcanzara. Bloques y losas de oscuridad se alzaron ante ella, y muros de pestilencia vencieron su capacidad de saber hacia dónde debía ir. Olía a kretchs, a rosas, a basura. Gigantescas olas aullantes de poder tiraron de ella y la hicieron tambalearse, obligándola a retroceder y empujándola de un lado a otro, En lo más profundo de su consciencia Leia podía ver a Irek corriendo ágilmente, sallando y haciendo piruetas por los pasillos, sin poder reprimir el puro deleite que le producía el tratar de encontrarla, de seguirle la pista e impedir que llegara a la habitación en la que estaba acostado su cuerpo.

«Luke —pensó con desesperación—. Luke, ayúdame...»

Y la voz estridente de Irek la imito como el eco burlón de una atracción de feria.

«Oh, Luke, ayúdame...»

Allí. Aquel pasillo de allí. Leia lo reconoció, corrió hacia la esquina, la dobló y...

Y él estaba inmóvil delante de la puerta.

La imponente silueta negra, el destello de la pálida luz sobre el casco negro, el brillo maligno de las luces ocultas entre las sombras de su gran capa, y aquella respiración entrecortada y gutural.

Vader.

Vader estaba inmóvil delante de la puerta.

Leia giró sobre sus talones, completamente aterrorizada. Irek acababa de aparecer en el pasillo detrás de ella, y la aureola oscura que envolvía su cuerpo parecía palpitar con un temblor de relámpagos. Su mano sostenía una de las bolas de acero que Leia había encontrado tan incomprensibles y enigmáticas cuando las vio en la sala de los juguetes, pero su nueva consciencia sin cuerpo vio que había entradas en ella, entradas que eran invisibles a los ojos limitados por el espectro electromagnético.

Entradas que no podían ser utilizadas como salidas.

Y dentro de la bola había un laberinto concéntrico tras otro de bolas todavía más diminutas.

Irek sonrió.

—Estás aquí. Sé que estás aquí.

Leia se dio la vuelta. Vader seguía inmóvil delante de la puerta. No podía pasar junto a él. No podía...

—Mi madre no puede detenerme —dijo Irek—. Ni siquiera lo sabrá.

Alzó la bola y su mente pareció desplegarse por el pasillo como una inmensa red que tiró de ella. Leia sintió que se disolvía como un fantasma de humo, como una ilusión que hubiera sido creada sin la habilidad suficiente para que pudiera ser tomada por realidad. Estaba siendo atraída hacia la bola de acero de una forma tan irresistible como hacia un vacío, y se disipaba en el poder del lado oscuro.

Pensó que tenía que haber una forma de utilizar la Fuerza para protegerse y poder superar el obstáculo del terror oscuro que seguía inmóvil delante de la puerta. Pero no la conocía.

El muchacho frunció los labios y tragó aire, atrayendo a Leia con su aliento.

— ¡Irek!

Roganda apareció en el pasillo detrás de su hijo, con la falda de su vestido blanco recogida en la mano como si hubiese venido corriendo.

— ¡Ven aquí ahora mismo, Irek!

Irek se dio la vuelta y su concentración quedó rola de repente. La sombra de Vader se esfumó. Leia corrió hacia la puerta, lanzándose sobre ella y a través de ella, precipitándose sobre la silueta que dormía en la cama.

Estar limitada de nuevo a las percepciones humanas hizo que apenas pudiera oír las voces que hablaban al otro lado de la puerta, pero aun así reconoció la de Ohran Keldor.

— ¡Lord Irek, lo hemos captado en los sensores! ¡Está aquí! Es el *Ojo de Palpatine*...

CAPÍTULO 22

— ¿Está realmente seguro de que esto funcionará, amo Luke?

—Vaya, Cetrespeó, esperaba que no me hicieras esa pregunta.

La logística implicada en manejar un bastón y la cuerda con la que Luke estaba remolcando la pequeña bomba que había sacado de un compartimento de lavandería no era la mejor del mundo, pero a esas alturas Luke estaba sencillamente encantado de haber podido localizar una bomba que todavía funcionara. Había muy pocas cosas que siguieran funcionando a bordo del *Ojo de Palpatine*.

«Salvo los cañones —pensó—. Salvo los cañones...»

— ¿Cuánto tiempo nos proporcionará esto? —preguntó Nichos, avanzando sin hacer ningún ruido a pesar de que iba cargado con dos barriles de aceite llenos de agua azucarada—. Suponiendo que llegue a funcionar, claro.

—Puede que una hora.

Las luces de su bastón también estaban empezando a fallar, y el pasillo de servicio, con sus techos bajos y sus manojos de cables y cañerías de conducción, estaba empezando a adquirir el aspecto, la humedad y los olores de alguna caverna situada muy por debajo del nivel del suelo. Hilillos de agua goteaban por las paredes aquí y allá. Luke examinó lo que les rodeaba y asintió con satisfacción. No cabía duda de que estaban siguiendo el conducto principal del agua de aquella parte de la nave.

—No es mucho tiempo para inspeccionar los sistemas del transporte y las dos lanzaderas —observó Triv Pothman.

Luke meneó la cabeza. Cada paso que daba le hacía sentir como si le estuvieran arrancando trocitos de hueso del muslo.

—Tendrá que bastar.

Las últimas reservas de perígeno habían sido consumidas hacía ya mucho tiempo, y sólo la Fuerza impedía que su organismo se sumiera en el shock y mantenía a raya la fiebre de la infección interna.

Cray, que caminaba detrás de ellos con un bidón de cinco galones de agua azucarada en cada mano, no dijo nada. No había dicho nada cuando Luke les expuso sus planes para evacuar la nave, y muy poco durante el proceso de cortar los sensores principales para obtener una lectura de su posición y una estimación de cuánto tiempo transcurriría antes de que Belsavis empezara a ser bombardeado. Cray sólo había hablado cuando Callista dijo «Demasiado tiempo» al ver la lectura de doce horas y treinta minutos que apareció en la pantalla.

—Es lo que dice el archivo.

—Es lo que la Voluntad dice que dice el archivo. ¿No lo entendéis? —Callista había seguido hablando—. La Voluntad va a hacer todo lo que pueda y utilizará todos los medios a su alcance para retrasarnos y cumplir su misión. Control de la Misión nunca habría dejado un lapso de doce horas y media después de haber salido del hiperespacio. No habiendo Jedi en el planeta, y no con la flota de cazas Y que tienen..., o que tenían.

—Tiene razón —había dicho Luke, volviendo la mirada hacia Cray.

Había esperado una discusión, ya que Cray nunca había creído que los ordenadores pudieran o quisieran mentir.

Pero desde que había salido de la seguridad de su laboratorio, Cray había soportado el ser juzgada por la Voluntad y su única reacción consistió en un ligero fruncimiento de los labios cargado de amargura. Había contemplado en silencio cómo Luke y los demás mezclaban la melaza con agua para producir una mixtura espesa e hiperdulce, y había cargado con su parte del peso cuando el trineo antigravitatorio había resultado ser demasiado grande para entrar por el hueco de ventilación del corredor de servicio. Se movía como si cada paso y cada aspiración de aire fueran una desagradable tarea que debía llevar a cabo, y Luke se dio cuenta de que rehuía la mirada de Nichos.

— ¡Alabado sea el Fabricante! —exclamó Cetrespeó en un tono exultante cuando doblaron una esquina y vieron la tenue claridad de las luces de emergencia extendiéndose a lo largo del techo que tenían delante—. Estaba empezando a temer que este cuadrante de la nave tampoco tuviera energía alrededor de los hangares de las lanzaderas.

—Probablemente los jawas temen demasiado al Pueblo de las Arenas para acercarse lo suficiente, y eso ha impedido que saquearan esta zona.

Luke se metió por un pasillo lateral y fue siguiendo el conducto principal.

—De momento —observó Callista, y su voz vino de detrás de Luke, como si estuviera siguiéndole y se encontrara muy cerca.

—Así me gustan las chicas: animadas y llenas de optimismo.

Callista canturreó el comienzo de una vieja canción de cuna —«Que todo el mundo esté contento, que todo el mundo esté contento»—, y Luke soltó una carcajada a pesar de la agonía de su pierna.

—Debe de estar enloqueciéndoles —siguió diciendo Callista pasados unos momentos—. Me refiero al Pueblo de las Arenas. Si están tan... rígidamente sometidos a la tradición como parece por tu descripción, el que todo sea distinto aquí, no haya día ni noche y sólo existan muros y pasillos en los que cazar tiene que parecerles horrible e insoportable.

—A medida que va pasando el tiempo yo también lo voy encontrando cada vez más desagradable.

La puerta de la sala de bombas principal estaba cerrada. Cetrespeó convenció al programa de la cerradura de que se había insertado una llave, y la puerta se abrió con un siseo.

—Destruye el mecanismo, Nichos —dijo Luke en voz baja—. Tienes razón, Callista. Confío tanto en la Voluntad como en que soy capaz de lanzar esta nave colina arriba y en contra del viento.

—Muy gracioso —dijo Pothman, contemplando el sistema de raíces negras cubiertas de aceite que formaban las cañerías y los conductos de ventilación mientras Luke conectaba la pequeña bomba portátil al sistema principal—. Nunca pensé en ello mientras era soldado, pero ahora... Bueno, ahora creo que nunca podría acostumbrarme a vivir en pasillos, salas, naves e instalaciones. Quiero decir que... Por aquel entonces me parecía normal, ¿entiendes? No

comprendí lo mucho que me gustaba el aire libre y cuánto echaba de menos los bosques y los árboles de Chandrila hasta que me encontré viviendo en el bosque de Pzob. ¿Echa de menos los océanos, señorita Callista?

—Cada día.

Cray, que estaba inmóvil en el umbral, se limitó a apoyar la frente en la jamba y no dijo nada mientras contemplaba cómo Luke conectaba los cables de energía improvisados a las entradas principales y pulsaba el interruptor. El seco carraspeo del motor no tardó en hacerse oír, débil y estridente en contraste con el palpitar más tranquilo y grave de la bomba principal que había sido el telón de fondo sonoro de la sala hasta su llegada. Luke dejó escapar un suspiro de gratitud y cogió la manguera de la pequeña bomba.

—Allá vamos...

Introdujo el extremo de la manguera en el primer barril de agua azucarada y vio cómo la conexión entre la pequeña bomba se hinchaba y se ponía tensa bajo la presión del líquido, y un momento después vio repetirse el proceso en la conexión entre la bomba portátil y la fija.

-—Va por vosotros, chicos —murmuró Callista, como en un brindis dirigido al Pueblo de las Arenas, los incursores ignorantes de su presencia en aquel lugar que habitaban en las regiones situadas encima de la sala de bombas.

En total bombearon unos veinte galones de agua saturada de azúcar en el suministro de agua del Pueblo de las Arenas.

—Déjalo —dijo Luke mientras Nichos se apartaba de la puerta para recoger la bomba portátil o alinear los bidones junto a la pared—. No vamos a volver aquí.

—Ah —dijo Nichos, acordándose de que a esa hora del próximo día todo se convertiría en vapor de iones y meneando la cabeza como para pedir disculpas —. Creo que llevo un exceso de sentido del orden programado en la cabeza.

Un instante después lanzó una mirada de soslayo a Cray, comprendiendo que la broma podía haber sido interpretada como una crítica —o sencillamente como un recordatorio de que no era más que un conjunto de programas—, pero Cray logró sonreírle, y su mirada se encontró con la de Nichos por primera vez.

—Sabía que no tendría que haber empleado esas rutinas de los PU Ochenta que limpian las paredes.

Todos se contemplaron en silencio los unos a los otros durante un momento, sorprendidos y no muy seguros de cómo debían reaccionar ante aquella admisión de que ella le había programado y de que Nichos era un androide. Un instante después Cray alargó el brazo y le tocó la mano.

— ¿Crees que les importará que nos unamos a su fiesta sin haber sido invitados? —murmuró Callista cuando llegaron al final de la escalerilla.

El ruido procedente del hangar que el Pueblo de las Arenas había ocupado para utilizar como cuarteles generales era tremendo: había gemidos, gruñidos y aullidos; gritos y golpes metálicos indicadores de que partes de maquinaria o armas — ¿palos gaffa? ¿rifles?— estaban siendo arrojadas de un lado a otro. De vez en cuando todos empezaban a gritar al mismo tiempo, produciendo un

ulular que ponía los pelos de punta e iba subiendo y bajando en volumen y timbre para acabar muriendo entre un coro de roncos chillidos y nuevos golpes.

—Tendremos que esperar a que se calmen un poco.

Luke apoyó la espalda en la pared, consciente de que estaba temblando y de que el sudor chorreaba por su cara y relucía bajo la fría claridad de las luces del pasillo. Quería sentarse, pero sabía que si lo hacía entonces probablemente nunca volvería a levantarse. Era abrasadoramente consciente de la presencia de Callista a su lado, muy cerca de él, como si fuese meramente invisible y pudiera volver a hacerse visible pasado un rato.

Luke expulsó ese pensamiento de su mente.

Triv se puso en cuclillas, escuchando pero con el cuerpo tenso para volver a levantarse de un salto y el desintegrador en la mano. Cetrespeó estaba en el pasillo, a un metro de distancia de sus espaldas y con los sensores auditivos sintonizados en su máxima capacidad de recepción. Cray y Nichos estaban inmóviles el uno al lado del otro y se les veía un poco incómodos, como si no supieran qué decir.

— ¿Aguantarás, Luke? —preguntó Cray, y Luke asintió.

—Esto no debería exigir demasiado tiempo.

—Bueno, si estuvieran bebiendo con una cuadrilla de pastores de cy'een de las aguas profundas, acabarían debajo de la mesa antes de que a los pastores se les hubieran empezado a calentar los codos —comentó Callista.

Más chillidos.

—Tal vez por eso mataron a ese posadero.

El estrépito se fue debilitando poco a poco. Hubo unos cuantos gritos y gruñidos aislados, y luego silencio. Alguien gritó su opinión acerca de algo a sus compañeros de tribu, que a esas alturas ya no se enteraban de nada, y después hubo un ruido metálico, como el que hubiese podido producir un recipiente empleado para beber cayendo al suelo.

—Bien, vamos —dijo Luke—. No disponemos de mucho tiempo. Ocúpate de los talz, Cetrespeó.

—Por supuesto, amo Luke.

El androide se alejó hacia la oscuridad envuelto en una veloz sucesión de crujidos y zumbidos.

El suelo del hangar de las lanzaderas estaba lleno de incursores del Pueblo de las Arenas dormidos. Había agua azucarada derramada por todas partes que iba empapando las túnicas color tierra y los paños con que los incursores se envolvían la cabeza, y en las túnicas de algunos había manchas oscuras que desprendían un olor acre, como de bilis o sangre. Una pequeña compuerta cuadrada de mantenimiento mural estaba abollada y llena de arañazos, como si hubiera sido atacada por un grupo de maníacos. Los palos gaffa y las lanzas esparcidas a su alrededor indicaban con toda claridad que alguien había considerado que sería un blanco muy útil para que todo el mundo pudiera demostrar su puntería. Los alrededores de la compuerta habían sufrido daños mucho más considerables que la compuerta.

—Una gran Fiesta, ¿eh? —comentó Luke.

Subió penosamente por la rampa de la primera lanzadera mientras Triv y Nichos recogían prudentemente todas las armas visibles. Los indicadores parecían hallarse en buen estado, y la experta manipulación de Cray consiguió que el ordenador de a bordo despertara sin necesidad de hacer ninguna referencia a sus contraseñas y declarase que estaba listo para entrar en acción.

—No parece tener ninguna clase de conexión con la Voluntad —comentó Cray.

—Ya iba siendo hora de que tuviéramos un poco de suerte.

—Os advierto de que nunca me enseñaron a pilotar uno de estos trastos —dijo Triv Pothman con la voz llena de preocupación desde la puerta—. Y esas lecturas de la superficie que estáis recibiendo no hacen que la perspectiva de aprender ahora me resulte muy agradable.

—Sintonizaré los controles de esta lanzadera con los de la otra para que Nichos pueda pilotar las dos.

Cray se instaló en el asiento de pilotaje, deslizó las manos por entre sus cabellos con su viejo gesto de hacer a un lado unos zarcillos extraviados —y frunció levemente los labios al sentir el contacto del pelo cortado—, y después solicitó el programa núcleo y empezó a teclear instrucciones para introducirlas en las rutinas. El ver que había tratado de alisarse la cabellera hizo que Luke se sintiera invadido por una extraña mezcla de alivio y alegría. Fueran cuales fuesen las pruebas que había soportado Cray, parecía evidente que la oscuridad que habían dejado dentro de ella por fin estaba empezando a disiparse. Cray estaba volviendo a ser ella misma.

—Nichos no es un as del espacio como Luke —siguió diciendo Cray—, pero puede encargarse de las dos naves incluso en unas condiciones atmosféricas tan malas, siempre que alguien pueda guiarle en el descenso desde la superficie. Una gran parte de la estabilización ya está pre-programada para adaptarla al planeta, naturalmente. Y creedme, cuando la nave estalle, habrá alguien ahí fuera para investigar qué ha ocurrido.

—Necesito hablar contigo de eso, Cray —dijo Luke.

Cray ni siquiera le miró.

—Más tarde —dijo—. Antes oigamos tu plan para traer a esos kitonaks hasta aquí y conseguir meterlos dentro de una lanzadera en un período de tiempo inferior a dos semanas.

Un estruendoso grito de guerra y un clamor de gemidos resonaron repentinamente en el exterior. Luke y Cray fueron corriendo hasta la puerta del transporte, y llegaron a ella con el tiempo justo de ver cómo un incursor tusken se lanzaba sobre Triv Pothman haciendo girar su palo gaña de una manera que resultaba considerablemente más peligrosa para él que para el antiguo soldado de las tropas de asalto. Nichos saltó por encima de los dos incursores dormidos que se interponían entre él y el atacante, agarró el brazo del tusken y arrancó el arma de su mano temblorosa.

—Eh, eh, amigo mío, cálmate un poco, ¿de acuerdo? —estaba diciendo Triv—. Tómate otra copa...

El incursor aceptó el tazón plateado medio lleno de agua azucarada que le ofrecía Triv, lo vació de un solo trago y volvió a caer al suelo.

—Amo Luke...

Cetrespeó apareció en el umbral del hangar seguido por las seis montañas de pelos blancos que eran otros tantos talz.

— ¡Excelente!

Luke empezó a bajar por la rampa de la lanzadera, y perdió el equilibrio cuando su pierna se dobló debajo de él con un terrible estallido de dolor. Cray le cogió del brazo y tres talz se pusieron inmediatamente junto a él, sosteniéndole y emitiendo canturreos llenos de preocupación.

—Dales las gracias —dijo Luke, esforzándose para controlar su respiración y mantener a raya el dolor que amenazaba con hacerle perder el conocimiento—. Gracias —añadió, dirigiéndose a las enormes criaturas mientras Cetrespeó producía una sucesión de balidos y zumbidos—. Diles que sin su ayuda no tendría ninguna esperanza de poder salvar a todas las criaturas que se encuentran a bordo de esta nave y que están amenazadas por la destrucción.

Cetrespeó transmitió su mensaje a los talz, que replicaron con resoplidos, trompeteos y potentes palmadas en la espalda. Después los talz entraron en acción sin más dilaciones, y empezaron a recoger incursores tusken del suelo y los fueron sacando del hangar para llevarlos al transporte de la Cubierta 10.

—Ya sabes que incluso con mi reprogramación ese transporte se limitará a alejarse un par de kilómetros y que luego dejará de moverse, ¿verdad? —preguntó Cray mientras les veía marchar—. No puede ser pilotado.

—Con eso bastará —dijo Luke—. Dejaré instrucciones a Triv y Cetrespeó, y les explicaré que nadie debe abrir las escotillas de ese transporte hasta que haya llegado a Tatooine.

— ¿Y realmente crees que alguien remolcará ese transporte hasta ponerlo a salvo en cuanto sepa qué hay dentro?

Cray apoyó el puño en la cadera, y se volvió para lanzarle una mirada de soslayo llena de cansancio y amargura.

—No puedo estar seguro —respondió Luke en voz baja—. Si consigo salir con vida de esto... —Titubeó—. O si tú lo consigues, te ruego que le encargues de que alguien lo haga.

La sombra de una sonrisa suavizó la expresión de Cray.

—Nunca te rindes, ¿verdad, Luke?

Luke meneó la cabeza.

—Qué extraño... —dijo Cray mientras subían por la rampa de la segunda lanzadera—. Lo lógico sería pensar que alguien saldría de Belsavis para averiguar quiénes somos después de que hayamos aparecido en este sector, pero seguimos sin tener visitas.

—Nunca había visto nada parecido.

Jevax examinó las imágenes de otra serie de pantallas mientras los dos técnicos —otro mluki y un durosiano de aspecto lúgubre y sombrío— continuaban inclinados sobre sus hombros. Ninguno de los tres alzó la mirada cuando Han y Chewbacca cruzaron el umbral del centro de control portuario.

El durosiano meneó la cabeza.

— Tiene que tratarse de un fallo de funcionamiento en algún sistema del relé que transmite las órdenes a las puertas del hangar —dijo—. Todas las pruebas y revisiones del programa que hemos llevado a cabo dan una lectura positiva, lis imposible que todas las puertas sufran una avería mecánica al mismo tiempo.

— ¿Qué está pasando?

Jevax alzó la mirada, vio a Han y al wookie por primera vez y se levantó.

—Espero que no hayan venido a solicitar permiso para despegar —dijo en un tono medio jocoso y medio perplejo. Nadie que estuviera en su sano juicio despegaría para internarse en el infierno nocturno de los vientos de Belsavis—. ¿Encontró Su Excelencia los datos que necesitaba en los registros del Centro Municipal? Me temo que no pude...

—Leia nunca llegó al Centro Municipal —le interrumpió Han.

Los ojos del mluki se desorbitaron, y después se volvieron rápidamente hacia el cronómetro mural.

—Hay una mujer que vive en la calle de la Puerta Pintada, en la casa que había sido propiedad de Nubblyk el Slita: se llama Roganda Ismaren. Vino aquí hace unos siete años...

—Ahhh —dijo Jevax con voz pensativa—. Roganda Ismaren. Una mujer de esta altura... —Movió la mano para indicar una altura parecida a la de Leía—. Cabello negro, ojos oscuros.

—No lo sé. Nunca la he visto. Era una de las concubinas del Emperador, así que probablemente será muy hermosa.

—Los machos humanos que vienen al puerto la tratan como si fuera hermosa —dijo Jevax con una leve sonrisa—. Cuando se deja ver, cosa que ocurre muy raramente. Somos una ciudad muy pequeña, general Solo, y todo el mundo acaba sabiendo muchas cosas sobre la vida de los demás..., y aunque no es asunto mío, admito que Roganda Ismaren siempre ha despertado una profunda curiosidad en mí.

— ¿Sabe dónde está su casa?

Jevax asintió.

El Jefe de las Personas de Plawal sugirió hacer una parada previa en un pequeño bloque de apartamentos para incluir en su grupo a Stusjevsky, un chadra-fan muy peludo y de un metro de altura que trabajaba en los huertos de lianas de café como olisqueador.

—Hay algunas cosas que los supervisores no entenderán nunca por mucho que intentes explicárselas —suspiró la pequeña criatura una vez se hubo

despedido rápidamente del alegre grupo de amistades que se habían reunido en su apartamento para tomar unas copas de vino y limpiarse el pelaje los unos a los otros. Después bajó por la escalera exterior, trotando al lado de Jevax mientras sus manazas de grandes uñas curvas manejaban con sorprendente habilidad las complicadas hebillas de la chaqueta de seda que estaba acabando de ponerse—. La nueva no para de preguntar por qué todavía no podemos recolectar los granos... «Ya tienen buen color», dice. ¿Buen color? ¡Mi oreja izquierda sí que tiene buen color!

Su oreja izquierda se estremeció como si su dueño acabara de pedirle que corroborase sus palabras.

—Claro, por fuera tienen más o menos el color que deberían tener, pero por dentro todavía huelen a verde. Bien, ya aprenderá... ¿Qué puedo hacer por usted, Jefe?

Una neblina negra cayó sobre ellos, y gigantescas polillas y luciérnagas empezaron a bailotear alrededor del borroso resplandor amarillo de las farolas y las ventanas. Las luces de los jardines colgantes parpadeaban tenuemente a través de las nieblas, como extrañas galaxias distantes llenas de estrellas que estuvieran floreciendo poco a poco.

Jevax le proporcionó un rápido resumen del problema.

—Tenemos razones para creer que la casa está protegida por sistemas de alarma —terminó diciendo—. Antes de que entremos y de que revelemos nuestra presencia, nos gustaría saber si hay alguien dentro o no. ¿Puede decírnoslo?

— ¿Humanos?

Las enormes orejas del chadra-fan se inclinaron hacia adelante, y su mirada fue de Han a Chewie.

Jevax asintió.

Stusjevsky alzó una mano y ejecutó el signo círculo-con-dos-dedos universal entre todas las razas que tenían pulgares oponibles: No Hay Problema. Giraron para cruzar la plaza del mercado mientras todas las luces se iban alejando hasta convertirse en tenues pinceladas perdidas entre aquella oscuridad fantasmagórica impregnada de calor.

El Jefe de las Personas de Plawal extendió las manos delante de él en un gesto de impotencia.

—Creemos que hay algún fallo en la programación del servo central entre el ordenador y las puertas de encima de los silos. Parece como si se hubiera activado y cerrado al mismo tiempo, y el resultado es que los engranajes principales han quedado destrozados.

Chewie volvió la cabeza y dejó escapar un largo gruñido.

—No lo sabemos —dijo Jevax—. Eso es lo que está volviendo locos a los técnicos. No tendría que haber ocurrido. Hay varios dispositivos de seguridad, pero todos permanecieron inactivos. Tendrán que entrar, reparar todo el mecanismo y abrir las puertas manualmente, y eso quiere decir que espero que le guste la comida de aquí, general Solo, porque como mínimo tardarán veinticuatro horas antes de...

—Un momento —dijo Han, deteniéndose en el comienzo de la empinada cuesta que llevaba a la calle de la Puerta Pintada—. ¿Me está diciendo que ha habido otro caso de..., de una avería tan complicada e inexplicable como la de que nuestro androide astromecánico intentara matarnos? Ya son dos en veinticuatro horas.

El centro de la blanca frente de Jevax se llenó de arrugas mientras consideraba el asunto desde ese nuevo punto de vista.

—Tres —dijo por fin—. El sistema de comunicaciones ha vuelto a averiarse, pero eso es algo que ocurre con tanta frecuencia que...

Hubo un momento de silencio mientras se contemplaban los unos a los otros en la penumbra.

—Tengo un mal presentimiento —murmuró Han.

Avanzaron rápidamente y en silencio, moviéndose a tientas desde una columna de los cimientos de un viejo edificio a otra, y fueron siguiendo el curso de la calle.

Estaban en un barrio de casas antiguas, con edificios prefabricados surgiendo por entre las ruinas del bombardeo como navios blancos varados sobre grandes peñascos. Las lianas que crecían sobre los viejos bloques de lava lanzaron húmedos susurros y crujidos cuando el grupo se abrió paso a través de ellas, y un manantial caliente que brotaba de unos antiguos cimientos burbujeaba en algún lugar de la oscuridad. La mayor altitud de la terraza que se alzaba debajo de las ruinas de la Ciudadela hacía que la niebla no fuese tan espesa, y cuando se detuvieron en la curva del final de la calle, Han incluso pudo ver la casa que Jevax le estaba señalando.

Han sintió cómo una fría serpiente de inquietud se deslizaba a lo largo de su columna vertebral. Si Roganda Ismaren era la Mano del Emperador, eso significaba que podía emplear la Fuerza..., y la Fuerza era algo contra lo que Han no quería tener que enfrentarse.

Pero si se había atrevido a tocar un solo cabello de la cabeza de Leia, entonces...

—Ésa es su casa. —Jevax bajó la mirada hacia Stusjevsky—. ¿Hay alguien dentro?

El chadra-fan cerró sus enormes ojos oscuros. Sus fosas nasales se dilataron y se irguió, respirando hondo y aguzando el oído para escuchar cuanto pudiera haber en la noche. Han era incapaz de imaginarse cómo se las podía arreglar aquella pequeña criatura para estar captando los olores procedentes de una sola casa distinguiéndolos de los de todas las demás, pues la noche estaba saturada por los olores de la vegetación, la piedra mojada, el leve hedor sulfuroso de los manantiales calientes y los abrumadores perfumes dulzones que flotaban en el aire alrededor de las plantas empaquetadoras.

Pero Stusjevsky abrió los ojos pasados unos momentos.

—No hay nadie en casa, Jefe —dijo.

Chewie dejó escapar un gruñido ahogado y empezó a hurgar en los bolsillos de su cinturón de herramientas, buscando su equipo para hacer puentes en los

cableados como preparativo a la ofensiva que lanzaría sobre cualquier sistema de seguridad con el que pudiera contar la casa.

—Pero hay algo que sí puedo asegurar —añadió el chadra-fan—. Alguien ha estado utilizando un perfume espantosamente caro ahí dentro. Huele a Susurro o a Lago de Sueños, y también puedo asegurar que en todo este planeta no hay nadie que los venda.

La puerta de la escalera se abrió con un repentino siseo que los sobresaltó a todos.

— ¡Creí haberte oído decir que no había nadie en casa! —resopló Han mientras los cuatro se pegaban a las sombras de una vieja columnata medio derruida por las bombas.

—Nadie humano —replicó el chadra-fan—. Puedo oler...

Un débil zumbido resonó entre las sombras de las lianas que medio ocultaban el umbral, y un objeto de color claro se movió junto a ellas.

Después una pequeña silueta apareció en lo alto del tramo de escalones y se quedó inmóvil, como si estuviera terriblemente cansada o intentara decidir que debía hacer a continuación.

Era Erredós, lleno de abolladuras y arañazos y cubierto de suciedad y barro viscoso.

CAPÍTULO 23

— ¡Comandante, acabamos de recibir órdenes de emergencia del gran Moff de toda la Flota de Combate Imperial! —anunció el soldado de las tropas de asalto con un marcial saludo—. ¡Prioridad uno, señor!

El comandante se irguió, saliendo de su sombría concentración sobre la pantalla de control apagada de un lector de la biblioteca y devolvió el saludo con los tres largos y abigarradamente coloridos películos de su lado derecho. Unos cuantos oficiales que habían estado muy ocupados atendiendo las consolas de navegación y artillería de los lectores y visores desactivados alineados a lo largo de la pared de la biblioteca hicieron girar sus asientos, y tallos, estámenes y masas de llores se volvieron hacia su comandante. Todos estaban un poco pálidos debido a la falta de luz solar, pero seguían manteniéndose atentos y en estado de alerta.

Luke, que estaba apoyado en el umbral contemplando la escena que se representaba bajo la débil claridad de su bastón —los affitecanos habían estado absortos librando su imaginaria batalla espacial en una oscuridad total antes de que él y Pothman llegaran— se preguntó por enésima vez hasta qué punto eran realmente inteligentes aquellos seres.

Los klaggs y los gakfedds habían seguido siendo gamorreanos, aunque durante la mayor parte del tiempo estaban convencidos de que eran soldados de las tropas de asalto. Habían sido conscientes de la lenta destrucción del *Ojo de Palpatine*, aunque la habían atribuido, siguiendo las instrucciones de la Voluntad, a los saboteadores rebeldes que les resultaban familiares gracias a su programación. Ugbuz había seguido siendo Ugbuz y aunque su puntería continuaba siendo realmente espantosa, por lo menos comprendía la diferencia existente entre un desintegrador cargado y uno que no tenía célula de energía.

En el caso de los affitecanos, su programación parecía haber sido tan profunda y concienzuda que lo que habían sido programados para creer tenía preferencia sobre la estructura real de la nave. Suponiendo que hubieran poseído alguna personalidad individual antes de ser sometidos al proceso de inducción dentro del transporte, no cabía duda de que ésta había quedado totalmente sumergida. Y además, como ya había notado Luke, los affitecanos que habían brotado a bordo —y se había encontrado con un mínimo de cinco guarderías, casi todas en comedores secundarios en los que se habían instalado sistemas de iluminación de emergencia— parecían creer que eran soldados de las tropas de asalto imperiales con la misma absoluta convicción de sus mayores.

Triv Pothman, resplandeciente en su armadura blanca, pasó por delante de la pantalla de control apagada y se detuvo enfrente del capitán amarillo y negro.

—Con su permiso, señor —dijo, y accionó un interruptor.

Comunicaciones de la Flota
Urgente y Prioridad Uno

—Es intención de la Voluntad que todo el personal de a bordo inicie inmediatamente una evacuación a las lanzaderas de la Cubierta 16. Todo el personal que se encuentra actualmente en las enfermerías o en otros lugares

debe ser trasladado junto con el equipo de apoyo vital necesario. El portador de estas órdenes actuará como director de la evacuación y pilotará la lanzadera durante el lanzamiento y después de éste.

—No está nada mal —aprobó Luke en voz baja.

— ¿Estás bromeando? —susurró la voz de Callista en su oído—. Durante treinta años lo único con lo que he conseguido encontrarme cada vez que intentaba abrirme paso por el ordenador ha sido la Voluntad. Puedes apostar a que se cómo imitarla. Tendrías que verme imitando a Pekki Blu y los Muchachos Estelares.

Luke nunca había oído hablar de Pekki Blu y los Muchachos Estelares, pero habría cruzado el Mar de Dunas a pie para oír a Callista haciendo una imitación de quien fuese.

— ¿Es... eso, soldado?

El capitán había hablado en un tono muy solemne.

Ni Pothman ni Luke sabían exactamente a qué se refería al decir «eso», pero el ex soldado asintió.

—Ya hemos recibido nuestras órdenes —dijo.

El capitán le devolvió el asentimiento de cabeza, consiguiendo que le saliera serio y varonil a pesar de la enorme ondulación de la corona de borlas blancas que lo acompañó.

—Muy bien, muchachos —dijo—. El gran momento ha llegado. Recoged las cosas. Venga, moveos.

Los kitonaks seguían conversando en la Sala de Reunión de Babor de la Cubierta 12 y el pasillo adyacente.

—La gran mayoría continúan intercambiando recetas —explicó Cetrespeó cuando Luke fue a reunirse con él—. Aunque ese grupo del pasillo ha estado charlando de qué tal sabían las orugas chooba del verano pasado, una experiencia que al parecer fue compartida por todos.

—Están todos —dijo Callista—. Había cuarenta y ocho, y no falta ni uno.

Un grupo de affitecanos pasó junto a ellos, desfilando con rápida marcialidad. Había unos setenta, con todo un pelotón de brotes que apenas tenían un metro de altura incluido.

— ¡Variación deeeeerecha! —ladró secamente la áspera voz del teniente que estaba al mando de las tropas, y los affitecanos doblaron una esquina y desaparecieron.

Luke meneó la cabeza.

—Alguien tendrá que hacer un buen trabajo de desprogramación con ellos.

La carcajada de Callista onduló en el aire.

— ¡Cielos, ni siquiera había pensado en eso! De acuerdo, los corredores están despejados entre esta zona y el hangar de las lanzaderas. Las pasarelas y escalerillas están abiertas, y el único pozo de ascensor por el que tendrán que trepar tiene cuerdas... Oye, ¿pueden trepar por un pozo de ascensor?

—Oh, sí.

Luke respiró hondo. Era dolorosamente consciente de que cada fragmento de sus energías que había gastado en otros asuntos significaba que dispondría de muchas menos reservas para el último esfuerzo, la última tarea agotadora que le aguardaba.

— ¿Estás preparado, Cetrespeó?

—Creo que mi dominio del lenguaje de los kitonaks resultará suficiente para las necesidades del momento.

—Claro, pero será mejor que salgas de ese umbral —dijo Luke.

El androide se apresuró a hacerse a un lado. Sabía lo que iba a ocurrir dentro de unos momentos.

—De acuerdo, vamos allá —dijo Luke.

Cerró los ojos y se concentró en los sensores calóricos del sistema de prevención de incendios de la sala y los corredores de los alrededores. Era el más sencillo de lodos los poderes Jedi y estaba siendo dirigido contra el sistema más básico de la nave, y el resultado fue totalmente galvánico.

El sistema de rociadores cobró vida de repente y empezó a escupir chorros de agua.

Un auténtico diluvio cayó sobre Luke, Cetrespeó y cada kitonak rechoncho, de color masilla y con forma de hongo que había en la sección.

— ¡Cubierta Dieciséis! —gritó Cetrespeó en la lengua de los kitonaks—. ¡Cubierta Dieciséis! ¡El agua está en la lanzadera!

Después saltó hacia atrás, arrastrando consigo a su amo para ponerle a salvo mientras una atronadora marea de kitonaks no sólo se lanzaba por la puerta sino que derribaba las paredes a cada lado de la entrada y se alejaba tambaleándose y resbalando por el pasillo en dirección a las cubiertas de las lanzaderas.

Luke desplegó su mente y la envió hacia adelante, visualizando cada metro cuidadosamente memorizado de los pasillos, la escalerilla y el pozo de ascensor que se interponían entre la Sala de Reunión de Babor y el hangar de lanzaderas de la Cubierta 16, y super-recalentando una delgada capa de aire en la parte superior de cada punto del trayecto para ir activando los rociadores a lo largo de él.

Los kitonaks se aparean en el agua.

Para ellos la lluvia es la señal que provoca un sorprendente y entusiástico estallido de velocidad.

— ¿Crees que Cray y Nichos serán capaces de meterlos dentro de la lanzadera?

—No deberían tener ningún problema —dijo Callista—. Iré con ellos, pero me parece que es un espectáculo que ninguna persona decente y educada debería presenciar. Volveré contigo para cuando necesitemos convencer a los klaggs y los gakfedds de que suban a bordo.

«No puedo hacerlo —pensó Luke mientras contemplaba cómo aquel parpadeo fantasmal que temblaba entre los torbellinos de lluvia se alejaba pasillo abajo, siguiendo a la turba de alienígenas lubricados y enloquecidos por la lujuria—. No puedo... no salvarla.»

— ¿Amo Luke?

La voz de Cetrespeó sonó entre tímida y preocupada.

Luke tuvo que hacer un esfuerzo casi físico para liberarse de las garras de aquella pena y de la sensación de que no había nada en su cuerpo o en su alma que no consistiera única y exclusivamente de un dolor insoportable. Primero lo primero.

—Sí—murmuró—. Vamos a por los jawas, y luego desplazaremos a los tripodales.

Roganda y su hijo estaban forjando una alianza con los nobles de Senex.

Leia se debatió en un frenético esfuerzo para recuperar el conocimiento, pero su mente se comportaba como si hubiera quedado congelada en aquel gélido océano verde, Era consciente de la habitación que se extendía a su alrededor —y seguía siendo vagamente consciente de las sombras de sus ocupantes anteriores—, pero no podía ni volver a hundirse en su coma original ni ascender hasta el estado de vigilia.

Y tenía que despertar. Tenía que salir de allí.

Estaban creando una base de poder para que les proporcionara una posición entre los señores de la guerra Harrsk y Teradoc y las otras ramas de la Flota Imperial que seguían intactas.

Y era muy posible que la Flota Imperial volviera a adquirir forma y cohesión alrededor de esa base de poder.

Y esa coalición estaría armada con la riqueza de los Señores de Senex, y con todo el colosal armamento del *Ojo de Palpatine*, arrancado a la oscuridad del pasado por un muchacho de quince años cuyos poderes eran capaces de volver totalmente inútiles las defensas de la República, que no estaban preparadas para enfrentarse con él. Si a cambio conseguía el *Ojo* y a Irek para poder utilizarlos como armas secretas, un hombre como el Gran Almirante Harrsk podía renunciar al poder que no habría estado dispuesto a entregar a la regente de un niño hacía unos años.

Tenía que salir de allí.

O enviar un mensaje aunque el hacerlo le costara la vida.

«Han Solo. Ithor. El Momento de la Reunión.» Después de que hubiera encontrado por casualidad uno de los escondites de roca mental de Irek en los túneles y de que su mente hubiese recuperado un poco la cordura gracias a la contrarreacción de la droga, Drub había hecho cuanto estaba en sus manos para advertir a su amigo y para ayudar a la República porque sabía que Han había consagrado toda su lealtad a ella. El también había sabido que era necesario advertirles.

Leia se preguntó en qué momento se habrían librado de Nasdra Magrody. Probablemente tan pronto como Irek fue capaz de controlar y dirigir su capacidad para influir sobre los sistemas mecánicos, ya que Magrody sabía demasiadas cosas para permitir que siguiera con vida.

«Al igual que su alumna», pensó. Se acordó del informe sobre el asesinato de Stinna Draesinge Sha, su habitación había sido registrada, y todos sus papeles y documentos habían sido destruidos. Magrody tenía que haber trabajado con ella en las fases iniciales de la implantación del chip cerebral, o tal vez le habría hablado de ellas.

¿Y no hubo algún otro físico, algún otro estudiante de Magrody que había muerto en circunstancias misteriosas hacía algunos años?

Leia no consiguió acordarse. Eso había ocurrido antes de que conociera a Cray, Qwi Xux, la otra alumna-estrella de Magrody, probablemente había escapado a la muerte cuando el adepto renegado Kyp Durron le borro la memoria.

Y Ohran Keldor también había sido alumno de Magrody.

La puerta se abrió con un siseo y Leia sintió el impacto del aire más caliente del pasillo en la cara. Tenía los ojos cerrados, pero pudo «ver» entrar a Lord Garonnin y Drost Elegin y que el corpulento jefe de seguridad había traído consigo un infusor.

Leia sintió el frío del metal del infusor en su garganta, y un momento después también sintió la entrada del chorro de sustancias químicas y de calor tonificante que empezó a agitarse en sus venas.

La sensación de verdor cristalino que la había rodeado hasta aquel instante se fue desvaneciendo, al igual que los fantasmas e incluso los recuerdos de los fantasmas y de otras presencias en la habitación. La cabeza le dolía como si le hubieran llenado el cerebro con algún producto desecante.

— ¿Alteza?

Leia intentó contestar y descubrió que su lengua se había convertido en un saco de arena de tres kilos.

—Unnnhhhh...

Sus ojos seguían estando cerrados, pero vio que Garonnin y Elegin intercambiaban una mirada.

—Otra —dijo Elegin, y el jefe de seguridad frunció el ceño.

—No queremos hacerle ningún daño. Idiotas.

Cargó otra ampolla en el infusor y volvió a apoyar el metal sobre la garganta de Leia.

Su mente se despejó de golpe, y su corazón empezó a latir tan deprisa como si hubiese despertado de repente y sintiéndose llena de pánico después de haber oído un ruido muy fuerte. Leia se encogió sobre sí misma y se irguió, siendo muy consciente de que le temblaban las manos.

— ¿Alteza? —Garonnin esbozó una reverencia militar y volvió a guardar el infusor en su bolsillo—. La dama Roganda desea vuestra presencia.

Eso no parecía gustarle demasiado, aunque resultaba difícil saber qué emociones desfilaban por detrás de aquellos ojos de piedra mojada. «La dama» Roganda era un título de cortesía, ya que estaba claro que Roganda no tenía ningún derecho a exigir que la última princesa de la Casa Organa fuera a presentarse ante ella. Leia fue normalizando su respiración y enarcó levemente las cejas, como si no hubiese esperado un desaire tan humillante, pero después se puso en pie procurando dar la impresión de que accedía graciosamente a someterse al martirio y siguió a los hombres al pasillo. Tuvo que recurrir a todo el adiestramiento físico de los Jedi para no tambalearse y tropezar, pero consiguió caminar con lo que sus tías habrían llamado «majestuosa elegancia».

Al igual que Palpatine, los hombres de las Antiguas Casas preferían la obediencia resignada al desafío, y hasta que encontrara alguna manera de escapar activamente Leia supuso que lo más prudente que podía hacer era portarse lo mejor posible para congraciarse con aquellas personas.

Estaban muy bien armados, y tenían pistolas aturdidoras aparte de los desintegradores.

Seguía sintiéndose desorientada, extraña y un poco mareada, aunque el moverse la ayudó. Leia no tenía ningún deseo de aguantar las tres horas de dolores y náuseas garantizadas por el impacto de un haz aturdidor, por lo que decidió esperar un momento más favorable.

Roganda, Irek y Ohran Keldor ocupaban una pequeña cámara un nivel más arriba, y la habitación estaba bastante fría a pesar de la unidad calefactora discretamente colocada en un rincón. Los muros estaban cubiertos por tapices negros, y durante un fugaz momento Leia tuvo la impresión de hallarse en el tipo de cámara de meditación utilizada por algunas sectas de Dathomir, que empleaban el silencio, la penumbra y un solo punto de iluminación para concentrar la mente.

La mesa de madera pulimentada a la que estaban sentados Irek y su madre sostenía una aglomeración de velas. Una terminal de tamaño folio, dispuesta con una discreción tan grande que casi rozaba las disculpas, había sido colocada sobre un banco justo en el límite de la visión periférica de Irek, y Ohran Keldor estaba inclinado sobre ella tecleando rápidamente una serie de cálculos y lo que parecían informes de sensores. También había cuatro bolas de cristal del tipo que Leia había visto en varios lugares de las criptas colocadas sobre peanas en las esquinas de la habitación, de tal manera que la silla de Irek quedaba justo allí donde se habrían cruzado las líneas trazadas entre ellas.

Irek alzó la cabeza y la contempló con sus arrogantes ojos azules llenos de furia.

—Ya me has creado bastantes problemas —dijo. Su voz juvenil no podía sonar más gélida, y a Leia no le pasó desapercibido el irritado fruncimiento de ceño con que Lord Garonnin reaccionó ante aquella grosería y el delito de lesa majestad que significaba—. Ahora me lo dirás. ¿Por qué tu androide no me obedeció en las criptas? ¿Qué le has hecho?

—Podéis marcharos —se apresuró a decir Roganda, haciendo una señal a Garonnin y Elegin.

Leia vio la mirada que los dos hombres intercambiaron mientras salían. Cierto, Roganda tenía mucha prisa. Pero durante su infancia a Leia le habían grabado en el cerebro que ninguna persona de alta cuna podía llegar a tener jamás la prisa suficiente para dirigirse con brusquedad a un superior social.

Los inferiores, por supuesto —y aquellos a los que las circunstancias habían puesto en manos de un noble—, quedaban abandonados a sus propios recursos y tenían que arreglárselas como buenamente pudieran.

Se volvió para encararse con Roganda y le lanzó una mirada helada.

— ¿Qué garantías puedes darme de que se me devolverá a Coruscant sana y salva?

— ¡Te atreves a pedir garantías! —chilló Irek.

El muchacho dio un puñetazo sobre la mesa, y Roganda alzó la mano.

—Puedo garantizarte que a menos que nos reveles lo que le hiciste a tu androide, y que tuvo como resultado permitirle escapar a la influencia de mi hijo —dijo con suave malevolencia—, serás borrada del universo dentro de muy poco tiempo junto con todos los demás seres vivos que hay en Plawal..., porque el *Ojo de Palpatine* no está respondiendo a las órdenes de mi hijo.

— ¿Que no está respondiendo...? —exclamó Leia, muy sorprendida—. Creía que tu hijo le había ordenado que viniera aquí.

—Lo hice —murmuró hoscamente Irek.

—No... exactamente —le corrigió Keldor. El robusto jefe de seguridad parecía bastante preocupado, y las luces de la consola arrancaban destellos a la capa de sudor que cubría su calva—. Sabíamos que parte del relé señalizador de activación original que habría hecho entrar en acción al *Ojo de Palpatine* había sido destruido en algún lugar de los alrededores de Belsavis. Lord Irek recurrió al poder de la Fuerza, y eso le permitió reactivar el relé y traer la luna de combate hasta aquí, donde estaría lo suficientemente cerca de él para que pudiese controlar de manera directa la programación interna de los sistemas de a bordo.

Keldor se aclaró la garganta con un nervioso carraspeo, rehuyendo tanto la mirada de Roganda como la de Leia.

—Nuestro problema, princesa, es que el *Ojo de Palpatine*—un navío totalmente automatizado, uno de los pocos diseñados con un control de misión completamente automático para evitar cualquier filtración de seguridad—, fue programado originalmente para destruir toda forma de vida en Belsavis y para que bombardeara cualquier cosa que tuviera el más remoto parecido con una estructura habitada hasta aniquilarla por completo.

—Porque los Jedi estaban aquí —dijo Leia sin perder la calma.

Los ojos de Keldor evitaron encontrarse con los suyos.

—El Emperador dio todos los pasos que consideró necesarios para reducir el riesgo de una guerra civil. Dejando aparte cualquier otra cosa que pueda decirse de ellos, los Jedi eran unos insurgentes en potencia y el Emperador opinaba que no se les podía confiar ninguna clase de poder.

—Y en cambio supongo que a él sí, ¿verdad? —Leia miró a Roganda—. Tú estuviste aquí de pequeña, ¿no? —preguntó—. Iban a atacar a tu familia.

—Todos vamos cambiando con el paso del tiempo, princesa.

Roganda cruzó sus delicadas manos y el topacio de su anillo brilló como una estrella sulfurosa bajo la luz de las velas. Cuando su jefe de personal y los nobles de Senex a los que tanto deseaba impresionar no se hallaban presentes, aquella tímida indefensión que la envolvía desaparecía por completo sin dejar ningún rastro. En su lugar aparecía una gélida ferocidad llena de odio, y el desprecio impregnado por el amor al poder que Leia supuso surgía de la envidia hacia aquellos que la habían desdeñado y del deseo de vengarse de ellos.

—Si hubiese seguido las estrictas tradiciones de mi familia habría sido destruida, igual que fueron destruidos ellos y Lagan, mi hermano mayor. Lo que hice fue adaptar esas tradiciones.

—Lo que quieres decir es que seguiste el camino del lado oscuro.

Eso la irritó visiblemente, y las cejas que parecían alas se levantaron.

— ¿Qué es el «lado oscuro», princesa? —Había mucho de Irek en su voz repentinamente helada, y Leia pensó que se encontraba ante otra persona que era incapaz de concebir la posibilidad de estar equivocada—. Algunos opinamos que la adhesión fanática a todos los puntos y comas de un código que se ha quedado anticuado es, si no exactamente oscura, por lo menos sí estúpida. Y por lo que he oído contar, el «lado oscuro» parece ser cualquier cosa que no encaje con esas enseñanzas inamovibles y divisorias, que me parece podríamos resumir en el lema cada-árbol-y-cada-arbusto-son-sagrados, y que restringieron el uso de los poderes de los Jedi y a cada cuerpo político que tuvo algo que ver con los Jedi, tanto si estaba de acuerdo con sus teorías como si no, de una forma tan pesada y opresiva como una cadena de hierro.

Movió la mano, aquella manecita que nunca había hecho ningún trabajo en toda su vida, como si estuviera invocando el espíritu del viejo aterrador envuelto en la túnica negra cuyos ojos incoloros todavía contemplaban a Leia de vez en cuando en sus sueños.

—Palpatine era un pragmático. Al igual que yo.

— ¿Y no te parece que ese pragmatismo, como llamas a esa forma de egoísmo, no es exactamente la esencia del lado oscuro?

—Para ser estrictamente pragmático, mi señora, disponemos de muy poco tiempo —dijo Keldor, sin dejar aclarado a quien se dirigía—. El *Ojo de Palpatine* podrá atacar este valle, que es su objetivo principal, dentro de cuarenta minutos.

Sus gélidos ojos claros se clavaron en el rostro de Leia, escrutándola y evaluándola.

«Igual que Moff Tarkin», pensó Leia. Keldor también estaba intentando averiguar que haría que se derrumbara.

—Es muy posible que escapéis a la destrucción gracias al refugio que ofrecen estos túneles escondidos. Pero os aseguro —y aquel destello de desprecio volvió a infiltrarse en su voz—, que todos los que se encuentren en el

valle morirán. Eso presumiblemente incluye a vuestro esposo, y lo mismo ocurrirá en todos los otros valles de este planeta. ¿Qué le hicisteis a vuestro androide?

—Yo no le hice nada —respondió Leia en voz baja y suave—. Hubo que recablear sus circuitos después de que intentara matarnos anoche.

— ¡Cambiaste sus diagramas! —Irek estaba perplejo—. ¡Pero un androide no puede funcionar si le cambias los diagramas! —Sus ojos llenos de horror fueron de su madre a Kendor, como si estuvieran buscando alguna confirmación de aquel hecho—. El viejo Magrody dijo que cada androide tiene un diagrama estándar y que...

—Obviamente el profesor Magrody no se relacionaba mucho con mecánicos de espaciopuerto —dijo Leia.

— ¡Pero ésa no puede ser la razón! —Irek giró en su asiento para volver a encararse con Keldor—. Nadie ha hecho alteraciones en los circuitos del *Ojo*...

—Que nosotros sepamos. —El corpulento hombrecillo volvió nuevamente la mirada hacia su pantalla sensora, y su rostro pareció deshincharse repentinamente bajo aquellos fragmentos de luz llenos de sombras, como si alguien hubiera dejado escapar todo el aire de su cuerpo. Leia casi pudo oír la batalla que estaba librando para impedir que el pánico se adueñara de su voz —. Pero la realidad, mi señor Irek, es que no sabemos si el daño sufrido por los relés de activación fue la única razón por la que el *Ojo de Palpatine* no acudió a su cita con el ala de ataque enviada a Belsavis hace treinta años. ¿Acaso no cabe la posibilidad de que los enemigos del Nuevo Orden averiguaran que se suponía que debía obedecer a la señal de los relés y consiguieran introducir un saboteador a bordo? Si una parte del núcleo del ordenador fue dañada, por ejemplo, durante un intento de sobrecargar los reactores...

— ¿Podéis arreglarlo? —Roganda puso la mano sobre la muñeca de su hijo para acallar lo que se estaba disponiendo a decir con el aire que había tragado, fuera lo que fuese--. ¿Podríais ir hasta allí en una nave y desactivar el centro de control de la misión?

Los ojos de Keldor se movieron lentamente. Leia casi pudo oír cómo calculaba la posible resistencia de la roca que tenían encima y a su alrededor, y cómo la comparaba con la potencia de fuego de los torpedos del *Ojo de Palpatine*.

—Por supuesto que puedo.

—Y si no podéis hacerlo —dijo Leia sarcásticamente—, entonces supongo que estaréis más seguro a bordo de la nave que aquí abajo.

Los ojos de Roganda se encontraron con los de Irek.

—Hice estallar el servomecanismo central de los silos de descenso —dijo el muchacho—. ¡Me ordenaste que lo hiciera! - -añadió, como intentando defenderse.

—La nave de Theala Vandron sigue en la pista. —Roganda se levantó y señaló la terminal portátil del rincón con una inclinación de cabeza—. Coged la terminal —dijo. Después guardó silencio durante unos momentos y contempló

a Leia con expresión pensativa- . Y a ella. Si no conseguís desactivar esa luna de combate, entonces necesitaremos un rehén.

La espada de luz de Irek cobró vida con un destello repentino, un estallido color llama en la oscuridad de la habitación cubierta de colgaduras negras. Dio un paso hacia Leia, y el frío cauterio de su hoja siseó levemente cuando la alzó delante de su rostro.

—Y será mejor que no intentes nada —dijo, con un destello de malévola alegría en su sonrisa—, porque yo no creo que tengamos tanta necesidad de contar con un rehén como piensa mi madre.

El pasillo estaba desierto.

«Garonnin —pensó Leia con desesperación, rechazando los últimos restos de mareo y falta de aliento inducidos por la droga—. Tiene que haber alguna forma de avisar a Garonnin de que está siendo traicionado...»

Lanzó una rápida mirada de soslayo a los botones de alarma rojos colocados a intervalos de doce metros en la pared, y se preguntó si los reflejos de Irek serían lo bastante veloces para partirla en dos si se lanzaba sobre uno.

Sospechaba que lo serían.

—Debo haceros una advertencia, mi señora —jadeó Keldor, que trotaba al lado de Roganda con su terminal portátil debajo del brazo y las tiras colgando en todas direcciones—. El ordenador artillero era una entidad semi-independiente de la Voluntad, el ordenador central del control de misión. Si ha habido algún problema con la Voluntad, puede que ni siquiera nos permita subir a bordo, y mucho menos llegar al núcleo central.

— ¿Quieres decir que tal vez no podamos detener al Ojo o controlarlo después?

La negrura de obsidiana de sus ojos chispeó con destellos de serpiente, enfurecida ante la estupidez que se atrevía a frustar sus planes.

Keldor torció el gesto.

—Existe esa posibilidad.

—Entonces espera aquí. —Roganda se metió por una puerta cercana entre un revoloteo de tela blanca. Irek se acercó un poco más a Leia y alzó su espada de luz en un ademán amenazador. La concubina volvió a aparecer un momento después con una pesada caja negra suspendida de una tira colgando de su hombro. Sus ojos implacables y despectivos se clavaron en Leia—. Más pragmatismo —dijo secamente—. Si hay una lección que aprendí cuando escapé de Coruscant antes de que llegaran los rebeldes, fue la de que nunca debes permitir que te falte el dinero.

El desprecio había vuelto a aparecer en su voz y era todavía más audible que antes, y además del desprecio había todo un mundo de resentimiento callado, el resentimiento de una mujer que ha sabido lo que significa ser pobre. «Como si yo no hubiera tenido que huir de una estrella a otra con mi cabeza puesta a precio», pensó Leia.

Pero Roganda era incapaz de verlo. Roganda estaba viendo la gran recepción del Emperador y veía a la última princesa de Alderaan, privilegiada y

mimada, cuyas tías ni siquiera se dignaban dirigir la palabra a una concubina imperial, y solo veía a los últimos representantes de todas esas Antiguas Casas que le lanzaban miradas desdeñosas porque no sabía escoger bien los vinos.

Y Leia alzó la cabeza, adoptando la misma actitud que tanto había odiado cuando la veía en cada mocosa rica y malcriada con la que había ido a la escuela, y reunió hasta el último átomo de sus burlas estridentes para que impregnara su voz.

—Lo necesitarás —dijo despectivamente—, si tu estúpida incompetencia en estas circunstancias provoca la muerte de los líderes de todas las Antiguas Casas.

Roganda la abofeteó. El golpe no fue muy fuerte, pero Leia agarró la muñeca de la pequeña y delicada concubina y tiró, interponiendo su cuerpo entre Irek y ella, y después recorrió a la carrera los dos o tres metros de pasillo que la separaban de uno de los botones de alarma rojos incrustados en la pared. Lo golpeó salvajemente con el canto de su mano y giró sobre sus talones, alzando las manos en el mismo instante en que Keldor levantaba su desintegrador...

Y antes de que Keldor tuviera tiempo de pensar y alterar su respuesta automática de no disparar en caso de rendición, Lord Garonnin apareció corriendo por el pasillo con el desintegrador en la mano.

— ¿Mi señora? ¿Qué...?

— ¡Van a traicionaros! —gritó Leia—. ¡Quieren huir y dejaros abandonado aquí! ¡Esa luna de combate va a destruir todo este lugar, y quieren irse en la última nave que queda!

Después se dio la vuelta y arrojó una lanzada de la Fuerza contra el cerrojo de la caja negra de Roganda.

El pánico, la falta de adiestramiento y el agotamiento y la desorientación de las drogas hicieron que su puntería no fuese perfecta, pero el resultado fue el mismo. La tira se partió y la caja —que Leia podía ver era extremadamente pesada— cayó ruidosamente al suelo, el cerrojo se abrió y...

Y las gemas, el dinero y los valores negociables se esparcieron por el suelo entre Roganda y su aristocrático jefe de seguridad.

—Estúpida traidora —murmuró Garonnin después de haber mantenido la mirada clavada en el pálido rostro de Roganda durante un segundo interminable, y alzó su comunicador.

Fue el último movimiento consciente que llevó a cabo. Irek dio un paso hacia adelante con una agilidad y una rapidez casi sobrenaturales y partió su cuerpo en dos desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda. La espada de luz cortó y cauterizó la carne y el hueso como un alambre al rojo vivo abriéndose paso a través de la arcilla.

Leia alargó la mano mientras el desintegrador de Garonnin se desprendía de los dedos muertos que lo sujetaban, y lo cogió al vuelo con la palma. Mientras lo hacía se lanzó al suelo para rodar sobre sí misma, y el haz desintegrador de Keldor se esparció sobre la roca allí donde Leia había estado de pie sólo un instante antes. Después echó a correr por el pasillo más cercano.

— ¡Mátala! ¡Se lo dirá a los demás! —oyó chillar a Irek, y un segundo después oyó ruido de pies lanzados en su persecución.

Leia huyó por una escalera, subiendo los peldaños de dos en dos, y después corrió por un pasillo, dejando atrás habitaciones vacías o umbrales sellados que olían a moho y estaban iluminados por la claridad intermitente de paneles luminosos que habían ¡do perdiendo su potente resplandor inicial con el paso del tiempo. Se metió por lo que creyó era otro pasillo y se encontró en una larga sala cuyo único ventanal daba a la oscuridad exterior salpicada por los guiños de las lámparas. Fue corriendo hasta el marco, y al otro lado del grueso panel de plex vio el promontorio rocoso que sobresalía por debajo del ventanal, el espeso telón de lianas..., y un lecho colgante de lianas de café iluminado por el resplandor de las luces de trabajo a menos de tres metros de distancia.

«Lechos colgantes. La plataforma de aprovisionamiento. Una escalerilla de emergencia que lleva hasta el fondo del valle...»

Estaba preparada para destrozar los cerrojos de la ventana de un disparo, pero no fue necesario. Estaban un poco duros, pero no habían sido bloqueados. Gritos, pies que corrían de un lado a otro en el exterior... Leia seguía teniendo dificultades para respirar y estaba un poco mareada debido a los estimulantes que le habían administrado, pero sabía que no le quedaba otra elección. Avanzó retorciéndose por la diminuta abertura hasta llegar a la roca que formaba aquel mínimo de alféizar—asegurándose de que no miraba abajo en ningún momento—, cerró su mano sobre una liana y se colgó de ella.

La liana tembló y cedió medio metro debajo de su peso, pero sin que supiera muy bien cómo descubrió que la enorme cesta de acero del lecho estaba debajo de ella, ofreciéndole un refugio seguro al que podía llegar sin dificultad. Alargó la mano hacia un cable de soporte y se agarró a él, soltándose de la liana sin dejar de jadear y temblar ni un solo momento. Leia alzó la mirada hacia los oscuros laberintos de los rieles, los harapos de neblina que flotaban a la deriva por entre los montajes de cables y poleas que sostenían las góndolas de los lechos y, por encima de todo ello, los fríos fragmentos blancos de hielo azotado por el viento que patinaban sobre la cúpula de plex. Sabía que no debería mirar hacia abajo, pero lo hizo y vio el lento girar de un mar de niebla roto por las formas oscuras de los árboles y las frágiles lámparas de una ciudad hundida.

Tremendamente lejos por debajo de ella.

Leia corrió ágilmente a lo largo de la angosta pasarela que recorría todo el lecho.

La estación de aprovisionamiento sujeta a la cara del risco, con sus gruesos lechos de cultivo festoneados de lianas, parecía estar imposiblemente distante.

Las góndolas de acero que sostenían los lechos colgantes medían diez o doce metros por seis, y estaban llenas de tierra de la que sobresalían y se desparramaban las pesadas lianas de café o de seda cargadas de hojas. Aquella era un lecho de cultivo de lianas de cafe, con gruesas aglomeraciones de bayas oscuras medio ocultas entre las hojas rayadas, y el olor agridulce del follaje no tardó en impregnar los pulmones de Leia. Estrechas pasarelas corrían por entre los lechos, poco más que escalerillas suspendidas de

cadenas y colocadas encima de rollos que se extendían o se contraían cuando los lechos eran bajados y subidos, o que podían ser separadas y recogidas por completo si un lecho era desplazado en sentido lateral hasta dejarlo unido a una de las estaciones de aprovisionamiento que había en la cara del risco. La mera idea de ir por una de ellas hizo que Leia se sintiera paralizada de terror, pero eran el único medio para ir de un lecho a otro hasta que llegara a la estación.

El lecho tembló, osciló y se bamboleó de un lado a otro. Leia giró sobre sí misma y vio que Irek acababa de salir por la ventana tal como había hecho ella, y que estaba corriendo con grácil rapidez por la pasarela hacia ella, la espada de luz ardiendo en su mano con un resplandor rojizo.

Leia disparó su desintegrador y falló. El muchacho se agachó ágilmente y desapareció entre las lianas. En vez de enfrentarse a él —sin saber exactamente a qué tendría que enfrentarse si lo hacía—, Leia huyó, encogiéndose sobre sí misma y echando a correr por la primera de aquellas pasarelas que parecían las hebras de una telaraña, agarrándose al cable de seguridad que formaba una frágil barandilla para el angosto pasaje mientras lo hacía. Temía que Irek cortara el puente por detrás de ella y tratara de hacerla caer, pero el muchacho no lo hizo, probablemente porque sabía que podría agarrarse a la escalerilla y trepar. Leia sintió su peso en la pasarela detrás de ella, pero no se atrevió a detenerse y darse la vuelta hasta que tuvo el siguiente lecho temblando y balanceándose debajo de sus pies. Entonces se volvió, justo a tiempo para ver cómo Irek saltaba de la pasarela y desaparecía entre las lianas.

Volvió a disparar, pero el desintegrador vibró en su mano con un tirón tan repentino que casi se le escapó de entre los dedos, y Leia tuvo que agacharse para esquivar el tajo de la hoja de energía y lo sintió pasar lo bastante cerca de ella para poder notar el frío que emanaba. Las lianas de café se enredaron en sus pies, pero se movió rápidamente y siguió esquivando los ataques de Irek, zigzagueando y saltando de un lado a otro. Volvió a esquivar su acometida, y un segundo después dos de las gruesas estacas que sostenían los tallos de las plantas se desprendieron del suelo y se lanzaron contra su cabeza como garrotes arrojados por una mano invisible. Irek estaba intentando hacerla caer de la góndola. El segundo disparo de Leia falló, y pudo sentir la presión de la mente de Irek sobre la suya. Sus pulmones parecían estar fallando, y estaba empezando a notar una creciente opresión en la garganta. Leia los relajó con un deliberado esfuerzo consciente y volvió a abrirlos, rechazando lo que Irek estaba intentando hacerle.

Un haz desintegrador cruzó el aire con un gemido estridente y se llevó un trozo de acero del borde de la góndola, dejando una masa de lianas que despedían humos acres entre ellos. Irek retrocedió y miró a su alrededor. Leia disparó desde una distancia inferior a los dos metros y medio, y la mente de Irek sólo reaccionó en el último segundo e intentó volver a arrancarle el desintegrador de la mano. El haz creó un desgarrón humeante en el hombro de la chaqueta del muchacho.

— ¡La tengo! —gritó la voz de Reidor en ese mismo momento—. La he...

Irek reaccionó lanzándose sobre Leia y la empujó hacia el borde de la góndola, y entonces hubo un terrible crujido en la capa de plex que se extendía

sobre sus cabezas y el panel se agrietó. Chorros de aire helado entraron por el orificio que había producido el desintegrador, y se convirtieron al instante en una columna de niebla que giraba a gran velocidad y dentro de la que flotaban fragmentos de nieve que chispeaban con destellos malévolos bajo las luces semejantes a estrellas.

Leia se agachó y atravesó la pantalla momentánea de niebla hasta la siguiente pasarela. Echó a correr por ella, aunque estaba ligeramente inclinada hacia abajo y su extremo apuntaba a un lecho de lianas de seda que se encontraba unos cuantos metros por debajo de ella y casi a diez metros en sentido lateral.

Esta vez Irek sí cortó la pasarela. Leia dejó caer el desintegrador y se agarró desesperadamente mientras la estructura metálica se inclinaba hacia abajo con una velocidad vertiginosa. La violenta sacudida y el tirón que la hizo temblar cuando llegó al final de su arco fueron espantosas, y le revolvieron el estómago y le helaron el corazón. La pasarela siguió oscilando y sacudiéndose, y Leia necesitó recurrir a todas sus reservas de valor para conseguir que sus dedos aflojaran su rígida presa el tiempo suficiente para empezar a trepar, pero sabía que era un blanco muy fácil. Un haz desintegrador quemó las puntas de las lianas a su izquierda.

— ¡La tengo! —oyó que volvía a gritar Reidor.

Leia se arrastró sobre el extremo de la jaula de acero y cayó entre las masas de las lianas, quedando envuelta en sus penetrantes olores. Arrancó una de las gruesas estacas que sujetaban las plantas, sabiendo que resultaría prácticamente inútil contra la espada de luz o el desintegrador, pero era la única arma que tenía al alcance. Fin ese mismo instante el lecho se sacudió y empezó a moverse, avanzando por el techo con un sordo gruñido a lo largo de sus guías y bamboleándose de un lado a otro con la inercia de su creciente aceleración. Leia se pegó al suelo y hundió los dedos entre las lianas mientras el lecho oscilaba y bailaba locamente al rozar las pasarelas que lo unían con los lechos de los alrededores primero, y se desviaba peligrosamente después cuando las delgadas escalerillas de acero se fueron rompiendo una detrás de otra.

«No mires abajo», se ordenó a sí misma, pero cuando alzó la vista vio dónde se cruzaban los rieles.

Otra góndola surgió de la nada y se deslizó a lo largo de sus guías, avanzando a toda velocidad hacia ella como un carguero fuera de control envuelto en una agitación de lianas colgantes. Leia volvió a pegarse al suelo, y la góndola hendió el aire a medio metro por encima de su cabeza. Los cables rechinaron cuando todo el lecho se inclinó bruscamente en un intento de llevársela consigo. Un instante después el lecho en el que se encontraba empezó a moverse cada vez más deprisa, bamboleándose locamente de un lado a otro mientras doblaba esquinas, subía y bajaba...

Oyó otro zumbido quejumbroso surgido de un desintegrador cuando un brusco giro la sacó de entre las masas de neblina y la introdujo en lo que Keldor consideraba era el radio de acción efectivo de su arma.

— ¡Aquí! ¡Está aquí!

El lecho vibró, se detuvo e invirtió su dirección.

Leia pudo ver a Irek de pie sobre otra góndola, ligeramente por encima de ella, una silueta iluminada por detrás entre los remolinos de niebla con la espada de luz ardiendo como una llama ambarina en sus manos.

Había niebla por todas partes, una confusión grisácea que escupía nuevos chorros de vapores mezclados con nieve a medida que el aire frío seguía entrando por la grieta de la cúpula. Otro lecho de lianas de seda se lanzó sobre ella siguiendo un curso de colisión. Leia evaluó la posibilidad de dar un salto que la llevara hasta ella, pero no se atrevió a correr el riesgo. Se tiró a! suelo y se pegó a él mientras la góndola chocaba pesadamente contra el lado de su lecho de lianas con un impacto tan potente que estuvo a punto de hacerla salir despedida, para alejarse tan rápidamente como había venido después. En un momento dado Leia estaba tambaleándose sobre un vertiginoso panorama de árboles, nubes y lucecitas perdidas en la lejanía por debajo de ella, y al siguiente se encontraba sumergida entre oscuros remolinos de niebla a través de los que las luces de su lecho de lianas brillaban como si fuesen piedras preciosas.

Algo enorme y oscuro surgió de la neblina por encima de ella, y Leia sintió la sacudida de algo cayendo sobre el lecho y oyó un estrepitoso movimiento de pies entre las lianas.

—No os mováis, princesa. No soy muy bueno con este trasto, pero a esta distancia no volveré a fallar.

El lecho de lianas de café salió de la neblina con un nuevo bamboleo. Ohran Keldor estaba inmóvil al otro extremo y la apuntaba con su desintegrador

La góndola redujo la velocidad, pero siguió moviéndose en un curso que la llevaría hasta el lecho de lianas sobre el que Irek se alzaba como un esbelto dios negro.

Otro jardín ascendió por debajo de ellos con un repentino rechinar de cables, escapando al choque por menos de un metro de distancia, y Han Solo saltó desde su borde y cayó sobre las lianas al lado de Keldor. En ese mismo instante ese lecho de cultivo y aquel en el que había viajado Han para llegar hasta ellos giraron en otra dirección, y empezaron a avanzar por los rieles hacia la estación de aprovisionamiento festoneada de lianas pegada a la cara del risco, donde Leia pudo ver a Jevax y Chewbacca detrás de los controles.

— ¡No! —gritó Irek.

— ¡Corre, Leia! ¡Ve a la estación! —gritó Han, que acababa de arrancar el desintegrador de la mano del asombrado Keldor.

Pero en vez de huir, Leia se abrió paso a través de las lianas y asestó un potente golpe de estaca sobre la nuca de Keldor mientras éste luchaba con Han al borde de la góndola.

Keldor se tambaleó. Han tiró de él apartándole del abismo y le empujó hacia el otro extremo de la góndola, que ya estaba aproximándose a la estación de aprovisionamiento. Jevax avanzó por entre la frondosa espesura de lianas y extendió una pértiga para acabar de guiar a la góndola. Irek volvió a gritar, pero Leia no pudo comprender sus palabras.

Y las poleas que unían la góndola a la red aérea se partieron con un chasquido metálico.

Leia saltó hacia la jungla colgante formada por las lianas de la estación de aprovisionamiento. Han saltó detrás de ella y Leia pensó que no lo conseguiría y desplegó la Fuerza hacia él, pero después nunca supo si había sido la agilidad de Han o alguna energía añadida por ella lo que le permitió agarrarse al final de la barba verdosa suspendida en el vacío.

Pero en cualquier caso Ohran Keldor, arquitecto de la Estrella de la Muerte y único técnico superviviente del Ojo de Palpatine, no poseía ni la Fuerza ni los músculos bien adiestrados de un contrabandista acostumbrado a los peligros y las aventuras para que le ayudaran.

Y si Irek era capaz de levitarle sacándole del lecho de lianas de seda que se precipitaba hacia su destrucción, o no reaccionó con la rapidez suficiente o ni siquiera lo intentó. El grito de terror del científico creó ecos en el fantasmagórico hervor de neblina que seguía descendiendo por la grieta de la cúpula, y cuando Leia y Han lograron llegar a la seguridad de la plataforma ya no quedaba ni rastro de Irek.

CAPÍTULO 24

El cierre de la compuerta de la lanzadera detrás del último contingente de la tribu de los gakfedds hizo que el hangar pareciese quedar sumido en un profundo silencio. Más allá del sello magnético, la curva blanco azulada de Belsavis devolvía un frío esplendor de luz, una radiación color hueso que robaba el color a las facciones de Cray llenándolas de sombras macilentas y convertía a Nichos en una silueta de mármol plateado.

—Ahí está —murmuró Callista—. Allí, donde las nubes suben formando columnas por encima del calor de la fisura térmica...

Incluso desde esa distancia, Luke ya podía ver el caos del lado nocturno tachonado de estrellas en el que se encontraba la Fisura de Plawal.

Se apoyó como un anciano cansado en su bastón y se acordó del joven Jedi que se había presentado ante él un año antes, trayendo consigo a una rubia alta y muy elegante. «La programadora de inteligencias artificiales más brillante de todo el Instituto Magrody..., y además tiene una gran capacidad para emplear la Fuerza.»

Luke se acordaba de que Cray había dado un paso hacia adelante para estrecharle la mano, asumiendo inmediatamente el control de la situación para que esta no pudiera controlarla a ella.

«Lo siento», quiso decirles sin saber muy bien por qué.

¿Que lamentaba?

La vida.

Aquello.

Todo.

—El transporte será lanzado primero en modalidad automática —dijo, obligando a su mente a concentrarse en lo que realmente importaba. Luke sabía que les quedaba muy poco tiempo—. En cuanto haya salido del campo magnético, la Lanzadera Azul irá a...

Movió una mano señalando el gigantesco bloque blanquecino de la Telgorn. La nave se bamboleó de manera casi imperceptible, y pudieron oír golpes ahogados que resonaban en su interior. Durante un momento Luke agradeció que la cabina de control estuviera totalmente separada del compartimento de pasajeros.

—Triv...

El anciano ex soldado surgió de las sombras entre las que había estado inmóvil al lado de Cetrespeó. Se había quitado su armadura blanca, y volvía a llevar las prendas descoloridas y adornadas con bordados de flores que vestía cuando subió a bordo. Su rostro moreno estaba tranquilo, pero había todo un infinito de pena en sus ojos.

—Tendrás que hacerte cargo de la Lanzadera Azul en el caso de que haya cualquier problema, pero los controles están sintonizados con la consola de la Lanzadera Roja y Nichos pilotará las dos naves desde allí.

Luke tragó una temblorosa bocanada de aire.

—Cray...

Era la primera vez que veía a Cray y Nichos tan cómodos y a gusto estando juntos, y tan cerca el uno del otro desde aquellos días en Yavin antes de que las manos de Nichos hubieran empezado a entumecerse y de que se le nublara la vista. Los pequeños camuflajes habían desaparecido y ya no quedaba ni rastro de las superficies ornamentales que habían recubierto las articulaciones de las muñecas y el cuello, y Nichos era más androide que nunca, pero algo en su postura y en su silencio parecía sugerir que los últimos ocho meses nunca habían existido.

—Hay una cápsula de escape al final del pasillo junto a la cubierta de artillería —dijo Luke en voz baja y suave—. Cuando haya llegado al final del pozo, te avisaré con un grito y te meterás en esa cápsula y saldrás de aquí lo más deprisa posible. Creo que tendrás tiempo.

—Creía que sería yo quien subiría por el pozo —murmuró Cray.

Luke meneó la cabeza.

—Nunca conseguiría llegar hasta la cápsula. He descansado... —Luke pensó que no era del todo mentira—. Puedo utilizar la Fuerza para interferir el funcionamiento de la parrilla, y creo que tendré las energías suficientes para levitar hasta el final del pozo. Cuando haya llegado al núcleo central...

Volvió a hacer otra profunda inspiración de aire.

—Cuando haya llegado al núcleo central intentaré inutilizar los cañones en vez de hacer estallar la nave. Según las lecturas que obtuviste del ordenador central, debería ser posible hacerlo desde allí.

— ¿Y si no es posible? —preguntó Callista.

—Entonces... —Luke estuvo a punto de no poder pronunciar las palabras—. Entonces iniciaré la sobrecarga del reactor. Pero si en diez minutos no ha estallado, Cray, y para entonces estarás fuera de aquí y dentro de la cápsula, empieza a pensar en cómo vamos a conseguir la memoria suficiente en una unidad para sacar a Callista de la nave. Después de que eso haya sido hecho, la haremos estallar.

—No —dijo Callista.

—Callista, no puedo...

—No.

Luke casi pudo verla inmóvil delante de él, sus rasgos decididos y pálidos y sus ojos color humo muy sombríos, como habían estado en aquel otro hangar hacía treinta años.

—No podemos correr ese riesgo, Luke. No puedes correrlo. Supongamos que tienes razón y que encuentras una forma de inutilizar los cañones, y me refiero a dejarlos realmente inutilizados y no a que el *Ojo* te mienta y te diga que están inutilizados. Eso deja al *Ojo* en órbita hasta que puedas reunir el número suficiente de unidades de memoria, circuitos y sinapsis. Nunca conseguirás encontrar esa clase de equipo en Belsavis. Por lo que me has contado, no es más que una estación agrícola, y no precisamente de las más grandes. Así que pides que le envíen el equipo, y tardan uno o dos días en

llegar... Y mientras tanto quienquiera que haya llamado al *Ojo de Palpatine* aparece, y todos los almirantes imperiales que se han enterado de lo que está ocurriendo aparecen también... ¿Crees que la República va a poder mantener a raya a toda esa jauría? ¿Con una instalación de combate como ésta siendo el premio para el vencedor?

Luke guardó silencio, incapaz de discutir sus argumentos y de decirse a sí mismo que la oscura flor del conocimiento y el miedo helado de su sueño habían sido ilusiones.

Algo había hecho venir al *Ojo*, y algo estaba esperando su llegada.

Y ese algo ya casi lo tenía a su alcance. —Haz estallar los reactores, Luke.

Callista habló en un tono de voz tan bajo que apenas pudo ser oído en el profundo silencio de la cubierta de las lanzaderas. Nadie más habló, pero Luke fue consciente de que los ojos de Cray estaban clavados en su rostro y que, de una manera que no se hallaba al alcance de ninguno de los otros, sabía lo que estaba pasando por su cabeza.

Cray sabía que su decisión de subir por el pozo estaba basada parcialmente en el conocimiento de que si destruía la nave —si destruía a Callista—, estaría en su corazón cuando llegara el fin.

—No permitas que la Voluntad te engañe —siguió diciendo Callista en voz baja y suave—. No lo permitas, Luke, porque... Bueno, la Voluntad sabe muy bien hasta qué punto deseas engañarte a ti mismo.

—Ya lo sé. —Dudaba de que alguno de los demás hubiera oído sus palabras, pero estaba seguro de que Callista las había oído—. Lo sé. Te amo, Callista...

—Y yo a ti —susurró ella—. Gracias por haberme hecho volver desde tan lejos.

Luke se irguió, como si algún peso terrible acabara de desvanecerse de sus hombros.

—Nichos, Cetrespeó, Triv... Preparaos para el lanzamiento. Cray, sigo queriendo que seas quien se quede abajo y salga de aquí.

Luke giró sobre sí mismo justo a tiempo de ver cómo Cray sacaba la pistola aturdidora de la funda que colgaba junto a su costado.

Y comprendió que había pensado en todo menos en aquello. «La Voluntad hará cualquier cosa, utilizará cualquier medio...» Luke se lanzó al suelo y rodó sobre sí mismo intentando moverse lo más deprisa posible.

Pero el implacable e insidioso castigo del agotamiento y el dolor habían reducido considerablemente la velocidad de sus reacciones y vuelto casi inutilizable cualquier oportunidad de usar la Fuerza que pudiera tener, y el haz aturdidor cayó sobre él con un impacto tan devastador como el de un garrote, hundiéndole en un abismo lleno de oscuridad.

— ¿Quién diablos era ese tipo?

Leia tiró de Han, izándole el último medio metro que le faltaba para llegar a la plataforma. Jevax y Chewie se inclinaron ¡unto a ella y extendieron los brazos para ponerle a salvo. Ráfagas de viento frío le azotaron los cabellos haciéndolos bailar de un lado a otro y la niebla se arremolinó alrededor de ellos durante un momento, y después se desgarró para revelar la suave ondulación del lago en el valle que se extendía debajo del risco.

Leia pudo oír el tenue clamor de alarmas lejanas surgiendo de la ventana abierta entre las lianas que cubrían la cara del acantilado.

— ¿Puedes llevarnos de vuelta allí, Jevax? Ahí, debajo de esa cornisa... ¡Y haz sonar todas las alarmas del valle! De todo el planeta, de todos los puestos con los que puedas ponerle en contacto... Todo el planeta va a ser bombardeado desde el espacio. No sé cuánto lardarán en empezar, puede que sólo unos minutos...

— ¿Quién era ese tipo? —volvió a preguntar Han—. ¿Y quién mató a ese hombre del pasillo? Erredós nos guió por las criptas, y después subimos por un ascensor... ¿Qué ha sido de los guardianes de los túneles?

— ¿Bombardeado? —-preguntó Jevax, horrorizado.

— ¡Sí, y muy pronto! ¡Vamos! Que todo el mundo se refugie en los antiguos túneles de los contrabandistas... Utiliza los silos del espacio-puerto, es el sitio más seguro. No figurará entre los objetivos, porque hace treinta años aún no había sido construido...

Chewie volvió a la estación de aprovisionamiento y salió de ella con un controlador en sus manazas peludas. Un instante después una góndola de lianas de café fue hacia él, una espléndida y parsimoniosa barcaza recubierta de flores avanzando a lo largo de sus rieles de guía.

—Ese super-navío del que nos habló Mará, la otra mitad del ataque lanzado contra Belsavis... ¡Viene hacia aquí! Irek lo llamó... El hijo de Roganda, Irek...

— ¿Ese chaval?

—Ha sido adiestrado en el uso de la Fuerza, y puede influir sobre los sistemas mecánicos... Hará picadillo a nuestra flota...

Leia saltó de la plataforma y cayó sobre la gruesa masa de lianas del lecho. Después del espantoso descenso en la pasarela cortada y de haber saltado desde el lecho que caía hasta la delgada capa de lianas, aquel corto salto hasta un objeto firmemente asegurado no la preocupó en lo más mínimo.

Han masculló un juramento y saltó, agarrándose a los cables para que le proporcionaran un punto de apoyo. Chewie saltó detrás de ellos.

— ¡Hay que avisarles! —chilló Leia mientras el wookie hacía girar la palanquita de su controlador. La góndola de lianas de café empezó a avanzar lentamente a lo largo de los rieles, abriéndose paso a través de una banderola de niebla hacia el distante promontorio del risco y la ventana que se abría debajo de él—. ¡Todo el mundo debe ponerse a cubierto!

Jevax ya estaba metiéndose en el pequeño ascensor de servicio que le llevaría a lo largo del risco.

Drost Elegin, la dama Theala Vandron y un abigarrado y vociferante grupo cié guardias privados, secretarios y representantes de las corporaciones se habían reunido en la sala desde la que Leia había saltado a la primera góndola de lianas. Todos corrieron hacia la ventana al ver aproximarse el lecho flotante. Algunos iban armados, pero Leia oyó la seca voz de la dama Vandron dando órdenes en cuanto estuvieron un poco más cerca.

— ¡No disparéis, idiotas! Podrían haber escapado...

Chewie lanzó una escalerilla de cuerda. Media docena de manos la pillaron al vuelo y la sostuvieron para que Han, Leia y el wookie pudieran cruzar por ella.

Erredós estaba entre la dama Vandron y uno de los matones de Roganda, y se mecía de un lado a otro mientras lanzaba zumbidos y trinos llenos de excitación. Leia entró por el ventanal y Drost Elegin, caballero hasta la médula, le ofreció una mano para ayudarla a bajar.

— ¡Todos habéis sido traicionados! —exclamó Leia—. Cuando Irek descubrió que no podía controlar el *Ojo de Palpatine*, él y su madre decidieron huir. Mataron a Lord Garonnin...

Los invitados se miraron los unos a los otros.

—Echad un vistazo a su cuerpo—dijo Leia con voz llena de furia—. ¡Irek es la única persona que tiene una espada de luz! Y si examináis el pasillo, probablemente encontraréis un rastro de joyas y bonos negociables que lleva hasta el ascensor.

Leia se dio cuenta de las miradas que intercambiaron los guardias. Hasta el momento, nadie había desenfundado un arma.

—Perseguirles y alcanzarles debería ser bastante sencillo —dijo Lord Picutorion—. Disponemos de algunas de las naves más rápidas que...

—No con todas las puertas de los silos del espaciopuerto atascadas —replicó Leia, y se volvió hacia la dama Vandron—. Van a escapar en vuestra nave, Alteza... El *Ojo de Palpatine* empezará a bombardear el planeta en cualquier momento, así que sugiero que todo el mundo vaya lo más abajo que pueda y se aleje todo lo posible por los túneles.

—Las criaturas de la cripta... —empezó a decir la dama Carbinol, aquella aristócrata morena y de aspecto atlético.

—No harán nada sin la voluntad de Irek para darles instrucciones —dijo Elegin. Se volvió hacia Han y Chewbacca, que seguían inmóviles delante del ventanal—. Como me atrevería a decir que descubrieron cuando vinieron, ¿no? —Desenfundó el desintegrador que llevaba al costado—. Después de vos, Alteza... Tal vez todavía podamos atraparles antes de que despeguen.

De hecho, se encontraron con dos o tres infortunados ex contrabandistas vagabundeando por los pasillos más alejados de las zonas habitadas, allí donde la fisura térmica se deslizaba por debajo del hielo, pero tal como había dicho Elegin, la desaparición de la voluntad de Irek hizo que las criaturas huyeran aullando de las luces que empuñaban Han, Leia y los enfurecidos aristócratas que avanzaban detrás de ellos. Mientras corría Leia pensó que sin Irek presente para interferir las lecturas de los sondeos no deberían tener

muchas dificultades para localizar a aquellos patéticos guardianes y proporcionarles cualquier clase de ayuda de que pudieran ser objeto.

Se preguntó que tenían que decir los viejos registros Jedi que Luke había ido reuniendo pacientemente acerca de aquel tipo de abusos del poder de la Fuerza, y qué podrían hacer acerca de ellos quienes tuvieran el don de curar.

—Típico —oyó que le decía secamente la dama Carbinol a alguien que estaba al final del grupo que, como ya había notado Leia, estaba formado mayoritariamente por miembros de las Antiguas Casas, ya que los representantes de las corporaciones habían preferido iniciar una prudente búsqueda de las defensas más profundas que pudieran encontrar—. Nunca confié en esa mujer... No me gustaría parecer una esnob, pero la cuna y la educación siempre acaban saliendo a la luz, y en este caso no cabe duda de que lo han hecho.

De vez en cuando encontraban una joya o un documento de crédito caído en el suelo para indicar la dirección por la que había huido Roganda.

Las puertas del ascensor que llevaba a la superficie estaban atascadas.

—El servo de arriba ha estallado —dijo Han, y apartó la placa del botón de llamada para echar un vistazo al monitor.

—Irek hizo lo mismo con el servomecanismo central que controla los silos de descenso —dijo Leia—. No sé hasta qué distancia resulta efectivo su poder, pero no es algo que quiera ver ocurrir si estuviéramos dentro de un caza X y nos preparásemos para entrar en combate. ¿Hay alguna escalera? —preguntó a Drost Elegin, que asintió.

De hecho era una rampa circular, ya que los antiguos contrabandistas tenían que bajar los cargamentos por ella. Erredós, que les había seguido estoicamente a lo largo de los pasadizos y rampas desde los laberintos principales ocultos detrás del acantilado, les alcanzó y empezó a rodar por delante de ellos con el pequeño haz luminoso de su reflector brillando sobre la lisa piedra del suelo y las paredes de roca llenas de señales y agujeros. El lugar olía a kretehs, y el frío se fue intensificando a medida que ascendían hasta que el aliento de Leia se convirtió en una nubécula bajo la luz de las lámparas. La dama Carbinol prestó su chaqueta protectora a Han cuando llegaron a la pequeña casamata superior, y Han, Leia en su traje térmico y Drost Elegin, el único otro miembro del pequeño grupo que disponía de una chaqueta protectora, avanzaron junto con Chewbacca y el androide por el escarpado sendero que serpenteaba a través de la columna vertebral de roca protectora hasta desembocar en la pista de los hielos y su achaparrado hangar blanco.

La puerta del hangar estaba abierta y las luces del interior relucían con destellos fantasmagóricos sobre la nieve que se agitaba a través de ella, ondulando y bailando en remolinos que eran rechazados por el campo magnético. Alrededor de la pista, la nieve estaba tachonada por las características estrellas quíntuples producidas por los transportes Tikiar.

Salvo por los dos tripulantes de la dama Vandron, que habían sido atados con cinta adhesiva en un rincón y estaban temblando de frío, el hangar se hallaba desierto.

Leia se rodeó el cuerpo con los brazos y se estremeció mientras el viento le quemaba las mejillas desprotegidas. Chewbacca gruñó, su largo pelaje marrón agitado en todas direcciones por los vientos agonizantes. El negro hervir de nubes que se desplegaba sobre sus cabeza se había roto, y ya mostraba el pálido gris pizarra del amanecer de Belsavis.

—Por lo menos podremos advertir a Ackbar murmuró Leia---. El poder que Irek ejerce sobre los sistemas mecánicos puede ser anulado si se introducen pequeños cambios en los diagramas. Puede causar daños a cualquier nave que no haya sido avisada, pero podemos prevenirles.

—Era un plan que necesitaba del efecto sorpresa -asintió Drost Elegin, echando hacia atrás su cabellera negra salpicada de canas y alzando la mirada hacia el cielo- . Aunque por lo que sé sobre los sistemas mecánicos de las naves estelares, ciertos diagramas no pueden ser alterados en lo más mínimo si se quiere que la nave funcione. Debéis admitir que la ventaja inicial habría sido devastadora..., tal vez decisiva.

Bajó la mirada hacia Leia y sus pálidos ojos brillaron con un destello helado.

—Lo único que queremos es disponer del poder suficiente para que todos nos dejen en paz, princesa. Quizá estamos pagando el castigo por nuestro apresuramiento al pensar que una arribista sin principios y su mocoso podían llegar a proporcionárnoslo.

Giró sobre sí mismo y se alejó por el camino que volvía a la rampa y que le llevaría hasta el refugio del subsuelo.

Han dio un paso hacia adelante y rodeó a Leia con los brazos.

— ¿Sabes que era la Mano del Emperador? —murmuró—. Su otra mano, quiero decir —añadió mientras Leia alzaba rápidamente la vista hacia él con una protesta en los labios—. Y Mará se lo ha tomado francamente mal.

—Eso explica de qué manera pudo hacer cosas como secuestrar a Nasdra Magrody y utilizar fondos imperiales —dijo Leia—. Debió de planear todo el proceso de desarrollo de los poderes de Irek desde que se enteró de que los tenía, tal vez incluso antes de que naciera... Ahora están ahí fuera, y siguen siendo un peligro.

Dejó escapar un suspiro, sintiéndose repentinamente muy cansada y, tal como había hecho Elegin, alzó la mirada hacia el cielo plomizo, como si pudiera ver el rastro de la nave espacial huyendo de aquel sitio que había sido su primero, y último, verdadero hogar.

—Será mejor que nos pongamos a cubierto —dijo Han en voz baja—. Si esa nave de la que habló Mará va a tratar de cumplir con su misión, no sabemos hasta qué distancia del risco fue programada para extender el bombardeo. Esperemos que las cavernas sean lo bastante profundas.

Un puntito de luz blanca apareció de repente en la oscuridad del cielo, se desvaneció y después se hincho velozmente hasta convertirse en un destello monstruoso. Han se encogió sobre sí mismo y se tapo los ojos con el brazo. Leia volvió el rostro a un lado y vio sus sombras — hombre, mujer, wookie, androide— delineadas durante un fugaz momento sobre el merengue blanco azulado de las masas de nieve entre las que se encontraban.

¿Qué...? —murmuró Han.

—No lo sé —respondió Leia—. Pero era demasiado grande para haber sido una Tikiar. Tiene que haber sido el *Ojo*.

—Perdóname, Luke.

Luke rodó sobre sí mismo, sintiendo todo el cuerpo dolorido por el impacto del haz aturdidor. Oyó unos suaves trompeteos en la semi-oscuridad, y una enormidad blanca y peluda surgió de la nada y se inclinó sobre él, apremiándole a acostarse y empujándole suavemente con la blandura acolchada de sus manazas negras.

Talz. Estaban agrupados alrededor de la litera de emergencia sobre la que yacía, y todo el oscuro recinto de la lanzadera estaba impregnado por el olor de su pelaje.

Alguien estaba cantando «Saqueando aldeas una detrás de otra».

Luke se irguió, y lo lamentó al instante.

—Perdóname —repitió la voz de Callista mientras Luke volvía a recostarse.

Los jawas parloteaban cerca de él, y sus ojos amarillos relucían en la oscuridad. Por encima de las cabezas de los talz pudo ver un extremo de la lanzadera lleno de piezas de androides viejos y cascos de soldados de las tropas de asalto usados como cubos para guardar trozos de metal, cables y células de energía. Se acordó de que cuando dirigió sus pseudo-mensajes de la Voluntad a los dos grupos de gamorreanos, Callista les había dicho que era Intención de la Voluntad que dejaran todas sus armas fuera de sus lanzaderas respectivas.

La voz era muy débil y tenía un curioso timbre metálico. Luke volvió la cabeza y vio el lector colocado sobre el delgado colchón de la litera junto a él. El holograma del rostro de Callista era borrosamente visible sobre el aparato, casi tan insustancial como la transmisión de audio.

Parecía agotada, como en el sueño-visión de ella que Luke había tenido en la sala artillera, con sus cabellos castaños escapando de la apresurada trenza en que los había recogido y sus ojos grises llenos de paz.

—Fue idea mía..., mía y de Cray. Temía que... Las dos temíamos que en el último momento te decidirías por cualquier otra alternativa que no fuese la destrucción completa del *Ojo de Palpatine*, que intentarías ganar tiempo para sacarme de la nave. Siento haber..., haber tomado tu decisión por ti.

Su imagen se desvaneció y fue sustituida por la de Cray, cansada y con los rasgos endurecidos por la tensión, pero con aquella misma paz agotada en sus ojos.

—Conmigo en la sala artillera utilizando la Fuerza contra la parrilla de enclisión, supongo que es posible que un androide suba por el pozo... Y un androide podría recibir unos cuantos impactos y seguir siendo capaz de funcionar. Nichos estuvo de acuerdo.

Los rasgos pálidos e inmóviles del Jedi que había sido discípulo de Luke durante un año aparecieron junto a ella, con un aspecto extrañamente independiente y lejano delante del metal del capuchón craneano. La mano —

aquella copia exacta de la mano de Nichos— estaba inmóvil sobre el hombro de Cray, y Cray extendió el brazo hasta rozar los dedos que habían sido programados para imitar el calor humano.

—Sabes que nunca fui más que un sustituto, Luke, un androide programado para pensar, recordar y comportarse como una persona a la que Cray deseaba desesperadamente seguir teniendo junto a ella. Y eso podría no haberme importado, si..., si no la hubiera amado. Pero no soy el Nichos vivo que conocisteis, y sé que nunca podré llegar a serlo. Siempre sería algo menos, algo que no era Nichos,

—Nichos está al otro lado, Luke —murmuró Cray—. Lo sé, y Nichos... —Sus labios se curvaron en la sombra de una sonrisa—. Y este Nichos lo sabe. Recuérdanos.

Sus imágenes se desvanecieron.

Ninguna imagen la sustituyó, pero Luke volvió a oír la voz de Callista.

—Perdóname, Luke. Te amo. Y siempre te amaré...

Un cegador estallido de blancura se extendió por las mirillas de estribor.

— ¡No!

Luke se levantó de un salto. Se abrió paso a empujones y codazos a través de los talz, de los jawas que se habían apelotonado delante de las mirillas y de los delicados y apacibles tripódales agrupados alrededor de los enormes montones de chatarra de los jawas, y se desplomó sobre la pared justo a tiempo de ver cómo la gigantesca llamarada blanca se iba desvaneciendo al otro lado del asteroide que flotaba a la deriva.

El asteroide suspendido en la lejanía parecía tan diminuto...

— ¡NO!

Y después llegó la explosión, tan inexorable y tremenda como la destrucción de todo un mundo que se hace añicos.

CAPÍTULO 24

Mará Jade apareció a bordo de su nave *Suerte del Cazador* para recogerles muy poco tiempo después.

—Salí del hiperespacio casi delante de esa Tikiar —les explicó.

Ella y Leia estaban ayudando a Luke a recorrer la corta conexión temporal de tipo prensil que iba desde la escotilla de la Lanzadera Roja hasta la del *Suerte*. Chewbacca estaba detrás de ellos, lanzando furiosos gruñidos a los jawas y gamorreanos que intentaban seguirles y haciendo tanto ruido que se le podía oír incluso en aquella atmósfera tan tenue que casi rozaba el vacío. Cetrespeó, que se las había arreglado para pilotar ambas lanzaderas alejándolas de la cada vez más extensa nube de restos en que se había convertido el *Ojo de Palpatine*, se había quedado con el wookie para traducir, explicando en un considerable número de lenguajes que todo se hallaba bajo control y que se ocuparían de todos.

—Avanzaba por el Corredor como si tuviera una manada de demonios del vacío a la cola —siguió diciendo Mará—. De haber sabido quiénes eran probablemente habría disparado, pero iban tan deprisa que lo más probable es que no hubiese conseguido dar en el blanco, ¿Estas bien, Skywalker?

Tecleó la secuencia de entrada en la escotilla principal del *Suerte*, y contempló con expresión preocupada a Luke mientras el recinto se iba llenando de aire.

Luke asintió. Hablar le parecía algo carente de objeto. Supuso que se curaría tanto por dentro como en el aspecto físico. Sabía que la gente lo hacía.

El negro golfo de vacío que había en su interior no siempre sería la única cosa que pudiera ver.

En aquellos momentos lo único que deseaba era dormir.

Leia le rodeó la cintura con el brazo, y Luke sintió el roce de su mente en la suya. «Luego me lo contarás», le dijo.

Luke pensó que a su hermana le habría gustado Callista.

Y a Mará, a su manera fría y cautelosa, también le habría gustado.

—Estoy bien —dijo, sabiendo que era una mentira.

—Hay un centro médico de las corporaciones bastante bueno en Plawal —estaba diciendo Mará mientras ayudaba a Luke a recorrer el corto tramo de pasillo que llevaba hasta uno de los pequeños camarotes.

El *Suerte del Cazador* era un yate de niño rico que había sido abordado por unos piratas hacía varios años, pero todavía conservaba algunas de sus comodidades, entre ellas una cama auto-amoldable en un hueco con una pequeña pantalla de monitor sintonizada al puente. Después de haber dormido sobre montones de mantas en el suelo de los rincones de unos despachos, aquella suave comodidad resultaba un poco extraña.

— ¿Quién es ese vejestorio al que has confiado el rebaño de la Lanzadera Azul, chaval?

Han, que estaba en el puente, alzó la mirada hacia lo que estaba claro era su pantalla.

Oír el apodo con el que le había bautizado su amigo hizo sonreír a Luke.

—Se llama Triv Pothman —dijo—. Hace mucho tiempo era soldado de las tropas de asalto.

Recostó la cabeza sobre la almohada, y apenas sintió cómo Leia abría la pernera de su traje para colocar dos parches de gilocal concentrado y administrar una dosis masiva de antibióticos a la carne inflamada y llena de morados.

Luke oyó el juramento ahogado que lanzó Mará.

— ¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó después.

Hacer una estimación del tiempo transcurrido le resultó inesperadamente difícil.

—Cinco días, seis...

Mará cortó el entablillado con el que Matonak había rodeado la pierna. Luke casi no se enteró de que le quitaba el trozo de cañería y las vueltas de cinta adhesiva.

— ¿Y la Fuerza ha curado eso? A juzgar por el aspecto de esas heridas, deberías tener gangrena desde tus cuadríceps hasta las puntas de los dedos del pie.

— ¡Erredós!

Luke oyó la voz de Cetrespeó en el pasillo. Volvió la cabeza hacia el hueco de la puerta y vio cómo el androide de protocolo extendía sus brazos llenos de abolladuras hacia su achaparrada contrafigura astro-mecánica, que también estaba abollada, tiznada y recubierta por una costra de barro y suciedad viscosa.

— ¡Qué extremadamente gratificante resulta verte en condiciones de operar!

«Nunca seré nada más que un androide —le oyó decir a la voz de Nichos dentro de su mente—. Si no la amara...»

—Y Su Alteza —siguió diciendo Cetrespeó—. Confío en que su misión en Belsavis discurriera tal como esperaba.

—Me temo que no puedo decir que todo haya ido como esperaba, Cetrespeó —respondió Leia.

—Podrías, si estuvieras dispuesta a tomarte unas cuantas libertades con la verdad —intervino Han desde el puente—. Vaya, ¿qué tenemos aquí? Estamos recibiendo una señal procedente de los restos. Parece una cápsula de emergencia.

Luke abrió los ojos.

—Cray.

«Así que ha decidido seguir viviendo después de todo...» Algo se preguntó por qué en su interior.

Mará fue al puente para encargarse del rayo tractor, y Luke insistió en que Leia volviera a entablillarle la pierna para poder bajar al hangar en el que meterían la cápsula.

—Necesitará que..., que se ocupen de ella —dijo.

Se irguió hasta quedar sentado en la cama mientras su hermana ajustaba el entablillado. Al moverse se vio reflejado durante un momento en el espejo del otro lado del camarote, que estaba colocado detrás de lo que en tiempos había sido un bar, y se sorprendió al ver lo mucho que su rostro había adelgazado y se había llenado de arrugas durante la última semana. Los ojos azules parecían muy claros en unas cuencas descoloridas por la fatiga y la falta de sueño, y los morados que ya se iban difuminando marcaban las líneas de la mandíbula y el pómulo debajo de los profundos cortes que había dejado la metralla. La barba marrón que había empezado a crecerle le daba el aspecto de un viejo ermitaño desgastado por la vida y las penalidades apoyado en su bastón.

Luke se dio cuenta de que su aspecto actual recordaba un poco al del viejo Ben.

Leia le ayudó a levantarse. Ella también parecía haber pasado por una terrible prueba.

— ¿Y tú? ¿Estás bien? —preguntó Luke

Leia asintió, moviendo una mano como si quisiera barrer sus preocupaciones.

— ¿Y qué hay de Cray? ¿Nichos ha...?

Luke vio cómo Leia titubeaba y no se atrevía a pronunciar la palabra «muerto», pues acababa de acordarse de que después de lo que Cray había hecho por el —y de lo que le había hecho—, Nichos se había convertido en una criatura incapaz de morir.

—Es una historia muy larga —dijo Luke, sintiéndose terriblemente cansado —. Me... Me sorprende que Cray subiera a la cápsula de emergencia. Tenía la impresión de que ya no sentía muchos deseos de vivir.

—La tengo —oyó que decía Mará por el intercomunicador—. La estoy introduciendo a través del escudo.

Leia puso el hombro debajo del brazo de Luke y le ayudó a recorrer el pasillo, con los dos androides y Chewie siguiéndoles.

—Al parecer el soldado Pothman ha conseguido calmar a los klaggs y los affitecanos en la Lanzadera Azul, amo Luke —le informó Cetrespeó—. El general Solo ya ha enviado un mensaje subespacial a la División de Contactos del cuerpo diplomático, y están haciendo los preparativos para enviar un grupo que se encargará de la reorientación de los prisioneros del *Ojo*. Dicen que les gustaría contar con su ayuda en esa labor.

Luke asintió, aunque le resultaba muy difícil pensar en nada que estuviera a más de unos minutos, o como mucho unas horas, en el futuro. Al fin comprendía por qué Cray había hecho cuanto estaba en sus manos y había forzado su cuerpo y su mente al máximo para conservar a Nichos junto a ella o, mejor dicho, para tratar de conseguir que Nichos siguiera junto a ella.

Cray no podía concebir lo que sería la vida sin que Nichos formara parte de ella.

«Está al otro lado», había dicho.

Como Callista, que también estaba al otro lado.

Luke pensó que fuera cual fuese el motivo por el que había cambiado de parecer, necesitaría que él estuviese allí cuando saliera de su sueño helado.

Las luces del hangar pasaron al verde y la puerta se abrió con un siseo. La cápsula estaba delante del cuadrado de las puertas, directamente debajo del ojo entrecerrado del haz tractor, que ya empezaba a enfriarse para volver a la modalidad de reposo. Tenía dos metros escasos de largo y unos ochenta centímetros de ancho y era del típico color verde oscuro imperial, y Luke sintió el roce helado del frío del espacio que la había impregnado cuando la tocó.

Hizo retroceder el panel protector. Debajo de él, Cray yacía sumida en el sueño parecido al coma de la hibernación parcial. Sus pechos apenas se movían bajo el uniforme manchado por y lleno de desgarrones, y sus largas manos estaban cruzadas sobre la hebilla de su cinturón. A pesar de los morados que seguían marcándolo, su rostro estaba tan tranquilo y relajado y parecía tan totalmente distinto de los rasgos tensos y agotados de la mujer en que se había convertido que Luke casi no la reconoció.

Se preguntó si Cray había tenido ese aspecto aquel primer día, hacía más de un año, cuando Nichos la había llevado a Yavin. «La programadora de inteligencias artificiales más brillante de todo el Instituto Magrody..., y también tiene una gran capacidad para emplear la Fuerza.»

La altiva elegancia en la que se había envuelto como si fuese una capa protectora había desaparecido.

Era una mujer distinta.

Una mujer distinta...

«No», pensó Luke.

Meneó la cabeza.

«No.»

Aquel no era el rostro de Cray.

Los rasgos, la nariz recta y los huesos delicados, la forma opulenta y casi cuadrada de sus labios, eran idénticos a los de...

Pero todo su ser le estaba gritando que aquella mujer no era Cray.

«No», volvió a pensar, no queriendo creer.

El universo permaneció inmóvil durante mucho tiempo.

Después la mujer hizo una profunda inspiración de aire y abrió los ojos.

Eran grises.

«No.»

Luke alargó la mano y vio cómo la mujer alzaba rápidamente la suya, como si temiera el contacto. Durante unos momentos se limitó a contemplarse las

manos, haciéndolas girar en un sentido y en otro como si estuviera maravillándose ante la forma de las palmas y los dedos, igual que si estuviera contemplando una nueva y sorprendente escultura, acariciándose el dorso, los dedos y las protuberancias óseas de los nudillos. Después sus ojos se encontraron con los de Luke, y se llenaron de lágrimas.

La ayudó a sentarse, despacio y con mucha delicadeza y temiendo tocarla, temiendo que se desvaneciera, que se evaporase, que resultara ser sólo un sueño. Luke sintió el calor de sus manos allí donde le tocaban los brazos. Durante unos momentos se limitaron a mirarse el uno al otro.

«Esto no puede ser real...»

La mujer alzó las manos y le tocó la cara, y sus dedos recorrieron los morados y los cortes de la metralla y el comienzo de barba, y la boca que se había unido a la suya en aquel sueño que no había sido un sueño.

«Si sólo pudiera pedir una cosa, una sola cosa en toda mi vida...»

Luke la atrajo delicadamente hacia él, abrazando los huesos largos y esbeltos, aquella delgadez tan ágil que apenas parecía tener peso, y pegó su rostro a la rubia cabellera despeinada que sabía iría volviéndose castaña con el paso del tiempo. La mujer estaba respirando. Luke podía sentirlo en su mejilla, bajo sus manos, junto a su corazón.

Después la oyó reír, un sonido que era un poco carcajada y un poco sollozo y que estaba lleno de preguntas, y Luke echó la cabeza hacia atrás y cuanto había dentro de él se alzó y estalló en un salvaje alarido de triunfo y alegría.

— ¡Sí! —gritó.

Los dos estaban riendo y llorando, agarrándose el uno al otro, y ella estaba repitiendo su nombre una y otra vez —«Luke, Luke, Luke»— como si todavía no lo creyera, como si fuera incapaz de creer que el Destino permitiera de vez en cuando que ocurrieran aquellas cosas.

Era la voz de Callista, y no se parecía en nada a la de Cray.

Las manos de Luke temblaron mientras se alzaban para enmarcar su rostro. Leia, Mará, Han y los demás permanecían inmóviles en el umbral del hangar contemplando todo aquello en silencio, sabiendo que estaba ocurriendo algo y no sabiendo muy bien qué era.

—Esa no..., no es Cray —acabó diciendo Leia con voz titubeante pasado un rato, y no era una pregunta.

—Se hizo a un lado —dijo Luke, sabiendo con absoluta e inconmovible exactitud todo lo que había ocurrido durante los últimos momentos a bordo del *Ojo*.

—Después de que Nichos subiera por el pozo... —dijo Callista en voz baja y suave—. Recibió muchos impactos, y casi todos sus sistemas quedaron destruidos... No sufría ningún dolor, pero podía sentir cómo iba dejando de funcionar mientras provocaba la sobrecarga del núcleo. Cray me dijo que quería quedarse con él. Quería cruzar al otro lado con él, estar con él... Ella también era una Jedi, ¿lo recuerdas? No había terminado su adiestramiento, pero habría sido una de las mejores.

Las lágrimas volvieron a inundar los ojos grises.

—Dijo que si ella no podía estar con la persona a la que amaba en este mundo, por lo menos había alguien que sí podría hacerlo. Me pidió que te agradeciera todo lo que intentaste hacer por ella, Luke, y todo lo que hiciste.

Luke la besó, sintiendo como si el aliento de la vida entrara en su cuerpo después de una eternidad de frío, y se tambaleó al tratar de levantarse apoyando el peso en su pierna mala. Los dos se levantaron, abrazándose el uno al otro para no perder el equilibrio mientras dejaban escapar carcajadas temblorosas, y se volvieron hacia el grupo que seguía inmóvil en el umbral.

—Leia, Han. Mará... Cetrespeó, Erredós... Os presento a Callista —murmuró Luke, reconociendo aquella verdad que era tan innegable como la realidad de su carne y sus huesos.

CAPÍTULO 26

—Todo tiene un precio que ha de ser pagado.

Callista deslizó las manos sobre la superficie de la esfera de cristal, allí donde el líquido rosa y oro relucía en una perfecta inmovilidad bajo la claridad de la lámpara. Las sombras se inclinaron y bailotearon sobre los otros objetos esparcidos por la sala de los juguetes, capturando ángulos de color, sombra y luz. El arroyo que atravesaba la gran cámara chasqueaba y murmuraba en su canal de piedra, y la varilla luminosa dejaba escapar un débil siseo desde el asa medio suelta en la que estaba colocada, pero no había ningún otro sonido.

—Tendría que haber sabido que habría un riesgo —siguió diciendo Callista con aquella voz suave y levemente ronca impregnada por una inflexión casi imperceptible de las aguas profundas de Chad—. Tendría que haberme imaginado que habría un precio.

—Y de haberlo sabido, ¿lo habrías hecho? —preguntó Leia.

—No lo sé —respondió Callista.

Cruzó la habitación hasta llegar al tanque rectangular con su delgada capa de arena amarilla, moviéndose con una extraña torpeza carente de gracia. Llevaba el mono azul descolorido de un mecánico de espacio-puerto, lo más apretado posible en la espalda y aun así todavía holgado y lleno de bolsas en los costados y los hombros, y las gruesas botas de un mecánico. Su cabellera tan corta y la expresión entre tímida y sorprendida de su rostro le daban un extraño aspecto de juventud e inexperiencia que hacía pensar en un cadete de una academia militar. Una espada de luz colgaba de su cinturón, con una reluciente hilera de criaturas marinas labradas en su empuñadura.

—Los Maestros solían hacer surgir imágenes en el tanque, como si formaran hologramas. Proyectaban sus pensamientos a través de la arena. No conozco su composición exacta, pero el efecto se produce de manera natural en un mundo del Cúmulo de Gelviddis. La arena es lo que facilita que un niño pueda hacer lo mismo.

Leia frunció el ceño y clavó la mirada en aquel polvo color narciso que brillaba con una débil claridad, e intentó evocar el rostro de Han o el de Jacen meramente con la potencia del pensamiento.

—Las flores eran lo más fácil —dijo Callista—. Algo con lo que estés familiarizada... Flores o animales. Haz que surjan de la arena.

Hubo un nuevo silencio. Leia se sentó en el banco delante del tanque, relajándose y concentrando su mente tal como le había enseñado a hacer Luke, viendo con todo detalle a la pitina de color rosa caramelo que había jugado con las puntas de sus trenzas en el pasado, pensando a través de la arena...

Y, de una forma inexplicable y que no podía definir, las imágenes se deslizaron a través de la arena y aparecieron en el tanque, no poco a poco sino con una especie de brusquedad gradual. VA-TT estaba allí, rodando sobre su espalda para atacar los pétalos de una flor estelar con las patas como si no llevara once años muerta.

— ¡Oh, qué bonita! —exclamó Callista—. ¿Es tuya?

—Lo era —dijo Leia—. Lo fue, hace mucho tiempo.

—Los Maestros Jedi siempre tuvieron problemas con los niños Jedi nacidos en familias no-Jedi —siguió diciendo Callista después de un silencio en el que Leia permitió que la imagen se desvaneciera—. Porque el don suele transmitirse dentro de las familias, pero no siempre..., y es frecuente que se manifieste de manera espontánea, en personas que no habían tenido ninguna experiencia con él y que no tenían ninguna forma de saber cómo habían de tratar a los niños que lo poseían. Los Maestros Jedi intentaron encontrarles lo más pronto posible, porque eran los que corrían más riesgos de ser atraídos hacia el lado oscuro. Ésos —continuó diciendo—, y los niños nacidos de padres Jedi que sólo tenían una pequeña capacidad para usar la Fuerza, que sólo poseían una diminuta fracción de lo que sus hermanos, hermanas y compañeros de juego tenían en su máximo grado. Algunos de esos niños eran... los más peligrosos de todos.

Se calló, y hubo un silencio cargado de tensión e incomodidad.

Después Callista giró sobre sí misma.

—Esto es un laberinto mental. —Golpeó suavemente con las puntas de los dedos una de las esferas metálicas del estante de la pared. Leia se encogió sobre sí misma y retrocedió un poco cuando Callista la bajó del estante, acordándose de cómo Irek la había extendido hacia ella y había desplegado su poder para que absorbiera su espíritu dentro de ella, dejándolo atrapado eternamente—. La gran mayoría de personas no llegan a entrar en él —dijo Callista—. No con todo su..., su ser, con todo su espíritu. Y en cuanto sabes cómo hacerlo, resulta muy fácil salir de ellos. Los grandes son los más sencillos y se van volviendo más complicados a medida que se hacen más pequeños, con laberintos dentro de laberintos dentro de laberintos. Los jóvenes estudiantes los usaban para divertirse, e intentaban confundirse y atraparse los unos a los otros, tal como suelen hacer los niños.

Dejó la esfera sobre la mesa y la hizo girar con los dedos, y la luz destello con reflejos líquidos sobre la veloz rotación de la superficie.

—Ojalá... Ojalá pudiera enseñarte cómo se hace.

La noche anterior, cuando Leia, Han y Callista habían bajado a la sala de los juguetes, descubrieron que Callista ya no era capaz de usar la Fuerza ni de entrar en contacto con ella.

Luke había sido llevado al Centro Médico de la Corporación Brathflen, para pasar la mayor parte de la noche en el tanque de cristal lleno de viscoso fluido bacta. Leia había pensado que aquella joven —que a pesar de su notable semejanza física con Cray, ya empezaba a parecer meramente una prima lejana— conocería la naturaleza y los usos de los juguetes de aquella habitación oculta en las bóvedas que se extendían debajo de la Casa de Plett.

Armados con tranquilizadores, pistolas aturdidoras y aros de sujeción, Jevax y Mará Jade se habían puesto al frente de grupos de búsqueda para encontrar y agrupar a los guardianes locos de las criptas, por lo que entrar en los túneles desde la casa de Roganda en la calle de la Puerta Pintada ya no presentaba

casi ningún peligro. Ver a las infortunadas criaturas revivió la cólera helada de Mará. Muchas de ellas eran personas a las que conocía.

Además del equipo del cuerpo diplomático, un grupo de psicólogos y especialistas en artes curativas llegaría a la mañana siguiente desde Ithor para ayudar en el proceso de rehabilitación usando las técnicas que, según había informado Tomla El a Leia mediante una transmisión subespacial, por fin parecían estar dando resultado con Drub McKumb. Las dos lanzaderas y el transporte habían llegado sin problemas y sus ocupantes —con la excepción de los incursores del Pueblo de las Arenas, que fueron drogados e inmovilizados— se hallaban bajo custodia protectora para ser reorientados, desprogramados y devueltos a sus planetas de origen. Tanto los klaggs como los gakfedds se habían negado categóricamente a pasar por el proceso de reorientación, y en aquellos momentos estaban negociando con Drost Elegin la posibilidad de entrar a su servicio como guardaespaldas.

La verdad no había quedado clara hasta que Callista intentó llevar a cabo la primera y más sencilla de las demostraciones con los juguetes, consistente en separar los fluidos de colores que había dentro de la esfera y poner en movimiento las palancas y engranajes delicadamente equilibrados del Dinamitrón.

Había perdido toda capacidad para utilizar la Fuerza.

—Ni siquiera había llegado a pensar en ello —dijo mientras hacía girar uno de los laberintos mentales entre sus dedos. Sus ojos procuraban no encontrarse con los de Leia y la trataba de una forma entre tímida y vacilante, Leia suponía que no porque fuese la jefe de Estado de la Nueva República sino porque era la hermana de Luke—. Cray tenía una enorme capacidad para usar la Fuerza. Si no la hubiera poseído, no habría sido capaz de..., de abandonar su cuerpo de la manera en que lo hizo. No habría podido guiarme hasta él y entregármelo. —Alzó la mirada con un brillo de preocupación en sus ojos color lluvia—. Eras amiga suya, ¿verdad?

Leia asintió, y se acordó de aquella joven y grácil intelectual tan segura de sí misma cuya altura y elegancia natural tanto había envidiado.

—No llegué a conocerla a fondo, pero... Sí, éramos amigas. —Alargó el brazo y puso la mano sobre la de Callista durante unos momentos—. Éramos lo bastante amigas para que hace unos cuantos meses ya me hubiera dado cuenta de que no quería vivir sin Nichos.

Callista le apretó suavemente los dedos.

—Nichos era... dulce y encantador. Estaba lleno de bondad —dijo—. No quiero que estés enfadada porque soy yo y no ella. Fue ella quien..., quien se ofreció. La idea fue suya. Ni siquiera sabíamos si daría resultado.

Leia movió la cabeza en una rápida negativa.

—No. No le preocupes. Me alegra que lo hiciera.

—La Fuerza es algo que ha estado dentro de mí y que ha formado parte de mí desde que era pequeña. Djinn, mi antiguo Maestro, decía que... —Tilubeó y volvió a desviar la mirada para sumirse en un repentino silencio sobre lo que le había dicho su Maestro, no queriendo revelárselo a otra persona—. Bien, el

caso es que nunca pensé que llegaría un momento en el que..., en el que no formaría parte de mí —siguió diciendo un segundo después.

Leia se acordó de cómo la había visto huir de su habitación la noche anterior sin decir ni una palabra para desaparecer entre los oscuros laberintos de las cavernas geotérmicas. Después había tenido que soportar unas cuantas horas de preocupación preguntándose si había algo que pudiera o debiese hacer—entre una docena de llamadas subespaciales a Ithor y el Cuerpo Diplomático-—, hasta que Han le recordó que Callista probablemente conocía aquellas criptas mejor que nadie en Belsavis.

Fallaba poco para el amanecer cuando fue a la habitación de Luke en el Centro Médico Brathflen, y encontró a Callista allí, acostada sobre la cama al lado de Luke, que estaba dormido, y con la cabeza apoyada sobre su brazo.

— ¿Qué harás ahora? —preguntó Leia en voz baja y suave.

Callista meneó la cabeza.

—No lo sé.

«Hay momentos en los que no puedes hacer nada.»

Luke estaba apoyado en los restos del arco de entrada, y se acordaba de las palabras que Callista había pronunciado en la oscuridad del *Ojo de Palpatine*.

«En algunas ocasiones la mejor manera de servir a la justicia consiste en saber cuándo hay que quedarse cruzado de brazos.»

Eso también formaba parte de la sabiduría de los Jedi.

Y tal vez fuese la sabiduría más dura y terrible que había oído jamás en su vida.

Callista estaba sentada con las manos cruzadas sobre el regazo y contemplaba la fantasmagórica iridiscencia de la neblina y las sombras grises de los árboles. La grieta de la cúpula había producido efectos bastante extraños sobre el clima de la fisura, y pequeñas corrientes de aire frío seguían ondulando caprichosamente a través del calor opresivo de la niebla.

Luke pensó que Callista había conocido aquel lugar antes de que se hubiera erigido la cúpula y de que plantaran los huertos, cuando era en parte jungla y en parte eriales volcánicos que se extendían alrededor de planicies de barro reseco. Callista podía recordar cómo era cuando la única señal de vida inteligente consistía en aquel grupito de casas de roca de lava pegada a las terrazas que iban subiendo lentamente de nivel al final del angosto valle, que en realidad apenas si llegaba a ser la diminuta señal de una uña abierta en la desolación marmórea del hielo cierno.

Había crecido en otro mundo, en un universo separado del presente por siglos de acontecimientos comprimidos en el lapso de una sola existencia.

Como Triv Pothman —que se había dejado fascinar por la tranquila comunidad de Plawal y ya se había inscrito en un curso de adiestramiento como horticultor—, Callista había pasado mucho tiempo allí viviendo como una ermitaña, para acabar volviendo a un mundo que ya no le era familiar y en el que no quedaba nada de cuanto había conocido.

Luke no dijo nada, pero Callista volvió la cabeza como si hubiera pronunciado su nombre.

Volver a caminar sin cojear, sin miedo y sin dolor era maravilloso.

Estar de nuevo bajo la luz del día y respirar aire de verdad también era maravilloso.

— ¿Te encuentras bien?

Un destello de preocupación brilló en los ojos de Callista mientras hablaba y extendía una mano hacia él. La regeneración de los tejidos provocada por el tanque bacta le había dejado un poco débil, y Luke sabía que aún no habría tenido que levantarse.

—Eso debería preguntártelo yo a ti.

Callista había estado allí, acostada junto a él, cuando Luke empezó a recobrar el conocimiento muy poco antes del amanecer. Después, cuando despertó del todo, vio que se había ido. Leia le había explicado lo ocurrido en la sala de los juguetes, pero era como si Luke ya lo supiera. Se preguntó si había estado allí, y si lo había visto en algún sueño que había olvidado. Lo que sí estaba claro era que cuando Callista lloró silenciosamente sobre su hombro en la oscuridad que precedía al amanecer, Luke ya sabía qué había perdido.

Callista meneó la cabeza, no en un gesto de negativa sino para expresar una especie de asombro.

—No paro de pensar en Nichos —dijo— y en lo de «ser otro corelliano con el mismo nombre».

Volvió las manos a un lado y a otro, como había hecho cuando despertó a bordo del *Suerte del Cazador*, percibiendo su forma, su larga fortaleza y el dibujo trazado por las venas y los músculos debajo de la piel fina como la porcelana. Después sostuvo en ellas el peso de la espada de luz que había podido construir en un pasado lejano gracias a una habilidad que ya no poseía. Luke, que tenía la cabeza muy cerca de la de ella, pudo ver el color castaño ya visible en las raíces de su rubia cabellera, y supo que dentro de pocos meses sería aquella abundante melena color malta que recordaba de sus visiones y sueños.

—Sigo preguntándome si debería haberme quedado donde estaba.

—No —dijo Luke, y era sincero y lo sabía, y la negativa había surgido de lo más profundo de su corazón—. No.

Callista volvió a colgarse el arma del cinturón.

—Aunque hubiera sabido que iba a ocurrir... esto —murmuró—. Aunque hubiera adivinado... Aunque hubiera podido ver el futuro, en cuanto Cray me preguntó si quería ocupar su..., su lugar... No habría podido decirle que no. Luke, yo...

Luke la atrajo hacia sus brazos y sus bocas se encontraron apasionadamente —dando, olvidando, recordando, sabiendo—, y los labios de Luke le dijeron sin necesidad de hablar hasta qué punto carecían de fundamento todas las dudas que Callista no se atrevía a expresar con palabras.

—Lo que amo no es la Fuerza dentro de ti —murmuró Luke cuando por fin se separaron— sino a ti.

Callista inclinó la cabeza hacia adelante y apoyó la frente en su hombro. Los dos eran casi de la misma altura.

—No va a resultarme fácil—dijo—. Tal vez no vaya a resultarnos nada fácil, Luke. Anoche, mientras vagabundeaba por las cavernas, hubo algunos momentos en los que te echaba la culpa de esto. Estaba enfadada..., y creo que en lo más profundo de mi ser todavía sigo estando enfadada. No sé cómo hubieras podido ser responsable de esto, pero aun así te culpaba de todas maneras.

Luke asintió, aunque las palabras le dolieron. De una forma curiosa e inexplicable, entendió que no había nada de personal en ellas, y era mejor saberlo.

—Lo comprendo.

Callista ladeó la cabeza y le miró, y sus labios se curvaron en una sonrisa sarcástica que se desvaneció casi al instante.

—Oh, estupendo. ¿Te importaría explicármelo?

En vez de hacerlo, Luke volvió a besarla.

— ¿Vendrás a Yavin conmigo? —Vio que Callista titubeaba, y se apresuró a seguir hablando—. No tienes por qué hacerlo, y no tienes porqué tomar una decisión ahora mismo. Leia me ha dicho que has escrito todos los nombres de las personas que había aquí que recuerdas... Dice que serás bienvenida en Coruscant, y que puedes quedarte allí todo el tiempo que quieras. Y ya sé que estar rodeada de..., de estudiantes y adeptos en la Fuerza no va a resultarte nada fácil. Pero tu conocimiento de los antiguos métodos de enseñanza y los viejos sistemas de adiestramiento me ayudaría muchísimo...

Su voz tropezó con las palabras, y cuando contempló la inmovilidad de su cara vio el esfuerzo que Callista estaba haciendo para no turbarle con su dolor y la incertidumbre que la torturaba.

«Oh, qué demonios...»

—Te necesito —murmuró—. Te amo, y quiero que estés conmigo. Para siempre, si podemos conseguirlo.

Los labios de Callista temblaron y acabaron sonriendo.

—Para siempre. —Los ojos grises se encontraron con los suyos, más oscuros que la neblina que flotaba a su alrededor pero igualmente impregnados de luz—. Te amo, Luke, pero... no va a ser nada fácil. Y sin embargo pienso que... Bueno, tengo el presentimiento de que cada uno estará presente en la vida del otro durante mucho tiempo.

—Tenemos tiempo —dijo Luke—. La prisa... No existe, ¿sabes? Pero lo que sí existe y existirá siempre es mi amor por ti.

Seguían fundidos en un estrecho abrazo, las mejillas apoyadas en los hombros, cuando Han, Leia, Chewie, Erredós y Cetrespeó aparecieron en el umbral.

—Dejemos que estén a solas durante un rato —murmuró Leia.

—Puede besarla a bordo de la nave —respondió Han con alegre jovialidad —. Jevax por fin ha conseguido reparar los silos de descenso, y ya hemos metido todos esos cachivaches de la sala de juguetes en la bodega y no sé qué opinarán los demás, pero yo quiero largarme de esta roca antes de que ocurra algo más.

—Sería lo más aconsejable, Su Excelencia —añadió Cetrespeó—. El almirante Ackbar mencionó concentraciones de las tropas del Gran Almirante Harrsk en el Sector de Atravis, y no tenemos ni idea de dónde o con quién pueden haber buscado refugio Roganda y su hijo. Dada la necesidad de introducir cambios pequeños pero significativos en los diagramas de todas las naves de la flota, o de encontrar una protección adecuada allí donde el cambio en los diagramas no puede ser llevado a cabo, tal vez sería más prudente partir lo más pronto posible.

—Tienes razón.

Leia volvió lentamente la cabeza para contemplar por última vez la Casa de Plett, o las ruinas en que la había convertido el Imperio: muros desmoronados, arcos medio caídos, la losa de metal nuevamente colocada sobre el pozo... Los ecos de su antigua paz llenaron todo su ser, cubriendo el dolor y la destrucción como la exuberancia de las ubicuas lianas del risco cubría las cicatrices dejadas por aquel antiguo bombardeo. Le pareció volver a oír las voces de los niños en algún lugar lejano, cantando aquella canción tan antigua sobre la reina olvidada y sus pájaros mágicos.

Callista le había entregado una lista parcial de nombres que contenía todos los que pudo recordar, aunque su estancia allí había sido breve y no conocía a la mayor parte de los Jedi que formaban la pequeña colonia. Pero era un comienzo. Y Leia tenía algo de aquellos niños olvidados, algo de los viejos Jedi que habían vivido allí y que les habían ofrecido refugio.

Un movimiento se agitó en el límite de su campo visual. «¿Un fantasma? —pensó—. ¿O tal vez el eco de un recuerdo?» Las sombras de dos niños muy pequeños se persiguieron durante un momento sobre la gruesa capa de hierba color verde aceituna y desaparecieron en una hilacha de niebla que flotaba a la deriva.

«¿Nichos? —se preguntó—. ¿Roganda? ¿Uno corriendo hacia la luz, la otra corriendo hacia la oscuridad?»

¿Alguien cuyo nombre ni siquiera conocía?

¿O eran sombras del futuro, no los niños que habían vivido allí sino los que nacerían con el paso del tiempo?

— ¡Eh, chaval! —gritó Han, y Leia le asestó un codazo en las costillas.

—Vamos, Han... —dijo—. Luke merece un poco de paz.

Su hermano llevaba mucho, mucho tiempo sin conocer el descanso.

Las dos personas sentadas en el banco volvieron la cabeza hacia ellos.

— ¡Nos largamos de esta roca perdida en la nada! —gritó Han—. ¿Podemos dejaros en algún sitio?

Luke y Callista se miraron el uno al otro y sus rostros reflejaron un curioso parentesco, y durante un momento parecieron más hermano y hermana que dos enamorados, como si fueran dos personas que se conocían desde hacía muchas vidas.

—Podéis dejarnos en Yavin —respondió Callista un instante después—. Si es que os viene de paso, claro.

Han sonrió.

—Creo que puede arreglarse.

Luke y Callista fueron hacia ellos, caminando lentamente sobre la hierba cogidos de la mano.